EMMANUEL VIRDIS

ROMA AUGUSTA

LOS ALBORES DEL IMPERIO



epc ediciones de periodismo y comunicación
FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

ROMA AUGUSTA

LOS ALBORES DEL IMPERIO

EMMANUEL VIRDIS

ROMA AUGUSTA

LOS ALBORES DEL IMPERIO

Virdis, Emmanuel
Roma Augusta : los albores del imperio / Emmanuel Virdis. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-2507-7

1. Ensayo. I. Título.
CDD 939.7104

Diseño y maquetación: Franco Dall'Oste

Director de la Maestría en Periodismo y Medios de Comunicación - UNLP : Soc. Daniel Rosso

Coordinadora de la publicación por la Maestría:Mg.LauraGómez

Editorial de Periodismo y Comunicación

Diag. 113 Nº 291, La Plata 1900, Buenos Aires, Argentina.

+54 221 422 3770 Interno 159

editorial@perio.unlp.edu.ar / www.perio.unlp.edu.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social

Universidad Nacional de La Plata





Por legarme una ardorosa devoción por Italia, progenitora de Roma, y celosa abogada de la crismada estirpe latina, es con sumo afecto que consagro la obra a mi abuelo

Encomendado a la inspiración de Clío,
y al fidedigno testimonio de Alétheia,
me someto al infalible juicio de los
custodios del saber histórico

PRÓLOGO

Es para mí un gran gozo presentar el presente libro de Emmanuel Virdis, a quien conocí hace años (2008/2009) siendo él alumno del Profesorado de Historia, y yo docente del mismo, en el Instituto del Profesorado Monseñor Terrero de nuestra ciudad.

La primera razón es que se trata de un libro sobre la Historia de Roma en un período decisivo de su trayecto vital clásico, el que va del 218 al 168 a. C., abordada con una perspectiva, y en un estilo, hoy por hoy enteramente inhabituales.

Enfoque que conlleva, como supuesto lúcidamente admitido, el carácter paradigmático, y por ende el alcance ejemplar, del itinerario vital de la antigua Roma.

El tema, de suyo, reviste un eminente interés.

En sí mismo, como modelo de proceso de conflicto a la vez interior y exterior, en que se juegan los principios y los intereses de personas y pueblos, de sectores sociales y grupos, en su lucha y en su eventual convergencia. Y eso es ya un teatro de intenso dramatismo y dimensiones épicas, con las graves y cruciales excitaciones y planteos dirimentes que los hechos concretos de la antigua Roma pueden suscitar en nosotros, a distancia de más de dos milenios, para el horizonte moral y religioso de la condición humana perenne, ese *anthrópinon* que dijera Tucídides, al fundamentar la importancia de su relato y análisis de hechos ya acontecidos, irrepetibles en su concretud y singularidad, para los eventuales lectores del porvenir.

También para nosotros en particular, que, como herederos de la tradición cultural de la Hélade y de Roma, trasegada y elevada por la Gracia de Cristo, somos convocados a inmergirnos en nuestras raíces y en nuestra propia historia, en su dinámica y profunda relación con la de nuestros ante-

pasados espirituales, de cuya lengua venerable es la nuestra castellana un eco viviente.

Pero lo que más me importa destacar es el modo en que el tema es tratado por el autor.

En primer lugar, el planteo de la problemática no es reduccionista, sino que los conflictos que agitan la vida de la *libera res publica* entre el 218 y el 168 a. C., son abordados teniendo en cuenta todas sus dimensiones fundamentales: social, política, económica, jurídica, cultural, moral, religiosa. Sin que dejen de aparecer los elementos materiales de los conflictos reales, se encuentran expuestos y analizados los otros elementos, que por ser espirituales, son los que más profundamente marcan el itinerario de los hechos, y, sobre todo, su significación. Nada, pues, de reduccionismos materialistas en la perspectiva del autor. Lo que, dada la omnipresencia asfixiante de las escuelas neomarxistas en la bibliografía de las últimas décadas, significa una feliz bocanada de aire fresco y puro.

En coherencia con lo que acabamos de decir, lo otro que hallará el lector es un lúcido equilibrio entre los aspectos generales de la facticidad histórica y los caracteres y obras personales. Nada de procesalismo de cuño hegeliano-marxista o positivista-evolucionista. Este es un libro en que vemos desfilar a los actores personales del drama histórico, con sus peculiaridades caracterológicas y sus decisiones, singulares y concretas, cargadas de contingencia y de responsabilidad moral. Podemos contemplar, por ejemplo, a Flaminio, a Aníbal y su entorno, a Escipión Africano y su propio círculo, y el suyo, a Flaminino, a Catón. Y en cada caso el autor plantea la problemática de sus figuras históricas, aportando su propia visión y juicio, que se podrá o no compartir, pero que procura iluminar la trama compleja y apasionante de la realidad histórica, con todas sus peripecias y tensiones. Y el desarrollo de las acciones, con sus efectos, unas veces predecibles, otras, inesperados.

Una tercera virtud del enfoque reside en que la presentación de los hechos se esfuerza por captarlos en su propia realidad, remontándose a categorías descriptivas tomadas de su propio contexto, como condición previa a cualquier legítima interpretación, análisis y juicio valorativo. Sólo desde ese rigor que le es propio la Historia se hace un auténtico viaje de descubrimiento de otras realidades y otras posibilidades reales, ajenas a nuestro propio mundo, mas, precisamente por eso, capaces de ampliar nues-

tra mirada, sustrayéndola a las adocenadas y rastreras visiones impuestas por el presente en su fenomenicidad mostrenca, o en su interpretación dominante. Sólo así la Historia nos interpela a lo otro y mejor, sacándonos de nuestra presunta y soberbia superioridad, para convertirnos en discípulos de nuestros mayores, y a la Historia en verdadera *magistra vitae*.

Finalmente, pero no lo menos importante, hay que destacar la importancia del lenguaje. En el libro que el lector tiene a su alcance, Emmanuel Virdis escribe con estilo, y con un estilo de gran personalidad literaria, haciendo uso de una riqueza admirable de vocabulario y complejidad de composición. Alejándose de un modo de escribir Historia carente de toda virtud literaria, el autor retoma la gran tradición griega, latina y castellana que ha hecho de la Historia uno de los más nobles géneros de literatura a la par que de saber riguroso. Pues no es cierto que lo uno vaya en desmedro de lo otro. Más bien por el contrario, la enjundia de la palabra, retomando toda la intensa gravedad del decir, instala la mirada histórica en la morada a que pertenece, que es la de la Musa, en que convergen el esfuerzo humano por la verdad y el don celeste de la mirada que viene de lo alto.

Virdis ancla su texto en una doble referencia personal fundante: la una familiar, expresada en la dedicatoria a la memoria de su abuelo, que le ha legado el amor a Italia, vínculo de carácter familiar con la tradición viva a la que pertenece el tema; intelectual la otra, expresada en la admiración a la magna obra de Ferrero, clásica en su género, de la que ha hecho fuente fundamental para la suya, situándose así, con valentía y seriedad, fuera de prejuicios académicos superficiales y de las modas al uso, cargadas de ideología devastante.

Aquella tensa estructura literaria y este firme enraizamiento espiritual, son coherentes con los rasgos anteriormente señalados de la obra: todos convergen en la noble empresa de poner el conocimiento histórico en la línea del esfuerzo del espíritu por la verdad, junto con la gravedad moral que le es inseparable, que culminan y tiene su fuente suprema en la Verdad misma subsistente que se ha hecho carne, y que es Don gratuito del Dios vivo y verdadero, en que los esfuerzos todos del hombre están llamados a ser asumidos y purificados para ser caminos del Reino en el que es Camino, Verdad y Vida. Invocando sobre el claro empeño de Emmanuel Virdis la bendición del Dios Todopoderoso por Jesucristo el Señor en la unidad del Espíritu Santo, encomiendo la obra a los lectores para que la transiten en la

misma actitud de feraz amor por la verdad y el bien verdadero que indudablemente la han inspirado, y así puedan entrar con ella en diálogo viviente y fructífero.

Claudio Mayeregger

La Plata, febrero de 2025.

PREFACIO

Procura examinar el estudio el advenimiento de Roma como primiceria potencia occidental en el breve período de un decalustro (218 - 168 antes de Cristo). Ante tan vasto horizonte, he resumido someramente los remotos comienzos de la ciudad, para pormenorizar en los acontecimientos desarrollados en la segunda guerra púnica, evento que agilitó la unión de Roma con Italia y opuso descomunales desafíos a la república.

Custodia Roma de la indómita estirpe dimanada de los sagrados fuegos de Vesta, operó Aníbal su disolución y la de los viriles pueblos de linaje latino; expuesta a los avatares y vicisitudes, halló Roma en diestros capitanes el escudo con que había de salvaguardar a Italia, y en el arrojo y la audacia de Publio Cornelio Escipión, la espada con la que despedazar infamantes cadenas.

Resguardada la república por cálida espiración divina, propendieron los genios a las palmas de Marte y los laureles de Atenea. Desvalijadas Grecia y el Asia menor, desasosegado por que perpetuara Roma una política de conquista, se empeñó Escipión en donar toda su actividad en aras de la fundación de una clase directora exenta de las desoladoras infiltraciones imperialistas; y, sobre todo, receptiva de las corrientes filosóficas griegas, con el sumo horizonte de plenificar la formación patria en las casas grandes.

Halló supremo designio una enérgica oposición en la adusta naturaleza de Marco Porcio Catón, perennemente cautivo de la prístina idea de una Roma intrínsecamente latina, deviniendo, por mor de su enfrentamiento personal, intensas y desagradables disputas en la Curia. Intensificadas las intrigas entre agrupaciones políticas, recrudeciendo las animosidades mediante obscuros procesos judiciales, pronunciado un penoso declive de las instituciones y operando el advenimiento de una prolífica oligarquía

mercantil, acabaría fatal curso por impulsar la política de conquista y destrucción característica del último tercio del período republicano.

Procura condensar la obra las vicisitudes por las que debió pasar la sociedad romana: los torbellinos políticos y las influencias sociales; las crisis religiosa y socioeconómica desencadenadas tras la guerra anibálica; las hostilidades subyacentes en las agrupaciones aristócratas, y cómo este pronunciado resquebrajamiento delimitó la política acometida durante los conflictos suscitados en la Galia y Oriente.

Advertirá el lector que he recuperado en la apertura de la obra las inaugurales líneas del superador estudio de Guglielmo Ferrero: «Grandezza e decadenza di Roma»; a mi vergüenza, ruego dispensa: es decorosa deferencia mi modesto tributo al que estimo como dilecto exponente de la historiografía romana.

Emmanuel Virdis.

La Plata, a veintidós de febrero de 2025.

I

CONFORMACIÓN Y DESARROLLO DE LA SOCIEDAD ROMANA

Hacia la segunda mitad del siglo quinto antes de Cristo aún era Roma una república aristocrática de campesinos, ocupaba una extensión en torno a los mil kilómetros cuadrados,[1] y tenía una población libre, diseminada por todo el campo, y dividida en diecisiete tribus rústicas que albergaban, en su conjunto, alrededor de 150 000 almas.[2] Poseía la generalidad de las familias una pequeña heredad; y padres e hijos, habitando juntos la misma cabaña,[3] la sembraban íntegramente de trigo, plantando viñas y algunos olivares. Desde sus legendarios y velados umbrales,[4] hubo la familia de fundar y constituir, en el fondo y en las formas, la base de la sociedad, forjada por la agrupación de antiguas asociaciones. Eran las uniones civiles entre el patriciado, en el circuito de la ciudad, un *justum matrimonium*,[5] y su progenie inscripta en la lista de ciudadanos; gozaban los hijos de pariguales derechos que sus progenitores, pero hacia la constitución interior del hogar, quedaban sometidos a la autoridad del padre: rey, sacerdote y juez supremo de la esposa, los hijos, los nietos y los esclavos, guardaba la obligación de castigar las faltas según las severas reglas dictadas por las costumbres, a veces a

1. Beloch, *Der Italische Bund unter Roms Hegemonie*, Leipzig, Von B. G. Teubner, 1880, página 69.

2. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 1.

3. Valerio Máximo, IV, 4, 8; Marquardt, *Römische Privatalterthümer*, I, Leipzig, 1864, página 91.

4. Livio, VI, 1, 1 - 4; Schiaparelli, *Tre letture sul grado di credibilitá della storia di Roma nei primi secoli della città*, Turín, 1881, página 58 y siguiente.

5. Cicerón, *De re publica*, V, 5, 7.

muerte,[6] aun cuando no fuera lo usual, por sus delitos contra la familia o las instituciones.[7]

Inconmovible espíritu disciplinario y de penitencias, semejante a las máximas inflexibles operadas en ponderados y ascéticos monasterios, dio forma a una sociedad adiestrada en el crisol tradicional para el gobierno y la guerra:[8] aprendían los varones de memoria la Ley de las XII tablas,[9] un manual que condensaba a un alto grado de depurada concisión expresiva el derecho civil y político; a sentir temor de los dioses, a desarrollar una obediencia pasiva,[10] a la vara y el látigo;[11] a recitar en prosa, a ejercitar cuerpo y mente, a convertirse en eficientes dirigentes. Aprendían las mujeres a conservar el decoro, a asimilar hábitos templados, a conducirse con gravedad y morigeración, respetar la autoridad del esposo, participar del culto doméstico,[12] ocuparse de las necesidades del hogar.[13] Acondicionado para rozar la excelencia en competencia cívica y militar,[14] hacía el patricio sus primeros ensayos en la guerra cuando mozo;[15] y, aún mozo, desposaba a una viripotente que le aportaba una pequeña dote, principal distintivo de dignidad femínea entre el patriciado,[16] y de la que debía engendrar muchos hijos.

Residía la fuerza de Roma en el autodominio y la supervisión de todas las manifestaciones del espíritu; fueron intangibles conceptos obligatoria-

6. Aulo Gelio, XVII, 21, 17; Dión de Prusa, XV, 20; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 26, 4; Floro, I, 9, 5; Livio, VIII, 7, 13 - 21.

7. Bonfante, *Diritto Romano*, Florencia, 1900, página 151 y siguiente.

8. Floro, I, 3, 2; Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 18.

9. Sobre la problematicidad de encuadrar su redacción en un período posterior al 450 antes de Cristo, véase Goidanich, *Studi di latino arcaico*, en *S.I.F.C*, X, Florencia, 1902, página 266 y siguientes.

10. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 26.

11. Plauto, *Bacchides*, 431 - 434.

12. Macrobio, *Saturnalia*, I, 15, 22.

13. Bader, *La femme romaine*, París, 1877, página 136.

14. Plutarco, *Coriolano*, 1, 6.

15. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IV, 16, 2 - 3.

16. Moscatelli, *La condizione della donna nelle società primitive e nell 'antico diritto romano*, Bolonia, 1886, página 40.

mente aplicados a los departamentos de la primitiva y castiza república: vigilaba el Senado a los magistrados; administraba el erario público; aprobaba las leyes votadas y las elecciones hechas por los comicios de las centurias y de las tribus,[17] y discutía las cuestiones sobre la guerra y la paz.[18] Bravos y apasionados, con asiduidad entraban los pueblos de Italia en conflagraciones. En múltiples ocasiones fue menester a Roma vencer a los

17. En un principio, se repartían los ciudadanos entre clases a tenor de su patrimonio, las cuales se dividieron posteriormente en centurias: Iª clase: ochenta centurias; 2ª clase: veinte centurias; 3ª clase: veinte centurias; 4ª clase: veinte centurias; 5ª clase: treinta centurias. Oficiaban las mismas de unidades electivas y militares; así pues, era imperativo a cada ciudadano acudir con su voto para formar el de su centuria, que contabiliza por uno, y así participaba de los comicios para la aprobación de las leyes y la elección de los primeros magistrados de la república (cónsules, pretores y censores). Es menester observar, que, aun cuando podían fluctuar los censados entre las clases a condición de su patrimonio, con el transcurrir de los años, se fue restringiendo el número de electores en las centurias. Además, quedaban reservadas las altas magistraturas por privilegio hereditario a un selectivo conjunto de esclarecidas familias patricias, propietarias de dilatadas extensiones de tierras, y dueñas de abundantes rebaños y esclavos. A su vez, conformaba el patriciado engrandecido y de relumbrante prosapia el orden ecuestre, constituido por dieciocho centurias, y que, entre otros privilegios, tenía el de servir en las conflagraciones en la caballería. Por último, se encuadraba el resto de ciudadanos, de insuficiente patrimonio, en una única centuria, exenta del servicio militar y de impuestos. Obedecía el gobierno, por lo tanto, a las determinaciones y dictámenes del estrecho patriciado y de un exclusivo grupo de plebeyos: pues disponían la Iª clase y el orden ecuestre del pleno dominio para investir a los primeros magistrados, sancionar leyes y declarar una guerra; cf. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IV, 20, 3 - 4; Giannelli, *Origine e sviluppi sull'ordinamento centuriato*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1935, página 237. —Circunscripta la administración de la república al albedrío de acotadas familias, se limitaba la plebe a nombrar anualmente a sus tribunos, los cuales eran sacrosantos y guardaban la facultad de imponer su veto a todos los actos de los magistrados; y ostentaban las tribus -patricios y plebeyos en mancomunación- la potestad de emitir su voto para la elección de magistrados inferiores y los asuntos ordinarios: esto es: todos los inscriptos en las diecisiete tribus rústicas y las cuatro urbanas; véase Mommsen, *Römische Forschungen*, Berlín, 1864, página 165 y siguiente; Rubino, *Untersuchungen über Römische verfassung und Geschichte*, I, Kassel, 1839, página 309; Soltau, *Die gultigkeit der plebiscite*, Berlín, 1884, página 24.

18. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IV, 20, 2.

pueblecillos vecinos, consolidando gradualmente su hegemonía en la región e impregnándose de nuevas culturas.

No parecieron los vínculos con las republiquillas del Lacio agrietar la fisonomía de la auténtica Roma aristocrática y campesina; con encomiable entereza propendían la religión y el derecho a preservar la sobriedad en las casas grandes: confortaba el colegio de pontífices a practicar la ruda austeridad, despojando de malmandados espíritus la satisfacción de los goces y los bienes terrenales, fiscalizando, mediante la jurisprudencia divina, las potenciales fugas y vacíos legales en función del ordenamiento jurídico y social. En este cenáculo inexpugnable se almacenó intacto el depósito de las antiquísimas tradiciones, salvaguardándose el desarrollo de la procedura con una fuerza misteriosa e inmutable, perpetuamente al servicio de los preceptos divinos, tutelados por hombres justos y vigorosos, y con el ineluctable concurso de la mujer.[19]

Se consagraba Roma a una debida estructura ordenada bajo la disciplina y la sacralidad;[20] fue la escrupulosa observancia de la tradición decisiva para prevalecer ante los enemigos y difundir en Italia su estirpe y su lengua,[21] pilares precipuos para asentar los cimientos de su sociedad, materializada en una perfecta estratificación de clases. Sobresalía el patriciado, poco ilustrado, pero disciplinado y poderoso; más abajo, la clase media rural, de necesidades satisfechas; y más abajo aún, los esclavos, poco numerosos y dóciles,[22] tratados con dureza, pero sin crueldad.[23] Sumiso al arrimo

19. De Marchi, *Il culto privato di Roma antica*, I, Milán, 1896, página 109; Marquardt, *Römische Privatalterthümer*, I, Leipzig, 1864, página 55.

20. Floro, I, 2, 4; Bonfante, *Scritti giuridici varii*, III, Turín, 1926, página 32 y siguiente.

21. Schiller - Voigt, *Die römischen Privatalterthümer und Kulturgeschichte*, IV, 1, Múnich, 1893, página 282.

22. Büchsenschütz, *Bemerkungen über die römische Volkswirtschaft der Königszeit*, Berlín, 1886, página 14; Marquardt, *Römische Privatalterthümer*, I, Leipzig, 1864, página 141.

23. Otorgaba la religión cierta protección a los esclavos, pudiendo disfrutar durante la celebración de las fiestas sacras de una relativa libertad, y participando, incluso, en ceremoniales banquetes; cf. Apiano, *Samnitas*, Fr., 10, 5; Ausonio, *Eclogarum liber*, 23, 17 - 18; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IV, 14, 4; Macrobio, *Saturnalia*, I, 7, 26; 10, 22.

del patriciado,[24] conservaba la plebe las costumbres de sus ancestros: continuaba ligada a la tierra,[25] habitaba en humildes cabañas diseminadas en los extensos bosques y suministraba robustos campesinos y soldados;[26] hacía vida solitaria y local, profesaba una dieta frugal, y verificaba todos los menesteres en la casa, el pan como los ropajes, los utensilios y los muebles, sirviéndose de sus mujeres y sus esclavos.[27]

Pero según extendía Roma sus raíces en suelo itálico, odios feroces se incubaban entre potentados y egenos: aumentaba la población de modo acelerado; se agotaba la tierra con facilidad por mor del intenso cultivo de cereales;[28] y se apropiaba el patriciado de las mejores tierras del menudo pasto público,[29] condenando a los pequeños propietarios a las deudas,[30] la usura y la esclavitud por medio del *nexum*.[31] Naturalmente, se repartían las magistraturas entre un grupo exclusivo de patricios y se excluía de toda participación a los plebeyos:[32] de ahí los impulsos inmoderados de las trifulcas, pendencias y asonadas.[33]

No obstante, como resultado de las constantes conflagraciones, fueron conquistando los potentados plebeyos importantes puestos en las bancas de la república; agobiado por las necesidades de una vigorosa política castrense, cedió el patriciado ante las demandas para alivianar la pesada carga fiscal,[34] envagueciéndose su monopolio en las altas magistraturas y en el ordenamiento jurídico. En el dominio social, pudieron reclamar los representantes de la plebe la suavidad del régimen de las deudas;[35] en el dominio

24. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 29.

25. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 9.

26. Columela, *De re rustica*, *Pref.*, 17.

27. Bader, *La femme romaine*, París, 1877, página 125.

28. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 173.

29. Niese, *Das sogennante Linicisch-Sextische ackergesetz,* en *Hermes,* XXIII, Berlín, 1888, página 420.

30. Floro, I, 23.

31. Apiano, *Italia,* Fr., 9; Livio, VI, 14, 3 - 5.

32. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IV, 14, 20.

33. Cibrario, *Della schiavitù e del servaggio e specialmente dei servi agricoltori,* II, Milán, 1868, página 27.

34. Plutarco, *Camilo,* 2, 4 - 5; *Publícola*, 12, 3.

35. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, XVI, Fr., 5, 3; Livio, VI, 35, 4.

jurídico, lograron la facultad para poder celebrar matrimonios mixtos;[36] en el dominio político, el acceso al consulado[37] y la validez legal de los plebiscitos;[38] y en el dominio religioso, la participación en los sacerdocios.[39] Conformemente, trocó el antiguo patriciado hereditario y exclusivo en una nobleza patricio - plebeya de potentados propietarios,[40] la cual hizo concesiones al espíritu democrático de la clase media a medida que aumentaba en importancia,[41] por mor de su bienestar y a las victorias, cuyo mérito correspondía en parte.[42]

Sorteadas las sediciones, las crisis sociales y la espantosa invasión gala del 387/6 antes de Cristo,[43] se aumentaron a veinticinco el número de tribus,[44] y, por un espacio de casi un siglo, desplegó Roma un conjunto de operaciones militares en aras de asegurar su supervivencia. Pundonorosos descendientes de Marte,[45] era la guerra un bien preciado y necesario en la educación viril. Era el romano la armoniosa constitución entre el campesino y el soldado;[46] bajo esa premisa, a fuerza de institución, y por motivos puramente defensivos para no alimentar la ferocidad de los dioses,[47] se atendieron expeditas las campañas, invariablemente enmarcadas en celosos procedimientos jurídicos.[48] Luego se daba marcha al habitual programa de distribución de la tierra para su labrado y su siembra, siendo una obligación

36. Cicerón, *De re publica*, II, 37, 63; Floro, I, 25.

37. Diodoro sículo, XII, 25, 2; Floro, I, 26; Livio, VI, 42, 9 - 10.

38. Aulo Gelio, XV, 27, 4; Plinio, *Naturalis historia*, XVI, 37.

39. Livio, X, 9, 1 - 2.

40. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 12.

41. Véase, por verbigracia, Plutarco, *Publícola*, 11 - 12.

42. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 19.

43. Polibio, I, 6, 2 - 3; Giannelli, *Trattato di Storia Romana: l'Italia antica e la Repubblica romana*, Bolonia, 1976, página 33. —Sobre la historicidad del evento en los escritos de antiguas fuentes, cf. Plutarco, *Camilo*, 3 - 4.

44. Livio, VI, 5, 8.

45. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 2, 3; Floro, I, 1, 2; Livio, I, 4, 2.

46. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 28, 2 - 3.

47. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 35, 3; VIII, 2, 3; Livio, II, 48, 8; Polibio, I, 6, 6.

48. Baviera, *Il diritto internazionale dei romani*, Módena, 1898, página 67.

moral la participación de las casas grandes,[49] a disposición perpetua de la voluntad divina, con el único imperativo de consagrar a Italia.[50] Subordinada a los preceptos celestes, amplificó Roma su territorio anexionando el Lacio, parte de la Etruria oriental y occidental, la mayor parte de la Umbría, de las Marcas y de la Campania, reduciendo a sus ciudades a *municipia* y sus moradores a ciudadanos sujetos al servicio militar y al *tributum*, pero privados del derecho de voto.[51] Merced a una extraordinaria política agraria, se fundaron numerosas colonias latinas, y se incorporó a Nápoles hacia el 326; Arezzo, Camerino, Cortona y Perusa en el 310; frentanios, marcos, marrucinos y pelignios en el 305; vestinos en el 302; y más tarde se conminó a Ancona y a Tarento a concertar coaliciones y suministrar contingentes militares.

Pertinente programa socioeconómico y castrense se vio conminado cuando Pirro. Desalojados con iniquidad los comerciantes romanos de Tarento, recuestó el Senado una reparación. Bravíos se prodigaron samnitas, lucanos, brucios y apulios en la salvaguardia de la célebre *apoikía* espartana; era Pirro su principal baza: corajoso desembarcó cursado capitán una batería de veinticinco mil soldados y una veintena de proboscidios en Tarento para desarmar al ejército de Publio Valerio Levino. No aconteció Publio Decio Mus con superior fortuna que su predecesor; pero cuando menos pudo diezmar las fuerzas enemigas, forzando al rey a entablar comunicaciones para convenir la paz. Desestimado el ofrecimiento, hizo Pirro de Sicilia su bastión, en una guerra que duró un lustro y acabó por convertir a Roma en potencia.

49. Catón, *De re rustica*, *Pref*., 4; Columela, *De re rustica*, *Pref*., 14.

50. Según documenta Cicerón, *De re publica*, VI, 15, subyacía la función primigenia del hombre romano, y, por tanto, su destino todo, en la contemplación de la tierra, su protección y su administración, y nunca en una vana dominación para fines seculares, inmanentes, materiales, temporales, efímeros. De aquí surge el sentido de la conquista romana, fundada en la dimensión del *tueri*: desde allí, tendió Roma a unificar bajo este sentido sacro a todos los pueblos. —Véase el paradigmático estudio de Disandro, *Humanismo: fuentes y desarrollo histórico*, La Plata, Fundación Decus, 2004, página 262.

51. Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, III, 1, Leipzig, Von S. Hirzel, 1887, página 571 y siguientes.

En tan venturoso cuadro, se intituló Roma soberana de Italia. Tras la explotación de las costas y el alto Apenino, y la afluencia de metales preciosos en forma de abundantes botines de guerras,[52] hacia el 269 ó 268,[53] se dio inicio a la acuñación de monedas de plata, con un pundonoroso carácter divino.[54] Derivante del raudo y brusco incremento financiero, se multiplicaron las familias de los pequeños propietarios en el territorio de las colonias, residiendo en una posición más holgada y pudiendo procurarse los refinamientos de la civilización helénica mediante el comercio con la Italia meridional. No manifestaron la prosperidad y los asiduos intercambios culturales debilitar las tradiciones ni tampoco propiciaron profundas reformas políticas, sino que vinieron a consolidar la fuerte posición de la aristocracia.[55] Quedó, a la sazón, pequeña Italia ante los espíritus que perseguían proyectos de suma envergadura, y se dio vista a la poderosa y opulenta Cartago:[56] con enorme esfuerzo se construyeron arsenales y numerosas escuadras,[57] indispensables para contrarrestar la probada experticia de los almirantes cartagineses; victoriosa, y ya sin aparentes adversarios en el horizonte, propagó sus dominios Roma hasta la Magna Grecia, el grueso de Sicilia,[58] Cerdeña y Córcega.

Hacia el último cuarto del siglo tercero, ostentaba Roma un dilatado territorio de 27 000 kilómetros cuadrados,[59] y se gloriaba de dominar una vasta superficie poblada en torno a los cinco millones de hombres, del que, en caso de supremo peligro, hubiera podido extraer alrededor de 650 000

52. Livio, X, 46, 5.

53. Belloni, *La moneta romana: società, política, cultura*, Roma, 2002, página 39.

54. Parisotti, *Evoluzione del tipo di Roma nelle rappresentanze figurate dell'antichità classica*, en *Archivio della R. Società Romana di Storia Patria*, XI, Roma, 1888, página 83.

55. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 18.

56. Floro, II, 1.

57. Sobre la fidelidad de la cantidad de escuadras descriptas en los registros de los historiadores de la antigüedad, véase Tarn, *The fleets of the first punic war,* en *The journal of hellenic studies*, XXVII, Londres, 1907, página 48 y siguientes.

58. Marquardt, *Römische Staatsverwaltung*, I, Leipzig, 1873, página 91.

59. Beloch, *Der Italische Bund unter Roms Hegemonie*, Leipzig, Von B. G. Teubner 1880, página 101.

soldados de caballería e infantería;[60] pero aunque coadyuvara la campaña contra Cartago a la unidad italiana en una causa común, en absoluto era Italia un organismo político unificado: era, en esencia, una confederación de pequeñas repúblicas, las cuales vivían de ellas y para ellas, y que únicamente se hallaban ligadas a la autoridad de Roma por flojos lazos políticos. Mas habían de bastar los tratados para preservar la fraternidad en el Lacio y en la Italia meridional, precisamente donde había establecido Roma las bases de su consistencia económica.[61]

Intermediaria natural Italia entre las recónditas tierras del levante y el Occidente más distante,[62] descubrieron en el comercio las clases media y baja la oportunidad de acrecentar sus patrimonios.[63] Tal dinámica suscitó que la aristocracia, que, a la sazón, había velado únicamente de la administración de las tierras y la rentabilidad de los créditos hipotecarios,[64] se insinuara en los negocios y arrojara flotillas a la mar para traficar con las exportaciones de Sicilia, prodigándose en el lujo y estimulando en la Curia míseras ambiciones expansionistas:[65] ¡abominable coronamiento del desarraigo con la esfera divina![66] Ya no le bastaba a la aristocracia con reaccionar ante las agresiones en legitimidad de los principios de una guerra justa, y muchos menos extender los dominios para consagración de la tierra como tiempo ha, sino el mero poseer por poseer, absorbente símbolo de engrandecimiento y de poder. De aquí la transgresión de los tratados[67] y la

60. Nicolet, *Rome et la conquête du monde méditerranéen: 264 - 27 avant J.-C.*, I, París, 1979, página 82.

61. Salvioli, *Sulla distribuzione della propietà fondaria in Italia al tempo dell' Impero Romano*, Módena, 1899, página 9.

62. Cf. Ateneo, III, 116 C; Plutarco, *Arato*, 12, 5.

63. Según Polibio, I, 83, 10, transcurrida la primera guerra púnica, ya era, cuando menos, considerable el aparato de mercaderes italianos y romanos.

64. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 418.

65. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 32.

66. Véase el elocuente pasaje de Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, III, 36, 2.

67. Bástenos con enfatizar el enseñoramiento de Cerdeña, posterior al tratado de paz convenido con Cartago en el 241 antes de Cristo. —Åke, *Beiträge zur geschichte sardiniens und corsicas im ersten punischen kriege*, Upsala, 1906, página 100 y siguientes.

estimulación de nuevas conflagraciones, mácula de la otrora mansa y augusta subordinación a infrangibles leyes celestes.

En este pernicioso cuadro económico - especulativo, propiciado por mor de incipientes y exclusivas sociedades de publicanos o abastecedores, cedía la antigua disciplina;[68] absurda cosa: pudiéndose disponer de cualesquiera de los tantos y útiles y funcionales elementos de culturas avanzadas en competencia intelectual, se desperdiciaba la estupenda ocasión de importar los conocimientos científicos y las teorías generales. Se desdeñaba la educación de los saberes, la filosofía y las artes, persistiendo llecas las artes plásticas e inamovible la lengua literaria en su pobreza y hosquedad: únicamente algunos cantos religiosos y populares en metro saturnino, y unas pocas y deslucidas composiciones dramáticas, como los cantos fescenios, las sátiras y las representaciones mímicas, eran las expresiones toscas, mal concretadas y de imaginación limitada del pueblo romano.[69]

Venturosamente, por divina intercesión de Melpómene, Polimnia y Talía, Andrónico, un griego hecho prisionero en el 272 cuando la conquista de Tarento y vendido a Lucio Livio que le emancipó, se encargó de traducir la Odisea en su integridad[70] en versos saturninos, lo que era una proeza, aun con sus yerros;[71] abrió en Roma una escuela de griego y latín; y tradujo y adaptó varias comedias y tragedias griegas, concitándose la admiración de las familias grandes. Pero únicamente Andrónico podía presumir del reconocimiento de un reducido valor de la nobleza: los otros poetas, harto menospreciados,[72] debían recitar sus versos en la península.[73]

Se desapreciaba en Roma la instrucción de las artes y la exploración del mundo del conocimiento y las ideas,[74] reduciéndose todo elemento de sabiduría a la instrucción en derecho; y seria cosa: era el descuido de las leyes

68. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 24.

69. Duruy, *Histoire Romaine*, I, París, 1893, página 37.

70. Verrusio, *Livio Andronico e la sua traduzione dell'Odissea Omerica,* Roma, 1977, página 66 y siguientes.

71. Teuffel, *Geschichte der römischen literatur*, Leipzig, 1875, Página 147.

72. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 919 y siguiente.

73. Leo, *Geschichte der römischen literatur*, I, Berlín, 1913, página 53.

74. Martha, *Études morales sur l'antiquité*, París, 1889, página 61.

motivo de deslustre entre los patricios:[75] de aquí que pocos tuvieran la sutileza de emplear pintores de la Italia meridional para agraciar sus moradas,[76] de contratar escultores de Sicilia y la Campania para la producción de sus obras artísticas,[77] de cultivarse en una varia enciclopedia, más perfectiva y superadora para la cognición que las nociones básicas procuradas por la lectoescritura o la aritmética;[78] meras instrucciones técnicas divulgadas entre la nobleza para la proba administración hogareña. Recelaban las grandes casas tradicionalistas de las bellísimas expresiones orientales del espíritu humano, no pudiendo observar en ellas otra cosa que la pecaminosa adulteración del virtuosismo; pero cuando menos fue un estimable número de familias prominentes lo bastante lúcido como para acoger los manuscritos de renombrados pensadores y literatos griegos[79] y censurar una vana existencia de crápula, de agio, de frivolidad, banalidad, vulgaridad. Redrojos del germinante espíritu expansionista y mercantil.[80]

Precipitaron el mercado y el intercambio cultural la mutación del carácter patrio, dañándose el hierático himen de la república, escudo de la antigua sencillez y del generoso patriotismo.[81] Se concedían bochornosas licen-

75. Duméril, *L'enseignement des institutions romaines dans les facultés des lettres*, Toulouse, 1885, página 5 y siguiente; Moscatelli, *Gli scrittori romani di instituzione giuridiche*, Reggio Emilia, 1889, página 5.

76. Cf. Requeno, *Saggi sul ristabilimento dell'antica arte de' greci e de' romani pittori*, Venecia, 1784, página 99.

77. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 221.

78. Marquardt, *Römische Privataltherthümer*, I, Leipzig, 1864, página 92.

79. Leo, *Geschichte der römischen literatur*, I, Berlín, 1913, página 53.

80. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 140; Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 25.

81. Adviértase que, en la concepción romana, el término «*patria*» era indisociable de la *urbs*, la *civitas*: debía guardar la patria sus propias deidades, y vivir y perecer en aras del esplendor y la grandeza de la patria guardaba un trasfondo religioso doble en la mentalidad de los ciudadanos; a saber: vivir y perecer en un estricto, esmerado y ardoroso acatamiento de las disposiciones de las deidades tutelares de la ciudad y de las deidades de las *gens* en aras de la conservación y perdurabilidad de la sacra estirpe que había de sacralizar, preservar y administrar el vasto orbe; ilustrante noción nos refiere y nos sitúa en una patria temporal, donde el ordenamiento y subsiguiente regulación del plano terrenal adquiere un valor supremo en la producción y representación de las actividades mundanas, y en las cuales participaban activamente los lares, manes, penates y genios en

cias a funcionarios encargados de blandir políticas egoístas y venales, desbordados por las nuevas necesidades y atenciones, y engolfados en medrar por sobre la administración de la república. Hasta reputados senadores incurrían en la corrupción y en la malversación de fondos públicos:[82] no sin razón detectaron las mentes clarividentes en la promiscuidad financiera el deterioro de las facultades latinas en las generaciones postreras.

Mucho contribuyó al desvío la polarización gubernamental. Tenía rato que se había fracturado el Senado, constituyéndose agrupaciones con fines e intereses muy diversos,[83] representadas en materia política, económica, jurídica y legal por familias con principios de un gobierno aristocrático y tradicionalista, renuente a emprender grandes concesiones a la plebe urbana y la plebe rural,[84] y una embrionaria oposición de índole democrática,[85] también aristocrática y conservadora en esencia, pero benefactora, precipuamente, de la plebe rural y los manumitidos;[86] eran sus divergencias

---

estrecha relación con los descendientes de los primigenios padres. Evidentemente, celosa visión, exclusiva, necesaria e ineludible de la granada estirpe romana, difiere hondamente de la concepción cristiana de la significación natural y espiritual de reposar en la patria celestial: genuina patria; en efecto, pues se conservaba el ciudadano romano, a la luz de la Revelación, en un estadio de simple viador, en una humanidad imperfecta, condenando su naturaleza a la fugacidad de un pasaje transitorio, provisional, en oposición a la clarificada por el Doctor de la Iglesia santo Tomás de Aquino, *Expositio super librum Boethii de Trinitate*, p. 2, q. 6, a. 4, co. 3: *in patria*; esto es: (morar) en la casa del Padre; hecha la breve y fragmentaria especificación, podrá profundizar y reflexionar el lector sobre la concepción de *patria* en el pensamiento romano en el pertinente estudio de De Viguerie, *Les deux patries*, Bouère, 2003, página 32 y siguientes.

82. Véase por caso el proceso a Marco Livio. —Livio, XXVII, 34, 4.

83. Ihne, *Römische Geschichte,* I, Leipzig, 1868, página 113.

84. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas,* IX, 42, 3; Livio, II, 56, 5.

85. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 242.

86. Ferrero, *Dei libertini*, Turín, 1877, página 22; Meyer, *Kleine schriften,* II, Halle, 1924, página 391 y siguiente. —Aun cuando disponemos de pocos elementos para convenir con certitud la existencia y desarrollo de una consolidada organización partidista durante los primeros siglos, concibo la coexistencia de agrupaciones de grandes y señeras familias. Y aun cuando no se hallaran sus fuerzas afirmadas como a principios del siglo primero antes de Cristo, ciertamente que constituían consistentes programas e itinerarios para estimular empresas lucrativas, apoyándose, gradual y progresivamente, en las distintas sociedades y relaciones del clientelismo, con la premisa de operar pro-

profundas: gozaban los aristocráticos de plena potestad para deliberar sobre las cuestiones administrativas, la distribución de provincias, acaparar las primeras magistraturas, imponiendo todo tipo de límites a las fórmulas propuestas por la oposición. Sulfurados ante tan deplorable mezquindad, alcanzaron a redactar los representantes democráticos proyectos de ley en aras de sofrenar la supremacía aristocrática; pero por lo usual quedaban caducos, abriéndose brechas irreconciliables en el corazón del vulgo. De un modo u otro, se daban maña los aristocráticos para debilitar la influencia del elemento plebeyo - democrático en el seno de la organización de centurias y proseguir gobernando a placer. Transcurrida la guerra pírrica, robustecieron latinos y samnitas las filas plebeyas:[87] poco se necesitó para que intensificaran las discordias y los desencuentros.

En esta agria coyuntura también la religión debió padecer sus embates: pues distinguidos magistrados comenzaban a incursionar en la indiferencia religiosa.[88] Podrido fruto de la descarada impiedad y el progresivo intercambio cultural con la Magna Grecia, fue inevitable la inoculación y el sincretismo entre doctrinas; infaustas e inevitables secuelas de navegar en los límites extremos de la locura por la grandeza y el poder.

Evidenciada a las potencias su fuerza militar, hecha Roma de Sicilia, los mercaderes italianos, en estrecho contacto con nuevas civilizaciones, se desprendían de la sacra educación tradicional y con mal genio acobijaban

---

yectos de ley que regularan el ascenso a las magistraturas y la distribución de la riqueza y los territorios. De usual se servían las agrupaciones de sus *clientes* en aras de entorpecer las proposiciones que atentaran contra su prominencia en el Senado, siendo causa común el desafecto por los plebiscitos que amenazaran con lesionar sus intereses, así como las recurrentes encomiendas a las clientelas para suscitar tumultos y desórdenes, con el desdeñable horizonte de ejercer una absoluta presión a la oposición al perturbar los ánimos de la opinión pública; cf Mispoulet, *Études d'institutions romaines*, París, 1887, página 79. —Sin embargo, no debemos atribuir a estas facciones mecanismos estrictos y estáticos como suelen regir en los partidos políticos actuales: pues mudaban las familias de agrupación según sus aspiraciones individuales, intrigas políticas, afinidad con la redacción de plebiscitos benignos para las clases medias o llanamente por desavenencias con otros partidarios.

87. Niese, *Grundriss der Römischen Geschichte*, Múnich, 1923, página 83.

88. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 126; Mommsen, *Römische Geschichte,* I, Berlín, 1856, página 842.

dogmas y cultos foráneos; epatante cosa: a casi nadie parecía inquietarle. Se restringía el Senado a propender nuevas victorias y grandes botines, cosechando la admiración de la ecúmene, pero destratando con sonora alevosía la debida piedad a los dioses. Pero cómo cesar estremecedora inercia, si habían de ser las sumisiones de Cerdeña, Córcega e Iliria motivo de impresión en Grecia y en Macedonia, forzándose lazos económicos y civilizatorios; fue determinante el establecimiento marítimo en el Adriático para dicho proceso: ventajoso resultante del conflicto desencadenado por mor de la intemperancia de los piratas.

Infestaban esquinados patógenos las costas griegas, dispersando su inmundicia y porteando por todos los sitios el pillaje y la guerra.[89] En puridad, prácticamente que fue acarreada Roma a marchar contra Iliria. Rebasados en hierro aqueos y etolios por la prodigiosa destreza de ávidos corsarios, las protestas de los mercaderes italianos, las peticiones de auxilio de los habitantes de Apolonia y las imploraciones de los iseos, sitiados en su ínsula desde la alborada hasta el crepúsculo, impelieron al Senado a no persistir sofrenado ante el prepotente avance ilirio y remitir una legación. Solicitaron el cese de las depredaciones los hermanos Gayo y Lucio Coruncanio a Teuta, pero como consentía la ley iliria la piratería arguyó que no habría de vedarlas; y, para peor: enervada por las reprensiones de la posición adoptada, las cuales bruscas y desafiantes,[90] perpetró un malicioso asalto cuando procuraban entrambos hermanos su embarque, pereciendo el menor.[91] Perplejo y desconcertado ante el aberrante suceso, no tuvo otra alternativa el Senado que alistar al ejército y acondicionar una armada. Hacia la primavera del 229 antes de Cristo se hicieron presente doscientos buques en las aguas de Apolonia gobernados por firme timón:[92] sitiada en su última fortaleza, suscribió Teuta en el 228 las condiciones de paz: fue la nobleza de Escodra reducida a los estrechos límites de su antiguo territorio; y las *póleis* griegas, así como las ciudades de los ardeos en la Dalmacia, las

89. Floro, II, 5, 2; Polibio, II, 4, 8.
90. Polibio, II, 8, 10.
91. Ihne, *Römische Geschichte,* II, Leipzig, 1870, página 120.
92. Polibio, II, 11.

de los partinios, próximas a Epidamnar, y la de los atintanos en el Epiro septentrional, recobraron su libertad.[93]

Concedió a Roma la supresión de la piratería en el Adriático una indisputable supremacía política, económica y militar: debieron pagar los ilirios de Escodra una indemnización; se lo instaló a Demetrio de Faros en las ínsulas y costa de Dalmacia, y servirían las ciudades redimidas a las legiones en ulteriores campañas. Circunscritas a sus dominios las importantes plazas del Adriático, distinguieron los griegos en Roma a una especie de redentora; y, en aras de obtener su arrimo definitivo, con afición y entusiasmo la admitieron en los Juegos Ístmicos[94] y en los misterios eleusinos,[95] ahondando en el corazón de Italia la simiente de la discordia en la simbiosis religión y patria.[96] Comenzaron a entreverarse entonces las divinidades latinas con las helénicas,[97] se adoptaron ritos y fórmulas desconocidas[98] y gozó el oráculo de Delfos de una desproporcionada estimación: fue la descomposición cultual significativa: el sacerdocio, piedra angular del esplendente edificio de la república, lenta pero gradualmente era corroído por una corriente impía que rebatía las instituciones para consagrarse a dioses orientales.

Desviada Roma en la esfera divina, las familias patricias, amenguadas por mor del influjo plebeyo, el cual ya nada precisaba de sus antiguos apoderados, sugestionados por una desbordante propensión a restaurar sus patrimonios y preservar el poder, acogieron en su seno a la emergente clase de publicanos, concertándose peligrosas esponsales: pronto dispuso la plebe de un absoluto allanamiento a las oficinas de la república, pudiendo participar en los negocios públicos; percatado de tan inusitada disfunción social, el orden ecuestre, asentado en las colonias en las tierras confiscadas a etrus-

93. Apiano, *Iliria*, 7.

94. Polibio, II, 12, 7.

95. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 526.

96. Véase el elucidante pasaje de Livio, X, 47, 3: «(…) *Eodem anno coronati primum ob res bello bene gestas ludos Romanos spectarunt, palmaeque tum primum translato e Graecia more victoribus datae*».

97. Zeller, *Vorträge und abhandlungen*, II, Leipzig, 1877, página 105.

98. Fue esta callosa y dañina práctica introducida a principios del siglo tercero antes de Cristo; cf. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 408 y siguientes.

cos, volscos, ecuos y galos, las cuales eran ordenadas por los órganos supremos con un carácter propiamente militar, una suerte de campamentos fortificados y de orden sagrado, donde poco interesaba las relaciones de comercio,[99] sino la protección de las agresiones,[100] repitió a la plebe y ponderó la prosperidad política y comercial.

Entre tanto desorden religioso, político y social se fundieron la arcaica y la nueva Roma en un estropicio moral.[101] Prestamente se beneficiaron los potentados inversores de los saqueos a Italia y del flujo financiero de las rutas comerciales del Adriático, y mutaron las clases medias rurales en una fábrica de abastecedores y especuladores. Subvertía la avidez de medro la ruda austeridad de antaño: con voluntad desmedida se encomendaban los espíritus a una nueva vida propensa al lujo y las oportunidades, ensanchándose el hambre de botines y gloria una vez transcurrida la guerra contra los galos (225 - 222) y la segunda guerra ilírica (220 - 219). Sin embargo, para sosiego de los hombres rectos y sobrios todo tiene un límite; y mientras explotaban los potentados las tierras usurpadas en el valle del Po mediante la cría de ganado[102] y pugnaban egenos plebeyos por mejorar su condición socioeconómica en detrimento de una aristocracia amilanada, resuelto a vengar a su padre, invernaba Aníbal Barca en las cumbres de los Alpes, con el impostergable horizonte de destruir a la rival de la plutocracia cartaginesa: al fin se examinaría la consistencia de un Senado fragmentado y enclenque y la determinación, compromiso y bravura de una generación latosa, embriagada de poder[103] y extraviada en almibarados ensoñamientos de grandeza.

99. Belgrano, *Manuale di storia delle colonie*, Florencia, 1889, página 36.

100. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, VII, 28, 3.

101. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 23 y siguiente.

102. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 818.

103. Véase en Faltin, *Über den Uprung des Zweiten punischen Krieges: ein Beitrag zur Kritik des Polybios*, Neuruppin, 1887, página 17 y siguiente, cómo la ambición de conquista y expansión territorial en perjuicio del dominio cartaginés fue el motivo precipuo de la segunda guerra púnica.

II

LA ANTORCHA DE ANÍBAL

Arrojó el acaso la empresa a pies de Publio Cornelio Escipión, señor de una inmensa clientela romana y peregrina, y representante de uno de los grupos políticos más preponderantes de la época: el ejemplo perfecto de la deformación de una aristocracia que perseguía el reconocimiento militar y la comulación de riquezas, pero ciertamente privado del ingenio y el pulso de Aníbal,[1] un auténtico artista en la guerra, capaz de interpretar con estupenda facilidad las circunstancias y sutiles variaciones en los juegos de estrategia. Arreado por sus aspiraciones supremas de rivalizar en nombradía con los campeones de la antigüedad, con pertinencia concibió Aníbal sus ambiciosos proyectos en Hispania, disponiendo en sus filas en torno a los setenta mil soldados de infantería y caballería,[2] aunque pronto le fue perentorio dispensar quince mil efectivos a su hermano Asdrúbal, conjuntamente con una flota próxima a los sesenta navíos; once mil a Hannón para regencia de los pueblecillos septentrionales del Ebro, y licenciar parigual cantidad por su notoria inoperancia militar. Concentradas las fuerzas restantes, responsables de esculpir proezas afines a su dignidad, resuelto a retar los imposibles se asesoró sobre la fertilidad de la Narbonesa y la vegetación en las laderas de los montes, contrató guías experimentados, engrosó filas con tribus que compartían singular desprecio por Roma y se abrió paso a través de los Alpes; a su desafío, una serie de accidentes desgraciados, propios de tan peligrosa expedición, devinieron en el emagrecimento de su ejército:

1. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 555.

2. Véase la minuciosa disquisición de Beloch, *Die bevölkerung der griechisch-römischen welt*, Leipzig, 1886, página 468 y siguiente.

aunaba veinte mil infantes y poco más de seis mil monturas.[3] Mientras redefinía sus planes, batió Gneo Cornelio Escipión Calvo a Hannón en la periferia de Cissa, despojándolo de una oportunísima base operacional en Tarragona.[4]

Forzó el preocupante cuadro a agilitar las disposiciones de Aníbal.[5] Informado de que se las tenían ínsubres y turineses en las inmediaciones de los Alpes, osó concitarse por medio de prodigalidades y cautivantes promesas a los últimos en aras de hacer de Turín una sólida base para sus futuras operaciones militares.[6] Frustrada la intentona, asedió la ciudad durante tres días; ya en el interior, no hubo menor resquicio para la piedad: ¡amedrantadas enviaron legaciones las aldehuelas circunvecinas para trabar amistad! Coartadas las voluntades de míseras almas, noticioso de que había implantado campamento Publio Cornelio Escipión en la llanura del Po, emprendió empresa. Cruzó Italia a marchas forzadas y sitió a las ciudades reveladas en la travesía, alterando substancialmente el programa senatorial, requiriéndose enérgicamente de la presencia del otro cónsul, Tiberio Sempronio Longo, desatendiéndose, parcialmente y por imperiosa necesidad, los asuntos de Lilibeo.

Prosiguiendo el rastro de Aníbal traspuso Escipión el Po, implantó el campamento a la vera del río Tesino y ordenó a sus ingenieros la construcción de un puente flotante hacia la zona de Pavía. Al despuntar, vadearon entrambos capitanes el Tesino: condujo Escipión a su ejército por el margen izquierdo, y lo propio Aníbal, por el opuesto. Tras una tediosa y rutinaria marcha durante un par de jornadas, de improviso, se dio con el enemigo, precipitándose el cónsul a una confrontación harto fortuita.[7] Sin disponerse de una tentativa valoración del terreno para la apropiada ejecución de las maniobras,[8] desorientadas se alinearon las legiones: dispuso Escipión a la

3. Polibio, III, 56, 4.

4. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 275.

5. Sospecho que a su prurito remirado de procurar guardar todo vigilado cuando la planificación de los movimientos, no pudiera conservársele oculto significativo suceso.

6. Fuchs, *Hannibals Alpenübergang*, Viena, 1897, página 145.

7. Cf. el bien fundado argumento de Belloti, *Dei vitumuli ricercatori d’oro*, en *R.S.A*, VIII, Padua, 1904, página 31.

8. Livio, XXI, 47.

infantería ligera y la caballería gala en el frente, y a los romanos y cuerpos aliados en la reserva; situó Aníbal a la caballería cartaginesa en el centro, y reforzó las alas con la caballería númida.[9] Encentada la contienda, no alcanzó la infantería ligera a arrojar sus jabalinas contra la caballería cartaginesa,[10] siéndole menester retroceder donde las fuerzas de reserva para evitar ser abatida por la arrolladora estampida.[11] Entonces colisionaron cartagineses y galos frontalmente, deviniendo la ferina contienda en un combate cuerpo a cuerpo; desmontó una gran cantidad de combatientes,[12] fructificando la caballería númida un agresivo ataque envolvente, propiciando el desmoronamiento de los flancos desde la retaguardia. Rebasado en exceso, malherido y hostigado, únicamente la tenacidad de su primogénito logró subvenir al cónsul. Al frente de una *turmae* de caballería, intrépido se lanzó al peligro para arrebatar a su padre del bruno umbral del abismo. Decantación natural la retirada, se replegaron las legiones hasta el campamento: a su sensatez, ordenó Escipión, durante la velada siguiente,[13] recoger los bagajes y se atrincheró en las afueras de Piacenza, exactamente al margen occidental por donde discurre el río Trebia.[14] Transcurridas tres jornadas de tensa calma, reveló Aníbal su presencia,[15] desencadenando un fragoroso alboroto en las tiendas; vislumbrando una esplendente ocasión, el cuerpo auxiliar, constituido exclusivamente de galos, esa misma luna se enhestó en armas: bajo el amparo de la obscuridad, a su salvo tiñeron los lechos de sangre. Pluguido los albergó Aníbal; y, vaticinadas fascinantes mercedes, los expidió a su terruño para acobijar nuevos aliados.

Desvaído al lóbrego y taciturno amanecer, concibió Escipión abandonar los cuarteles durante el conticinio;[16] y según asomaban los suaves y tenues rayos otoñales sobre los llanos, enfiló hacia las colinas, en un acto de suma osadía, supuesto que debió circular la expedición frente al campamento

9. Apiano, *Aníbal*, 5; Livio, XXI, 46, 5; Polibio, III, 65, 5 - 6.
10. Polibio, III, 65, 10.
11. Livio, XXI, 46, 6.
12. Livio, XXI, 46, 6; Polibio, III, 65, 9 - 10.
13. Livio, XXI, 47, 2.
14. Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, III, 1, Berlín, 1912, página 59.
15. Livio, XXI, 47, 8; Polibio, III, 66, 10.
16. Livio, XXI, 48, 4.

enemigo, confiando en que la pendiente y los caminos sinuosos trocaran en un reducto inexpugnable. Voraz le echó encima Aníbal a la caballería, comprimiendo tibios corazones, ateridos de únicamente oír los bufidos y repiqueteos de indómitos corceles en su portentoso galope. Propagado un exagerado pavor en las tiendas, convino el Bárcida en emprender la guerra psicológica y pegó fuego en el campamento abandonado para proseguir erosionando encogidos espíritus;[17] atizado el pánico con el agudo crepitar de crecientes y amenazantes llamas, dificultoso disimular el universal desaliento, recelando de que acabara Aníbal por diluir la poca moral de los hombres, aún dolido de su herida, privilegió Escipión la preservación de la integridad física y espiritual del ejército y prosiguió curso hacia las colinas. En torno de donde hoy Rivagano fortificó el campamento en la margen derecha del Trebia, levantó una empalizada y cavó un foso de 3,55 metros de ancho por 2,66 de hondura.[18]

Habían empezado a circular, entretanto, los alarmantes informes en Roma. Trascendidos el fiasco de Tesino, la protervia gálica en el campamento y el constante desfile de caravanas con soldados, grano y trigo patrocinado por las tribus de la llanura para el abastecimiento enemigo, se vio tentando el Senado en acusar a Escipión; pero, como únicamente se ocasionaría más disgusto, se optó por atemperar los ímpetos y se persistió fiando la dirección de la empresa en su parca experticia militar. Se preveía la reversión del comprometido contexto mediante el concurso de su colega.

Ya en Italia, pasó revista Longo a su ejército en Rímini y, devorando etapas, al cabo de cuarenta días implantó campamento a cuatro kilómetros del de Escipión.[19] Había comprado Aníbal la voluntad del prefecto de la guarnición de la actual Casteggio,[20] fortaleza que se ofrecía como un exce-

17. Polibio, III, 68, 2.

18. Véanse las especificaciones de Vegecio, *De re militari*, I, XXIV, 18. —Para la conversión de las unidades de longitud según el pie romano, cf. Mommsen, *Der römische oder Italische fuss*, en *Hermes*, XXI, Berlín, 1886, página 418.

19. Apiano, *Aníbal*, 6.

20. Imputa Livio, XXI, 48, 8, la aleve traición a un tal Dasio de Bríndisi; pero deliberadamente omite que debía de ser, por nacimiento, un ciudadano romano para ocupar suma posición. —Della Monaca, *Memoria historica dell'antichissima, e fedeliss, cittá di Brindisi*, Lecce, 1674, página 213 y siguiente.

lente centro de operaciones: proporcionaban las aldehuelas vecinas una preponderante red de comunicaciones y, a diario, concertaba nuevas sociedades, albergando hombres aguerridos, recibiendo reportes detallados sobre el terreno, cumulando provisiones y pudiendo preservar intactas las reservas del depósito de la ciudadela. Sin embargo, cuando aparentaba todo marchar afín a su planificación, descubrió embrionarios vínculos de amistad entre unas pocas aldehuelas y Roma, según parece, en función de conservarse en apacibles términos con sendos beligerantes conforme persistieran las hostilidades.[21] Pronto por castigar la falta de convicción en una guerra que prometía el desmantelamiento de la hegemonía latina, labró una vasta *razzia* para desarticular las comunicaciones y, a su vez, coger botín en abundancia.

Presas de la cólera de Aníbal, solicitaron las aldehuelas socorro a los cónsules. Ansioso por entrar en campaña, presto se movilizó Longo. Revelado un parvo número de enemigos, holgado logró replegarlos. Pletórico por el auspicioso remate de su primer embate, y presumiblemente valorando que pronto habrían de escasear las dotaciones de un ejército que había duplicado su tamaño,[22] estimó agible marchar contra Aníbal; pero Escipión, testigo de la fuerza arrolladora de la caballería númida, y cursado en la naturaleza obstinada de los galos, susceptibles a desertar de la reciente coalición cuando se descubrieran imbuidos en la ociosidad con el egoísta cometido de retornar a sus grescas domésticas, con sobriedad y mesura disentía. Además, también podría ser de suma utilidad una vez recuperado de su herida; a su desagrado, era Longo un hombre extraviado en su afán de gloria, y presuroso y descaminado maduraba un temerario avance.

Informado sobre el delicado estado de salud de Escipión, se retiró Aníbal a una explanada en busca de un sitio propicio en el que pudiera prosperar una celada. Topado en su trayecto con un arroyo cubierto en sus orillas por breñas y zarzales, meditada la ventajosa posición con su hermano Magón, envió por sus mejores hombres y enunció sus planes. Arropados bajo el frondoso velo de la obscuridad, marcharon alrededor de mil monturas y poco más de mil quinientos infantes.

21. Polibio, III, 69, 5.

22. Ihne, *Römische Geschichte,* II, Leipzig, 1870, página 159.

Al amanecer, conforme azotaba un diluvio su cuartel, desadormeció a las huestes, las alimentó debidamente y prendió hogueras para preservarlas calientes. Luego fue el turno de los oficiales, ponderados pródigamente por su inquebrantable fidelidad. Lisonjeado el espíritu del ejército por tunantes labios, a penetrante verbo exhortó a la caballería númida a franquear las trincheras: vesánica, surcó el Trebia y promovió escaramuzas en torno a los puestos de avanzada romanos. Exaltó el barullo a Longo, y, regido por la iracundia, reunió a las legiones, aún fatigadas y en ayunas, y desenvainó. Pese las objeciones de Escipión, terminó excesiva confianza por emponzoñar su razón. Funesto coronamiento de su necedad y negligencia, fue forzoso a los soldados trasponer el Trebia, cuyo caudal había crecido por las precipitaciones, con el agua hasta el pecho, portando sobre las cabezas las armas y el hato. Dificultoso avizorar un desenlace favorable; mas arrostraron los soldados con admirable hombradía los trances que prometían las huestes y bestias de Aníbal. En inferioridad numérica, y disminuida físicamente, denodada logró contener la infantería la reciedumbre del enemigo y sus bestias. Fue tanto su brío y su disciplina, que, por miedo a padecer una ominosa derrota a manos de unos simples bisoños, mandó Aníbal a la caballería al completo. Un total de veinte mil infantes, repartidos entre hispanos, galos y africanos, diez mil caballeros galos y númidas, y en torno a los treinta proboscidios, propendieron la masacre de dieciséis mil;[23] apenas se conseguía resistir. Ciñéndose la victoria, dio señal Aníbal a su hermano y, súbitamente, arremetieron por la espalda dos mil almas emboscadas en el arroyuelo. ¡Fatal sino habían de padecer corazones ardientes! Burlados fementidos armadijos en la desalmada lid, con conmovedor arresto se encomendaron al reposo eterno en la vasta fragilidad del Trebia cuando intrépidos osaban librarse de longas lanzas. Exento del campo de batalla, pero animando desde la retaguardia, fue alcanzado Escipión por el hierro. Trasladado de urgencia a Cremona,[24] ya a salvo y estabilizado, respirándose aún el petricor en el aire y asomando de entre el nublo firmamento una tenue

23. Documentan Livio, XXI, 55, 3 - 4; y Polibio, III, 72, 12 - 13, que también contabilizaba Longo cuatro mil monturas, veinte mil aliados latinos y unos pocos miles de cenomanos.

24. Apiano, *Aníbal*, 7.

iridiscencia, no pudo hacer otra cosa que penar por la irrecuperable pérdida de valerosísimos hombres.

Reasentado el grueso del ejército en Piacenza, sin asentir culpas a su insensato proceder, expidió Longo una correspondencia al Senado atribuyendo la derrota a la mala estación. En un principio, nadie se atrevió a cuestionar su palabra, pero cuando viajaron noticias de que se había captado Aníbal a las tribus galas, aumentando su ejército con la generosa contribución de sesenta mil soldados de infantería y cuatro mil monturas; que proseguían quedos los ejércitos en Cremona y Piacenza, y, para rematar, era la crónica de la batalla disímil en varios visos a la descrita por Longo, fácil cosa fue deducir la poca intrusión del invierno en los infelices sucesos. En consonancia, en aras de sofrenar el desangramiento, se enviaron legiones a Hispania, Cerdeña y Sicilia; se estacionaron guarniciones en Tarento y demás localidades estratégicas; se establecieron cuarteles y depósitos de trigo en Rímini y Etruria; y se solicitó asistencia a Hierón II de Siracusa, añejo amigo y aliado de Roma, acogiéndose mil quinientos infantes.

En marzo del 217 antes de Cristo, en unos comicios movidos y desordenados más de lo habitual, impulsó el embarazoso escenario la candidatura de Gayo Flaminio Nepote. Electo cónsul junto a Cneo Servilio Gémino, a su malsana ambición de medir fuerzas con Aníbal, apeló a sus vínculos políticos para asumir la regencia de Italia. Mucho incidió en su designación el pánico pueril regente en la Curia a la sazón. Se enrostraban los magistrados los fracasos, cargándose las culpas, desempolvando añejos odios y reflotando las enemistades y antipatías. Siendo imperativo hilvanar una solución inmediata, como nada hubo de aportar Escipión a la campaña, enredándose solo en las operaciones en Hispania, precipitando su ejército en Italia y cayendo reiteradamente en el lazo de Aníbal, sin siquiera contar con la suficiente competencia no ya para erguir la dignidad de la soldadesca, sino de mínimo para poder domar la impetuosidad de su colega, se valoró aparcar de las ulteriores maniobras a generales legos en comandancia.

Como un espectro, circulaban por Italia las crónicas de Tesino y de Trebia. Ante el pronunciado descontento de la ciudadanía, preocupado por la torpeza y nulidad de los representantes aristocráticos, y sobrestimando en extremo la amenaza real, aventuró el Senado su barquilla en la sinuosa

corriente democrática. Asombradas por lo que se presumía una desatinada resolución, casi que podían oír las mentes lúcidas la cascada adonde se precipitaba la empresa, prensadas por el temor de ya no poder remontarse el curso de la guerra; tan equivocadas no se hallaban: en modo alguno descendía Flaminio de preclara prosapia, se caracterizaba por ser el representante de la cuadrilla democrática[25] y era sospechado desde el 232 cuando propuso asignar al bajo pueblo una parte del territorio arrebatado a lo largo de la costa adriática a los senones en el 283 y a los picentos en el 268. Logró controvertido plebiscito ver luz, amén de una violenta resistencia.[26] Y para cuando los galos de aquende y allende el Po, sobrecogidos por de las asignaciones, libraron a Roma la gran guerra, se la imputó, ponderándosela una falta suya.[27] Para rematar, había sido el único senador en apoyar la ley impulsada el año precedente por el tribuno de la plebe Quinto Claudio, la cual venía a vedar a senadores y a sus hijos la posibilidad de poseer una nave de carga superior a trescientas ánforas, entorpeciendo el comercio marítimo con Sicilia y Cerdeña en beneficio del orden ecuestre,[28] primigenio valedor del plebiscito, si no con el cometido de percutir a la aristocracia mercantil, sí de arremeter contra sus colaboradores y sus clientelas.[29] Pero, en el presente, se precisaba de un hombre audaz, capaz de recobrar las esperanzas apagadas, experimentado en la guerra y con la inclinación de la opinión pública;[30] en particular, la de la plebe rural.[31]

Respecto a Escipión, nadie se atrevió a reclamarle nada, descubro, parto del poder acaparado por su facción, asentado largo tiempo sobre una consistente estabilidad financiera, cimentado por precisa ingeniería política y constituida sólida y eficientemente mediante las ventajosas relaciones de

25. Meyer, *Kleine schriften*, II, Halle, 1924, página 398.

26. Valerio Máximo, V, 4, 5.

27. Polibio, II, 21, 8.

28. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 262; Tenney, *Rome after the conquest of Sicily*, en *C.A.H.*, VII, Cambridge, 1928, página 808.

29. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 217. —Según parece, venía también la ley a vedar su concurso en las licitaciones públicas; cf. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 829.

30. Apiano, *Aníbal*, 9.

31. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 378.

dependencia recíproca que brindaba harto rentable sistema de clientelismo, y sostenido por la decisiva cooperación de familias señeras.[32] Exento de todo tipo de cuestionamiento, a su consubstancial impotencia en el plano militar, investido con el proconsulado de Hispania, desagradado le confirió las legiones a Gémino y partió, sugestionado por hallar el modo de redimirse.

Entretanto, invernaba Aníbal en la región de la Emilia - Romaña y preservaba solaceados a sus hombres con burdos espectáculos que involucraban a los prisioneros. Contenía afrentoso escarnio los ánimos; pero si de veras osaba vencer, correspondía absorber a su quimera a los aliados de Roma. Celebró, a la sazón, legaciones para engatusar a las poblaciones con la premisa de remover las cadenas de Italia,[33] cuando, en puridad, perseguía el incondicional resquebrajamiento de la hegemonía latina y la disolución de la fraternidad italiana, regido por un obscuro odio, pútrida herencia de su difunto padre.[34] En todo caso, debemos reconocer su imponente capacidad para calcular con enorme frialdad cada máxima de su politiquería rastrera, tonificada en lucientes discursos y recubierta por adamantina coraza, aunque ciertamente vacua de contenido en su interior; mas no se engullían macilentos embustes los galos, inquietos por la sucesión de batallas en su terruño y porque se los aventuraba sistemáticamente para preservación de las fuerzas africanas e hispanas.[35]

Ya revelados los fuertes rumores del febril descontento, procuró Aníbal mudar de ropajes para no ser reconocido con facilidad y amenorar sus interacciones en público. Dispuestas las providencias para su cuidado personal y atenuado el crispamiento bárbaro, se entrevistó con algunos residentes italianos para hallar un camino poco andado en aras de evadir al servicio de inteligencia de Roma, y, sin demora, se le comunicó el *passo dei Mandrioli*. Diligente, travesó los Apeninos y se encaminó de Forlí a Meldola, hacia el valle del Bidente, y río arriba por Galeata hasta Santa Sofía, para acabar al

32. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 39.
33. Polibio, III, 77, 7.
34. Livio, XXI, 1, 4; Marcial, *Eprigrammata*, XLIII, 9; Polibio, III, 11, 7 - 8.
35. Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, III, 1, Berlín, 1912, página 342.

sureste, a través de una cresta moderadamente alta, en el valle del Savio.[36] Al ya laboroso trayecto, a la altura de Subbiano, se desbordó el río Arno en un trecho de veintiséis kilómetros por las asiduas precipitaciones hibernales, debiendo exponerse el ejército durante cuatro días y tres noches a grandes peligros y penurias, sin hallar otro sitio donde reposar y dormitar que en infecciosos cuerpos de animales caídos y en los montones de aparejos abandonados; centenares murieron y miles quedaron debilitados. Ni siquiera Aníbal consiguió resultar ileso, sufriendo la pérdida de la visión del ojo derecho, insalvable consecuencia de una grave oftalmía.

Mientras se trataba de ubicar al enemigo, se incorporó en funciones Gémino el 23 de marzo,[37] conturbado por la indiferencia religiosa de su colega: recibía Flaminio las insignias consulares fuera del *pomerium*, puntualmente en Arezzo.[38] Ergotizando sobre puntos litúrgicos, los había los que estimaban ilegítimo su magisterio y reclamaban un nuevo sufragio. Se adentraba Flaminio en terreno fangoso. No obstante su probada valía en guerras precedentes, era su política y su demagogia abominadas por los personajes conspicuos. Era su consulado fruto del solemne apoyo del orden ecuestre y magistrados obscuros; y, aun cuando osara reivindicar deslustra-

36. Cf. el inconmensurable estudio de Fuchs, *Hannibal in mittelitalien*, en *W.S.*, XXVI, Viena, 1904, página 131.

37. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399 y siguientes. —Desde el inicio de la guerra, por mor de la superstición de los pontífices, se interrumpió la intercalación del calendario para su apropiada sincronización, atrasándose el calendario civil respecto del año solar. Para el delicado tratamiento de las fechas, se rige Beloch por un cálculo basado en el calendario juliano, y, en lo que a mí respecta, he acondicionado la fórmula para su conversión al gregoriano; a su vez, me he permitido el atrevimiento de enmendar una imprecisión: presupone Beloch las asunciones consulares el I° de marzo, cuando, en este período, aún se cumplimentaban el 15; véase Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, I, Leipzig, Von S. Hirzel, 1876, página 579 y siguientes. De modo que a las fechas propuestas debemos adicionar los 14 días faltantes y luego verificar la conversión. Hallará el lector la diferencia entre sendos calendarios mínima, tratándose de una divergencia inferior a una semana; por verbigracia: el 23 de marzo en el calendario gregoriano fue 28 en el juliano.

38. Brinda Faltin, *Der-Einbruch Hannibals in Etrurien*, en *Hermes*, XX, Berlín, 1885, página 76 y siguiente, suficientes argumentos para sostener que cometió Livio, XXI, 63, 10, una imprecisión de orden tipográfico al transcribir *Ariminum* por *Arretium*.

da imagen con una portentosa victoria, parecía pasar de las sacratísimas tradiciones de Roma, donde todos los esfuerzos se consumían en la colosal empresa que suponía atajar la inmensa ola que amenazaba con destruir a la república. No hacía su incredulidad más que agitar las aguas: poco había de importarle.

Percatado del avance de Aníbal, y receloso de las burlas de la soldadesca por ser incapaz de resguardar los poblados de Arezzo, puso en movimiento Flaminio a siete legiones.[39] Sin embargo, no actuaba como un general consumado, sino más bien como un espíritu insolente y baladrón. No se había informado sobre el distrito; portaba la dignidad con arrogancia, insolencia, prepotencia y despotismo; y, envalentonado por sus antiguos éxitos militares, apetecía de una guerra franca sin aguardar el arribo de su colega. Para miseria suya y de Roma, con sobrado juicio estudiaba Aníbal todos sus pensamientos: pronto habría de desnudar las inocultables flaquezas de su antagonista.

A mediados de abril, destacó Aníbal exploradores para obtener reportes seguros sobre la región. Ni bien tuvo noción sobre la fertilidad de los grandes campos que se extendían desde Fiésole hasta Arezzo, fecundos en trigo y ganado, labró una expedición por el centro de la campiña y redujo a escombros los caseríos y cabañas de Cortona. Flaminio, que, a la sazón, había pecado de indolencia, presas las propiedades de los pueblos aliados de los saqueos y las llamas, se apresuró en reunir consejo de guerra. Demandaban los oficiales aguardar por Gémino: itinerario menos audaz, pero más sensato; pues habrían de bastar las tropas de reserva para cesar las depredaciones, y, ya congregados entrambos magistrados, debería confrontar Aníbal al gran ejército consular. Mas su impaciencia y arrebato infectaban su intelecto; y, menospreciadas circunspectas recomendaciones, dirigió al ejército en dirección de las columnas de humo que encapotaban el cielo. Aguardaba Aníbal al pie de un desfiladero, al frente de las huestes africanas e hispanas, postrado en una parihuela,[40] convaleciente de su reciente ceguera. Se situaba el grueso de las fuerzas detrás de los montes, a la vera del Lago di Perugia, obturando la garganta de los collados altos y contiguos que se amplifi-

39. Apiano, *Aníbal,* 8.
40. Nepote, *Aníbal,* 4, 3.

can hacia el norte entre Borghetto y Passignano, y la caballería en el umbral, donde hoy la localidad de Tuoro, oculta tras unos montículos para el cerco y confinamiento enemigo entre los montes y el lago.[41]

Se extendían, entretanto, las siete legiones a lo largo de los cuatro kilómetros que comunican a Borghetto y Tuoro.[42] Arribada la caravana al valle hacia el véspero, dictó Flaminio la fortificación de un campamento fronterizo al Trasimeno y liberó de las fatigas a los soldados para recobrar las energías, pero cometió el inconcebible yerro de no informarse sobre los peligros celados que encerraba el territorio. Al primer albor del 18 de junio del 217 antes de Cristo,[43] omitidos con estremecedor desprecio los portentos y las ceremonias divinas,[44] ordenó Flaminio a la vanguardia bordear el lago hasta el umbral del valle para arremeter; la acechaba furtiva y sigilosamente la caballería númida, enfundada en los cañaverales lacustres, abrigada por la densa neblina matinal: bruscamente se desató un absoluto desorden y confusión. Abrasado por el miedo, osó el ancho del ejército darse a la fuga, arrastrando a camaradas que a los empellones procuraban conservarse en la lid. Aventajados en exceso, y hostigados sin respiro ni condolencia, fallidas las tentativas en todas direcciones y trabados los flancos por la cadena montañosa y el lago, se combatió encarnizadamente, por casi tres horas y en todas partes.[45] Anhelo común la retirada, esquivando toda orden oficial, se precipitaron los soldados por senderos angostos y escarpados; rechazados hacia el lago, ensordecidos y cegados, se zambulleron en las aguas, hallándose apartando pilas de bultos que dificultaban el paso.

41. Livio, XXII, 4, 3; Polibio, III, 83, 3 - 4

42. Reuss, *Die schlacht am Trasimenersee*, en *K. B. G.*, VI, Leipzig, 1906, página 235. —La hoja de ruta de una legión, la cual debía ocupar, en promedio, doce metros de ancho, se extendía en una longitud de 600/635 metros, sin contar el tren de las bestias, el cual incrementaría la columna en unos 200 metros. Presumo que debieron apretarse las siete legiones para poder reducir en poco menos de dos kilómetros la distancia y así caber en la carretera; véanse los cálculos de Rüstow, *Heerwesen und kriegführung C. Julius Cäsars*, Nordhausen, 1862, página 63 y siguiente.

43. Holzapfel, *Römische chronologie*, Leipzig, 1885, página 293. —Nuevamente, con la apropiada conversión del calendario juliano al gregoriano.

44. Cicerón, *De divinatione*, I, 77, 35.

45. Livio, XXII, 6.

Huido un grupo minúsculo a una aldehuela próxima, para terminar de desmantelar al enteco ejército romano, depositó Aníbal la rugosa prensión en su lugarteniente Maharbal. Desechada la descabellada idea de confrontar a una soldadesca engrescada y desesperada, para facilitarse las cosas, prometió respetar la libertad de todos, romanos como latinos, si se deponían las armas. Harto generoso compromiso no pudo ser ignorado; pero, tan pronto recibió Aníbal a los desdichados cautivos, aherrojó los cuellos romanos. Dispensados los latinos de infamantes cadenas sin exigencia de rescate, avivaba la propaganda de que únicamente guerreaba por la liberación de Italia.[46]

Lo cierto es que, para un hombre inteligente y perceptivo, como lo era Aníbal, no se le podía ocultar que aún no existía en suelo itálico una auténtica nación, sino un edificio político que tenía por «capital» a Roma,[47] ¡y por supuesto que podía colapsarse![48] La antigua Roma agrícola, aristocrática y guerrera había logrado reducir únicamente a una civilización exclusiva una limitada parte de Italia. Unían los pequeños propietarios a Roma con las numerosas regiones de Italia por intermedio de los vínculos del lenguaje, la tradición y la política;[49] pero ni siquiera ocupaban las colonias y municipios, a la sazón, la mitad del territorio itálico; y pertenecía la otra mitad a las ciudades aliadas, repúblicas aristocráticas en su generalidad, que subsistían haciendo vida local.[50] Se hallaban las grandes familias de la Etruria y la Italia meridional adunadas a Roma por vínculos de hospitalidad, amistad, a veces hasta del parentesco,[51] afectos de admiración por la poderosa ciudad, sus instituciones y las costumbres de sus grandes. Mas habían calado hondo las derrotas en la mentalidad pseudo unitaria de los pueblos italianos, siempre volubles ante las fuertes sacudidas: vislumbrado un tenebroso y acedo porvenir, se cristalizaron las muchas desventajas de continuar coligados a su antiguo benefactor.

46. Polibio, III, 85, 4.
47. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 389 y siguiente.
48. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 272.
49. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 393.
50. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 26.
51. Apiano, *Realeza*, Fr., 13; Livio, XXIII, 4, 7.

En tan deprimente cuadro, arreciaron los disensos y no demoraron los ánimos en agriarse. Eran los magistrados incapaces de disimular la dimensión de la catástrofe. Resonaba la crónica del fracaso por toda Roma, entelerida la población por la pérdida de Flaminio y tres legiones. Aquejadas ante la mezquina realidad, durante varios días se apiñaron las mujeres en las puertas de la ciudad al aguardo de un esposo o un hijo: únicamente cuando conocían la ventura de su parentela manaban de sus emociones su consuelo o su tribulación.

Previa batalla del Trasimeno, se estableció Gémino en Rímini para la contención de las tribus y clanes residentes de las llanuras aquende las desembocaduras de las bocas del Po; noticioso del acampe enemigo frente a su colega, se propuso marchar a grandes jornadas y sorprenderlo. Entorpecido por la lentitud de su ejército, destacó un par de legiones acaudilladas por el propretor Gayo Centenio; para cuando alcanzó la Umbría era demasiado tarde: había desmembrado Aníbal al ejército consular y había arrasado Maharbal con Centenio.

Envanecido por el doble golpe, se dispuso Aníbal a distribuir el botín entre los galos, ya por retribuir su valor en campaña, ya por temor a una masiva defección;[52] sepultó a sus lugartenientes,[53] aupados con todo tipo de honores; y procuró dar sin éxito con el cadáver de Flaminio para rendirle un apropiado cortejo fúnebre. Ultimada la agenda, trató con su hermano la prosecución de la empresa:[54] era Aníbal metódico en la guerra, y en su avance infundía insondable pavor en el cuerpo senatorial.[55]

Homologada la subitánea derrota de Centenio, sacudió un espeluznante escalofrío el espíritu de las agrupaciones aristocráticas; no obstante, como por intercesión de una cálida y ambarina lumbre, cargada de cerúlea sabiduría divina, primaron en Roma la cordura y la prudencia: de ahí la conveniencia de posponer las discusiones sobre política y provisión de las magistraturas hasta nuevo aviso, centrándose toda actividad en tan espesa campaña. Los Fabianos, una facción constituida por esclarecidos patricios y ple-

52. Apiano, *Aníbal*, 10.
53. Livio, XXII, 7, 5; Polibio, III, 85, 5.
54. Polibio, III, 85, 6.
55. San Sidonio Apolinar, *Carmina*, 7, 553 - 554.

beyos, que fundaba su predominio en los privilegios jurídicos y religiosos, y que, en lugar de utilizar su posición y su influjo para prosperar mediante el comercio y la industria, se aplicaba en la agricultura y la recta administración de la tierra,[56] preservando vivas las sanas costumbres y tradiciones de los primeros padres, ansiosos por retomar la dirección de la república, se encolerizaban por la impiedad de Flaminio y presionaban por la instauración de un interregno, valorándolo como el único medio preceptivo para restablecer una magistratura en conformidad con la voluntad divina, observando imperioso el nombramiento de un dictador.[57] Reparado el Senado en la razonable propuesta, por vez primera fue confiada la elección a los comicios centuriados[58] y, hacia el 19 ó 20 de junio, se confió la empresa a Quinto Fabio Máximo Verrucoso,[59] hombre de preclara solar y sutil intelecto, auténtico campeón del núcleo duro de la nobleza y férreo opositor de la política de Flaminio,[60] custodio de las tradiciones y los intereses de la aristocracia; mas, en aras de evitar una orientación política en una única dirección, prescindió el Senado de la costumbre en la que disponía el dictador del comandante, y Marco Minucio Rufo, personalidad ligada a los Escipiones,[61] asumió el mando de la caballería. Prestamente, se les encomendó la dificultosa labor de reforzar las murallas y torres, levantar puestos de vigi-

56. Véase Anthologia latina, *Carmina codicis vaticani cuiusdam*, 839, 3. —Según Lange, *Römische Altherthümer*, III, Berlín, 1876, 3, ponderaban las casas grandes la fortuna inmobiliaria y territorial y menospreciaban el comercio y la industria; no obstante el caso particular de los Escipiones, los cuales habían consolidado un preponderante aparato de clientela mercantil.

57. Mazzotta, *Interregnum e dittatura comitiorum habendorum causa: il caso di Q. Fabio Massimo nel 217 A.C.*, en *AEVUM*, XC, 1, Milán, 2016, página 138.

58. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 284.

59. Convergen Apiano, *Aníbal*, 11; Plutarco, *Fabio Máximo*, 4; y Polibio, III, 87, 6, en que fue investido con la dictadura. Únicamente Livio, XXII, 8, 5 - 7, testimonia una hipotética prodictadura, a mi criterio, en una desacertada valoración de los hechos. —Cf. Pais, *Ricerche sulla storia e sul Diritto pubblico di Roma*, II, Roma, 1916, página 6; mal que yerra en sus cuestionamientos sobre el carácter excepcional del procedimiento electivo.

60. Du Rieu, *Disputatio de gente Fabia*, Leiden, 1856, página 309; Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 149.

61. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 46.

lancia y fortificar las vías principales; situar retenes en puntos estratégicos, la destrucción de los puentes para dificultar los accesos a Roma, y la recopilación de grano para el aprovisionamiento de las legiones. Era el imperativo específico: azotado el septentrión de Italia por los devastadores vientos de una financiada, artera y ruinosa insurrección, era una obligación moral y religiosa la supervivencia de la vigorosa estirpe dimanada de incandescentes y perpetuas llamas de Vesta.

III

CANNAS: EL DESASTRE DE LA CAMARILLA DEMOCRÁTICA

Afanada Roma en resistir a fuerza de encomiable tenacidad, travesó Aníbal la Umbría, se apersonó en Espoleto y agitó el remanso mediante el saqueo y la asolación de los campos: admitieron los colonos la confrontación, y, con mirífico arresto, despidieron al enemigo de sus tierras. En su audacia, padecía Aníbal bajas sensibles, añadiéndose a los tres mil cuando Trasimeno;[1] urgía a su quimera recobrar la moral de las huestes, y ¡qué más pertinente que preservar viva la antorcha de la guerra! Se arrasaron, por lo tanto, los distritos de Pretucia, de Adria, de los marsos, marrucinos, pelignos y parte de la región de la Apulia. En tan ventajoso cuadro, una diputación que había desplegado velas en aras de comunicar a los sufetes las victorias de Trebia y Trasimeno retornaba para anunciarle que recibiría naves, hombres y trigo, todo cuanto precisara, en los centros operacionales de Hispania y de Italia.

Osó, entretanto, expiar Fabio la falta de Flaminio por su desprecio hacia los portentos cuando Cannas, bien porque a su sinceridad temía el abandono divino durante la guerra, bien porque necesitaba escenificar la preocupación religiosa de su agrupación, la cual derivó, a su signo, en su dictadura: sospechoso Fabio de emanar una impostada piedad,[2] encomendó el colegio de pontífices a Marco Emilio Regilo la celebración de una ceremonia extraor-

1. Puede deducirse esta cifra en función del pasaje de Livio, XXII, 7, 3. —Los números brindados por Polibio, III, 85, 5; y Orosio, IV, 15, 5, se me revelan exiguos por la envergadura de la batalla.

2. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 300; Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 149.

dinaria, entreverando, de modo fortuito pero sumamente rechazable en el seno de las altas esferas del sacerdocio, la liturgia latina con la griega.[3] Consumado el rito, aún con la difidencia y reserva de un reducido grupo de sonados sacerdotes, se expuso un informe sobre las tropas necesarias para contener la invasión y se deliberó sobre el derrotero a observar en aras de empecer la hermética escalada del enemigo. Auscultadas prestigiosas y acreditadas voces, se reclutaron un par legiones, se dispuso el vaciamiento de las ciudades y poblados desguarnecidos, y se dictó la quema de los caseríos, los campos y las cosechas: de modo que se descubriera Aníbal cercado y sin suministros en su intrépido avance.

Observadas las providencias, emprendió Fabio la marcha por una vía Flaminia reforzada y se congregó con Gémino en Rímini. En tanto se pasaba el parte militar, arribaron inquietantes noticias de Roma: habían caído en captura en torno al puerto de Cosa las naves encargadas de los suministros de Hispania; a su natural sentido de la preservación, circunscribió a Gémino la institución de una escuadra para custodia de las costas y, en caso de ser hacedero, recobrar el cargamento. Partido Gémino, recibió al ejército a través del legado Quinto Fulvio Flaco, hombre penetrante y de varios recursos, auténtica joya en materia política y militar, y un importante eslabón de su arco político. Asistido por los suyos, con convicción remozó el ardor extinguido en los oficiales; propagado el fragor en todos los espíritus, se encaminó donde hoy Tívoli para la presentación de las nuevas legiones.

Habiendo ganado en grandor el ejército, a grandes jornadas travesó Fabio Preneste y, por caminos transversales, la vía Latina. A diferencia de Flaminio, era Fabio, ante todo, cauteloso: exploraba el itinerario con superior cuidado, procuraba no desagradar a sus oficiales y guardaba para la soldadesca siempre una mirada, una palabra, un gesto de asentimiento; con el firme imperativo de neutralizar la invicta marcha del enemigo, dictó acampar en la vecindad de Arpos. Desplegaba Aníbal una multiplicidad de cebos para inducir la batalla, pero como pronto empezó a azotar el hambre las tiendas púnicas no removió músculo; y, a su agudo ingenio, puso en práctica una novedosísima estrategia: temporizar la guerra. Parto de su

3. Sayous, *Études sur la Religion Romaine et le moyen age Oriental*, París, 1889, página 41 y siguiente.

genio militar y su inquebrantable temple, aun cuando había de mirarle torcido un ceñido grupo de oficiales ligados a la parcialidad democrática,[4] se limitaron las legiones a las tediosas persecuciones, guardando a conveniencia la distancia, prevalidas del agotamiento de un ejército desprovisto de racionamiento. Desgraciadamente, no todas las inteligencias podían vislumbrar la complejidad de sus larvados actos, y mucho menos reparar en las posibilidades que había de brindar la estupenda inventiva: empeñados en su miopía, tupidos de grosera animadversión, lo difamaban sus adversarios, y expresamente delante de las legiones, atribuyéndole con desmedido desprecio las aprehensiones del cobarde. Cautivado ante la esplendente ocasión de presumir de pergaminos, se carteaba Rufo con sus amistades en la ciudad, trascendiendo que andaba el dictador vacilante, reo del temor, infundiendo a las mentes abyectas a virar al vulgo en pos suyo.

Indiferente ante los murmullos y agitaciones del cuartel general, se restringía Fabio a placer a las tropas y desvencijar los enfados; en tanto saqueaba Aníbal los campos de las ciudades aliadas y conducía a su ejército por las colinas, guarecido por los caminos escabrosos, donde, en caso de súbita necesidad, pudiera tender una celada, lo proseguía Fabio desde las elevaciones, guardando distancia de los llanos, vedando a la caballería númida toda ocasión de desplomarse sobre las tropas. Nervioso porque el enjambre de galos que integraba la expedición tendía a irritarse, partió Aníbal a la región del Samnio, territorio feraz y lozano, en vista de apaciguar los disgustos; remozadas las voluntades, avivó la marcha cargado de un caudal de suministros, y, a sus anchas, gestionó el saqueamiento de los campos de Benevento y se enseñoreó de Telesia. Impertérrito, perpetuaba Fabio su particular persecución de las sombras que se envaguecían en el horizonte, intensificándose entre las legiones un obstinado desdeño hacia su logística: hostigado el enemigo, mas nunca confrontado, comenzaban los soldados a prestar oídos a Rufo.

En tanto debía estar alerta Fabio de los hombres, en un ambiente sumamente desfavorable para la dirección de las operaciones, concertaba Aníbal con tres *equĭtis* de la Campania, con la convicción de poder enseñorearse de Capua; animado ante la tentadora ocasión, ordenó al guía conducirle hasta

4. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 285.

Casino: según habían constatado los exploradores, si ocupaba el desfiladero, habría de cortar a Roma la vía para subvenir a sus aliados. A su atranco, interpretó el guía «Casilino» por «Casino» y terminó por extraviar al ejército; contrariado al adverso escenario, atrincheró a su ejército y encomendó a Maharbal bordar una *razzia* en Falerno. Especulaba con la incisiva iniciativa empujar a las ciudades a desertar a Roma o bien forzar a Fabio a la batalla; empero, la ferina rapacidad que se extendió desde las aguas termales de Sinuesa hasta el Másico no perturbó ni a pobladores ni a Fabio: de aquí que estableciera cuartel a la vera del río Volturno para dar amplitud a la devastación de la región. De los más hermosos prados y llanuras de Capua, célebres por su cencía y su bondad, humeaban los caseríos y las granjas. El descubrir pasto de las llamas al más fecundo campo de Italia soliviantó a los soldados; logró contener Fabio el torvo aire de las legiones y veló de la compostura ante el desenfreno de Rufo, bien escoltado por tribunos y centuriones. Pendiente tanto de subordinados cuanto de enemigos, a suma frialdad domaba su temple y fingía concordar con los más belicosos. Agraviado porque no sólo en su campamento, sino que también en Roma, se cuestionaba su logística, se restringió a desplazarse paralelamente al enemigo: de modo que aun cuando daba impresión de no ceder terreno, tampoco descendía a la llanura, preservando el bienestar del ejército.

Aun cuando parte de la llanura fuera arrasada, sirviendo de ocasión a Aníbal para aglomerar riquezas en cantidad, no se permitió Fabio arrastrar por la temeridad de sus oficiales y denegó una insensata confrontación, admirado su círculo por su firmeza y elogiosa hidalguía;[5] y, forjándose que habría de establecer Aníbal su cuartel de invierno en un territorio donde le fuera practicable la traslación del botín, se anticipó a sus movimientos y, proponiéndose despojarlo hasta de la última pieza, sin comprometer la integridad de las legiones, montó la ocupación del monte Calícula y Casilino y emboscó a cuatro mil centinelas hacia el pie de la hoz.[6] Tan pronto agotaron las baterías púnicas los recursos de la comarca, se recogieron los petates y se marchó hasta la falda de la montaña, precisamente donde había proyectado Fabio la intrépida rapacería. Indicábale el pálpito a Aníbal que habrían

5. Plutarco, *Regum et imperatorum apophthegmata*, 195C.

6. Polibio, III, 92, 10.

de tenderle el lazo. Así, mandó por Asdrúbal, su jefe de servicios de intendencia, y le encargó agrupar dos mil de los más vigorosos bueyes de labranza delante del campamento, y amarrar haces de leña seca en sus cuernos, con la especificación de darles chispa en el instante convenido y ahuyentar los bueyes hacia la cima de la colina para provocar una gran confusión en las líneas enemigas.[7] Procurado todo, previendo una estrecha vigilancia de Fabio, se comportó Aníbal con naturalidad: intercambiaba opiniones con los oficiales, se paseaba por las tiendas, simulaba dar órdenes. Cenados los soldados, presumiendo que procurarían develar los traductores romanos sus instrucciones, sin más, los retiró a reposar. Desde las elevaciones, observaba Fabio las últimas luces de las fogatas, valorando ser capaz de arrebatar el inmenso botín sin desenvainar. En torno a las tres de la madrugada, discretamente desadormeció Aníbal a las huestes, las formó y un pequeño cuerpo de infantería, acaudillado por Asdrúbal, procedió con las instrucciones tal y como se habían dispuesto. Según se sigue, relajada la vigilancia romana al no denotar peligro alguno, se descuidaron las maniobras nocturnales; divisados sumamente tarde los intensos destellos que amenazaban con consumir la cima de la colina y todo lo que en ella habitaba, precipitados evacuaron los centinelas sus puestos en socorro de los suyos, abriendo retirada al enemigo.

A principios de septiembre, condujo sin riesgo Aníbal a su ejército por el estrecho paraje. Esfumado, de modo inverosímil, un enemigo enteramente cercado, fue Fabio cuestionado por todos. En vano persiguió a Aníbal a través del Samnio y la Apulia. Ya en Larino, le fue imperativo encomendar a Rufo las operaciones y tornar a Roma con motivo del aniversario de un sacrificio de su *gens*.[8] Oficiado el rito, se presentó ante el Senado para pasar el boletín oficial: pocos depositaban aún confianza en su inventiva; más aún: inicuo coronamiento de las duras correspondencias de Rufo y del re-

7. No sería un desatino aventurar que tuviera inspiración el ardid en los manuscritos de Eneas, *Poliorcética*, XXVII, 14; documenta Nepote, *Aníbal*, 13, 3, que se hallaba instruido Aníbal en los textos griegos por intermedio del espartano Sósilo.

8. Sobre la preponderancia del escrupuloso ejercicio en los cultos especiales de las *gens,* al grado de serle estricto a Fabio abandonar el frente para oficiar el rito ancestral, véase Fustel de Coulanges, *La cité antique,* París, 1905, página 121 y siguientes.

ciente fracaso, le fueron usuales los vituperios y ludibrios de los altos mandos de la facción democrática. Y, en detrimento de su prestigio, por el delicado estado del erario público, debió supervisar el triste proyecto de degradación de las monedas de plata y bronce,[9] según se elevaba el valor legal de las de plata en más de un tercio.[10] Justamente cuando agenciaba Roma acuñar por primera vez en oro.[11] Se cernían sobre Fabio intempestivos nubarrones, desvalido a la deriva en apaleada barquilla, azotado por las inclemencias de la tormenta democrática; bogando por retomar bonancibles corrientes, en mal tiempo circuló la pintoresca versión de que, en su ausencia, condujo Rufo una mayestática batalla.

Esta victoria, ponderada en plétora por los democráticos, le valió de excusa al tribuno de la plebe Marco Metilio, íntimo del prefecto de caballería,[12] para agitar la Curia: de modo insensato, y completamente inconstitucional,[13] propuso inhibir a Fabio del mando supremo. Guardaba la iniciativa sus adeptos y sus detractores. Una estimable porción de la opinión pública, exaltada por los discursos demagógicos, reclamaba elevar a la dictadura a Rufo conjuntamente con Fabio.[14] Gayo Terencio Varrón, el hijo de un po-

9. Expone un amplio sector de académicos la problemática hipótesis de que fue Flaminio el encargado de impulsar la promulgación de la ley -¿acaso amparado en su activa participación en proyectos como la *lex Flaminia de agro gallico et piceno viritim dividendo* o la *lex Claudia [Flaminia] de senatoribus*?-, sin valorar que persistió alejado de Roma durante su fatídico consulado. Aun así, se dificulta conceder la iniciativa, previsiblemente cuestionada por varios miembros del Senado, a Fabio. Pondero, en efecto, que únicamente fuera un instrumento para su decreto. Hecha la observación, descubro en Flaminio al autor intelectual de la medida, quizá apercibido de la estrechez de las arcas del erario público cuando su generalato, y que acorralado por las circunstancias, ya por consejo de su agrupación, ya por sugestión del cuadro democrático, acabara Fabio por acoger el proyecto; véase Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 155. —Sea de ello lo que se quiera, lo que no admite discusión es la fecha de su sanción; cf. Mommsen, *Über das Römische Münzwesen*, Leipzig, 1850, página 333.

10. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 621.

11. Marquardt, *Römische Staatsverwaltung*, II, Leipzig, 1876, página 24.

12. Plutarco, *Fabio Máximo*, 7, 5.

13. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 576.

14. Polibio, III, 103, 3 - 4; Bandel, *Die römischen diktaturen*, Breslavia, 1910, página 128 y siguiente.

tentado comerciante de carnes,[15] calado en la Curia por agredir a su salvo la política de la aristocracia, a su ambición supina de encausar a la masa para cuando diera curso a su candidatura al consulado, dio paso a su poder de convocatoria y, secundado por los Escipiones para evitar que rigiera Fabio la dirección operacional de la guerra en tanto prosiguieran Publio y Gneo en Hispania,[16] acabó lenguaraz facundia por infectar al bajo pueblo.[17] De camino al frente, desconcertado, se resignó Fabio ante la anunciación del desventurado plebiscito; improcedente arbitraje atrajo peligros y dificultades: superbo, fatuo y altivo, con obstinación proponía Rufo alternar la cadena de mando. Dificultoso proseguir así un consistente programa militar, se resolvió la división de las legiones. Lo propio se hizo con la caballería y las tropas auxiliares; no suficiente con esto, se separaron los campamentos.

Figúrome que, para esas instancias, estuviera informado Aníbal de la situación en Hispania, donde, a su arrolladora determinación, habían adquirido los Escipiones estupendas perspectivas al imponer tributos a Kerkennah; enseñorearse de la actual Pantelaria; cruzar por vez primera el Ebro, trabar amistad con los hispanos y desintegrar varias coaliciones cartaginesas. Pronto por revertir la adversa dinámica, reveladas las desavenencias en los campamentos romanos, haciendo justicia a su vivo genio, urdió una ingeniosa trama para emboscar a Rufo y nivelar la dirección de la guerra: reparado en la existencia de rocas con profundas cavidades en las depresiones del terreno, cierta luna guardó en torno a los cinco mil soldados en harto

15. Valerio Máximo, III, 4, 5.

16. Véase Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 378.

17. Sobre el peculiar episodio, cf. la interesantísima disquisición de Unger - Sternberg, *The end of the conflict of the Orders*, en *Social struggles in Archaic Rome,* Universidad de California, 1986, página 366 y siguiente, sobre cómo los democráticos, advertidos de que hacia la época desatendían los potentados plebeyos las contiendas por demandas propiamente de orden plebeyas, y precipuamente en esta particular coyuntura, donde era inviable alimentar conflictos en plena conflagración, debían esforzarse para preservar viva su identidad en la conciencia de la nueva generación mediante la formulación de plebiscitos y proyectos de ley que percutiera a los aristocráticos donde más les doliera: en la distribución de la tierra conquistada y la suspensión o relevamiento de sus generales en las operaciones militares.

inusuales madrigueras; y, al clarear, replegó un puñado de infantes con el cometido de ocupar un cerro situado entre medio de su campamento y el de Rufo: hubo el prefecto de picar. Poco faltó para que le cogieran con vida. A tiempo oyó Fabio los desesperados alaridos; y, percibido el desorden en la formación, recelando que pudiera ungirse Aníbal de una victoria determinante para la prosecución de la empresa, operó una vertiginosa incursión y auxilió a su colega. Indemne en carne, mas no en espíritu, reconociendo su incompetencia, con todo el dolor y el oprobio que comportaba doblegarse a Fabio, desistió Rufo del mando supremo.

Arribó la noticia a Roma a últimos de noviembre; avergonzados por su descaminado obrar, supieron distinguir los magistrados entre la vanidad y la impenitente fogosidad de un soldado, y la previsión moderada de un capitán. Apodado en su día el *pedagogo* de Aníbal,[18] y acusado a suma iniquidad de traición a la patria,[19] redimido de innominables infamias, cumplido el período semestral de la dictadura, sosegado de conciencia depuso Fabio su cargo a principios o mediados de diciembre,[20] debiendo de poder presenciar a su retorno a la ciudad la instauración de la *Saturnalia*.[21]

Previamente, circunnavegó Gémino las costas de Cerdeña y Córcega, y desalojó a la flotilla que causaba estragos a comerciantes y mercaderes italianos; dotado de una soberbia vitalidad, voluntarioso se dispuso a concretar la singladura a África. A su acabado estro naviero, previo suelte de amarras, dictó devastar la ínsula de Menige; drizas apretadas, ufana trasladó la expedición la rapacidad hacia el continente: desplegada como si estuviera labrando pillaje en un territorio deshabitado, fue acorralada por los naturales. Levadas anclas precipitadamente, ya tocado puerto en Sicilia, fue informado Gémino de su requerimiento y el de su colega, Marco Atilio Régulo, elevado al consulado tras la desaparición de Flaminio, para relevar a Fabio en las operaciones. Observados los actos protocolares, se emplazaron los cuarteles de invierno, se levantaron garitas de vigilancia y, por el resto del otoño, se perpetuó la táctica invertida por el dictador: cada que hacían

18. Diodoro Sículo, XXVI, 3, 1; Plutarco, *Fabio Máximo*, 5, 5.
19. Plutarco, *Fabio Máximo*, 8, 4.
20. Holzapfel, *Römische chronologie*, Leipzig, 1885, página 293 y siguiente.
21. Livio, XXII, 1, 20.

los soldados de Aníbal sus incursiones para forrajear eran sorprendidos por una partida para su hostigamiento; sin conceder jamás batalla, se contentaron los magistrados en perseguir las marchas, incidiendo en escaramuzas con la retaguardia y dando a la fuga a los más rezagados.

Principiando el invierno, se vio constreñido Aníbal por la falta de abastos; y a tal extremo que por su cabeza merodeó la idea de mudar campamento a la Cisalpina.[22] Pero como daría la falsa impresión de estar huyendo, y se le había confiado asistencia en caso de súbita necesidad, solicitó dinero, hombres y corceles. Descalificada crucial petición por sus más acérrimos contendientes políticos, empuñados con suma acuidad por Hannón el Grande, confió a su hermano Asdrúbal la invasión de Italia en el período estival: gestionaría agotar a Roma mediante su acción conjunta.[23]

Había de conducir Aníbal su quimera por derroteros estrechos y escarpados, amparado en la fragilidad de capitanes como Escipión o Rufo, y en la absurda precipitación del Senado, susceptible a contentar a los democráticos promocionando una ridícula e injustificada guerra franca, empeñando el destino de la campaña en una única contienda por el fastidio que suponía ser la diana de los tribunos; hilarante cosa: extraviados en su vesania, en aras de concitar al bajo pueblo, había concordado el cuerpo tribunicio en imputar a las agrupaciones aristocráticas todos los males de Italia. ¡Cómo si los exponentes de la política democrática no hubieran intervenido en las cerriles y escatológicas aspiraciones de conquista desencadenadas tras la primera guerra púnica! No admito desavenencia alguna: si era arrasada Italia por el abrasante cuelmo de Aníbal, debíase, en su debida medida, a la voraz codicia y túrbidas ambiciones desencadenadas durante los últimos decenios por arribistas de entrambas cuadrillas.

Estacionada la guerra por la mala estación, infiero, a iniciativa de Fabio, se convidó a senadores a desatender las acusaciones de los tribunos y centrar toda actividad en la realidad financiera; prevenida del mal pasar de Roma, se apersonó una legación representativa de Nápoles con cuarenta páteras de oro para que el erario público, casi agotado, recobrara el aliento: venía la bondadosa disposición a homologar la severa escasez de capital

22. Livio, XXII, 32, 3.
23. Apiano, *Aníbal*, 16.

para sustentamiento de la guerra. Era la situación económica angustiante: necesitábase dinero para la compra de trigo y el subsiguiente abastecimiento de la ciudad; necesitábase dinero para costear a los ejércitos; necesitábase dinero para prestarlo a las colonias, a los particulares,[24] a los reyezuelos. En tales circunstancias, donde no se podía condonar ninguna deuda, se osó dar cumplimiento a los pagos de impuestos y tributos. Se expidieron, congruentemente, legaciones a Filipo V de Macedonia para reclamar la entrega de Demetrio de Faros, que, vencido en su día por Lucio Emilio Paulo, había hallado amigos en su corte, trocando gradualmente en su más próximo consejero y confidente; a los lígures, para recuestar una compensación por haber suministrado a Aníbal, y, a su vez, para vigilar los movimientos de los boyos e ínsubres; a Pinnes de Iliria, para recabar el pago del tributo prometido por Teuta, cuyo plazo había expirado. Luego, por la imperiosa necesidad de aumentar el número del ejército, se envidó a los libertos a prestar juramento:[25] a pesar de que pendía su posición de una guerra que había alcanzado proporciones desmesuradas, ejercía el Senado de Senado y con placentera rigurosidad cumplía con sus obligaciones.

A principios de marzo, se mandó por los cónsules para la fiscalización de las elecciones; conversaciones con los oficiales mediante, ninguno osó abandonar el frente. En aras de que pudieran guardar los aristocráticos el sufragio bajo su monitoreo, se convino el nombramiento de un *interrex*. Valoró el Senado más conforme a derecho que evacuara un cónsul el procedimiento, recayendo la rugosa labor en Lucio Veturio Filón; mas, como era Filón partidario de los Escipiones, se las ingeniaron los Fabianos para denunciar una irregularidad en su designación, debiendo dimitir a las dos semanas, desembocando todo en un nuevo interregno. Generó la artera traza nuevos percances y desavenencias: según parece, se hallaba empeñada la plebe en elevar al consulado a Varrón. Su deudo y tribuno de la plebe, Quinto Bebio Herennio, inflamaba la Curia con filosas diatribas alborotando en exceso los ánimos; replicando la agenda tribunicia, persistía Herennio en que había sido atraído Aníbal a Italia por mor de la voracidad del patriciado, y que se alargaba la conflagración con artimañas cuando pudiera

24. Bouché - Leclercq, *Manuel des institutions romaines*, París, 1886, página 91.
25. Macrobio, *Saturnalia*, I, 11, 31.

estar ya resuelta, con el ruin cometido de asentar un gobierno de representatividad noble en desmedro de la plebe.[26]

Recrudecía penetrante filatería las agitaciones y las contiendas: forzosa mella de los discursos populistas y las desavenencias entre Escipiones, Fabianos, Claudios y otros grupos políticos menores, habiendo tres candidatos patricios y un par de plebeyos ligados a familias patricias, acabaron por escoger las centurias únicamente a Varrón, cediéndole la oportunidad de disponer de los comicios durante la designación de su colega; pero, como ciertamente carecían los democráticos del suficiente número de electores, a golpe de timón, propusieron los Escipiones la candidatura de Emilio, un espíritu voluntarioso, de genio profundo y, lo prioritario a sus intereses: admirado por la plenitud de la aristocracia; aun cuando ni se molestara en disimular su pronunciada incomodidad por el afrentoso proceso al que se debió someter su colega y apreciado amigo, Marco Livio, tras la conclusión del consulado del 219 antes de Cristo, condenado injustificadamente -según su sentir- por malversación de los fondos públicos. Tras muchas idas y venidas, pudo celebrarse el sufragio, diez días después de iniciado el interregno:[27] patrocinado Emilio por familias poderosísimas, acabó el resto de aspirantes por retirar sus candidaturas.[28]

Habían de representar sendos magistrados políticas diametralmente opuestas, atenazados por la interminable contienda entre agrupaciones, donde contumaces convenían facciosos recalcitrantes en no claudicar ante las objeciones de la oposición, marinando antiguos rencores olvidados, comprometiéndose considerablemente el éxito de la empresa.

Diagramado el itinerario militar, se encomendó a los cónsules salientes la regencia de los acampados y se verificó una leva para incrementar el número de efectivos; alistadas cuatro legiones -para operar con ocho en completo-, se consignaron los nuevos reclutas a Gémino. Observadas las disposiciones, arribó una legación representativa de Hierón: había de solemnizarse el rey, enlutado por la muerte de Flaminio. Apesadumbrado por

26. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 158.

27. Olivieri, *Annali di Roma dalla sua fondazione sino a' di' nostri*, III, Roma, 1838, página 29.

28. Livio, XXII, 35, 4.

la estrecha relación de fraternidad que le unía a Roma, apetecía de tributar doscientas cuarenta libras de oro, trescientos mil modios de trigo y doscientos mil de cebada. Se añadía generosa deferencia a los mil quinientos infantes donados en calidad de auxiliares. Vergonzoso, rehusó el Senado el oro; mas un insistente Hierón, melancólico y afectuoso, dictó su fundición para la modelación de la imagen de la diosa Victoria.[29] Imposible despreciar a la divinidad, le fue consagrado como sede el Capitolio, templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Gentileza de Hierón mediante, recibía la empresa viento de cola: adquirió el propretor Tito Otacilio Craso veinticinco quinquerremes, elevándose la armada siciliana a setenta y cinco naves; se encaminó el pretor Lucio Postumio Albino a la Galia a producir escisiones entre los aliados de Cartago; y se destinaron grandes cargamentos con abastos a los ejércitos de las bases operacionales de Hispania.

Se develaba, entretanto, Aníbal en serios apuros: padecía el grueso del ejército de hambre;[30] se hallaban descontentos los galos por la falta de emolumentos; hastiados de la ociosidad, amagaban los hispanos con desertar; y, si con eso no tuviera suficiente, atajaba Hannón todo tipo de subvención que osaban enviar sus principales accionistas. ¿Padecería laborosa empresa demérita y abrupta conclusión? Pues, a diferencia suya, disponía Roma de cargamentos con variedad de recursos, dinero y efectivos para su distribución en las bases de Italia, Hispania y la Galia. Tal y como se hallaba la cosa, tenía dos opciones: o bien resistía al estío -cuando procuraría su hermano el asalto de Italia, sangre y fuego mediante- o se replegaba a África para rearmar su ejército y retornar cuando fueran las condiciones más ventajosas; a su ventura, acabaría necia obcecación de Varrón por brindarle una tercera alternativa: una más apetitosa para sus codiciosas aspiraciones que la de una ominosa retirada.

Transcurridos el invierno y la primavera en Gerunio, con entrambos campamentos frente a frente,[31] pero sin por ello acometerse ninguna batalla

29.Valerio Máximo, IV, 8, *ext*., 1.
30. Livio, XXII, 2, 14.
31. Polibio, III, 107.

decisiva, movió Aníbal, durante el templado clima de junio,[32] su ejército en dirección de las comarcas de la Apulia, más cálidas y, por ende, con las mieses maduras; y, a su perspicacia, implantó el campamento en Cannas, plaza donde se almacenaban los suministros y recursos expedidos desde Canosa, con la clarividencia de interrumpir el aprovisionamiento romano y forzar la batalla.

Revelada la dificultosa situación, partieron Emilio y Varrón donde el ejército -que con cauta distancia proseguía el rastro púnico-, con expresas órdenes de rematar la guerra, poniendo especial énfasis el Senado en el envaguecimiento del erario público y la hambruna de los campos;[33] aunque, a su agudo juicio, exhortó Fabio a entrambos magistrados a guardar suma prevención.[34] Tras una tarda marcha,[35] se arribó a Cannas el 25 ó 26 de julio:[36] pronto comenzaron a erizarse las legiones ante la privación de avituallamiento.[37] Ineluctable la confrontación a estas instancias, temerario designio del grueso senatorial y de la parcialidad democrática, sobre todo por la endeble constitución del ejército, desprovisto de la disciplina y determinación de veteranos experimentados,[38] advirtió un desacierto Emilio empeñarse en una batalla sobre las llanos, superficie fértil para las operaciones de la caballería númida, osando forzar al enemigo a movilizarse hacia terrenos propicios para la debida ejecución de maniobras de la infantería romana; pero Varrón, lego en táctica y estrategia, era de la opinión contraria. Así las cosas, regente del mando supremo Varrón en una nueva alborada, se emprendió la marcha donde el enemigo, no obstante las protestas de Emilio: de súbito embistieron la caballería númida y la infantería ligera, siendo menester a las legiones batallar hasta el véspero para replegar a los invasores.

32. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, I, Oxford, 1957, página 438.

33. Apiano, *Aníbal*, 17.

34. Eutropio, III, 10, 2.

35. Wilms, *Die schlat bei Cannae*, Hamburgo, 1895, página 13.

36. Lehmann, *Das Schlachfteld von Cannä*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 173.

37. Polibio, III, 107, 5.

38. Véase Wilms, *Die schlat bei Cannae*, Hamburgo, 1895, página 27.

Fríos y distantes los magistrados tras el peligro acontecido, receloso del combate, pero vislumbrada la imposibilidad de retirar al ejército sin padecer el embate enemigo, mandó Emilio el acampe sobre el río Ofanto, una cordillera continua que separa las vertientes de Italia y desemboca en el Adriático. Fragmentado el ejército en dos destacamentos, se originaban esporádicamente unas pocas escaramuzas con las baterías púnicas por el abastecimiento del agua;[39] pero el destacamento más pequeño, constituido en torno a los 25 000 efectivos y situado del otro margen, al este del vado, podía aprovisionarse con superior autonomía ante la ausencia de guarnición enemiga.

Este pequeño campamento, el cual debía velar por la seguridad de los forrajeadores, fue sorprendido cierta alborada, y su asalto abrió una brecha irreconciliable entre los cónsules.[40] Con fiereza amonestaba Emilio la temeridad de Longo y de Flaminio; e, inflamado, rebatía Varrón erigiendo a Fabio como modelo del general pusilánime e irresoluto.[41] ¿Los soldados? malnutridos y desavenidos, demandaban combatir. Procuraba Emilio su contención, pero el ardor de las legiones, casi entregadas de forma irreflexiva y temeraria al combate, era vivo fuego en labios de tribunos y centuriones: era la situación agobiante; y, mientras se derrochaba valioso tiempo en acusaciones estériles, nadie guardó cuidado de las acciones del enemigo, que, presto a inducir a los cónsules a admitir una gran batalla, a su salvo traspuso el Ofanto, desbarató los puestos de vigilancia y aniquiló al pequeño regimiento. Minados los espíritus, el único capaz de menguar la cólera fue Emilio, y únicamente porque presidía el mando supremo ese día; pero fue apenas alborear el 2 de agosto,[42] que prescindió un obcecado Varrón de la mesura de su colega,[43] franqueó el río y, topado en su marcha con el

39. Livio, XXII, 44, 2.

40. Polibio, III, 110, 3.

41. Livio, XXII, 44, 5.

42. Admito como fecha de la batalla el 2 de agosto, asignada por la tradición; mal que debemos observar que existen elementos para remontar su datación durante los tres días previos. —Unger, *Der römische kalender 218 - 215 und 63 - 45 vor Ch*, en *N.J.P.P.*, Leipzig, Teubner, 1884, página 562 y siguiente.

43. Orosio, IV, 16; Polibio, III, 110, 4.

enemigo,[44] formó al ejército: disponía Roma de dieciséis legiones,[45] y agrupaba Aníbal diez mil monturas y una infantería próxima a los cuarenta mil.[46] A su sapiencia y pericia militar, confeccionó el Bárcida una extraordinaria estrategia: formaba su ejército una figura convexa en forma de media luna, menguando el espesor las líneas de sus flancos conforme avanzaban;[47] debían dar la impresión galos e hispanos de sostener la primera fila,[48] al par que se situaban africanos a retaguardia, ocultos a la visión de los magistrados en aras de vedar la correspondiente elaboración de contramedidas.[49]

Al son de las *tubae*,[50] dieron inicio arqueros y honderos a la refriega. Colisionó Emilio su caballería contra la de Asdrúbal; rebasado, tornó grupas y cedió campo a Gémino y la infantería. Fue el choque de espadas equilibrado en un principio; pero, tras osarlo, extendida y repetidamente, acabó por prevalecer la formación cerrada a la cuña de enemigos, sumamente delgada y poco sólida. Ceñidos al plan, ligeros retrocedieron galos e hispa-

44. Wilms, *Die schlat bei Cannae*, Hamburgo, 1895, página 18.

45. Ídem, página 22.

46. Livio, XXII, 46, 6; Polibio, III, 114, 5.

47. Sobre la anecdótica disposición de las baterías púnicas de espaldas al viento Siroco y la capitalización del caluroso clima que registran unas pocas fuentes clásicas, prefiere Polibio emitir silencio. Pondero que un analista de su dimensión, respetado por su precisión, su rigurosidad y su minuciosidad en los relatos y descripciones de los sucesos, en modo alguno hubiera omitido letra alguna sobre peculiar revelación, a no ser que su injerencia en la batalla fuera mínima, por no decir ínfima: por tal motivo, he arribado a la conclusión de que el retrato fantástico transmitido por otros historiadores, responde únicamente a la trama para adornar sus relatos; véase Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 1, Berlín, 1912, página 385. —No obstante, exhorto al lector a confrontar una segunda evaluación en Hesselbart, *De pugna cannensi*, Gotinga, 1874, página 15, el cual discuerda de las opiniones divergentes en torno a la veracidad histórica sobre el descriptivo contenido del pasaje de Livio, XXII, 46, y sentencia la inutilidad de dudar de su autenticidad.

48. ¿Tratábase su ubicación estrictamente de una disposición estratégica o, además, osaba librarse así de un estimable porcentaje de galos e hispanos con objeto de disminuir los focos infecciosos de su ejército?

49. Delbrück, *Die Manipularlegion und die Schlacht bei Cannae*, en *Hermes*, XXI, Berlín, 1886, página 81.

50. Vegecio, *De re militari*, III, V, 21.

nos donde las huestes africanas. Valladas por enemigos frescos y rebosantes, comprimidas y privadas de poder brindar soporte a los combatientes externos,[51] periclitados de tanto combate y esfuerzos, fueron las legiones aplastadas. Tras varias horas de la más desalmada matanza,[52] trocaron en carroña en torno a los cincuenta mil italianos.[53]

Alcanzaron diecisiete mil vigorosos corazones a guarecerse en los campamentos, y se diseminaron unos pocos miles entre el poblado de Cannas y los bosques; aunque pronto fueron aherrojados al descubrirse desguarecidos.[54] Deplorable coronamiento de la temeridad y ligereza de pensamiento de los cabecillas democráticos, fueron Emilio, Gémino, dos terceras partes de oficiales superiores y ochenta magistrados de alcurnia precipitados a una muerte humillante y estúpida.[55] ¿Varrón? Ajado y abochornado, huyó a Venosa.[56]

51. Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 1, Berlín, 1912, página 327.

52. Bosworth Smith, *Rome and Carthage*: *the Punic wars*, Nueva York, 1905, página 160; De la Escosura, *Compendio de la historia de Roma*, Madrid, 1830, página 108.

53. Apiano *Aníbal*, 25; Livio, XXII, 49, 15; Polieno, VI, 38, 3. —Las cifras brindadas por otros historiadores me parecen desproporcionadas; sobre todo a la luz de los prisioneros de guerra, oscilantes entre los 12 000 y 14 500; cf. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, I, Oxford, 1957, página 440.

54. Livio, XXII, 49, 13.

55. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 581.

56. En aras de la pertinente reconstrucción de los acontecimientos previos a la batalla, los cuales se desvían de la descripción de los historiadores de la antigüedad, me he servido de las clarificadoras exposiciones de Hesselbart, *De pugna cannensi*, Gotinga, 1874; Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 1, Berlín, 1912; y Wilms, *Die schlat bei Cannae*, Hamburgo, 1895: concedo a sus disquisiciones la necesidad de prescindir de ciertos pasajes por mor de su notoria corrupción, viciados por la ordinaria propaganda partidista de la época; pero discuerdo con Wilms en su empeño por exculpar a Varrón de sus temerarias determinaciones y eximirlo de toda responsabilidad de la fatídica conclusión de la batalla: ciertamente, era inevitable la confrontación tras el emplazamiento de Aníbal en Cannas y la subsiguiente privación de avituallamiento; mas yerró Varrón al desatender los prudentes consejos de su colega, impetuoso por obedecer el encargo senatorial y de la parcialidad democrática de concluir la guerra sin más dilaciones. —Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 159.

IV

LA POLÍTICA AGRESIVA DE LA ARISTOCRACIA

Supuso Cannas un revés a la política temeraria profesada por la parcialidad democrática; tras los descalabros del frente, comenzaron las repúblicas aliadas a dimitir a la especie de protectorado que ejercía Roma sobre Italia, arrastrando la disgregación de la árida y desmedrada unión italiana. En tan lívido cuadro, Publio Cornelio Escipión, un mozo popular, agudo y locuaz, recibía el mando supremo en Venosa, acorralado por patricios cobardes que convenían en buscar asilo en la inmaculada figura de un rey, aterrados por el aura triunfal de Aníbal. A su entereza y hombradía, amonestó Escipión los discursos rupturistas, mitigando los desencuentros y animosidades; diluidos los malos hábitos y serenados los ímpetos, destinó comisionados a Canosa, donde Varrón, para comunicar sus fuerzas.

Aún teñido el Ofanto de espesa sangre latina, exportó Aníbal a Cartago poco menos de la decena de kilos de oro en anillos arrancados de yertos dedos de *equĭtis* y senadores,[1] en un acto de sumo ultraje a la dignidad humana. Aumentó deleznable escena de blasonería su grandeza a la estimación de su patria: fácil cosa fue para su partido el afanarse en la remisión de suministros y efectivos.

Entretanto, por una desinteligencia en las comunicaciones, se había reportado en Roma la defunción de entrambos cónsules, debiéndose convocar el Senado, con carácter de urgencia, en la curia Hostilia, para deliberar sobre la dirección de la guerra. Ajeno a entumecer ante las umbrátiles cir-

1. Véanse los comentarios de Belot, *Histoire des chevaliers romains*, I, París, 1866, página 221; y Deloche, *Le port des anneaux dans l'antiquité romaine et dans les premiers siècles du moyen âge*, París, 1896, página 12 y siguiente, sobre la particular imprecisión de los historiadores de la antigüedad en la cantidad de oro exportado.

cunstancias, donde de usual no reverberan iridiscentes luces en nescientes sienes, y mucho menos huelgan corazones arriscados, con pertinencia se encargó a un estimable número de mozos circular la vía Apia para recabar información substancial sobre el estado actual de la campaña: concernía a Roma conocer hacia dónde se había encaminado Aníbal, qué preparaba, qué hacía, qué pensaba hacer.[2] También se imponía acabar con los tumultos, las revueltas, la confusión; preservar a las mujeres distantes de los sitios públicos, garantizar el orden en las arterias de la ciudad, cesar las lamentaciones de las familias; en fin, imponer la ley del silencio.

Concretados los menesteres, dio cuenta una correspondencia de Varrón de la desastrosa situación del frente, de la muerte de Emilio, de la perdición del ejército, del penoso reabastecimiento de los soldados. Se guardó un mes de luto para amenorar la desazón, pero no pareció ser suficiente para sobreponer a un pueblo agriado por los repetidos fracasos. Eran las heridas de Cannas profundas, y perduraban las esquirlas desgarrando sacras instituciones de la república. Habitual la desviación de la sacratísima piedad en perdularios espíritus, preocupados los sacerdotes por la multiplicidad de episodios profanos, se encomendó a Fabio Píctor, por su lato conocimiento del griego, marchar a Delfos para consultar al oráculo con qué preces y oblaciones podría aplacarse la ira de los dioses. ¡Ay de Roma! Sumida en un omnímodo desconcierto, suspendía su liturgia y se inficionaba con purulentas fórmulas heterodoxas.

Oficiadas las obscuras y peligrosas ceremonias barbáricas,[3] en el preciso instante en que atinaban las nubes de tormenta a disiparse y se abrían en el cielo grandes espacios azules, vino una correspondencia de Tito Otacilio Craso a ensombrecer los claros que envidaban al optimismo: era Siracusa hostigada por una armada enemiga, siendo necesario la promoción de una escuadra para su salvaguardia. Colapsado por las constantes negativas, ponderó el Senado una solución a mediano plazo: la reincorporación de las fuerzas vencidas en Cannas bajo la suprema dirección de Marco Claudio Marcelo.

2. Livio, XXII, 55, 5.

3. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, II, 1, 1973, página 214 y siguientes.

Había infamado considerablemente Varrón la augusta nombradía de la república; desvaída causalidad por culpa de su ferina necedad y negligencia, la federación de repúblicas rurales, de la cual era Roma la cabeza, comenzaba a cuestionar si la destreza y experticia de los generales bastarían para arrojar del continente los ambiciosos proyectos de Cartago. Esta invasión de un país que podía contener setecientos mil hombres,[4] hecha con fuerzas relativamente pequeñas, y a una inmensa distancia de la base de operaciones, era una empresa de audacia casi inverosímil; y, sin embargo, se recelaba de si habría de conducirla Aníbal a dichoso término. Necesitaba Roma espabilar: talmente, se concedió la máxima autoridad a Marco Junio Pera, se nombró a Tiberio Sempronio Graco, hombre estrechamente ligado a los Fabianos,[5] jefe de la caballería, y se armó a la mocedad con añejas armas que yacían en las bóvedas de los templos.[6] Enlistadas cuatro legiones y un millar de jinetes, aún exiguo el número de efectivos, se enrolaron menores, esclavos y criminales. ¡Facinerosos en el ejército y rituales vandálicos en la plaza de los bueyes! Desventuradas e imprevisibles secuelas por mor de los incendios de la camarilla democrática.

Asentado en Cannas para traficar el valor del botín viviente, liberó Aníbal a los prisioneros de las ciudades aliadas y brindó la posibilidad de rescate por los romanos: se estipuló el valor en quinientos denarios por cada caballero, trescientos por cada infante y cien por cada esclavo. Confiando en incrementar su capital a expensas de Roma, envió una legación de cautivos, custodiada por un plenipotenciario suyo, para dar ensanche a la sórdida negociación; mas ignoró el Senado, según parece, por exhortación de Fabio,[7] avieso ofrecimiento, haciendo expreso a la ciudadanía que era insoslayable a Roma el vencer o morir.

Montado en cólera ante la firme disposición senatorial, dictó Aníbal la amputación de las falanges inferiores de malaventurados legionarios extenuados por las pesadas cargas;[8] ejecutó a un centenar y dio utilidad a los

4. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 26.
5. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 405.
6. Livio, XXII, 57, 10; Orosio, IV, 16, 8.
7. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 159.
8. Valerio Máximo, IX, *ext*., 2, 2.

cadáveres, empleándolos como amalgama para la construcción de un puente sobre el torrente Vergelo; y al resto los hizo pelear, a padres con hijos, hermanos contra hermanos, sin omitir repulsivo y execrable acto alguno dimanado de su torcida humanidad.[9] Grandes los temores de Italia, desde todos los rincones partieron legaciones a parlamentar; manifestábase una estremecedora sonrisa en la truculenta faz de Aníbal: Tarento, Argiripa y los más notables de Capua, auténticos señores del gobierno y representantes a ultranza del partido democrático, fascinados con la propaganda cartaginesa, y saturados de los feroces odios padecidos harto tiempo a manos del patriciado, empezaron a sublevarse. Estremecida Italia ante su boga y sus formas, presuntuosas triunfaban sus amistades ante la oposición y decretaban la exportación de cuatro mil monturas, cuarenta proboscidios y mil talentos de plata;[10] y, hervoroso, asistía Magón a un general en Hispania para el intimidante reclutamiento de veinte mil infantes y cuatro mil jinetes. Se revelaba Roma en apuros: se enseñoreaba el enemigo de Acerra, Casilino, Petelia, Cosenza, Crotona, asolaba las comarcas y saqueaba las riquezas, mientras que ni siquiera se podía brindar sostén a los ejércitos.

Envaguecidas las arcas del erario público, no se hallaba el Senado en facultades de hacer efectiva la soldada ni de comprar suministros. Mas un próvido Hierón, benemérito colaborador en la fatigosa causa, anunciado sobre el arduo pasar, expidió el dinero estipulado en aras de sufragar a los ejércitos y el suficiente trigo para un semestre. Era la situación económica

9. Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 18. —Advierten algunos académicos que provinieron infamantes procedimientos de su círculo privado; pero no me persuaden: aun cuando fuera cierto que, durante la campaña, se condujera Aníbal de manera acendrada con los caídos, tampoco sería evidencia concluyente para desestimar que se dieran de propia iniciativa las penosas acciones. Pues presumo que únicamente los grandes generales gozaran de su respeto, y no así los soldados de baja estofa, los cuales pasaban penurias y padecimientos; véanse por caso los múltiples ejemplos: la reducción a esclavitud de las tropas romanas; los onerosos espectáculos con los prisioneros; el vil trato hacia los pueblos y tribus de la Etruria; la malquerencia hacia la población agraria de las colonias; el denigrante despojo a los cadáveres de senadores y *equĭtis* de Cannas: ¿en todas las comentadas ocasiones se permitió guiar por el consejo de su círculo? ¿Tan fácil de influenciar era Aníbal? No me lo creo; en síntesis: asumo que sólo guardaba la debida piedad a los muertos; y únicamente si los valoraba de digna prosapia.

10. Livio, XXIII, 13, 7.

preocupante; y tanto que, por intermedio de la *rogatio*[11] o *lex Minucia de triunviris mensariis,*[12] fueron nombrados triúnviros mensarios Lucio Emilio Papo, Marco Atilio Régulo y Lucio Escribonio Libón: eran estos hombres notables,[13] con extensas atribuciones en materia de impuestos y de administración de las rentas públicas, y prestamente se encargaron de registrar los préstamos de los particulares y determinar los gastos de la república,[14] publicitada la súbita iniciativa como el perfecto antídoto para convalecencia del agonizante erario público.

Reclamaba la delicada perspectiva la vuelta de Varrón, bien acobijado en su retorno,[15] conjeturo, por haber procedido en el frente según las directrices senatoriales. Presuroso se congregó el Senado la velada siguiente; y, por medio de *la lex de prodictadore creando*,[16] se designó dictador a Marco Fabio Buteón. Embravecido, reprendió Buteón la coexistencia de dos magistrados supremos, como cuando Fabio y Rufo, y, en su particular proceso, en ausencia de un jefe de caballería;[17] y, con sano juicio, cubrió las vacantes de los fenecidos en Cannas con ciento setenta y siete funcionarios que habían ejercido la magistratura curul con posteridad a la censura de Papo y de Flaminio en el 220 antes de Cristo, según parece, perteneciente el grueso al orden ecuestre,[18] y persistían sin ser promovidos a senadores en consonancia con la antigüedad de su designación. Establecido cierto orden en la Curia, dimitió al instante, ostensiblemente malcontento con el proceso jurídico de su nombramiento, el cual se había desviado de las antiguas costumbres, y se presidieron los comicios para el 215. Fueron electos para el consulado Lucio Postumio Albino y Graco; desempeñarían la pretura Marco Valerio Levino, Apio Claudio Pulcro, Quinto Fulvio Flaco y Quinto Mucio Escévola.

11. Pais, *Ricerche sulla storia e sul Diritto pubblico di Roma*, III, Roma, 1918, página 413.

12. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 252.

13. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 621.

14. Willems, *Le sénat de la république romaine*, II, Lovaina, 1883, página 455.

15. Floro, II, 6, 23; Valerio Máximo, III, 4, 5.

16. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 252.

17. Bandel, *Die römischen diktaturen*, Breslavia, 1910, página 134.

18. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 161.

Se disponía, entretanto, a encender Aníbal la antorcha de la insurrección; y, según cedían los poblados de la Campania a sus demandas y se encomendaba el ejército al ocio, la glotonería y al disfrute de las obscenidades, competía a Roma brindarse en extremo si se esperanzaba con disputarle su creciente hegemonía en el territorio itálico, obstaculizar a la armada cartaginesa y desalojar al invasor de los centros de operaciones en Hispania y en la Galia.

Envuelta Roma por la densa bruma del desasosiego y la incertidumbre, con cálida lumbre habían de dorar las Musas a los espíritus vivaces, inquietos por moldear su precioso arte, elevados por divina inspiración: era Tito Maccio Plauto uno de los pocos agraciados. Alumbrado a mediados de siglo en una familia humilde de Sársina, convivió durante su infancia en el entorno teatral como actor de escena. Ganado un poco de dinero aquí y allá, imitó a los potentados plebeyos y probó suerte en el comercio; desvanecido todo, fue a parar a Roma en su última miseria, debiendo subsistir como criado de panadero, girando un molino de mano.[19] Agobiado por harto ingrata condición, se dio a la literatura, con tanta fortuna, que, enternecida por su transido sino, con fragante aliento hubo de susurrarle la encantadora y risueña Talía plácidos versos; bajo empíreo amparo, engendró Plauto tres comedias: un Saturio, un Addictus y una tercera de la cual desconocemos el nombre. Gracias a sus ventas a un capocómico, y por el feliz éxito que obtuvieron, pudo ocuparse de lleno a la comedia, manifestando ser un artista en el lenguaje y en el amor. De inteligencia profunda, sutil y espontánea, era capaz de transmitir con elegancia y soltura la lengua del pueblo italiano,[20] dominando con sublimidad los recursos de su idioma. Es de admirar cómo en una realidad adversa, podía abstraerse de los infaustos y dar inicio al arduo proceso de cincelar su nombre entre los grandes de la literatura clásica.

En verdad, yacía la atmósfera en Roma viciada. Padecían los democráticos en desprestigio;[21] parecía el asentamiento anibálico en Italia eterno; y,

19. Michaut, *Histoire de la comédie romaine*, II, 1, París, 1920, página 70.

20. Occioni, *Storia della letteratura latina*, Turín, 1911, página 46.

21. Beloch, *Römische Geschichte bis zum ende der republik*, en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, III, Berlín, 1914, página 177.

ya internado en una selva al sudeste de Módena, era Lucio Postumio Albino trofeo de una celada junto a su ejército.[22] Fue su muerte motivo de pánico durante varias jornadas, persistiendo las venas del foro despobladas. En aras de eliminar las desoladoras expresiones de abatimiento, a menudo contagiosas, se encargaron los ediles de abrir los comercios, vigilar la venta de cereales y estipular su valor; exhortaron a la policía a patrullar las callejuelas, los mercados y las plazas; prosiguieron con el meticuloso programa de preservación de los monumentos públicos; y regularon las ceremonias y fiestas públicas.

Concertado el severo programa municipal, se convocó el Senado para reanudar las operaciones militares: como medida principal, se sondeó el número de soldados de infantería, caballería, ciudadanos y aliados a las órdenes de Pera y Marcelo; tras un tentativo conteo, fue angustioso para los grandes adalides reconocer la privación del concurso humano para dar conformación a dos ejércitos consulares y acometer una guerra de conminatoria envergadura.

Postergados los asuntos de la Galia por insuficiencia de personal, se resolvió la comandancia de Graco sobre el ejército de Pera; la remisión de los desertores de Cannas a Sicilia, conforme tuviera sitio la guerra en Italia; la asignación de un par de legiones urbanas al cónsul electo en sucesión del occiso Albino; y se le prorrogó el mando a Varrón, sin reducción de efectivos, para protección de la Apulia.

Incorporado en funciones Graco, el 21 de febrero del 215 antes de Cristo,[23] se designó a Quinto Fulvio Flaco pretor responsable de la administración urbana, recayó la jurisprudencia peregrina en Marco Valerio Levino, Sicilia en Apio Claudio Pulcro, y Cerdeña en Quinto Mucio Escévola. En la primera sesión, como aún no percibían los soldados sus emolumentos, se impuso la duplicación del tributo para poder hacer efectivo el abono, con excepción de los combatientes de Cannas;[24] se reconoció a Marcelo con la *lex de imperio proconsulari* por sus exitosas operaciones en Italia posterior

22. Livio, XXIII, 24, 11; Orosio, IV, 16, 11.

23. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399.

24. Livio, XXIII, 19, 2.

a Cannas,[25] y se señaló fecha a las dos legiones urbanas para su concentración en Cales y subsiguiente trajinado hasta el campamento de Claudio, allende Suésula. Las legiones de allí, pertenecientes al ejército vencido, las mudaría Pulcro a Sicilia.

Orientadas las maniobras militares, reparó el Senado en el gobierno de la república: tras la muerte de Albino, era imprescindible suplir la vacante suscitada en el consulado. En un principio, se conservaron distantes los senadores, aguardando pacientes por la convocatoria de Graco a los comicios; curiosamente, se aplazaba el nombramiento más de lo previsto: según parece, era Marcelo el candidato predilecto de Graco, hombre próximo a la política Fabiana,[26] y el gran ausente en Roma. Ante la insistencia del Senado, justificó Graco la demora en las perceptibles pretensiones de la ciudadanía: era la opinión pública favorable a Marcelo, y bien hubiera podido ponderarse una injusticia celebrar el sufragio en su ausencia.

Ya retornado, tal y como se le antojaba a Graco, fue Marcelo electo. Le suscitó esto una seria disyuntiva al colegio de augures: dificultosamente habría de admitirse una sociedad plebeya, circunstancia sin precedentes.[27] ¿A qué artificio se recurrió, a la sazón, para despojar a Marcelo del consulado? Fiados los augures de la complicidad de los oponentes de Marcelo y, según parece, también de un concierto privado entre Fabio y el propio Marcelo,[28] observaron una irregularidad en su designación.[29] Satisfecho una estimable porción del patriciado con la fraudulenta resolución, terminó por ocupar Fabio su sitio, recobrando su antiguo influjo en el Senado, debilitado durante los últimos años por la cámara de los Escipiones, pero reverdecido ante las ausencias de Publio y Gneo de Roma, imbuidos en la dirección de las operaciones en Hispania.

Intrigas de agrupaciones senatoriales y entresijos políticos aparte, volcada Roma en la guerra, se repartieron entrambos magistrados los ejércitos: capitanearía Fabio las legiones de Pera y operaría Graco con veinticinco mil

25. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 75; 253.

26. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 317 y siguiente.

27. De Ruggiero, *Il consolato e i poteri pubblici in Roma*, Roma, 1900, página 11.

28. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 58.

29. Plutarco, *Marcelo*, 12, 2.

aliados y los esclavos voluntarios, su grueso patrimonio de familias potentadas,[30] apostados en Teano Sidícino. Tan piadosa fue la disposición de Graco sobre sus subordinados, que prestamente velaron de un encomiable respeto y admiración. Pluguido por poder corresponder a Fabio, fue enviado Marcelo a Nola con atribuciones de cónsul, con la premisa de lenificar la odiosa maniobra que traía descontenta a la opinión pública.

Se proponía, entretanto, a cruzar Magón a Italia con tres legiones, un convoy de sesenta navíos y un cofre con mil talentos de plata; pero una vez desembarcados en Cartago los duros reportes de Hispania fue desviado para recobrar los centros de operaciones. En concomitancia, daban constancia los mandatarios del avinagramiento de Cerdeña, desapacible causalidad de una dominación cruel y gravosa en los años precedentes sobre un pueblo pacífico y piadoso, pero sumamente afecto y devoto de su patria, al grado de ponderar blandir la espada; y en particular las tribus nurágicas del interior, de las cuales muchas, si no todas, habían asimilado la cultura fenicia. Odiosa Roma a Cerdeña, a causa de las iniquidades a la que era sometida por mor de los deplorables caprichos de magistrados ruines y codiciosos, prevalido del pertinente contexto, intrigó la oposición para trastocar los proyectos de Aníbal y consignar a Asdrúbal un voluminoso ejército para el asalto de la ínsula.

Sin guardar ni una leve sospecha de que conspiraban los sardos para acoger a un nuevo capitán, verificaba Roma los asuntos públicos. Estableció fecha Graco para la concentración de los soldados en Sinuesa; dictó Fabio la exportación de trigo a las plazas fuertes antes del I° de junio; asumió Levino el mando de las tropas de la Apulia, reforzadas con un contingente de las fuerzas en Sicilia; se encargó Varrón del reclutamiento de las nuevas legiones en el Piceno; partió Craso a Sicilia como almirante de la flota; y, en un procedimiento excepcional, se publicó una disposición para que se reunieran senadores y expositores en cada nueva asamblea en la puerta Capena, debiendo situar los pretores los tribunales *ad piscinam publicam* para las comparecencias.[31]

30. Ihne, *Römische Geschichte*, II, Leipzig, 1870, página 207.

31. Livio, XXIII, 32, 4; De Ruggiero, *Come si svolgela la vita nel Foro Romano*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1906, página 136.

Ultimado todo, marchó Graco a Sinuesa, expurgó al ejército y acampó en torno a Literno; circunscriptos los soldados a un riguroso y pormenorizado adiestramiento, trascendió la perturbadora noticia de que era Italia amenazada desde todos sus flancos. Seducido y obnubilado por el penetrante verbo de Demetrio de Faros,[32] gestionaba un veinteañero[33] y ávido Filipo la institución de una potente sociedad con Aníbal, prometiendo devastar las costas, librando por cuenta propia la guerra por tierra y por la mar.[34] Si prosperaba en su avance, cedería la regencia de Italia a Cartago y los tesoros a Aníbal. ¿Qué mercedes obtendría por la benigna contribución? En recompensa por las prestaciones, debía darse a la vela Aníbal a Grecia y sojuzgar a los pueblos desamigos del soberano.[35]

Presionada fuertemente Italia, parto del vivo odio arraigado en rígidos corazones de intrépidos contendientes, advertidos en Cerdeña maliciosos síntomas de sublevación, recaló Tito Manlio Torcuato para comunicar toda actividad sospechosa. Mas las contingencias apenas iniciaban: arrobados ante la segmentación de la confederación latina tras el desastre de Cannas, osaron integrar a su causa los capuanos a las ciudades contiguas a Cumas, sugestionados ante la estupenda ocasión de someter a Italia por las armas, guiados por la rusiente tea de Cartago.[36] Ante tan comprometida situación, arrasó Graco con el campamento de Hamas en una campaña relámpago; y, previendo una represalia de Aníbal, aligeró el paso a Cumas.

Disfrutaba cómodamente Aníbal de su estancia en Tifata, saboreando, engullendo, divirtiéndose en literas; pero fue enterarse de la desventura

32. Polibio, V, 108, 6 - 8.

33. Brinda Corradi, *Sulla data della nascita di Filippo V, en Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica*, XXXVII, Turín, 1909, página 373 y siguientes, suficientes argumentos para situar la fecha de nacimiento de Filipo a mediados del 235 antes de Cristo.

34. Mas era la guerra marítima nominal. Brinda Polibio, V, 109, 2 - 3, una sólida documentación para respaldar la conjetura de que jamás habría de entablar Filipo una batalla naval, por mor de su visible inexperiencia, y que, con la construcción de embarcaciones en los talleres de Iliria, procuraba únicamente intimidar: apenas oficiaría la flotilla de medio de transporte.

35. Sobre la legitimidad del tratado, cf. Niebuhr, *Römische geschichte*, IV, Jena, 1844, página 288.

36. Micali, *L'Italia avanti il dominio dei romani*, II, Turín, 1852, página 274.

campana, que interrumpió las licencias y los recreos, implantó el campamento a kilómetro y medio de Graco y puso sitio a Cumas. A pesar de su férvido ahínco por derribar las murallas, con suficiencia dirigió el cónsul las defensas. Desanimado por no acertar la manera de vulnerar la rocosa fibra romana, con amargor reanudó a Tifata, vacías las manos. En aras de maquillar la retirada, ¡concedió a los campanos las riquezas sustraídas de los pueblecillos vecinos!

En tan peculiar, pero agradable cuadro, venció Tiberio Sempronio Longo a Hannón de Bomílcar en Grumento, forzándolo a retroceder hasta el Brucio; y recobró Levino a Vercelio, Vescelio y Sicilino, ejecutó a los cabecillas de la sedición, subastó a más de quince mil prisioneros, y distribuyó el resto del botín entre la soldadesca. Otorgaron necesarias victorias un nuevo aire a Roma, recobrando las callejuelas su ordinario movimiento: abrían y cerraban los comercios a horario, lucía el foro rostros frescos y serenos, y atentas acudían las mujeres a los templos.

Venturoso escenario hubiera permitido a los magistrados meditar sobre los asuntos de la república con mayor sabiduría. Sin embargo, fervorosos por el devenir de los sucesos, excesivamente sueltos de espíritu, esparcieron el peregrino rumor de que sería vencido Aníbal en cuestión de meses; ensimismados en la inusitada tesitura, revelada la incontrovertible evidencia de la coalición cartaginesa - macedónica para invasión de Italia, fueron por todo: se engrosó la flota de Tarento, completando setenta y cinco naves de guerra; y se ordenó al prefecto Publio Valerio Flaco el embarco de los soldados expedidos a Varrón, y que aún persistían bajo las órdenes del legado Lucio Apustio. Había de fiscalizar las riberas Flaco al frente de la nueva policía de la mar; y, supuesto que no pocos senadores desconfiaban de que fuera capaz Filipo de asistir a Aníbal en tan intrépida invasión, debería homologar la información. Si resultaban los inquietantes reportes ser fidedignos, correspondería a Levino soltar amarras, con el imperativo de confinar al reyezuelo en el interior de sus dominios.

Determinada a vencer, destinaba Roma sus recursos; gastaba sus reservas públicas y privadas, los ingresos del *ager publicus*,[37] y los enormes botines de los saqueos de las tribus galas; multiplicaba las provisiones mili-

37. Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Turín, 1899, página 190.

tares; y se aprobaba la *lex Oppia sumptuaria* contra el lujo, cediendo la antigua prudencia a un nuevo espíritu de audacia. Esta excelente política agresiva, proyectada por lúcidos intelectos de la aristocracia,[38] pronto se tradujo en esplendentes resultados: atracó Torcuato en Cagliari, conformó cinco legiones y desarticuló la célula de la insurrección; ancoró Craso en África, y arrasó a una estimable porción de la superficie púnica; y, montado en una vertiginosa expedición, pasó por fuego Marcelo los labrantíos samnitas e hirpinos. Proclive a la grandeza, fuera cual fuera su coste, elucidaba Marcelo que, además de ser un político sagaz, era un consumado general. Hombre de viva inteligencia, culto, de costumbres sencillas, enérgico y ambicioso,[39] a fuerza de ingeniosas estratagemas cobró la ventaja ante un Aníbal afanado en atender a sus principales benefactores por su indefensión.

Pareció entonces tensionarse la semilealtad de los pueblos italianos hacia la causa cartaginesa. Reo de las reiteradas peticiones de las ciudades, fue arrastrado Aníbal hasta Nola; también hacia allí acudió Hannón, desde el Brucio. Había adoptado Marcelo sus precauciones: con despejo, bordó una expedita *razzia* en las granjas, recolectó madera y hierro por todos los sitios, amontonó tierra, abrió agujeros para plantar estacas recubiertas de leña y hierba, levantó torres de vigilancia, y preservó a las legiones en el interior de las murallas. No demoró Aníbal en entrevistarse con un par de magistrados de Nola para capitulación de la ciudad. Desdeñadas las exigencias, rodeó la plaza y dio inicio a las labores de sitio; tan pronto se revelaron los enemigos entretenidos en los preparativos y en las obras, emergió Marcelo en medio del tumulto, y remató a un millar. A la tarde siguiente, conforme dirigía Aníbal una pequeña excursión en los campos, desplegó Marcelo a las legiones y las puso en formación de batalla: accedió Aníbal a la confrontación; pero sus hombres, prodigados largo tiempo en el ocio, el vino y la intemperancia,[40] no supieron sostener los embates. El sol de la Campania, las templadas fuentes de Bayas y las plácidas aguas del Lucrino

38. Véase Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 162.

39. Plutarco, *Marcelo*, 1, 3.

40. Cf. Cicerón, *De lege agraria*, I, 20; II, 95; Estrabón, V, 4, 13; Floro, II, 6, 22; Livio, XXIII, 45, 2; san Sidonio, V, 345.

habían adocenado a su ejército. Contrariado por el embotamiento de sus hombres y el descontento regente entre sus aliados, agotados de las expoliaciones, las incesantes requisas,[41] los abusos y las malas formas, procuró su reabastecimiento en los cuarteles de la Apulia.

Noticioso de la espantada de Aníbal transportó Fabio suministros desde Nola y Nápoles hasta el campamento en las inmediaciones de Suésula, y partió, aún en mala estación, a la Campania para arrasar con los caseríos y las pequeñas granjas. Osó el ejército campano desenvainar, pero era muy inferior: a pesar de alguna que otra escaramuza, no pudo contener el avance. Prestamente, domeñó Fabio a la Campania, usurpó la siembra y apiñó largas caravanas con recursos y avituallamientos; retuvo Marcelo en Nola a las legiones necesarias para su custodia, y expidió el resto a Roma en aras de alivianar la pesada carga del erario público, harto maltrecho por la prolongación de la guerra; movió Tiberio su ejército a Luceria, y, atento a Filipo y a Macedonia, destacó a Levino a Bríndisi para protección de la costa salentina.

Mientras se verificaban las operaciones, fue informada Roma de los preponderantes progresos en Hispania; pero también de la necesidad de dinero para cumplir con la soldadesca, los aparejos de las naves, los ropajes, los equipos, los víveres. Ante la imposibilidad del Senado de brindar el debido sustento, se gestionaría la obtención de préstamos a través de inversionistas de Hispania, sopesándose, dificultades mediante, abandonar la provincia a su suerte.

Era una obviedad la incapacidad de Roma para proveer tan grandes servicios públicos con un escaso número de magistraturas, destinadas originalmente a satisfacer las necesidades de una pequeña ciudad, cuando aún se vivía con mayor seguridad, exenta de los imponderables de las amenazas externas; y tampoco se podía proseguir exprimiendo con abusivos impuestos a Sicilia y a Cerdeña: si se agravaba su ya delicada situación como exportadoras del abastecimiento con la multiplicación de las gabelas, acabaría el doble azote con entrambas. De modo que se ponderó la preservación de la provincia a través de los empréstitos: se postuló, por lo tanto, a los ciuda-

41. Lecomte, *Studes d'histoire militaire: antiquité et moyen - âge*, París, 1869, página 106.

danos que habían incrementado sus patrimonios con contratas públicas, que concedieran una moratoria a la república y se hicieran cargo de los suministros para el ejército de Hispania, con la condición de que, cuando hubiera dinero en las cajas de la república, serían los primeros en cobrar; ágiles se ofrecieron tres sociedades y, con resolución, expusieron sus condiciones: I°, persistirían exentas del servicio militar mientras persistieran en suma empresa de interés público; y 2°, asumiría la república con los gastos de eventuales daños en el abastecimiento embarcado.

Concertado el convenio, recibieron el necesario sustento los Escipiones y, revigorizados, partieron a Ilurgia, asediada a pavorosa reciedumbre por las voluminosas baterías de Asdrúbal y Magón: con audacia se abrieron paso las legiones, distribuyeron pan en cantidad a los sitiados e, indómitos de espíritu, perforaron dieciséis mil rudos corazones la densa muralla constituida por sesenta mil broqueles. Libertada la plaza, fraguó el enemigo la conquista de Intilibi con los bisoños de la provincia. Vencidos en una nueva ocasión, viraron la pluralidad de los pueblos en dirección de Roma.

Repelidas las amenazas de Hispania, y ambientados los esfuerzos a Italia, vino la muerte de Hierón a enmarañar toda iniciativa y proyecto. En el ocaso de su vida, aspiró el rey a transfigurar a Siracusa en una república, para evitar su despedazamiento bajo el despotismo de su nieto, Jerónimo. Siendo justos y sinceros, aun cuando pudiéramos hacer hoy una rigurosa disquisición sobre las propensiones de Jerónimo, se arribaría a la inequívoca conclusión de que únicamente se trataba de otra víctima de las peligrosas amistades y de las cortesanas, las afamadas «sirenas», mancebas agraciadas y de suave canto, ávidas del lujo y el dinero:[42] un mal común, deplorable e inevitable de los tiempos. A nadie habrá de sorprenderle, a la sazón, su facilidad para enrocarse en una escuálida y espiralada existencia de vicios y desenfrenos. Preocupado por su descaminada andadura, se limitó Hierón a dispensarle una quincena de tutores para enderezarlo e incentivarlo a conservar íntegra con Roma la lealtad que supo cautivar durante un decalustro;[43] desventuradamente, tras su defunción, su yerno Adranodoro, un espí-

42. Véase Heráclito, *Historias increíbles*, 14.

43. Cf. Ferrenbach, *Die Amici populi Romani republikanischer Zeit*, Estrasburgo, 1895, página 19 y siguiente.

ritu prono a la ambición y a las seductoras luces de la grandeza, quebrantó el testamento aduciendo que ya ostentaba Jerónimo suficiente edad para gobernar y, en la votación del concilio para acabar de legitimar la pretenciosa sentencia, de preponderancia cartaginesa,[44] fue Jerónimo declarado, a sus quince años, responsable de los dominios. Este Adranodoro, su concuñado Zoipo y un tal Trasón, un politicastro y adulador redomado apodado por las malas lenguas *el mordaz*,[45] tejían sus redes en las habitaciones del palacio y se inmiscuían en todos los asuntos gubernamentales: eran Adranodoro y Zoipo partidarios del proselitismo anibálico y Trasón, fiel siervo de Roma. De manera que, para guardar a Jerónimo bajo su dominio, con vileza y felonía fraguó Adranodoro un enrevesado ardid para librarse de Trasón: triunfante, y velando por los intereses de los partidarios de la coalición con Cartago,[46] cautivó mefítica facundia a Jerónimo y, hacia fines de noviembre o principios de diciembre, se reveló la coalición entre Siracusa y Aníbal.

Madurando la liza entre Sicilia y Siracusa, reunió Apio Claudio Pulcro a su ejército, hasta entonces disperso en las ciudades, en las fronteras de la provincia, y privilegió Fabio la construcción de un destacamento en Pozzuoli, principal centro comercial desde el inicio de la guerra y punto esencial para la promoción y desarrollo financiero. Tornado a Roma para los comicios, tras intrigar en desmedro de Marco Emilio Regilo y Otacilio,[47] conquistó el consulado del 214 antes de Cristo en sociedad con Marcelo. ¡Ahora sí respiraba satisfecha la ciudadanía! Ya se habían probado diestros capitanes en campaña, y corajosos se disponían a anular el despiadado desiderátum de Aníbal de remover del sacro suelo itálico a la devota simiente latina.

Tras las asunciones de Fabio y Marcelo se prorrogaron los mandos de los oficiales; se circunscribió a Quinto Mucio Escévola la ocupación de Cerdeña, y a Levino, la costa próxima a Bríndisi para hacer oposición a toda tentativa de Filipo; se asignó Sicilia a Publio Cornelio Léntulo, y prosiguió navegando Craso la flota con la que había consumado ventajosas

44. Arendt, *Syrakus im zweiten punischen kriege*, II, Könitz, 1905, página 2.

45. Ateneo, VI, 251 E.

46. Arendt, *Syrakus im zweiten punischen kriege*, II, Könitz, 1905, página 7.

47 Livio, XXIV, 7, 12.

incursiones en África; se incrementaron las filas de las legiones a dieciocho, sin contar las que operaban en Hispania, y se confeccionó una armada de ciento cincuenta naves de guerra. Intensificados los rumores de la invasión siciliana, premuroso partió Craso. Ante la pronunciada escasez de la marinería, fue inherente al Senado introducir una novedad: su financiamiento por intermedio de particulares.[48] Todo particular cuya renta o de su padre valorada durante la censura de Papo y Flaminio entre 50 000 y 100 000 ases o que hubiera alcanzado esa cantidad con posterioridad, habría de aportar un mareante con la paga de un semestre; los comprendidos entre los 100 000 y 300 000: tres mareantes y un año de paga; entre los 300 000 y 1 000 000: cinco mareantes; los que rebasaran el millón: siete mareantes. Aportarían senadores no menos de ocho. Merced a tan productiva maniobra, pudieron embarcar los efectivos con equipos nuevos y pábulo para un mes.

Había de reposar el peso de la guerra en los ciudadanos de cimera solar, sin escatimarse en gastos, facilitándose dinero, personal y provisiones, indispensable todo para rechazar la triple amenaza. Permitiría la importantísima inversión afrontar los peligros de Italia y de Hispania.

Acondicionada Roma para su supervivencia, sosegó una oleada de tempestivas operaciones a los espíritus vacilantes. Venció Graco a Hannón en Benevento, y, en gratificación a la valerosidad atestiguada en el campo de batalla, manumitió a los soldados esclavos; padeció Aníbal imprevistos en Nola y cedió la fuerte plaza de Casilino; asoló Fabio el Samnio y se enseñoreó de Compulteria, Telesia, Compsa, Fugífulas, Orbitanio, Blanda y Ecas. Ante tan descarnado matiz, terminó Aníbal en Tarento, atraído con artificios y vanas promesas de poblados aliados. Ante la inminencia del peligro, había de aguardarle allí Marco Livio Macato: con sapiencia había armado a la mocedad y levantado fortísimas torres junto a las puertas y en torno a las murallas, por si procuraba Aníbal poner sitio; sin embargo, descubiertos los engaños, pasó Aníbal del asedio y se limitó a hacer el suficiente acopio de trigo y cebada. A grandes jornadas se encaminó a Salapia para aprovisionarse de los fecundos campos y sembradíos de Metaponto y Heraclea; y de los bosques y las hermosas praderas de la Apulia, robaron sus hombres rebaños y corceles en cantidad. Obtenido un substancioso botín, hacia fines

48. Ídem, XXIV, 11, 9.

del verano se abroqueló en el campamento, al aguardo de los movimientos de Filipo.

Vigilaba, entretanto, Roma a Sicilia. Tras los múltiples reveses, se añadía el asesinato de Jerónimo, motivado por intrigas partidistas[49] y su insolente vanidad pueril, engreimiento y crueldad,[50] desencadenante de una ferina insurrección a lo largo y ancho de sus dominios. Entre tanto hierro y fuego, fue forzoso a la nobleza renunciar a sus valores para evadir una espantosa cacería. Consciente el Senado de que comportaba el quebranto de Sicilia un serio peligro, procuró regularizar la delicada situación y, por decreto, se asignó la regencia de la provincia a Marcelo, disponiendo para las operaciones de no menos de cuatro legiones, pero pronto, y con inconcebible credulidad, cayó en el lazo del tiranicida Hipócrates. Inducido a la conquista de Leontinos con suma facilidad, a ruindad se difundió por toda Siracusa que ya en el interior de la plaza se dio orden de asesinar a hombres, mujeres y niños, excitándose a los espíritus belicosos.

Rábido por mor de la sórdida canallada, puso sitio Marcelo a Siracusa. Y el sitio hubiera acabado pronto de no ser por el concurso de Arquímedes, hijo del astrónomo Fidias,[51] un cerebro brillante, apasionado por la astronomía, las matemáticas y la ingeniería, y empapado de la sabiduría de los textos de la biblioteca de Alejandría.[52] Con armoniosa ciencia, emplazó Arquímedes máquinas en los muros para repeler los proyectiles; y, para que pudieran los suyos contragolpear sin exponerse, abrió numerosas troneras y construyó catapultas para amedrantar a los navíos. A fuerza de intelecto, logró contener la potencia de la maquinaria romana. Mas había de operar Marcelo la contraofensiva; y, juzgada la *apoikía* como inexpugnable, vertebró un exitoso bloqueo terrestre y marítimo y se encaminó con la tercera parte de las tropas para recobrar las *apoikíai* que, durante la sedición, se enlazaron a la cruzada cartaginesa: excesivo y despiadado castigo por no repetir los ejemplos de Heloro y Herbeso y capitular, fue Mégara Hiblea asaltada, saqueada y arruinada.

49. Arendt, *Syrakus im zweiten punischen kriege,* II, Könitz, 1905, página 3.
50. Neumann, *Das zeitalter der punischen kriege*, Breslavia, 1883, página 403.
51. Arquímedes, *Arenario*, 9, 21 - 22.
52. Véase Diodoro Sículo, V, 37, 3.

Para expectativa de enjutas y trémulas almas, había de brindarse Cartago por la quimera de Sicilia. Y así como los primeros rayos doran en grata bondad los senderos velados en las honduras de añejos y frondosos bosques, recaló Himilcón en Heraclea, con veinticinco mil infantes, tres mil monturas y doce proboscidios, para indicar a oprimidos gualdos caminos de libertad. Resuelto a conjurar todo peligro, a las pocas jornadas recobró Heraclea y Agrigento. Tal fue el fervor de los sicilianos por hacer desaparecer todo cuño romano de su terruño, que hasta en Siracusa se recobraron los ánimos. ¡Competía a Marcelo evitar la propagación de los incendios! Cazados subitáneamente Himilcón e Hipócrates en Acrilas, dio fuga a un enemigo aún atareado en el asentamiento, consiguiendo disminuir la inflamación general.

Sofrenado parcialmente el tempestuoso espíritu de Sicilia, precipitado tornó a Siracusa: según parece, se disponía una imponente flota, capitaneada por Hannón, a atracar en el puerto más grande de la *apoikía* corintia.[53] Sin dilación, se descargó a una legión en Palermo, originándose una espeluznante agitación y reproduciéndose revueltas por toda la ínsula. Intrépidas se armaban las ciudadelas y aplastaban a los regimientos romanos. En aras de consolidar su guarnición, acabó el prefecto de Enna por ordenar la ejecución de una treintena de magistrados.

Incesante ardía Sicilia y consumían las llamas toda pregnancia latina. Regido por la estricta convicción de un aura suprema y dinámica, dio prosecución el cónsul al abastecimiento de Leontinos, al sitio de Siracusa y a la construcción y fortificación de los cuarteles de invierno.

Respecto a los sucesos de Oriente, se había enseñoreado Filipo de Orico y se develaba a las puertas de Apolonia. Tal riesgo lanzó a Levino a la mar. Recobrada Orico sin mayores escollos, pávida se apersonó una legación representativa de Apolonia para peticionar asistencia. Se remitieron, por lo tanto, dos mil soldados bajo las órdenes del prefecto de los aliados, Quinto Nevio Crista, una eminencia en el arte militar. Desembarcó Crista en la obscuridad, penetró en territorio enemigo y pasó por el cuchillo a toda cria-

53. Corazzini, *Storia della marina militare italiana antica*, Livorno, 1882, página 106.

tura capaz de empuñar un arma; saqueado el campamento, se dispensaron las catapultas y ballestas a los señores de Apolonia.

Divulgada a lato frescor la novedad en Orico, encaminó Valerio la escuadra hacia la desembocadura del río Viosa para obstar la rota de huida Filipo. Percibiéndose inferior a su oponente como para oponer el desafío naval, y privado de comunicaciones seguras con Cartago y Aníbal,[54] acabó el reyezuelo por pegar fuego en los navíos y aceleró el paso hacia sus dominios.[55]

Atajados los peligros en Iliria y el Epiro, debieron amainarse los sacudones de Hispania. Vejadas con iracundia varias aldehuelas aficionadas a la causa romana, fue indefectible a Publio Cornelio Escipión trasponer el Ebro y desterrar de la provincia el espectro de la rebelión. Se sucedieron, a la sazón, una multiplicidad de combates: en Alicante, Ilurgia, Bigerra, Montilla, Auringis, resultando vencedores en todos los Escipiones. Tan fructuosas avanzaban las operaciones en Italia y en Hispania durante el sufragio para la administración de la república en el 213 antes de Cristo, que, con desmedido entusiasmo, se atrevían a augurar los espíritus intrépidos un glorioso desenlace.

54. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 162.

55. Que se deshiciera Filipo de la flota únicamente viene a reforzar la conjetura de Polibio.

V

LA CONQUISTA DE SIRACUSA

Tendentes audaces espíritus a una alífera victoria, observado el proceso electoral, se conquistaron las fuertes plazas de Arpos y Atrino; se eslabonó a la causa a Sífax, soberano de los masesilos; y se trabó amistad con la nobleza celtíbera, que, a su boga, se convertía en el primer cuerpo mercenario del ejército.[1] Importantísimas operaciones diplomáticas, políticas y militares vivificaban la desvaída ardentía en los cuarteles de la Apulia y la Basilicata. Cohibidos, largo tiempo, por los lóbregos vestigios de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, recobraban los soldados el brío con las fructuosas expediciones en Hispania, en Cerdeña, en Sicilia; pero distinta, compleja y más conflictiva era la situación en Roma.

Con la prórroga de la campaña, se expandieron por los campos el pánico y la miseria, y se acabó por dar vista a la ciudad. Se rehusaban tozudos corazones a tornar a sus granjas, devastadas por la antorcha de la guerra,[2] optando por perfeccionarse en diversos oficios o consagrarse como contratistas, mercaderes, artesanos. Durante el proceso, se desprendían de las deidades patrias e incursionaban en los cultos peregrinos; procuró restituir el orden moral el Senado mediante la proscripción los ritos foráneos, pero pocos hubieron de cumplir: se daban a circular en la ciudad heteróclitas formas de adoración, infiltrándose todo tipo de abusos,[3] siendo común en las arterias del foro la lectura de la videncia y la agorería.[4] Sencilla cosa era

1. Livio, XXIV, 49, 8; Orosio, IV, 16, 15.

2. Estrabón, VI, 3, 11.

3. Heffter, *De Godsdienstleer der Grieken en Romeinen, een historische schets*, Ámsterdam, 1853, página 227.

4. Plauto, *Curculio*, 483.

embaucar a una generación impía, aficionada a extrínsecas y obscuras ceremonias privadas,[5] y harto ávida por nuevos credos.

En tanto se acobijaban supersticiones y doctrinas bárbaras, conmoviéndose dramáticamente la manera de pensar, de sentir, de vivir, doblaba esfuerzos el Senado para restablecer el orden; reforzar los tratados y sociedades con los aliados; verificar la remisión del abastecimiento y el dinero a los ejércitos; preservar en circulación a las flotas de Grecia y Macedonia; en fin, organizar la defensa a gran escala. Vigilado el año en la concreción de esenciales aristas, elevaron las centurias a Quinto Fulvio Flaco y Apio Claudio Pulcro al consulado del 212 antes de Cristo; ocuparían la pretura Gneo Fulvio Flaco, Gayo Claudio Nerón, Marco Junio Silano y Publio Cornelio Sila.

Tristemente, el desgobierno religioso, ético y moral únicamente podía enlodar las sanas costumbres. Y aun cuando no daban tregua las fatigantes y espigadas llamas de la guerra, abrasando lacias energías y desecando los últimos hálitos de valerosísimos soldados, la malsana obsesión rampante entre las clases medias por medrar dio sitio a personajes tramposos, prontos por incrementar su capital en abultada impudicia; tal era el caso de Marco Postumio Pirgense, otro de los tantos publicanos que obtenían ventaja del convenio firmado por las sociedades. Con estremecedora venialidad, se inventaba Pirgense naufragios o bien los acondicionaba. Probado fraude había sido denunciado el año precedente; pero prefirió el Senado mirar hacia otra dirección, en aras de preservar intactas las relaciones con el estamento publicano.[6] Mas había de perseguir la ciudadanía sus tropelías con mayor rigor: sin poder disimularse ya la dimensión del escándalo, fue for-

5. Micali, *L'Italia avanti il dominio dei romani*, I, Turín, 1852, página 314.

6. Véase el esclarecedor pasaje de Polibio, VI, Fr., 17, donde se documenta la existencia de un voluminoso número de medianos adjudicadores y grandes sociedades de publicanos, en cuyos negocios participaban casi todos los ciudadanos. Infiero que se estuviera describiendo a la sociedad romana a mediados del siglo segundo antes de Cristo; así pues, no sería inverosímil aventurar que, hacia la época, estas pequeñas sociedades recién echaran raíces, pero que ya dispusieran del favor de los senadores: pues cuando adquirían las acusaciones cierta relevancia, los jueces, en muchas ocasiones socios de los acusados, diferían los procesos o desestimaban las denuncias, para no verse estorbados ni impedidos en los estupendos negocios gubernamentales.

zoso a un par de tribunos de la plebe, Espurio y Lucio Carvilio, imponer una multa de doscientos mil ases.

Sobrevenida la fecha para verificación de la sanción, acudió una muchedumbre a la asamblea con la expectativa de oír un veredicto justo; pero acaeció que el tribuno y cognado del acusado, Gayo Servilio Casca, por la incomodidad que le generaba el proceso, guardó silencio: engendró natural reserva un clima hostil y tenso, dividiéndose la opinión pública entre los que demandaban una severa penalidad y los que dispensaban el delito. Reparados en el caldo de cultivo que propendía a materializarse, tempestivas estuvieron las amistades de Pirgense para operar una agitación y alcanzar el diferimiento de la causa.

Hecha una aguda disquisición sobre el grosero episodio, enunció Flaco su viva preocupación, y persuadió a senadores de la amenaza que suponía a la república la influencia de las sociedades de publicanos sobre el vulgo y sus peligros ocultos. Entonces, cubrió la sombra del prevaricato a los Carvilios. Acorralados, disolvieron las especulaciones formulando la acusación de pena capital: pávido, abonó Pirgense la garantía en aras de evadir el presidio, pero se ausentó a la fecha designada para tratar la multa. Hastiado el tribunado de tan inaprensivo comportamiento, dio curso a una incisiva medida: si no comparecía antes del I° de mayo sería desterrado y sus bienes, subastados; todos los publicanos que participaron de los disturbios debieron afrontar un proceso similar.[7]

Resuelta la escabrosa cuestión, se procuró ultimar el reclutamiento, y no sin escollos. Dificultosamente hubiera podido bastar el reducido número de mozos para el alistamiento de las nuevas legiones urbanas y las tropas suplementarias. Fue necesario, a la sazón, reclutar en los distritos rurales, en los mercados y en los centros de reunión, debiendo aprobarse leyes para que prestaran juramento los menores de diecisiete años. Conforme se armaba a la mocedad, los desertores de Cannas, señalados como los principales responsables de todos los males que aquejaban a la república, urgidos por

7. Sobre el ordinario proceder de los *tresviri capitales*, los cuales imponían en primera instancia a los acusados procesos de penas capitales para acabar por reemplazar los procesos por fuertes multas, véase Mommsen, *Die geschichte der todesstrafe im römischen staat*, en *Cosmopolis*, I, Londres, 1896, página 236.

probar su valía, presionaban para combatir bajo las órdenes de Marcelo, el general único en el cual guardaba Italia su confianza: era esta su mejor opción; gustaba la propuesta bien poco, pero, por mor de la pronunciada falta de hombres, acabó el Senado por ceder, sin consentir que pusieran ni un pie en Roma en tanto prosiguiera Aníbal en Italia.[8]

Haciendo lo dificultosísimo Roma por conformar un ejército digno, empujó Aníbal a diez mil hombres a una vertiginosa marcha nocturnal en las inmediaciones de Tarento: asesinados los centinelas por cómplices internos, con trepidante cetrería, se yugularon los romanos lazados. Refugiado un parvo número de supervivientes en la ciudadela, se emprendieron las labores de asalto; mas la empresa se prolongaba: dirigidas las defensas bajo la suficiencia y experticia de Marco Livio Macato, se resistían los embates con supremo vigor. Persuadidos los tarentinos del atascadero que suponía a las operaciones el amplio conocimiento de Macato en poliorcética, comunicaron a Aníbal la perentoriedad de enseñorearse de las costas para obstruir el aprovisionamiento enemigo: se bordeó la ciudadela a toda vela y se echaron anclas en la bocana misma del puerto; entreviendo que habrían de mermar las energías conforme pasaran las jornadas, se guardó Aníbal en los cuarteles al aguardo de que cedieran los espíritus.

Entretanto, víctima Italia de una depopuladora epidemia, decretaron los pontífices la institución de los *ludi Apollinares,* encomendándose a la divinidad por la tradición que le entroncaba a Asclepio,[9] en un avasallante avance de la religión griega por sobre la liturgia ancestral.[10] A medida que acudía el gentío a la ceremonia, con suma precaución por temor al contagio,

8. Livio, XXV, 7, 4; Valerio Máximo, II, 7, 15.

9. Sobre la controversial documentación recogida en Livio, XXV, 12, 2 - 15; y Macrobio, *Saturnalia*, I, 17, 28, donde se nos desvela el fundamento de la institución de la festividad en los vaticinios de un tal Marcio, un reconocido adivino que profetizó el desastre de Cannas y que, para vencer, recomendaba la celebración de unos juegos consagrados a Apolo, con agudeza develó Bernstein, *Ludi Publici: Untersuchungen zur Entstehung und Entwicklung der Öffenlichten Spiele im Republikanischen Rom*, Stuttgart, 1998, página 180 y siguientes, que responde tan vaga y peculiar versión a una burda invención promovida por Publio Cornelio Sila en la última etapa de su dictadura, para adjudicar la solemne institución a su bisabuelo.

10. Hus, *Greek and Roman religion*, 1962, Nueva York, página 135.

afianzaron los cónsules su posición en Benevento, fiaron su protección a Graco y se encaminaron a Capua; desventuradamente, le salieron traidores a Graco en la Basilicata y pereció. Ya sin su presencia en la vía Apia para clausura del paso, expidió Aníbal un cuerpo de caballería a los campos de la Campania para prevenir su devastación, eventualidad que traía inquieta a toda Capua. Cierta mañana en que andaban entretenidos los cónsules con la quema de fincas y ocupados los soldados en la recolección de cereales y grano, una sorpresiva irrupción del cuerpo de caballería bastó para cargarse a mil quinientos legionarios. Envanecido por la exitosa maniobra, mudó Aníbal el campamento de Benevento a Capua y, a la primera oportunidad, libró batalla; bochornoso desenlace de la abismal diferencia entre la potencia de las caballerías, fue imperioso a los magistrados huir: Flaco a Cumas y Claudio, a la Basilicata. Prestamente, gestionó Aníbal un agresivo operativo para dar caza a Claudio, pero alcanzó el cónsul a escabullirse y retornar a Capua. Se renovó el asedio, a la sazón, con más brío, acarreándose y aprestándose todo lo necesario: se almacenó trigo en Casilino y, junto a la desembocadura del Volturno, se atrincheró un fuerte. Tanto allí como en Pozzuoli, se estacionó un regimiento para preservación del dominio del río y la mar; sin embargo, manados del asedio los asiduos escollos, se encaminó Flaco a Casilino en aras de acelerar la traslación de las máquinas y Claudio, a Pozzuoli, para ocuparse de los servicios de intendencia.

Entre tantos vaivenes y peripecias, vino la muerte de Graco a hendir la lealtad de su ejército, que, estimándose licenciado, desertó. Disponía Aníbal de una leve ventaja: era esencial a su quimera explotar su nueva posición; y, advertido de la indisciplina del ejército de la Apulia, presidido por el incurioso Gneo Fulvio Flaco, retado con absurda temeridad en la actual Ordona, obtuvo ventaja del precipitado embate. Sobrado de enemigos, y arredrado por la estrepitosa estridencia que produce el hierro cuando desgarra la carne, se dio Flaco a la fuga, enterrando su honor y condenando a cuatro legiones. Azarado ante la evitable, y harto ingenua, fatalidad, la urgencia por impedir que concretara el enemigo un golpe supremo condujo al Senado a remitir a Gayo Letorio y Marco Metilio al campamento consular para comunicar la súbita obligatoriedad de reincorporar a los desertores de las fuerzas de Graco para el imperativo reensamble del ejército.

Concretada la agenda administrativa en Pozzuoli, solicitó Claudio su concurso a Gayo Claudio Nerón y se congregó con Flaco para cooperar en el transporte de los dispositivos y herramientas necesarios para el asalto de Capua. A continuación, se practicó una circunvalación con empalizadas, torres y terraplenes: constreñidos por tres vigorosos ejércitos, fueron quedando confinados los capuanos en el interior de sus murallas.

Conforme se recobraba la confianza vanecida mediante las auspiciosas operaciones, se movilizó Marcelo a principios del otoño. Dudaba el gran capitán entre dirigir la acción contra Agrigento o apretar el cerco de Siracusa. Valorados hipotéticos escenarios, inversamente a lo que se hubiera especulado, se decantó por la opción más laborosa. Pues, a no ser que articulara una ingeniosa ofensiva, la fortaleza, bien escudada por las máquinas de Arquímedes, resistiría inocuas ofensivas: de ahí que osara su conquista por medio de la traición: descubierto el ardid, asimiló que le sería improductivo recurrir a vulgares artificios, debiendo proyectar una estratagema afín a su intelecto. A su sino, había la fortuna de socorrerle. Hecho prisionero un tal Damipo, un cortesano natural de Esparta enviado por los tiranos de Siracusa a Filipo para pasar el parte militar, interesado particularmente el cartaginés Epícides en su liberación,[11] se estipularon embajadas junto al puerto Trogilo, en torno a la torre Galeagra; percatados los legados romanos de la escasa altura de los muros, e informado Marcelo de las fiestas de Artemisa pronto a celebrarse, sopesadas las distintas variables que permitía tan ventajosa ocasión, se dio cuerpo a una ingeniosa operación. Abotargados los vigías por el dulce néctar de Dioniso, treparon mil hombres las paredes de Ticha en la Tramontana,[12] y echaron abajo otros tantos las puertas del Hexápilo. Esparcido el terror por doquier, victorioso ingresó Marcelo en Siracusa al amanecer. Sobrecogido por el esplendor de la arquitectónica que había de albergar ilustrísimos genios, y por la repulsión que le provocaba ser el causante de su destrucción, apresuró las negociaciones para su capitulación. Luego prosiguió con la conquista de Acradina y de Naso. Había dispuesto Marcelo específicas instrucciones de respetar a los moradores, monumentos

11. Livio, XXV, 23, 8.

12. Véase la inmensurable investigación de Bonanni, *Delle antiche Siracuse*, I, Palermo, 1717, página 162 y siguiente.

y obras de una ingeniería civil superior, facultando a la soldadesca a rapiñar estrictamente esclavos y bienes menores;[13] mas se abalanzó la misma por entre las calles, ávida de sangre, riquezas y fuego. Presa del barbarismo y la truculencia, pereció un inerme y meditabundo Arquímedes, según parece, indiferente ante los violentos embates, sumido en la placentera resolución de un complejo diagrama.[14] Desolado por la abrupta conclusión de un hombre dotado de una naturaleza excelentísima, sumido su espíritu en un largo crepúsculo de lamentaciones, para desterrar de su conciencia la torva obscuridad, le dispensó el cónsul una apropiada sepultura, inmortalizando en su lápida la delicada figura de una esfera y un cilindro,[15] tal y como apetecía el matemático.

Representó la conquista de Siracusa un inmenso botín en oro y piedras preciosas. Habrían de bastar los tesoros reales para el parcial saneo del estropeado erario público; las obras de arte, las esculturas y los cuadros, contentar a la ciudadanía. Mas la animosidad de los soldados había acabado por perturbar los pensamientos de Marcelo: en aras de enmendar los excesos, brindó seguridad a los particulares, restauró a la maltratada Enna, y prodigó tierras y dinero a los desamparados.[16]

Imploraba Roma parigual afecto: pues así como la nueva aurora clama por las almas reposadas, del mismo modo demandaba Roma vivos destellos de una luz consoladora. El deceso de Graco y la pérdida del ejército de Gneo no eran vicisitudes menores: era indispensable a las centurias valorar pormenorizadamente la situación del frente y situar en el consulado a personalidades capacitadas para contrarrestar la fuerza de voluntad enemiga; fueron distinguidos a tan ardua encomienda dos representantes de los Claudios: Gneo Fulvio Centúmalo y Publio Sulpicio Galba;[17] desempeñarían la pretura Lucio Cornelio Léntulo, Marco Cornelio Cetego, Gayo Sulpicio y Gayo Calpurnio Pisón.

13. Polieno, VIII, 11.
14. Livio, XXV, 31, 9; Plutarco, *Marcelo*, 19, 10.
15. Cicerón, *Tusculanae disputationes*, V, 23, 64 - 66; Plutarco, *Marcelo*, 17, 12.
16. Plutarco, *Marcelo*, 20, 11.
17. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 63.

Incorporados en funciones los magistrados, el 11 de enero del 211 antes de Cristo,[18] se ordenó a Claudio y a Flaco la concreción del asalto de Capua, y se prorrogaron los mandos oficiales. Mientras se ultimaban los preparativos. elevó el tribuno de la plebe Gayo Sempronio Bleso la acusación de *perduellio* contra Gneo Fulvio Flaco por su irresponsabilidad para con Roma y su ejército: astuto, gestionó arrodelarse Gneo en el prestigio de su hermano, convocándolo al litigio; mas alegaron las autoridades que el interés de la república no permitía desviarlo de Capua. Consternado ante la adversa resolución, próxima la fecha de comparecencia, emigró a Tarquinios, declarándose cumplida la ley mediante la sanción del *plebiscitum de exilio Cneo Fulvii Flacci*.[19] Mancillada en suma vastedad la reputación de los Fulvios, poderosísima familia plebeya, procedente de Túsculo, y ligada a los Fabios por relaciones de clientelismo y enlazada a los Claudios desde la invalidación del consulado de Marcelo por mor de la furtiva intriga de Fabio,[20] correspondía a su hermano asumir el compromiso de reparar la oprobiosa degradación.

Tenía la guerra su centro en Capua; con violencia arremetía el hambre en los sitiados. Agotadas las provisiones, eran forzados a decidir entre la sumisión o la muerte. A sus escasas expectativas, no ya de vencer, sino siquiera de pervivir, un espía, que pasaba por agricultor, prometió ser capaz de flanquear las filas enemigas e ir donde Aníbal. Abastecido con los últimos suministros de la plaza, burló a la vigilancia, pasó a través de las labores de sitio, aún sin concluir, y se desvaneció en el horizonte.[21] Recibidas letras de la desoladora panorámica, se descubrió Aníbal en el embarazoso dilema entre proseguir con el acoso de la ciudadela de Tarento o acudir al rescate de Capua. Prevaleció, sin embargo, la ponderación de Capua, la cual envilaba a todos, aliados como enemigos, y que constituiría un importante precedente, cualquiera fuera el desenlace, en la progresión de la guerra.

18. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399.

19. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 103; 256.

20. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 38; con excepción de la rama de los Valerio Flaco, los cuales se conservaron leales a los Fabianos.

21. Livio, XXVI, 4, 2.

Abandonó Aníbal gran parte del bagaje y el armamento pesado en el Brucio, y partió a la Campania: durante la travesía, se enseñoreó de la fortaleza de Calacia, y desde allí concertó con los sitiados la concreción de una ofensiva concomitante: mas fue concluyente la fibra romana para unos hombres debilitados por el hambre. Consumado el fracaso, desanduvo camino, forzado a valorar minuciosamente su próximo movimiento. Se consumía su llama en inanes batallas, y vacilaban los aliados en perpetuar sociedades en una empresa inverosímil.[22] ¡Se imponía un golpe de autoridad! Y después de consultar, debatir e intercambiar posturas con su cuerpo oficial, marchaba sobre Roma.

Arribó estremecedora noticia a la ciudad a principios de febrero, arreciando la excitación pública, ya de por sí grande. Resultaba la situación en extremo crítica: se había agravado la crisis económica,[23] se cumulaban las deudas con el estamento publicano, y a suma impunidad se achacaban las facciones los fracasos militares. De modo que se hallaban todos igual de irritados y exasperados. En el colosal esfuerzo de salvar el peligro, determinado Claudio a rematar la ocupación de Capua, conformó Flaco cuatro legiones, traspuso el Volturno y solicitó a las aldehuelas próximas a la vía Apia el acarreo de provisiones a la calzada por donde circularían las tropas. Conmovida Roma por la dirección que habían adquirido los acontecimientos, custodiaba la mocedad las puertas, amontonaban mujeres y niños pro-

22. Polibio, IX, Fr., 26, 2.

23. Documenta Apiano, *Aníbal*, 38, que padecía Roma el hambre; y no falta a la verdad. Era Sicilia la principal fuente de aprovisionamiento de la ciudad; presa la ínsula de la guerra, debieron de hacerse dificultosísimas las remisiones de suministros, provocando un estimable aumento en los gastos del transporte, haciendo harto dificultoso alcanzar a Roma la cantidad de trigo necesaria para ocurrir a una población populosa. Y si ponderamos las anotaciones de Corsetti, *Sul prezzo dei grani nell'antichità classica*, en *S. S. A.,* II, Roma, 1893, página 88, las cuales advierten que, por la sensible situación financiera, llegó a valer un medimno siciliano (equivalente a seis modios romanos) en torno a los 13 $^1/_2$ denarios, ya podemos hacernos una idea sobre cuán dificultoso le era al Senado poder cumplir con su obligación. No resultaría para nada extraño, a la sazón, que, por mor de la pronunciada escasez, se disparase el coste del pan. —Vannucci, *Storia dell'Italia antica*, Milán, 1874, página 392 y siguiente.

yectiles, y, guarecidos en las torres de vigilancia, interrogaban ancianos el horizonte.[24]

También Aníbal se esmeraba en su singular proyecto. Sorteadas una decena de ciudades hostiles, se estacionó en torno al río Aniene, a ocho kilómetros de Roma,[25] afectando el semblante de quebradizas almas. Eximido del *ius pomerii*,[26] penetró Flaco sacras puertas de la ciudad, amenoró infecundo estadio de conmoción universal, expidió un escuadrón a Hispania en busca de refuerzos, y se dispendió en la traslación de recursos a su campamento. Agraviada su dignidad por la penosa conclusión de su hermano, bravío se disponía a una confrontación que prodigara un baluarte de gloria a su estirpe. Estudiado a profundidad el terreno, alineó al ejército; y, acariciando el remate de la guerra, derramó sobre sus hombres vigorizantes palabras, acrecentando en amplios pechos el impetuoso ardor. Todo dado para dar sitio a una confrontación que había de reescribir no sólo la historia de Roma, sino de Europa occidental, dilató un temporal la confrontación; separó a contendientes un turbión similar la tarde siguiente, siendo motivo suficiente para que desistiera Aníbal de la ofensiva: ¿se había permitido asaltar por escrúpulos religiosos?[27] El caso no sería en sí mismo imposible; pero estimo más sensato que, ya apercibido de la expedición destacada a Hispania para consolidar las defensas mediante el incremento de efectivos, diera marcha atrás. Pues jamás tuvo intenciones concretas de arremeter contra Roma, sino que, a su boga, perseguía el desencadenamiento de un sumo revuelo para desviar el foco de los cónsules en la captura de Capua,[28] procurando la salvación de la ciudad sin medir hoja. Además, ante la quimérica destrucción de Roma o la más tangible pérdida de su ejército, suponiendo,

24. Según parece, también acudieron dos mil albasenses a participar del peligro. Si los datos de Apiano, *Aníbal,* 39, son correctos, fue Alba la única colonia que escoltó a Roma en el interior de sus murallas.

25. Dumont, *Histoire romaine*, I, París, 1843, página 184.

26. Nissen, *Beiträge zum römischen Staatsrecht*, Estrasburgo, 1885, página 183 y siguiente.

27. Juvenal, *Satura*, VII, 161 - 165; Propercio, III, 11.

28. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 298; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 618; Roberts, *Hannibal's road: the second punic war in Italy 213-203*, Barnsley, 2017, página 109.

en sendos escenarios, la conclusión de la guerra, ya nada impediría a la camarilla de Hannón arrebatarle el mando supremo:[29] de ahí que, guardando las apariencias, y en represalia por la insolencia de un potentado que desafiante compró los dominios donde acampaba su ejército, en un acto de lato escarnio hacia su nombradía,[30] comunicara a los financieros cartagineses que se hallaban en venta las oficinas de banca en torno al foro y tornara grupas. Voluntarioso, travesó el Samnio, la Apulia y la Basilicata; mas una vez sometida Regio,[31] amenoró el tranco.

Sosegado por disponer Roma del invicto arrimo divino,[32] abusando *in extremis* de su ejército, retornó Flaco a Capua para proseguir con el asedio. Según parece, ya había resuelto Aníbal soltar brazo a sus aliados,[33] y, agotado de tanto acero, se encomendó a una vida licenciosa y una molicie poco habitual.[34] Desvalidos y famélicos, los agitadores del partido democrático, precipuos instigadores de la sedición, ante el presentimiento de un aciago porvenir, se suicidaron. Destrancadas las bocas de accesos por unos pocos afines a la causa romana, se procedió con el castigo de los traidores y se usurpó un tesoro valuado en 2 070 libras en oro y 31 200 en plata.[35] Por los apuros de la campaña, harto ruinosa para los efectos del erario público, se apartó una estimable porción para la compra de grano en el reino del Alto y Bajo Egipto; aunque dificultosamente había de bastar para dotar a toda Roma y a los ejércitos.[36]

Era la situación económica funesta, pero, cuando menos, aparentaba el contexto militar ser ahora confortador. Se habían neutralizado las fuerzas invasoras en Italia y en la Galia, y habían constituido los Escipiones en

29. Apiano, *Aníbal*, 40.

30. Abbott, *History of Hannibal, the carthaginian*, Nueva York, 1859, página 219.

31. Polibio, IX, Fr., 7, 10.

32. Speyer, *Die Hilfe und Epiphanie einer Gottheit, eines Heroen und eines Heiligen in der schalacht*, en *Pietas*, Münster, 1980, página 70.

33. Véase la lúcida disquisición de Cocchia, *Tito Livio e Polibio innanzi a la critica storica*, Turín, 1892, página 29.

34. Apiano, *Aníbal*, 23; Prudencio, *Contra orationem symmachi*, II, 740; Valerio Máximo, IX, 1, *ext*., 1.

35. Livio, XXVI, 14, 9.

36. Brunt, *Italian manpower 225 B.C – A.D. 14.*, Oxford, 1971, página 275.

Hispania su pequeño bastión. Infelizmente, la incorporación de los veinte mil mercenarios celtíberos incentivó a impetuosos hermanos a concretar empresas audaces y, conquistadas en torno a las sesenta ciudades,[37] codiciaron la cabeza de Asdrúbal; defección celtíbera mediante, fueron muertos, sumiendo a la provincia en una posición de suma vulnerabilidad. Sacudió aciago informe a una Roma cautiva del reconcomio y el desconcierto. Habían afianzado los Escipiones una consistente posición en Hispania,[38] oficiando de la moenia que aislaba a Asdrúbal de Italia. Destruidos los ejércitos romanos, cuando retomara el partido de los Barca la dirección operacional, ingobernable ejecutaría Aníbal una incisiva invasión; sin embargo, cuando se contemplaba la pérdida de la provincia, denodado operó Lucio Marcio Séptimo la resistencia: con excelencia militar fortificó el campamento, levantó una empalizada, administró las provisiones y presidió una providencial defensa. Fueron la pérdida de Capua y la pericia de Séptimo un lance para los intereses de Cartago: malhumorados por desperdiciar la brillante ocasión de disponer de Hispania en su compleción, dieron amplitud los oficiales a la intemperancia y la avaricia; tan pronto se revolvía la provincia, se desencadenaban feroces riñas en la siempre deplorable contienda por el poder, el dominio y la ambición.[39]

Develó los inesperados, pero pertinentes, sucesos Séptimo a través de una correspondencia, en la que jactancioso se arrogaba el título de propretor.[40] Osando obtener provecho de los desencuentros, y resabiado con la ilegítima proclamación, nombró el Senado a Gayo Claudio Nerón: aprisa partió con cuatro legiones, pero pronto fue burlado por Asdrúbal con inusitada facilidad.[41] Rendida Roma ante la abrumadora evidencia, se estipuló la remisión de un hombre con superiores cualidades políticas y militares; pero ¿quién osaría asir la intimidante espada sin titubear? Tras la muerte de los Escipiones, se ofrecía la provincia como un abismático precipicio; y de no

37. Eutropio, III, 16, 2.

38. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele,* Basilea, 1868, página 21.

39. Polibio, IX, Fr., 11, 2.

40. Livio, XXVI, 2.

41. Véase en Livio, XXVI, 17, 5 - 15, el casi inverosímil ardid en el que hubo de tropezar Nerón.

ser por la presteza de Séptimo, desde luego que hubiera sido despojada por el arresto enemigo, y con ella un preponderante centro de operaciones y una vasta fuente de capital, armamento y mano de obra esclava, sumamente cruciales para la prosecución de la empresa. No debería de sorprendernos, a la sazón, la ausencia de candidatos, circunstancia que persuadió a valorar sus opciones a Publio Cornelio Escipión, soldado perspicaz, de rudo corazón y temple de acero, digno de la confianza del Senado.[42] Consciente de las influencias de la agrupación de su difunto padre, se sirvió Escipión de sus lazos en la Curia para asumir el proconsulado por intermedio del *plebiscitum de imperio in Hispania*, obteniendo el título sin exigencia de haber ocupado un cargo municipal.[43] Reposaba el Senado en la nobleza de su casa, en sus fortalezas y en su talento; en su ingenio militar, en su conocimiento sobre la logística de Aníbal y en su fascinación por estudiar a conciencia cada uno de sus movimientos, parto de una electrizante admiración. También los había los que vacilaban sobre sus facultades. ¡Y cómo para no hacerlo! Con veinticuatro años,[44] y novel en la jefatura de un importante ejército, ¿tendría la suficiencia de prosperar en tal reto? Atenazaba la preocupación a toda Roma. Prevenido de tendenciosos murmullos, se valió Escipión de su popularidad y convocó una asamblea; no sólo templó las inquietudes, sino que también reverdeció el fuego desleído en flamígeros espíritus.

Respaldado por el Senado, y conforme con su elección la facción Fabiana,[45] la cual restaba importancia a la campaña y le prefería distante de Italia por disponer del valimiento de la plebe urbana, fiándose de sus naturales capacidades militares,[46] amparado en las imperecederas enseñanzas de virtuosos capitanes como Temístocles, Epaminondas o Pirro, a principios del

42. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 607.

43. Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, I, Leipzig, Von S. Hirzel, 1876, página 97.

44. Sostiene Sumner, *The orators in Cicero's Brutus: prosography and chronology*, Toronto, 1973, página 34 y siguientes, una sólida hipótesis para situar el nacimiento de Escipión hacia los primeros tres o cuatro meses del 235 antes de Cristo, validando la cronología propuesta por los historiógrafos de la antigüedad.

45. Brizzi, *Scipione e Annibale: la guerra per salvare Roma*, Bari, 2007, página 368.

46. Warmington, *Carthage*, Nueva York, 1960, página 183.

otoño[47] investigó Escipión con lujo y detalle la traición celtíbera, ahondó en la disposición de los villorrios aliados en la vecindad del Ebro y, presto a resarcir la memoria de su padre y su tío y reivindicar la nombradía de granada solar, se hizo a la vela rumbo a Ampurias. A media singladura descendió de la nave y emprendió una vertiginosa excursión a Tarragona; oficiadas unas pocas reuniones para renovación de lazos con las tribus y aldehuelas, y estrechados elementales tratados, dio vista a los cuarteles.

Entretanto, una flotilla siciliana, estacionada en las costas de Tarento para dificultar el aprovisionamiento de la guarnición romana, vedaba los puntos de acceso por vía marítima; y la escuadra romana, señora de alta mar, a su vez, anulaba las comunicaciones entre el puerto y África, obstaculizando toda tentativa de subvención. Dilatado el cerco, fue la escasez más aguda en vientres tarentinos que en romanos, debido a la imposibilidad de suministrar a los tarentinos tanto trigo como consumía la propia marinería; de suerte que la guarnición de la ciudadela, al ser poco numerosa, aun desprovista de abastecimiento, podía sustentarse con el almacenamiento previo. Totalmente ineficaz, bien de propia iniciativa,[48] bien por petición de los tarentinos,[49] hubo la flotilla de retirarse.

A fines de septiembre[50] o principios de octubre,[51] retornó Marcelo a Roma para reclamar la celebración del triunfo. Ya escudado en las normas, bien disponía el Senado de la facultad de vedar la solicitud supuesto que proseguía la guerra en la provincia, ya por desavenencias puramente políticas, bien pudieron ingeniárselas sus opositores para hallar algún inciso que atentara contra sus intereses, acabó el Senado por vedárselo; se optó, a la sazón, por una alternativa intermedia: ingresaría en Roma con los honores de la *ovatio*. Así pues, a su complacencia, accedió Marcelo a la ciudad, precedido de un gran lienzo en el que se resumía la conquista de Siracusa:[52] se lucían en primera línea las catapultas, las ballestas y restantes máquinas

47. Cavaignac, *Histoire de l'antiquité*, III, París, 1914, página 306.

48. Livio, XXVI, 20, 11.

49. Polibio, IX, Fr., 9, 12.

50. Heitland, *The roman republic*, I, Cambridge, 1909, página 293.

51. Tuzi, *Ricerche cronologiche sulla seconda guerra punica*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 97.

52. Friedlaender, *D.S.G.R.*, III, Leipzig, 1920, página 49.

de guerra construidas por Arquímedes; más atrás, una interminable procesión de carros cargados con oro, plata y piedras preciosas arrebatados a la realeza; y más atrás aún, las obras de arte plásticas, las esculturas de bronce,[53] jarrones adornados con relieves y meandros, un exquisito y refinado mobiliario, tapices y delicadas telas; en fin, antiguallas y efectos personales en vastedad.

Inauguraba la conquista de Siracusa la temporada de expoliación de los vencidos, expurgaba el gusto estético del bajo pueblo[54] y recibía la opinión pública de grato grado la suntuosa ceremonia. Era esta una pertinente ocasión para distraerse por unos instantes del martirio de la guerra, de la semimiseria de los campos, del agrio pasar económico. Desvaída secuela de las muchas y grandes rémoras financieras, obstaba a los censores la privación de recursos públicos ofrecer a licitación la contrata para conservación de los edificios públicos, las basílicas y el suministro de las cuadrigas para solemnidad de los juegos; en un esfuerzo enorme, procuraron las sociedades cubrir todos los gastos,[55] velando de la preservación de las cuadrigas y estatuas ecuestres de bronce, cada vez más abundantes.[56]

Transcurridas las festividades, como tenían los cónsules por provincia la Apulia, y, a la sazón, representaba Aníbal un escollo menor, se les dio instrucciones de sortear la administración de la Apulia y de Macedonia, correspondiendo la última a Publio Sulpicio Galba en relevo de Levino. A continuación se citó a Gneo Fulvio Centúmalo para la presidencia de las elecciones para el gobierno del 210 antes de Cristo. Otorgó la centuria prerrogativa su voto a Tito Manlio Torcuato; pero declinó el nombramiento excusándose en una enfermedad de la vista. Acondicionado un nuevo sufragio, fueron nominados Marcelo y Levino. Con justicia conquistó Levino el derecho al consulado por sus soberbias operaciones militares y diplomáticas. Indagada la disposición de los jefes etolios respecto a la guerra, en

53. Ménard, *Histoire des beaux - arts*, I, París, página 228.

54. Della Setta, *Italia Antica*, Bérgamo, 1922, página 156; Courbaud, *Le bas-relief romain à représentations historiques*, París, 1899, página 36.

55. Valerio Máximo, V, 6, 8; Leist, *Zur Geschichte der Römischen Societas*, Jena, 1881, página 41 y siguiente.

56. Berger, *Histoire de l'élocuence latine*, I, París, 1872, página 163; Pais, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, IV, Roma, 1920, página 430.

vista de las venturosas informaciones, acudió a su asamblea y exhibió las conquistas de Siracusa y de Capua como ilustrativa evidencia de los éxitos de Roma.[57] Pluguidísimo, concertó el tratado por el cual había de implicarse Etolia en la campaña contra Filipo. ¿Su tarifa? Hacerse con los dominios conquistados desde Etolia hasta Corcira. ¿Los beneficios de Roma? Además de ser repelida la amenaza macedónica, la obtención de todos los botines; era el convenio una bocanada de aire fresco: vendría la estupenda iniciativa a paliar un poco la crisis económica que tanto desangraba a la ciudadanía.

57. Sitúa un parvo número de académicos el acontecimiento hacia el año precedente; pero se me revela como una imprecisión. —Cantalupi, *Le legioni romane nella guerra d'Annibale*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 57.

VI

EL FINANCIAMIENTO DE LA GUERRA

Casi agotadas las reservas públicas, recomenzaron las operaciones al principiar la primavera, con la sensación de que si no se vencía pronto habría de cargar la ciudadanía con las pesadas herencias de la guerra en sus entrañas. Tras la prometedora marcha de los etolios contra Macedonia, asaltó Levino a Zacinto, las Eníadas y Naso, capturó por sorpresa la Antícira locrense,[1] cedió sus tierras a los señores de Etolia y se apoderó de un respetable botín, como se había convenido. Eficaces las maniobras en Oriente, posó su mirada la ciudad en la siempre estremecida Hispania. Premuroso por espantar al malhadado espectro que acechaba su casa, reclutó Escipión cinco mil auxiliares, apostó un minúsculo regimiento para custodia del Ebro y puso en movimiento a cinco legiones[2] en dirección de la rica Qart Hadasht para interiorizarse sobre su situación.[3] Gozaba el enemigo allí de un centro de operaciones excepcional, almacenándose las máquinas de guerra, el dinero y los rehenes de toda la provincia. Hacia los tres o cuatro días de marcha, recibió Escipión auspiciosos informes sobre la división del ejército púnico y, divisada la ciudad en poco más de una semana, se lanzó al embate de la mal amparada Qart Hadasht.[4] Inició el asalto a las nueve de la mañana con fuerzas relativamente equiparadas, pero, con el trascurrir de

1. Salvetti, *Ricerche storiche intorno alla lega etolica*, en *S.S.A.*, II, Roma, 1893, página 120.

2. Cf. Beloch, *Die bevölkerung der griechisch-römischen welt*, Leipzig, 1886, página 383.

3. Véase la acertada disquisición de Laqueur, *Scipio Africanus*, en *Hermes*, LV, Berlín, 1920, página 157, para desarticular las estimaciones de Polibio, X, Fr., 8, 7 - 9, sobre la temeraria disposición de Escipión de arremeter contra Qart Hadasht previo cruce del Ebro.

4. Apiano, *Iberia*, 19.

las horas, acabaron la potencia de las máquinas y el elevado número de auxiliares por doblegar la correosa pujanza de los oponentes. Entonces fue absorbido Escipión por un odio visceral contra los celtíberos por su defección cuando eran mandados por su padre y su tío,[5] y facultó a la soldadesca a esparcir el terror: se pegó fuego en los edificios, se dio muerte a centenares[6] y se usurpó un ingente botín de una ciudad riquísima por sus minas de plata;[7] remachada en los brazos de Qart Hadasht las cadenas de la dominación, osó eliminar Escipión todo rastro de desaprensión y restituyó la ciudad a sus residentes. Satisfecho por haber creído tras la vulgar acción reparar las severas faltas arbitradas durante el fragor de la batalla, brindando a los soldados la posibilidad de regirse bajo sus propias autonomías, exponiendo a los espíritus indóciles a un trato insultante, explotó la política de adquisición de los *servi publici*[8] y se apropió de dos mil artesanos, especialistas en diversas labores como carpintería, herrería y armería; inscriptos en el registro del cuestor, y divididos en treinta grupos bajo la supervisión de un procurador,[9] se destinaron los esclavos mozos y saludables como remeros de refuerzo de la flota, la cual aumentó estimablemente tras la confiscación del puerto. Tan exitosa fue la empresa, que figuraron en el inventario 276 páteras de oro; 18 300 libras de plata acuñada y bruta; obras de arte esculpidas en marfil y bronce;[10] 400 000 modios de trigo y 270 000 de cebada; y una inmensidad de armamento y pertrechos navieros.

Al día siguiente, sacralizó Escipión la ciudad, refundándola, a su signo, como «Cartago Nova» (oficiaría en lo sucesivo de *civitas stipendaria*),[11] celebró el triunfo, prodigó homenajes a los manes de su padre y su tío, y

5. Polibio, X, Fr, 6, 2.

6. Sobre la nequicia del ejército cuando Qart Hadasht, cf. Lidell Hart, *A greater than Napoleon: Scipio Africanus*, Edimburgo y Londres, W. Blackwood & sons ltd, 1930, página 37; Poncelin de La Roche-Tilhac - Picart, *Chef d'ouvres de l'antiquité sur les beux arts*, II, París, 1784, página 221.

7. Apiano, *Iberia*, 19; Estrabón, III, 10, (147).

8. Halkin, *Les esclaves publics chez les romains*, Bruselas, 1897, página 17.

9. Polibio, X, Fr., 17, 10; Daremberg, Saglio y Pottier, *Dictionaire des antiquités grecques*, II, (F - G), París, 1896, página 957.

10. Apiano, *Iberia*, 23.

11. Floro, II, 17, 7.

brindó sepultura a los caídos. Ya atemperado los fríos alientos del desaplacible rencor, contrariamente al común uso de los vencidos, suscribió la liberación de los rehenes para congraciarse con las ciudades y subsanar injuriantes y vitandos baldones. Rendida Cartago Nova a su piadoso, pero también abrasivo espíritu, apartó una estimable porción del botín para autofinanciamiento de la empresa y, de ser necesario, derramar a manos llenas en las arcas de la nobleza hispana en aras de obtener su favor; y expidió a Roma a Gayo Lelio, mozo de profundo talento y entendimiento,[12] una de sus amistades íntimas y digna de confianza,[13] para exposición de los cautivos de viso.[14] Observados los deberes divinos y cívicos, como presumía que la conquista de la flamante Cartago Nova se atenía más a la insuficiencia de personal que a su ofensiva, persuadido de la inutilidad de las virtudes personales sin el imperioso requisito de la maestría práctica, destinó varias jornadas al apropiado adiestramiento de la marinería en simulacros navales y al acondicionamiento de las legiones en el debido uso del *gladius hispaniensis*.[15] Verificados los ejercicios e inspeccionadas las labores de los talleres,[16] arsenales y muelles, como hubiera sido fácil para los cartagineses arrollar el diminuto e impotente destacamento dispuesto para custodia del Ebro,[17] retornó a Tarragona.

Entretanto, era objeto Marcelo de una legación representativa de Sicilia. Obtenido el mando de Sicilia, reducida, a la sazón, a provincia en su compleción tras la ocupación de Levino,[18] sugestionados por Tito Manlio Torcuato, Marco Cornelio Cetego y, según parece, también por el propio Levino, precipuos refractarios a su política, urgidos, solicitaban los legados una audiencia con el Senado; era su exigencia concreta: si retornaba Marce-

12. Ausonio, *Epistulae*, 23, 45.

13. Polibio, X, Fr., 3, 2.

14. Livio, XXVI, 51, 2.

15. Hallward, *Scipio and victory*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 86. — Sobre la pertinencia de adiestrar a las tropas durante la segunda guerra púnica, cf. Vegecio, *De re militari*, I, XXVIII, 9 - 10.

16. A propósito de estos talleres, véase Blümner, *G. T. A.*, Leipzig, 1869, página 131 y siguiente.

17. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 609.

18. Marquardt, *Römische Staatsvermaltung*, I, Leipzig, 1873, página 91.

lo a su terruño, ahítos de los tormentos, voltearían hacia los proyectos de Aníbal. Harto embarazosa la situación, conforme se analizaba la petición, con ordinario descaro se las arreglaban los legados para pasearse a diario por el foro, escenificando el papel del oprimido, ataviados de luto, arrinconando de malas formas a magistrados y turbando los ánimos de la opinión pública. En aras de amenorar la enervación, y evitarle al Senado una seria inconveniencia, fue forzoso a Marcelo permutar la provincia con su colega, arrojándole el acaso la guerra contra Aníbal.

Partida la legación y recobrado el sosiego en la Curia, se retomó la agenda gubernamental; inquietaba a senadores las secuelas de los terremotos de la Campania. Tras la conquista de Capua, y el masivo suicidio de la nobleza, se eliminaron los últimos restos de la insurrección mediante un tribunal de sangre; pero los supervivientes, unidos a la metrópoli por parentesco y vínculo por antiguos matrimonios,[19] solicitaban autonomía para sus familias y sus bienes.[20] Justa o injustamente, quedará eso al recto criterio del lector, fue despiadado el Senado con una rival política por mucho tiempo envidiada y aborrecida: se confiscaron las propiedades; se pusieron en venta las pertenencias de los magistrados de Capua, Atela y Calacia; pasaron las estatuas y cuadros de exquisita imaginería a manos del colegio de pontífices; y, acerrojada una estimable porción de la nobleza, se pusieron a subasta sus mujeres y niños. Herido y depurado el partido democrático de la Campania, el reducido sector aristocrático que con integridad sostuvo la lealtad desde la explosión de la guerra fue gratificado con la conservación de los patrimonios. Procuraba singular política consolidar la fidelidad del ceñido, pero aún influente, partido aristocrático, con la perspectiva de prevenir el advenimiento de una nueva clase directora que pudiera rebelarse nuevamente.[21]

Observadas las filosas instrucciones, se procedió con una nueva leva; pero existía un inconveniente, y para nada menor: el complemento de los

19. Véase por situación la unión de Marco Livio y Calavia, hija de Pacuvio Calavio, precipuo magistrado de Capua de la época, y cuya riqueza e influencias fueron trascendentes para impulsar la carrera política de su yerno; cf. Livio, XXIII, 2, 6.

20. Livio, XXVI, 33, 3.

21. Levi, *Una pagina di storia agraria romana*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1922, página 241.

remeros. Aún envaguecido el erario público, demandando la república una extraordinaria ingeniería financiera, fue indispensable a las grandes mentes dilucidar soluciones creativas. Exploradas no pocas iniciativas, se terminó por elaborar un minucioso decreto: proporcionarían los particulares, a tenor de su renta y su clase, remeros con paga y suministro para un mes. Esta fórmula que dio espléndidos resultados a principios del 214 antes de Cristo era ahora motivo de una agitación espantosa. Esquilmados durante largo tiempo por mor de los gravosos impuestos, únicamente les quedaba a los campesinos una pequeña porción de tierra desnuda: habían sido alcanzadas las moradas por el fuego de la guerra; había mermado el pastoreo, viéndose afectada la actividad comercial en torno a las ciudades solitarias, aquellas distantes de los grandes caminos; se habían licuado los ahorros en transacciones o créditos a costes desorbitados,[22] y se había hecho el ejército de los esclavos a vilísimo coste.[23] Si se forzaba al campesinado a proporcionar las pagas de los remeros, debería desprenderse el común de un estimable porcentaje de sus ingresos para poder afrontar el altísimo coste; era el malestar descomunal: hasta altas horas se celebraban conciliábulos para hallar un hombre capaz de capitanear una sedición, y a primera hora increpaba una multitud a los magistrados reclamando respuestas. En tales circunstancias, donde no había seguridad de una solución que contentara a todas las partes, fue indefectible a los senadores entrevistarse con preclaros personajes sosegar los ímpetos. Cierto era que la situación financiera era calamitosa; pero no era menos cierto que Roma, diezmada por la guerra, necesitaba exprimir hasta la última moneda para costear a los mareantes: pues ¿cómo habrían de procurarse las tripulaciones si las cajas de la república se hallaban vacías? Sin la armada, ¿cómo habría de conservarse a Sicilia? Más importante: ¿cómo podría salvaguardarse a Italia de los maliciosos designios de Filipo? Abrumaban inquietantes interrogantes al cuerpo senatorial. Mas prevenidos los cónsules del abuso y el atropello que suponía cargar un peso y una responsabilidad tan grandes en los *equĭtis* y el bajo pueblo, a proposición de Levino, ingresaron las casas grandes en las arcas del erario público, en

22. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 622.
23. Livio, XXVI, 35, 5.

razón de fuertes presiones,[24] todo el oro, la plata y el bronce acuñado disponibles. Tras la contribución del patriciado, que bajo muchas relaciones era el que más padecía la campaña en materia financiera, hubo la masa de ceder. Dispuesto todo para la guerra, partieron los cónsules a las provincias.

En tan dramático cuadro, fue vivificante saber del avasallamiento de Marcelo en Salapia, donde, con sonado atrevimiento, desintegró a la tan temida caballería númida, privando a Aníbal de su mejor arma,[25] extendiendo los triunfos hasta Marmóreas, Meles y Aulonia, y que, ahogados los focos de conflicto en Macedonia, ancoró Levino en Sicilia y se enseñoreó de Agrigento gracias a las prestaciones de Mutines de Hipacra, diestro adalid, devoto de Aníbal y director de las fuerzas númidas de la provincia; pero conflictuado por los desaires a los cuales era sometido por Hannón y Epícides, reticentes de su ascendiente en la cadena de mando. Resolutivo, consintió Levino en la rendición de veinte ciudades, y furiente rindió a seis a sangre y fuego: acobardadas, se amarraron así mismas degradantes correas del yugo en torno a las cuarenta. Estremecida la ínsula ante su adusta acometividad, depuestas las armas y ejecutadas las autoridades ligadas a dirigentes cartagineses, conminó a las poblaciones a invertirse en el laboreo para inyectar la economía agraria; mas, en una nueva ocasión, tan halagüeño escenario no habría de perdurar.

En tanto acampaba Centúmalo en las inmediaciones de Ordona, labró Aníbal una vertiginosa incursión y le venció. ¡Otro Fulvio caído en desgracia! Fue la desazón intensa en los corazones frágiles; vivían estos atemorizados, sospechando que ya no se intimidaría Aníbal ante ningún ejército y materializaría su promesa de hacer arder a Roma. En aras de amenorar la tensión en la ciudad, y evitar que operara Aníbal sin oposición, encargó Fabio a Marcelo la fiscalización de la Basilicata; ajeno a las fútiles impresiones ante la pérdida del ejército de Centúmalo, implantó campamento el intrépido capitán en una llanura de Numistrón a plena vista del enemigo.

24. Permítaseme impugnar la «magnánima» y «entusiástica» contribución del castizo patriciado, como han tendido a enfatizar y ensalzar múltiples autores de la antigüedad, afiliados todos al partido aristocrático: ¿no habían enmagrecido extremadamente las alforjas como para andar desprendiéndose de sus últimas reservas con una sonrisa en el rostro? Pondero el enternecedor y patriotero retrato harto forzado.

25. Livio, XXVI, 38, 14.

Cogió Aníbal la iniciativa como un desafío y libró batalla, pero como para el obscurecer aún no se hallaba del todo claro el resultado guardó sus huestes por un par de días y, ya para no contribuir al vano agotamiento de sus hombres, ya por la ausencia de amplios llanos en el territorio para usufructo de su poderosa caballería númida,[26] se encaminó a la Apulia. Incentivado por la inesperada huida, estableció Marcelo un regimiento para asistencia de los heridos e inició una estrecha persecución: alcanzado el enemigo en las proximidades de Venosa se midió la fuerza de su retaguardia mediante escaramuzas de caballería; pero ni Marcelo ni Aníbal concebían la idea de poner en riesgo a los ejércitos en una auténtica confrontación. De modo que se esquivaban las planicies y los llanos, allí donde permitiera la superficie formar a los ejércitos; y se desatendían sistemáticamente los informes de los cuerpos expedicionarios, excusándose con los oficiales y preservando la formalidad ante los soldados, visiblemente enfurruñados por las bruscas marchas, el hambre y las fatigas. Como era de intuir, tendía el lazo Aníbal en incursiones nocturnales, y se limitaba Marcelo a inspeccionar la configuración del terreno durante el día; así las cosas, se dilataba la empresa mucho más de lo aguardado por Cartago como Roma.

Entretanto, mataba el tiempo Flaco vendiendo las propiedades y arrendando las heredades confiscadas por intermedio del *plesbicitum de agro campano*;[27] en tan cómoda estancia, descuidó la vigilancia de Capua, alcanzando a sus oídos fragmentos de una espeluznante conspiración: según parece, aguardaría un cuerpo faccionario el ocaso para asaltar las barracas y retomar el dominio de la ciudad. Sobresaltado por la presunta veracidad de la delación, dictó Flaco el patrullaje de las callejuelas para recabar mayor información. Inmediatamente se dio con los sospechosos y se abrió una investigación: todos los estimados culpables fueron ejecutados. Luego debió atajar otra peripecia: acerranos y nucerinos, otros de los tantos pueblos afectados por la fuerza arrolladora de Aníbal, devastados sus terruños, requerían de un nuevo hogar.[28] Dubitativo, contempló Flaco más apropiado

26. Roberts, *Hannibal's road: the second punic war in Italy 213-203*, Barnsley, 2017, página 133.

27. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 92; 258.

28. Livio, XXVII, 15, 6; 17, 7.

confiar el asunto a la potestad del Senado y se circunscribió al gobierno de la plaza. Puesto el Senado a por la labor, se facultó a los acerranos a dar inicio a la restauración de sus hogares, y se reubicaron a los nucerinos en Atela. Tampoco se pasaba por alto la terrible situación de la guarnición romana confinada en la ciudadela de Tarento: evacuados los asuntos judiciales, para brindar asistencia al escuadrón que sobrellevaba el hambre como podía, penetraron mil hombres del ejército urbano en las murallas, distribuyeron provisiones y se pusieron a disposición de Marco Livio Macato. Quedó sumamente satisfecho el Senado con la fructuosa operación. En las circunstancias actuales, donde ejercía la crisis económica un agobio constante, tras las conquistas de Capua y Siracusa, si osaba continuar mermando Roma las bases del enemigo en superficie itálica, había de ser Tarento el objetivo principal. Así pues, electos Fabio y Quinto Fulvio Flaco para el consulado del 209 antes de Cristo, aun con la reprobación de los tribunos de la plebe Gayo y Lucio Arrenio en la designación de Flaco por contemplar el Senado que repitiera magistratura; más aún: por el único hecho de admitir su candidatura mientras presidía los comicios,[29] suspendida por necesidad de la campaña la observancia de las tradiciones políticas y judiciales, consistió el programa militar en dar prioridad al bienestar de Macato y los soldados.

Tras tantas tribulaciones, insinuaba la empresa remontar: se brindaban los hombres en cuerpo y alma, cediendo sus últimas energías por un irrecusable bien superior; era inexorable a Roma resistir los azotes, conteniendo protervos embates de Aníbal, acezada inclemente naturaleza por dar exterminio a la granada estirpe latina. Sin embargo, no todos podían asimilar las causas y motivos perseguidos en la guerra. Afanada Roma en su supervivencia, de súbito, dieron cese doce de sus más antiguas colonias de la remisión del dinero y los soldados para sustentabilidad de la empresa: ya podremos figurarnos el estupor. ¿Acaso no se habían percatado de que el objeto de la guerra no era únicamente la destrucción de Roma, sino la disolución de la hegemonía latina en Italia?: ¿se habían tragado la propaganda de Aníbal?: ¿en verdad estimaban que no faltaría a su palabra y respetaría su libertad? Nadie en Roma daba fe ante tan inusitada y descaminada disrupti-

29. Ídem, XXVII, 6, 4.

va, donde los encaminados hacia su propia perdición lisonjeaban desaladamente a sus verdugos por sobre sus bienhechores. Reprendieron los cónsules la impertinente evasiva con dureza: razones holgaban; no se trataba de la defección de simples campanos o tarentinos, sino de genuinos romanos, pertenecientes al orden ecuestre[30] y enviados a los territorios conquistados para hacer más grande la estirpe: era su compromiso y su deber para con Roma irreductibles. ¿Qué acaeció, a la sazón, para el devenir de tan drástico escenario? Pues pondero que si durante los siglos precedentes muchos mozos de entre las clases medias, cuyo parvo patrimonio les hubiera imposibilitado contraer matrimonio, cogían con entusiasmo la posibilidad de dar nuevos soldados a Roma convirtiéndose en ciudadanos y propietarios de una nueva ciudad a su imagen[31] con el único imperativo de integrar el cuerpo de las legiones,[32] renegaban hogaño de la peligrosa condición. Fue la semimiseria reinante en los campos determinante para acabar por exacerbar los ánimos: los campesinos, principales damnificados de la cruda estancia de Aníbal, intolerable ya el tedio por presenciar cómo los frutos de sus labores eran destinados a Roma sin recibir las debidas mercedes, y redundando pasibles esfuerzos y sacrificios en una vasta porción de tierra empobrecida y un descarado incremento en artículos básicos, como el pan, los aceites y los vinos, determinaron rebelarse. En puridad, no revestía la defección una franca traición, sino agotamiento y estrechez de miras; pero hubo de producir un inevitable cisma entre romanos y latinos, cuyas consecuencias se harían sentir en la Italia septentrional.[33] Así las cosas, valoradas todas las opciones terminó el Senado por postular una mayor contribución a las restantes dieciocho colonias, las cuales ya habían preparado sus fuerzas, y con admirable pundonor se develaban susceptibles a ceder aún más.[34] Aún insuficiente el dinero para costear la dispendiosa empresa, no hubo otro remedio que extraer el oro del *aerarium sanctius*: arrojó la desprolija y

30. Belot, *Histoire des chevaliers romains*, II, París, 1873, página 95.

31. De Ruggiero, *Le colonie dei romani*, Espoleto, 1896, página 13.

32. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 12 y siguiente.

33. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 623.

34. Nicolet, *Rome et la conquête du monde méditerranéen: 264 – 27 avant J.-C.*, I, París, 1979, página 283.

desesperada adición cuatro mil libras.[35] Todo se distribuyó entre los generales para sustento de los ejércitos de Italia y la Galia. Vacías las arcas, debía lograr Roma la completa sumisión de los enemigos o estaría casi que condenada.

Presionada la república, no ya por las pinzas cartaginesas, sino por un estrepitoso desaire latino, arduo y descarnado el derrotero venidero, perpetuaba Marcelo su particular persecución, sin permitirse sorprender por los ardides de Aníbal, pero sin tampoco infligir una derrota concluyente. Sacudió Flaco la pasiva dinámica de la campaña con el recobro de los distritos de los hirpinos y los lucanos, y el subsiguiente asalto de Manduria. Audaz, enderezó hacia Tarento: abastecido de la artillería de las naves de Levino, resolvió el embate de la *apoikía* desde mar abierto. A su ventura, acaeció que debió acudir la armada púnica en cooperación de Filipo, ensimismado a suma inutilidad en agredir a los etolios, lo que había de simplificar la ocupación de la plaza. Por si acaso, para conservar a distancia del epicentro de las operaciones a Aníbal, remitió a Marcelo a la Basilicata y encomendó a la guarnición de Regio la devastación del Brucio, al par que se gestionaba la capitulación de Caulonia. Informado de los trastornos en los campos, y con Marcelo al acecho en todo instante, se apresuró Aníbal en reinstaurar el orden; entretenido el enemigo en tales menesteres, inició Fabio con el asedio a Tarento. Sobresalía en las filas la presencia de Marco Porcio Catón, mozo enérgico, criado en las labores manuales, bien conformado para las campañas militares. Había obtenido Catón su primera condecoración cuando Trasimeno, a los diecisiete años,[36] despertando la admiración de sus pares por su bravura y su sencillez. Durante las marchas, transitaba a pie, portando sus armas, asistido por un único criado encargado de la ración de los víveres. Se alimentaba con moderación, respetando un estricto régimen y bebiendo únicamente agua. Únicamente cuando en ciertas ocasiones sus fuerzas flaqueaban humedecía los labios en *posca* o vino ligero.[37] No descendía de una casa grande, pero había sido educado en el sentimiento del deber, velando por la observancia de las leyes, las tradiciones, las costum-

35. Livio, XXVII, 10, 12.
36. Nepote, *Catón*, 1, 2; Plutarco, *Catón el censor*, 1, 8.
37. Plutarco, *Catón el censor*, 1, 10.

bres y el celoso patriotismo.[38] Era Catón otro de los tantos espíritus resueltos a engrandecer a Roma;[39] con tal varón entre las legiones, dispuesto a rendir su albedrío al mandato de los superiores, bastó una semana para la ocupación y subsiguiente captura de la *apoikía*.

Representó la reconquista de Tarento un consuelo a Roma, y un relumbre de gloria a Fabio. Se enseñoreó Fabio de las moradas, los campos, los edificios públicos y los hombres; cogió más de veinte mil prisioneros, casi la mitad de la población total al inicio de la guerra,[40] y un botín valuado en 83 000 libras de oro y 3 000 talentos de plata.[41] Se cargaron decenas de carros con las estatuas de los templos y los cuadros de la nobleza, y se trasportaron las vajillas, las ofrendas, las coronas y las esfinges;[42] pero por más que se osara mover por todos los medios las inmensas esculturas levantadas en medio del ágora, se debió desistir.[43] Bien podía equipararse el tesoro de Tarento con el de Siracusa. Rozagante por mor de tan mayestática victoria, destinó Fabio a Roma el dinero obtenido de las ventas para dar un respiro al fisco; y, para deleite de las masas, imitó a Marcelo[44] y expidió las pinturas,[45] menajes y bellísimas estatuas seculares para adornamiento del Capitolio, destacando el colosal Heracles de bronce, obra del celebérrimo escultor Lisipo.[46]

Se hallaba el Senado exultante: si, al reorganizar el erario público, se lograba disponer de las cantidades necesarias para financiar los ejércitos y las flotas en Italia e Hispania, se podría torcer súbitamente la dirección de la guerra, y producirían los éxitos muy luego más de lo que costasen.

38. Rossi, *De Catone graecarum litteratum oppugnatore, latinitatis acerrimo defensore*, en *Athenaeum: Studii Periodici di Letteratura e Storia*, X, 4, 1922, Pavía, página 273; Gibbon, *History of decline and fall of the Roman empire*, I, Londres, 1776, página 35.

39. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte*, Wiesbaden, 1979, página 41.

40. Beloch, *Historische Beiträge zur Bevölkerungslehre*, Leipzig, 1886, página 302.

41. Callegari, *L. S. C.*, Padua, 1896, página 12.

42. Estrabón, VI, 3.

43. Collignon, *Histoire de la Sculpture Grecque*, II, París, 1897, página 422.

44. Véase Visconti, *I. A. R. P. A. E.*, I, París, 1817, página 57.

45. Schiller - Voigt, *Die römischen Privatalterthümer und Kulturgeschichte*, IV, 2, Nördlingen, 1887, página 812 y siguiente.

46. Estrabón, VI, 3; Plutarco, *Fabio Máximo*, 22, 8.

A mediados de febrero, retornó Fabio a la ciudad para presidir los comicios; habitaba Escipión en labios de todos por sus importantísimos avances en Hispania. Podía presumir el general de la predilección de la ciudadanía,[47] a diferencia de Marcelo, que, desvanecida la estela de Aníbal, aún proseguía estacionado en Venosa. Insinuaba jalde ascendiente ceder en brillo: siempre despierta, su oposición, descubriéndolo débil, encendida, clamó en su contra. Pues previsible efecto de su excesiva precaución y recelo al combate, había retornado Aníbal a las correrías, pegando fuego en los caseríos, robando el ganado y obteniendo pequeños botines para contentamiento de las huestes. Pero acaeció que tampoco gozaba ahora Fabio de la inclinación de la opinión pública; tras la conquista de Tarento, se develaba vanidoso,[48] ufanándose en la Curia,[49] tornándose odioso ante los grandes generales:[50] nadie se atrevía a dar un pronóstico sobre quiénes vencerían. Fue crítico a las agrupaciones iniciar con su particular labor de adulación. Osaron los Fabianos mitigar los enfados y le aconsejaron a Marcelo retornar a Roma para acallar a sus detractores, debiendo propugnar su política en el circo Flaminio ante la filosa diatriba del tribuno Gayo Publicio Bíbulo, arma empleada por sus rivales para desacreditarle. Rebatidas las inicuas acusaciones,[51] a sus sesenta años, fue Marcelo electo en sociedad con Tito Quincio Crispino para el consulado del 208 antes de Cristo; a su desdicha, no pudo hospedarse demasiado tiempo en la ciudad para celebrar su victoria: levantada Arezzo en armas, consecuencia directa de las convulsiones subyacentes en las poblaciones del septentrión, a la presteza del rayo partió para contener la insurrección. Ígneas las pupilas en su garba andadura, su mera presencia paralizó a los espíritus revoltosos;[52] y, como sana medida de prevención, levantó torres de monitoreo en puntos neurálgicos y tornó a Roma para incorporarse en funciones. Presuntuoso por su victoria en los comicios, osó trascender en nombradía a sus antagonistas y, con el dinero

47. Haller, *Fabius und Cato: ein stück der römischen geschichte,* Karlsruhe, 1779, página 53 y siguiente.

48. Plutarco, *Fabio Máximo*, 22, 8.

49. Cicerón, *De senectute*, 11.

50. Livio, XXVII, 25, 5; Plutarco, *Fabio Máximo*, 23, 4.

51. Livio, XXVII, 21, 4; Plutarco, *Marcelo*, 27, 7.

52. Plutarco, *Marcelo*, 28.

obtenido de los saqueos de Sicilia, promovió la restauración del templo del Honor y amplificó el de la Virtud; originalmente, concibió la construcción de un nuevo templo para la consagración de sus triunfos en Casteggio y Siracusa, pero por mor de la interdicción de tan portentoso proyecto por el colegio de pontífices, el cual estimó un sacrilegio la consagración de un santuario a dos deidades,[53] tuvo que conformarse con una solución menos ostentosa. En tanto decoraba los templos con las colecciones artísticas usurpadas de las mansiones sicilianas,[54] y situaba con sumo cuidado el hermoso planetario construido por Arquímedes en el templo de la Virtud para su complacencia,[55] fue sobrecogido por escrúpulos religiosos, debiendo persistir en la ciudad para expurgarse con los ritos preceptuados.

Retomaba, entretanto, Escipión las operaciones: destinado el invierno a la gestión de los asuntos diplomáticos en Tarragona, procuró agradar a los aborígenes mediante su prodigalidad,[56] su largueza, su habilidad, su verbo,[57] su mansedumbre. Captadas las voluntades del régulo edetano Edescón y de los hermanos Mandonio e Indíbil,[58] régulo este último de los ilergetes, coligados entrambos previamente con la causa Cartaginesa, marchó a Bécula, donde Asdrúbal Barca, propiciando la dispersión de las baterías enemigas, pero sin alcanzar la consumación de un golpe supremo: raudo, emprendió Asdrúbal la huida hacia el Pirineo por la ruta del Tajo, transportando consigo todo el dinero y los fugitivos de la provincia; no logró desalentadora pérdida agriar los ánimos de Escipión: pues tras la restitución de las ciudades a sus nuevos aliados ¡fue reconocido cual rey![59] Asumió entonces el compromiso, la elegancia, la delicadeza, la caridad, la hidalguía y la

53. Livio, XXVII, 25, 7; Valerio Máximo, I, 1, 8.

54. Daremberg, Saglio y Pottier, *Dictionaire des antiquités grecques*, III, (H, I, J, K), París, 1900, página 248.

55. Cicerón, *De re publica*, I, 14, 21.

51. Livio, XXVII, 17.

57. Cicerón, *De officiis*, III, 1, 4.

58. Livio, XXVI, 49, 11.

59. Ciertamente, no el sentido literal de rey de Roma o rey de Hispania, sino en el sentido helenístico de la condición señorial; esto es: un hombre con sumas cualidades morales, militares e intelectuales; cf. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, II, Oxford, 1967, página 252.

bonhomía que solía apacentar Alejandro con sus súbditos. Para no enturbiar la lealtad de los lugartenientes ni tampoco agitar al ejército fue saludado llanamente como *imperator*;[60] se conducía Escipión con prudencia: repartía los tesoros entre las legiones, cubría de elogios a sus oficiales, restituía con mercedes los recursos de la provincia y acogía solícito a las personalidades de Hispania. En absoluto era cruel con los vencidos,[61] pero se conservaba firme ante la estrecha vigilancia de sus subordinados: alguna excesiva muestra de clemencia pudiera ser percibida como rasgo de debilidad; era una obligación operar con inteligencia, dando caza a Asdrúbal, pero sin caer en actos viles o injustos, y sin herir en extremo los intereses de los régulos de Hispania, harto destratados por la nobleza cartaginesa. Por lo tanto, demandando las tropas de un merecido reposo, a su presunción minimizó los esfuerzos. Dio la impresión, por esbozar algo, de osar atajar a Asdrúbal en los Pirineos: huido el Bárcida, reanudó a los cuarteles para recibir la sumisión de las tribus y villorrios de la provincia. Nadie amagó a recriminarle nada. Tan sólo los preliminares de la operación bastaron para contentar al destemperado espíritu aboriginario.

60. Livio, XXVII, 19, 4; Polibio, X, Fr., 40, 6.

61. Aulo Gelio, VII, 8, 3; Eutropio, III, 15, 3; Floro, II, 6, 40; Livio, XXVII, 19, 12; Polieno, VIII, 16, 6.

VII

QUID DEBEAS, O ROMA

Conforme recibía Escipión a las legaciones representativas de las tribus de la provincia y atestiguaba que, además de eficiente capitán, era un hábil diplomático, comenzó a esparcirse en la ciudad el inquietante rumor de que se concertaban grandes preparativos para el bloqueo de las costas italianas. Con premura, ordenó el Senado la reparación de treinta añejos navíos que se pudrían en el puerto de Ostia, y dotó de tripulación a otros veinte para conformar una respetable flota; expidió Escipión del puerto de Cartago Nova cincuenta naves a Cerdeña; y encargó a Levino la devastación de África. Pero aun cuando accedía Roma a todas las providencias para no ser sorprendida a la mar, se fraguaba en suelo italiano una invasión a gran escala: osaba dar marcha Aníbal a su ambicioso proyecto del asalto de Italia en concomitancia con su hermano; sin embargo, con previsión meditó retar previamente al general que tantos predicamentos le había causado: Marcelo. Y aconteció con tanta fortuna que, cuando apelaba su mayor empeño para estudiar las cartas geográficas de Italia, en medir las distancias, en calcular los días de marcha y en profundizar sus conocimientos estratégicos y topográficos para dar con la ubicación precisa donde colocar el cebo,[1] la ambición y negligencia de los cónsules acabarían por beneficiarlo.

Luciente broche la captura de Tarento a la impoluta trayectoria militar de Fabio, aspiraba Tito Quincio Crispino a una victoria semejante, cuya distinción y mérito auspiciara su carrera política; sugestionado por los lau-

1. Sobre la vasta preparación de Aníbal para estar continuamente familiarizado sobre los territorios de Italia, véase Dodge, *Hannibal: a history of the art of war among the carthaginians and romans down to the battle of Pydna, 168 B. C., with a detailed account of the second punic war*, I, Boston, 1891, página 247.

ros y mercedes a cosechar, se forjó el asalto de Locros y dictó transportar de Sicilia una cantidad absurda de navíos, máquinas y artillería para concreción de singular proyecto. Informado del merodeo de Aníbal en las inmediaciones de Lacinio, y de la marcha de Marcelo con las legiones de Venosa, se vio forzado a desechar su programa original y retornar a la Apulia para establecer el campamento a pocos kilómetros de su colega entre Venosa y Baucia. También dio con la misma comarca Aníbal ya alejada la guerra de Locros, debiendo recurrir a toda su audacia para contener la ofensiva consular. Según pasaban las jornadas, comenzaron sendos magistrados a cuestionar la resistencia de las columnas enemigas, ampliamente desprovistas de suministros. Sospechando que esta situación, harto apremiante, compelería a Aníbal a confinarse en el interior del campamento, encomendaron a Lucio Cincio Alimento levar anclas de Sicilia y retomar el asedio de Locros; para efectuación del debido acometimiento de las murallas desde tierra, se ordenó la traslación de una tercera parte del ejército de Tarento. Pero acaeció que, mientras se encaminaban las legiones, fue prevenido Aníbal por una partida de turineses, alcanzando a desbaratar a tiempo el asalto; fallida la tentativa, ya no osó Marcelo dar sitio a otro yerro y, renegando de la esquiva fortuna, y privilegiando resarcirse de la maledicencia, la hostilidad y los improcedentes comentarios de un sector del tribunado por sobre la salud de la empresa, concibió arremeter.

Se interponía entre los campamentos romanos y el cartaginés un cerro cubierto por un pastoso y foliado bosque; entreviendo que procurarían los magistrados su ocupación por sus ventajosas condiciones naturales, sobrevenido el crepúsculo, emboscó Aníbal varios escuadrones en la arboleda. Al clarear, fueron los magistrados, escoltados por poco más de doscientas monturas, a inspeccionar el terreno sin adoptar las apropiadas precauciones, trocando en fácil presa: alcanzado por dos venablos, y cabalgando a todo galope, estremecido advirtió Crispino cómo se desmoronaba su colega del corcel, alanceado de lado a lado,[2] ahogado en su propia sangre, emanando para maternal desconsuelo de Vesta desgarradores resuellos enramados de ingrata agonía. Misérrimo, abrupto y decepcionante conclusión para Marcelo, innato y aguerrido estro castrense, que a inflamante bizarría contendió

2. Livio, XXVII, 27, 7.

en prodiguísimas batallas hasta ungirse de albugínea gloria; conquistado con justo merecimiento el reconocimiento popular, arrodeló fierezado a Italia de la tremebunda hiel de Aníbal, deviniendo, como Fabio, y no es poco decir, en áurea égida de la república.[3] Rindió honores Aníbal a su memoria y dispensó sus cenizas a su unigénito, también lacerado en la aciaga celada, en una urna de plata, sutilmente decorada,[4] concitándose la deferencia del pueblo romano ante su impostada piedad.[5]

Espantado tras la cruel ventura de Marcelo, emprendió la huida Crispino hacia las montañas; aún adolorado, fortificó el campamento, magníficamente situado en una posición elevada, y, con sus últimas fuerzas, destacó nuncios a las ciudades colindantes para informar que disponía Aníbal del anillo de Marcelo y toda documentación recibida con su sello sería una vil trampa. Se halló Aníbal, a la sazón, en una encrucijada: era Locros asediada bravosamente por Alimento; tras los reportes de Crispino, ninguna ciudad abriría sus puertas; y el cónsul, aunque batiéndose por su vida, había tenido la suficiente lucidez para blindar al ejército. Así pues, asomaba el socorro de Locros como la mejor opción: aun presa del asedio, lo más probable fuese que rehuyera Alimento a una eventual confrontación si arribara de improviso. Por ende, expidió un pequeño cuerpo a Magón para anunciar sus planes y puso en circulación a las huestes. Tan intrépido avance revigorizó los ánimos y músculos, consiguiendo sostener los suyos un encarnizado combate delante de las murallas: divisadas las picas de la caballería cartaginesa, cogieron los sitiados mayor vigor y soportaron la carga de las máquinas con tanto ardor que, para cuando Aníbal alcanzó la ciudad, agotadísimos por la tenacidad del enemigo, abandonaron los romanos las labores de asalto y se refugiaron en las naves.

3. Plutarco, *Marcelo*, 9, 7.

4. Daremberg, Saglio y Pottier, *Dictionaire des antiquités grecques*, I, (C), París, 1887, página 1526.

5. Sobre las reservas de los autores antiguos ante el controvertido episodio y la aparente posibilidad de que se desvanecieran los restos durante una sacrílega rapacería, nos confirma Augusto en la *laudatio funebris* de su sobrino Marcelo que alcanzó la urna destino. —Cf. Buchholz, *Quintus fontibus Plutarchus in Vitis Fabii Maximi et Marcelli usus sit*, Gryphiswaldaie, 1865, página 46 y siguiente.

Azoró inopinado revés al Senado, medroso de una potencial marcha de Aníbal sobre Tarento; era menester a los magistrados serenarse, operar con destreza y madurez: de otro modo, todo lo obtenido con los enormes esfuerzos de los ejércitos, y, especialmente, el dinero, los recursos y la sangre de la patria, se desvanecería en un parpadeo.

Durante el estío, estuvo la ciudad al pendiente de la evolución de Crispino, se aguardó por los reportes de las operaciones de Levino en África y se veló por el itinerario de Filipo; interesaban relevantísimas cuestiones a todos: yerta la opinión pública tras la muerte de Marcelo, y moribundo Crispino en la Basilicata, inmersos en un estado de histeria colectiva, flaqueaban los pequeños espíritus ante el incierto porvenir; curiosa cosa, pareció el dramático cuadro atemperarse tras los auspiciosos reportes de Levino. Guiado por su relumbrante genio y una apasionante virtud naviera, devastó una estimable porción de Clúpea, sometió a la flota cartaginesa y retornó a Lilibeo navegando dieciocho naves enemigas. Tras el universal espasmo por mor de la cruel muerte de Marcelo, de pronto, tierno efecto del sublime espíritu entusiástico y triunfante de Levino, fue desbordada Roma por un fuego intenso, un calor sobrehumano que bregaba por emerger en tibios corazones prisioneros de astenias mentes; simples y dóciles almas carentes de pasión. Iluminados por la tenue y renovadora lumbre de un nuevo amanecer, se auguraba que, con Levino como supremo árbitro de las costas, habría de valerse por sí solo Aníbal en tierra firme. ¡Demérita cosa sucumbir!

Contribuyó a la peregrina historieta la incontinencia de Filipo; cuando todo hacía presumir que doblegaría a las tropas romanas y etolias en Eubea,[6] excitado por los dichosos sucesos, permitió que los placeres de la carne lo sedujeran y se entregó sin condiciones a los bacanales y las orgías.[7] Permitieron repulsiva indolencia y lascivia a Publio Sulpicio Galba infiltrarse en la Élide y ensayar algunas operaciones; contrariado por los vientos adversos, acabó el reyezuelo por asilarse en Tesalia.

Lentamente manifestaba restablecerse Italia del pánico desencadenado por los últimos sucesos. Hacia fines del verano o principios del otoño, ante

6. Justino, XXIX, 4, 9; Livio, XXVII, 31, 2.

7. Livio, XXVII, 31, 6.

la ausencia de un cónsul en actividad, nombró Crispino dictador a Tito Manlio Torcuato para verificación de los comicios; la herida padecida en la furtiva celada terminó por cobrarse su vida a últimos del año: ¡justo cuando recobraba Roma la confianza! Tal escenario exigía una política vigorosa, y sin dilación emergió la figura de Gayo Claudio Nerón, hombre de viva inteligencia, sumamente pragmático en la guerra; pero, por desgracia, muy impulsivo. Era indispensable emparejarle un colega circunspecto, comedido, remirado, capaz de domar su temperamento durante el fragor de la batalla; tal era Marco Livio, no obstante sus perceptibles y cuestionables matices: condenado por malversación de los fondos públicos tras la conclusión de su consulado en el 219 antes de Cristo, moró largo tiempo en el campo en un profundo ostracismo; tornado a la ciudad hacia el 210 por disposición de los cónsules para servir con su consejo a la república, quedó atónita la Curia con su aspecto. Hubo de quebrantar denostosa condena otrora vivaz espíritu. Cual alma penitente que osa depurar añejas culpas, y a su eviterna desventura se ve remontando disformes prominencias en un árido desierto de ingratas penurias, velado a ajadas retinas el ansiado oasis de la piadosa indulgencia y absolución, entregado torpemente a los suplicios y afrontando a cada nuevo albor el abstruso dolor, andaba Livio agonizante y deturpado, sarmentoso el mirar, desgreñado, haraposo, desmadejado; reflejaba mohíno andar mezquino y prieto evocativo de la deshonra. Prestos a decentar deplorable imagen, se deshicieron sus amistades de raídas ropas, lo rasuraron y lo impelieron a acudir a todas las sesiones para cumplir con el deber cívico; pero aun así se preservaba tácito, ausente, aguardando impasible en su banca por la conclusión de tediosas reuniones. Misterios de la diosa Fortuna, cuando ya se le creía una causa perdida, sumido su corazón en una hartante deprecación, un proceso a Marco Livio Macato acabó por forzarlo a enderezarse y redargüir: ¿impulsiva actuación en aras de resguardar a un apreciado deudo de la pública afrenta a la cual se le exponía y que antaño debió padecer? Sea de ello lo que se quiera, cautivó cabal elocuencia altivos espíritus y prendó su sal esquivas miradas; apuntalado por los Escipiones, osado se propuso un sector del patriciado elevarlo al consulado en sociedad con Nerón.

Sin permitirse arrastrar por la corriente, los había los que guardaban la prudencia: ¿podría dar el ancho Livio en una empresa tan dura?, ¿podrían congeniar entrambos candidatos y prosperar en la campaña? Retronaron inevitables cuestionamientos en las conciencias agudas; otros, en cambio, aturdidos por la responsabilidad de encaminar la guerra, concluían que a esta Roma somnolienta convenía sacudirla con una determinación audaz, apartando toda hesitación de un pueblo que desde la muerte de sus cónsules adormecía. Esperanzadas las centurias con arrojar a Aníbal de Italia, apoyaron la controvertida coalición, aflorada estrictamente desde el rusiente y encandilante fulgor de la tiránica y despiadada necesidad, para el consulado del 207 antes de Cristo.

Observados los comicios, en una medida prometedora, próxima la celebración de los Juegos Olímpicos, hermosísima fiesta cultual a la que habían de concurrir hombres libres griegos, se circunscribió a Lucio Manlio la crítica tarea de dar con los refugiados de Sicilia y Tarento para transmitir que les serían restituidos sus bienes; era esto una sana resolución: aun cuando durante los años precedentes fuera Roma implacable con sicilianos y tarentinos, enseñoreándose de sus tesoros, vaciando sus reservas y saqueando sus templos, mudaba, a la sazón, desatinada tendencia y expedía legaciones para encaminar una saludable avenencia. Esta estupenda política conciliadora hacia el exterior era imperativo examinarla en el seno la Curia: contrariamente a los pronósticos del Senado, se eran entrambos cónsules hostiles, no sabiendo dar tregua a sus disensiones intestinas. Después de todo, ¿fue precipitada su coalición?, ¿portaban razón los senadores que guardaban sus reservas?, ¿observaron algo que pasaron por alto otros muchos? En todo caso, trató Fabio la notoria enemistad en el Senado, amonestando a partidarios de los Claudios y Escipiones, en aras de concretar la unidad política antes de tornarse la situación irreversible; y aun cuando se gestionara una pertinente conciliación, no hubo caso: así, para no proseguir caldeando los ánimos por de más, fue preciso asignarles las provincias en los extremos opuestos de Italia.

Agriadas las relaciones interpersonales entre los cónsules, con todo lo que representaba, se concretó la leva con un rigor como hacía tiempo no acaecía: se habían dado por veraces los informes de marselleses y los lega-

dos Sexto Antistio y Marco Recio,[8] los cuales revelaban la súbita aparición de Asdrúbal en la Narbonesa, excitando a los espíritus de los pueblos bárbaros. ¿Cómo hizo Asdrúbal para acceder prestamente a su imprescindible inclinación? Según parece, cuando le confió Aníbal la invasión de Italia, le advirtió que no se fiara de los galos: en numerosas ocasiones le aconteció padecer en carne propia su fastidiosa veleidad. Diestro en sus pretensiones y motivaciones, bien sabía que únicamente habían de responder a una entidad superior: el dinero: de ahí que desperdigara todo su oro en las comarcas para comprarse un voluminoso ejército con el que procuraría franquear los Alpes en la primavera. Pareció entonces amenazada Italia por las huestes púnicas y los auxiliares galos, hombres fieros y belicosos,[9] y con grandes resquemores hacia Roma. Si las victorias de Escipión en Hispania y las preponderantes maniobras de Levino en África habían sido ocasión de alegría, esta novedad devino, a la sazón, la alegría en espanto. Para disponer Roma de la salvaguardia divina, decretó el colegio de pontífices sacrificios y libaciones para expurgar a la ciudad; y, por mor del impacto de un rayo en el templo de Juno Reina en el Aventino, se confió a Livio Andrónico, en su calidad de vate oficial y sacro de la patria,[10] la composición de un himno para distinción de la deidad.[11] Tras una celosa peregrinación por los barrios de un encantador coro de doncellas, la inmolación de dos terneras y la consagración de dos estatuas de madera de ciprés a Juno, se ultimó el recluta-

8. Livio, XXVII, 36, 3; Drümann, *G. R.*, I, Koenigsberg, 1834, página 54.

9. Descollaban los galos por su imponente porte. Desde pequeños, se acostumbraba a los hombres a muscular su cuerpo, supuesto que era la superioridad física y vital fundamento de la estratificación entre las clases dominantes o de guerreros profesionales. Los jefes de las tribus y los líderes de los escuadrones, auténticos Goliat del campo de batalla, solían distinguirse por su prominente estatura, superior a los dos metros, y por sus panoplias, laboradas finamente con oro, plata y piedras preciosas; véase Diodoro Sículo, V, 24, 1 - 3; Pausanias, X, 20, 7; Plutarco, *Camilo*, 17, 5; *Marcelo*, 7; Polibio, II, 30, 3.

10. Pais, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, I, 2, Roma, 1913, página 567.

11. No se reservan nada Livio, XXVII, 37, 13; y Horacio, *Epistolae*, II, 1, 70 - 75, en su aguda crítica sobre la armonía y delicadeza del poema, presumo, cautivados y cegados por la excelencia prosística de la pléyade de vates de su tiempo; cf. Plessis, *La poésie latine*, París, 1909, página 7 y siguiente.

miento con escrupulosa seriedad, bien porque ante la marcha de Asdrúbal se multiplicaban las amenazas, bien porque había menos mozos que alistar: hasta de las colonias de las costas, que gozaban de un derecho inviolable a la exención, fueron arrebatados soldados.

Presionaba la ciudadanía para que emigraran los cónsules y cortaran el paso al ejército invasor en su descenso de los Alpes: era esencial evitar que se avivaran las brasas de la insurrección en los villorrios y pueblecillos de la Cisalpina y la Etruria. Como consiguiera congregarse Asdrúbal con su hermano, podría verse tentado Filipo a fraguar nuevas incursiones en la Magna Grecia, y ya nada impediría el desastre. Sin embargo, se dilataba el acondicionamiento de las partidas, supuesto que recelaba Livio de la capacidad militar de las tropas y solicitaba una nueva leva.[12] Alucinado ante la extemporánea petición, y para agilitar la campaña, brindó el Senado autonomía a entrambos magistrados para alistar líneas suplementarias de donde quisieran, coger soldados de entre todos los ejércitos de Italia y mudar de provincia a los oficiales según lo reclamara la empresa. Tan comprometidos se hallaban todos con la causa, que, presuroso, destacó Gayo Mamilio en torno a los tres mil arqueros y honderos a Sicilia, y expidió Escipión, ciertamente que recriminándose su desidia cuando la huida de Asdrúbal en los Pirineos,[13] una estimable cantidad de refuerzos.

Presa de los imponderables y de la incontinencia de Aníbal, aun malherida por los avatares de la guerra, encomendada incondicionalmente a la lanza de Marte, incrementaba Roma su ejército con veteranos que habían probado su valía en la Galia, con labriegos que no habían manipulado otra cosa que la azada y con una macilenta partida de esclavos que abrigaba sonrosados sueños de libertad a cambio de imprescindibles servicios.

Conforme se ultimaban los preparativos, anunciaron los exploradores el vaciamiento de los cuarteles enemigos de la Narbonesa, desencadenándose una brutal conmoción: no hubo nadie que no señalara a los cónsules. Gobernados por yermas pasiones, la tirria y el rencor, habían puesto en peligro a Italia; y a tal extremo que avanzaba Asdrúbal a grandes jornadas sin oposición, al par que persistían inoperantes en Roma, harto encaprichados en

12. Livio, XXVII, 38, 7.

13. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 609.

no ceder. Como no podía ser de otra manera, sobresaltado el Senado, resignado al caos y la confusión, se concluyeron precipitadamente las reclutas y emigraron los cónsules a las provincias, mucho antes de lo previsto, para contener a sendos enemigos: Nerón a Aníbal y Livio a Asdrúbal. Dichosamente, cooperó con la campaña el yerro en los cálculos de Aníbal: cuando indomable se aventuró en el Ródano y en los Alpes un decenio atrás, le fue ineludible guerrear contra rudos montañeses, trepar níveos hielos,[14] salvar caudalosos torrentes, retar profundos abismos y travesar lujuriantes montes. En su laborosa faena, ya iniciada a los trastazos hacia los Pirineos,[15] anduvo más de 1 800 kilómetros,[16] estirando su empresa entre cinco y seis meses,[17] pero le resultó a su hermano todo mucho más dinámico y sencillo: los avernos y demás tribus galas y alpinas,[18] aparte de brindarle cobijo, le proporcionaron grandes caravanas de efectivos. ¿Cuáles fueron los factores determinantes para su implicación en la causa cartaginesa? En primero, la desmesurada cantidad de oro y plata que fluía a granel en el campamento, motivo por el cual pronto surgieron grandes disputas; y en segundo, osando obtener provecho de los trastornos políticos y de la crisis subyacente que azotaba a la Galia, habrían negociado los avernos la distribución de las tierras ya aniquilado el enemigo común.[19] Derivó esto en la apertura de los Alpes; pero todo el tiempo ganado en la veloz marcha[20] se malgastaba en un estéril e innecesario asedio a Piacenza.

Convulsa Italia septentrional, partieron Nerón y Livio en sentidos opuestos, preocupados por abandonar a una Roma abatida. Se temía por el recuerdo del año precedente, luctuoso por el fenecimiento de ambos cónsu-

14. Livio, XXI, 36, 5 - 7; Cocchia, *Del passagio di Annibale per le Alpi*, en *Atti della Reale Accademia di Archeologia, lettere e Belle Arti*, XIX, 1, 1898, Nápoles, página 44.

15. Polibio, III, 35, 3.

16. Vannucci, *Storia dell' Italia antica*, II, Milán, 1874, página 339.

17. Apiano, *Aníbal*, 52; Livio, XXVII, 39, 4; Polibio, III, 56, 3.

18. Babelon, *Le Rhin dans l'histoire*, I, París, 1916, página 133.

19. Jullian, *Histoire de la gaule*, I, París, 1908, página 497.

20. Según Apiano, *Aníba*l, 52, travesó Asdrúbal los Alpes en un par de meses; celebrada proeza reviste un éxito relativo: pues albergaba a un ejército inferior al comandado por su hermano, y tampoco contó este con tantas facilidades.

les. También acosaban a débiles mentes la desventura de Tesino, los descalabros de Trasimeno, los desastres de Cannas. ¡Con qué poco había hecho olvidar Asdrúbal las conquistas de Capua, de Siracusa, de Tarento, Cartago Nova, Bécula! Se develaba Roma paralizada, y el Senado, quiescente, petrificado por un quimérico miedo cerval. Predominaban en las sesiones la angustia, la impaciencia y la ansiedad; y se revelaba la ciudadanía recluida en sus moradas, inapetente, decaída, temblorosa ante tan incierto y enervante escenario. Únicamente los pocos que transitaban el foro daban testimonio, y mediante fuertes reproches, del universal descontento.[21] Imploraba la ciudadanía por hombres de acción, capaces de asumir riesgos y desafiar los lances, pero velando de la discreción y el tiento. Si había alguien acreditado y con probado conocimiento sobre cómo se convenía operar, ese era Fabio. Inquieto ante la descorazonadora concatenación de sucesos, con circunspección y sensatez proponía a los magistrados retrasar el combate hasta tenerse certitud del volumen de las líneas enemigas. Mas desoyó sobrias advertencias Livio, susceptible a librar batalla cuando diera vista al adversario, presumiendo que, si salía victorioso, apacentaría a su llagoso espíritu; y si había de ser su muerte célica voluntad, aún acidulado por su indeleble oprobio, se complacería con la segura condena de sus conciudadanos.

En este pernicioso clima de sorda hostilidad entre propios, había de atajar Roma la torva carga de dos hermanos que, afanados, procuraban aherrojar a Italia. Denodado debió destinarse Gayo Hostilio Túbulo con un racimo de tropas ligeras para amedrantar a Aníbal en su camino al Salentino y forzarlo a retirarse hacia el Brucio. Propició la inesperada espantada el encuentro entre Hostilio y Nerón en las inmediaciones de Venosa; y, valiéndose del edicto que le permitía coger soldados de todo ejército, conformó Nerón un cuerpo de 25 000 efectivos[22] y se dirigió a Grumento; aspiraba a recobrar allí Aníbal las plazas que, por vacilación, habían admitido el gobierno

21. Aunque sin hacer un retrato descriptivo, documenta Polibio, XI, Fr., 1, el angustiante estado de nerviosismo y de peligrosa conmoción suscitado en la ciudad por el súbito desplazamiento de Asdrúbal.

22. Registra Livio, XXVII, 40, 14, un total de 40 000 infantes y 2 500 monturas; pero pondero la cifra excesiva: disponía Nerón de un par de legiones, y si adicionamos otras tantas de Hostilio y, verosímilmente, otra de Salento, arroja la operación aritmética un número en torno a los 25 000 soldados.

romano. Raudo fortificó Nerón el campamento, levantó torres de vigilancia y cavó fosos con variedad de hondura; únicamente restaba aguardar a que se brindara la ocasión propicia.

Cierta velada, fio Nerón en un cuerpo de infantería ligera la ocupación de unas colinas descubiertas. Resuelto a dar el golpe, pegando en su rostro los primeros y cálidos rayos crepusculares, formó al ejército. El griterío y el desconcierto general hicieron saltar del lecho a Aníbal; atareado en la reorganización de sus hombres, desquiciados y medrosos por mor de la atrevida ofensiva, conforme se ocupaba en renovar el ardor y sostener la contienda, en una ráfaga descendió la infantería y promovió la desbandada: la caballería, que había logrado romper por el centro y con pericia ahuyentaba a los pocos que osaban asir la espada, acabó por dar forma a una desalmada matanza cuando los soldados, aún aturdidos por la batahola, desertaban en todas direcciones.

Reflotó la derrota antiguas aprensiones y rencillas en las baterías púnicas. Increpado por el cuerpo oficial, fue menester a Aníbal escabullir a su ejército entre una cortina de humo. Disipada la humareda, atrajo el silencio del campamento la contemplación de Nerón. Homologada la fuga, premió a la soldadesca con los tesoros, suministros y equipamientos desatendidos para no entorpecer la longilínea hilera que forzadamente se encaminaba a la Apulia. Desmoralizado el rival y entusiasmado el ejército, sepultados los caídos y subastado el botín viviente, inició Nerón una tenaz persecución. Ahogado por el incesante acoso y prevenido de una inminente defección gálica, ambicionó Aníbal la destrucción de Nerón en torno a Venosa; vencido en una nueva ocasión, condujo a través de las alturas a una soldadesca sedienta y hambrienta, sulfurada por los agrores y el atosigante destrato de los comandantes, a Metaponto. Alimentados los hombres y apaciguados los enfados, avanzó hacia Canosa.

Respecto a Asdrúbal, era evidente que tenía problemas para dominar a su ejército; eran los galos un cardumen de indisciplinados: faltaban el respeto a sus superiores, se trenzaban durante el reparto del dinero y marchaban a desganas, atiborrando los vientres con vino e interrumpiendo sus obligaciones para acudir a las tiendas a saciar sus bajezas y vicios.[23] Era el

23. Polibio, XI, Fr., 1, 2.

desprecio de los auténticos soldados hacia estos esbirros manifiesto. Bilioso a tanta impertinencia y sinvergonzonería, alargada la estancia en Piacenza por culpa de la áspera resistencia de los sitiados, expidió un cuerpo de caballería para descubrir a su hermano desagradables contingencias, con tanta mala fortuna que, aventurado en territorio desconocido, arriesgándose sin guías seguros, sin preparativos suficientes y con sólo vagos reportes de Italia, se extraviaron los malhadados jinetes en Tarento:[24] aprehendidos por unos forrajeadores que andaban diseminados por los campos y conducidos ante Nerón, no tuvieron otra alternativa que soltar la evidencia: una carta aún lacrada; en labios de un traductor, quedaron al descubierto todos los proyectos de Aníbal. Se hallaba Nerón en una óptima posición: conocedor de las intenciones de Asdrúbal de unirse su hermano en la Umbría, exactamente al oeste de los Apeninos,[25] envió el documento a Roma, proponiendo cogerlo de improviso. Para ejecución de tan intrépida operación sería necesario la traslación de la legión de Capua a Roma, completar una recluta para que sostuviera el ejército urbano al enemigo en Narnia, y ordenar a larinates, marrucinos, frentanios y pretucianos el embalaje de trigo, cuero, madera, hierro y herramientas en las principales vías por donde pasaría su ejército; observadas a la brevedad las disposiciones, conformó Nerón un escuadrón con lo mejor de la soldadesca, donde presuntamente figurara Catón,[26] y partió al Piceno.

Entretanto, fueron el pánico y la confusión en Roma tan intensos como cuando implantó campamento Aníbal en torno a las murallas; incluso el Senado, noticioso de las intenciones del cónsul, no sabía si alabar o censurar su audacia. Dejaba atrás Nerón un ejército sin capitán, menguado por la necesidad, suscitando la impresión entre los soldados de que marchaba a la Basilicata, cuando, de hecho, asomaban en el horizonte el Piceno y la Cispadana. Innecesario resulta señalar la falibilidad de pretencioso proceder: como alcanzara a descubrir Aníbal la orfandad de su cuartel, cabía la posibilidad de que pusiera sitio a un ejército acéfalo. Mas no podía el Senado acusar sorpresa. Era la determinación de Nerón una de sus más altas virtu-

24. Livio, XXVII, 43, 2.
25. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, II, Oxford, 1967, página 268.
26. Kurth, *Caton l'ancien*, Lieja, 1872, página 14.

des, razón por la cual fue escogido para afrontar la dura campaña; pero, por desgracia, también tendía a obnubilarse con su propio genio, siendo su excesiva confianza en sus capacidades militares un auténtico fastidio. Su tesonera temeridad, cualidad codiciada por los altos mandos de la parcialidad democrática, era fieramente suspendida por los aristocráticos. ¿Pero qué se podía hacer? Si se había alcanzado este punto crítico, en el que se adelantaba Nerón hacia su colega devorando etapas, mucho pendió de la privación de líderes en Italia a la altura de Escipión, que, con firme voz de mando y el arte de un consumado político, había recobrado una estimable porción de Hispania y encerraba en su palma a los régulos de la provincia.

Tampoco la ciudadanía era indiferente; en el mercado, en las tabernas y en los centros de reunión se discutía sobre la fatalidad de tener dos ejércitos en Italia arreados por dos grandísimos generales: dos hermanos unidos bajo una misma causa, mientras que ni siquiera podían los cónsules sostener plática. Taciturnos acudían los hombres al foro, demudados, pálidas las caras, y verificaban las mujeres las labores domésticas atribuladas, deplorando la fortuna de sus padres, de sus maridos, de sus hijos, su mayoría en el frente. Como es de suponer, había espacio para las exageraciones: decíase que era incapaz Nerón de hacer oposición a Asdrúbal, evocándose el bochornoso episodio cuando Hispania; que aventajaban los invasores en número a las huestes romanas y aliadas; y que, ya arrasados los ejércitos consulares, furiosa caería Cartago sobre Roma.

Este pavoroso escenario que envilaba a toda Roma, afortunadamente se abstuvo de propagarse entre los municipios que recibían a Nerón: hacía la gente largas colas para depositar su trigo, su grano y sus herramientas en los convoyes; y gustosa cedía sus bestias de tiro y carga y sus mejores corceles, brindando respetos y admiración a los soldados cuyo hierro pendía la salvación de Italia. Tampoco faltaron los robustos veteranos y mozos campales que cogieron armas y engrosaron filas.[27] Apenas se concedía reposo, prestándose los hombres a las fatigas por la enorme responsabilidad que suponía expulsar al enemigo de territorio itálico.

Próximo al campamento de su colega, cesó la marcha Nerón en unos montes en torno al río Sena y anunció su presencia; por la urgencia de las

27. Livio, XXVII, 46, 3.

operaciones, estimó pertinente Livio aunar fuerzas: acogieron los soldados a sus homólogos, apretándose un poco en las tiendas, sin dar motivo a Asdrúbal de poder sospechar nada. Con esa premisa, al primer albor se formó consejo de guerra. Concordaban los lugartenientes en diferir la confrontación para recuperación de los hombres de Nerón, extenuados por la fatiga y la privación de sueño. Mas imploraba el cónsul no vacilar: si se alcanzaba a descubrir el desmantelamiento del ejército de la Apulia, pudieran las consecuencias ser catastróficas. De aquí que se diera la señal de combate; no obstante, se dilataba la confrontación: percibía Asdrúbal que algo no iba bien. Se avistaban las tropas más numerosas, despuntando los soldados sin rasurar, tostados los rostros, equipados de lorigas peculiares y polvorientas, montando corceles delgados y portando escudos no advertidos previamente. Hecha una aguda lectura de la situación, sin ruborizarse emprendió la retirada; se hallaba desorientado. ¿Sería posible que no alcanzara destino su correspondencia o, peor, fuera ignorado?, ¿hubo su hermano de sucumbir y se iban a batir entrambos ejércitos consulares el destino de Italia en una única confrontación? Desconcertado y extrañado, hizo apagar las hogueras; y, durante el primer relevo de guardia, ordenó recoger en silencio los petates y encabezó la huida. Con las prisas, el desorden y el barullo, descuidó la vigilancia de los guías y, traicionado por la obscuridad, se extravió. En un principio, anduvo errabundo por los campos, impotente ante el angustioso e indigno desmoronamiento de sus hombres, quebrados de extremo agotamiento. De ahí que explorara progresar por la orilla del río Metauro; mas como no adelantaba gran cosa, según parece, debido al crecimiento de las aguas por mor de las precipitaciones,[28] reanudó por los entrantes y revueltas del tortuoso cauce, procurando travesarlo en cuanto revelara el amanecer algún pasil o vado.[29] Pero cuanto más se alejaba de la mar, más altas eran las riberas que encajonaban el río; privada la desesperada maniobra de alguna abertura o esguazo, malgastó todo el día, cediendo sitio al enemigo a darle alcance. Se apersonaron Nerón con la caballería y el pretor Lucio Porcio Lícino, con las tropas ligeras. Prestos a arrebañar la adamantina adarga que, insolente y engreída, proyectaba la aniquilación de sacra estirpe

28. Niebuhr, *Römische geschichte*, IV, Jena, 1844, página 271.
29. Apiano, *Aníbal*, 52; Livio, XXVII, 47, 10.

latina, impetuosos hostigaban a las baterías púnicas, empecinadas en emplazar campamento en una altura sobre la orilla. Entre tanto baladro y conturbación, érale imposible a Asdrúbal meditar con claridad. Acibarado por el vendaval que se le encimaba, cuando distinguió a Livio formando a la infantería, asimiló que le sería impracticable rehuir a la confrontación. Ubicó a los proboscidios en primera línea, aumentó la profundidad de sus filas, aprestó a las huestes en un espacio reducido y se situó en el ala derecha, junto a los hispanos, a vanguardia, determinado a vencer o morir. Ocuparon galos el ala izquierda y lígures el centro.[30] Al par se organizó la distribución de las fuerzas romanas. Presidía Nerón el ala derecha, Livio la izquierda y Porcio el centro; corajosos chocaron hispanos contra Livio, entablándose una durísima refriega: se hallaban allí Livio y Asdrúbal, allí la gran parte de la infantería y caballería romanas, los veteranos hispanos, los lígures. Hacia allí se tornaron las bestias, ocasionando estragos a su propia vanguardia. La parte derecha de la formación romana, estacionada detrás de la línea de combate, proseguía estática, por mor de que resguardaba la colina Sant' Angelo al cuerpo de galos. Resuelto a intervenir en batalla, ensayó Nerón su ascenso. Vista su dificultad, conformó una brigada de 3 200 efectivos, rodeó las líneas propias y cazó al flanco derecho enemigo. Merced a lo improviso de la maniobra, con suma facilidad comprimió a la retaguardia. Rebasados de frente y de espalda, se desmoronaron hispanos y lígures. Pronto alcanzó la indiscriminada mortandad a los galos: disminuidos y periclitados por mor de la angustiosa marcha nocturnal, incapaces de sostener las armas, casi que descubrían las gargantas para terminar con la amarescente agonía. Embrazando su escudo con sus últimas fuerzas, con fecunda hombradía alzó hoja Asdrúbal y arremetió: vallado por bastas lanzas, acabó bravío espíritu por ceder, desintegrándose los ambiciosos designios de Aníbal. En efecto, supuso la batalla del Metauro el fracaso de uno de los principales objetivos de su vasto plan de campaña, cuyo éxito pendía de la reconquista de Sicilia y el restablecimiento de comunicaciones seguras con

30. Livio, XXVII, 48, 5; Polibio, XI, Fr., 1, 3.

África a través de la ínsula;[31] sin mencionar la suma dificultad de recibir nuevamente asistencia desde Hispania.[32]

Dificultosamente salga con precisión el cálculo para dar con el número exacto de bajas del enemigo: documenta Polibio que perecieron en torno a los 10 000, y eleva Livio la cifra hasta los 57 000.[33] Asombra, y, a su vez, desconcierta, que ofrezcan sendos historiadores, reconocidos por su prolijidad en la recolección de datos para una confiable interpretación de los hechos, dígitos tan dispares; y enloda aún más el asunto la ausencia de un riguroso registro de combatientes.[34] Esta batalla, que fue de suma importan-

31. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 165.

32. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 302.

33. Para mi asombro, tuvo desproporcionada cifra una positiva recepción entre acreditados historiadores de la dimensión de Apiano, *Aníbal*, 53, y Orosio, IV, 18, 14, entre otros.

34. Documenta Livio, XXVII, 36, 12, que disponía Roma de 23 legiones para sus operaciones: 4 entre los cónsules; 4 en Hispania; 2 en Sicilia; 2 en Cerdeña; 2 en la Galia; 2 en Etruria; 2 en Calabria; 2 en Tarento y Salento; 1 en Capua; y, en fin, 2 urbanas, de las que puede estipularse una batería de poco más de 100 000 efectivos. —Cf. Cantalupi, *Le legioni romane nella guerra d'Annibale*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 46; cifra, a su vez, impugnada por Beloch, *Die bevölkerung der griechisch-römischen welt*, Leipzig, 1886, página 383, estableciendo el efectivo de los ejércitos, prescindiendo de los cuerpos aliados, en torno a los 60 000/80 000. Pues bien: observan ciertos académicos que aunaba el ejército de Livio en torno a los 30 000 efectivos; pero permítaseme discrepar. No parece estar completamente clara la cifra de los ejércitos consulares, supuesto que al desconfiar Livio de la capacidad de sus fuerzas («(…) *parum fidens fuarum provinciarum exercitibus* (…)») solicitó una nueva leva. Nos informa Polibio, III, 107, 9 - 11, que durante el transcurso de esta guerra aún se constituían las legiones de 5 000 soldados; es congruente suponer, entonces, que albergara cada legión consular, en principio, estirándonos demasiado, 5 500 efectivos. Además, presumo que durante la nueva recluta, al carecer Roma del suficiente recurso humano, se enrolaran, como máximo, 5 000 voluntarios: disponía Livio, por ende, en torno a los 16 000 efectivos; luego, con el aporte de los cuerpos aliados, se elevaría su ejército en torno a los 20 000. Verificada esa cuestión, aún resta adicionar el par de legiones de Porcio y los 7 500 refuerzos de Nerón (7 000 del escuadrón y verosímilmente 500 voluntarios): estimo, en efecto, guardar suficientes elementos para argüir que desplegó Roma sobre el campo de batalla en torno a los 37 500 soldados, lo cual nos brindaría una idea sobre las fuerzas enemigas; sin embargo, para dar con el número exacto de combatientes se requerirían

cia en la sucesión de la guerra, aun hoy conserva este apartado a obscuras. Y, con base en la documentación que ha sobrevivido hasta nuestro tiempo, no puedo hacer más que una estimación moderada por temor a cometer una imprecisión producto de un mal razonamiento o un desventurado descuido. Talmente, arada toda documentación, y ponderadas las fuerzas romanas con remirada cautela, advierto viable que pudiera poner en pie de guerra Asdrúbal en torno a los 30 000 hombres;[35] y, basándome en el recuento de prisioneros y desertores, me inclino a estimar las bajas en una cifra inferior a las 20 000. Cantidad nada desmerecible por la dimensión de la batalla. Sobre la valoración de Livio, pondero que estrictamente osara la compensación de las pérdidas de Cannas inflando los registros para contentamiento del gran imperio, tan distante y ajeno a este período.[36]

---

conocimientos en el área militar, táctica y estratégica superiores a los míos, por lo que exhorto al lector a contrastar la información con un dictamen más cualificado.

35. Kromayer, *Antike schlachtfelder,* III, 1, Berlín, 1912, página 494. —Desestimo la cifra propuesta por Apiano, *Aníbal,* 52, la cual únicamente ha servido para confundir a académicos. Si comandaba Asdrúbal a 48 000 infantes y 8 000 monturas, estaríamos en condiciones de asegurar de que disponía de un número superior a la mitad de la totalidad de efectivos que ostentaba Roma para oponer la guerra. De ser así, dificultosamente hubiera sucumbido en las orillas del Metauro; más importante aún: jamás hubiera claudicado al combate tras dar vista a los ejércitos consulares previamente. Si inclusive se consintiera que aunara Livio a 30 000 efectivos, con los aportes de Nerón y Porcio ascenderían las fuerzas romanas a 47 500, y aun así se estaría en desventaja con respecto al enemigo. En definitiva: si gozaba Asdrúbal de un ejército de 56 000 efectivos, y no cualquier ejército, sino uno ganado en grandor con hombres valerosísimos que hacían de la guerra una profesión, teniendo por delante la magnífica ocasión de rematar la guerra, ¿qué temió?

36. Como a su lato raciocinio deslinda Brodero, *Il destino di Roma nell'opera di Livio*, Roma, 1943, página 4 y siguientes, no era un vicio de Livio el falsear información; crítica injusta y sumamente desatinada por una estimable porción de los académicos. Empero, no pocos pasajes de su excelsa obra se nos revelan confusos, imprecisos o desmesurados, y conjeturo ser este el caso. —Sobre los particulares estímulos y alicientes que movilizaban peculiar impronta, véanse las reflexivas disquisiciones de Ferrero - Ferrero, *La palingenesi di Roma*, Milán, 1924, página 18 y siguientes; y Fustel de Coulanges, *Questions historiques*, París, 1883, página 407 y siguiente.

Sea como fuere, extinto el fuego de Asdrúbal, se asaltó el campamento: se pasó por el cuchillo a los muchos galos tendidos de ebriedad,[37] se desajustaron las correas de cuatro mil ciudadanos,[38] y se aherrojó a cinco mil africanos e hispanos.[39] Los galos cisalpinos y los lígures que no intervinieron en la liza o bien consiguieron huir,[40] descorazonados ante la conclusión de una empresa que había tenido prósperos comienzos, desastrados retornaron a sus tierras. Regido por una cuestionable y temeraria confianza en sí mismo, pero reposando en su ilimitado talento natural para hacer de sus cualidades su luciente espada, acabó Nerón por despedazar los grilletes de Italia; y es con enorme justicia que perviva su gesta en miríficos versos:

Quid debeas, o Roma, Neronibus,
Testis Metaurum flumen et Hasdrubal
Devictus et pulcher fugatis
Ille dies Latio tenebris.[41]

37. Polibio, XI, Fr., 3.

38. Livio, XXVII, 49, 7; Orosio, IV, 18, 14.

39. Orosio, IV, 18, 14.

40. Documenta Livio, XXVII, 39, 2, que ya rebasados los Alpes se unieron 8 000 lígures a la expedición; estipulo que lograra librarse ileso un número inferior a 2 000 y, presuntamente, parigual cantidad de galos. Si hemos de adicionar a estos 4 000 desertores y fugados los 5 000 cautivos y casi 500 galos asesinados en el campamento, damos con la cifra de 20 000 bajas sobre el campo de batalla, estribada la operación aritmética sobre un ejército de 30 000 efectivos.

41. Horacio, *Carminum,* IV, 4, 39 - 42.

VIII

EL ASCENSO DE ESCIPIÓN

Nadie en Roma osaba dar fe a tan rutilante victoria; se desconfiaba de los primeros reportes por mor de su vaguedad, reproduciéndose constantemente nuevos rumores carentes de rigor oficial. Prodigadas las almas al infundio y la incertidumbre, hacia el 25 ó 26 de junio, arribó una correspondencia lacrada con el anillo de Lucio Manlio Acidino. Divulgado el remate de la batalla, se desbordaron los santuarios, recobraron los edificios públicos su esplendor, y se encargaron los comercios de suministrar todo lo necesario para celebrar banquetes en honor del ejército vencedor. Brindó mayestático éxito un giro absoluto en la deplorable situación de la ciudad; y tanto, que, transcurridos los festejos, se aventuró un apreciable porcentaje de la población en las actividades financieras: se concertaban transacciones, se licitaban terrenos, se prestaba el dinero y se reembolsaban los préstamos.[1] Se debían las magníficas operaciones, precipuamente, a la victoria; pero también, presumo, a la circulación de las primeras monedas de oro acuñadas en la ciudad.[2]

Previa concesión de un merecido reposo a fatigados miembros, marchó Nerón a la Basilicata y arrojó delante de las torres de vigilancia, en un episodio siniestro y recusable, la cabeza de Asdrúbal, escrupulosamente preservada para su identificación, y expuso a los cautivos bajo el yugo de las cadenas: devastado por mor de la malaventuranza de su hermano, ¿y perci-

1. Livio, XXVII, 51, 10.

2. Pizzamiglio, *Storia della moneta romana dall'a fondazione di Roma alla caduta dell' impero d' occidente,* Roma, 1867, página 151.

biendo la estrepitosa conclusión de tan fatigante y laborosa empresa?,[3] mudó campamento Aníbal al Brucio y dictó allí la concentración de las huestes.

Presumían los magistrados que tendría la guerra su epicentro en el corazón de Italia. Y mientras se perfilaban las operaciones y se terminaba de orientar la logística a proseguir, brotaron nuevas hostilidades en Hispania: contuvo Marco Junio Silano los primeros focos rebeldes, y conquistó Lucio Escipión la opulenta Orongis, distinguida base púnica por su feracidad y su propicio emplazamiento para dominar las aldehuelas del interior.[4] Respetada la vida y los valores de los particulares, méritamente, se granjeó la admiración de los soldados por su benevolencia y abnegación. Empecinado Asdrúbal Giscón en revivificar una campaña perdida, incorporaba efectivos durante sus intrincadas incursiones. Mas concluyó Escipión que tan sólo se trataban de los últimos manotazos de un pueblo agriado por los recientes fracasos; y, sin otorgarle gran trascendencia, enfrascó a las legiones en los cuarteles, remitió a su hermano a Roma para exposición de los éxitos habidos[5] y plácidamente se retiró a Tarragona. Conforme maduraba nuevos proyectos, donde, según parece, gestionaba su candidatura para el consulado del 205 antes de Cristo,[6] determinó el Senado el retorno de los cónsules para la celebración del triunfo, consignándose a las fuerzas de Nerón la supervisión de la Cisalpina;[7] congregados magistrados y senadores en la basílica de Belona para convenir la conmemoración pública, derivaron broncos coloquios en una controvertible avenencia: como había sido Livio el encargado de recibir los auspicios el día de la batalla, requisito esencial de máxima autoridad oficial[8] ,¿y también, acaso, en aras de restaurar su antaño maltrecha imagen?, triado por la gracia divina, travesaría el *pomerium* a cuadriga, precedido de sus tropas; y Nerón, a corcel y sin soldados:

3. Eutropio, III, 18, 2; Horacio, *Carminum*, IV, 4, 50 - 75; Livio, XXVII, 51, 12; Hermann, *Culturgeschichte der Griechen und Römer*, Gotinga, 1857, página 64.

4. Livio, XXVIII, 3, 3 - 4.

5. Eutropio, III, 16, 2.

6. Willems, *Le sénat de la république romaine*, II, Lovaina, 1883, página 93.

7. Livio, XXVIII, 9, 4.

8. Laqueur, *Über das Wesen des römischen Triumphs*, en *Hermes*, XLIV, Berlín, 1909, página 221.

compartido el triunfo, pluguidos, columbraban los cónsules que redundaría la gloria en superior majestad para entrambos. Sin embargo, acabó por ser Nerón el incuestionable campeón en la opinión pública. Cedido todo honor a su colega, se robaba las miradas por su excesiva modestia;[9] merecido lo tenía. Aparcada caliginosa enemistad en beneficio de la república, recorrió más de 450 kilómetros en un período de ocho días,[10] siendo categórica su intervención en el campo de batalla. Acantonado Aníbal en el último rincón de Italia merced a su arrojo y audacia, discreto montaba en solitario, sin inmutar señera traza ante la perceptible injusticia. ¡Cuánto garbo, cuánta dignidad, cuánta nobleza!

Rematado el primoroso cortejo, se depositó en el erario público la refrescante suma de tres millones de sestercios y ochenta mil ases. Compensó las fatigas Livio, distribuyendo cincuenta y seis ases por cabeza: prometió parigual cifra Nerón a su retorno al frente; rozagante por mor de la munificencia de los generales, se apresuró la soldadesca en promover las candidaturas de Lucio Veturio Filón y Quinto Cecilio Metelo, entrambos hombres de los Escipiones, trastocando hondamente los planes de Levino.

A principios del verano, bordó Levino la travesía de Sicilia a África, pegó fuego en territorio uticense y cartaginés, bloqueó a una experimentada flota conformada por setentas naves, acarreó a Lilibeo un inmenso botín y destinó a Roma grandes cargamentos de grano. Se había convertido Levino en el supremo árbitro de la mar: concentrada su actividad en el monitoreo de las costas, a sumo encanto, fue absorbiendo la consideración de la opinión pública. Mas eran Filón y Metelo los señores del valimiento consular y del orden ecuestre:[11] fácil cosa fue la obtención de sendas bancas para el consulado del 206 antes de Cristo.

9. Valerio Máximo, IV, 1, 9.

10. Lecomte, *Studes d'histoire militaire: antiquité et moyen - âge*, París, 1869, página 107.

11. Según parece, cooperó Nerón con los Escipiones durante la promoción de las candidaturas de Filón y Metelo, para continuar menoscabando el influjo de los Fabianos en las magistraturas, sumamente diezmado tras la muerte de Marcelo y Crispino, aun en detrimento de las aspiraciones de Levino, importante figura de los Claudios. —Cf. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 73 y siguiente.

Observados los actos protocolares, se encaminó Livio a la Etruria para iniciar una exhaustiva investigación y dar con los pueblecillos etruscos y umbros que acogieron a Aníbal; que destacaron poderosos contingentes de soldados; que alimentaron a su ejército; que albergaron a los heridos; en fin, que mancillaron la nombradía de Roma en virtud de una quimera. Afanado el Senado en la observancia de forzosos menesteres, no había forma de poderse intuir los peligros que habían de oponerse en Hispania.

Doblegada la resistencia de Ilipa, Ilurgia y Cástulo, ciudad en la que celebró los funerales de su padre y su tío, tierra donde concedió su progenitor últimos soplos de aliento,[12] por no dosificarse debidamente, fue alcanzado Escipión por la enfermedad, siéndole perentorio reponer fuerzas en Cartago Nova. Hacía rato que venían forjándose ilusiones Mandonio e Indíbil de avasallar Hispania una vez expulsados los cartagineses; y como, a la sazón, nada se había desarrollado según sus expectativas, percatados de la dolencia del procónsul, concitaron a sus coterráneos, sublevaron a la mocedad celtíbera y devastaron los distritos de suesetanos y sedetanos, amigos y aliados de Roma. Capitalizando los desórdenes, un destacamento próximo al Sucrón, ahíto de la severidad de los oficiales, de las arduas fatigas, de las inclemencias de las estaciones, del incumplimiento del cobro de sus haberes y, sugestiva cosa: de la pulcra imagen que se guardaba en Roma de Escipión,[13] resolvió amotinarse. Según parece, merodeó en las mentes audaces la idea de confabularse con sendos régulos propensos a hacerse con el dominio de la provincia: los caudillos de la revuelta, los soldados rasos Gayo Albio Caleno y Gayo Atrio Umbro, evacuaron a los superiores y se atrincheraron en el campamento. No pasó mucho para que se diera a circular un vago informe sobre la defunción de Escipión: cobrado fuerza el mismo, se abalanzaron los más intrépidos y acezados de rapiña sobre las ciudades indefensas, cediendo toscos genios a primitivos instintos; mas ningún legado validaba inconcreta y harto superficial información. Entonces comenzó la soldadesca a percibir que carecía de fundamento, y poco a poco fue el motín sofocándose, hasta extinguirse por completo. No pocos cedieron al

12. No así su tío, muerto en Ilurco (Pinos Puente). —González Fernández, *Ilorci (Plinio N. H. 3, 9),* en HABIS, VII, Sevilla, 1976, página 403.

13. Apiano, *Iberia,* 34.

pánico cuando supieron de veraz fuente, no sólo que se hallaba con vida Escipión, sino que convalecía de su dolencia y le habían develado sus partidarios la sedición; cursado en las guerras, pero desmañado en las turbulencias del atrincheramiento, como no podía permitirse trastabillar, maniobró Escipión con prudencia. Inviable la consumación de un drástico escarmiento, supuesto que pudieran resentirse las legiones, pronto por atemperar la irritación general, expidió una diputación tribunicia donde los acuartelados para verificar la soldada con la remisión de recaudadores a las ciudades estipendarias vecinas,[14] y concedió plenas facultades a los *tribuni aerarii* (tribunos del erario),[15] bien en pequeños grupos, bien en conjunto, para partir a Cartago Nova y recolectar el dinero y las provisiones.[16] Por seguridad, prevaleció el criterio de marchar como unidad: ¿tendrían los alborotadores la suficiente hombradía para confrontar a Escipión?

Ya en la plaza, advirtió la soldadesca el acondicionamiento de una expedición contra Mandonio e Indíbil; provocó conveniente situación el contentamiento del grueso de los facciosos: ¡preveían tener a Escipión a su merced! Había fraguado el agudo capitán un severo, pero indispensable, correctivo. Determinado a escardar todo hierbajo y maleza de su ejército, exigió a los tribunos que acogieran y arroparan a los amotinados para propiciar una atmósfera cordial. A la alborada, aseguró el cuerpo expedicionario los bagajes a vista de todos y marchó. Ya a una distancia apreciable, se dio la voz de alto, se descargaron los petates y retornó un escuadrón especial para encordonar el recinto y custodiar las puertas; conforme explicaba Escipión cómo se haría efectiva la remuneración, interrumpió la sesión un puñado de tribunos para exponer a treinta y cinco revoltosos amordazados y maniatados: atados al poste, padecieron bajo el estricto régimen del látigo.

Expiada la indeleble falta, se captó nuevamente Escipión la voluntad de los soldados: ora con un juramento, ora con el escrupuloso abono de la paga. Desbravados díscolos espíritus del sensible tejido constitutivo del ejército, se partió contra los ilergetes y, en menos de una semana, se acam-

14. Livio, XXVIII, 25, 10; Polibio, XI, Fr., 25, 9.

15. Varrón, *De lingua latina*, V, 181; Cagnat, *Lexique des antiquités romaines*, París, 1894, página 290.

16. Apiano, *Iberia*, 34.

pó frente al enemigo.[17] Se extendía delante del campamento un frondoso valle, circundado por una voluminosa cadena montañosa. Intuitivo, mandó allí Escipión el arreo del ganado robado de los campos para embravecer a los aborígenes y, emboscado bajo un oportuno saliente, se estacionó un cuerpo de caballería a las órdenes de Lelio: valentones cargaron los ilergetes contra la infantería, embarazada en la traslación de las cabezas de res, pero les fue incapaz rivalizar. Holgado embistió Lelio a campo traviesa y remató la reyerta. Cualquiera hubiera creído que degradante fiasco habría de drenarles la moral; pero, en contravención de todo presagio, al primer albor efectuaron su reaparición, desafiantes, portando armas. Mas en una nueva ocasión, dio testimonio Escipión de su acabada idoneidad y estro militar: estudiado pormenorizadamente el terreno, reparado en su estrechez, convencido de que se adaptarían las legiones a sus dimensiones en contraposición a las parcas aptitudes de los ilergetes, bragados y pujantes, pero legos en táctica y estrategia, encargó a Lelio circuir las colinas del valle y arremeter por retaguardia. Encentada la contienda, según forzaban las legiones a retroceder a la vanguardia, se abalanzó la caballería sobre las últimas líneas, desconcertadas y vulnerables, encauzando el exterminio aborigen: para el véspero, yacían a lo largo del valle los cuerpos mutilados y en descomposición de veinte mil adversarios.

Al par que se apropiaba Escipión del campamento y de un cuantioso botín en oro, hombres, granos y cereales, forzado a posponer sus pretenciosas aspiraciones de enseñorearse de Hispania, solicitó Indíbil audiencia, y una legación presidida por su hermano desempeño un ignominioso papel, osando imputar las maliciosas operaciones al febril delirio de sus compatriotas. ¡Resulta que eran los régulos rehenes de la avidez de su propio pueblo! Nadie en su sano juicio podría suscribir insolente dislate: de ahí que, anticipando un implacable castigo, a viva voz enunciara Mandonio sus ansias de trocar en devoto siervo de Roma.[18] ¡Cómo se torcieron las cosas! Concluida la patética secuencia, hastiado de tanta hipocresía, se pronunció Escipión en términos duros; según concordaban los circunstantes, condicionada su valoración por mor de los recientes acontecimientos, se imponía la pena capital:

17. Polibio, XI, Fr., 32.
18. Apiano, *Iberia*, 37; Livio, XXVIII, 34, 6.

empero, antepuso Escipión su reputada diplomacia por sobre el más que legítimo dictamen de arrojar ante el sayón a uno de los responsables de la muerte de su padre[19] y acabó por indultar a entrambos hermanos; no sin antes recuestar una gruesa suma para cumplir con las legiones.

Restauradas las frívolas y lábiles relaciones políticas y comerciales en la región, se expidió a Silano a Tarragona y a Séptimo a Cádiz, para concertar una entrevista con un rey sin solio: el masilio Masinisa. Había estado presionando Masinisa para ingresar en la coalición romana, cautivando el interés de Escipión. Percibida la substanciosa gabela, se encaminó a Cádiz a oír la propuesta: con abrasante ardentía se pactó la invasión de África;[20] asistido por Masinisa, si convencía al Senado de apoyar su causa, tantearía vencer al enemigo en su propio terruño. Sin embargo, aun cuando podía explotar la afición de la opinión pública, debía velarse del sector más rancio de la parcialidad aristocrática; no obstante su eminente currículo. En efecto, a un lustro de calificar para el gobierno de Hispania, donde debió acabar con la resistencia de tribus y aldehuelas hostiles; donde debió ocuparse de personalidades señeras para que aportaran soldados, dinero y suministros a la campaña; donde debió adornar una falsa promesa de libertad a los *servi publici* para que prestaran un celoso servicio en los talleres,[21] y donde debió bajar el martillo a una embrionaria rebelión, era un hecho que este espíritu voluntarioso, esta naturaleza y constitución infatigables, este genio prodigioso, ilustrado, precoz y vivaz, había restituido la grandeza a su casta.[22]

Circunscripto Escipión en la programación de sumo proyecto, aspiraba Roma a reimpulsar su economía; prensado Aníbal en el Brucio, se dio preferencia a la reorganización de la caja pública y se dispuso a la ciudadanía el retorno a los campos, procurándose proliferar mediante el cultivo.[23] Fácil

19. Livio, XXV, 34, 11.

20. Apiano, *Iberia*, 37; Livio, XXVIII, 35, 11. —No termina por convencerme Matthias, *Nochmals Ovidius gedichte aus der verbannung und die varusschlacht*, en *N.J.P.P.*, Leipzig, Teubner, 1884, página 203, cuando estima que tan sólo responde la convención de Cádiz a la tradición mítica familiar de los Escipiones.

21. Polibio, X, Fr., 17, 9.

22. Enodio, *Declamationes*, XXI, 22.

23. Describe Teofrasto, *De historia plantarum*, V, 8, 3, al Lacio como una pradera cubierta de magníficos bosques. Y respecto a la naturaleza del *ager romanus*, existían

cosa era decirlo, no que hacerlo. Habían barrido la guerra y la peste con los campesinos libres; escaseaban las *familias* de esclavos,[24] y en las tierras públicas de la Italia meridional, donde el próvido ecosistema había contribuido considerablemente al aumento de hombres durante cinco siglos,[25] habían sido alcanzadas las pequeñas granjas por el fuego intenso de la guerra; pero a pesar de todo retornó un estimable número a sus hogares y adquirió nuevos esclavos: puestos bajo la vigilancia de un contramaestre, y asistidos durante la siega y la vendimia por pegujaleros contratados a jornal procedentes de ciudades rayanas,[26] fueron de suma utilidad para prosperar paulatinamente. Producía la población su propio alimento; y cuando lo hacía en exceso o consumía menos de lo necesario, vendía su producto en localidades vecinas a un coste relativamente módico: se invertían revitalizantes ingresos en la economía doméstica, el saneo de deudas, en el ahorro de una pequeña dote, en la compra de esclavos.

Entretanto, anunciados de la hibernación de Aníbal, partieron los cónsules a Cosenza y se invirtieron en las correrías y depredaciones; hinchadas las alforjas se encaminaron hacia la Basilicata, donde accedió la pluralidad de pueblos al dominio de Roma. Desesperado por el vuelco de los sucesos, fue imperativo a Aníbal encomendarse a su patria; era la situación escabrosa: alcanzaron a estar los hombres hasta tres días sin comer, contrariados por la falta de pago[27] y por cohabitar en las tiendas con gentes de otros terruños, con distintas lenguas, costumbres y creencias. Afanados procuraban sus principales accionistas el expido de navíos con trigo, soldados y

---

amplias extensiones de tierra cultivable, donde superaba la espesura del terreno los treinta centímetros, haciendo harto propicia la aradura; evidentemente, preveía servirse el Senado de ubérrimas tierras para progresar en la economía. —No obstante, me es necesario manifestar la hipótesis de Tommasi - Crudeli, *Il clima di Roma*, Roma, 1886, página 126 y siguiente, que expone una perspectiva divergente respecto a la vasta productividad del *ager romanus*, contrastando con la opinión predominante entre académicos versados en la materia.

24. Livio, XXVIII, 11, 9.

25. Dureau de la Malle, *Économie politiqué des romains*, II, París, 1840, página 124.

26. Catón, *De re rustica*, 145.

27. Livio, XXVIII, 12, 5.

dinero,[28] y acelerado reclutaba Magón mercenarios en la Cispadana y en la Liguria y expoliaba el erario público y los templos de gaditanos. Pero como ninguna intentona prosperaba, acabó Aníbal por cogerla con sus aliados.

Mientras desmerecía Aníbal a las ciudades poderosas, sometiéndolas a numerosas requisas, imponiéndoles gravosas gabelas, despojándolas de sus cosechas y acusando a prohombres bajo el asidero de sublevación en aras de usurpar bienes y propiedades, proseguía Escipión con lo suyo: como era preciso ejercer un estricto dominio sobre los régulos aborígenes, expidió, entre las aldehuelas y comarcas, pretores en calidad de gobernadores y superintendentes para consolidar una estrecha vigilancia y prevenir desventurados sucesos; fundó Itálica,[29] un pertinente establecimiento para la asistencia de los soldados heridos; confió la supervisión de la provincia a Lucio Cornelio Léntulo y Lucio Manlio Acidino, y premuroso se hizo a la vela rumbo a Roma, aguardando a que propusieran sus partidarios su candidatura para el consulado. Quedó fascinado el Senado con los carros excedidos de riquezas, la robusta caravana de prisioneros y un botín de 14 342 libras de plata:[30] ya no había sitio para la hesitación: aquel mozo que supo partir entre murmullos y un manto de incertidumbre retornaba envuelto de gloria, con un halo de esplendor que le asistía en cada paso. Desventuradamente, incomodaba su irrupción a añejos generales, desagradados por el cariño brindado a este singular talento que, sin ostentar magistratura alguna, había cosechado señoriales palmas en su pasible vida cuartelera; y tanto que fue la malevolencia de Fabio elocuente. Artífice de la grandiosa estrategia que libró a Italia de serviles cadenas, y primicerio en una larga lista de sonados adalides, fácil se fastidió al entrever que le había emergido un serio contendiente en la egoísta disputa por reclamar el título de campeón del pueblo.[31] Pero si había algo que jamás hubiera previsto Fabio, era que terminaran sus iterativos desprecios por agostar a un sector de su agrupación: deslumbrado por mor de su ascendiente sobre vasallos y su impoluto liderazgo, firme de pulso para castigar el desacato a la autoridad como para dispensar ominosas

28. Apiano, *Aníbal*, 54.
29. Ídem, *Iberia*, 38.
30. Livio, XXVIII, 38, 5.
31. Véase Niebuhr, *Römische geschichte*, IV, Jena, 1844, página 212.

transgresiones a fementidos aliados, estimaba un acierto, a la sazón, cederle la iniciativa a este operante genio resuelto a concluir la guerra. Convencida una buena porción de los senadores de las virtudes políticas y militares de Escipión, aprobada su candidatura por concurso del ejército mediante la remisión de una correspondencia de Hispania,[32] la cual hubo de estremecer al grueso de la bandería Fabiana,[33] ingresó en la terna y fue electo junto al *pontifex maximus*, Publio Licinio Craso, esclarecido baluarte del arco político Escipiónico.[34]

Victorioso en los comicios, con tanto celo le acobijó la muchedumbre que, excitados ante tan magnífica ocasión, alardeaban sus amistades de sus influencias políticas y de sus cualidades militares; superlativas según versados en la materia. Fueron estas capitales para arrojar a los cartagineses de Hispania; se suponía que emularía símil proeza en Italia. Era la tarea en sí dificultosísima, pero durante los últimos meses diezmó la peste al ejército invasor;[35] los suministros no arrimaban, ni siquiera para subvenir las necesidades básicas,[36] y en Hispania, donde su ausencia aguijó una nueva insurrección, se arrancaron de raíz los nuevos brotes, se impusieron rigurosos impuestos a las ciudades, se confiscaron las mejores tierras y propiedades, se abrieron expedientes, se reclamaron rehenes y se levantaron fortísimas guarniciones.[37]

Concertada Sicilia en el reparto de provincias, comenzó a gestionar Escipión la aprobación de la invasión de África, persuadiendo a su facción sobre los muchos beneficios políticos y militares implícitos en una potencial expansión de las operaciones en superficie cartaginesa. Día y noche, despierto o soñando, ocupaba sus pensamientos la trascendente infiltración de las legiones en el continente. Y al grado de que murmuraba en su fuero íntimo que, en caso de toparse con trabas jurídicas, sondearía la posibilidad

32. Valerio Máximo, VIII, 15, 1.

33. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele*, Basilea, 1868, página 58.

34. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 410.

35. Orosio, IV, 18, 16.

36. Livio, XXVIII, 46, 15.

37. Apiano, *Iberia*, 38; Livio, XXXIX, 3, 5.

de zarpar por mediación del pueblo.[38] Transcurridas unas cuantas semanas de tensa calma, cuando fue un hecho que no habría el Senado de transigir, dio un paso más audaz y, para acabar de prendar al populacho, pregonó que, invocado por la grandeza de Roma, guiaría al ejército en territorio enemigo. ¡Era Escipión una versión optimada de Marcelo! Ante tanto despliegue de presunción y envanecimiento, fue insoslayable a Fabio increparlo en la Curia; inocultable deletéreo aborrecimiento, desaprobó su arbitraria sociedad con Masinisa, la veleidosa disciplina de sus legiones, su permisividad con los agitadores y sediciosos, su precipitado proceder, su ambición supina, su soberbia, su altanería. ¿Pecados de su mocedad o preocupantes y, desde luego, atendibles rasgos de su personalidad? Sea como fuere, tan áspero discurso obtuvo recepción en el seno de los senadores primevos, recelosos de su edad, su desparpajo y su abrumante espíritu de audacia juvenil,[39] arredrados ante la posibilidad real de enviar un ejército a África.[40] Siéndole perentorio objetar, remirado escogió Escipión cada una de sus palabras; percatado de la influencia de Fabio en las resoluciones magistratales, diestro en las pulseadas políticas, sentimiento en vena, no observó en el acalorado discurso más que envidia, indolencia y cobardía, y a sobrio tiento redarguyó, con argumentos sólidos y procedentes, la inconveniencia de su edad: pues incordiante dilema que desasosegaba a vacilantes senadores se omitió cuando se le fio la jefatura de una Hispania asediada por cuatro ejércitos, embeleñadas las centurias con su perfil, su verbo, su carisma. ¿Bajo qué fundamento mencionarlo, a la sazón, si no para embalsar su proyecto?

Transcurridas unas pocas jornadas, aún conservaba el Senado sus reservas,[41] presumiblemente sermoneado por Fabio, que, abrumado por los des-

38. Livio, XXVIII, 40, 2.

39. Haller, *Fabius und Cato: ein stück der römischen geschichte*, Karlsruhe, 1779, página 55.

40. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 282 y siguiente.

41. Pese a que la política agresiva verificada en el 215 antes de Cristo resultó fructuosa para Roma, plasmándose en las conquistas de Siracusa, de Tarento y en el parcial sometimiento de Hispania, de modo incompresible, se retornaba a la extrema cautela, tan característica en este período, y se ponía el freno de mano. Pues además de las asiduas disputas políticas, parecía que se dudara del genio, el arrojo y la pujanza de Esci-

agradables episodios suscitados en la Curia, se descargaba en su círculo, enervado ante la eventualidad de confiar el destino de la guerra en un mozo obstinado, faltón, que desacreditaba a mejores capitanes y flirteaba con el bajo pueblo; más aún: que amenazaba con elevar su moción ante esa misma chusma crédula, fácil de sorprender y manipular, en caso de revocación. Pero aunque osara socavar la fidelidad de Craso hacia los Escipiones, enunciándole que debía ser él, y no su colega, el director de las operaciones en África, y empantanara la aprobación del presupuesto para la guerra,[42] acabó por ceder el Senado al raciocino de Escipión y le confirió la regencia de Sicilia con treinta naves de espolón: por medio de la *lex de imperio de provincia Africa*,[43] se le concedió la facultad de echar anclas en África, siempre y cuando lo ameritara la empresa; titular de la suprema dirección del culto oficial, habría de conservarse Craso en Italia, circunscripto a la protección del Brucio y de la ofensiva contra Aníbal.

Previo desplazamiento, auspició Escipión los juegos prometidos con voto cuando la sublevación militar; financiados con el dinero ingresado en el erario público por asentimiento senatorial,[44] pudieron celebrarse con fausto y pompa, agigantando su leyenda entre el bajo pueblo, harto excitado con sus orígenes divinos. Preconizado por Roma en su integridad, se había resuelto a concretar su supremo programa del desembarco africano, prevalido de sus terremotos internos, replicando parigual agenda de Aníbal en Italia;[45] mas no podía serle todo tan sencillo: abroncado por Fabio, le denegó el Senado la verificación de una leva; pero, cuando menos, se le concedió autonomía para expoliar a los aliados y coger voluntarios. Languideciente el erario público, suspendido parcialmente el abono de los sueldos, y des-

---

pión, y, a suma difidencia, se le imponían intempestivas condiciones a su intrépido pero indefectible proyecto. —Cf. Merighi, *La tripolitania antica*, I, Verbania, 1940, página 68.

42. Plutarco, *Fabio Máximo*, 25, 3.

43. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 75; 260 y siguiente.

44. Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, II, 1, Leipzig, Von S. Hirzel, 1877, página 125.

45. Floro, II, 6, 55 - 56; Levi, *La política imperiale di Roma*, Turín, 1936, página 105.

plumados los inversores como para andar asumiendo los gastos de tamaña empresa, para la construcción de las naves recurrió a la Etruria: disponía allí su familia de un preponderante circuito de clientelas ligadas a la industria y el comercio.[46] Suministró Cere, por lo tanto, trigo para las tripulaciones y pábulo para la soldadesca; Populonia: hierro; Tarquinios: tela para el velamen; Volaterra: armazones de navíos y cereales; Arezzo: tres mil escudos y otros tantos cascos, venablos romanos y galos, lanzas largas, parigual cantidad de cada hasta completar un total de cincuenta mil;[47] y hachas, azadones, toneles, piedras de moles, cuantas hicieran falta para cuarenta galeones, así como ciento veinte mil modios de cereales y provisiones para decuriones y remeros; Perugia, Clusio y Ruselas: maderamen y trigo; prometieron los pueblecillos de la Umbría y el Samnio ceder sus soldados, y se enlistaron muchos marsos, pelignos y marrucinos de propia voluntad. Mes y medio después de abatirse el último árbol de los umbrosos bosques de Etruria, se botaron treinta embarcaciones.[48] Pronto Escipión a partir, hizo Fabio una fuerte oposición para que el mocerío, ya por los grandes obstáculos durante las reclutas de voluntarios, ya por su eminente labia, declinara a integrar la expedición; y, con malicia, propalaba que, tras su marcha, tendría la suficiente osadía Aníbal de implantarse a las puertas de la ciudad:[49] amedrantada una mocedad débil y pusilánime, a su audacia equipó Escipión en torno a los siete mil voluntarios prometidos de entre su clientela y los pueblos afines a su causa, y desplegó velas en dirección de Sicilia.

Definida su lealtad a los Escipiones, arribó Craso al Brucio y cogió el mando de las legiones de Filón; se encaminó el pretor Espurio Lucrecio a la Galia, Lucio Emilio Papo a Sicilia y Gneo Octavio, a Cerdeña, y permaneció Gneo Servilio Cepión en la ciudad para desempeñar la pretura urbana.

46. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 386 y siguiente. —Cuestiona Niccolini, *La questione dei processi degli Scipioni*, en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, Octubre 1898, página 72, la verosimilitud del episodio, y señala que el minucioso pasaje de Livio, XXVIII, 45, 14, es tan sólo una invención; pero, aun con mis reservas, debo disentir con su observación.

47. Probablemente se emplearan herreros asirios, egipcios, fenicios y helenos en su fabricación; cf. Maindron, *Les armes*, París, 1890, página 106.

48. Livio, XXVIII, 45, 21; Plinio, *Naturalis historia*, XVI, 192.

49. Plutarco, *Fabio Máximo*, 26.

Aún acrimonioso el cuadro financiero, se osó calcular el coste que representaría a la república el desarrollo de las operaciones. Cometida la adición, aún insuficiente el capital, para no desamparar a los generales, se vendió parte del territorio campano comprendido entre la *fossa graeca* y la mar, y se admitió la denuncia de los prodiguísimos dominios pertenecientes a las potentadas familias de la Campania.

Mientras se hacinaba desesperadamente dinero para sufragación de la guerra, abordó Magón de Amílcar la impotente y débil Génova, y se encaminó a las costas de los lígures alpinos para promover un alzamiento. Noticioso de que se las tenían ingaunos y epanterios montanos, depositó el botín en la plaza fuerte de la actual Savona, estacionó una decena de navíos en el puerto y fletó el resto a Cartago para custodiar las playas, debido a que circulaba el rumor de que surcaría Escipión la mar: resuelto a soliviantar la Liguria, se avino con los ingaunos y montó la ofensiva contra los montanos.[50] Aparentemente, en su arribada a Génova contabilizaba doce mil infantes y dos mil monturas, pero la noticia de su aparición, y, sobre todo, su nombradía y su boga, agitaron a los galos; y de tal forma que, eufóricos, se apersonaron en su campamento cientos de mozos codiciosos, ávidos por cosechar un pequeño capital. Suscitó inopinada circunstancia una viva preocupación: ¿pues de qué valió contentarse con la aniquilación de Asdrúbal si surgía otra guerra sin otra variante que la del capitán?

Para clemencia de tan agobiante campaña, se alcanzaron a interceptar ochenta naves de trasporte en aguas sardas, rebosantes de trigo, cereales, carnes, dinero y soldados, que con mucho esfuerzo se habían confiado a Aníbal, aún constreñido por mor de la mortífera epidemia que regaba de cadáveres los cuarteles.[51] Desazonado por la pesantez, y definitivamente desabastecido, para aplacar el dolor de espíritu erigió un altar en el templo

50. Livio, XXVIII, 46, 11.

51. Aun cuando se admite la localización de los cuarteles púnicos de Abruzos en las inmediaciones de Crotona, me adhiero a la conjetura de Strafforello, *Geografia dell' Italia*, IV, 2, Turín, 1890, página 13, que sitúa a los campamentos principales en una pequeña ciudad del Golfo de Squillace, en la cual ha perdurado la esclarecedora inscripción de «*castra Annibalis*».

de Hera Lacinia, refiriendo sus hazañas en caracteres púnicos y griegos;[52] a esto se había reducido su quimera: un rememorativo del intrépido adalid que supo ser.

Desmoronada la nombradía enemiga, ultimó Escipión sus preparativos: organizó y distribuyó a los voluntarios en centurias; escogió de Sicilia a trescientos *equĭtis* de ilustre prosapia; y su escolta personal, constituida por trescientos soldados que lo acompañaban devotamente desde Hispania,[53] cuidadosamente cribados por su disciplina, su aptitud y su condición física, los preservó inermes, ocultando a subalternos su auténtica función. Era consciente Escipión de los trances, las dificultades y los rigores que escondía la expedición, muy lejos de casa, la cual acarrearía peligros por tierra y por la mar, y donde los lóbregos vestigios de los motines aún persistían. De modo que anunció a sicilianos la admisión de renuncias durante la fecha de presentación: ¿los requisitos? Ceder los equipos y corceles a un substituto. Parto de las vacilaciones y un pronunciado pavor, todos desertaron, pudiendo disponer su escolta personal de equipos nuevos,[54] eximiendo, a su agudo ingenio, de todos los gastos a la república.

Para cuando las últimas hojas rezagadas en la cúspide de añejas ramas cayeron y se fundieron en el rocío y la escarcha, resguardó Escipión al ejército en las ciudadelas; exigió una contribución en trigo a las poblaciones y almacenó el transportado de Italia; reparó las embarcaciones en desuso y encomendó su navegación a Lelio para el saqueo de los labrantíos de África, y acaparó a las nuevas en Palermo con el cometido de guarecerlas de la mala estación porque se habían construido precipitadamente con madera verde y temía el agrietamiento de los listones. Observadas las disposiciones, marchó a una Siracusa consternada por las violentas sacudidas de la guerra:

52. Sobre el contenido de la inscripción en cuestión, existen discordancias entre los historiadores de la antigüedad. —Daniele, *Ragionamento intorno ad un' antica statua di Annibale cartaginese*, Nápoles, 1781, página XVIII y siguientes.

53. Plutarco, *Fabio Máximo*, 26, 2.

54. Yerran Apiano, *Aníbal*, 55; y Livio, XXIX, 1, 10, al asumir que adiestraron los sicilianos a experimentados soldados; véase Plutarco, *Fabio Máximo*, 26, 2: «*Ταύτα λοιπόν λέγων, εφόβισε τους Ρωμαίους, και εψήφισε να μεταχειρισθή ο Σκηπίων μόνα τα στρατεύματα της Σικελίας, και εκ των συνοδευσάντων αυτόν εις την Ιβηρίαν να λάβη τριακοσίους, οίτινες ήσαν πιστοί εις αυτόν*».

con justo derecho reclamaban griegos a italianos las propiedades restituidas por el Senado. Ponderando que durante su gestión debía respaldar los dictámenes senatoriales, restituyó, en parte mediante edictos, en parte mediante feroces procesos, los patrimonios a sus legítimos señores; pronto obtuvo el apoyo de los potentados, gozando de su decisiva asistencia para la plena cobertura de los abastecimientos.

IX

LA EXPEDICIÓN DE ÁFRICA

Pendiente la ciudad del despliegue de Escipión en Sicilia y de la evolución de las operaciones, fue Nevio procesado por pronunciarse contra la dignidad los Metelos,[1] familia de ascendencia y gravedad, a la cual le imputaba el monopolio de las magistraturas; decía, y con propiedad:[2]

Fato Metelli Romae fiunt consules.

Saturado un poderosísimo sector del patriciado por ser la diana predilecta del escritor, se dictó silenciar dicaces andanadas.[3] Doliente por mor de tan ingrata condición, comenzaba Nevio a ciar. Esmerado, ensayaba una forzada disculpa, osando remedar, en versos vacíos y privados de su distintiva espontaneidad, la descarnada ventura.[4] Conturbado por el episodio, circulaba el gentío con sentida molestia: si un hombre tan respetable podía ser apartado de la escena con suma facilidad, y únicamente porque incomo-

1. Aulo Gelio, III, 3, 15; Horacio, *Epistulae*, II, 1, 150; Plauto, *Miles gloriosus,* 211.

2. Véase en Drümann, *G. R.*, II, Koenigsberg, 1835, página 20 y siguientes, los cuadros genealógicos de los Metelos.

3. Proscribía la ley de las XII tablas los discursos y recitaciones de versos que pudieran atraer sobre otros la infamia; predeciblemente, por las tablas IX y X, las cuales debían de contener el derecho público y sagrado. —San Agustín, *De civitate dei,* II, 9; Cicerón, *De re publica*, IV, 10, 12; *Tusculanae disputationes*, IV, 2, 4; Bruns, *Fontis juris romani antiqui*, Siebek, 1863, páginas 28 - 34; Voigt, *Die XII tafeln. Geschichte und System des civil- und criminal - rechtes, wie -Processes der XII tafeln, nebst deren Fragmenten,* Leipzig, 1883, página 44. Curiosa cosa, gozaban los poetas de plena autonomía para escarnecer a las divinidades; cf. san Agustín, *De civitate dei,* II, 12.

4. Aulo Gelio, III, 3, 15.

daba a ciertas familias, qué les depararía el acaso a sobrias sienes cuando desaprobaran los abusos gubernamentales, la carencia de mano de obra barata, el hambre en los campos, la importuna prolongación de una guerra que únicamente aportaba desventuras a Italia; mas debió la ciudadanía morderse la lengua y las amistades de Nevio, tragar: sólo algunos, los más osados, descendían al foro a peticionar a ecuánimes senadores terciar en pos suyo.

Expectante Roma sobre el porvenir de Nevio, holló tierra Lelio en los derredores de Hipona Regia y puso en movimiento al ejército. Presto se difundió por todo Cartago que se había hecho presente una fuerte flota presidida por Escipión; pero como ciertamente se desconocía cuántas naves habían fondeado, cuántos soldados andaban dispersos en los campos o si presidía el propio Escipión la expedición, como suele acaecer en tales circunstancias, se exageraban los informes.[5] Contribuyó al desconcierto las dificultades subyacentes: desde la convención de Cádiz, operaba Masinisa una apretada rebelión; en la Cispadana, no provocaba Magón ni un atisbo de insurrección ni tampoco se unía con Aníbal; y el propio Aníbal, desde la muerte de su hermano, padecía un desgaste en prestigio y en fuerzas. Entregados los ánimos a las lamentaciones, la inminencia de la amenaza condujo a los sufetes a disponer de cuerpos mercenarios africanos; concertar la traslación de los rústicos a la ciudad; fortificar las murallas, levantar torres de vigilancia y alistar un escuadrón para fiscalización de las vías principales; acopiar trigo y hierro para el forjado de las armas; en fin, equipar naves para fletarlas a Hipona Regia y contener el avance romano. En medio de los exuberantes preparativos, se reveló que tan sólo se trataba de Lelio capitaneando a un manojo de legionarios para amedrantar al campesinado. Serenados los ímpetos, se expidieron, en consonancia, legaciones a Sífax y a otros régulos para afianzar los tratados;[6] a Filipo, con la promesa de recom-

5. Livio, XXIX, 3, 9.

6. Desde su sociedad con Roma en el 213 antes de Cristo, maniobró Sífax según su conveniencia. Precipitado arremetió contra los cartagineses y la tribu de los masilios en aras de enseñorearse de toda Numidia. Vencido por la pujanza de Masinisa, se refugió en Mauritania; firmó la paz con Cartago para recobrar sus dominios, y, en una nueva ocasión, estrechó lazos con Roma hacia el 210. Tras la muerte de Gaia en el 206, consolidó su posición en la Numidia oriental, aprovechando la indeclinable disputa entre los

pensarlo con doscientos talentos de plata si extendía los incendios a Italia; a sus propios oficiales, para retener a Escipión, intimidándolo por todos los modos hacederos, y se incrementaron las fuerzas de Magón con veinticinco navíos, seis mil infantes, ochocientos jinetes y una enormidad de dinero para la recluta de hombres dispuestos a franquear las líneas enemigas y dar con Aníbal.

Le transcendió la inconveniencia de la situación Masinisa a Lelio: era indefectible a Escipión abordar a la brevedad. Sin embargo, previa partida, ponderó el recobro de Locros y delegó la operación en los tribunos militares Marco Sergio y Publio Macieno, solicitando la colaboración del propretor Quinto Pleminio: voluntariosos, partieron tres mil efectivos de Regio portando escalas a la altura de la ciudadela, y, hacia el conticinio, se comunicaron las indicaciones a un puñado de obreros locrenses, sulfurados por el rígido dominio cartaginés, para apertura de las puertas. Cruento el asalto, espeluznado ante la ensordecedora trápala y voracidad de las llamas, se refugió el enemigo en una ciudadela vecina, aguardando por el concurso de Aníbal. Previendo los peligros a los que expondría a las legiones si las desasistía, confió Escipión la regencia de Mesina en su hermano y marchó; ganoso por examinar las virtudes de las baterías púnicas, midió fuerzas, aunque por poco tiempo: rechazadas metódicamente las ofensivas, casi que declinando por instinto, retiró Aníbal a su ejército y desmanteló el campamento. Librados a su suerte, los que aún persistían en la plaza resolvieron pegar fuego en los palacios; cubiertos por el grávido velo de la confusión, alcanzaron a diseminarse por los campos.

Enseñoreado de la ciudadela, amonestó Escipión a los funcionarios afiliados a la causa cartaginesa, ejecutó a los máximos instigadores de la defección y, con oportunismo, distribuyó sus patrimonios entre los directores de la bandería que conservaba relaciones con Roma. Satisfecho con la operación, previo retorno a Mesina, le confirió el gobierno de Locros a Pleminio: precipitada medida que pronto habría de deplorar. Pues, con sorpresiva negligencia, algo nada habitual en su común proceder, no se interiorizó

herederos al trono. Revelada en Cartago la convención de Cádiz, hallaron diestros mandatarios en Sífax un poderoso aliado, rubricándose la coalición con la seductora promesa de desposar a Sofonisba, la agraciada y virtuosa hija de Asdrúbal Giscón.

sobre los vicios de los soldados del propretor, y fue nada más a su embarco que, inverecundos, se desparramaron por la ciudad en un violento remolino de lascivia y abusos. Pese a la reprensión de las autoridades locales, con desconcertante insensatez impulsaba Pleminio el bandidaje; avalada por su superior, tuvo la soldadesca licencia para perpetrar las peores vejaciones: contra los hombres, asesinándolos para sustraer sus pertenencias; contra las mujeres, secuestrándolas para el disfrute carnal; contra los dioses, para humillarlos y despojarlos de sus tesoros. Ni siquiera la basílica de Proserpina se vio eximida de la ferina rapiña.

Testigo los cielos de la irreverente, profana e insensata hostilidad, les fue justo y debido a Sergio y Macieno censurar los desmanes, y, sin ocultarse, responsabilizaron a Pleminio como el autor intelectual de malsanas obscenidades: estimando que se le desconocía su autoridad, y sugestionado por montaraz iracundia, mandó por entrambos y los preparó para los vergajazos; concretado el castigo, varios miembros de las legiones tribunicias, repugnados de tanta insolencia y atropellos, se abalanzaron sobre el propretor para asesinarlo.[7] No demoró el bochornoso episodio en alcanzar la tienda de Escipión, debiendo movilizarse para oír los motivos de los involucrados: rematada una escueta, pero elucidante, entrevista, declaró exento de culpas a su legado; confinó a Sergio y Macieno, ordenando sus traslaciones a Roma; se disculpó con los notables de la ciudad, visiblemente aquejado por las transgresiones; y, breve alto en Mesina, partió a Siracusa.

Pondero que, si no hemos de emprender el menester ejercicio de valorar el episodio en su contexto, pudiéramos tropezar en la tentación de imputar a Escipión la promoción de punibles actos: férreo enemigo de las pendencias y los desórdenes, debió de sopesar a detalle sus opciones; mas curtido en las tempestades del amotinamiento, en aras de precaver otro Sucrón, acabó por indultar a los soldados, aun cuando detestara la resolución.[8] Pues especula-

7. Livio, XXIX, 9, 7.

8. En efecto, no convenía operar a la ligera contra tan desvergonzado y crapuloso grupo de viciosos, los cuales pudieran provocar nuevos escollos en su programa militar; y tampoco podemos omitir que, aun ante la comprensible actitud adoptada por los tribunos y sus devotas legiones, confrontar a Pleminio, en vez de comunicar la dramática situación, era casi que opugnar su arbitraje y deslegitimar su autoridad.

ba que con restablecer el orden habría de bastar; pero yerraba. Desbordado de tupida aversión hacia los tribunos, estimó Pleminio el mero confinamiento como una pena extremadamente laxa, y acabó por ordenar sus ejecuciones; tal era la fobia que anidaba en su interior, que ni siquiera permitió a sus amistades disponer de los restos para verificación de una apropiada sepultura. Tampoco imperó la cordura y decencia en sus aviesas y ya cuestionadas formas para con los locrenses. Si inicialmente dio rienda suelta a la infamia por placer y codicia, confiaba a sus secuaces, a la sazón, atrocidades por resentimiento, siendo motivo de desdoro tanto para su persona cuanto la de su capitán.

Entretanto, beneficiado porque postergó Roma los asuntos de Grecia en los últimos años, compelió Filipo a los etolios a concertar la paz bajo sus propias condiciones; estancada, a la sazón, la guerra en Italia, podía vigilar el Senado con más consistencia las cuestiones sobre política exterior, y se envió a Tuditano a Dirraquio con un par de legiones y treinta y cinco navíos procurados por Tarento:[9] con iniciativa sublevó Tuditano a las poblaciones linderas y perpetró la ofensiva contra Dimalo, forzando a Filipo a encaminarse hacia Apolonia; precisamente adonde se había apostado tras expedir a Etolia a su lugarteniente Gayo Letorio con una estimable parte de las tropas y quince naves para estudiar la situación y desestabilizar, en la medida en que le fuera hacedero, la afrentosa paz.[10] Denodado asoló el reyezuelo los campos, cercó a la *apoikia* y formó orden de batalla; pero como se restringía Tuditano detrás de las murallas, tornó a sus aposentos sin exacerbar demasiado los ánimos con un nuevo conflicto bélico. Era juicioso Filipo de que gestionaba el círculo real abrir negociaciones con Roma: por tal motivo, terminó por acceder a la convención de Fénice; establecida una tregua de dos meses, se expusieron a las centurias tan ventajosas condiciones: pasarían el norte de Dirraquio, Dimalo, Bárgulo y Eugenio a dominio romano; y se incorporaría Atintania a Macedonia. Por unanimidad se aprobó la proposición: epicentro África de la campaña, osó verse desembarazada la

9. Cantalupi, *Le legioni romane nella guerra d'Annibale*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 24.

10. Livio, XXIX, 12, 5.

ciudadanía de otra guerra. Certificado el conveniente tratado, a su vasta utilidad había de asumir Roma en Grecia el arrimo del particularismo.[11]

Como era de presumir, vino la defección de Filipo a desintegrar la propaganda invasora y el revuelo psicológico desatado en las *apoikíai* meridionales; más calmos los ánimos en la ciudad, pudo enternecerse la ciudadanía con la inauguración de los templos del Honor y de la Virtud, a cargo de Marco Claudio Marcelo, a casi un cuatrienio de las refacciones y el ampuloso ornato iniciados por su padre. Próximas las elecciones, solicitó Craso al Senado investir con la dictadura a Quinto Cecilio Metelo para presidencia de los comicios. Persistía varado el cónsul por la epidemia, y dificultosamente hubiera podido preservar su posición de no ser porque padecían los enemigos de parigual virulencia. Bajo actuación de Metelo, a mediados de noviembre[12] resultaron electos, para el consulado del 204 antes de Cristo, Marco Cornelio Cetego y Publio Sempronio Tuditano. Instituidos con escalofriante fervor los *ludi Megalenses* en honor de la *Mater deum Magna idaea*,[13] ¡un culto asiático!, en la primera sesión del 13 de abril del calendario romano se determinó la sanción de las doce colonias que gozaron durante el lustro precedente de la exención militar. Citaron Cetego y Tuditano a los magistrados (duúnviros, ediles y cuestores, en esencia) y a una decena de funcionarios del senado local de Nepete, Sutrio, Árdea, Cales, Alba, Carseolos, Sora, Suesa, Secia, Circeyos, Interamna y Narnia para recuestar

11. De Sanctis, *Storia dei Romani*, III, 2, Turín, 1917, página 439.

12. Infiere Clementi, *La guerra Annibalica in Oriente*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 77, que se firmó la paz entre Etolia y Macedonia a principios de la temporada vernal, y que partió Tuditano a Grecia promediando el verano. Siendo cauto y conservador, y concediendo en torno a un mes al ordinario desarrollo de las maniobras militares y diplomáticas del general, y atendiendo a los posteriores dos meses de tregua para ratificación de los términos, arriesgaría a que se consumó el tratado de Fénice a fines de octubre o principios de noviembre del 205 antes de Cristo. Luego, por el desfase cronológico, era el marzo romano noviembre en el gregoriano, lo que explicaría la inmediata elección de Tuditano a su retorno. —Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168,* en *K.B.G.,* XV, Leipzig, 1918, página 407.

13. Bernstein, *Ludi Publici: Untersuchungen zur Entstehung und Entwicklung der Öffenlichten Spiele im Republikanischen Rom,* Stuttgart, 1998, página 187.

una importante cantidad de soldados;[14] como requisito excluyente, deberían pertenecer a familias adineradas y con formación militar. En caso de proseguir en su negativa, se retendrían a los legados y se impondrían fortísimos tributos: merced a la aguda espesura del Senado, cumplieron las colonias con todo lo solicitado.

En esta suerte de estabilidad gubernamental, solicitó Levino el reembolso del dinero invertido por los potentados en el 210 antes de Cristo; bien acogida la propuesta por los cónsules, se elevó una moción para el reintegro del capital en tres plazos: abonaría Levino la primera parte y completarían el resto de la suma los cónsules de un bienio y cuatrienio posteriores. Verificado el plan para la cancelación de la deuda, fue la calma agitada por una legación representativa de Locros que se atrevió a interponer una denuncia contra Pleminio; escandalizada Roma por las terribles imputaciones, se mandó por el propretor. ¡Osaba oír el Senado qué tenía a decir en su defensa! Si las acusaciones resultaban ser ciertas, sería acerrojado y sus bienes confiscados. También se estimó pertinente el reintegro del dinero y los tesoros detraídos de los hogares, los edificios municipales y los templos, reponiéndose el doble de la cuantía usurpada, y una bondadosa compensación a las mujeres que sufrieron la occisión de un padre, un hermano, un marido o un hijo durante la locura y lujuria de los saqueos.

Dañada la inveterada diplomacia de Roma por la incontinencia de las legiones, sirviéndose de la ocasión, se apresuró Fabio en imputar a Escipión todas las corrupciones del ejército; y, agenciando desbaratar todo su programa, animaba a la redacción de un proyecto de ley que revocara su mando.

Se deterioraba la pulcra imagen de Escipión. Máxime cuando su cuestor, Marco Porcio Catón, celoso desde su designación para el generalato de Hispania y maldiciente de los mozos patricios, sobre todo de a los que se

14. Documenta Livio, XXIX, 15, 17, que se exigió el suministro, multiplicado por dos, del número más alto de infantes y ciento veinte caballeros que debieron procurar desde el paso de Aníbal, como se hallaba estipulado, se sigue, desde la fundación de las colonias, lo que, como esclarece Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, III, 1, Leipzig, Von S. Hirzel, 1887, página 672, n2, es incongruente: pues era imposible determinar, desde la senda de la legalidad, la cantidad de efectivos que debían destinar las colonias ulteriormente.

los guardaba en alta estima,[15] tornaba a Roma tras a un acalorado disentimiento por sus excesivos gastos y divertimentos para solacear a la soldadesca y se posicionaba en la cuadrilla de los Fabianos. Arropado por bravíos contendientes, con entereza denunciaba Catón que gastaba su tiempo atendiendo los discursos y las disertaciones de retóricos y filósofos;[16] que se sumía largas horas en los penetrantes pasajes de reputados literatos griegos; que se atrevía a emitir juicio sobre la astucia y fortaleza de los atletas; que deambulaba por las calles vistiendo palio y sandalias;[17] que incitaba a su séquito al disfrute de los placeres siracusanos y pregonaba entre los soldados la molicie, la glotonería y el ocio,[18] en fin, que, propio de su demagogia, apelaba a los botines de guerra, tesoros que legalmente pertenecían a la patria, para agradar a los soldados. En labios de Catón, aparentaba haberse esfumado Aníbal y África de su horizonte, y, en tan desolador trascuerdo, ufano cedía a la podredumbre de las legiones con su permisividad; como es de intuir, había de resguardar Metelo los intereses de los Escipiones, y calificaba de fragorosa injusticia postular que se hallara Escipión detrás de los crímenes de Locros. Pues, en verdad, independientemente de su posición política, escaseaba evidencia para ello. Se propuso, por ende, la partida a la provincia del pretor Marco Pomponio Matón, conjuntamente con una legación para abrir una investigación: como se comprobara que procedió el propretor bajo su homologación, se lo desalojaría de la provincia, y, si no, persistiría al frente del ejército para prosecución de las operaciones.

Aprobada la moción, se consultó al colegio de pontífices para la debida expiación de las profanaciones; conformemente, se repuso hasta la última moneda de oro de los templos, se restituyeron las leyes, se otorgó autonomía a los residentes y se depositó un dineral en la caja pública: debían muníficas acciones subsanar las angustias ocasionadas por mor de la impertinencia de Pleminio. Hallado culpable de *perduellio* en la investigación

15. Berwick, *Memoirs of the life of the elder Scipio Africanus*, Londres, 1817, página 138.

16. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele*, Basilea, 1868, página 62.

17. Livio, XXIX, 19, 11 - 12; Tácito, *Annales*, II, 59; Valerio Máximo, III, 6, 1.

18. Nepote, *Catón*, 1, 3; Plutarco, *Catón el censor*, 3, 5.

preliminar, fue trasladado a Roma para confrontar un duro proceso. En consonancia con tan delicada situación, resuelto a despegar su nombre de la ruindad de sus subordinados, hizo gala Escipión de sus capacidades diplomáticas y militares: recibió a la legación con placentera hospitalidad, auspició un elegante convite y, colmados los estómagos, reveló la flota y las fuerzas listas para embarcar. Luego brindó un simulacro de combate naval en el puerto y, con sonada donosura, presumió de los arsenales, los graneros y los cuarteles; admirados ante la potencia de las naves y las máquinas, acabaron los legados por desestimar las acusaciones.

Pasada la investigación con sobresaliente,[19] como únicamente se proferían sublimes cosas sobre su política y su preponderante su ejército, y, según parece, comportaba la instauración de la divinidad frigia una auspiciosa premonición a su supremo proyecto,[20] no le quedó otra alternativa al Senado que patrocinar la invasión de África. ¡Vencía la diplomacia y pericia de Escipión al odio envenenado de Fabio!

A principios del verano, se confrontó Tuditano con Aníbal en la vecindad de Crotona, en un combate improvisado sobre la marcha. Sobrado en los flancos, se vio compelido a recular y terminó por atrincherarse en los cuarteles; singular cosa: reo de las vacilaciones, no se atrevió el Bárcida a poner sitio al campamento, permitiendo a Tuditano escurrirse y convencer a Craso de aunar esfuerzos. Previo choque de hierro, con nuda piedad prometió Tuditano un santuario a la Fortuna Primigenia si lo estimaba digno de arroparlo bajo su manto.[21] Encomendado a la providencia, elevó su mirada hacia los cuerpos celestes, morada natural de los dioses, y, abrasado su espíritu por ardiente soplo divino, pendiente la inmensa y diáfana bóveda a garrido andar, con soltura desenvainó; superiores en número, a vasta sim-

19. Opuesta fortuna acontecieron Pleminio y sus cómplices: en la primera ocasión que fueron expuestos ante la ciudadanía, no hubo menor resquicio para la piedad; con el transcurrir de las jornadas, la hostilidad disminuyó y se suavizaron las iras: de veras parecía que había la muchedumbre de dispensar a Pleminio; a su desventura: feneció previa conclusión del proceso.

20. Drümann, *G. R.*, II, Koenigsberg, 1835, página 178.

21. Livio, XXIX, 36, 8; Homo, *La Rome Antique: histoire-guide des monuments de Rome*, París, Hachette, 1921, página 245.

plicidad exterminaron las legiones a cuatro mil. Desazonado por el brusco golpe, resguardó Aníbal a su mermado ejército en Crotona.

Contenida la guerra, se abocó Roma a la restauración de añejos edificios, aquerados y podridos, y con riesgo de desmoronamiento; se licitó la construcción de la calle que iba desde el foro Boario hasta el templo de Venus, rodeando las gradas del circo, y la edificación de una basílica a la Gran Madre en el Palatino; se lo proclamó *princeps senatus* a Fabio y se borraron de la lista de senadores a siete funcionarios acostumbrados a regodearse en una vida de infamias, y, a proposición de Livio, se constituyó un nuevo impuesto sobre la producción anual de la sal. ¡Hastiosa inconveniencia! Era el coste de la sal de un sextante en Roma y en Italia; pero ya adjudicadas las concesiones de venta a parigual coste en Roma, y en los mercados y ferias a una tarifa más elevada y distinta según el distrito, tocó la agitación ritmos insospechados. Además de fogonear disturbios y pendencias en cada nueva jornada, malgastaba el bajo pueblo sus energías en agraviar a Livio, merecedor del vulgar sobrenombre de Salinátor.[22] Implorando la ciudadanía el concurso de una autoridad capaz de velar por los intereses de los menos afortunados, percatados los Fabianos del enredo en el que se había metido Livio, se exhortó a Marco Cincio Alimento a presentar la extraordinaria *lex cincia de donis et muneribus*[23] -o *lex cincia de donis et muneribus muneralis*-;[24] venía pertinente ley a vedar a los abogados la po-

22. Es una imprecisión recurrente de los académicos el emplear el *cognomen* Salinátor para identificar a su padre, y debe evitarse: será a partir de este preciso instante en que comenzarán a ser reconocidos los miembros de la familia como tales; cf. Livio XXIX, 37, 4.

23. Cicerón, *De oratore*, II, 71, 286; *De senecuate*, 10; Livio, XXXIV, 4, 9.

24. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 178. Tal es, a mi criterio, la conjetura más verosímil para explicar la elevación de una ley tan favorable a la plebe, y tan adversa a los intereses de los senadores; sin embargo, al no disponerse de las proclamaciones de los decretos en su debida cronología, tampoco puede desestimarse fehacientemente que haya sido a la inversa, y que, en represalia por la promulgación de la *lex cincia*, arremetieran los Escipiones contra los Fabianos mediante el impuesto a la producción de sal. Aunque pondero esta presunción como la menos probable; máxime si reparamos en los asiduos desencuentros entre Livio y Nerón, nuevamente enemistados durante su censura, comprometiendo la dignidad de sus agrupaciones y tornándose a la ciudadanía en su contra. —Livio, XXIX, 37, 14; Valerio Máximo, II, 9, 6.

sibilidad de cobrar honorarios o percibir dádivas para evitar el fraude al substituir el dinero por obsequios costosos, sofrenándose la voracidad de magistrados cínicos: abyectos usurarios redomados, habituados a explotar a su antojo a la plebe. Y aun cuando quejumbroso alzó la voz un pequeño grupo de escatológicos juristas, fue la ley aprobada con una fuerza e intensidad laudable; mal que en modo alguno lograra disminuir el desencanto provocado por el controversial impuesto sobre la producción de sal. Así pues, no eran los humores los mejores en la ciudad: malacostumbrado a transitar bochornosos senderos de venalidad, se despojaba a un preponderante sector de la nobleza de una poderosa fuente de ingreso, y crispadas gruñían las clases medias y bajas, contrariadas por el ominoso ejercicio de Salinátor.

Mas estas cuestiones lo traían sin cuidado a Tuditano; internado en el corazón del Brucio, coordinó una formidable operación y recobró a Clampecia, Cosenza y Pandosia: fue tal la angustia y los temores manados en la región, que con infamante mansedumbre capitularon las plazas menores.[25] Próximos los comicios, confió su supervisión en su colega: fueron proclamados Gneo Servilio Cepión y Gayo Servilio Gémino para el consulado del 203 antes de Cristo; verificarían la pretura a Publio Cornelio Léntulo, Publio Quintilio Varo, Publio Elio Peto y Publio Vilio Tápulo.

Entretanto, agilitaba Cartago todas sus disposiciones. Tras la partida de Lelio, se reforzaron las murallas, las carreteras principales y se levantaron puestos de observación; se equiparon a los mercenarios y al ejército local, y brindó el servicio de inteligencia nuevas pistas sobre el programa de Escipión: había de valerse Roma del concurso de Sífax. Parto de un pánico cerval, y a efectos de minar toda posibilidad de cooperación, apresuró el partido Bárcida las nupcias entre Sífax y Sofonisba. Rubricada la coalición por el nuevo vínculo de parentesco, en aras de añadir al compromiso privado una manifestación pública, se consumó un tratado entre sendos pueblos, concertándose conciliar en socios como enemigos; pero aun así parecía ser insuficiente el connubio para disipar las dudas en torno al consabido carácter veleidoso de los bárbaros: de modo que halló conveniente Asdrúbal inducir a Sífax a preservar distante de África a Escipión, valiéndose de los

25. Apiano, *Aníbal*, 56; Livio, XXIX, 38.

muslos y las caricias de la manceba, resultando sutil y ladina trama a la perfección. A la lente de Roma, Cartago y demás pueblos era la inopinada disposición un despropósito y una afrenta gravísima; fue la corajina de Escipión, desde luego, muy viva: si había de disolver Sífax la sociedad, enérgico operaría su destronamiento. Y, anticipándose a la difusión de tan mareante noticia entre la soldadesca, sagaz comunicó que se imponía la marcha, trascendiendo que andaban inquietos los reyezuelos africanos por la prolongada demora: entusiastas reclamaron los hombres que se señalara el día para embarcar.[26]

Congregada la ardorosa flota en Lilibeo, donde vigoroso desfilaba un remanente de los vencidos de Cannas, destratados por su patria en exceso,[27] amortizando inicuamente en deslucidas humanidades la negligencia de Varrón, se dividieron las fuerzas en dos poderosas legiones,[28] conformadas en torno a los 13 500 infantes y 2 400 monturas;[29] y se concentraron provisiones para mes y medio.[30] Examinado el cargamento, entre los vítores del ejército y las bendiciones de los ciudadanos reunidos en las orillas,[31] hinchó un viento fresco las velas y pronto envagueció la flota en el horizonte. Es-

26. Polieno, VIII, 16, 7.

27. Livio, XXVII, 11, 14.

28. Según Vegecio, *De re militari*, II, IV, 4 - 5, era usual hacia la época la disgregación de las fuerzas consulares en dos legiones, sea cual fuere su número.

29. Frölich, *Die bedeuteung des zweiten punischen krieges für die entwicklung des Römischen heerwesens*, Leipzig, 1884, página 10 y siguiente. —Conjetura Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 630, voz autorizada y de suma deferencia en la historiografía romana, la división de las tropas en dos sólidos cuerpos en torno a las treinta mil almas, brindando una cifra próxima a la estipulada (32 000), por sobre los académicos más conservadores, los cuales registran un cifra inferior a los 26 000. A su vez, adviértase que en mis valoraciones prescindo de integrar en el cuerpo de las legiones a la escolta personal de Escipión, la cual, según parece, oficiaría sobre el campo de batalla como *turmae*; cf. Pina Polo, *Die freunde des Scipio Aemilianus im numanistinischen krieg über die sogennante cohors amicorum*, en *Aspects of friendship in the graeco-roman world*, Portsmourth, 2001, página 90.

30. Véase en Acimovic, *Scipio Africanus*, Nueva York, 2007, página 15 y siguiente, una aproximación estimativa sobre cuánta cantidad de pábulo y agua fue menester racionar para ocurrir a legionarios y bestias.

31. Livio, XXIX, 27, 7 - 8.

coltaban Escipión y su hermano las embarcaciones de transporte desde el flanco derecho y Lelio y Catón, desde el opuesto.[32] De veras impactaba la flota por su tamaño: además de las cuarenta naves de guerra, se almacenaba el ejército en cuatrocientos galeones, los cuales arrumbaban hacia los Emporios (en torno al golfo de Gabes) a una singladura de 2 $^{3}/_{4}$ nudos;[33] mas aventurado el convoy en procelosa la mar, forzaron la niebla, las tormentas y las tempestades a desechar el programa original. Trazada una rota nueva, se holló tierra en el promontorio de Pulcro (Ra's Sidi). La imponente escuadra y el tumulto de los que brincaban de las naves esparcieron el terror en los campos rayanos, derivando la confusión de los habitantes en una marejada de hombres, mujeres y niños que propasados arrancaban sus pertenencias. Se desnudaban los caseríos y colapsaban los carros a los caminos, ya de por sí desbordados por la tolvanera de agricultores y aldeanos que acarreaban su trigo y su ganado. Obligada Cartago a adoptar sus precauciones, se llamó a las armas y se trancaron las puertas, aun con el gentío agolpado fuera; se levantaron garitas y torres de vigilancia, y se conservó la alerta hasta la velada siguiente. Al primer albor, marcharon quinientos jinetes asistidos por un racimo de exploradores a la costa para verificar un detallado reconocimiento sobre las fuerzas enemigas: topados con los puestos de avanzada romanos, fueron muertos antes de poder comunicar nada.

Ocupados los collados sin dispersarse demasiado de la orilla, estacionó Escipión la flota en Útica y se enseñoreó de la ciudad más próxima, junto con un substancioso botín en oro, plata y prisioneros. Iba el inicio de las operaciones in crescendo, y nada pudo contentarlo más que el arribo de Masinisa; había estado agazapado el rey largo tiempo, cumulando en sus entrañas un intenso odio contra Sífax, aguardando paciente por la ocasión de saldar viejas heridas: informado Escipión de la concentración de en

32. Según parece, le permitieron los Fabianos a Catón unirse a la expedición, en vez de persistir en la ínsula, por difidencia a que la efervescencia, el entusiasmo y el contento de los sicilianos le hicieran reconsiderar su posicionamiento político; véase la interesantísima reflexión de Drümann, *G. R.*, V, Koenigsberg, 1841, página 101.

33. Baumeister, *Denkmäler des klassichen Altertums, zur Erläuterung des Lebens der Griechen und Römer in Religion, Kunst und Sitte*, III, Múnich, 1889, página 1622.

torno a los cuatro mil cartagineses en Saleca,[34] con acuidad recurrió al masilio para tender una celada. Enviado a las inmediaciones de las murallas con instrucciones de cabalgar y atraer al enemigo al combate, entablada una temeraria persecución, puntualmente retrocedió hasta unas crestas y altozanos: de súbito, surgió la caballería romana por detrás para aplastar a poco más de tres mil efectivos. Retribuidas las prestaciones y afianzados los lazos con un aliado vital para el porvenir de la empresa, se apostó a una fuerte guarnición en Saleca y se movilizó al ejército; durante una semana se estropearon los campos, se doblegaron ciudades y se pasó por el cuchillo a esclarecidas personalidades de los distritos: pronto se vio abarrotado el campamento de tesoros, dinero, hombres, corceles, ganado, carnes, trigo y cereales.

Tanteaba Escipión la firmeza de Cartago, y cuando fue un hecho que fluctuaban Asdrúbal y Sífax entre presentar combate o diferirlo hasta guardar mayores indicios sobre su programa operacional, se concentraron los recursos y el armamento y se dio vista a Útica. ¡Qué magnífico centro de operaciones se pudiera obtener! En concomitancia, acercó la escuadra a la marinería por el lado en que era bañada la ciudad por la mar, y avanzó la infantería a través de las alturas, beneficiosamente preservada por una colina que se alzaba casi sobre las mismas murallas. No le tomó mucho a Asdrúbal vislumbrar la complejidad que habría de adquirir la campaña si se permitía maniobrar a Escipión a placer. En consecuencia, avió a treinta mil soldados, aguardó por Sífax y su imponente ejército de cincuenta mil infantes y diez mil monturas, y presto implantó campamento en las inmediaciones de Útica y de las fortificaciones romanas. No manifestó la brusca irrupción perturbar el itinerario de Escipión; pero destinado poco más de un mes a las operaciones, sin por ello lograr perforar los muros, abarruntando una sagaz maniobra de los enemigos, a fines del otoño fortificó los cuarteles de invierno en el promontorio que muy luego sería conocido como *castra corneliana*,[35] abrió una trinchera para cerrar el campamento naval y guareció a

34. Livio, XXIX, 34, 6.

35. Julio César, *De bello civili*, II, 24, 2 - 3; Lucano, IV, 658 - 659. —Sobre su ubicación, cf. Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, III, 2, Berlín, 1912, página 585 y siguientes.

las huestes hasta la primavera, velando por la recuperación de los hombres, aún debilitados por la premurosa aventura en caprichoso ponto.

X

LA SUMISIÓN DE CARTAGO

Inmovilizado Aníbal en Italia, se dispuso de la segunda quincena de octubre del 204 antes de Cristo[1] para deliberar sobre la política general, la dirección de la guerra y la asignación de provincias; ocupaba, en particular, este último a los senadores: antes de poder abocarse por entero Roma a la guerra, era indefectible establecer a los responsables de la administración del gobierno. Así, sorteadas las provincias, marcharía Cepión al Brucio y Gémino, a la Etruria; cedió Tuditano su ejército a Cepión y relevó a Craso; entregó Cetego sus tropas a Gémino y asumió la administración de la Galia, y, a proposición de Escipión,[2] se dividió a Hispania: partió Lucio Cornelio Léntulo al septentrión y Lucio Manlio Acidino, al meridión. Luego se resolvió la regencia de los pretores: correspondió a Publio Elio Peto la jurisdicción urbana, Cerdeña a Publio Cornelio Léntulo, Sicilia a Publio Vilio Tápulo y Arezzo, a Publio Quintilio Varo; respecto a Escipión, se resolvió que únicamente depondría su cargo tras concluir las operaciones en África, confiando el Senado en sus remiradas facultades.

En tanto auguraba la ciudadanía un pronto y feliz desenlace, vibraba con el retorno de Craso. Hubo de granjearle el consulado un enorme prestigio militar: además de su excelsa elocuencia, descollaba por su presencia y su fortaleza física, atributos que despertaron suma admiración durante las campañas. De influentes vínculos políticos y comerciales, potentado y le-

1. Se efectivizó el consulado del 203 antes de Cristo el 11 de octubre del año precedente; cf. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399.

2. Uriel, *La conquista de la península ibérica por Roma*, en *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*, León, 2006, página 49.

trado en derecho pontificio y civil,[3] integraba Craso el restringido grupo de dignatarios bienquistos por todos: pues aun afiliado a los Escipiones, lo respetaban los Fabianos, los Claudios y la vieja guardia democrática por su piedad,[4] por su moral y su ética, por su audacia y su arrojo, pero por sobre todas las cosas porque no denotaba haberse contagiado del afán de concupiscencia de un defectuoso sector de la nobleza, harto codicioso y egoísta, sumamente observador de los ejemplos cartagineses.[5] Nuevamente en la ciudad, retomó Craso las causas que había pospuesto, se interiorizó sobre los proyectos de ley que impulsaba el tribunado y ojeó de costado el edicto que liberó a Nevio el año precedente; no obstante una fuerte oposición del patriciado:[6] coronamiento del tenaz desaíro de las grandes familias, a remiso debió exiliarse el malogrado poeta a Útica, indigna ergástula donde destinó sus últimos esfuerzos a la elaboración del excepcional *Bellum poemicum*, siendo pertinente a imperecedero genio ennoblecer la heroicidad de la estirpe romana,[7] esculpiendo a vivo fuego el primer poema patrio.[8]

Distribuidas las provincias, en aras de consolidar el patrullaje de las aguas, dispusieron Sicilia y Cerdeña de flotas de cuarenta naves, embarcó Marco Marcio Rala en Ostia a tres mil soldados y capitaneó cuarenta galeones para custodia de las riberas italianas; se adicionaban al gran aparato náutico cuarenta naves en poder de Escipión: en síntesis, contabilizaba Roma un total de veinte legiones y ciento sesenta embarcaciones;[9] sin embargo, se posaban todas las pupilas en África: se avizoraba allí el remate de la guerra. De ahí que utilizaran muchos oportunistas todo asidero para reca-

3. Cicerón, *De senectute* 50.

4. Plutarco, *Fabio Máximo*, 25, 4.

5. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 25.

6. Schütte, *De Cnaeo Naevio poeta,* Wurzburgo, 1841, página 19.

7. Ramorino, *Il nazionalismo negli studi dell'antichità romana,* en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1912, página 148.

8. Leo, *Von den punischen Kriegen bis zur Revolutionszeit*, en *Die Grechische und Lateinische literatur und sprache*, Berlín y Leipzig, 1907, página 335; Stampini, *Studi di letteratura e filologia latina*, Turín, 1917, página 103.

9. Según Beloch, *Die Bevölkerung Italiens im Altertum*, en *K.B.G.,* III, Leipzig, 1903, página 474, sostuvo en circulación Roma, en promedio, 200 buques desde el inicio de la guerra durante poco más de un decenio.

lar en el continente y agradar a Escipión. Mas supo distinguir a embusteros, mentecatos, lisonjeros y aduladores de personalidades leales y competentes, conformando lentamente un preponderante aparato político de mozos sobrios, honrados y virtuosos.[10] Alborozado recibía de Cerdeña, Sicilia e Hispania cargamentos con equipamiento militar y un vario género de suministros,[11] y estrechaba su esbelta oratoria sanos lazos con los soldados; gustoso derrochaba energías cerrando su círculo, sin descuidar los asuntos de la guerra: dotado de una envidiable vitalidad, además de conferenciar con personalidades de una mocedad acrisolada, austera y disciplinada, de la cual podría servirse para fundar la clase directora de Roma,[12] con sumo celo veló de los movimientos del campamento de Asdrúbal durante enero y febrero. Homologado por el servicio de inteligencia que tenía preparada el enemigo una fortísima escuadra para interceptar los aprovisionamientos, con sutilidad procuró dilatar la conflagración remitiendo intermediarios a Sífax para sustraerle de su sociedad con Cartago; pero del otro lado únicamente se proferían proposiciones de paz, condicionada por la marcha de África. En consecuencia, como se le había develado la precaria construcción del campamento enemigo, muy deprisa y con madera recogida de los campos aledaños, donde se alojaban los númidas aquí y allá, desperdigados en cabañas de mimbres cubiertas de estera, y donde reposaban otros muchos fuera de la fosa y de la empalizada, minusvalorándose torpemente los peligros, prosiguió expidiendo diputaciones, insinuando alcanzar un concierto, pero únicamente si había de admitir Asdrúbal las condiciones. Eran acompañados los parlamentarios, entretanto, por reputados centuriones ataviados como lacayos; debían lúcidos intelectos estudiar el recinto, precisar la distancia entre los campamentos de Asdrúbal y Sífax, y monitorear los horarios de los cambios de centinelas: se había determinado Escipión a pegar fuego en cuartel enemigo.

10. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 174.

11. Drümann, *G. R.*, IV, Koenigsberg, 1838, página 220.

12. Pondero que la coalición aristócrata que tuvo por jefe al propio vencedor de Zama, la cual ya concluida la guerra pugnó por la suprema dirección del gobierno, cerraba filas en esta coyuntura tan crucial para el desarrollo de la empresa.

A fines de marzo,[13] se embarcaron las máquinas de asedio para insinuar el asalto de Útica por vía marítima,[14] se fortificó la *castra corneliana* y se cavó un foso de 2,66 metros de ancho con 2,07 de hondura;[15] era el propósito doble: desviar del centro de acción la vigilancia de Asdrúbal y Sífax, y evitar la ofensiva de los sitiados contra el cuartel general, apenas custodiado por una débil guarnición, tras la marcha de las legiones. Evacuados los preparativos y comunicados los términos de Asdrúbal, se quebró la tregua con un pretexto trivial, se formó consejo de guerra y pasó el servicio de inteligencia el parte. Difuminado el sol en el horizonte, se marchó sin forzar el tranco entre once y doce kilómetros en cuatro horas; sobrevenido el conticinio, encomendó Escipión a Lelio el mando de un abultado escuadrón, engrosado con plurivalentes fuerzas de Masinisa. Según consumaba Lelio los preparativos para irrupción del campamento del soberano se encaminó Escipión donde Asdrúbal, al aguardo de las luces de la enorme fogata: fueron las cabañas las primeras en arder; la contigüidad de los pabellones dificultó la contención del fuego. Muchos se calcinaron en las tiendas; perecieron otros tantos aplastados por sus camaradas cuando osaban abrirse paso a través de la empalizada; y los pocos capaces de franquear al estuoso umbral del averno, presas de la ferocidad de los soldados de Masinisa, fueron masacrados. Desencadenó pasmoso resplandor los clamores en el campamento de Asdrúbal: sobresaltados, arrebataron los centinelas del lecho a una soldadesca aún adormecida por el licor y los arrullos de Morfeo;[16] inverosímil cosa: nadie remusgó que pudiera tratarse del ingenio y la inventiva enemiga, atendiéndose las peticiones de socorro atareadas las manos en el transporte de agua. Exento de una digna oposición enfrente, a su salvo penetró Escipión las puertas del campamento, asesinó a un estimable número y se ocuparon las antorchas del resto.

Disipado el humo, asomaban de entre los tizones y cenizas la escalofriante cifra de cuarenta mil cadáveres.[17] Para desconcierto general, aun

13. Kahrstedt, *Geschichte der Karthager*, III, Berlín, 1913, página 560.
14. Livio, XXX, 4, 10; Polibio, XIV, Fr., 2, 3.
15. Véase Vegecio, I, XXIV, 14.
16. Havell, *Republican Rome,* Londres, Oracle, 1996, página 271.
17. Livio, XXX, 6, 8; Orosio, IV, 18, 19.

retrasados por las quemaduras, habían alcanzado Asdrúbal y Sífax fugarse; no opacó escurridiza huida el esplendente golpe: figuraba en el inventario un cofre repleto de monedas de oro y plata acuñada, algunas pinturas y estatuillas de marfil, dos mil setecientos corceles y equipos militares en abundancia. Homenajeados los caídos, se dispensaron mercedes condignas a la gallardía en combate y se apartó un tercio de las riquezas para exportar a Roma.[18] Desmembrado el ejército enemigo, y confiando en terminar lo que bajo el amparo de la oscuridad había iniciado, revelado que atendía Asdrúbal sus heridas en Anda,[19] desunció el procónsul la traílla a una jauría de tribunos militares y la arrojó a una rabiosa cacería. En un principio, se conservó Asdrúbal quedo, abatido tras la despiadada redada nocturnal, pero calmos los nervios merced a la sólida estructura de la ciudad;[20] torpe credulidad: siervos del pavor, habían los naturales de capitular. Atosigado ante tanto escollo, huyó, escoltado por la caballería y un manojo de esclavos reclutado a toda prisa.

Se antojaba la supervivencia del enemigo dificultosísima. Orientaba su curso Asdrúbal a Cartago y sostenía su delicada situación Sífax atrincherándose con suma audacia a poco más de diez kilómetros de Anda. Recibido a las puertas de la ciudad, para no mancillar su reputada diplomacia, ordenó Escipión a las legiones pasar de los valores personales; pero como se imponía una gratificación tras la exitosa expedición, accedió al saqueo de las localidades vecinas. Medrosos por tan lívido cuadro, fue imperativo a los sufetes congregarse y diseccionar sus opciones: parlamentar con Roma, acudir a Aníbal para la salvaguardia de la patria o cubrir las bajas del ejército y animar a Sífax a persistir en las hostilidades. Naturalmente, triunfó esta última: prefería el partido Bárcida yacer sobre yermo campo hierro en mano a degradar su impoluta dignidad inclinándose a innoble deslustre a los pies del Senado. Se efectuaron, congruentemente, levas en los campos y en los suburbios, y se enviaron a Oba[21] legados a Sífax; apetecía el reyezuelo de

18. Apiano, *Púnicas*, 23.

19. Ídem, *Púnicas*, 24.

20. Polibio, XIV, Fr., 6, 2 - 3.

21. Sobre las divergentes hipótesis sobre su localización geográfica, cf. Walbank, *A historical commentary on Polybius*, II, Oxford, 1967, página 431.

un desquite: y, notificado de que aguardaba por sus órdenes un destacamento de cuatro mil celtíberos a las afueras de la ciudad, y de que trajinaba Asdrúbal un contingente, se comprometió a afrontar los albures de la guerra sin importar las consecuencias; a su bienandanza, hacia el mes arribó Asdrúbal con los soldados arrancados de los caseríos y las granjas: agrupaba el ejército defensor en torno a los doce mil hombres.[22]

En tanto destinaba Escipión los últimos días de abril a la ofensiva contra Útica, y desde la cima de las murallas se comenzaban a distinguir las portentosas máquinas de asedio, fue informado sobre un corpulento ejército que, a sus anchas, acampaba en la actual Souk el Kremis; pronto se esparció el intimidante rumor de que ascendían los celtíberos a diez mil, que disponían de un armamento superior al romano, y, lo que más inflamaba el ardor en los cuarteles púnicos: que era su destreza en batalla inigualable. Recelando del desaliento de las legiones, retuvo Escipión al grueso del ejército para dar la impresión de que se aprestaba un asedio por tierra y por la mar, y desafiante arrastró un par de legiones hasta las entrañas del enemigo. Recorridos más de 125 kilómetros en un período de cinco días, se dictó la fortificación del campamento sobre un cerro a cuatro millas de donde reposaban los celtíberos y se destinó la jornada al eventual arrimo de los puestos de vigilancia para engendrar pequeñas escaramuzas; convencidos los soldados de que se había exagerado el número largamente,[23] se apostaron las tropas y colisionaron los ejércitos: despedazó la caballería itálica al flanco izquierdo, constituido en su generalidad por menestrales y labriegos, y lo propio hizo Masinisa con el opuesto, simples bisoños que acaso portaban armas por primera vez. A pesar de tener las alas descubiertas, resistía la línea celtíbera a pies firmes; aventurados en un país desconocido, no podía brindar la huida expectativa alguna de salvación. Circundados y hostigados a denodado brío, honrosos blandieron armas hasta sus últimos alientos, haciendo viva justicia a su afamada nombradía; tal fue su pundonor y su hidalguía, que, aun comprimido a implacable reciedumbre, acabó aguerrida solar por ceder el suficiente tiempo y huelgo a los generales para poder

22. Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 2, Berlín, 1912, página 592.

23. Aunaba el ejército celtíbero en torno a los cuatro mil hombres; véase Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 2, Berlín, 1912, página 592.

librarse de la desalmada mortandad: logró penetrar Sífax en sus dominios, y cual prófugo ingresó Asdrúbal en Cartago.

Fastidiado ante la dilapidación de tan formidable ocasión de eliminar a dos acérrimos adversarios, observadas las obligaciones pertinentes al botín y a los prisioneros, consultó Escipión a los oficiales sobre la hoja de ruta a proseguir: ventajosa la posición, se invertiría la segunda mitad de mayo en la efectuación de una *razzia* en las plazas preponderantes,[24] y se ocuparían Lelio y Masinisa de prender a Sífax; así, mediadora a veces la amistosa y mansa promisión, otras pocas agreste amenaza y otras muchas la extremada violencia, fueron las ciudades del derredor sometidas.

Rehén Cartago del mortífero pánico, se contrajeron menguados corazones: se daba por seguro que, en cuanto sometiera el procónsul a los vulnerables y desvalidos suburbios en una campaña relámpago, se desencadenaría una despiadada ofensiva para su absoluta aniquilación; forzó la desesperación a timoratos rústicos a concentrar la mayor cantidad de trigo y buscar amparo detrás de las murallas: apenas daban abasto los maestros de obras en la supervisión de las refacciones y ajustes para arrostrar los peligros de un potencial asedio. Sin dilación, reclamaron los sufetes el retorno de Aníbal: desprovista Cartago de su excelencia en logística, táctica y estratégica, fácil se decía que habrían de sucumbir los generales ante el talento y audacia de Escipión. Se proponía también movilizar la flota para intercepción de los bastimentos, echar a pique las naves fondeadas en Útica y desmantelar el campamento naval; tampoco se desdeñaba la idea de la rendición. Asumidas todas las disposiciones, se desplegaron velas para fustigar a la escuadra romana, partió una pequeña legación para entrevistarse con Aníbal y convencerle de proseguir la guerra en África, y, argucias mediante, se procuraría agotar todas las instancias para consensuar la paz.

Hartos los estómagos, y sobrepasado el campamento de oro, plata, piedras preciosas, obras de arte, víveres, corceles y cautivos, trasladó Escipión el botín a su antiguo cuartel de Útica y marchó a Túnez; mientras descargaban las legiones de las bestias sus picos y palas para abrir trincheras, se alcanzó a avistar la undosa singladura de una flotilla que cortaba las aguas

24. How - Leigh, *A history of Rome to the death of Caesar*, Londres, 1901, página 227.

en dirección del fondeadero de Útica:[25] súbitamente se interrumpieron las labores y se desanduvo camino para prevenir tan peligrosa ofensiva. Se sabía Escipión en graves aprietos si lograba el enemigo concretar audaz faena. Pues, para facilitar el asalto de Útica, había mandado cargar una estimable cantidad de naves con maquinaria de lanzamiento, reduciéndolas a simples embarcaciones de transporte; y al resto las había arrimado a las murallas para que oficiaran de terraplenes y puentes. ¿Cómo podrían hacer frente a una flotilla armada, provista de material naval y capaz de maniobrar con prodigiosa celeridad? De modo que a su retorno rehuyó al combate, y con sumo ingenio ordenó fondear las naves ponteadas y circuirlas con las de carga para configuración de una consistente barrera. Se travesaron entre las naves mástiles y vergas sujetados con gruesas cuerdas, y se unieron para que, en medio del tumulto del combate, no se desamarraran y enredaran las filas; se tendieron vigas encima de todas las naves, a modo de pasarela, para hacer practicable la circulación de una hilera hacia otra, y se reservaron espacios por debajo de los puentes para dinamizar las maniobras de los botes cuando se deslizaran contra los enemigos. Rematada la obra, ascendieron mil efectivos a las naves de transporte y se cumularon dardos, jabalinas y venablos. Mas las duras derrotas habían mellado el denuedo de las fuerzas púnicas; ante su pronunciada vacilación, se dilató la confrontación hasta la tarde siguiente cuando, desatado el asalto, contuvieron los defensores las maniobras de los asaltantes, por mor de la diferencia de altura entre embarcaciones.[26] Desventuradamente, resultaron las incursiones de los botes un estorbo: debieron abstenerse los soldados de arrojar los proyectiles para no herir a sus camaradas cuando esforzados procuraban desestabilizar las agresiones. Tras un arduo y fatigoso combate, tempestivo arrojó el enemigo sus arpones sobre la frondosidad de las altas y sólidas naves y desorganizó la primera fila; atropellados brincaron los defensores a la segunda hilera. Reorganizada la defensa, hostigada en vastedad la flotilla merced a la incisiva pujanza romana,[27] se batió en retirada, satisfecha con poder remolcar una estimable cantidad de naves de carga vía Cartago.

25. Apiano, *Púnicas*, 24.
26. Livio, XXX, 10, 13.
27. Apiano, *Púnicas*, 25.

Fue la conclusión de la operación, ciertamente, un oprobio al intrépido espíritu de Escipión: no sólo se despojaban aprovisionamientos, sino que también aceraba el enemigo su moral;[28] sin embargo, cuando, entre pensamientos, valoraba el modo de dragar la peligrosa revivificación de las baterías púnicas, hacia fines de junio,[29] dieron Lelio y Masinisa con Sífax en los límites de Numidia: indispuesto le interpeló explicaciones Escipión a su antiguo aliado por haberse corrompido en el cálido pecho de Sofonisba, por haber roto lazos, por despreciar sacros tratados, por serle traidor: ¿destemplanza ética y moral promovida por el cadencioso vaivén de caderas de Sofonisba? Sinceramente, pondero un despropósito cargar todas las faltas a su consorte; aunque manifestaba la manceba alborotar súbitos sentidos, arrastrando a sus amartelados a estrechos y angustiosos senderos de desgracias y conflictos: véase por caso las precipitadas nupcias celebradas por Masinisa. Encandilado por sus delicados encantos femeninos, a suma liviandad se dejó cautivar por su beldad, su sensualidad, su gracia, su arte. En función de cesar menudo desatino, fue insoslayable a Escipión modular una entrañable plática para reconvenir a tan servicial contribuyente, abrigando la esperanza de que asimilara que todo lo circunscrito a Sífax había de pasar a dominio romano, incluida su flamante consorte.[30] Obedeció Masinisa sin cuestionamientos. Y acabando con la promesa hecha a la quinceañera, le proveyó, como regalo de bodas, una dosis de veneno disuelto en un cáliz de

28. Livio, XXX, 10, 20.

29. Ovidio, *Fasti*, VI, 669.

30. Aun cuando el comportamiento de Escipión pudiera parecernos hoy en extremo severo, debemos guardar que, hacia la época, no era el matrimonio en la sociedad romana la legitimación del amor, sino un vínculo de derecho público, y en la forma de un contrato civil, consagrado por la autoridad religiosa con fines diversos y prácticos, como el aumento de la dote y de la procreación de una nueva generación educada para servir a la república por intermedio de las magistraturas. —Giachi, *L'ammore nelle commedie di Plauto,* en la *Nuova Antologia*, I°. Agosto 1882, página 35. Así pues, pasando del desventurado devaneo, y ciertamente recelando de que la influencia de Sofonisba le pusiera en su contra como en su día con Sífax, se había definido Escipión a conducir a la manceba a Roma en calidad de esclava. Sin embargo, para no prestarme a cierta mala inteligencia, mucho disto de asumir que en Roma, entre marido y mujer, como entre padres e hijos, independientemente del hermetismo y pragmatismo de las instituciones, las leyes, las tradiciones y las costumbres, no se cultivaran vínculos de cálido amor y terneza.

vino, ahorrándole la humillación de partir encadenada a Roma.[31] Revelado el infeliz desenlace, desconfiando de que, en su abatimiento, cometiera Masinisa una insensatez que trastornara considerablemente la salud de la empresa, como garantía de una próspera y productiva sociedad, aguardó Escipión a un nuevo amanecer para entronizarlo, colmarlo de mercedes y procurarle una corona de oro, una *sella curulis*, un cetro y un carro de marfil, una toga recamada, una túnica palmeada y un preciosísimo corcel equipado con brillante loriga y arreos dorados; aupado por Roma y sus nuevos súbditos, gradualmente se recuperó Masinisa ante la perspectiva de enseñorearse de Numidia en su compleción.

Concretada la ceremonia, transportó Lelio a la ciudad a Sífax y demás prisioneros, acompañado de un substancioso botín;[32] ineludible condena por la viciada traición, se dictó el cautiverio del reyezuelo en Alba Longa, donde feneció al cabo de un tiempo.[33] Merced a sus mayestáticas victorias en tierra de Aníbal, como cuando su meritoria jefatura en Hispania, habitaba Escipión en labios de todos: quier en circunspectos funcionarios públicos, quier en publicanos oportunistas; quier en sobrias matronas de comedido albedrío, quier en lúbricas hetairas. Incrédulo y furibundo por el incómodo cuadro, proseguía seduciendo Fabio a los tribunos para la composición de un plebiscito que consignara un sucesor en África;[34] tensaba la cuerda el afamado capitán entre los senadores afines al procónsul y aquellos que aún sabían apadrinarle por sus viejas hazañas, pero ¿cómo rivalizar con Escipión, artífice de trasladar la guerra fuera de Italia y del auspicioso incremento de capital mediante la exportación de prodiguísimas caravanas desbordadas de oro y esclavos? Nuevamente navegaba Fabio a contracorriente, remecida deteriorada barquilla por los maretazos de la cámara Escipiónica, exinanido otrora vigoroso espíritu de tanto cinglar, acechado entre la densa bruma por malintencionados susurros de ondisonantes rompientes, y desacreditado hogaño por la implacabilidad de la opinión pública, que desconsiderada y altiva le enrostraba su ingrata persecución a los supremos desig-

31. Apiano, *Púnicas*, 28; Livio, XXX, 15, 4.
32. Livio, XXX, 17; Orosio, IV, 18, 21.
33. Livio, XXX, 45, 4.
34. Plutarco, *Fabio Máximo*, 26, 3.

nios de Escipión, alimentada por un odio visceral e intensificada en abrasante hiel por la detestable confluencia de rabia y celos.

Evacuados los asuntos de Útica, mudó campamento Escipión a Túnez y remató las labores. Había sido el asalto de la flota motivo de alegría en Cartago; alegría pasajera y vacía de contenido cuando la noticia del prendimiento de Sífax azotó la ciudad: no hallaron los sufetes otra alternativa que remitir una legación al cuartel romano para negociar. Extrañado ante la tentativa de capitulación, pero sumamente pluguido de poder ser el encargado de concluir la guerra, expuso Escipión concluyentes términos: debería restituir Cartago a los prisioneros, desertores y prófugos; retirar las huestes de Italia y de la Galia cisalpina; renunciar a Hispania y desbaratar los ejércitos de las islillas divisorias de Italia y África; entregar la flota, quinientos mil modios de trigo y trescientos mil de cebada; y, en fin, cederle a Masinisa los distritos africanos conquistados desde el 218 antes de Cristo, disponiendo de plenas facultades para recobrar las posesiones de sus ancestros,[35] con el imperativo de convertir en el porvenir al soberano en un devoto siervo de Roma.[36] Respecto al dinero requerido, existe discordancia entre los historiadores de la antigüedad: documentan algunos un monto próximo a las cinco mil libras de plata, y lo elevan otros hasta los cinco mil talentos.[37]

Valoradas las exigencias, contemplaron los mandatarios no desechar las condiciones de paz; y, gestionando obtener un poco de tiempo, conforme bordaba Aníbal la travesía a África y se encaminaba una legación representativa de Cartago a Roma a parlamentar, se tanteó muñir una tregua con el procónsul: a su plugo accedió Escipión, ávido de concluir la guerra mientras aún ostentara el mando supremo.[38]

Se hallaba Roma en una posición ventajosa: vencido Magón en territorio ínsubre, pereció a los días en altamar, según parece, por mor de una infección en una de sus heridas de batalla; se reconquistaron innumerables poblaciones del Brucio, reduciéndose pertinentemente a *servi publici* a sus

35. Merighi, *La tripolitania antica*, I, Verbania, 1940, página 69.

36. Cagnat, *L'armée romaine d'Afrique et l'occupation militaire de l'Afrique sous les empereurs*, I, París, 1892, página VIII.

37. Livio, XXX, 16, 12.

38. Niebuhr, *Römische geschichte*, IV, Jena, 1844, página 282.

habitantes;[39] se apresaron los buques que merodeaban en torno a las costas; tras aferrarse encarnizadamente a Italia durante un quindenio, a sumo desencanto atendía Aníbal el desangramiento de su patria y capitaneaba sus naves vía Cartago; se enseñoreó Escipión de importantísimos centros de operaciones y ya acampaba a escasos kilómetros de Cartago; recobró Sífax a Numidia en su conjunción, y, en fin, arredradas ante la potencia de las legiones, concedían las ciudadelas dinero, armas, recursos y suministros para holgura de la empresa. Esplendente el escenario militar, ponderó Salinátor, conjeturo, en calidad de portavoz de la agrupación Escipiónica, citar a Gémino para tratar la rendición cartaginesa; mas receloso el Senado de la escuálida actuación de los legados púnicos en el templo de Belona rogando la paz,[40] acabó por desestimar la legación, para fracaso de la política Escipiónica.[41]

Fiado el Senado del poderío de los ejércitos, con Fabio maldiciendo públicamente a Escipión por figurarse que le había sido arrebatada su pretérita gloria, osó alzarse Gémino como el redentor de Italia y se arrojó a una ridícula persecución; en su delirio de grandeza, presuroso pilotó a Sicilia, dispuesto a reclutar efectivos para orquestar una estrafalaria invasión. Mas disparatada aventura culminó antes de siquiera poder iniciar: invistió el Senado a Publio Sulpicio Galba con la dictadura y, sin dilación, lo retornó a Roma. Abroncado con dureza, como si se estuviera precaviendo ulteriores insubordinaciones de capitanes reluctantes, confiaban las influencias de Escipión en la pronta y saludable recapacitación de Fabio, cuyo concurso en las proposiciones para arrebatar el mando supremo a su campeón había acabado por agriar tanto a los Escipiones cuanto a la parcialidad democrática.

Aun a la marcha de Aníbal, no cejó Fabio en sus bramuras, osando meter miedo en el cuerpo senatorial: con esmero vaticinaba que habría de caer el Bárcida sobre el ejército de África, y, alzado el incisivo puño del con-

39. Aulo Gelio, X, 3, 19; Estrabón, V, 4, 13; Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, II, París, 1879, página 86.

40. Livio, XXX, 21, 12.

41. Cf. el minucioso examen de Zieliński, *Die letzen jahre des zweiten punischen krieges*, Leipzig, 1880, página 51.

quistador, derribaría las murallas de Roma;[42] pero como las peligrosas advertencias aparentaban acogerse más a los desvaríos propios de la ancianidad que a una amenaza real, se terminó por desatenderle. Sin embargo, para no ser tan inclemente con el genio que supo sostener el peso de la guerra, se tuvo a bien condecorarlo con la *corona gramínea*: ¡era suma distinción al que todo ciudadano ilustre podía aspirar! Loado por sus antiguas hazañas, y atemperada melifluamente malsana cólera, empeñó Galba octubre y mitad de noviembre para investigar a las colonias que admitieron el dominio peregrino. Sofocada la antorcha de la rebelión, se revigorizaron desmirriados lazos políticos, y con auspiciosa progresión se erigía nuevamente Roma soberana de Italia.

Mientras restauraba Roma su hegemonía, previendo una pronta avenencia con las colonias y pueblos vecinos, fue sacudida la Curia por la sensible muerte de Fabio.[43] Desolados, despidieron sus restos sus íntimos en un funeral privado, pudiendo cubrir los gastos con las generosas contribuciones de la ciudadanía,[44] benigno fruto del inmenso cariño que se le guardaba, incluso entre los Escipiones. En efecto, sabía diferenciar su núcleo las discordias provenidas de las irremediables pugnas políticas entre dos agrupaciones antitéticas desde su propia concepción de los feroces odios personales; aun cuando se hubiera permitido asaltar Fabio por estos mismos. También hubo quien espirara aliviado: libraba su muerte a Escipión de un tenaz acoso; aunque asentaba tras de sí Fabio las bases de una poderosa cuadrilla esquiva a sus intereses y proyectos personales. Pero, a la sazón, le valía la admiración de la opinión pública de coraza; a su intrépida iniciativa de mudar la guerra de continente, permitió la ausencia de un ejército en Italia la afluencia de cereales de Hispania: además de la baratura en el coste del pan, se distribuyó el trigo en los barrios, a proposición de Escipión,[45] a cuatro ases el modio.[46] Superaba gratificante coyuntura socioeconómica las

42. Plutarco, *Fabio Máximo*, 26, 4.

43. A propósito de la documentación que sitúa su muerte a fines del 203 antes de Cristo, véase Du Rieu, *Disputatio de gente Fabia*, Leiden, 1856, página 347 y siguientes.

44. Plutarco, *Fabio Máximo*, 27, 3; Valerio Máximo, V, 2, 3.

45. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 815.

46. Livio, XXX, 26, 6.

expectativas de la ciudadanía, harto fastidiada por inescrupulosos tahoneros que hacía rato comerciaban el hambre, suscitándose a diario desventurados conflictos internos.

Comenzaba a dar forma Escipión al supremo programa concebido por la aristocracia años atrás: podían rentabilizarse, a la sazón, los beneficios de las conquistas de Siracusa y de Tarento, de la preponderancia de la batalla de Metauro, de la parcial dominación de Hispania, de la pacificación de Sicilia, de los grandes avances en África, de la forzosa marcha de Aníbal de Italia. Guiada a firme timón por hombres dotados de soberbio espíritu de audacia, fue capaz Roma de sobreponerse a las adversidades, pérdidas y trastornos religiosos, políticos, militares y económicos. Sirviéndose de promesas, de astucias y conminaciones, había logrado inducir Aníbal a la revuelta a una multiplicidad de ciudades aliadas;[47] mas los ciudadanos romanos y colonos latinos, pundonorosos señores de una patria agrícola y aristocrática, con heroica tenacidad ampararon la tierra que con tanto celo sus padres habían conquistado, laboreado y poblado.[48] No obstante, aún faltaba dar un último paso. Y con la guerra distante de la Liguria y de la Emilia - Romaña, del valle del Po y de la Etruria, del Lacio y de la Apulia, del Brucio y de Sicilia, tuvo el Senado la certitud de que habría de decidirse el destino de la república en plano africano.

Bajo esta premisa, a principios del 202 antes de Cristo, se expidió desde Cerdeña y Sicilia un caudal de provisiones vía África: alcanzó el primer cargamento destino y se extravió el segundo en un temporal, yendo a dar los restos del naufragio con el enemigo; interfirió intempestivo revés con la planificación de un cogitabundo Escipión que, sopesando la ruptura de la tregua, le fue preciso expedir, hacia mediados de febrero, una legación integrada por Lucio Bebio, Lucio Fabio y Lucio Sergio para la debida restitución de los bastimentos y, a la vez, interiorizarse sobre el curso de la gue-

47. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 28.

48. Es irrebatible que el temor a la disgregación de la estirpe latina facilitó la concordia entre las colonias y Roma. Sobre todo con las que podían asimilar las motivaciones perseguidas por Aníbal, amenorando, de forma parcial, las pugnas y discordias entre gobernantes y gobernados, así como también las contiendas entre clases, tan habituales hasta el paso de Aníbal. —Lange, *Römische Altherthümer,* II, Berlín, 1879, 164; Napoleón III, *Histoire de Jules César,* I, París, 1865, página 165.

rra. Pero acaeció que, mientras se dirigían a las exposiciones, fueron increpados por una turba enardecida.[49] Caídas las negociaciones, y amedrantados por tan deplorable episodio, solicitaron los legados naves y una escolta personal para su salvaguardia; a su malandanza, aún no habían concluido los padecimientos: a su retorno, por disposición del partido Bárcida,[50] fueron emboscados por una partida de cuatrirremes bajo la regencia de Asdrúbal, siendo menester a Escipión quebrantar la tregua.

Inquietó descabellada felonía a la camarilla de Hannón el Grande, la cual, impenitente, intrigaba para arrebatarle el generalato a Asdrúbal y negociar un pertinente desenlace; a su desengaño, cuando hacía Hannón uso de sus facultades políticas, y con astucia se valía de sus sociedades para acelerar la caída Bárcida, explosiva bramaba Cartago con el vivificante avistamiento de las naves de Aníbal.

Entretanto, avizor el Senado de un solo punto cardinal, se descuidaron las actividades de un Filipo que reincidía en sus incursiones en Grecia. Se había conservado el reyezuelo expectante, lamiéndose las heridas, acrecentando las huestes; y, cuando lo juzgó oportuno, tornó a sus antiguas andanzas, violentando a las *póleis*,[51] extendiendo su pesada sombra por Oriente y exportando un dineral a los cartagineses. Fue estricto, por lo tanto, confiar a Gayo Terencio Varrón, Gayo Mamilio Atelo y Marco Aurelio Cota la inexorable encomienda de reprenderlo por infringir el tratado de Fénice.

Pendiente Roma de los informes de Oriente, cedió la ciudadanía a la estupefacción ante el descaminado y sórdido cometido de los nuevos cónsules: en una burda e insensata tentativa de suplantar a Escipión, sometieron a debate Marco Servilio Gémino y Tiberio Claudio Nerón las asignaciones de las provincias en el Capitolio, osando despojarle el mando de los ejércitos de África. Logró sofrenar Metelo la proposición entre los senadores; y, por intervención de los tribunos de la plebe, se acordó consultar a las tribus: resueltas ratificaron a Escipión por unanimidad. Mas, remoto de escarmentar, descubro, con el beneplácito de Fabianos y Claudios, con suma osadía sortearon los magistrados la administración de África y consumaron su

49. Livio, XXX, 25, 3.
50. Polibio, XV, Fr., 2, 8.
51. Apiano, *Macedonia*, 4; Floro, II, 7, 4.

cometido: obtuvo Nerón una flotilla, se le invistió con el grado de general supremo del ejército continental y dispuso de la misma autoridad que Escipión. Así, cargarían sendos capitanes con la responsabilidad de concluir la guerra, procurando tapizar de cautivadora gloria sus nombres; y, por extensión, a sus agrupaciones.

Naturalmente, dividió polémica medida a la opinión pública: auguraban los espíritus optimistas un alífero y magnífico remate, y los pesimistas, una desoladora represalia púnica; tampoco faltaron los que pronosticaban una catástrofe: indicaba el sensorio común que sería Aníbal un rival más peligroso en su tierra. Pues ya no se las vería Escipión con un adalid de poca monta como Sífax, director de una barbarie sin disciplinar, cuyas huestes solía adiestrar el cantinero Estatorio, y tampoco confrontaría a ejércitos improvisados, alistados a toda prisa y corriendo con una masa uniforme de campesinos mal armados, sino con Aníbal, un generalísimo forjado en parigual fragua que su padre.[52] También en Cartago se traslucía una exorbitante confianza;[53] y con ponderado juicio, si parecía que habían dispuesto los dioses de Aníbal para esta guerra. Criado y educado entre armas, con inquietante bonanza sobrellevó durante su infancia los rigores propios de agrestes cuarteles. Ya con edad suficiente para profesar la jefatura del ejército, con sonado lucimiento se cubrió de prominentes victorias en Hispania, en las Galias y en Italia, desde los Alpes hasta el estrecho de Messina; bien conquistados tenía Aníbal sus lauros: su genio en ciencia militar le precedía. Pero por mucho que hayan osado sus biógrafos ocultarlo, desgloso, prendados por su absorbente aura, guardaba sus defectos. Pues era tanto competente para aplicarse a las bellas letras,[54] al estudio de táctica y estrategia, y de velar por un estricto cuidado de su cuerpo cuanto de prodigarse en el ocio y la indolencia, sucumbiendo gozoso ante el libertinaje desenfrenado de la vida castrense[55] y los apetitos de la carne, verificando frívolas pasiones mediante una larga lista de meretrices de cimbreantes cinturas. Y su imponente ejército, capaz de quebrantar las lanzas romanas un decenio

52. Livio, XXI, 4, 2.
53. Polibio, XV, Fr., 1, 10.
54. Nepote, *Aníbal*, 13, 3.
55. Justino, XXXI, 1, 8.

atrás, los que no perecieron en contiendas trocaron en abono por la peste. ¿Los sobrevivientes? Irritados por el desventurado curso de los acontecimientos, embarcaron con cierta apatía, echando en falta las tabernas, tugurios, festines y lupanares; de modo que le fue imperativo recobrar la disciplina de las huestes en Adrumento, almacenar el suficiente trigo, comprar corceles y concertar sociedades: sencilla cosa fue enseñorearse de Narce y varios poblados incondicionales a Masinisa.

Requirió, entretanto, Escipión de la colaboración de Masinisa, recolectó suministros y bordó el asalto de las ciudades vecinas para ejercitar a las legiones y complicar la exportación del racionamiento enemigo. Vuelta intolerable la situación de Cartago, acusando malestar por la innecesaria intentona de Asdrúbal, la cual interrumpió las relaciones con Escipión y estropeó definitivamente toda tentativa de paz, airado demandaba el pueblo arremeter. En aras de aquietar súbitos impulsos, se le abrió un expediente a Asdrúbal: fraguado el asalto por el propio gobierno, fue sobreseído, debiendo meramente ceder su ejército a Aníbal. Evidentemente, no bastó risible montaje para aplacar las iras y los odios; devastadas las ciudades unas tras otras, y comerciados sus residentes como esclavos,[56] preocupados los sufetes por la fermentación de la opinión pública, persuadidos de la inanidad e inconveniencia de prorrogar lo inevitable, expidieron nuncios al cuartel de Aníbal para agilitar la confrontación, debiendo partir, compelido, a Koudiat Bou Grine. Sorprendidos los exploradores en los puestos de avanzada romanos, terminaron en presencia de Escipión; y, mal que dictaba la ley romana sentencia de muerte,[57] confió sus custodias a un tribuno militar para presumir de los atributos del campamento. Asombrados ante la destreza en la calidad técnica en la aplicación de la ciencia de ingeniería, fueron retornados a Aníbal. Ciertamente, quedó estupefacto con los agobiantes informes: revelaron los exploradores el grandor y la imponencia de las fortificaciones; la sublimidad de los talleres, los arsenales y las máquinas, enteramente acondicionadas para fatalidad de Cartago, la poderosa caballería de

56. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 633.
57. Polieno, VIII, 16, 8.

Masinisa;[58] y, lo que era peor: la torva obscuridad en insomnes pupilas de los soldados.[59] Temeroso de la potencia del enemigo, agenció Aníbal la obtención de una avenencia, según parece, a fin de obtener condiciones de paz más favorables que las estipuladas previamente,[60] concertándose en su apremio una entrevista en torno a Naraggara.[61] Tensionados los cuarenta y tres músculos de los rostros, se examinaron Aníbal y Escipión largo tiempo, sobrecogidos de mutua admiración. Turgentes los espíritus ante la abundante energía desprendida de firmes y cerriles palabras, según parece, en griego jónico,[62] con el destino del Mediterráneo occidental de por medio, fue el coloquio infructuoso: solemne retornó Escipión al campamento –¿acaso emplazado en Koudiat Sidi Slimane?-,[63] dictó la congregación de los hombres y, a voz bronca, decretó el combate.

A mediados de junio del 202 antes de Cristo,[64] en la explanada denominada Outate Zemmal,[65] se dispuso la confrontación. Ostentaba Cartago

58. Gabriel, *Hannibal: the military biography of Rome's greatest enemy*, Washington, 2011, página 191.

59. Exhorto al lector a sumirse en tan vívida descripción en el deleitante poema de Petrarca, *L'Africa*, VII, 106 - 111.

60. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 633.

61. Livio, XXX, 29, 8.

62. Wilamowitz - Moellendorff y Niese, *Staat und gesellschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910, página 187.

63. Scullard, *The site of the Batlle of Zama*, en *Polis and Imperium*, Toronto, 1974, página 231.

64. La tradición que fecha la batalla el 19 de octubre es corrupta y, por lo tanto, debemos desecharla: apenas se ampara en un supuesto retraso de las operaciones por el periodo estival y en un eclipse que, según registran algunas fuentes, pudo apreciarse desde África instantes previos a la batalla, del cual hace una escrupulosa disquisición el prestigioso astrónomo Oppolzer, *Die sonnenfinsterniss des J.202 v. Chr.*, en *Hermes*, XX, Berlín, 1885, página 319 y siguiente. Elabora su reconocida hipótesis Pareti, *Zama*, en *Atti delle Reale Acaddemia delle Scienze*, XLVI, Torino, 1910/1911, páginas 320 - 324, mediante la vinculación de tales contingencias; y a suma ligereza acaba por situar la confrontación el 19 de octubre. Sin embargo, conjeturo que, si se perpetró la emboscada contra los Lucios a mediados de febrero, extender las operaciones por un período de ocho meses sería poco verosímil. —Desarrolla Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 407, un convincente argumento para refutar a Oppolzer y Pareti y ubicar la batalla en junio, cediendo tiempo suficiente a los

cuarenta y dos mil soldados, y en torno a los 20 proboscidios,[66] situados cuidadosamente al frente, a intervalos; resonaban desde la retaguardia los escalofriantes alaridos de celtas, lígures, cartagineses, hispanos y mercenarios africanos e italianos.[67] Ponía en pie de guerra Roma a veintitrés mil infantes y mil quinientos jinetes; contribuía Masinisa con diez mil efectivos y Dacamas, otro príncipe aliado, con seiscientas monturas. Desacatados anticuados manuales sobre táctica y estrategia,[68] aquellos tan observados por antiguos y aplicados capitanes romanos, con refrescante inventiva e innovación, acomodó Escipión a la infantería en tres hileras, a modo de espejo, allanando la movilidad a la caballería para que ensayara un corpudo despliegue; al frente de las legiones, portaban pequeños escuadrones estacas erizadas con clavos, indispensables para entorpecer el atropello de las bestias. Experimentada en sus arrolladores embates, iba la caballería de Masinisa en las alas y marchaban italianos detrás. Enfrente suyo, una estremecedora horda cuyas religiones, lenguas, leyes y motivaciones para combatir eran diversos: se les resaltaba a las huestes complementarias la paga al contado más su multiplicación por lo que se obtuviera del botín; enardecía a los galos su singular desprecio por todo lo que simbolizaba Roma; guardianes de las agrias cimas de los montes, les brillaba la vista a los lígures de sólo imaginarse sembrando las fértiles llanuras de Italia; movía a africanos y númidas la impetuosa ambición de deponer a Masinisa, y, en fin, recelo-

---

generales para concertar sociedades, incrementar las fuerzas, estimular a la soldadesca con el asalto de las plazas circundantes, planificar la logística y la estrategia, y resolver la guerra antes del verano. A su vez, sitúa Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 634, n1, la fecha de la batalla decisiva hacia la primavera, tal vez entre mayo y junio, lo que refuerza el razonamiento expuesto y la subsiguiente cronología propuesta.

65. Scullard, *The site of the Batlle of Zama*, en *Polis and Imperium*, Toronto, 1974, página 230 y siguiente.

66. Kromayer, *Antike schlachtfelder*, III, 2, Berlín, 1912, página 681.

67. Sobre el concurso de italianos en el ejército de Aníbal, tanto latinos cuanto romanos, cf. Roberts, *Hannibal's road: the second punic war in Italy 213-203*, Barnsley, 2017, página 229.

68. Scullard, *Scipio Africanus: soldier and politician*, Ithaca, 1970, página 230.

sos de la incierta ventura de su patria, se rehusaban los cartagineses a una derrota que prometía grandes desgracias.

Trazado el escenario y estudiadas las líneas enemigas, correosas aguardaban las legiones por la señal. Quebrado el silencio por la estridencia de agudas *tubae*, se organizó tal alboroto que se revolvieron los proboscidios contra los suyos, desarticulando el flanco izquierdo, constituido por africanos y númidas. Repelidas prematuramente por las estacas, también colisionaron el flanco derecho; desbaratadas las alas por mor de la torpeza de voluminosas bestias, a regañadientes resistía el centro: liderados por la expertícia de Aníbal, se trenzaban los hombres cuerpo a cuerpo, apostando todo a su agilidad y audacia. Se fiaban los romanos de su armamento, su formación y su estrategia. Aprendida la lección de Cannas, con extremado cálculo urdió Escipión el plan de batalla, madurando la victoria en la fuerza de caballería. Conforme terminaban Lelio y Masinisa de desintegrar los fragmentos de los flancos y de la retaguardia, dirigió Escipión la carga por el centro, donde Aníbal; embistieron entrambos, pica en ristre: abolló la jabalina de Escipión el escudo del púnico, y laceró la suya al corcel que, sobresaltado, arrastró al capitán hasta la retaguardia.[69] Cogida una nueva montura, y sugestionado por remover al principal artífice de la guerra y de todos los padecimientos de Roma, otra vez enfiló contra la humanidad de Aníbal, pero su disparo hizo diana en otro peto; tan impresionadas quedaron las legiones de ver contender a su capitán como simple soldado, que cayeron sobre el enemigo con mayor vigor y propiciaron la desbandada en masa. Mas osó Aníbal propinar una última y cruenta estocada: escoltado por un centenar de jinetes númidas, arremetió contra Masinisa. Desarzonado, y armado únicamente de su escudo, a mano limpia arrancaba los dardos el rey, y a los empellones pugnaba con sonada fiereza y hombradía; a su consuelo, pudo subvenirle Escipión a tiempo. Y empapada algente y oblonga hoja con la sangre de los vástagos de Cartago, gallardamente guio a Roma a la victoria, empujando a Aníbal a una infamante huida.[70]

69. Apiano, *Púnicas*, 45.

70. Con sumo criterio ha develado Pascal, *La battaglia di Zama* en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, 15. marzo 1896, página 81, que, con meritoria rigurosidad, documentan Livio y Polibio el inicio de la confrontación; pero es la graceja tinta de Apiano

Arrojó el recuento de cadáveres enemigos la extraordinaria cifra de veinte mil, se prendieron poco más de ocho mil quinientos y desertaron en torno al millar. Proveyó el saqueo del campamento diez talentos en oro y dos mil quinientos en plata, una colección de finas pinturas, pequeñas y bellísimas reproducciones de marfil, y un cuantioso ajuar.[71] Nuevamente en su cuartel, trascendida la arribada de Publio Léntulo en Útica con naves repletas en recursos y suministros, estimando capital amenazar a Cartago desde todos los ángulos, ordenó Escipión a Gneo Octavio marchar sobre Cartago al frente de las legiones y unió su antigua flota a la de Léntulo para desembarcar en el puerto; en tanto se acondicionaban críticas disposiciones, librado de una celada perpetrada por el cuerpo númida durante su degradante fuga,[72] se refugió Aníbal en Adrumento y, a su vergüenza, resolvió envainar. Lánguido fúlgido espíritu por incumplir su promesa de hacer arder Roma, pero predispuesto a decolorar impoluta esencia para evitar la perdición de su patria, tornó a su terruño tras treinta y seis largos años para convencer a los suyos de capitular.[73] Correspondía luciente diadema íntegramente a Escipión: por mor de las tempestades y temporales, pasó Nerón todo su mandato al aguardo de vientos más propicios, sin poder ancorar jamás en África.

Según parece, no perseguía Escipión la ruina de Cartago.[74] Y, primando la cordura por sobre el impulso de las pasiones mezquinas y comunes, y

---

la acreditada para complementar el desarrollo y desenlace, avalado por fidedigna documentación púnica.

71. Apiano, *Púnicas*, 48; Eutropio, III, 23, 2.

72. Nepote, *Aníbal*, 6, 4.

73. Apiano, *Púnicas*, 58; Livio, XXX, 36, 4; Orosio, IV, 19, 4.

74. Observa Stefanoni, *Storia d'Italia*, I, Florencia, 1909, página 239, que debilitaría el aniquilamiento de Cartago las producciones del comercio, la industria y la agricultura en el sur de Italia; e insinúa Apiano, *África*, 65, que a Escipión, artífice de la victoria en una empresa gloriosa, había de bastarle con recluir al enemigo y reducirlo a la insignificancia; pondero sendas valoraciones razonables: sobre todo porque eran conscientes tanto Escipión cuanto la ciudadanía de que no se había estado librando la guerra contra Cartago, sino contra el propio Aníbal. —Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 635 y siguiente; Montesquieu, *Considérations sur les causes de la grandeur des romains, et de leur décadence*, Ámsterdam, 1734, página 41.

recelando de que le despojaran de sus lauros,[75] nuevamente aconsejó al Senado admitir la sumisión.[76] A su bochorno, había la camarilla de los Claudios de procurarse un relumbre de gloria. Y concedido un armisticio de tres meses, incorporado en funciones el I° de octubre del 202 antes de Cristo, gestionó hacerse Gneo Cornelio Léntulo con la provincia de África y el mando supremo,[77] amparado en el silencio del Senado, el cual valoraba productivo la prolongación de la campaña para obtener gruesos ingresos en el tratado de paz.[78] Con razonamiento lo increparon los tribunos de la plebe Quinto Minucio Termo y Manio Acilio Glabrión, atribuyéndole a su mal genio la prosecución de la fallida política de Nerón; mas, en su sordidez, cuando era un hecho la paz, interdijo el senadoconsulto, resuelto a comandar la flota siciliana vía África y reemprender la guerra por la mar. Ahítos los Escipiones y la parcialidad democrática[79] de groseras intrigas políticas,[80] loado el señorío senatorial por su inveterada magnanimidad para con los vencidos ya cosechados perennes lauros por una legación conformada exclusivamente por el partido de Hannón, consignada expresamente para obtención de una leve punición,[81] se terminó por sancionar *la lex Acilia Minucia de pace cum Carthaginensibus facienda et de exercitu ex Africa deportando*, y, a principios de noviembre, clausuró Escipión la flota enemiga y reprendió a los desertores; destinado el invierno para el monitoreo y observancia de las condiciones, a su boga se hizo a la vela durante el estío para ingresar triunfante en Roma.

75. Schvarcz, *Die Römische massenherrschaft*, Leipzig, 1901, página 257.

76. Véase Dión, Fr., 57, 74; Eutropio, III, 21, 2.

77. Según parece, fue un Cornelio Léntulo la figura convenida a prorrumpir contra los intereses de los Escipiones, por mor de sus irreconciliables desavenencias políticas con los Cornelio Escipiones; cf. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 2.

78. Zieliński, *Die letzen jahre des zweiten punischen krieges*, Leipzig, 1880, página 50.

79. Ihne, *Römische Geschichte*, II, Leipzig, 1870, página 376.

80. De la Escosura, *Compendio de la historia de Roma*, Madrid, 1830, página 117.

81. De Ségur, *Abrégé de l’histoire universelle, ancienne et moderne*, IX, París, 1823, página 182.

XI

EL AFRICANO

Tras tantos agrores, quebrantos y desastres, el agotamiento de las reservas públicas y privadas, el suspenso de la observancia de las tradiciones políticas y legislativas, y haber vertido sangre a torrentes, exultante recibía Roma al artífice de desvanecer brunos grilletes de Italia: penetraba Escipión en la ciudad, precedido de un colorido lienzo con las representaciones de las batallas de Hispania y África, y una caravana de carros rebosados de oro y plata. Desfilaban toros albos, tiraban esbeltos proboscidios de las cadenas a ínclitos generales, y remataba mayestática escena el vencedor de Zama, vibrante y resplandeciente, degustando cada instante: vestía una toga púrpura, portaba un cetro de marfil, ceñía su sien áurea corona incrustada de grandes y gruesas joyas, y lucía soberbio un anillo con la efigie de Sífax vencido.[1] Acompañaba memorable marcha una armoniosa procesión coral, y sahumaban apoteósica solemnidad galanos turiferarios.[2] Asistía su fuero íntimo en su carro; montada a brida suelta, su parentela; y cerrando filas, todos los que le habían servido: escribas, secretarios, copistas, lacayos, escuderos, además de un prodiguísimo botín viviente. Se presentaba de último el ejército, constituido por hombres valerosísimos que no ocultaban las cicatrices de tan ardua campaña.[3] No eran las estrechas callejuelas suficientes para contener a una muchedumbre inmensa y ruidosa, predispuesta a soportar el sol, el polvo, los estrujones y las largas pausas del cortejo,

1. Daremberg, Saglio y Pottier, *Dictionaire des antiquités grecques*, III, (H, I, J, K), París, 1900, página 405; Poncelin de La Roche-Tilhac - Picart, *Chef d'ouvres de l'antiquité sur les beux arts*, II, París, 1784, página 44.

2. Apiano, *Púnicas,* 66.

3. Petrarca, *L'Africa*, VII, 109.

todo por deleitarse con la majestad del evento, lo que era una novedad.[4] Depositó Escipión en el erario público la extraordinaria cifra de 123 000 libras de plata, obsequió a cada soldado cuatrocientos ases,[5] y pluguido brindó un refinado banquete en el templo de Júpiter Capitolino con las delicias y manjares preparados por los mejores cocineros de Roma para agasajo de los comensales. Acabados los festejos, durante varios días aún se celebraban certámenes en su honor;[6] insistente solicitaba el bajo pueblo el consulado vitalicio y la dictadura para su campeón;[7] y, deslumbrados ante su nombradía, inmortalizaban señorial figura los artistas plásticos en delicadas esculturas consagradas en la Curia y en los santuarios. Entre tanta euforia y contentamiento, tunos, lo coronaron sus adláteres con el apelativo de *el Africano*,[8] conformándose en torno suyo una fortísima agrupación que osaba avivar las raíces de la antigua sociedad campesina, aristocrática y de prístinos sedimentos latinos, cuando aún era la familia la primera academia para la conservación de las costumbres y las tradiciones, y la religión la piedra angular de la patria, pero tonificada con las doradísimas expresiones, nociones y concepciones que tenía para aportar la preponderante y aventajada cultura helena.[9]

4. Piganiol, *Recherches sur les jeux romaines*, París, 1923, página 30.

5. Livio, XXX, 45, 4.

6. Polibio, XVI, Fr., 23, 7.

7. Livio, XXXVIII, 56, 12; Valerio Máximo, IV, 1, 6.

8. Reniega Livio, XXX, 45, 6, de no poder contrastar fehacientemente si brotó sumo apelativo del fervor popular, de la algarabía del ejército o del oportunismo de extasiados aduladores; pero auxiliado por los acontecimientos, interpreto esta última versión como la más factible.

9. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 203. —Véanse las observaciones de Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 326, sobre la política Escipiónica de remozar a la antigua Roma rural, funcional a una estimable porción de la nobleza, la cual se apoyaba en las propias posesiones agrícolas de Italia y en su clientela, y que, pundonorosa, verificaba una economía puramente natural, y por lo mismo se hallaba poco interesada en una política de expansión y de conquista; talmente, no podía Escipión desdeñar las tradiciones y costumbres de la Roma bucólica. Así, concibo a los Escipiones como una agrupación con principios de un gobierno aristocrático, con una expresa impronta de espíritu democrático, y una profunda tradición latina en su esencia; pero prona a cultivarse con los saberes y ciencias griegas, a diferencia del núcleo duro

Aborrecible secuela de decenios de afeminada liviandad, hubo la disciplina de las familias de relajarse. Desapreciaban los mozos la sobriedad y la observancia de las leyes, y las mozas, educadas para ser obedientes, castas y atentas a los menesteres de la casa, desestimaban las virtudes de la vida doméstica, para ahondar, poco a poco, en las pasiones.[10] ¿La integridad de la liturgia? A suma dificultad resistían tímidos vestigios. Inevitable daño colateral de la guerra, en una sociedad receptiva a las supersticiones y nuevos dogmas, fue una constante la inoculación de doctrinas griegas y asiáticas: habían cedido los antiguos sacerdocios ante el deplorable avance de los cultos foráneos,[11] cayendo los solemnísimos y piadosos ritos en el olvido, y simplificándose el oficio divino a la mera ejecución autómata de ceremonias incomprendidas, vacías de contenido y significancia;[12] era la decadencia religiosa preocupante: agradados emulaban perturbados espíritus las pravas costumbres de dioses abyectos y enviciados.[13] En su elevado genio, aspiraba a vedar Escipión, entre la nobleza patricio - plebeya, las depravaciones difundidas por Cartago y Oriente,[14] sin descuidar las bondades inherentes a la idiosincrasia helénica,[15] harto divulgada en las casas ilustres,[16] pero aún menospreciada por conciencias ayunas. Así, declinada la ocasión de virar a las pequeñas y grandes agrupaciones en su dirección para fortalecer su posición política y entronizarse con el consulado vitalicio y la dictadura, por reputar inadecuado que recayera todo el poder y el gobierno en

---

de la facción del difunto Fabio, inclinados a conservar a la sociedad en su íntegro basamento latino; cf. Abschnitt, *Die literatur der republik und des Augusteichen principats,* en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, I, Berlín, 1912, página 322.

10. Pitacco, *Educazione femminile in Roma*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.,* Florencia, 1902, página 605.

11. Micali, *Storia degli antichi popoli italiani*, II, Milán, 1836, página 156.

12. Ihering, *Geist des römischen rechts auf den verschiedenen stufen seiner entwicklung*, I, Leipzig, 1866, página 342.

13. San Agustín, *Confessiones*, I, 16, 25.

14. Dupouy, *La prostitution dans l'antiquité*, París, 1887, página 54 y siguiente.

15. Schiller - Voigt, *Die römischen Privataltherthümer und Kulturgeschichte,* IV, 1, Múnich, 1893, página 343.

16. Niese, *Grundriss der Römischen Geschichte*, Múnich, 1923, página 156.

una única persona,[17] se restringió a proseguir expandiendo sus relaciones en el Senado, hallando una pertinaz oposición en el grupo de los Claudios, el cual acrecentó su influjo tras la muerte de Fabio, nutriéndose pertinentemente de su clientela familiar; previendo la necesidad de debilitar la creciente hegemonía de los Escipiones en la Curia, ágiles vislumbraron insumisas voluntades en los desórdenes de Oriente una magnífica ocasión: combatir las ambiciones de Filipo y Antíoco III, la excusa perfecta.

Incorporados en funciones Publio Sulpicio Galba y Gayo Aurelio Cota el 21 de septiembre del 201 antes de Cristo,[18] hacia el mes, se entrevistó el Senado con legaciones representativas de Pérgamo y Rodas.[19] Hacía tiempo que invadía Antíoco a Palestina y hostigaba Filipo las Cícladas, el Quersoneso tracio y las costas de Bitinia; arredradas ante las malas formas del enemigo, conformaron Rodas, Quíos, Cícico y Bizancio una coalición, contrataron mercenarios, etolios en su generalidad, y equiparon una flotilla. Inflexibles las falanges del reyezuelo, apremiados convinieron coaligados en buscar asistencia fuera; también acudió concomitantemente una legación representativa de Atenas para descubrirse víctima de un pedregoso asedio. Todo hacía denotar que la impotencia del reino del Alto y Bajo Egipto por preservar el protectorado nominal de las *póleis* había de arrear a Roma a una nueva guerra: únicamente su fuerza podría salvar a Oriente de las garras de Filipo y de Antíoco; o eso, tunamente, diseminaba la cuadrilla Claudia.

Exhausta a tanto hierro y fuego, prefería invertir la ciudadanía las energías en el labrado, en el pastoreo, en el comercio, en el saneo del erario público.[20] ¡Dichosa de Roma si podía sanar las heridas y llenar los vientres!

17. Homo, *Les institutions politiques romaines: de la cité à l'ètat*, París, 1927, página 131.

18. Polibio, XVI, Fr., 24, 1; Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399.

19. Koehn, *Krieg, diplomatie, ideologie: zur aussenpolitik hellenisticher mittelstaaten*, Stuttgart, 2007, página 183.

20. Presupone Büchsenschütz, *Bemerkungen über die römische Volkswirtschaft der Königszeit*, Berlín, 1886, página 9, una intervención indirecta de los romanos en actividades como el arado y el pastoreo, depositando laboriosas faenas en esclavos y pegujaleros; pero pondero desacertada su valoración, supuesto que era una obligación moral el

En tan comprometido período de capital restauración financiera, lo último que se precisaba era involucrarse en una nueva empresa;[21] empero, la parcializada asesoría de los cónsules, funcional a los intereses de los Claudios, y los incentivos de funcionarios codiciosos y acomodaticios de las súbitas circunstancias, inspiraron al Senado a asir las armas.

Constante incordio el hambre durante la áspera estancia de Aníbal, a efectos de eludir el entorpecimiento del tráfico de grano durante la campaña, se vedó a Filipo y a Antíoco sendas intrusiones en Egipto, fingiéndose conservar al seléucida como un amigo, casi que un aliado, en aras de evitar guerrear contra dos férreos enemigos simultáneamente;[22] luego, para adjudicarse un triunfo que hiciera olvidar las gestas de Escipión,[23] y, tampoco nos engañemos, por las grandes riquezas que prometía Oriente,[24] por todos

---

concurso de las casas grandes en el arado y la siembra, sin mencionar ya la insuficiencia de mano esclava en la plebe rural tras la guerra anibálica.

21. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 186.

22. Bouché - Leclercq, *Histoire des Lagides*, I, París, 1903, página 357.

23. Brizzi, *Scipione e Annibale: la guerra per salvare Roma*, Bari, 2007, página 225.

24. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele*, Basilea, 1868, página 129; Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 312. —A criterio de la pluralidad de académicos, consistía el programa de Roma en emprender la guerra contra Macedonia para salvaguardar a Italia, por difidencia a que se escondiera en Filipo otro Aníbal; fuerte en armas y holgado en dinero, ya había evidenciado el reyezuelo su reticencia al predominio de Roma sobre la costa este del Adriático: aún semigriega la Italia meridional, bien hubiera podido ponderar a la región dentro de su propia órbita de influencia política y retomar los designios de Pirro. Mas basar la declaración de guerra únicamente en esta conjetura no termina por convencerme; véase por qué: I°, no había amenazado directamente Filipo a Italia ni a Iliria, plaza donde guardaba el establecimiento romano desde mediados del siglo tercero, intereses políticos, marítimos y comerciales, los cuales, por mor de la degradación de Cartago, habían proliferado en Oriente. Y, aun cuando se hubiera temido una hipotética expansión macedónica en el Egeo, no pudo ser este motivo suficiente para marchar a la guerra, máxime cuando desdeñaba la ciudadanía tan vahosa inclinación. —Livio, XXXI, 6, 3; 2°, vencido Cartago, se le había despojado a Filipo de un valiosísimo aliado. Es en extremo osado aventurar que tentara la invasión de Italia cuando aún deploraba las pérdidas humanas y materiales tras las infructuosas confrontaciones con Levino y Galba. Debió contentarse el reyezuelo, meramente, con firmar la paz

lados arañaron los Claudios para lograr la aprobación de la guerra: utilizados de cebo los ciudadanos romanos vendidos a Grecia cuando Cannas, y esparcido el rumor de que planeaba Filipo la inminente invasión de Italia,[25] hacia enero del 200[26] se sancionó la *lex de bello Philippo Macedonum regi indicendo*.

Pues bien: ¿era lógico que Roma, tras los enormes esfuerzos exigidos en la guerra que acababa de concluir, interviniera en los asuntos orientales, que después de todo le preocupaban bien poco, para impedir que ampliaran

---

de Fénice, aconsejado, sino abroncado, por el círculo real. Desquitó luego túmida ojeriza en Oriente, mas nunca tentó una nueva incursión en suelo italiano; 3°, con la dominación de Hispania y de Sicilia, y la suma precaución que suponía la Galia, había de estar pendiente Roma de nuevos focos infecciosos en Occidente. Si escarbó la camarilla Claudia por todos los sitios para que aprobaran las centurias la declaración de guerra, se debió, propiamente, a su mórbida apetencia de prestigiosas y substanciosas conquistas, en aras de contender con el aura de Escipión, por sobre un modelo prevencionista. Limitada Cartago, se erigía Roma como la nueva potencia occidental. Y aunque pudiera representar Filipo cierta amenaza, habría de pensarlo reflexiva y prudentemente antes de proyectar la temeraria empresa de invadir a Italia, cuando hacía nada del fracaso de Aníbal; 4°, era consciente el Senado de que había relevado a Cartago como la principal potencia occidental, y se descubría, a la sazón, ante una provechosa posición para obrar con determinación. Prometía Oriente profusos botines y riquezas, que, adicionados a los impuestos de Hispania y Cartago, cooperarían para sanear el erario público, reintegrar el dinero de los empréstitos y cumular nuevo capital; 5°, tampoco puede obviarse que, pese al idilio que vivía la ciudadanía con Escipión, carecía de fuerzas estimables para dirigir a placer el repertorio senatorial. Aun cuando fuera cierto que había relevado a su padre como primicerio representante de su agrupación, aún conservaba la oposición su predominio sobre los senadores influyentes, y debería transcurrir algún tiempo antes de que pudiera trocar en el timonel de Roma en materia política, financiera y social; con todo: no me es sencillo imaginar que pugnara la cámara de los Claudios para promover la propuesta de guerra únicamente para salvaguardar a Italia. Fue, entre muchas cosas, una substanciosa medida para dragar la creciente supremacía de Escipión en el Senado, engordar el erario público y estrechar productivas relaciones comerciales con reputados como con novicios potentados y harto adinerados particulares de Oriente.

25. Vannucci, *Storia dell'Italia antica*, Milán, 1874, página 432.

26. Refiere Holleaux, *Rome and Macedon: the Romans against Philip*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 164, su proclamación en julio, pero adoptando como referencia la habitual asunción consular en marzo.

Filipo y Antíoco sus dominios en detrimento de los Lagidas?,[27] ¿ameritaba esta prescindible y caprichosa confrontación, la cual vendría a privar a la república de dinero, hombres y recursos, harto necesarios para restaurar el maltratado edificio de la república? Abrumaban agudos interrogantes a la opinión pública, recelosa de la aventura de la guerra. Desde luego, era ilógico e innecesario dar vida a tan antipática campaña, especialmente cuando aún rondaba el peligro en Italia; mas empecinados los Claudios en gestionar en lo sucesivo las directrices senatoriales, se dio curso a tan descabellada y pretenciosa agenda, aun con la renuencia de la amenorada parcialidad democrática y de los Escipiones, los cuales procuraron involucrar a la ciudadanía en la guerra lo menos posible.[28] Se buscaron, por lo tanto, reclutas; se dividieron cuatro legiones entre los cónsules; se pusieron cinco mil aliados latinos a disposición de los pretores Lucio Furio Purpurión y Quinto Minucio Rufo para el debido monitoreo de la Galia y del Brucio por su activa intervención durante la guerra anibálica; recibió específicas instrucciones Quinto Fulvio Gilón de triar cinco mil efectivos de las tropas de Publio Elio Tuberón para salvaguardia de Sicilia, y reclutaría parigual cantidad Marco Valerio Faltón en Cerdeña; y, en fin, se montó una leva para cubrir las dos legiones urbanas en prevención de potenciales incidentes. Afectados por los coletazos de la guerra, eran muchos los pueblos de Italia que aún rabiaban;[29] talmente, para el desarrollo de las actividades en territorio enemigo y la estabilidad de Italia, operaría Roma con seis legiones de fuerzas frescas y renovadas.

Dispuestos los lineamientos y el aparato militar, se informaron los acontecimientos a Ptolomeo V Epífanes, anunciándosele que habría de acometer Roma la salvaguardia de sus dominios. Reposaban los senadores en la fortaleza de una generación forjada en las adversidades, en la eficiencia de las

27. Permítaseme recobrar el interrogante enunciado con suma claridad por Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 179; y confróntese la pertinente y lograda reflexión de Bouché - Leclercq, *Histoire des Lagides*, I, París, 1903, página 351 y siguiente.

28. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 187.

29. Livio, XXXI, 8, 11.

legiones,[30] y en la venturosa comunión de patricios y plebeyos, cosa antes jamás vista. Se habían apaciguado las viejas rivalidades, las contiendas entre clases, los antiguos celos y enemistades familiares; sólo entre algunas pocas camarillas aristocráticas persistían las animosidades y las antipatías: resabios de la guerra anibálica, y que, por desgracia, habían de intensificar.

Avizor el Senado del desarrollo de las operaciones en Macedonia, vino la noticia de la sublevación de los galos a modificar el programa original. A su salvo indujeron los ínsubres, cenomanos y boyos a la revuelta a celinos, ilvates y demás tribus ligustinas; acaudillados por Amílcar, un superviviente del ejército de Asdrúbal en la Transpadana, abordaron a la indefensa Piacenza: no satisfechos con apalambrar la ciudad, se recrearon en la rapiña y en las transgresiones; la frenética expedición los animó a cruzar el Po, debiendo padecer los residentes de Cremona de su libertinaje. Perturbadoras noticias viajaron a la presteza del rayo, cediendo tiempo a los poblados circunvecinos a trancar las puertas, reforzar las murallas, disponer de centinelas y armar a la mocedad. Se situaba Lucio Furio Purpurión en los derredores de Rímini, expectante con su parvo ejército de la confederación latina; a su cordura, para preservar el bienestar de cinco mil efectivos, convino el Senado en la remisión de Gayo Aurelio Cota para cesar los desmanes.

Inquieta la ciudadanía por la repentina actividad que habían cogido los galos, se remitió una legación a Cartago para denunciar el levantamiento de Amílcar: era su obligación sancionarle. Luego se compareció ante Masinisa para trascenderle la declaración de guerra contra Filipo, excusándose el Senado en los desafueros cometidos contra los *socii et amici populi romani*; y, para que le prosiguiera siendo agradable Roma a un soberano devenido en siervo, dada su importancia y entidad en una campaña en cierto punto incierta, donde, si las circunstancias así lo determinaran, se pudiera urgir de su asistencia, se le obsequió un cetro de marfil, un par de túnicas, una preciosa colección de tazas y un lujoso mobiliario.

Mientras cumplía la legación con el itinerario para el fortalecimiento de importantes y necesarios lazos políticos, comenzaron a presionar las casas grandes coaccionadas para la financiación de la campaña en el 210 antes de Cristo para la debida amortización de la deuda; perturbados se excusaban

30. Kromayer, *Roms Kampf um die Weltherrschaft*, Leipzig, 1912, página 62.

los cónsules, aferrándose a la imposibilidad de saldar el tercer y último plazo, invocando la indispensabilidad de conservar reservado el dinero ingresado en las arcas para el sustentamiento de los ejércitos y de las flotas. De sobremanera desagradó intolerable evasiva a los contribuyentes; sobre todo a los que precisaban del capital para estrechar substanciosas relaciones comerciales con los particulares de Oriente. Pues si cada moneda depositada en el erario público sería destinada, a la sazón, exclusivamente al financiamiento de la guerra, serían las grandes sociedades privadas y los medianos inversores vergonzosamente embaucados, cediéndose oportunidad a generales inescrupulosos de concretar proyectos estrictamente personales y con meros fines lucrativos, sabiéndose, a su sosiego, costeados por la república; eran usuales y peligrosas prácticas propias de pueblos beligerantes y conquistadores, las cuales aspiraba Escipión a suprimir.[31]

Testigo de la decadencia de una sociedad mercantil,[32] aun cuando conociera las ventajas de poseer un vasto territorio, de donde, en caso de supre-

31. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 32 y siguiente.

32. Durante su estadía en África, conoció Escipión la rentabilidad y bonanza de una nación de potentados financieros e inversores; pero también la peligrosidad de una desequilibrada economía sustentada en el comercio terrestre y marítimo. En la ciudad, atestada por la aglomeración de enormes edificios que bordaban las diez plantas, se desarrolló una excelente industria metalúrgica capaz de suministrar herramientas de punta para el labrado de la tierra; era gran parte del producto cargado en portentosas naves vía Hispania y Grecia, impulsándose el crecimiento de una nueva burguesía de potentados inversores que, rozagantes, financiaban exploradores para el descubrimiento de nuevos mercados que explotar. Engallado coronamiento de los fuertes ingresos, fue el puerto revestido con imponentes columnas de mármol y mutaron las pequeñas viviendas en mansiones y los modestos jardines, en espaciosos parques ataviados con primorosas estatuas y lujosas piscinas. Lentamente, ocupó el comercio de esclavos un sitio predominante en la esfera económica; y la población indígena, constituida de negros egenos, fue reducida a la servidumbre y a la esclavitud. Juicioso Escipión de la decadencia de Cartago, censuraba el envarado y presuntuoso estilo de vida de senadores manirrotos; incluso en el seno de su propia cámara, los cuales, en vez de aprovechar sus recursos para cultivar sus intelectos, procuraban incursionar en prácticas burdas y grotescas, refinando y perfeccionando hábitos pútridos y prosaicos, embeleñados con las lívidas luces de la banalidad y el envanecimiento. Aunque, para ser justos, incluso al propio Escipión le costaba moderar sus impulsos, deviniendo, naturalmente, en un hombre de

mo peligro, pudiera disponer Roma de poco más de 200 000 soldados,[33] temía, sin embargo, que, atraídas por la codicia, comenzaran a comunicar las legiones las brillantes adquisiciones de los despojos, propiciando un delicado desequilibrio en la población rústica; con los desórdenes y el trasiego de los campos, aturdida por los delirios de grandeza, bien pudiera ser perturbada Roma por una plutocracia inescrupulosa que echara por tierra las tradiciones, las costumbres y los valores, y la mocedad, como en todo sitio y en toda época, promiscua y receptiva a las novedades y exaltaciones desconocidas, se descubriría envuelta en un vertiginoso torbellino de placeres, de salacidad, de molicie, de vanidad, desidia, impertinencia, glotonería.[34]

---

su tiempo. —Sobre los prejuicios de los Escipiones hacia los desequilibrios inherentes a las grandes sociedades mercantiles, pese a disponer de un prominente aparato de clientela mercantil y de industria marítima, cf. Cicerón, *De re publica*, II, 4, 7 - 9.

33. Develó Cantalupi, *Le legioni romane nella guerra d'Annibale*, en *S.S.A.*, I, Roma, 1891, página 45 y siguientes, que, según Livio, se constituyeron las legiones reclutadas entre los 207 000/230 000 soldados; si adicionamos luego a los esclavos voluntarios, sin reparo se elevaría la cifra hasta los 230 000 ó 250 000. Pues bien: ¿podía ocurrir Roma a tantos efectivos? En el 225 antes de Cristo, disponía de 270 000 ciudadanos varones adultos; aproximadamente, dos tercios (180 000) se hallaba en edad militar. Un septenio más tarde, al inicio de la guerra, habrían sido unos pocos miles más. De modo que no debió existir ningún impedimento para aunar 16 legiones (en torno a los 80 000 hombres) previo a Cannas; pero inmediatamente, por mor de la falta de personal, y en especial cuando la rebelión de Capua, privando a Roma de 20 000/ 25 000 efectivos, se dio amplitud a las reclutas de esclavos y criminales. Si se tienen en consideración significativos condicionantes, y añadimos los años donde cesó la remisión de efectivos de las doce colonias, pondero que la cifra de soldados debió estar más próxima a los 200 000. Estimando ese número como base, si arrojó el censo del 203 antes de Cristo un conjunto de 214 000 ciudadanos, de los cuales concebiblemente pudieran reclutarse 140 000; y, en caso de extrema necesidad, se contabilizaran a los esclavos (de donde por el excedente pudieran alistarse en torno a los 45 000/60 000), rondaría el recuento final entre los 185 000 y 200 000 efectivos para el debido afrontamiento de una nueva empresa. En todo caso, rehén de las imprecisiones de los censos de la época, adviértanse mis cálculos y apreciaciones como de mera proximidad, y no una firme sentencia. —Sobre la corrupción de los censos posterior a la primera guerra púnica, véase Beloch, *Die bevölkerung der griechisch-römischen welt*, Leipzig, 1886, página 346 y siguientes.

34. Pueden observarse en Plauto, *Aulularia*, 502 - 518; *Bacchides*, 331 - 335; *Miles gloriosus*, 685 - 700; *Mercator*, 784 - 790, varios ejemplos de los preocupantes indicios

Como estimulara el Senado nuevos conflictos, apartando del campo largo tiempo a los hombres, cuyo malestar por la descarnada estancia de Aníbal aún era muy vivo, y donde la llama de la insurgencia en las colonias y poblados aliados podía arder nuevamente, ya revelada a los enemigos la perturbación de la pubescencia, postrero valor de la república, renacerían los peligros de Italia a mediano plazo. Mas era substancial fortalecer el erario público, harto menguado por la quimera de Aníbal; así pues, imposibilitada de poder afrontar Roma un gasto desorbitante, y urgidas las casas grandes por recobrar la forzada inversión, se las puso como titulares del nuevo dominio del *ager publicus* en un radio de ochenta kilómetros, tasándose las tierras a un as por yugada; esto es: por 0,25 hectáreas. Cuando pudiera el Senado cancelar la deuda, los que privilegiaran percibir el dinero deberían restituir los patrimonios; todos consintieron tan suculento compromiso, denominándose el terreno «*trientabula*» por haber sido cedido en substitución de la tercera parte del empréstito.[35]

Despreciable efecto de la necesidad de las circunstancias: cogía la aristocracia malsanos hábitos de ruinosas oligarquías,[36] y se aseguraban las potentadas y acomodadas familias productivas heredades y parcelas para su voraz y disforme explotación. Estas tierras de la Italia meridional, las cuales valían poco por las devastaciones y las muertes de sus propietarios,[37] limitada la especulación mercantil a miembros de las familias senatoriales me-

---

de una mocedad finchada que esmerada abandonaba las sencillísimas costumbres; que libidinosa y procaz procuraba satisfacer su voracidad sexual a espaldas de sus cónyuges; que manilarga malrotaba un dineral en excentricidades; que viciosa y avarienta concertaba himeneos únicamente para generar nuevos ingresos por medio de la dote de sus esposas, entre otras cosas muchas. Desde luego, aún debería transcurrir en torno a un decalustro para que, contaminadas por la opulencia sufragada por culpa de tan estruendosa expansión militar y mercantil, descarrilaran definitivamente las casas grandes; pero las señales ahí se hallaban.

35. Sobre esta inusual modalidad del Senado para convertir el territorio conquistado en moneda de cambio, cf. Weber, *Die Römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats- und Privatrecht*, Stuttgart, 1891, página 38 y siguiente.

36. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 142.

37. Registra Columela, *De re rustica*, III, 3, 8, el valor de una yugada de tierra no cultivada destinada a viñedo en mil sestercios; pero presumo que las pudieran adquirir los nuevos propietarios a un coste inferior.

diante la *lex Claudia [Flaminia] de senatoribus*, no obstante las ingeniosas fórmulas para su evasión,[38] representaban la perfecta ocasión de traficar los capitales y los esclavos, cada vez más numerosos. Tampoco osaron los pequeños propietarios desperdiciar la oportunidad, y con habilidad obtuvieron una porción que añadieron a su propio campo para cultivarlo, tras comprar algunos esclavos con sus economías de guerra.[39] También los hubo los que se aventuraron en los negocios, aprovechando tan formidable ocasión para incrementar su fortuna o, en su defecto, amasar una suma importante.

Conforme disponía la aristocracia de sus esclavos para usufructo de las nuevas tierras[40] y robustecía el erario público mediante el cobro de impuestos y la explotación de las minas de plata de Hispania,[41] partió Galba a Bríndisi; incorporó a dos mil veteranos en su ejército; aprestó algunas naves de la escuadra de Gneo Cornelio Léntulo; y, el día posterior zarpar, atracó en Macedonia. Solícito cedió ante las imploraciones de una legación representativa de Atenas para rescatar a la *pólis* del incesante asedio; pero como hubo de enfermar, y convenía el cuerpo médico en la necesidad de guardar reposo, expidió a Gayo Claudio Centón al frente de veinte navíos y un millar de hombres.

Previamente, encomendó Filipo a un tal Filocles la desolación de los labrantíos atenienses, y fio el mando de la flota a Heraclides de Girtón, el cual debía ancorar en Maronea y acondicionar las obras de asalto; ya en presencia del reyezuelo, cedió la *pólis* sin ofrecer resistencia: por efecto dominó, traiciones y hierro mediante, cayeron Eno, Cipsela, Dorisco y Serreo. Avanzando a marchas forzadas hacia el Quersoneso, se enseñoreó Filipo de Eleunte, Alopeconeso, Calípolis, Mádito y otras plazas menores. Viril y gallarda se atrincheró Ábidos, y de no ser por la abulia de Átalo I Sóter y de los rodios probablemente hubiera podido resistir; fue entonces cuando se divulgó en Grecia la recalada de Galba en el Epiro: transportó el cónsul las fuerzas terrestres a Apolonia y las navales, a Corcira, para hiber-

38. Virgilio, *Storia del commercio*, Turín, 1904, página 23.

39. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 37.

40. Corrado, *Una misura eccezionale dei Romani*, Roma, 1900, página 14.

41. Estrabón, III, 148; Polibio, XXXIV, Fr., 9, 10; Livio, XXVIII, 38, 5; XXXI, 20, 7.

nar. En nada turbó subitánea aparición a Filipo; parto de la bondadosa asistencia de sus aliados, a conveniencia prosiguió recibiendo contingentes en cantidad. Provista de recursos, suministros, dinero y soldados, jactanciosa hacía Macedonia de Oriente su bastión.

Entretanto, retornó la legación de África con las respuestas de Cartago y de Numidia. Por improvisarse capitán del levantamiento galo, sería Amílcar desterrado y sus bienes confiscados; y, en señal de apacible voluntad, se exportaron doscientos cincuenta mil modios de trigo a Roma, y parigual cantidad a las tropas en Macedonia. Respecto a Masinisa, halagado por los lisonjeros obsequios, apeteció de contribuir con la empresa con el dadivoso aporte de dos mil jinetes; verecundo, acabó el Senado por acoger la mitad. Supervisó el propio rey pertinente embarco, conjuntamente con doscientos mil modios de trigo y otros tantos de cebada.

También desde el septentrión se acogían gratas noticias: por mor de la larga ausencia de Cota, desatendió Purpurión la instrucción senatorial y arremetió contra la horda invasora en la vecindad de Cremona; se aniquilaron más de veinticinco mil enemigos, se rompieron las ataduras de un par de miles de colonos y se conquistó una extensísima caravana desbordada con los despojos de Piacenza. Impresionó suma victoria a la ciudadanía por su celeridad y preponderancia; asaltado, a la sazón, por los largos, mortificadores y malintencionadas garras de la envidia, aprisa se encaminó Cota a la Lombardía para hacerse con el ejército vencedor. En distinción de tan prodigiosa gesta, decretó el Senado un triduo de acción de gracias, debiendo de quedar los dioses pluguidísimos; pues no tardaron en producirse ventajosas operaciones militares en el Pireo: cesó Centón las excursiones en los labrantíos atenienses, se intituló árbitro de las costas y remontó el Mediterráneo en dirección de Calcis; pocos hombres bastaron para burlar a los centinelas, forzar las puertas y pegar fuego en los edificios, los graneros, los talleres y los arsenales. Todos fueron asesinados, soldados como civiles, se liberaron a los prisioneros y se derribaron las imágenes de Filipo. Cargada de un cuantioso botín, fue indefectible a la flota tornar al Pireo. A su adversidad, no disponía Centón de las fuerzas necesarias para ocupar Calcis sin desatender la salvaguardia de Atenas. Espléndida cosa hubiera sido arrebatarle a Filipo un preponderante centro operacional, y, con ello, quizá la

ocasión de concluir la guerra; hazaña que, ciertamente, le hubiera valido el reconocimiento de los Claudios. Se localizaba el reyezuelo en Demetríade cuando se lo informó sobre la perdición de la *apoikía*; convencido altivo y arrogante espíritu de poder aplastar a los invasores, marchó con cinco mil infantes y trescientas monturas: si hubiera dispuesto Centón de una apreciable batería de efectivos, se habría topado Filipo con una implacable oposición; y allí mismo donde halló humeantes a las bases supérstites de las estructuras, en vez de darle sepultura a los caídos, muy verosímilmente hubiera coincidido en el fatal destino.

Sea como fuere, debía restringirse Centón a la preservación de Atenas. Sobreexcitada enfebrecida y obstinada voluntad, pronto acudió hacia allí el reyezuelo: provistos de la guarnición de Átalo y de los efectivos de Dioxipo, amparados por petrosos muros, a recia hombradía resistieron los sitiados los violentos embates promoviendo el retroceso enemigo. Ante tan onerosa regresión, sugestionado perturbado espíritu por las inclemencias de tormentosa y obnubilante ira, dictó Filipo la destrucción de los domicilios de la vecindad del Cinosargo, las basílicas, los túmulos patrios y el bosque sagrado, evidenciando abominable desprecio hacia las instituciones divinas.

Descorazonados durante algún tiempo por la ominosa suerte de los centros religiosos del Liceo y del gimnasio, en donde había filosofado el mismísimo Antístenes,[42] se recobraron los atenienses de las dolientes tribulaciones con el arribo de nuevos refuerzos. Forzado a rectificar sus planes, enfiló Filipo a Enleusis con la expectativa de asaltar el templo de los misterios de Deméter, pero tampoco aquí pudo franquear las murallas. Develada la amarradura de una fortísima escuadra proveniente del Pireo, se encaminó a Corinto: noticioso sobre el congreso de la Liga Aquea que se desarrollaba en Argos, se apersonó para persuadir a los jefes de que le cedieran a la mocedad, agenciando implicar a toda la nación en su singular cruzada. A su desengaño, no concebían los estatutos de la confederación someter a debate cuestiones ajenas por las cuales se habían convocado, desestimándose pretenciosa petición;[43] frustrada la temeraria tentativa, desmoralizado tornó al Ática. Fue diluyéndose, a la sazón, el espesor de sus vanas ejecuciones:

42. Diógenes, VI, *Antístenes*, 8.
43. Livio, XXXI, 25, 9.

tropezaron sus lugartenientes en reiteradas ocasiones, quedando su imagen tan deteriorada, que únicamente halló un mínimo de consuelo en la rapiña y la devastación. Con epatante lugubridad hollaron los crápulas de sus soldados los sacratísimos recintos, trozaron las estatuas y estropearon los preciosísimos frescos de las divinidades locales. ¡Incluso se redujeron a polvo maltratados cimientos para empecer toda probabilidad de restauración! Profanadas telúricas moradas de irascibles y memoriosos celadores de la Hélade, presuntuoso reanudó el reyezuelo a Beocia.

Asentado a la vera del río Semeni, aún postrado por su enfermedad, confió Galba a su legado Lucio Apustio el saqueo de la región. Para su oprobio, se recreó la soldadesca con el escandaloso programa de depredaciones perpetrados en las fronteras de Macedonia y los descomedidos asaltos de Corrago, Gerrunio y Orgeso, perpetuando la indecorosa marcha triunfal hasta la actual Berat. Expedito se entrevistó Apustio con la nobleza para tratar su rendición, pero como se fiaba esta de sus sólidas fortificaciones, debió rendirla por la espada: yugulada la aristocracia, se derribó columna por columna, muro por muro, tabique por tabique, y con vileza se aherrojó a la mocedad y se hurtaron los tesoros. Infundió obsceno procedimiento tal espanto en los moradores de la hoy Rmait, que, pese a disponer de sus altas murallas, a ligera docilidad se sometieron. Prosiguió en el infamante repertorio la caída de Cnido; aniquilada sin condolencia, acabaron los reyezuelos de las aldehuelas linderas por reconsiderar su posición: observaba Roma una rígida implacabilidad con los vencidos, y se prodigaba en sufragar la lealtad de sus nuevos lacayos.

Acogía, entretanto, Galba a las legaciones representativas de Pléurato, Aminandro y Bato para acometimiento de las operaciones: se recurriría a la colaboración de los dárdanos y de Pléurato cuando se penetrara en Macedonia; recairía en Aminandro la rugosa labor de arrear a etolios a la guerra, y se le comunicó a Átalo el anclaje de una flota romana en Egina, con la perspectiva de dar inicio a las hostilidades en conjunto hacia la primavera.

Ya en sus aposentos, desasosegado por los últimos fiascos y el avance enemigo, encomendó Filipo a su primogénito, Perseo, escoltado por un cuerpo de consejeros, la ocupación de los desfiladeros que conducían a

Pelagonia. Conquistadas las ínsulas de Esciatos y Pepareto, logró concertar Perseo con los etolios para sabotear los insaciables designios de Roma.

Delimitado el escenario en Oriente, procuraban los Claudios reverdecer la confianza en las incursiones militares; aún esquiva la opinión pública, se disminuyó el coste de los alimentos y se distribuyó el trigo procedente de África, a tan sólo dos ases el modio.[44] Osaba elucidar el Senado los espléndidos beneficios de las largas campañas, pero no parecía bastar su largueza para engatusar a un pueblo desgarrado por los zarpazos de Aníbal; por lo tanto, como ciertos grupos políticos ponían en discusión el derecho de celebrar el triunfo a Purpurión por operar en ausencia de Cota, amparados en la ley y en la recta razón, merced a la hábil intromisión de sus amistades y relaciones políticas[45] se sancionó el *plebiscitum de ovatione L. Cornelii Lentuli.*[46] Triunfante ingresó el pretor en Roma, y, posterior a un elegante desfile, se depositaron en macilentas y ajadas arcas un íntegro de 320 000 ases de bronce y 170 000 monedas de plata, y se subastaron diez mil prisioneros. Se regocijó nuevamente la ciudadanía a las pocas semanas; placentera cortesía de la majestad de los juegos brindados por Escipión en distinción de sus proezas en África. Dispensaba noviembre contento. Y, para alborozo de la muchedumbre, dio participación Plauto en los *ludi plebei* a su acabado *Stichus*. Una pieza de argumento simple, divertido, ligero y de provocativo desenlace:

Intro hinc abeamus nunciam:
saltatum satis pro vinost.
Vos, spectatores, plaudite atque
ite ad vos comissatum.[47]

Es verosímil aventurar que Marco Pacuvio, un artista veinteañero arribado de Bríndisi para invertirse en la pintura, se excitara con la festividad

44. Sobre la abundancia de trigo que siguió a la segunda guerra púnica, véase Horacio, *Satirae*, II, 3, 87.

45. Livio, XXXI, 49.

46. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 88; 265.

47. Plauto, *Stichus*, 774 - 775.

de los actos. Y más verosímil aún, que Quinto Ennio, su tío materno[48] y, a la sazón, un poeta en ascenso patrocinado por Marco Porcio Catón,[49] incidiera en el porvenir literario del jovenzuelo. En el crepúsculo del siglo tercero, aunque aún estimada como un poblachón desprovisto de calles hermosas o lucientes palacios,[50] comenzaba a afiligranarse Roma con la comedia de Plauto; las deliciosas clases impartidas en latín y en griego por Ennio;[51] y los solemnes versos del difunto Gneo Nevio, trabándose las manezuelas de antiquísimas obras y cediéndose paso a una generación de poetas acogida con fruición y entusiasmo por una aristocracia prendada de informar a su vida la bella prosa grecolatina.[52]

Transcurridas las ceremonias, retornó Cota de la Lombardía y halló a la ciudadanía serena y conforme con la resolución adoptada en el triunfo de Purpurión; y aun cuando estimaba que había obrado el pretor en contra de la voluntad senatorial, y, bochornosa cosa, sin necesidad de atender el Senado las versiones de los oficiales para acreditar sus méritos y facultades, lo que refuerza la premisa de que fue la polémica ceremonia un mero sedativo popular,[53] arrebatándole la ocasión de conquistar auríferas lauréolas durante su consulado, hizo público silencio. Descargada inocultable furia en privado, determinó la fecha para los comicios.

Brindadas las agrupaciones a los habituales programas políticos de adulación y avenencias para conquistar las magistraturas, se rindió homenaje a la memoria de Marco Valerio Levino: financiaron sus hijos Publio y Marco un espectáculo de gladiadores para el esparcimiento de la masa, la cual había adquirido cierta predilección por las violentas partidas en los funerales. Concurrieron los veteranos de Escipión a las exequias, y afanados se movilizaron en unidad, impacientes por obtener un pedazo de tierra por sus

48. Plinio, *Naturalis historia*, XXXV, 19.

49. Nepote, *Catón*, 1, 4. —Según Silo Itálico, *Punica*, XII, 395, sirvió como centurión en Cerdeña hasta que lo transportó consigo Catón en su retorno a Roma en el 204 antes de Cristo; avecindado en el Aventino, y por su lato conocimiento del osco, el latín y el griego, prontamente estrechó lazos con personajes conspicuos de las casas grandes.

50. Friedlaender, *D.S.G.R.*, I, Leipzig, 1919, página 4.

51. Suetonio, *De grammaticis et rhetoribus*, I, 2.

52. Stampini, *Nel mondo latino*, Turín, 1921, página 149.

53. Livio, XXXI, 49, 9 - 10.

servicios en Hispania y en África; intercesión de *el Africano* mediante, se verificó que recibiera cada mílite, oscilantes entre los 15 000 y 20 000,[54] dos yugadas por año de servicio en los asentamientos del Samnio y de la Apulia estipulados previamente.[55] Gozaba Escipión del patrocinio de preclaros magistrados, y muchos hubieran aventurado que lograría elevar en dignidad su agrupación a uno de los suyos; sin embargo, acometió la oposición una laborosa campaña durante las semanas previas al sufragio y acabó venciendo: representarían Cornelio Léntulo y Publio Vilio Tápulo los intereses de los Claudios, en unas elecciones marcadas por el rotundo fracaso de los Escipiones.

Veloces se sirvieron los nuevos cónsules de sus allegados para tratar la prosecución de la guerra, y, hacia la segunda quincena de septiembre,[56] se lo expidió a Purpurión a la asamblea Panetólica; en vano encarnó la custodia de Atenas y de las *póleis* sometidas por Filipo para inducir a los etolios a enhestarse en armas: corrompido por Perseo para estancar las negociaciones,[57] con sutileza dio amplitud el *strategós* Damócrito a su ponzoñosa labia, disolviéndose la convención sin materializarse ningún tratado. Fue el disgusto en Roma grande, especialmente en la cámara de los Escipiones. No era ningún secreto que se estiraba la empresa, disfrutando los cónsules y sus socios de la magnífica ocasión de concertar relaciones comerciales en Oriente; dando largas los etolios, se prorrogaría la expedición más de lo aguardado, sobre todo por el campesinado, auténtico corazón de las legiones. Pero ¿cuánto más se le podía exigir a Escipión? Tanto los cónsules salientes cuanto los entrantes propugnaban la propaganda política y militar de los Claudios y sus inherentes beneficios económicos; mas no para derramar en el bajo pueblo, sino para concentrar una inmensa fuente de poder, riqueza e influencias entre un selecto y exclusivo grupo de senadores, fo-

54. Pfeilschifter, *Titus Quinctius Flamininus: untersuchungen zur römischen griechenlandpolitik*, Gotinga, 2005, página 47.

55. Livio, XXXI, 4, 2; 49, 5.

56. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399; Sokoloff, *Zur Geschichte des dritten vorchristlichen Jahrhunderts*, en *K.B.G.*, VII, 1907, Leipzig, página 62.

57. Imputa Livio, XXXI, 32, la remisión de la conveniente suma a Filipo; pero medito más plausible que fuera remitida por su hijo.

mentándose la supresión de la antigua aristocracia campesina y el advenimiento de una deplorable oligarquía mercantil. Con torcida avaricia se frotaban las manos la pluralidad de magistrados pensando en los tesoros de Oriente; y, por encima: una estimable porción de la nobleza, unida a su familia por lazos de amistad desde antiguo, poco a poco se distanciaba de su política.[58]

Desconcertado por el fatal curso que habían adquirido los sucesos, con la premura y necesidad de reimpulsar a su cámara, procuraba avenir Escipión su política con la oposición. De fondo, con escabroso y libre arbitrio se intensificaban las escaramuzas en los poblados, campiñas y bosques de Macedonia y Calcídica.

Prestigiosos historiadores, en una suerte de consenso taxativo, han difundido la idea de que ambicionaba enseñorearse Escipión de las fuerzas del Senado con el obstinado y egoísta horizonte de constituir su propio imperio,[59] contentándose en replicar críticas injustas y poco sensatas, a mi juicio, en una distorsionada interpretación de los hechos: pues cuando tuvo oportunidad de intrigar con los pequeños y acólitos grupos minoritarios para hacerse con el consulado vitalicio y la dictadura, prescindió de tan rahez proceder; no debía concentrarse el poder de la república en un solo puño. Teorizaba y meditaba ineludible principio con suma hondura Escipión, hombre decente y de sentida piedad,[60] aun cuando se viera afectado por el eclecticismo religioso;[61] dotado de un intelecto superior integrado a

58. Brizzi, *Scipione e Annibale: la guerra per salvare Roma*, Bari, 2007, página 217.

59. Cf., por verbigracia, el pronunciamiento de Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 803.

60. Aulo Gelio, VI, 1, 6; San Agustín, *De civitate dei*, III, 21; Heffter, *De Godsdienstleer der Grieken en Romeinen, een historische* schets, Ámsterdam, 1853, página 229; Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 173; Preller, *Römische mythologie*, Berlín, 1865, página 210. —A pesar de la infundada opinión de distinguidos académicos, no acataba su piedad a una vana y antipática piedad formalista, sino a una auténtica: en corazón y espíritu.

61. Véase Livio, XXVIII, 45, 12.

una personalidad marcada por la confianza en sí mismo;[62] que aunaba las cualidades del antiguo y sobrio patriciado, y al cual las circunstancias acabaron por posicionarlo como principal representante de la agrupación de su difunto padre. Ajeno a proyectar centralizar todo el poder para fines personales y comunicar un espíritu de conquista, a lato raciocinio aguardaba aplacarlo: pues únicamente con repugnancia y por verse obligado a ello habría de contribuir a un prudente y moderado acrecimiento de la república.[63] Sería así, en efecto, que empujado por el azar y los sucesos, donaría toda su actividad en aras de la fundación de una clase directora, cimentada en la transparencia y honestidad de hombres virtuosos, cultos y, en su generalidad, afectos a la cultura helena,[64] la cual indefectiblemente debía colisionar contra las filas ultraconservadoras, furiosa abogada de las tradiciones y costumbres latinas, en una contienda por dos modelos políticos diferentes, harto incompatibles y distantes, personificados en dos reconocidos adversarios: el propio vencedor de Zama y Catón.

62. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele*, Basilea, 1868, página 152.

63. Introduce sumo aporte a la historiografía romana Guglielmo Ferrero en la traducción de su estudio *Grandezza e decadenza di Roma* al francés. —Ferrero, *Grandeur et décadence de Rome*, I, París, 1904, página 411.

64. Cf. las acertadísimas disquisiciones de Haywood, *Studies on Scipio Africanus*, Baltimore, 1933, página 66; y Wilamowitz - Moellendorff y Niese, *Staat und gesellschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910, página 224.

XII

TITO QUINCIO FLAMININO

En tanto ocupaban sus cargos los cónsules, pretores, ediles y cuestores, circunscribió el Senado a Lucio Cornelio Léntulo la recluta de nuevas legiones, y asumió Publio Vilio Tápulo el mando del ejército de Galba, con el percance de que, sucesivamente a su presentación, sucumbieron un par de miles de efectivos ante la intempestiva tentación de amotinarse, con el fundamento de que se los había embarcado en contra de su voluntad y que su período ya había expirado. A diferencia de los soldados de Escipión cuando Sucrón, no se trataba de simples revoltosos, sino de hombres disciplinados; pero que la desesperación por dormir largo tiempo fuera de Italia, con pocas o nulas noticias sobre las familias, había terminado por contrariarlos. Abrazaba Tápulo natural morriña y añoranza: por tal motivo, en vez de reprenderlos, se dirigió desde la honestidad y les elucidó que, como se conservaran firmes en el frente, marchando a paso forzado, portando con ardor las armas y sangrando por la salvaguardia de la patria, propondría sus licenciamientos.

Conforme contemplaban los directores del alzamiento la sensata propuesta, circuyó Filipo con terraplenes a la moderna Domoko con el convencimiento de poder demoler sus puertas y murallas. Para lozanía de la campaña, tras entrever Damócrito que en este conflicto entre dos grandes po-

tencias, la peor condición era la de proseguir neutrales,[1] se incorporaban los etolios a la acción. Acaudillados por Arquidamo, burlaron los puestos de vigilancia, penetraron en la plaza y, durante las siguientes jornadas, se las ingeniaron para hostigar al enemigo: esforzados impactaban los proyectiles contra los manteletes y los portentosos arietes, ensayaban audaces incursiones para desbaratar a las torres de vigilancia y enganchaban a la caballería en pequeñas grescas. Tanto embrollaron los proyectos de Filipo que, para cuando vislumbró que en modo alguno eran las mercedes tan grandes como para justificar los peligros a los que aventuraba a su ejército, tornó a los cuarteles de Macedonia y se prodigó en afianzar sus sociedades políticas, comerciales y militares.

Ocupado el reyezuelo en la renovación de esenciales tratados en Oriente, interrumpió el Senado las operaciones para invertirse en las relaciones políticas y diplomáticas. Osó abonar Cartago los diez mil talentos de plata correspondientes a la renta de los doscientos que había de pagar durante un decalustro, pero incontinenti descubrieron los cuestores que se constituía una cuarta parte de la adición de otros minerales; abochornada, se disculpó la representación, y, para cubrir el faltante, recurrieron a entidades financieras de la ciudad. Robustecía el erario público con el abono de los 7 500 talentos, consolidando su poderío Roma sobre su antigua rival; pero si aspiraba a conservar contentados a los refractarios de Aníbal, convenía ceder en flexibilidad. Talmente, se restituyeron un centenar de rehenes púnicos y se reubicaron a los restantes de Norba, donde era su situación penosa, a Signia y a la Ferentino hérnica;[2] también se atendieron los asuntos de las provincias: a petición de los gaditanos, se anuló la remisión de un prefecto. Había brindado la guerra de Aníbal varias enseñanzas: era de la más valiosas la de no asfixiar a los locales con la severidad municipal. Además, asiduamente surgían nuevas contingencias en Italia como para andar enredándose en estos pormenores. Preocupada acudió una legación representativa de Narnia para protestar sobre el insuficiente número de colonos; reparados en el ex-

1. Livio, XXXI, 40, 9 - 10; Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 5; Costanzi, *La relazioni degli etoli coi romani dopo la pace di Fenice*, en *Studi Storici per l'Antichità Classica*, I, Pisa, 1908, página 440.

2. Livio, XXXII, 2, 4 - 5.

pido de ciudadanos para poblar la ciudad, los emularon los cosanos, pero sin obtener parigual resultado. Supo volcar Escipión su consideración en esta cuestión tan importante: sin nadie de su cámara ocupando magistratura alguna relevante para poder aplicarse en substancial asunto, próximas las elecciones para la censura, se postuló. Vencedor junto a Publio Elio Peto, con suma claridad completaron una nómina de senadores exentos de nota censoria; adjudicaron en arriendo los impuestos sobre el tráfico de mercancías en Capua y Pozzuoli para el pronto recobro del deteriorado comercio de la Campania;[3] pusieron en venta el *ager publicus* al pie del Tifata,[4] y concedieron los derechos de fielazgo en Castro, adonde fueron enviados trescientos colonos. Donde observan algunos académicos un pétreo esfuerzo por beneficiar a la nobleza en desmedro de las clases medias, advierten otros una enérgica empresa para constituir una sólida política agraria y reorganizar el erario público. Lo cierto es que no se había contaminado Escipión con la codicia, la venalidad y el afán de lucro de los potentados inversores y financieros. Si personalidades obscuras obtuvieron beneficio de su esplendente política no fue por consenso,[5] sino por la imperiosa necesidad de vender las tierras públicas y aumentar la población en la Italia meridional. Era su política clara: debía fortalecer Roma sus arcas con el dinero ingresado de Cartago e Hispania;[6] diseminar su estirpe a lo largo y ancho del suelo itálico; aplacar la miseria y la penuria de los campos; en fin, consolidar un vigoroso ejército y restituir el fulgor de la patria. Costaban las guerras, y costaban muchísimo; pero si las campañas en Oriente alcanzaban a ser fructuosas, ocuparía Roma ese sitio de privilegio que por decenios hubo Cartago de restringir. Presumía ideal el cuadro Escipión para impulsar a Roma a la grandeza, abriéndose camino en el Mediterráneo, trocando en árbitro de las costas, nutriéndose de la *paideia* griega, la cual

3. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 389.

4. Es una vulgar inexactitud del campo de la historiografía romana situar en el *ager publicus*, esas amplias y provechosas extensiones de pasto adquiridas durante las guerras, a ciudadanos romanos, supuesto que fueron ocupados, en su generalidad, por italianos -latinos como aliados-, acucioso el Senado en explotar su valor comercial. —Meyer, *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen*, Halle, 1894, página 14.

5. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 188.

6. Livio, XXXII, 7, 4.

con tanto celo había procurado inculcar Alejandro a los bárbaros, pero sin replicar singular avidez de conquista.[7]

Pese a su magnífico desempeño como censor, aun con su controvertida autoproclamación como *princeps senatus* sin haber ejercido la censura previamente, inaudita cosa, o, en todo caso, de la cual carecemos de noticias,[8] dominaban Claudios y grupos de su esfera las oficinas de la república. A no ser que se implicara activamente, no sin reparo hubiera podido patrocinar un candidato a la altura de las circunstancias: había vapuleado Amílcar a un ejército romano en la Cisalpina e invernaba Tápulo en Macedonia, ya contenida la sedición, concediendo iniciativa y tiempo a Filipo para anudar a su causa a los aqueos,[9] alistar a los hombres y ejercitar al cuerpo mercenario al aguardo del primer verdor. Era una perentoriedad obrar con presteza; captarse a los indecisos, poner en boca de todos a un contendiente capaz de representar los intereses de su agrupación; a su signo, guardaba a bien la opinión pública su pragmática y funcional labor en la censura: congeniaba con Peto estupendamente, constituyendo una sólida coalición política, intachable en la verificación de las costumbres de los grandes, pero contemplativa y benévola con senadores desorientados sobre las obligaciones correspondientes a su posición. Era un deber sagrado para las potentadas familias senatoriales conservar vivas las antiguas costumbres rústicas en el circuito de la ciudad; asistir con su consejo, su dinero y su arrimo a cierto número de medianos propietarios;[10] apadrinar a los plebeyos sobresalientes por su ética, su moral, su intelecto, carentes del capital y de las influencias necesarias para acceder a las magistraturas, preservándose así la esencia de los primeros padres en la robusta estructura de la nobleza patricio - plebeya. Veladas sumas directrices, sin ningún tipo de concesión, pero tampoco de forma radical o extremista en aras de asegurar el orden, el equilibrio y la

7. Arriano, *Anábasis*, V, 25, 2; Curcio, X, 17 - 19; Plutarco, *Alejandro*, 5, 4; 5, 6; 47, 2; 62, 5; 71, 3; Solino, 12, 2. —Aspecto, no obstante, que había prendido en la deformada conciencia de la nobleza; cf. Torregaray, *La influencia del modelo de Alejandro Magno en la tradición escipiónica*, en Gerión, 21, num. 1, 2003, página 142.

8. Mommsen, *Römisches Staatsrecht*, III, 2, Leipzig, Von S. Hirzel, 1888, página 970, n2.

9. Polibio, XVI, Fr., 38.

10. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 19.

estabilidad en la estructura civil, creció la admiración de la ciudadanía hacia Peto de modo tan acelerado que, para el consulado del 198 antes de Cristo, con pertinencia promovió Escipión la candidatura de su hermano, Sexto Elio, prestigioso jurista,[11] apodado *cato* por su prominente sagacidad, y que posiblemente fuera el primero en ejercer el derecho de forma profesional por mor de la ausencia de patronos durante la guerra para la debida representación de las clientelas.[12] Supo Escipión tan bien decir, hacer y prometer que contó su candidato con el beneplácito de las centurias: únicamente restaba conocer a su colega.

Sobresalía entre los aspirantes la presencia de Tito Quincio Flaminino, otro de los tantos personajes populares de Roma. Había atestiguado Flaminino sus virtudes militares como *tribuni militium* bajo las órdenes de Marcelo hacia el 208 antes de Cristo;[13] se había granjeado el afecto de sus camaradas tanto por sus dotes como soldado cuanto de gobernador homologados durante su imparcial y ecuánime cuestura en Tarento; y había tenido sus desavenencias con Escipión cuando integró la comisión que distribuyó tierras a sus veteranos, aunque ciertamente que aún distaba de constituir una auténtica fuerza activa en Roma, acogiéndose sus desavenencias a las asiduas pugnas entre agrupaciones, supuesto que integraba la nómina de los Fabianos.[14] Pues, para ser sinceros, guardaban las visiones políticas de Escipión y Flaminino cierta afinidad; y, más importante aún: recelaban de la influencia de Catón en la Curia y su obstinada persecución a la cultura helénica, lo que podría derivar en una inconveniencia para Flaminino por integrar la misma agrupación. En efecto, desde la muerte de Fabio, había adquirido Catón un notable protagonismo entre los Fabianos, abriéndose sitio en el Senado a través de su refinado verbo y sus oportunas relaciones. Dificultosamente un hombre de su antigua posición hubiera gozado de tanta influencia de no ser por el padrinazgo de Lucio Valerio Flaco, un noble de

11. Cicerón, *De legibus*, II, 23, 59; *De oratore*, I, 48, 212; *Brutus*, 20, 78.

12. No sería una temeridad suponer que su actuación fuera vista, entre las agrupaciones ultraconservadoras, como un agravio a la recta conducta cívica. —Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 825.

13. Plutarco, *Flaminino*, 1, 5.

14. Véase la ligazón de Flaminino con la *gens* Fabia en Livio, XXXII, 36, 10 y Polibio, XVIII, Fr., 10, 8.

alta estimación que lo acogió bajo su ala desde temprana edad;[15] moldeada una proba reputación, cautivó Catón a los senadores afines a la política Fabiana y ya no tuvo mayores inconvenientes en apacentar al resto del rebaño. Ante un adversario de sobrado medro y patrocinio, se hubiera podido topar Sexto Elio con una fuerte oposición cuando gestionara promover algún que otro proyecto de ley; especialmente aquellos que atentaran contra los intereses de los Fabianos. Es de suponer, a la sazón, que no le desagradara a Escipión la candidatura de Flaminino, y que se contrariara ante la sórdida actuación de los tribunos de la plebe Marco Fulvio y Manio Curio para excluir su promoción por no consentir que optara al consulado sin haber ejercido la edilidad y la pretura.[16] Empero, estribando su criterio en la popularidad de la *gens Quinctia*,[17] desestimó el Senado las recriminaciones y protestas, estipulando que atañía estrictamente a las centurias la determinación de prescindir de sus pretensiones de profesar la máxima magistratura. En consecuencia, cedieron los tribunos, quizá interpretando que sería desapreciado su nombre durante el proceso electivo por carecer del apoyo de los grandes. Mas secundado con pertinencia por los Escipiones, bajo el expreso imperativo de vedar la influencia y autoridad de los Claudios en la dirección de la guerra, y confiados en que habría de congeniar *el Africano* con su refrescante política filohelena, fue Flaminino electo junto a Sexto Elio para el consulado del 198 antes de Cristo. En el umbral de los treinta años,[18] le arrojaba el acaso la jefatura del ejército en Macedonia. Una multiplicidad de incógnitas debió de asaltar por entonces sus pensamientos; pues diestros dirigentes como Tápulo y Galba habían concertado valiosas sociedades y coaliciones en Grecia,[19] y le suponía un auténtico desafío preservar la cordialidad y predisposición del heterogéneo y veleidoso abanico de gobernantes de las *póleis* para con las miras de Roma.

15. Nepote, *Catón*, 1, 1; Plutarco, *Catón el censor*, 3, 4.

16. Livio, XXXII, 7, 10.

17. Homo, *Flamininus et la politiqué romaine en Grèce*, en *Revue Historique*, mayo - agosto 1916, página 25.

18. Se presume el alumbramiento de Flaminino hacia fines del 229 o principios del 228; cf. Pfeilschifter, *Titus Quinctius Flamininus: untersuchungen zur römischen griechenlandpolitik*, Gotinga, 2005, página 33.

19. Brizzi, *I sistemi informativi dei Romani*, Wiesbaden, 1982, página 196.

Romano de nueva escuela, talentoso para los negocios y educado para suavizar la aspereza del antiguo carácter latino y adaptar las formas de la antigua sociedad aristocrática a las relaciones gubernamentales, examinaba Flaminino la dirección de las operaciones en Oriente. Aún en la ciudad, prevenido de que dilataron sus partidas por de más sus predecesores, reos de los protocolos; que planificaron las operaciones apurados, entrada la mala estación; y que emprendieron la campaña con lentitud y apatía, peticionó al Senado que elevara a su hermano Lucio al cargo de almirante,[20] reclutó a tres mil veteranos de Escipión, los cuales accedieron a una nueva campaña, presumiblemente, por concurso de su general, y capitaneó a ocho mil quinientos efectivos donde Tápulo; de súbito arribo en el campamento del procónsul, meticulosamente emplazado a ocho kilómetros de las huestes macedonias.[21] Contrastaba su aspecto juvenil con su experiencia en materia militar. Avezado en táctica y estrategia, descollaba por sus maneras agradables y su exquisito dominio del griego;[22] de temple tierno y dócil con los inferiores, pero implacable y severo con los enemigos, aunaba las cualidades de un líder natural. Valoraba el sentir público en Roma que se daría a la acción de inmediato; pero, inversamente a lo augurado, fue más precavido. Hecha la presentación en el ejército, aguardó por las tropas que marchaban desde Corcira, reunió consejo de guerra y ponderó la posibilidad de penetrar en el campamento enemigo de modo directo, sin reservarse nada, o la de acceder a Macedonia circuyendo Dasarecia y Lineo. Era opción esta de su preferencia; pero, como cabía la posibilidad de que, ya alejado de la mar y aventurado en parajes poco fértiles, padecieran los hombres el hambre, acabó por desecharla; de modo que se conservó inactivo, concediéndole a su hermano el lapso suficiente para asumir el mando de la flota estacionada en el Pireo para custodia de Atenas.[23]

20. Plutarco, *Flaminino*, 3, 3.

21. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, I, Turín, 1923, página 62; Oost, *Roman policy in Epirus and Acarnania in the age of the Roman conquest of Greece*, Dallas, 1954, página 46.

22. Plutarco, *Flaminino*, 5, 7.

23. Livio, XXXII, 16, 5.

Entretanto, accedía el Senado a todas las providencias para la contención de Italia y de las provincias. Verificadas las preturas, partió Gayo Helvio a la Galia; Marco Claudio Marcelo a Sicilia para conformar una legión; y avió Catón en Cerdeña un par de miles de infantes y doscientas monturas. También se lo reprendió a Antíoco: a su salvo invadía insaciable espíritu los dominios de Átalo, enmarañando peligrosamente los proyectos de Roma, debiendo apersonarse una legación para ordenar el cese de las hostilidades; aunque, a sobrio raciocinio, se enunciara la torpeza de que se trenzaran entre sí sus aliados cuando la guerra con Macedonia proseguía viva, lo que en verdad inquietaba al cuerpo senatorial era que las contingencias del conflicto privaran a Roma de la fortísima escuadra de Pérgamo.

Estático Flaminino por un espacio de cuarenta días, a mediados de noviembre,[24] se esperanzó Filipo con la idea de rubricar la paz; intercesión de los magistrados epirotas mediante, el 18 ó 19 se entrevistaron Flaminino y Filipo en las orillas del Viosa. Inferior el reyezuelo a Aníbal respecto a envergadura política y castrense, distante de encandilarse como Escipión cuando Naraggara, se abstuvo Flaminino de ambages y expuso sus términos: debería vaciar Macedonia las guarniciones de las dependencias helénicas y reintegrar el tesoro y los dominios saqueados en Oriente. Garantizó Filipo la liberación de las *póleis*, pero salvaguardaría la posesión legítima y hereditaria de sus territorios; tampoco se opondría a la restitución del capital usurpado, a condición de que impartieran justicia pueblos amigos en común. Incisivo, enunció Flaminino la innecesariedad de tales jueces: eran manifiestas las injusticias y atrocidades perpetradas en un abominable desafío a las leyes divinas y de los hombres. Hasta aquí, todo marchaba según lo previsible; sin embargo, cuando toda hacía presumir que habría Filipo de transigir, impertinente, recuestó el cónsul la autonomía de Tesalia: malen-

24. Según Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168,* en *K.B.G.,* XV, Leipzig, 1918, página 399, se incorporó Flaminino en funciones el I° de septiembre del 199 antes de Cristo. Si somos cautos, y concedemos, en torno a un mes, para el cumplimiento de los ritos sacerdotales y la organización de su ejército, y estimamos los cuarenta días donde se conservó al aguardo, la fecha que la tradición presupone junio del 198 sería, de hecho, noviembre del 199.

carado, interrumpió la entrevista el reyezuelo, y poco faltó para irse a las manos.

Posado sobre sendos campamentos el desapacible y protervo manto de la hostilidad, ya desde la alborada se produjeron escaramuzas en los puestos de guardia; dilatado el fervor con el transcurrir de las horas, enceguecidas persiguieron las legiones al enemigo por parajes angostos y abruptos. Taciturnas las aguardaban sofisticadas unidades de catapultas y ballestas; para cuando el véspero, fue revelador y angustiante para Flaminino reconocer que ni la disciplina ni el entrenamiento militar bastaron para resistir el intenso y grávido alud de proyectiles.

Vislumbraban cursados oficiales en el ingenio, la inspiración, la perspicacia y la pertinaz persistencia de Filipo un sumo desafío para la campaña. Prono a las yermas pasiones, prosélito de Dioniso y corruptor de incautas cortesanas, testimonio vivo de los nefandos impulsos de la carne, sabía restablecerse de ruinosos vicios para afrontar proyectos sobrios y viriles, obrar con vigor, astucia y prontitud, y oponer desafíos colosales. Animado bravo espíritu por examinar la nombradía de celebrados guerreros latinos, portadores de regios yelmos y lucientes sables, triunfantes a Cartago y adornados por toda Italia en pomposas narraciones,[25] febril apostó falanges en los montes;[26] cubrió los flancos con la infantería ligera; dispuso de centinelas en puntos estratégicos; y cumuló municiones en derredor de las máquinas. Dificultosísima la confrontación para Flaminino, una placentera casualidad vino a reconfigurar el comprometido cuadro: servicial se apersonó en el campamento romano un pequeño grupo de pastores, enviados por Cárope, el hijo de Macatas, un esclarecido epirota, para comunicar que solían apacentar a los rebaños en la cañada donde se había establecido Filipo, y conocían a la perfección los recovecos, senderos y pasadizos que velaban las montañas; si el cónsul, a la sazón, lo estimaba pertinente, podrían conducirlo por un atajo exento de enemigos. En un principio vaciló Flaminino de tan grandioso ofrecimiento: ¿se trataba acaso de un engaño?: ¿no habían asimilado los griegos que guerreaba por su libertad y le serían traidores? Peor aún: ¿había hallado Filipo conspiradores entre los altos jefes

25. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 47.

26. Plutarco, *Flaminino*, 4, 3.

epirotas y sería entregado por una morralla de campesinos?[27] Turbadores interrogantes suscitaron agudos soliloquios hasta el véspero;[28] mas supo Cárope sosegarle, y, reservadas fundadas preocupaciones, procedió con circunspección y sagacidad. Para que diera resultado el plan, era indispensable conservar la discreción. En consonancia, apartó Flaminino una legión para la operación y depositó, adoptando sus precauciones,[29] el éxito de la empresa en los guías; durante las siguientes jornadas marchó el cuerpo expedicionario sin resistencia amparado por la nuda luna, y se recuperó de las fatigas con los suaves rayos del alboreo. Se hostigaban mientras tanto, ininterrumpidamente, a las huestes enemigas, ajenas a la evolución de tan prometedora estratagema: remozaban determinadas instrucciones la ardentía de la soldadesca y se ganaba en confianza. Al tercer día de marcha, presuntamente el 24 de noviembre, mediante señales de humo, se le anunció al cónsul la ocupación de la cima de la montaña. Aprisa movió a la infantería, dividió al ejército en tres columnas y encaminó a las legiones hacia el centro del valle. Delante de las fortificaciones, hendían las saetas el cielo, se desbocaban los corceles y, uno tras otro, eran despeñados desgraciados macedonios desde indóciles riscos; estupefactos contemplaban los pastores desde las alturas las coordinadas maniobras del furiente escuadrón que abortaba toda tentativa de elaboración de contramedidas en su vertiginoso descenso. Fueron la táctica, la técnica, el armamento y la hombradía de los soldados tan superiores que fue forzoso a los adversarios replegarse para evadir el hierro; acorralado en entrambos frentes, sorteó Filipo la destrucción de su ejército merced a la extemporánea intervención de la barrera natural: se vio obstruida la caballería por la estrechez y la aspereza del terreno, y desistió la infantería de la persecución por las dificultades entrañadas en los caminos sinuosos y escarpados. Huido, se confinó el reyezuelo en una colina y expidió una escolta para reagrupar a los que vagaban entre los collados y el valle: a su fortuna, habían fenecido poco menos de dos mil.

27. Cf. el significativo pasaje de Livio, XXXII, 14, 5, donde se documenta que guardaba constancia Flaminino de la afición epirota por la causa de Filipo.

28. Ennio, *Annales,* 339 y siguientes.

29. Livio, XXXII, 11, 9; Plutarco, *Flaminino,* 4, 7.

Se ceñía Flaminino una importantísima victoria: pues, además del saqueo del campamento, que, sonrojado, tributaba dinero para el financiamiento de las operaciones, cándidos se excitaron muchos griegos con su persona. Travesaba Filipo la Tesalia, desesperado por reorganizarse; y en su atropellado avance incorporaba soldados de muy malas formas: recluía a la ciudadanía inservible en las montañas; conminaba a la mocedad para integrarla a su ejército; hacinaba las riquezas de los erarios públicos y de los particulares; y pegaba fuego en indefensas *póleis*. Informado sobre absurdos yerros, ordenó Flaminino a los hombres abstenerse de substraer las reservas de los moradores y se consagró en recibir con deferencia a una aristocracia ultrajada y desvalijada.

Pasaba Filipo graves apuros: además de las determinaciones del cónsul, arrobados por la conclusión de la batalla a la vera del Viosa, se enseñorearon los etolios de Ctimene, Teuma, Celatara, Acarras y Cifera. Tampoco persistieron indolentes Aminandro y los atamanes: requeridos algunos cuerpos auxiliares romanos, subyugaron a Argenta, Ferinio, Timaro, Liginias, Estrimón y Lampso.[30] Veíase Tesalia peligrada por tres poderosos ejércitos: se habían despojado etolios y atamanes de su temor a Filipo, y, en su afán de conquistas y botines, le abrían espacio al cónsul.

Auspicioso el repertorio operacional, remitió Flaminino una correspondencia a Corcira, disponiendo el atraque de las naves de carga en el golfo de Ambracia, y dictó el acampe en el monte Cercecio, adonde pertinentemente acudió Aminandro para facilitar informes seguros sobre Tesalia; también se enrolaron muchos epirotas a estos efectos. Doblegada Faloria, arredradas por mor de la potencia de las legiones, por sí solas se uncieron el cabestro Metrópoli y Cierio. Luego se marchó contra Eginio; fallida la ofensiva, se descendió a las llanuras. Escasos los suministros, y con el hambre acechando las tiendas, ante la inminencia de un pronunciado malestar general, se permitió a las legiones aprovisionarse de los cargamentos descargados en Ambracia. Recargadas las energías, garridos siguieron los soldados a su capitán hasta Atrage.

Aunque, a la sazón, no había hecho Flaminino gran cosa, tenía por horizonte grabar su nombre junto al de los grandes generales de Roma, ¡y cómo

30. Livio, XXXII, 14, 3.

para no codiciarlo! A base de éxitos políticos y militares, fueron muchos los que cobraron renombre entre los partidos, pudiendo concretar sus empresas personales. Supo situarse Gayo Flaminio Nepote a la cabeza de la parcialidad democrática; prevalido del apoyo del bajo pueblo, del orden ecuestre y de magistrados obscuros, abrazó la gloria en desmedro de sus detractores y maldicientes. Y, a pesar de sus yerros, fue el artífice de unir a Roma con el valle del Po, conduciendo a las generaciones ignaras fuera de los muros de la ciudad en derechura al porvenir. Consolidó Quinto Fabio Máximo una poderosa agrupación entre los grupos aristocráticos, reduciéndose su vida a una singladura perpetua de disciplina y de sobriedad, de servicio y de obligaciones, de dispendio racional y de gratitud para la patria que tanto amaba, atesorando las virtudes del soldado y el dirigente, haciendo harto accesible a una mocedad ecuánime y acendrada el poder rodearle.[31] Conforme más se le conocía, más se impregnaban los mozos ecuánimes y sobrios de sus ejemplos. Había sido Fabio un noble de preclara prosapia, un pundonoroso romano que antepuso el bienestar de la república por sobre los proyectos insensatos, excéntricos, egoístas,[32] reprimiendo con sabiduría los novedosos vicios destructores de pueblos;[33] aun cuando en ciertas ocasiones acabara por hincarse con incomprensible docilidad ante la tiranía del despecho. Y Escipión, con quien tuvo sus entredichos, se cubrió de áurea gloria al quebrantar brunos grilletes de Italia. Merced a su intelecto, su grandilocuencia y su aura divina, supo elevarse por sobre los senadores mediocres, donde abundaba en su seno una miríada de amigos, los cuales, a sumo descaramiento, comerciaban las magistraturas. La corrupción y la corruptela, cierto es, aún no se mostraban paladinas y descaradas;[34] pero suscribía la realidad que únicamente algunos pocos aún conservaban el sentimiento del deber, el debido respeto por las instituciones, el acatamiento de saber humillarse ante los dioses, la virtud de conducirse con integridad, con circunspección, con modestia. Este pequeño sector, que con denuedo combatía el estropicio

31. Cicerón, *De senectute*, 10.

32. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 159.

33. Haller, *Fabius und Cato: ein stück der römischen geschichte*, Karlsruhe, 1779, página 100.

34. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma,* I, Milán, Treves, 1907, página 64.

ético y moral enclavado desde hacía medio siglo en las casas grandes, secundaba las interacciones y proposiciones en la Curia de los Claudios, los Fabios, los Cornelios, Emilios, Fulvios, Livios, Metelos. Desvivíase Flaminino por integrar reducido grupo selecto, admirado particularmente por la lucidez y entereza de Escipión por no encubrir su pasión por las artes y las teorías políticas difundida por los filósofos griegos, desterrando con descomunales esfuerzos todo prejuicio sobre tan sublime cultura. Osaba Flaminino continuar su estela, y, por qué no, avanzar un poco más. Era Escipión el indiscutido campeón de Italia: nada ni nadie podrían arrebatarle señorial sitial; pero este espíritu intrépido, imaginativo, intuitivo y denodado se había propuesto aventajarle. Y, en su ambiciosa aventura, daba ensanche a un proyecto harto temerario, en el que algún paso en falso pudiera condenarle; pero que, en caso de resultar airoso, le haría merecedor de un título superior: el héroe de la cultura helénica.

Fácil es suponer las razones de Flaminino para perseguir tan relumbrante rótulo, e inane rebatirlo: pues así se lo hizo saber a los griegos, mediando por su libertad, ora con palabras, ora con la espada; y así se lo hizo saber también a Filipo, que, engreído, despreciaba toda producción helena. Sin embargo, sería improbable la concreción de tan dificultosa y compleja proeza en solitario: era indefectible operar con generales capacitados y no con un manojo de oficiales valentones, que habían conquistado su rango a fuerza de contubernios, que a duras penas conocían lo básico sobre táctica y estrategia, y que aspiraban a ilustrarse con simplones que pasaban por traductores de textos griegos. Mas podía asentar su confianza en la pericia de su hermano: no en vano solicitó su elevación al cargo de almirante.

Se había unido Lucio al violento embate de Eretria para brindar sostén a las flotas de Pérgamo y de Rodas. ¡Cómo si hubiera hecho falta! Disponían las naves de una formidable artillería y suministraban los campos herramientas y materiales para la construcción de portentosas máquinas. Presionada fuertemente la *pólis*, sopesaban los notables su capitulación; mas, como se temía una represalia del regimiento macedonio emplazado para su salvaguardia, entre disentimientos y reconvenciones se derrochó preciado tiempo, dando ocasión a Lucio de capitanear una ofensiva nocturnal: confinadas en el interior de la ciudadela, acabaron desastradas almas por some-

terse. Entonces se extasió Lucio con la bondad de las estatuas de mármol y las absorbentes pinceladas de artistas antiguos; a diferencia de Lucio Escipión cuando Orongis, no fue tan benévolo con los valores de los vencidos: gozosa aglutinó la tripulación una vasta colección de obras de arte[35] en los camarotes. Reparado en el triste desenlace de Eretria, destrancó Caristos robustas puertas; quizá por tal gesto relegara Lucio de los tesoros y efectos personales, limitándose a incrementar el capital mediante el cobro de rescate por las huestes macedónicas. Cosechada una substancial suma, circundó la escuadra el cabo de Sunio y enderezó el timón en dirección de Céncreas; a la distancia, radiante se alzaba el tridente del Poseidón de bronce que dominaba las costas,[36] el cual engrandecía con cada oleada.

Se develaba, entretanto, involucrado Flaminino en una sanguinolenta batalla por el dominio de Atrage: derrumbada parcialmente la muralla, como dificultaban los escombros las maniobras de asalto, se empleó una jornada entera para moverse los pedruscos que obturaban el boquete. Despejada la abertura, se avanzaron torres con soldados guarecidos en su interior; delante, procuraba una legión quebrar la falange que oficiaba de barricada, pero apenas abollaban las jabalinas la consistente coraza de escudos abroquelados, titubeando las espadas ante la densidad de las lanzas.[37] Resistiendo a pies firmes, alcanzaban los defensores a conservar estática a la hilera de torres que, por mor de la inestabilidad del terreno, comenzaba a ceder. Común el pánico en las legiones, fue inevitable a Flaminino valorar la situación; afectada seriamente la moral de los soldados, no hubo de otra que desistir del sitio y mudar el ejército a la Fócida. En coloquio con los oficiales, se convino en que se imponía una victoria expedita, y bruscamente se marchó a Fanotea; innecesario el uso de la violencia, puso Antícira a prueba el ánimo y brío del ejército. Premurosas por resarcirse ante su capitán, sojuzgaron las legiones la fortaleza antes de que se desvaneciera el lubricán.

35. Livio, XXXII, 16, 17.

36. Pausanias, II, 2, 3.

37. Según expresa Polibio, XVIII, Fr., 30, 9 - 10, por mor de la formación de la falange, fue indefectible a cada legionario confrontar a dos adversarios simultáneamente; argumento revalidado exitosa y deslindadamente por Kromayer, *Vergleichende Studien zur Geschichte des griechischen und römischen heerwesen*, en *Hermes*, XXXV, Berlín, 1900, página 238.

Envainaron las armas Ambriso e Hiámpolis al mero observar las monstruosas máquinas de asedio; también cedió la actual Davlia. En tan victorioso avance, develó Flaminino al ejército los muros de Elatea. Con prontitud se preparó el campamento, se levantaron garitas de vigilancia y se acondicionaron las escalas y los arietes. Pero, como la pétrea resistencia de los sitiados dificultaba la captura de la *pólis* más preponderante de la Fócida, convencido de que el arsenal, el granero y la joya del reyezuelo era la propia Grecia,[38] concibió el cónsul un ingenioso operativo para desviar al pueblo aqueo de su frágil lealtad a Filipo a Roma.

Habían expulsado los aqueos al *strategós* Ciclíadas, altavoz del proselitismo y los eslóganes filípicos, ocupando su sitio Aristeno de Megalópolis, máximo patrocinador de la unión de su nación con Roma. Desembarcado el ejército de Lucio en Céncreas, se ultimaba la ofensiva contra Corinto; presuroso por materializar sus designios, retrasó Flaminino los planes de su hermano y expidió una legación a Corinto, con la premisa de envainar si acababa por ingresar la *pólis* en la Liga Aquea para asistir a la causa romana. Hasta el embotamiento atendieron los aqueos en Sición las exposiciones de los legados sobre la consabida felonía de Filipo. Mas era, ciertamente, compleja su situación: sentían espanto del armamento romano y se sentían obligados a Macedonia por viejas prestaciones; pero, por sobre todas las cosas, y he aquí la presunción sobre la cual reposaba Roma sus aspiraciones, guardaban una descarnada repulsión hacia Filipo por su sevicia, y recelaban que, tras la guerra, trocara en un amo mucho más dañino y cruel.

Disuelta la asamblea hacia el véspero, la disposición del pueblo aqueo para con Roma aún era incierta. Al día siguiente, en aras de hacer recapacitar a los suyos sobre la perjudicial vinculación con Filipo, memoró Aristeno que hubo de desatenderlos, desamparándolos ante las desgracias y la rapiña de Nabis; que descarado osó arrebatar a la mocedad para acrecentar sus filas; que indiferente permitió la conquista y el vil saqueo de Eretria; que con tupida obscenidad libró a su suerte a Tesalia, y del mismo modo procedía, a la sazón, con Lócrida y Fócida.[39] Si durante los años precedentes descuidó Roma los conflictos en Oriente, no fue por indolencia o pavura,

38. Plutarco, *Flaminino*, 2, 4.
39. Livio, XXXII, 21, 13.

sino porque imposibilitó Aníbal el acondicionamiento de maniobras militares distantes de Italia. Pues bien: desbrozada Roma de la guerra, alineada detrás de Flaminino, iniciaba en Grecia una ferina ofensiva de devastación que concentraba una energía casi furiosa, y, en concomitancia, urdía en la Liga Aquea una desaprensiva intriga para concitarse a los aliados de Filipo. Por ende, a excepción de Megalópolis, Dyme y Argos, excusadas en los torpes ultrajes operados por Galba,[40] aprobaron todos los pueblos la sociedad con Pérgamo y Rodas, en un decreto de efectos inmediatos, al aguardo de que rectificaran las centurias las condiciones de tan apropiada sociedad.

Prestamente se enviaron legados a Lucio para dar cese a las hostilidades en Corinto, donde se había operado un matadero; pero, para ese entonces, por mor de la aparición de Filocles en la Acaya, a pesar del convenio entre aqueos y romanos refrendado por la *Lex de fodere cum Achaeis faciendo*,[41] Argos y Corinto, las *póleis* de más entidad del Peloponeso, terminaron dentro de la órbita de Filipo.

40. Apiano, *Macedonia*, 7; Pausanias, VII, 8, 2.

41. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 266.

XIII

ΚΥΝΟΣ ΚΕΦΑΛΑΙ

A principios del otoño padeció nuevamente Italia los disturbios: perturbaban el plácido los residentes de Cremona y Piacenza dispersos en la Traspadana, aún agriados por su descarnada ventura; constreñidos a retornar a sus colonias por concurso de Sexto Elio Peto, de improviso, se engendró una túrbida revuelta de esclavos en las inmediaciones de Roma. Se preservaban bajo custodia a los rehenes púnicos en Secia; incrementado el número de esclavos mediante las ventas del botín procedente de África, les fue harto agible establecer contacto: inducidos por medio de las usuales promesas de ocupar la posición de sus amos y placerse con sus mujeres y sus bienes,[1] se conjuraron los esclavos para sublevar a la servidumbre de Secia y de las adyacencias de Norba y Circeyos; según parece, iniciarían los asaltos durante la celebración de los juegos. Venturosamente, a tiempo develaron un par de esclavos la siniestra trama. En gratitud por sus muníficos servicios, se les concedió la libertad y el aditamento de veinticinco mil ases.[2] Y para, en lo sucesivo, evitarse nuevos perjuicios y conflictos, se establecieron patrullas en los barrios; se acondicionaron rondas nocturnales; intensificaron los *triumviri capitales* la vigilancia; se vedó a los rehenes toda ocasión de abandonar las moradas; y se limitó la actividad de los reos

1. Cibrario, *Della schiavitú e del servaggio e especialmente dei servi agricoltori,* I, Milán, 1868, página 94.

2. Sobre las mercedes prodigadas a los denunciantes para incitar a su práctica, cf. Maynz, *Esquisse historique du droit criminel de l'ancienne Rome*, París, 1882, página 67 y siguiente.

en las ergástulas mediante su aherrojo con grilletes de un peso no inferior a los cuatro kilos.[3]

Reanudado el orden, se ocupó el Senado de las relaciones políticas: desbaratado el incidente de Antíoco en Pérgamo, agradado obsequió Átalo una corona de oro de doscientos cuarenta y seis libras; y embarcó Masinisa a doscientas monturas, diez proboscidios y doscientos mil modios de trigo vía Grecia. Podía presumir Escipión de la colaboración de su antiguo aliado y exclusivo benefactor, y se regodeaba su cámara de principescas vinculaciones; de no ser por la relevancia cogida por Catón en Cerdeña, ciertamente que hubiera dado un golpe de autoridad en la Curia: gobernaba Catón con mano dura, persiguiendo las fechorías, censurando la infamia y reprimiendo la usura. Se habían acostumbrado los funcionarios que se hallaban de paso en la ínsula a utilizar la caja de la república como caja personal para financiarse una vida lujosa, plagada de diversiones y comodidades;[4] a su sano juicio, estimó pertinente Catón educar con el ejemplo. De ahí que jamás celebrara un convite, esos tan habituales en los grandes salones y sumamente permisivos para los excesos en la mesa; que desdeñara las voluptuosidades de los carruajes, optando por recorrer las ciudades a pie, acompañado siempre de un servidor público, contentándose en recibir en los caminos principales a prohombres y personalidades granadas; que impartiera justicia con suma rigurosidad, y que, por su renombre de incorruptible, evacuaran los usurarios romanos la ínsula.[5] Imprimía Catón su rúbrica en la provincia; merced a su antipatía hacia la política Escipiónica, le adoptaba la cuadrilla Fabiana como uno de sus conductores: se advertía su celosa idiosincrasia, casi que destinada a colisionar con el fortísimo anillo aristocrático conformado por los Escipiones. Qué sublime sería, a la sazón, pregonar entre las postreras generaciones su sencillez, su hermetismo, su civismo. Validando la ciudadanía su gobierno, dieron los tribunos su asentimiento a su magnífico proyecto de impulsar una ley que vedara los vergajazos y la pena de

3. Livio, XXXII, 26, 18.
4. Plutarco, *Catón el censor*, 6, 2.
5. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 193.

muerte a los ciudadanos en Roma;[6] fue su iniciativa tan bien acogida, que en modo alguno pudo oponerse Escipión para no ceder en nombradía ante la opinión pública,[7] inquieto por el adverso cuadro: pues, ciertamente, que aún se hallaba en deuda su candidato.

En tanto ensombrecía Catón a Peto por su pundonorosa administración, y sus preponderantes determinaciones judiciales y legislativas, explotó Marcelo tan formidable despensa como lo era Sicilia,[8] y destinó remesas de vituallas a un Flaminino que usufructuaba los beneficios de Elatea: lograda la rendición de la plaza, se respetaron la vida de los residentes y de la guarnición macedónica; se sustrajeron los tesoros para el financiamiento de la empresa; se vaciaron los graneros para preservar intactas las reservas; se liberaron de las fatigas a las legiones; y vertió su atención el cónsul en Roma. Habían iniciado las agrupaciones con su habitual programa para seducir a las centurias, suscitándosele una seria disyuntiva: pues a menos que descubriera el modo de conservarse en su cargo, si nada inusual acaecía, y tampoco había por qué, otro general lo relevaría. Diariamente rumiaba sobre el asunto, inmerso en angustiosos soliloquios, contrariado porque concluiría su consulado sin la tan ansiada victoria; de modo que, testarudo, destinó sus energías en el estudio de la región para dar con la ubicación idónea donde pudiera aplastar a Filipo: si resultaba vencedor, a su boga se alzaría como el paladín de Grecia. Sugestionado por los laureles, la gratitud y la obediencia que obtendría de una cultura a la cual afectaba tanta admiración, no libraba nada al azar, y se conservaba, a la vez, informado sobre los sucesos en Oriente y en Roma; a su sino, cuando enunciaba sus proyectos a su hermano, amanecía Opunte con tumultos. Intervenida la *pólis* por una guarnición macedonia, saturado de los hostigamientos y los abusos, demandaba un sector del partido romanófilo asir las armas; constreñido por el desprolijo escenario, apeteció Filipo de reabrir las negociaciones de paz. ¡Subitánea y harto propicia solicitud! Magistral corolario de la delicada

6. Cicerón, *De re publica*, II, 31, 54; Salustio, *De Catalinae coniuratione*, 40; Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 520; *Ludovici Langii commentationis de legibus Porciis libertatis civium vindicibus particula prior*, Giessen, 1862, página 16 y siguiente.

7. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 192.

8. Cicerón, *in Verre., acuss.*, II, 2, 5.

situación del enemigo, podría concretar su programa: sería el responsable de concluir la guerra, y obtendría lo que con tanto anhelo fue a buscar: el reconocimiento y afecto del pueblo heleno.

Tuvo sitio la audiencia entre Flaminino y Filipo, en la playa del golfo Maliaco:[9] acompañaban al reyezuelo los escribanos Apolodoro y Demóstenes, el beocio Bráquiles y Ciclíadas; y atracó Flaminino escoltado por Aminandro, Dionisodoro, Acesímbroto, Feneas, Aristeno y Jenofonte. Arrimadas las barcazas al punto convenido, se envidó a Filipo a descender para parlamentar con mayor comodidad, pero desestimó el ofrecimiento: recelaba Filipo de los etolios, privilegiando conservar la distancia por seguridad. Percatado de la brisa del reconcomio, que en mal tiempo destemplaba a las partes, concedió Flaminino varios minutos a una distendida plática, procurando atenuar las reticencias y desvencijar viejos rencores arraigados en lacerados espíritus; ¡mal pudiera descollar la razón entre tantos circunstantes! Transitando la reunión por boscosos dédalos perfumados de bienhechora cordialidad, entre comentarios banales e intercambios amenos, se anunciaron las condiciones de Roma: debería retirar Filipo los cuarteles de Grecia; liberar a los prisioneros y desertores de los pueblos conquistados; ceder a Roma las localidades de Iliria ocupadas tras el tratado en el Epiro; y, en fin, restituir a Epífanes las ciudades usurpadas tras la muerte de su padre. Ocuparon luego la palabra los legados; y aun cuando sobrellevara las acusaciones Filipo con entereza e integridad, las observaciones del nobilísimo etolio Alejandro acabaron por transfigurarle la expresión: denunciaba Alejandro que no había sido sincero en la convención de Viosa ni tampoco lo era ahora; que jamás ostentó ni un ápice de hidalguía en la guerra, y que, embriagado por la vid del despotismo, alimentaba su ego mediante la destrucción de los hermosos templos y floreados vergeles griegos. Para superior afrenta, se atrevió a predicar también sobre la probidad y el apacible sosiego de sus antecesores, grandes y rectos soberanos, en contraposición del espíritu inverecundo y lúbrico que se las gastaba en muladares que pasaban por burdeles; colérico ante la pública y gratuita afrenta, arrimó Filipo la barcaza a la costa para hacerse oír mejor. Intenso el mirar, desembozado y estruendoso objetó los odiosos cotejos entre su comportamiento y los de

9. Polibio, XVIII, Fr., 1; Livio, XXXII, 32, 9.

sus ancestros; y desconcertado deploró que los griegos, subyugados por *Magno*, le dictaran condiciones, cual vencedores, cuando, de hecho, debían rendir cuentas de su servidumbre antes de reivindicar su libertad.[10] Definitiva y abruptamente degenerada la entrevista, tuvo la avilantez de enunciar la difusividad de límites de Grecia: donosa cosa desconocer de dónde se le osaba expulsar; pero, cuando menos, accedió a restituir a los prisioneros y desertores, y reparar los daños causados. Respecto a su hegemonía sobre los distritos, consultó si únicamente debía desalojar las *póleis* conquistadas o si también debía hacerlo con las heredadas. Ante el pronunciado silencio del cónsul, como la mar ya se había engullido al sol y enturbaba la bruma la continuidad de la audiencia, exhortó a la redacción de las demandas,[11] con la promesa de que al día siguiente, en un nuevo encuentro pautado en Nicea, concedería una resolución; inútilmente derrochó Flaminino toda la tarde aguardando su arribo: aguardó el reyezuelo hasta la última hora para apersonarse. Graves e injustas, a su criterio, las demandas, peticionó conferenciar en privado, receloso de que pudieran ejercer presión los legados de los aliados en el tratado. Retirados para su complacencia, se trató en exhaustividad cada detalle; y, de mutuo consenso, se verificó una singular avenencia: cedería Iliria a Roma, libertaría a los cautivos, subsanaría los reclamos de los aliados, pero conservaría Yaso, Bargilia y Tebas, omitiéndose el vaciamiento de los cuarteles de Grecia. Tal postura desazonó a la pluralidad de circunstantes; de ahí que, para no desbaratar la proposición de paz, acabara Filipo por solicitar una tercera entrevista.

Recriminaban legados la excesiva benignidad del cónsul: ¿no era la solicitud sino un hábil ardid para enredarlo en el tardo trámite de las negociaciones diplomáticas y reorganizar sus fuerzas? Sea como fuere, conservó Flaminino la postura y apaciguó los malos ánimos; pues sería provechoso, a todas las partes, el trasladar las pretensiones al Senado: sin su consentimiento, ningún tratado tendría validez. Además, fino en sus determinaciones, podría, así, auscultar el posicionamiento de las agrupaciones respecto a la prosecución de la guerra.

10. Justino, XXX, 3, 9.

11. Polibio, XVIII, Fr., 7, 3.

Observada una última audiencia en Tronio, se accedió a una tregua de dos meses. Estipulada la partida de las huestes macedonias de Lócrida y Fócida, se remitieron emisarios a Roma para recabar información sobre la disposición del Senado; noticiado de que aún se alentaba la guerra, y una victoria sería más atractiva a sus pergaminos que una paz convenida, le enunció Flaminino a Filipo que, en lo sucesivo, conferenciarían únicamente si había de renunciar a Grecia en su completitud, y marchó a la ciudad: según parece, ya habían cortejado sus amistades[12] a varios senadores ajenos a las crudas disputas entre Claudios y *el Africano*,[13] los cuales valoraban seriamente conservarlo al frente de las operaciones en Macedonia. Ignorando tal arreglo -y sino ya inexistente, sí inefectiva y superficial la comunicación entre *el Africano* y Flaminino tras su nombramiento-, invirtieron los Escipiones todo julio y una estimable porción de agosto en apuntalar a sus candidatos;[14] se recorrían los comercios, posadas y tabernas, y se paseaban los grandes por el foro con su clientela, estrechando las manos de los votantes y emitiendo su opinión sobre el porvenir de la república. Ariscado, no sólo porque había cautivado Catón a los Fabianos, sino porque fue incapaz de completar Peto un consulado propicio a sus intereses y desde Oriente únicamente arribaban auspicios informes sobre la formidable política y diplomacia de Flaminino, se dispuso Escipión a patrocinar las candidaturas de Gayo Cornelio Cetego y Quinto Minucio Rufo; tornado Peto de la Galia para presidir los comicios, lograron sendos aspirantes los nombramientos.

Nuevamente, posicionaba Escipión a su cámara entre las altas magistraturas, pero esta vez con un aliciente: ya no se trataría de un cónsul adiestra-

12. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 189.

13. Fundamentándome en la documentación de Polibio, XVIII, Fr., 12, 4; Plutarco, *Flaminino*, 7, 3; y Livio, XXXII, 32, 7, pondero esta hipótesis la más verosímil: pues descubro poco plausible que negociaran con los Claudios; y tampoco pudieron entablar comunicación con Escipión, aun cuando patrocinara su candidatura, supuesto que procuraba la designación senatorial de expedir a Macedonia a un general de su cámara. A su vez, intuyo que ya en Roma se congregara Flaminino con las representantes de la denostada bandería democrática, en aras de fortalecer su posición.

14. Propone Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399, la incorporación en ejercicio de los cónsules el 22 de agosto del 198 antes de Cristo.

do en jurisprudencia, el representante precipuo de su política, sino dos hombres de acción, curtidos en el campo de batalla, y de los cuales preveía servirse para el remate de la guerra.

En la primera sesión, durante el reparto de las provincias, ningún senador pudo esconder su preocupación por la prolongación de la guerra, concordando Fabianos y Escipiones, en que se había estirado la empresa demasiado. Se debía esto, en gran medida, a que habían partido los generales promediando el otoño, no teniendo otra opción que posponer las operaciones ya entrada la mala estación; para cuando se podían retomar los preparativos y poner en circulación a los ejércitos, se veían interrumpidas las campañas por la remisión de nuevos capitanes. Malgastó Galba su tiempo procurando localizar al enemigo; se vio compelido a interrumpir las operaciones Tápulo para cederle su sitio a Flaminino, y Flaminino, aunque iniciado tarde su mandato, había logrado reducir a una estimable porción de Tesalia, Fócida y Lócrida, arrancar a Filipo la generosa contribución de antiguos aliados y, según los informes oficiales, estancadas las negociaciones de paz, tesonera se ejercitaba la soldadesca en los cuarteles, perfeccionando sus aptitudes y su resistencia, yendo a más en cada jornada, estimulada por las sugestivas palabras de su capitán: prometía la victoria a principios del estío.[15] Si proseguía el Senado en su desatinada política de la remisión de un cónsul para la dirección de la guerra, pudiera acaecer que todo lo obrado por Flaminino se desvaneciera; por tal razón, los tribunos Quinto Fulvio y Lucio Opio, pautado el itinerario a proseguir con los partidarios de Flaminino, aquilataron pertinente el conservarlo al frente de la logística con el título de procónsul.[16] Avalados por los Fabianos y Claudios, holgados influenciaron a los senadores, logrando que se meditara la proposición. En aras de evitar desavenencias, concertaron Cetego y Rufo someterse al arbitrio senatorial, cualquiera fuere, pero únicamente si era respaldada por el cuerpo tribunicio. Así, recibieron por provincia entrambos a Italia. Para las demás circunspecciones, como los brazos de Roma se ensanchaban, por iniciativa de Catón y Flaco,[17] se elevó a seis el número de los pretores por

15. Livio, XXXII, 27, 8.
16. Frost, *History of ancient and modern Greece*, Filadelfia, 1861, página 255.
17. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 196.

intermedio de la *Lex de creandis praetoribus sex*:[18] correspondería a Marco Sergio Silo la jurisdicción urbana y a Marco Minucio Rufo la peregrina; Cerdeña a Lucio Atilio y Sicilia a Lucio Manlio Volsón; dividido el meridión y el este de la península ibérica, se encomendó la Hispania citerior a Gayo Sempronio Tuditano y la Ulterior a Marco Helvio. Concertada la nueva administración de la república, retomarían los cónsules la expedición en la Cisalpina.

En una nueva ocasión, eran los representantes de la política Escipiónica circunscriptos a una campaña menor; parigual que Peto, marcharían a la Galia y se involucrarían en una tediosa persecución para extinguir la antorcha de la insurrección. Cierto es que, a nivel estatal, convenía conservar en su sitio a Flaminino en pos del bienestar de la empresa; pero, con base en la diligencia atribuida a los cónsules de su agrupación durante los últimos años, es incuestionable que gestionaban ensombrecer los Claudios las aureolas de Escipión por sus influencias, por su boga, por su política filohelena, por sus puntos de vista poco convencionales y sumamente discordantes de los intereses de un sector de la nobleza.[19] Había incrementado notablemente Escipión su poder en la Curia,[20] de lo contrario no hubiera vencido en las elecciones para la censura, y dificultosamente hubiera aportado su cámara casi la mitad de los magistrados consulares desde la explosión de la guerra. Además, aún continuaba siendo el indiscutible campeón del pueblo. ¿A qué otro orden, a la sazón, se circunscribían los sucesivos golpes rastreros, desplazando al aparato representativo de su política a un papel residual, limitándolo a la guerra contra Amílcar y los galos, estimada como una excursión de poca monta,[21] sino para menoscabar su imagen? La proposición de los tribunos de suspender la remisión de un relevo, refrendada con holgura por casi todos los senadores, arrebatándole la iniciativa a su agrupa-

18. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 266.

19. Alföldy, *Römische Sozialgeschichte*, Wiesbaden, 1979, página 43.

20. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 188.

21. Le concede Polibio, XVIII, Fr., 11, 2, demasiado crédito a esta guerra, y documenta la extrema necesidad de la conservación de sendos cónsules en Italia por el supremo peligro que representaban los galos; lo que me parece exagerado.

ción de concluir la guerra, es concluyente para sostener tal presunción.[22] Debió contentarse Escipión, escuetamente, con la proposición del asentamiento de nuevos colonos en las zonas costeras de Volturno, Literno, Pozzuoli, Salerno y Busento, la cual venía a reforzar su política agraria; por mor de la *Lex Atinia de coloniis quinque deducendis*,[23] se triaron trescientas familias para poblar las ciudades.

22. Por mor de que tal interrogante pareció pasar desapercibido, quedando únicamente en una peregrina anécdota el suspenso del relevo de Flaminino, me siento en el deber de verter algunas líneas para desarrollar mi conjetura. Aunque hoy pudiera parecernos casi que de sentido común la iniciativa de los tribunos para la prorrogación de la cadena de mando de Flaminino, no haríamos ningún bien en obviar que, durante la evolución de la guerra, debieron cesar los generales las operaciones ni bien abordaba el cónsul entrante. En el puntual caso de Flaminino, al carecer de una descollante trayectoria política y militar, y tampoco haber protagonizado ningún hecho de relevancia en el transcurso de la guerra, ¿en qué se basó el Senado para reposar el destino de la empresa en su autoridad? Pues, si nos remontamos poco más de un decenio, mucho debió andar Escipión en Hispania y en Sicilia antes de ser estimado su proyecto para la invasión de África. Y ni aun así bastaron sus éxitos y su experticia militar para evitar que indujera Fabio a los tribunos a la redacción de un proyecto de ley que cesara su cargo. Pues bien: de manera inusual, y, por lo tanto, sugerente, dictaminaba el Senado un giro repentino, y, contraviniendo el habitual curso de ceder la dirección de la logística a un cónsul en ejercicio, se encuadraba con la proposición de los tribunos, persistiendo Flaminino al frente del ejército. Debemos reconocer que, aun cuando hubiera obtenido una pequeña victoria tras privar a Filipo de los servicios de potentados soberanos y retirarlo de Fócida y Lócrida, con las negociaciones de paz encalladas, aunque dispusiera de una ventaja, no había encarrilado la guerra ni mucho menos. Además, sus antecesores también supieron obtener grandes aportes políticos y diplomáticos en la Hélade, sin por ello conseguir suspender sus relevamientos. En definitiva: me rehúso a consentir en que se depositaran las esperanzas de Roma en su persona por los peregrinos sucesos de Elatea, por su labor durante la celebración de la Liga Aquea y por los exagerados informes de los comisionados sobre el auspicioso y pormenorizado adiestramiento en los cuarteles. Sospecho, no obstante, que si conservó Flaminino su mando, fue porque, por encima del apoyo de los Fabianos, cooperaron los Claudios para que así sucediera -y, verosímilmente, con sentido disgusto-; y eso únicamente pudo acaecer porque era Flaminino distante al grupo de los Escipiones, y, tras su designación, no manifestó intenciones de alinearse con su política. —Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 105.

23. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 266 y siguiente.

Aunque rozagante tras su prorrogación, era substancial a Flaminino darse prisa en rematar la guerra: pues es bien admisible que estuviera informado sobre la disconformidad de los Escipiones por la prorrogación en su cargo,[24] como mínimo, hasta el estío, cuando la celebración de los comicios. Era imperativo obrar con audacia, consolidar el cerrojo en Fócida y Lócrida, guardarse durante la mala estación y, en la primavera, hacer el vacío en derredor de Filipo, incitándolo a la confrontación.

Entretanto, ansiosos por elevar en estimación a su cámara, y hacer de su estancia en la Cisalpina algo pasajero, reclutaron los cónsules cuatro legiones y marcharon: orientó su curso Cetego hacia la Transpadana, específicamente hacia el distrito de los ínsubres, enhestados en armas, instigados perniciosamente por el enviciado egoísmo de los cenomanos, y torció Rufo al oeste en dirección de la mar de Liguria. Ya en Génova, dio inicio Rufo a una tenaz persecución en la Cispadana. Se rindieron lígures, celeyates y cercidiates, cediendo quince ciudades y en torno a los veinte mil prisioneros.[25] Tan sólo ilvates y boyos consiguieron eludir tan voraz excursión. Habían cruzado los boyos el Po para enlazarse a ínsubres y cenomanos, especulando con que se plegarían entrambos magistrados en un solo cuerpo: no sólo yerraron en la imprudente y temeraria proyección, sino que también al desamparar a sus pueblos; tan pronto circularon los desesperantes rumores de que propagó Rufo punitiva rapacidad hasta su terruño, se descubrieron en la embarazosa disyuntiva entre socorrer a los suyos o la de proseguir coligados a los ínsubres para no fragmentar demandante, pero esencial asociación. Pues, a su congoja, si permitían operar sin oposición a Rufo, en sus retornos hallarían únicamente misérrimos resabios de una horrenda devastación; eran los reportes, de veras, desalentadores: las comarcas ardían, se esquilmaban los campos y se saqueaban las pequeñas granjas. Pero, y he aquí el fondo de la cuestión, si partían, tampoco guardaban certitud de que

24. La vaga idea de que hubiera vislumbrado Flaminino en Escipión a un acérrimo contendiente para la concreción de su empresa no termina de persuadirme; sin embargo, no descarto que le valorara como un escollo: pues, en el hipotético caso de que hallaran sus demandas asentimiento, ya concluidos los quehaceres consulares en la Galia, aquel estimado como el más cualificado, podría ser expedido a Macedonia, entrometiéndose en sus designios antes de siquiera poder desenvainar.

25. Livio, XXXII, 29, 8.

abordarían a tiempo para amenorar la sangría, conscientes, además, de que dividirían peligrosamente las fuerzas, debilitando al ejército consagrado para la liberación de la Galia; mas, como aconsejados por Amílcar, se conservaron distantes los ínsubres y cenomanos ante tan inquietante apremio, anteponiendo la sangre a la palabra, premurosos abandonaron los puestos para travesar forzosamente la llanura Padana, cuestionándose si serían capaces de franquear los susurrantes bosques de encinas y las silenciosas ciénagas durmientes. Si tardaban más de lo previsto, la travesía emprendida pocos meses atrás, en una inmensurable proeza por desestabilizar la hegemonía de Roma, concluiría en un estruendoso fracaso y en la eventual ruina de sus tierras.

Habían implantado campamento ínsubres y cenomanos a orillas del Mincio y Cetego, tres kilómetros río abajo; expedito, destacó el cónsul al servicio de inteligencia a Brescia y demás poblados cenomanos para recabar información: revelada la temeridad de una mocedad rijosa por recuestar a Roma sin el aval de su gobierno, interpretando que la precipitada asociación con los ínsubres carecía de autoridad legal, convocó a los representantes de las ciudades principales para tratar el asunto. Ya por su potestad, ya por persuasión del dinero,[26] se convino la interrupción de la fuga juvenil y su nula participación en las ulteriores operaciones militares, a excepción de que pudieran coadyuvar a Roma mediante la infiltración de personal cualificado para rectificación de sus conciudadanos; cosa que terminaría por acaecer.

Durante algún tiempo, se sostuvo siniestra trama oculta a los líderes ínsubres; pero, próxima la confrontación, ya no tuvieron reparos los cenomanos en revelar su abulia, diseminando todo tipo de suspicacias: reo de la incertidumbre, acabó Amílcar por removerlos de las principales funciones del ejército.

Prevalido de la prestación cenomana, hizo ostentación Cetego de su animado ejército; retada su boga y nombradía, accedió Amílcar la confrontación. Por la difidencia que transmitía el cuerpo aliado, dispuso oficiales de origen ínsubre y relegó a las baterías cenomanas al cuerpo de reserva. Orientada la contienda, chocaron armas galos con una ardentía y un tesón

26. Amédée, *H.G.*, I, París, 1835, página 321.

admirables, pero cuando a viril hombradía contendían por agrietar la consistencia de las legiones, fueron arrollados por una furiente estampida que embistió por retaguardia: treinta y cinco mil perecieron en el campo y poco más de cinco mil fueron reducidos a la esclavitud, entre los cuales Amílcar, máximo instigador del levantamiento bárbaro. Anunciadas las tribus y clanes de la estrepitosa conclusión del ejército, desecharon toda ilusión de desamarrar prietas ataduras y estrecharon lazos con Cetego.

Una estimable porción de la Cisalpina había sido pacificada: se acataban las leyes romanas, se cumplían las condiciones y se admitía la dominación por espanto a motivar una desmedida represión. Pero no era Cetego el monstruo que tanto se temía, y mucho menos el que se pintaba. A su sobria sapiencia, procedía con remirada cautela: velaba por la integridad de los vencidos, acogía solícito a las legaciones representativas de las aldehuelas, y vituperaba las insubordinaciones de la soldadesca cuando se maltrataba a los prisioneros o se osaba arrebatar los tesoros de los particulares; debía la moderación y decencia disminuir las desavenencias y promover la concertación y la concordia.

Restablecido cierto orden en la Lombardía, expidió Cetego nuncios a su colega, el cual, para amedrantar a los rebeldes, parecía haber solidificado su corazón y motivaba estragos en la Liguria: ¿acaso el pánico a los plenos poderes y facultades de Cetego tenía su arraigo en los descalabros desatados en la vecindad por un intransigente Rufo? Disminuidas sus fuerzas en emboscadas, asaltos y guerrillas intranscendentes, se desquitó con los indefensos moradores; y, engreído, adulteró los registros añadiendo rendiciones inexistentes para terminar de descorazonar al enemigo. Intimidada y amansada la provincia, se anunciaron al Senado las exitosas operaciones. Decretados cuatro días de acción de gracias, viraron las miradas hacia Tebas.

Requerido el concurso de Átalo y de las baterías de Elatea, estacionó Flaminino su ejército a ocho kilómetros de la capital de Beocia, y, en una nueva alborada, marchó. A mitad del trayecto, apareció a su encuentro Antífilo,[27] jefe del partido romanófilo, y mediante su tempestiva intercesión

27. Livio, XXXIII, 1, 3. —Documenta Plutarco, *Flaminino*, 6, que lo recibió Bráquiles; pero lo deduzco incompatible por ser el líder del partido promacedonio. Véase Polibio, XVIII, Fr., 43, 2.

pudo ingresar en la *pólis* cómodamente. Al día siguiente, ofició Átalo de garante de Roma, en una asamblea harto opositora a los intereses de Macedonia. Según peroraba entusiastamente, hubo su veteranía de traicionarlo y cayó desplomado. Mientras se lo asistía, en lo que parece ser era un derrame cerebral, se adelantó el aqueo Aristeno en suplirle. Renovó su discurso el espíritu de la audiencia; y, prevalido del auspicioso marco, tempestivo desenrolló Dicearco de Platea un manuscrito que, a mi sentir, había elaborado el día previo con la anuencia de Antífilo para formalizar la coalición: sancionada la coalición, espaldas cubiertas por aqueos y beocios, tenía Flaminino en su horizonte la espléndida posibilidad de rematar la guerra.

Informado sobre la negativa del Senado a la proposición de paz, consumó Filipo un riguroso reclutamiento por mor de la carestía de mozos en sus dominios. Tanto en su gobierno cuanto en los de sus predecesores, se habían devorado las guerras a las nuevas generaciones, y pocos eran los robustos corazones a disponer para oponer tamaña empresa. Primero arrebató a la mocedad, y posteriormente a veteranos que aún conservaban el empaque para retar la tiesura de la campaña; congregado su ejército, implantó el campamento en Dión y concibió un meticuloso cronograma para entrenar a los bisoños hacia la primavera.

Trasladado Átalo a Pérgamo para recibir la debida asistencia médica -desdichadamente, fenecería a los pocos días-,[28] retornó Flaminino a Elatea. Tras una breve estancia, a fines de marzo puso rumbo a Heraclea para evacuar los preparativos y consensuar los efectivos que proporcionaría Etolia.[29] Ocupada la frontera que dividía a Dolopia y Tesalia, travesó Feneas el campamento con seis mil infantes y cuatrocientas monturas; habiendo ganado en grandor el ejército, ya en la Ftiótide se anexaron varios escuadrones procedentes de Gortina, Apolonia y Atamania a la alongada columna que impertérrita se encaminaba hacia Tebas. Albergaba la esperanza Flaminino de domar la *pólis* por intercesión de Timón, primicerio ciudadano. Frustrado pretencioso cometido, gestionó su sumisión mediante la espada: repelida la amenaza por la sacrificada pujanza tebana, desistió del asedio y

28. Livio, XXXIII, 21.

29. Holleaux, *Rome and Macedon: the Romans against Philip,* en *C.A.H.,* VIII, Cambridge, 1930, página 174.

envió exploradores para informarse sobre la naturaleza y condiciones del área; instruido sobre la bondad de los frondosos bosques, destacó pequeños grupos para la tala y el subsiguiente acarreo de maderos: retornados con cientos de troncos longos y delgados, y prevenido por el servicio de inteligencia de que había ultimado Filipo la preparación de las huestes y merodeaba en Tesalia, dictó la fabricación de longas y acuminadas estacas (*sudis*) para tener preparada la empalizada y partió. Hizo un alto a diez kilómetros de Feras y, con sana prudencia, encomendó a los rastreadores dar con la ubicación del enemigo; también destinó el reyezuelo a sus patrullas de reconocimiento: ambientadas a los pasadizos de Grecia, pronto vislumbraron la posición romana. En consonancia, se estableció el campamento a una milla de Feras con intención de ocupar las colinas que dominaban la *pólis*.[30] Honestamente, conjeturo poco probable que reputara hacedero Filipo vencer cuando hubo de abandonarlo Nabis para enlazarse a la causa romana,[31] cuando se lo había despojado de los destacamentos de Lócrida y Fócida, y cuando tristemente debió recurrir a bisoños y veteranos para conformación de su ejército.[32] Pero, aun así, había logrado alistar en torno a los 25 000 soldados,[33] equiparando las fuerzas enemigas,[34] y se las había ingeniado para tocar las fibras de la soldadesca, que beligerante se desplazaba para desafiar a la nueva potencia militar que ambicionaba con afianzar su poderío en la vasta ecúmene: ¡había de preservar Filipo estremecedora nombradía! ¿Trocaría, acaso, en el eslabón débil de cimera estirpe? Era una cuestión de dignidad. Así las cosas, aun versado sobre la excelencia táctica de

30. Livio, XXXIII, 6, 4; Polibio, XVIII, Fr., 19, 5.

31. Sobre la participación y especulación del espartano durante la segunda guerra macedónica, véase Livio, XXXII, 38 - 40.

32. Pondero que si había de ocupar Filipo las colinas, no era porque aspirara a librar una gran batalla, sino porque convenía a sus intereses el guardar las apariencias; considerando, por encima, que si alcanzaba a poner en aprietos a Flaminino, compelería a Roma a contemplar su proposición de paz. No obstante, tampoco se permitiría amedrantar por la vertiginosa marcha del procónsul, máxime cuando se habían resuelto sus huestes a corresponderle hasta sus últimos alientos.

33. Kromayer, *Antike schlachtfelder,* II, Berlín, 1907, página 61.

34. Ídem, página 60.

las legiones, y partidario de prescindir de la ya insalvable confrontación,[35] pungido por su boga, a fines de mayo o principios de junio[36] dictó la ocupación de las colinas. También hacia allí expidió Flaminino exploradores. Topados ambos contingentes, fue el desconcierto ensordecedor: tenía ante sí Flaminino la extraordinaria ocasión de alzarse con la gloria y disponer de pergaminos para disputar la hegemonía política de Claudios y Escipiones: pues era consciente de que una victoria de prestigio podría posicionarlo en el Senado y acapararía la deferencia de la ciudadanía, siempre impresionable ante los lauros de los grandes generales. Tras conservar la dirección de la guerra en Oriente, ya habían atestiguado sus vínculos en Roma ser lo bastante consistentes en la Curia. No obstante, si estiraba la empresa hasta el estío, y sin obtención de éxito alguno, acabarían supremos designios por escurrirse de callosas manos.

Resuelto, en efecto, a ceñirse la diadema de «el libertador de la Hélade», avanzó a un cuerpo de infantería, custodiado por escuadrones de caballería lideradas por el etolio Eupólemo, por el perímetro. En derredor de la ruta que conducía a Larisa se entabló un cruento combate,[37] siendo la ductilidad de Eupólemo y el concurso de los italianos demasiado para las líneas enemigas. Se adjudicaba Flaminino la primera victoria y proseguía engrandeciendo su figura en el ejército a costa de la labor etolia, donde denotaba asombrarse el núcleo de los oficiales por las prendas prodigadas por las legiones: ¿también atañía a Flaminino cuidarse de los celos de sus aliados? Aun cuando se distinguiera por saber conducirse con prolijidad, también se fiaba demasiado de la competencia y egos de sus aliados, dando por hecho que se someterían a su autoridad con sólo enseñar novicios pergaminos; de forma que ignoraba las voces discordantes y frágiles susceptibilidades, limitándose a procurar la estrategia y subsiguientes movimientos a sus lugartenientes. Reveladas las dificultades subyacentes a un terreno arbóreo, los numerosísimos huertos y los caminos empinados, dispuso el abandono de la comarca; también Filipo se resignó a la idea de enseñorearse del mon-

35. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 82.

36. Pfeilschifter, *Titus Quinctius Flamininus: untersuchungen zur römischen griechenlandpolitik*, Gotinga, 2005, página 105.

37. Livio, XXXIII, 6, 6; Polibio, XVIII, Fr., 19, 11.

te y se replegó a Escotusa, abrigando la posibilidad de abastecerse de los fecundos campos. Después de tres jornadas de una penosa marcha, entorpecida por una tormenta que impidió el normal desplazamiento a una soldadesca nerviosa por la falta de visibilidad, rebasó Filipo los picos de las Cinoscéfalas (Karadagh), apostó una guarnición en la cumbre y acampó en la falda de las colinas. Conforme recobraban los macedonios el aliento, destacó Flaminino a una escuadra desde las campiñas de Tetideo para precisar el asentamiento enemigo: divisado por espíritus intrépidos y baladrones, se ensayó una temeraria ofensiva; aventajados en hierro, gallardía y táctica posicional, fue perentorio al personal de mensajería comunicar trémulo escenario a Flaminino, expidiéndose a la desesperada un par de miles de infantes y quinientas monturas, etolios en su generalidad, a las órdenes de una sociedad tribunicia. Desosegados tras el raudo y eficiente proceder de las tropas auxiliares, se apresuraron los altos mandos macedonios en descubrir la situación al reyezuelo.

Por las pésimas condiciones climáticas, jamás se figuró Filipo que pudiera entablarse una batalla, y había consignado al grueso del ejército al forrajeo; mas era la situación en extremo peligrosa: disipada la niebla, con claridad atisbó cómo eran forzados sus hombres a retroceder. Prestamente, se fio de las aptitudes de Heraclides, León y Atenágoras; raudos desbarataron la ofensiva romana y, señores del monte, con pericia desalojaron la cresta. Aun la caballería etolia, reconocida por su valerosidad y brío, debió claudicar y dar marcha atrás. Retumbaron, a la sazón, tronadores y horrísonos gritos de euforia en las alturas; macedonios, tesalios y demás pueblos que, con ardiente efusión, se oponían a la dominación de Roma, indómitos rompían las cadenas del temor y avanzaban solemnes. Renuente e indeciso, guardaba Filipo la corazonada de que eran las noticias transmitidas más halagüeñas que la realidad: pues, aun desarmada la ofensiva, presentía que era inadecuada la ocasión para entablar una batalla a campo abierto; estrategia, por cierto, que repudiaba por la envergadura del enemigo.[38] Si se hubiera conservado firme en su convencimiento, tal vez se le hubieran brindado unas condiciones más propicias; mas, empequeñecido ante el hervor de la soldadesca, acabó por ceder ante la efervescencia regente.

38. Kromayer, *Antike schlachtfelder*, II, Berlín, 1907, página 6.

Disponía Flaminino de la ocasión que tanto había aguardado; formadas las legiones, con fascinante ardor de espíritu las exhortó a combatir en el más bello de los teatros:[39] cautivadas por la majestad de vencer en la tierra que se estremeció con la diestra sublimidad del blandir de Aquiles,[40] arrostradas por un fuego intenso que imperioso clamaba por el sojuzgamiento de la tiranía de Filipo,[41] avanzaron hasta el centro del valle y, con loable tesón, batieron a las falanges, elevando lanzas adversarios en signo de rendición.

Desvaído por la fatal conclusión de la empresa, se refugió el reyezuelo en el valle de Tempe y pernoctó en la Torre de Alejandro;[42] anticipando que continuaría Flaminino sus rastros, huyó a Gonnos, y con vano optimismo aguardó por heridos y rezagados. Estrechó Flaminino a desamparados fugitivos con las tropas italianas; y, hecho de un dulce botín viviente, autorizó el saqueo del campamento enemigo. Sin embargo, ya habían desvalijado etolios las tiendas y limpiado los cadáveres. Desencadenó improcedente circunstancia un pronunciado malestar entre italianos; pues, según ejercían de sabuesos, aprovecharon los aliados para preñar las talegas, intercambiar los tesoros y atiborrarse de vino. Incluso hasta tenían el atrevimiento de proclamar que únicamente a su labor se debía el triunfo. ¡Se imponía un justo resarcimiento a italianos, avinagrados en exceso por el fastidioso cuadro! En consecuencia, para evitarse un tenso careo con Eupólemo y Féneas por la odiosa repartición de los despojos, subastó Flaminino las dos terceras partes de los prisioneros y las riquezas: apartó una mitad para abaratar los costes de la campaña y la otra se la concedió a sus hombres, que, a suma injuria, debieron conformarse con las sobras.

Entretanto, tras la reagrupación del ejército, ordenó Filipo la destrucción de sus memorias recopiladas en Larisa por su contenido comprometedor[43] y se confinó en sus aposentos. Mientras se recobraban los cadáveres de los caídos, dio un nuncio con Flaminino para concertación de una tregua. Accedida la solicitud, comunicó al reyezuelo que no desesperara: no se

39. Plutarco, *Flaminino*, 7, 6.

40. Homero, *Ilíada*, I, 155; IX, 253; 439.

41. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 11.

42. Polibio, XVIII, Fr., 27, 2.

43. Cavaignac, *Histoire de l'antiquité*, III, París, 1914, página 336.

hallaba en sus planes el arruinarle; todo hacía indicar que se había hartado Flaminino de los etolios. Pues abiertamente satirizaban sobre sus conocimientos en el área militar, y engolados se atribuían la perdición de Filipo; con miseria se restaba mérito a romanos y latinos, al grado de denigrarlos, como si de una chusma se tratara; por toda Etolia se recitaban atildados poemas, encareciéndose las bajas enemigas y exorbitándose la bravura de la caballería en un descarado empeñamiento de impresionar a toda Grecia:[44]

Ἄκλαυστοι καὶ ἄθαπτοι, ὁδοιπόρε, τῷδ᾽ ἐπὶ τύμβῳ,
Θεσσαλίας τρισσαὶ κείμεθα μυριάδες,
Αἰτωλῶν δμηθέντες ὕπ᾽ Ἄρεος ἠδὲ Λατίνων,
οὕς Τίτος εὐρείης ἤγαγ᾽ ἀπ᾽ Ἰταλίης,
Ἠμαθίῃ μέγα πῆμα· τὸ δὲ θρασὺ κεῖνο Φιλίππου
πνεῦμα θοῶν ἐλάφων ᾤχετ᾽ ἐλαφρότερον.[45]

Sin poder disimular la rabia, cosa tanto más enojosa porque arrastrado por la corriente descendía en gravedad, conturbado proscribía Flaminino almibarados versos de celebérrimos poetas, restringía la participación de griegos en sus coloquios, resolvía sus proyectos de propia cuenta o a través de sus más devotos confidentes, y vedaba a italianos todo intento de pregonar sobre la incidencia de las fuerzas aliadas en las campañas; ambas partes faltaban a la verdad. Fueron los etolios de gran valía para la conclusión de la guerra, y era un despropósito suprimir su importantísima intervención, amén de su codicia, altanería y vanidad. Y tampoco hubieran vencido griegos a Filipo de no ser por la pujanza de Roma, percutora de la maquinaria política y militar que privó al reyezuelo de proseguir ensanchando sus dominios. Mas no había concebido Flaminino sus proyectos para que se le arrebatara la gloria así sin más; cedidas un par de semanas a Filipo para verificación de las diligencias, prestó oídos a las propuestas de los aliados: optaba Aminandro por concertar la paz con el menor vertimiento de sangre; y ambicionaban los etolios la cabeza de Filipo, deslizando, de forma ruin y despreciable, que se vedaba la condena supuesto que había puesto valor a

44. Plutarco, *Flaminino*, 9; Polibio, XVIII, Fr., 34, 3.
45. Dübner, *Epigrammatum Anthologia Palatina*, I, París, 1864, página 321.

su clemencia.[46] Desconcertado ante la maliciosa acusación, para no proseguir contribuyendo a las disputas y controversias -pues ya se hallaban los ánimos bastante caldeados en el campamento-, se limitó a desarticular la insultante acusación, explanando que no apetecía Roma de una guerra de exterminio; comportamiento inicuo y contradictorio de la inveterada política de sobria lenidad y dispensas para con los vencidos.[47] Si ni siquiera Aníbal debió temer por su vida, ¿por qué debía hacerlo Filipo? Cual parásito se alojó el Bárcida en Italia, engrescando a Sicilia y soliviantando a numerosas colonias latinas; mas ya vencido no se le coartó su libertad. En contraposición, aventurado el reyezuelo en Italia para la obtención del arrimo de Aníbal y disponer de su presencia y su genio para el avasallamiento de la Hélade, intimidado por la fuerza naval de Levino, abandonó particular cruzada sin fraguar atentado alguno contra soberana patria; y aun cuando desquiciara con infamante protervia a Grecia, se descubrió pugnando con Roma en una guerra acezada por los Claudios, cimentada en la insaciable avidez de conquistas y riquezas en aras de bregar contra la fulgente aura de Escipión, y enmascarada bajo las obligaciones del particularismo admitidas cuando el tratado de Fénice. Era coherente y natural que le bastara con vencerle;[48] además, convenía a los intereses senatoriales conservarle incólume: no debía ser Macedonia lo suficientemente fuerte como para ser peligrosa a Roma, pero sí para ser baluarte de Grecia contra los bárbaros del norte. Sin la presencia de Filipo, ¿qué impediría a Etolia alzarse soberana de la Hélade? Así lo percibía Roma, así Filipo y toda Grecia.[49]

46. Polibio, XVIII, Fr., 34, 8.
47. Apiano, *Macedonia*, 9, 2; Livio, XXXIII, 12, 7.
48. Apiano, *Macedonia*, 9, 1.
49. Polibio, XVIII, Fr., 34, 1 - 2.

XIV

EL HÉROE DE LA CULTURA HELÉNICA

Hacia la segunda mitad de junio, acudió Filipo al desfiladero que conduce a Tempe para recibir entrevista y acatar todas las condiciones estipuladas cuando Tronio: para reparación de los daños, debería desembolsar doscientos talentos y entregar a su pequeño hijo, Demetrio, conjuntamente con varios cortesanos, en calidad de rehenes; respecto al desalojamiento de sus guarniciones en las *póleis*, se remitiría una legación a la ciudad para las exposiciones, abriéndose un armisticio de cuatro meses. En caso de que aún codiciase el Senado su solio, se restituirían el dinero y los rehenes; aunque, a estas instancias, juzgara Flaminino de una suma inutilidad el dilatar la campaña: ya había vencido en batalla, y, a las victorias de los aqueos y de Lucio en Corinto y en Corcira, anteponía la pertinente restauración de su imagen, perniciosamente empañada por el destrato de los etolios, por sobre la improductiva ruina de Filipo.

Conforme dispensaba Flaminino oportunas audiencias para ser reconocido como el héroe de la cultura helénica, y se encaminaban los legados macedonios a Roma para iniciar con los trámites burocráticos, impuesto el orden en la Cisalpina, retornaron Cetego y Rufo de la expedición para reclamar la celebración del triunfo; confiaban entrambos en compartir suma distinción, pero lo vedaron los tribunos por valorar que únicamente Cetego había bordado operaciones políticas, militares y diplomáticas ventajosas para Roma. Se había propasado Rufo al adulterar los registros de las comarcas rendidas; y, para peor: sus despiadados métodos para sofocar las sublevaciones habían acabado por encrespar a una docena de tribus, motivándose feroces celadas, las cuales dejaron como saldo un par de legiones desechas. De modo que debieron formular las peticiones por separado:

obtuvo Cetego el triunfo por unanimidad, conquistando el afecto de la opinión pública. Valiéndose de su gracia temporal, procuró auxiliar a su colega; mas eran flagrantes los exabruptos de Rufo como para proceder los magistrados con excesiva indulgencia. Así, como Marcelo cuando la conquista de Siracusa, tendría que conformarse con desfilar en el monte Albano. Disuelto el debate, triunfal ingresó Cetego en la ciudad y exhibió una veintena de carros rebosantes de tesoros recobrados de nefarias zarpas bárbaras; excitó a la muchedumbre con una prodiguísima procesión de prisioneros encabezada por Amílcar; depositó en el Capitolio doscientos treinta y siete mil quinientos ases de bronce y nueve mil monedas de plata, y obsequió a los soldados una cuantiosa suma. Para no ser menos, y sugestionado porque no financió el Senado su desfile, osó resarcirse Rufo haciendo alarde de una vasta caravana adornada con relumbrantes enseñas y pendones galos y una prominente hilera de baúles que almacenaban 254 000 ases en bronce y 53 200 en plata.

Aún arrobada la ciudadanía con las espléndidas adquisiciones, a fines de julio se celebraron los comicios, logrando retomar la cámara de los Fabianos su influjo en la dirección del gobierno mediante la elección de Marco Claudio Marcelo, en sociedad con Lucio Furio Purpurión; entre cameleos y congratulaciones, descubrió una tempestiva correspondencia la victoria de Cinoscéfalas. Quedó extasiado el Senado: consumaba Flaminino su supremo proyecto de vencer en el estío, ratificando conveniente determinación de sostenerlo al frente de la logística en Oriente.

En este particular escenario -especulo- empezaron a ponderar los Claudios los riesgos de afrontar tres frentes entre agrupaciones de notoriedad. Aunque recibiera un severo revés Escipión en las elecciones consulares, aún cumulaba prestigio y poder; trepado Catón en estimación de los Fabianos,[1] se ponderaba elevar su candidatura para el próximo y perpetuar en la Curia el predominio de su cuadrilla; y, tras el éxito de preservar a Flaminino a la vanguardia de las operaciones en Macedonia, iniciaban sus amistades un prensado despliegue en aras de cautivar a una mocedad obscura y ambiciosa, diseminada en las magistraturas menores. ¿Qué modelo prevalecería?: ¿el Escipiónico, con principios de un gobierno aristocrático y de

1. Forde, *Cato the censor*, Boston, 1975, página 98.

sutil espíritu democrático, custodio de sobrias y rústicas tradiciones, pero innovador en materia intelectual y artística, promotor de la apertura de la cultura helénica y de una provechosa política agraria, interesado en reverdecer a Italia y conservar a la república en su circunspecto estado, prescindiéndose de las carísimas anexiones territoriales e imprudentes políticas de conquista?;[2] ¿el Catoniano, en sintonía con la proclama Escipiónica de recobrar sacras tradiciones y costumbres, pero encerrada en una única visión latina, representante de las necesidades de los grandes propietarios y entusiasta de una gran política expansionista?,[3] o ¿el Flaminino, prendado de la cultura helénica, susceptible a transportar cada columna, cada estatua y cada obra de arte de la Hélade,[4] convirtiendo a Italia en una ramificación de Grecia y orientada a arrimarse la voluntad de la baja plebe urbana, menos tradicionalista y, por lo tanto, más corruptible? Debió fascinante incógnita inquietar a no tan pocos: pues pendiendo de qué modelo triunfara, podría ser escotada la república para amoldarla en tan singular crisol; mas había cogido Escipión la delantera: no obstante el revés en las elecciones, se esmeraba en fundar una clase directora y diseñaba una Roma donde la parsimonia, la sencillez y la ruda austeridad de pretéritos tiempos se valoraran nuevamente como las más altas virtudes en las familias nobles, pero más presta a la difusión de una cultura enciclopédica. Habría de contraponerse en sus designios Catón, incapaz de consentir cualidad o atributo ajenos a los transmitidos por la religión, el formalismo, el convencionalismo y el empirismo, aún contemplados como las formas supremas de la sabiduría:[5] ineludible destino era la colisión entre dos visiones plenamente antagonistas.

Incorporados en funciones los magistrados el 11 de agosto del 197 antes de Cristo,[6] a los pocos días se apersonó la legación representativa de Filipo. Agenció obstar las diligencias Marcelo, refiriendo que era la paz nominal y

2. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 33.

3. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 326.

4. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 924.

5. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 22.

6. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 399.

especiosa,[7] en una desleal y ruda oposición a Flaminino, enmarcada en las asiduas ambiciones partidistas;[8] mas era el anhelo de paz, entre las tribus, muy vivo.[9] Sabiéndose, a la sazón, respaldado por la opinión pública, presumo, debió presionar Escipión para la conclusión de la guerra:[10] así pues, se acabó por constituir una legación, con una cláusula especial para que lo integraran Galba y Tápulo,[11] cuya asesoría expondría a Flaminino las condiciones. ¡Bienhadado de Flaminino! Rematada la campaña, le congratulaba Roma entera, y suplicante extendía llagosos brazos Grecia para desatamiento de ominosas cadenas.

Entretanto, perturbadores reportes enturbiaban el esplendente cuadro: se habían alzado en armas los régulos en la Hispania ulterior y se había desmembrado al ejército de Gayo Sempronio Tuditano en la Citerior; en nada condecía la deslucida coyuntura de la provincia con las palmas cosechadas en la Galia y en Oriente. Era imperativo a Roma reconducir la escabrosa situación: de modo que, para no ceder la iniciativa a las tribus hispanas, dispondrían Quinto Fabio Buteón y Quinto Minucio Termo de un par de

7. Livio, XXXIII, 25, 5; Polibio, XVIII, Fr., 42, 3.

8. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 216.

9. Livio, XXXIII, 25, 7.

10. Presumible postura armoniza con su política: desde los primeros instantes, receló Escipión de la promoción de la guerra, pero, ya iniciada, debía ser un capitán de su círculo el encargado de vencer a Filipo. Los comicios del 199 le fueron desfavorables; en el 198, pudo situar a Flaminino en el consulado, mas su candidato precipuo quedó circunscripto a la administración de la Galia, y los cónsules del 197 fueron relegados por los Claudios para conservar a Flaminino delante de la logística en Macedonia. ¿Qué necesidad tendría Escipión, a la sazón, de proseguir estirando la empresa cuando no disponía de un general cualificado de su nómina para vital tarea? Pues si la política de relevamiento continuaba su normal curso, lo que, de hecho, era muy factible, pudiera substituir Marcelo a Flaminino: no guardaba ningún sentido, a la sazón, oponerse a las tribus, ahítas de las levas que acababan por dinamitar las labores de los campos; luego, con la conclusión de la guerra, pondría sus servicios a disposición de la cosa pública para promover el perfeccionamiento político e intelectual de la nobleza, sirviéndose de las más insignes escuelas griegas.

11. Deduzco que estuviera interesado el Senado en disponer de personalidades informadas sobre la realidad de Grecia; desbordada Roma de legaciones, se tuvo a bien la conformación de un órgano que pudiera comunicar y, en cierta forma, anticipar el flujo de los acontecimientos.

legiones para la regencia de las Hispanias. Partidos para la imperativa estabilización de los terremotos, depositaron en la caja pública Gneo Cornelio Blasión y Lucio Estertinio, gobernantes de la provincia en el período 199 - 198, la portentosa suma de 1 515 libras de oro y poco más de 70 000 en plata; preciado botín: venían las riquezas de Hispania a agilitar la reorganización del erario público y la depuración de la pobreza en los campos. Había Italia de fortalecer; y vigorosa y prolífera se olvidaba de las penurias y la hambruna. Incluso, se pudo observar la petición de los cosanos ignorada el bieno precedente, expidiéndose pertinentemente colonos para poblar y laborar la tierra.[12]

Desventuradamente, excitada Roma con el devenir de los sucesos, languidecía la disciplina con fuerte espasmo. Con diligencia procuraba una caterva de féminas derogar la ley Oppia, ansiosas por tornar a vestir con fausto, pasearse en lujosos carruajes,[13] adquirir fragancias asiáticas y tapices babilónicos, presumir de novedosos mobiliarios incrustados de oro y marfil;[14] devorados pusilánimes y emasculados maridos por la nubla tormenta, se retrataba una generación inepta, incapaz de perpetuar la majestad del legado patriarcal, custodio del orden moral de antaño. Debían estudiar Escipión y Catón el conflictivo suceso y sus probables ramificaciones para inserirlo en su agenda política; nada podía quedar librado al azar: destinando sus recursos Roma en aras del tan necesario recobro de Italia, como se percataran los potenciales enemigos de los primeros brotes de una mocedad ociosa, disoluta y viciosa, podrían renacer las dificultades a corto plazo.

Distante de malsana miasma que se esparcía bajo las narices del Senado, invernaba Flaminino en Elatea, en una estancia más abrumadora de la aguardada: lo sofocaban los beocios con importunas peticiones, y proseguían desparramando los etolios inicuas insinuaciones de que había puesto a remate la paz; ampliaba sus vínculos comerciales y cerraba negocios pri-

12. Livio, XXXIII, 24, 8 - 9.

13. Leffingwell, *Social and private life at Rome in the times of Plautus and Terence*, en *S. H .E. P. L.*, XXI, Nueva York, 1918, página 53.

14. Plauto, *Stichus*, 375 - 385.

vados; vaciaba las reservas y santuarios de sus nuevos cortesanos;[15] y pronto se vio involucrado en una vil intriga para dar muerte a Bráquiles.[16] Iniciaron los beocios y tebanos una profunda investigación: verificados rigurosos procesos, se ejecutó a una estimable porción de los conjurados; para flagelo de Flaminino, pronto se oyeron voces denunciando la complicidad de Roma, acezando las circunstancias ofensivas fulgurantes: se asaltaban los cuerpos expedicionarios, se interceptaban las comunicaciones, se capturaban los convoyes y se aniquilaban los forrajeros. El rencor, la antipatía y el desprecio por la gran Roma habían acabado por intoxicar a la región: fueron las tropas sistemáticamente emboscadas en Acrefia y Coronea, y los cadáveres, descartados en el lago Copaide. Interiorizado de los desórdenes, recuestó Flaminino por culpables y un resarcimiento económico; mas fue la petición desestimada. Se habían desarrollado deplorables hechos sin el consentimiento gubernamental: acceder a las demandas sería prácticamente admitir la culpabilidad; de ahí que informara a Atenas y Acaya la inminente marcha contra Beocia; que encomendara a Apio Claudio Pulcro circular hacia Acrefia con la mitad del ejército; y que, verificada la devastación de los labrantíos linderos a Elatea, pusiera sitio a Coronea. Tan incisiva fue la ofensiva, que únicamente por intercesión de los aqueos pudieron los sitiados conferenciar: sin dilación se cedieron a los agitadores y un aditamento de treinta talentos de oro.

Restaurado el orden por persuasión del hierro, hacia mayo arribó la legación con el *senatus consultum*. Por dictamen de los Escipiones,[17] con benevolencia y lisura,[18] tuvo a bien Roma el suscribir la libertad de todas

15. Véase en Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 53 y siguientes, la rigurosa, pero pertinente, descripción de este suceso y del comportamiento y común proceder de Flaminino en Grecia.

16. Cf. el pasaje de Polibio, XVIII, Fr., 43, 10 - 11, («*ὁ δὲ Τίτος ταῦτα διακούσας, αὐτὸς μὲν οὐκ ἔφη κοινωνεῖν τῆς πράξεως ταύτης, τοὺς δὲ βουλομένους πράττειν οὐ κωλύειν.*») donde se esclarece que participaba Flaminino del secreto.

17. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 190.

18. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 693. —Como se ha establecido, no se oponía Escipión a la conclusión de la guerra, sino a que recogiera Flaminino los laureles; tal conjetura tiene su fundamento: pertenecía Flaminino a la cámara de los Fabianos; y, aun cuando procuraron los Claudios obstruir la presentación de su

las *póleis*, *apoikíai* y *klêroukíai* exentas del dominio macedonio, preservando su autoridad y sus leyes. Y, legítimo corolario de los sacrilegios, la intemperancia y rapacidad, se sancionó a Filipo con las cesiones a Roma de las posesiones conquistadas; el desalojo de los cuarteles de Euromo, Pédasa, Bargilia, Yaso, Mirina, Ábidos, Tasos y Perinto; la restitución de los prisioneros latinos y desertores; el traspaso de su flota, con excepción de cinco pequeñas embarcaciones y su nave real; el desprendimiento de su ejército, con la imposición de acometer en lo sucesivo las hostilidades dentro de los límites de sus dominios, de lo contrario, tendría que tramitar un consentimiento senatorial; el abono de mil talentos, la mitad al contado y el resto mediante un tributo anual durante un decenio, y, en fin, la entrega de Demetrio en calidad de rehén: todo, antes de la celebración de los Juegos Ístmicos.[19]

Por precaución a un dinámico Antíoco, que, a su garbo, se baladroneaba tras doblegar a Coracesio, Solos, Afrodisias, Córico, Anemurio y Selinunte, se recomendó al procónsul la custodia de Corinto, Calcis y Demetríade. Excitó desatinada disposición los espíritus en Etolia: se murmuraba que había soltado Flaminino el tobillo de Grecia para aherrojarla por el cuello.[20] Disgustado por la contraproducente representación hecha de su política, según parece, cursados sus detractores en el común proceder de antiguos pretendientes al cetro de Alejandro, los cuales desmantelaban las guarniciones enemigas para instalar las propias -más fuertes y más severas- bajo el

---

candidatura al consulado, acabó Escipión por interceder en pos suyo, velando por sus propios intereses, incómodo ante la posibilidad de que debiera conformar Peto una sociedad consular con la oposición. Logrado el cometido, bien de propia iniciativa, bien por disposición de Flaminino, se paralizaron las comunicaciones, debiendo apelar a sus vínculos en la Curia para adosar la dirección de la logística en Oriente a Cetego o a Rufo; pues no podía fiarse de los arcanos proyectos de Flaminino, patricio pundonoroso, patrono de un respetable número de clientelas, y el cual denotaba una sincera afición de la cultura helena, pero que, a sutilezas, traslucía, entre sus múltiples ambiciones personales, que, además de redimir a Grecia, osaba obtener provecho del particularismo de Roma en la Hélade, sometiendo a reyezuelos y gobernantes a corresponder sus instrucciones.

19. Livio, XXXIII, 30, 2; Polibio, XVIII, Fr., 44, 3.

20. Plutarco, *Flaminino*, 10, 2.

pragmático y engañoso eslogan de salvaguardar la *eleuthería*,[21] bregó Flaminino para la anulación de tan controversial inciso; mas estimaban los legados una imprudencia dejar desabastecidas las plazas importantes: se revelaba el inquietante rumor de que había posado su avidez Antíoco en Occidente. Aun así, durante las siguientes jornadas, osó revertir Flaminino el sentimiento general, enunciando que, si se pretendía apartar todo manto de sospecha sobre las acciones de Roma, donde no sin razón se insinuaba en los grandes salones que se había traspuesto la mar para endurecer la vigilancia del comercio marítimo y recoger un botín vario en metales preciosos y prisioneros, convenía esmerarse en atestiguar que se declaraba Roma partidaria del orden y la justica, suscribiendo sin restricciones la libertad helena. ¿Dónde residiría sino la debida sujeción y obediencia a célicos preceptos? ¿Asumiría Roma que se habían violado sagradas leyes al marchar a la guerra en ausencia de una legítima agresión previa?; más aún: ¿que partió a Oriente acezada de rapiña? No se oponían Galba y Tápulo a la razonable demanda de Flaminino por disconformidad con su esencia, sino porque llanamente no se fiaban de las determinaciones de Antíoco cuando hallara a Grecia desprovista de la regencia de Roma, agregándose a su inquietud la especulación de los potentados financieros, siempre ávidos de nuevos territorios que explotar.[22] Valoradas las opciones, se resolvió la restitución de Corinto, con la inamovible condición de la imperiosa conservación del destacamento en el Acrocorinto; y que persistieran Calcis y Demetríade bajo observancia, cuando menos, hasta que desapareciera la preocupación seléucida. Resuelta en sumo sana disposición, hacia junio/julio del 196 antes de Cristo, durante la celebración de los Juegos Ístmicos, proclamó Flaminino la libertad de Grecia, sus *apoikíai* y *klêroukíai* de Asia, sin anexión territorial alguna, y se la incorporó a la larga lista de amigos y aliados de Roma.[23]

21. Holleaux, *Rome and Macedon: the romans against Phillip*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 183; Navarro, *El impacto del helenismo en la aristocracia romana: cinco ejemplos para una época (196 - 146 a C)*, en *Memoria y Civilización*, V, 2002, página 51.

22. Colin, *L'hellènisme en Occident et les Romains: la culture latine en face de la culture hellènique*, en *L'hellénisation du monde Antique*, París, 1914, página 357.

23. Apiano, *Macedonia*, 9, 4.

Este pueblo, acusado por cierto hatajo de historiadores de perseguir un ideal conquistador, achacándosele con tumescente impunidad la confección de un programa para hacerse del Egeo y de Europa, venía a evidenciar que se osaba reflotar en las casas grandes las antiguas virtudes, las cuales parecían yacer bajo el denso cieno del lujo, concediéndose a Grecia una libertad harto codiciada.[24] Solícita se disponía Roma a la guerra, mas no a la conquista.[25] Era forzoso a Roma vigilar el Mediterráneo y desherbar las coaliciones que pudieran dar sitio a la envidia y al temor de su creciente poderío, pero conservando una política sobria, exenta de las enredadas y estériles ampliaciones de fronteras.[26] ¡Apenas bastaban las fuerzas para preservar lo que ya se poseía! Para mayor evidencia, sólo se debe reparar en el protagonismo cogido por los soldados italianos, superiores en número a los romanos:[27] interesaba a Roma conservar la proporción de los elementos en las legiones. Pues estimo que si partió la aristocracia a la guerra ocultando sus auténticas intenciones detrás del sedoso y pulcro antifaz de la recta protección de Italia, acuciosa la facción Claudia de una nota que rivalizara con las hazañas de *el Africano*, y, preocupante cosa, mientras valoraban los Catonianos una dieta expansionista, se encargó Escipión de reprimir avarientas ambiciones, prevenido de la falta de capital humano, y consciente de que embelesados los griegos ante la reconquista de su tan anhelada libertad proseguirían su curso las habituales disputas y disensos entre *póleis*, se enraizaría el orgullo de partido entre las antiguas facciones, imposibilitando los odios enquistados la unión de la Hélade,[28] desarticulándose una potencial confederación y preservando Roma una consistente ligazón con sus aliados,[29] consolidando Roma su dominio e influencia en Oriente.[30] Tam-

24. Véase la irreprochable disquisición de Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 697.

25. Hertzberg, *Die geschichte Griechenlands unter der herrschaft der Romer*, I, Halle, 1866, página 92.

26. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 188.

27. Kurth, *Caton l'ancien*, Lieja, 1872, página 29.

28. Colin, *L'hellènisme en Occident et les Romains: la culture latine en face de la culture hellènique*, en *L'hellénisation du monde Antique*, París, 1914, página 357.

29. Hertzberg, *Die geschichte Griechenlands unter der herrschaft der Romer*, I, Halle, 1866, página 95.

bién guardaba mérito de tan provechoso desenlace Flaminino: halló Roma en su figura a un virtuoso capitán, tanto capaz de flanquear las líneas enemigas cuanto de afianzar una política filohelena entre las tropas itálicas. Aun cuando pugnó Escipión por arrebatarle la dirección de las operaciones, rematada la guerra, la quimera de una Roma apta para importar la cultura helena para alumbramiento de intelectuales latinos, parecía más próxima: ¡y por supuesto que se debía a su extraordinaria logística!

Concluidos majestuosos certámenes, acorraló el gentío a su héroe para ungirlo con honores divinos,[31] sumamente prendado con los imponentes tributos que ardiente rendía Grecia a Roma;[32] formidable manera de obtener provecho de la crisis política y militar subyacente en el Mediterráneo en los decenios precedentes:[33] arbitro supremo en Occidente y Oriente,[34] era imperativo a Roma consolidar su poderío en tierras del levante.

Además de su bienhechora idiosincrasia, en vastedad cooperaron la religión y la política para la creación y educación de un pueblo que desde hacía siglos sorteaba los predicamentos de Italia: no conforme con la consagración de la tierra que sus padres le habían legado, se abría camino la aristocracia a través del Mediterráneo. Parto de su espíritu guerrero y de su organización pública fundada en la armonía del *ius*, del *mos* y del *fas*,[35] destinaba sus esfuerzos a una novedosa política para el debilitamiento de las potencias militares, perpetuando una hegemonía indirecta como instrumento diplomático, sin arriesgarse a desarrollar un aparato burocrático imperialista;[36] noción aún no explorada hondamente.

---

30. Schvarcz, *Die Römische massenherrschaft*, Leipzig, 1901, página 261.

31. Milamowitz - Moellendorf, *Die Makedonischen Königreiche*, en *Staadt und Gesselschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910, página 146.

32.Stampini, *Roma eterna e il suo Natale gli antichi Romani*, Turín, 1924, página 16.

33. Arnold - Pococke, *The history of the Roman republic, from the earliest records till time of Sylla*, Londres, 1852, página 292.

34. Eckstein, *Mediterranean anarchy, interstate war, and the rise of Rome*, 2006, página 258.

35. Scaligero, *La razza di Roma*, Manero Editore, 1939, página 88.

36. Santana, *Así se gobernó Roma*, Madrid, 2017, página 139.

Determinada la persistencia de Flaminino en Grecia para custodia de los pueblos, comenzaban a lidiar Escipión y Catón para impulsar sus programas. Proyectaban entrambos representantes una sociedad cimentada en una fortísima estructura religiosa, moral y ética, en la que la conformación de la nobleza, clase superior en competencia intelectual para reposar la dirección del gobierno y la guerra, estuviera subordinada a la autoridad sacerdotal; dichosamente, aún imbuida en las cuestiones gubernamentales.[37] Animaba Escipión el fomento de los valores de la educación helena entre sus partidarios, previendo que habría de oficiar radiante luminiscencia de señorial faro en las generaciones postreras. Remoto de escatimar o prescindir de los antiguos dictámenes que a lata propiedad asistieron a la conformación de hombres justos, fuertes y acendrados, los cuales emanaban un inconfundible aliento espiritual, tan necesario para la adopción de decisiones complejas, únicas e inmutablemente viriles, con reflexivo sosiego aspiraba a la fundición de los principios latinos con las corrientes del pensamiento griego, vislumbrando con acalorado suspiro la tonificación de la cultura itálica en las casas grandes:[38] ¿acaso se permitía remontar demasiado alto su imaginación? Pues estimo que le era dificultoso poder contemplar que pudieran confundirse fácil y violentamente las generaciones postreras; aún precoces para aventurarse en las doctrinas y fundamentos helenos.[39] Y, sumamente apetente de una difusión intelectual para el preciado fomento de una saludable instrucción enciclopédica, ignoraba que, con el advenimiento de la era mercantil y un inquietante cosmopolitismo, pudiera extraviarse la mocedad ante la progresiva hegemonía de Roma; a su clarividencia, celoso reflexionaba Catón sobre tan espeluznante escenario. Estancado en una educación tradicional, puramente latina, participaba de la directriz plautina

37. Sobre la importancia de los colegios sacerdotales como piedra angular de la república, cf. Cicerón, *De legibus*, II, 12, 30 - 31; Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 73, 2 - 3.

38. Cicerón, *De re publica*, III, 3, 5.

39. Véanse los agudos comentarios de Bobba, *Saggio sulla filosofia greco - romana*, Turín, 1882, página 7 y siguiente; y Odomeo, *Religione e civiltà*, Bari, 1948, página 78 y siguiente.

del patriotismo y de la romántica idea de Roma,[40] esa misma que había penetrado en fecunda espiración en la consciencia de los pueblos itálicos durante los siglos precedentes y costó el fracaso a la empresa de Aníbal, y se rehusaba a consentir la amalgama grecolatina, sin permitirse per persuadido por la sobriedad arcaica de la época de los Pericles, Fidias o Demóstenes. A diferencia de Escipión, podía dilucidar que con la profusión de la cultura helénica, patrocinada por una medra expansión mercantil en Oriente, se encomendaría la mocedad al ocio, la molicie y la gandulería; mermarían la llaneza y la ruda austeridad de otros, y mejores, tiempos; pecaminosas experimentarían las mozas la sensualidad y el goce de los placeres, y los hombres, adiestrados para convertirse en los supremos jueces del hogar, se prodigarían en una moralidad relajada, deshilachándose sanas costumbres: guardaban sendas percepciones su verdad.

Durante el siglo tercero antes de Cristo, se difundió la cultura griega entre el ceñido número de grandes familias. Bajo su diestra dirección, a pasos lentos, pero seguros, con sentido de la armonía y la estética se pulía la lengua[41] y la literatura,[42] preservando con vivo celo su esencia latina;[43] asistía la filosofía a la perfección de la gnosis y el dominio de las emociones, y se adquiría en la escuela de los griegos el rigor científico, sentándose las bases de los postreros arquitectos y obreros, responsables de erigir el sublime edificio del imperio. Sin embargo, también asomaban incipientes luces de degeneración: contribuyó la guerra de Aníbal al debilitamiento de la liturgia latina, promoviéndose la práctica de ceremonias barbáricas[44] en un espantoso influjo de nauseabundos cultos foráneos, y acabó Macedonia por socavar la disciplina militar. Fueron la prodigalidad, la avaricia y la usura causa

40. Migliorato, *Storia critico-biografica dei letteraci greci, latini, ed italiani*, Nápoles, 1837, página 33.

41. Besançon, *Les adversaires de L'Hellénisme à Rome pendant la période républicaine*, París, 1910, página 102.

42. Africa, *The immense majesty: a history of Rome and the Roman Empire*, Nueva York, 1974, página 78; Martha, *La délicatesse dans l'art*, París, 1884, página 250.

43. Devoto, *Storia della lingua di Roma*, Bolonia, 1940, página 142; Leo, *Geschichte der römischen literatur*, I, Berlín, 1913, página 184.

44. Livio, XXII, 57, 6; XXVII, 37, 5 - 7; Plutarco, *Fabio Máximo*, 18, 3.

común en Oriente:[45] tornados los soldados con los bolsillos cargados,[46] se propagó en los campos el pestífero hedor de la codicia. Se resquebrajaba el espíritu de la simplicidad y la frugalidad por mor de las victorias y el aumento de la riqueza. A su salvo menudeaba el foro un famélico cortejo de aduladores rampantes que se la rebuscaba para escalar posiciones en las oficinas de la república o bien para atemperar los accesos al ejército: ¿la *paideia* y las cualidades morales y éticas de la cultura griega en la recta conformación de hombres justos, acendrados y piadosos, bastarían para subsanar el incipiente declive de la vieja conciencia latina o, por el contrario, lo agudizaría?[47] No ponderaba Escipión que tan prodigiosa cultura pudiera agrietar el basamento del antiguo orden, sino que vendría a estabilizar el desorden moral en los campos donde, por mor de la expansión militar, sentían ávidos veteranos la provechosa preocupación de ir a medrar en guerras lucrativas[48] y otros muchos abandonaban una vida campestre para probar fortuna en el comercio y los oficios: cabeza de una fortísima agrupación, a su plugo promocionaría una convincente política agraria y una armoniosa ensambladura entre las culturas griega y latina.[49] Era la ocasión pertinente: aumentaba el erario público con las expoliaciones de la Galia y de Hispania, con las indemnizaciones de Cartago y de Macedonia, con los impuestos de Grecia, los botines de guerras, el flujo financiero de los establecimientos marítimos y las sociedades comerciales en Iliria. Podía asumir

45. Livio, XXXIII, 29, 4.

46. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 789.

47. Denuncia Veleyo, II, 1, 1, un precipitado abandono en la observancia de la tradición hacia mediados del siglo segundo antes de Cristo; pero estimo su testimonio parcial e insuficiente: pertinentemente, supieron registrar los escritores de la antigüedad, en el período abarcado entre las guerras anibálica y contra Perseo, diversos sucesos que sirven de fuente para discernir sobre los prolegómenos del marcado deterioro de la histórica aristocracia romana e itálica.

48. Livio, XXXVII, 4, 3 - 4.

49. Cf. Haywood, *Studies on Scipio Africanus*, Baltimore, 1933, página 59, el cual admite que, aun cuando carecemos de la consolidación de un programa definido para promover la cultura helena entre la pluralidad de la ciudadanía, esmerado se ocupó Escipión de operar en pos de la ensambladura entre sendas culturas, lo que fortalece la premisa de que, cuando menos, sí osó plenificar la formación patria en las casas grandes, y en la cual se sustenta la obra.

la república, a la sazón, los gastos del transporte del trigo y del grano, tanto local cuanto importado, abreviándose la semimiseria en los campos. En esta auspiciosa bonanza, en esta gradual y prometedora productividad, voluntarioso diagramaba Escipión una república que solidificara su dominio en Oriente a partir de su disciplina y su fuerza militar, rubricada por una diestra diplomacia, prescindiendo de anexiones territoriales, y asistiendo a los vencidos con notoria sutileza política.

A su vez, era indispensable reforzar la visión que guardaban los pueblos sojuzgados sobre la mismísima Roma; se acabó, por ende, por recurrirse a la obra de un generosísimo historiador: Quinto Fabio Píctor. Difunto en los albores del siglo segundo antes de Cristo, había sido capaz de constituir un laboroso estudio, desde los remotos orígenes de la ciudad hasta la fatídica batalla de Cannas, de espesa y vulgar prosa,[50] y con el pecado de sobredimensionar las facultades de los miembros de su familia.[51] Antiguamente, se había transmitido la historia de la *urbs*, preferentemente, por fuentes griegas, en una época de poca luz crítica, con escasa documentación confiable, plagada de leyendas y mitos; sin mencionar ya las falsificaciones de los pontífices,[52] bien de modo inocente, interesados activos y noctívagos intelectos en exaltar los discursos significativos o las descripciones de las batallas, bien de modo deliberado, donde el espíritu de agrupación y la vanidad familiar asistieron a la inserción de personajes históricos en bandos opuestos, posados según la conveniencia en la siempre corruptible tradición oral.[53] A sumo frescor asumió Fabio que le correspondía a Roma relatar su propia historia, y con vibrante entusiasmo recurrió a los manuscritos de Diocles de Pepareto y Timeo de Taormina;[54] a los archivos de la tradición

50. Paribeni, *Statuine in bronzo di guerrieri galli*, en *AUSONIA. R.S.I.A.S.A.* II, Roma, julio - diciembre 1908, página 288,

51. Helbig, *Contribution a l'histoire de l'Equitatus Romain*, París, 1904, página 7 y siguiente.

52. De Ségur, *Abrégé de l'histoire universelle, ancienne et moderne*, X, París, 1825, página 15.

53. Burger, *Sechzig Jahre aus der älteren geschichte Roms. 418 - 358: historich-kritische Forschugen*, Ámsterdam, 1891, página 231.

54. Du Rieu, *Disputatio de gente Fabia*, Leiden, 1856, página 159; Gabba, *Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica*, en *Les origines de la*

etrusca e itálica; a los *annales pontificum* y a las tablas de los censores; a las crónicas de su *gens* y a los elogios fúnebres de las grandes familias;[55] a sus anotaciones y recopilaciones durante la segunda guerra púnica, pero sin poder ser capaz de aislarse de los cuentos fantásticos y las fábulas enclavadas en la historiografía helena.[56] Hecha a mi vergüenza la odiosa observación, con deslumbrante precisión, rigurosidad y objetividad[57] estructuró Fabio su estudio en tres partes: la narración de la fundación de la ciudad; un breve y vago esbozo de pequeños y floridos acontecimientos previos, y un detallado retrato de su tiempo,[58] convirtiéndose así, para solemnidad de su memoria, en precursor y arquetipo de toda historiografía latina ulterior. Aspiraba a lucir Fabio sus *Annales* ante un auditorio letrado, y con sumo criterio trazó sus líneas en la docta lengua de Homero: soberana Roma de todo el Mediterráneo, advirtieron los genios despiertos la esplendente ocasión de iniciar con la ingeniería propagandística en la ecúmene helenizada. Para su regocijo, habían de allanar los *Annales* el acercamiento de la Hélade con Roma, singular rédito del episodio que rememoraba la fuga de Eneas cuando la caída de Ilión:[59] venía su unión con Lavinia a entroncar a entrambos pueblos. Es probable que también se dieran a circular los escritos

---

République Romaine, XIII, Génova, Einer Gjerstad, 1967, página 142*;* Letta, *La tradizione storigrafia sull etá regia: origine e valore*, en *Alle origini di Roma: atti del coloquio tenuto a Pisa il 18 e 19 settembre 1987*, Pisa, 1988, página 75.

55. Schanz, *Geschichte der römischen Litteratur,* I, 1, Múnich, 1907, página 229.

56. Pais, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli,* II, Roma, 1915, página 350.

57. A pesar de que no pocos académicos se permitieron el atrevimiento de tildar a Fabio de fraudulento, sosteniendo que la reconstrucción de los episodios y versiones en torno a los primeros siglos era arbitraria y equívoca, los datos aportados por la arqueología y la epigrafía han contribuido grandemente a la confirmación de la legitimidad y veracidad de su obra.

58. Schaefer, *Abriss der Quellenkunde der Griechischen und Römischen Geschichte,* Leipzig, 1881, página 11.

59. Cavaignac, *Histoire de l'antiquité*, III, París, 1914, página 336. —Presupone Micali, *Storia degli antichi popoli italiani*, I, Milán, 1836, página 51, que semejante corrupción de la tradición en la historia romana se debe de remontar a los albores del siglo tercero antes de Cristo; suceso que converge con la irrupción de la literatura griega en las casas patricias.

de Lucio Cincio Alimento, pero en menor medida:[60] era la sombra de Fabio alargada,[61] y tampoco contribuía su mezquino retrato de la aristocracia y la falta de carácter del espíritu patrio, antorcha viva en los versos de Plauto y en la prosa Fabiana.

Amanecía, entretanto, la Etruria en medio de una revuelta de esclavos: operada sin sobresaltos por el pretor Manio Acilio Glabrión, partieron los cónsules a las provincias. Mucho debieron invertirse Marcelo y Purpurión para contener la avanzada gálica: tras numerosos combates sangrientos y bajas sensibles, lograron infiltrarse en la Transpadana, asesinaron en torno a los sesenta mil enemigos, y domeñaron las fuertes plazas de Como y Bolonia. Desfilaron por las estrechas callejuelas de la ciudad un dilatado cortejo de generales ínsubres y comenses, 732 carros repletos de collares y anillos de oro, y recibió el erario público la generosa contribución de 320 000 ases de bronce y 234 000 monedas de plata.[62] Oro, plata y bronce; esculturas, pinturas, mobiliarios y colecciones de Siracusa, Tarento y Grecia:[63] con holgura incrementaba Roma su capital, refinaba el gusto por las bellas artes, y cultivaba la elegancia y la elasticidad literaria; inusitada contradicción.

En sus remotos comienzos, residía la generalidad de las familias en las vecinas tierras del dominio público. Escrupulosos se destinaban padres e hijos a la agricultura y ganadería,[64] y sólo de tarde en tarde acudían a la ciudad fortificada; aguardaban allí los templos,[65] la curia Hostilia,[66] las residencias de los potentados[67] y las tiendas de artesanos y mercaderes.[68]

60. Schwegler, *Römische Geschichte*, I, Tubinga, 1853, página 79 y siguiente.

61. Peter, *Historicum Romanorum Reliquiae*, I, Stuttgart, 1967, página CI. —Parece ser, no obstante, que fuera el propio Fabio una vasta fuente de información para la obra de Alimento; cf. Berger, *Histoire de l'élocuence latine*, I, París, 1872, página 205.

62. Livio, XXXIII, 37, 11.

63. Bengston, *Griechische Geschichte: von dem Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, Múnich, 1979, página 456.

64. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, III, 36, 3.

65. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 34, 4; III, 69, 1 - 3; Floro, I. 13 - 14; Livio, I, 45, 2; I, 55; Plutarco, *Rómulo*, 29, 2; *Numa*, 11; Tácito, *Annales*, XV, 41.

66. Livio, I, 30, 2.

67. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, IX, 25, 2.

Era necesario asistir a la ciudad para la celebración de las fiestas religiosas, el cumplimiento del deber cívico, y para permutar un poco de grano, aceite y vino por sal,[69] instrumentos agrícolas[70] o armas,[71] verificándose positivamente el comercio interno; mas era el comercio exterior limitado.[72] Como habían de empeñarse las mujeres y los esclavos en la fabricación de los ropajes y los bártulos, resultaba poca cosa lo que compraba Roma fuera: cerámicas y antefijas de terracota para las basílicas, y metales de la Etruria para la construcción de los edificios públicos;[73] lujosos artículos babilónicos,[74] fenicios y púnicos;[75] marfil para la modelación de los sitiales de la Curia;[76] ungüentos para los funerales;[77] púrpura para los ropajes de ceremonia de los magistrados;[78] unos pocos esclavos,[79] oropeles, antiguallas y bisutería de escaso valor.[80] Apenas se exportaba bestias de tiro y carga, cereales, mas únicamente en épocas de mala cosecha o sequía; maderas para la fabricación de embarcaciones,[81] vino,[82] lana,[83] aceite,[84] y sal.[85]

---

68. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 28, 3; Livio, VI, 2, 2; Plutarco, *Numa*, 13, 6; Waltzing, *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les romains*, I, Lovaina, 1895, página 65.

69. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 2.

70. Cf. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, VIII, 12, 2.

71. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 181.

72. Büchsenschütz, *Bemerkungen über die römische Volkswirtschaft der Königszeit*, Berlín, 1886, página 28 y siguiente; Voigt, *Das jus naturale, aequum et bonum und jus gentium der Romer*, II, 1858, Leipzig, página 551.

73. Blümner, *G. T. A.*, Leipzig, 1869, página 105; Schiller - Voigt, *Die römischen Privatalterthümer und Kulturgeschichte*, IV, 1, Múnich, 1893, página 291.

74. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 182 y siguiente.

75. Larice, *Storia del commercio*, Milán, 1920, página 41; Schiller - Voigt, *Die römischen Privatalterthümer und Kulturgeschichte*, IV, 1, Múnich, 1893, página 291.

76. Livio, I, 8, 3; Plutarco, *Camilo*, 21, 4.

77. Ennio, *Annales*, 156.

78. Marquardt, *Römische Privatalterthümer*, II, Leipzig, 1867, página 125; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 183.

79. Larice, *Storia del commercio*, Milán, 1920, página 41; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 181.

80. Juvenal, *Satura*, V, 58 - 59.

81. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 184.

82. Larice, *Storia del commercio*, Milán, 1920, página 41.

Tampoco la industria interna era de destacar. Si existían oficios de batanaría, alfarería, carpintería, curtiduría, albañilería o sastrería, de ordinario eran desempeñados por plebeyos, clientes o manumitidos;[86] mucho menos podía interesar al patriciado, a la sazón, la sana instrucción en los saberes o el estudio y profesionalización de las ciencias médicas.[87] Se constituía el cuerpo de practicantes de peregrinos y esclavos con formación en escuelas griegas,[88] y de algún que otro filántropo;[89] por mor de una tormentosa difidencia generalizada hacia estos, sujeta a su habitual arrogancia, insolencia, impericia[90] o bien porque, según parece, prescindía Hipócrates de tratar a foráneos,[91] los había los que daban prioridad a los exóticos brebajes, la teúrgia[92] o la hidroterapia,[93] cediendo la recta práctica de los métodos científicos a un empirismo estrecho,[94] prosperando entre el bajo pueblo personajes codiciosos e inescrupulosos.[95] Era Roma, en sus precoces inicios, pequeña, egena y, definitivamente, ignara. De hecho, no fue sino hasta el batido de la primera moneda de plata que pudo participar del comercio con Cartago y la Hélade,[96] pudiendo adquirir los sofisticados refinamientos del

---

83. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 818.

84. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 83.

85. Livio, II, 9, 6.

86. Waltzing, *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les romains*, I, Lovaina, 1895, página 67 y siguiente.

87. Aunque en lo que a ciencias médicas se refiere, es menester observar que, desde antiguo, se orientaban las leyes a la conservación de la salud e higiene pública. De aquí la carencia de facultados propiamente romanos. —Puccinotti, *Storia della medicina*, I, Livorno, 1850, página 573.

88. Briau, *Du Service de Santé Militaire chez les Romains*, París, 1866, página 13.

89. Laboulbène, *Celse et la medicine à Rome*, 1884, página 14.

90. Plauto, *Menaechmi*, 882 y siguientes.

91. Plutarco, *Catón el censor*, 23, 4.

92. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 204.

93. Pinto, *Storia della medicina en Roma al tempo dei re e della repubblica: investigazioni e studi*, Roma, 1879, página 20.

94. Besançon, *Les adversaires de L'Hellénisme à Rome pendant la période républicaine*, París, 1910, página 97.

95. Cf. la ilustrativa fábula de Fedro, I, 14.

96. De Sanctis, *Storia dei Romani*, III, 1, Turín, 1916, página 343.

arte grecoasiático; pero tampoco así se alentaba la educación de artistas plásticos: muchos se miraron con extrañeza cuando osó realzar Gayo Fabio, con diseño preciso y colores agradables,[97] las paredes del templo de la Salud por encargo de Gayo Junio Bubulco Bruto, para inmortalizar su victoria sobre los samnitas. Fue reconocido con el apelativo de Píctor; pero no de un modo distintivo, sino con la intención de estigmatizar al mísero hombre por haberse degradado en una práctica impropia para un romano. Nadie prosiguió su legado. Era la pintura cosa de la Italia meridional y de la Toscana; la *Cloaca Maxima*, la vía Apia, esplendente *regina viarum*;[98] y el acueducto de Claudio, hazañas de la relumbrante ejecución técnica de ingeniería de la Etruria y la Magna Grecia. Bien pudiera decirse que edificaba a Roma la Etruria, la aderezaba la Italia semigriega con artistas que producían su arte en la Península y en la ciudad, al par que se ocupaba el patriciado de los asuntos políticos y militares:[99] siglo y medio más tarde, era Roma árbitro de Occidente y Oriente. Era una responsabilidad y un deber senatorial inculcar y fomentar la agricultura, la industria, la manufactura y el comercio; las artes, las letras y las ciencias; instruir a las nuevas generaciones en la belleza de las ideas y del saber; y, por sobre todas las cosas, preservar las más altas y hermosas virtudes latinas: la parsimonia, la sobriedad, el pudor, la disciplina. Visualizaba Escipión hacedero la convergencia entre las aptitudes y cualidades latinas y helénicas, y esmerado bregaba por la instauración de una Roma intelectual, señora de una serenísima república exenta de vana avidez de conquistas; a su desafío, no habría de serle preciada quimera sencilla.

Aunque era un hecho que un estimable número de senadores había virado en su dirección en el último tiempo, con la reciente victoria de Flaminino en Oriente, cogieron Catón y sus partidarios la suficiente osadía para inmiscuirse en sus excelentes proyectos y, tras empeñarse ardua y duramen-

97. Melani, *Pittura italiana*, I, Milán, 1885, página 63; Ricci, *Manuale di Storia dell'Arte*, I, Bérgamo, 1927, página 499.

98. Estacio, *Silvas*, II, 2, 10 - 11.

99. Véanse los riguroso juicios de Benoit, *L'Architecture antiquité*, I, París, 1911, página 28; y Virgilio, *Storia del commercio*, Turín, 1904, página 22 y siguiente.

te durante la campaña electoral, y al grado de mendigar votos plebeyos,[100] torcieron la dinámica consular: administrarían la república, en el 195 antes de Cristo, Lucio Valerio Flaco y el propio Catón. Podría disponer Catón, a la sazón, del Senado, el órgano más potente, y reservados sus servicios a unas pocas familias,[101] para retar la política Escipiónica y conducir a Roma por fresnos senderos del ultraconservadurismo, sugestionado, entre otras cosas, por saberse con el aval de la oligarquía, recelosa de que se hiciera Escipión del poder personal abrazando finalmente la dictadura perpetua.[102] Es admisible presumir que, ante la inevitable colisión de estos grandes adalides enemistados por dos visiones constitutivamente antagónicas, dos modelos políticos tan dispares, sobre todo por las desacertadas valoraciones sobre las motivaciones y proyectos de Escipión, se cuestionaran las conciencias reveladas si habrían de lidiar desde el puro punto de vista jurídico y constitucional o si, por el contrario, acabarían enzarzados en odiosas desacreditaciones y maledicencias, rebajándose a viles intrigas y recurriendo a agobiantes procesos judiciales donde, en contadas situaciones, las dificultades, los enredos y los peligros exigen una fuerza de voluntad inmensurable, y acaban por impeler a corazones voluntariosos a reflexionar pormenorizadamente sobre las desventajas de perpetuar una imprudente, cruda y desgarradora disputa, estimulada, a su oprobio, por las míseras motivaciones de la soberbia, el orgullo y la vanidad.

100. Gibbon, *History of decline and fall of the Roman empire*, II, Londres, 1776, página 26.

101. Cf. las observaciones de Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 170, las cuales, ciertamente, se corresponden con la época.

102. Homo, *Les institutions politiques romaines: de la cité à l'ètat*, París, 1927, página 131 y siguiente.

XV

LA POLÍTICA ROMANA EN ORIENTE

Si algo caracterizó al 196 antes de Cristo, fue el duro arbitrio político, social y económico en el circuito de la ciudad: propuso el tribuno de la plebe Gayo Licinio Lúculo la *Lex Licinia de triumviris epulonibus creandis* para la institución del colegio de los epulones;[1] designados el propio Lúculo, Publio Manlio y Publio Porcio Leca, se les concedió por ley el derecho a vestir la toga pretexta en uniformidad con el pontificado, abriéndose indeseables brechas entre los departamentos. Estremecido el sosiego religioso, vino a suscitarse una acalorada confrontación entre los colegios de pontífices y augures con los cuestores urbanos:[2] acometida la restitución del empréstito del 210, escaso el dinero, reclamaron los cuestores a los pontífices y augures una contribución;[3] indignados ante el inadmisible atropello, apelaron al tribunado: desestimado el reclamo, desagrados hicieron efectiva la exacción. En consonancia con la embarazosa privación de capital, sometieron los ediles de la plebe al juicio del pueblo a muchos arrendadores del pasto público, y con el dinero de las multas se financió la construcción de una basílica en la isla Tiberina.

1. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 267.
2. Livio, XXXIII, 42, 2.
3. Gozaba el colegio sacerdotal de inmunidad sobre el pago del tributo de guerra, cuyo derecho se hallaba estrechamente relacionado con la correspondiente exención a participar en empresas militares: de ahí su premura por denunciar la perniciosa arbitrariedad. Sin embargo, aprovechando el desorden financiero que prosiguió a los primeros años de la guerra anibálica, solicitaron los cuestores una contribución, estimando que concernía la deuda a todos los estamentos. Hecha la mención, se ha extraviado un estimable número de juristas al despojarle tal derecho a los sacerdotes. —Pais, *Ricerche sulla storia e sul Diritto pubblico di Roma*, I, Roma, 1915, página 288 y siguiente.

Aun con los torbellinos entre los departamentos y la preocupante escasez de capital, la cual se preveía subsanar con los suculentos tesoros de Oriente, también se cosechaban grandes utilidades: por mor del excedente de trigo, destinó Sicilia un millón de modios a Gayo Flaminio por la afectuosa reminiscencia de la administración de su padre en el 227, distribuyéndose todo entre los barrios egenos a vilísimo coste; sobresalieron los *ludi Romani* por su suntuosidad, y, en los *ludi plebei*, disfrutó el bajo pueblo de un aparatoso banquete. Los festivales religiosos y la caridad de los democráticos -con toda la carga política de una facción venida a menos y reflotada en el último tiempo mediante el concurso de Flaminino en la Hélade- animaban a Roma. Común en relumbrantes espíritus el alborozo, prometiendo los dichosos sucesos en Grecia un cálido y azafranado amanecer, se posó sobre la ciudad un velo de acidulada obscuridad: estimando que las limitaciones sobre la expansión territorial, de la cual tanto recelaba Roma, únicamente afectaban a Filipo, osó reducir Antíoco a la vieja fórmula de dependencia a todas las *apoikíai* y *klêroukíai* de Europa oriental y Asia occidental. Prevalido del pánico infundido por su poderoso ejército, consiguió someter a una estimable cantidad; sin embargo, no soltarían Esmirna y Lámpsaco tan fácil su libertad: braveadas resistieron las enérgicas y robustas ofensivas y desaladas expidieron heraldos a Flaminino para ponerlo en sobre aviso de las contingencias.[4]

Desanimado por la ingrata conclusión de tan ambiciosa empresa, partió Antíoco con su flota al Helesponto y ordenó el desplazamiento de las fuerzas terrestres de Ábidos hacia el Quersoneso.[5] Reunido el ejército, se encaminó a Mádito para dar inicio al asedio. Conforme eran acercadas las imponentes máquinas a las murallas, anunciaron los residentes su rendición; los emularon Sesto y demás aldehuelas. Alabancioso, prosiguió su marcha el rey hacia Lisimaquia: hallada abandonada y derruida, con munificencia dictó la remodelación de los templos, los edificios públicos y los hogares; desembolsó una fortuna para la recuperación de los cautivos lisimaquenses,[6] expuestos a la severidad y sevicia de los tracios, y dio con tantos otros

4. Apiano, *Siria*, 2.
5. Livio, XXXIII, 38, 8.
6. Apiano, *Siria*, 1.

dispersos en el Helesponto y el Quersoneso; impulsó una contundente política agraria proporcionando a los colonos ganado vacuno y bovino, y aperos, todo cuanto precisaran, y, para acabar de consolidar su fidelidad, encabezó una vertiginosa expedición y desmanteló a los pueblecillos de Tracia más próximos.

Se ofrecía Lisimaquia como un centro de operaciones excepcional; y, mientras repasaba Antíoco su fatigoso itinerario, acudió una legación romana para dirimir sus conflictos con Epífanes. Durante la primera reunión, sostuvo el rey un trato cordial; pero cuando en las entrevistas subsiguientes se profundizó sobre sus últimos desplazamientos con todas sus fuerzas terrestres y marítimas, los cuales se asemejaban a los preliminares de una invasión de Europa, adoptó el asunto un disímil cariz. Exigió Lucio Cornelio Léntulo la restitución de las ciudades ocupadas en Asia, pertenecientes a Epífanes a la sazón, y que evacuara las usurpadas a Filipo; era este último punto el que, ciertamente, interesaba a Roma:[7] ¿no pudiera verse seriamente perjudicada su política en Oriente si se permitía operar a Antíoco a voluntad? Su travesía en Europa, en efecto, bien podría ser interpretada por los demás pueblos como una provocación. Redarguyó, Antíoco, pues: I°, que disentía sobre las controversias en torno a su presencia en Asia, siendo que jamás se había entrometido en los asuntos de Roma en Italia; 2°, que había cruzado a Europa para recobrar las ciudades del Quersoneso y de Tracia reducidas a dependencia por sus predecesores, los cuales implicados en otros menesteres, acabaron Ptolomeo IV Filopátor y Filipo por aprovecharse y se enseñoraron ilegítimamente de los territorios; 3°, que debían desprenderse de las cadenas los pueblos asiáticos por sus propios méritos y no por la liberalidad de Roma. Aunque, si se le reconocía una soberanía nominal, podrían conservar sus autonomías. Hasta le parecía ridículo tener que justificar sus pretensiones de promover la concordia y la armonía en la región cuando los efectos eran manifiestos: ¿con qué otra aspiración hubiera promovido la restauración de Lisimaquia, sino para hacerla capital de sus dominios, legándole una residencia de suma dignidad a su hijo Seleuco IV Filopátor?; 4°, que ya se habían emprendido las esponsales de Epífanes y su

7. Corrado, *Le relazioni politiche di Roma con l'Egitto dalle origini al 50 a. c.*, Roma, 1901, página 51.

hija Cleopatra I, y pronto estarían unidos por lazos de parentesco. Atónito ante los sagaces comentarios, mandó Léntulo por los lampsacemos y esmirneos. Concurrieron Parmenión y Pitodoro, en representación de Lámpsaco, y Cirano, por Esmirna;[8] mas tras su alocución los interrumpió el rey, exteriorizando su negativa de prestarse al sometimiento de un improvisado tribunal romano, determinando que, en lo sucesivo, únicamente oiría a veedores de Rodas -la cual, según parece, sentía disgusto por la intromisión de Roma en Grecia-,[9] en aras de diluir toda discordancia, disolviéndose la asamblea sin ningún resultado material. Según parece, deliberadamente se entorpecían las diligencias por mor de la circulación de un falso reporte que anunciaba la defunción del faraón, incitando a Antíoco a persistir en las hostilidades. Sin osar emprender Roma una nueva guerra con demasiada ligereza, se resolvió posponer las interacciones para otra coyuntura más propicia.

Entretanto, asumieron, el 13 de agosto,[10] Catón y Flaco. Desazonada Roma por los disturbios en la Hispania citerior, se aprobó una resolución para la distribución de las provincias entre los magistrados,[11] pudiendo disponer el responsable del gobierno en tierra hostil de dos legiones, quince mil aliados latinos, ochocientas monturas y veinte navíos. Pronto por probar a sus detractores que también podía cubrirse de grandes victorias, solicitó Catón a su colega -y valedor de sus ambiciosas empresas hacia el interior de la Curia- permitirle partir a la Citerior:[12] convenida la petición, operaría Flaco en Italia con un par de legiones para la salvaguardia de la Galia. Tras el privado y conveniente concierto, se sortearon las provincias de los pretores: recibió Gayo Fabricio Luscino la jurisdicción urbana, Gayo Antonio Labeón la peregrina, Gneo Manlio Volsón a Sicilia y Apio Claudio Nerón la Hispania ulterior; marcharía Publio Porcio Leca a Pisa para la contención

8. Polibio, XVIII, Fr., 52, 2.

9. Kromayer, *Antike schlachtfelder*, II, Berlín, 1907, página 8.

10. Aun cuando especifica el calendario romano su asunción el 15 de marzo del 195 antes de Cristo, ha enmendado la fecha Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 410, retrasándola por casi siete meses.

11. Livio, XXXIII, 43, 2.

12. Livio, XXXIII, 43, 5; Plutarco, *Catón el censor*, 10.

de los lígures, proseguiría Tiberio Sempronio Longo en Cerdeña; y, en fin, se prorrogó el período de mando de Flaminino por un año.

Mientras se alistaba Catón, descubrió una correspondencia de Quinto Minucio Termo el desbaratamiento del ejército enemigo, merced a una meritoria ofensiva en las inmediaciones de Turba. Se asimiló, pues, que la guerra en Hispania podía aguardar, y se orientó una estrecha vigilancia en las diligencias de Oriente: según el servicio de inteligencia, se había intensificado el intercambio de correspondencias entre Antíoco y Aníbal en los últimos meses. Incómodo el partido filorromano por mor de la disminución de sus peculios por disposición de Aníbal para la verificación del tributo a Roma, imputaba fementidos cargos al otrora general, como, por ejemplo, subvertir al vulgo, y recuestaba el arbitraje de Roma; en puridad, no hacía Aníbal más que denunciar la venalidad de mandatarios que habían incrementado su patrimonio por medio de los fondos públicos, y en concomitancia se ocupaba eficazmente de la reorganización de las finanzas y de la administración estatal,[13] según expandía prometedoras relaciones comerciales y políticas en las costas del Mediterráneo.[14] Mas era su amistad con Antíoco peligrosa: se maduró, congruentemente, que se comenzaba a acondicionar el terreno para una nueva guerra, y se remitió una legación pese a las recriminaciones de Escipión,[15] el cual reparaba en el bochorno que representaba el hacer prestaciones a un sector harto corrompido entre dignísimos mandatarios; un cáncer enquistado desde antiguo en las entrañas de Cartago: otro de los tantos males de un pueblo idólatra del poder y el dinero, tanto capaz de recurrir a la antropofagia[16] cuanto de inmolar a su propia prole en abominables rituales demoníacos.[17] A su desventura, con Catón en la ciudad modulando la operación,[18] carecía de la autoridad y las influencias para hacer rever el dictamen senatorial. Así pues, se apersonó la legación en

13. De Ségur, *Abrégé de l'histoire universelle, ancienne et moderne*, IX, París, 1823, página 184.

14. Lecomte, *Studes d'histoire militaire: antiquité et moyen - âge,* París, 1869, página 110.

15. Valerio Máximo, IV, 1, 6.

16. Porfirio, *De abstinentia ab esum animalum*, II, 11, 2.

17. San Agustín, *De civitate dei*, VII, 26.

18. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 114.

Cartago so capa de resolver las desavenencias con Masinisa; mas anticipando que se urdía su asesinato,[19] dimitió Aníbal de su patria y se hizo a la vela rumbo a Kerkennah. Divulgada la novedad de su desaparición, tuvieron plena constancia los legados de que se hallaba detrás de las operaciones de Antíoco. Excedidos ante la primicia, se empeñaron los sufetes en reprobar su velado e improcedente proceder: amigos y aliados de Roma, se someterían a su estricta voluntad; y, para definir su fidelidad, procedieron con la confiscación de los bienes de Aníbal y demolieron su domicilio, estimándoselo, a la sazón, un proscrito más.[20]

Previo a partir a Hispania, conforme ultimaba sus preparativos e impulsaba la *Lex Porcia de sumptu provinciali* para las limitaciones del derecho a requisa de los magistrados provinciales,[21] vio sacudida Catón su política de una Roma puramente latina y sobria cuando los tribunos de la plebe, Marco Fundanio y Lucio Valerio, elementos del arco político de los Claudios, ya de propia iniciativa, ya abrumados por la coacción femínea, propusieron la abolición de la ley Oppia. Se contraponían al proyecto los tribunos Marco y Publio Junio Bruto, y confeccionaba Catón un espléndido discurso para recapacitación sobre tan polémica medida.[22] Pero lo cierto es que, aun cuando pugnara por ahuyentar las obscenidades y voluptuosidades de las casas nobles, no cooperaban los éxitos militares. Llenaba las arcas la república mediante la expoliación y los impuestos de las provincias; acaparaban los potentados las tierras de la Italia meridional y el valle del Po, y se arrendaban las tierras de Sicilia para que apacentaran los esclavos a los numero-

19. Justino, XXXI, 2, 2.

20. Nepote, *Aníbal*, 7, 7.

21. Con inobjetable criterio sitúa Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 269, la promulgación de la ley en este año; y, posterior a la disquisición de la línea temporal desde su estadía en Roma hasta su marcha a Hispania, presumo que debió de someter Catón su proyecto de ley previa propuesta de Fundanio y Valerio para la supresión de la ley Oppia: alude la documentación preservada a una enérgica labor para obstruir su proclamación.

22. Sobre la supuesta invención del discurso atribuida a Livio, XXXIV, 2 - 8, desde ciertos sectores académicos, véase el elocuente estudio de Pais, *L'Orazione di Catone a favore della lex* Oppia, en *Atti della Reale Accademia di Archeologia, lettere e Belle Arti,* I, 1, Nápoles, 1910, páginas 121 - 127.

sos rebaños de bueyes, de cerdos, de cabras, de ovejas. Producía el gran pastoreo estupendos rendimientos por mor de los fuertes gastos militares: en abundancia consumían los ejércitos cuero para las tiendas, pelo de cabra para las máquinas[23] y carne de cerdo en conserva.[24] Tras la plétora de circulación de capital, hubo la usura de dispararse,[25] especialmente en el sector naviero. Aumentaban las sociedades de prestamistas a pasos gigantes, acabando la creciente prosperidad por socavar los sentimientos del deber y la responsabilidad: pronto comenzaron a emular las clases medias a las clases altas, y esforzadas se costeaban una vida ruinosa, financiada en parte por la multiplicidad de sociedades lucrativas. En tan preocupante y peligroso escenario, valorándose apartadas de toda participación de los placeres, el dispendio y el lujo, les fue harto dificultoso a los maridos contener la lagotería de sus cónyuges, excitadas con la causa de Fundanio y Valerio.[26] La satisfacción de los apetitos materiales concede poco espacio a la virtud. Y, en esta degeneración, las mujeres opulentas, despojadas de la posibilidad de presumir ropajes suntuosos, cubrirse de joyas,[27] estrenar peinados exóticos y lucir los dulces perfumes y aromas orientales, se predisponían a sacrificar su integridad por sobre el tocador.[28] Las genuinas matronas, impolutas y pulcras, morigeradas y obsecuentes,[29] de grácil rusticidad,[30] protectoras del culto doméstico, del pudor y del preciosísimo acento de los primeros tiempos,[31] repudiaban la oleada que abría las perversiones y difundía la corruptibilidad del cuerpo y la mente, y rehuían de la hedionda iniciativa; pero eran estas las menos. Hábil se organizó una caterva y se apostó en los ángulos e intersecciones de los accesos del foro reclamando la derogación de la ley, forzando a someter a debate la propuesta. Urgido por encauzar a una

23. Cf. Varrón, *De re rustica*, II, 2, 2 - 6.

24. Polibio, II, 15, 3.

25. Plauto, *Curculio*, 506 y siguientes.

26. Valerio Máximo, IX, 1, 3.

27. Plauto, *Epidicus*, 223.

28. Bader, *La femme romaine*, París, 1877, página 283.

29. Véase en Valerio Máximo, II, 1, 5, las sanas costumbres de remiradas matronas.

30. Ovidio, *Ars Amatoria*, III, 128 - 129.

31. Quartana, *L' ideale muliebre latino prima dell'impero*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1918, página 41.

generación extraviada en la corrupción de las almas pronunció Catón un apasionado discurso, atizando a la nobleza por su suavidad,[32] y con profunda preocupación desaprobó los perniciosos conciliábulos que únicamente servían para perturbar el sosiego. Extasiadas por la hartura de la república, y sugestionadas por un sórdido espíritu de soberbia, vanidad y egoísmo, inverecundas se amotinaron adamadas y superficiales existencias en las afueras de la casa de los Brutos. Sobrecogidos por el clamor popular, desistieron los tribunos de la intercesión del veto: sancionada la *Lex Valeria Fundania de lege Oppia sumptuaria abroganda* por unanimidad de las tribus,[33] agriado zarpó Catón a su provincia.[34]

A fines del verano o principios del otoño[35] atendió Flaminino el llamamiento de las armas. Hacía tiempo que osaba Nabis enseñorearse de Grecia, concibiendo una política expansionista y de reformas sociales. Recelando de que definitivamente diera curso a la amenazadora iniciativa, se determinó el Senado a intervenir. Convocó Flaminino a los aliados en Corinto y solicitó su cooperación para arrebatarle Argos a Nabis. Bragada escoltaría Atenas a Roma adonde la condujera: ¡velaba el emergente imperio por el bien común![36] Mas fatigante para los etolios la aguda estancia de las guarniciones romanas, las cuales impúdicas consumían su ganado, su grano y hasta sus vinos,[37] advirtieron en la empresa una socapa para retener al ejér-

32. Livio, XXXIV, 2, 1 - 2.

33. La posición adoptada por Escipión durante el episodio es incierta: pues carecemos de registros sobre su participación, directa como indirecta. Sin embargo, acodándome en la documentación brindada por Polibio, XXXI, Fr., 26, 3 - 5, sobre los suntuosos hábitos de su esposa, infiero que debió secundar la promoción de la ley, bien para concitarse el favor popular, bien para menoscabar la política de Catón. —Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 198.

34. Livio, XXXIV, 8, 4; Orosio, IV, 20, 14.

35. Insinúa Holleaux, *Recherches sur l'histoire des négociations d'antiochos III avec les romains*, en *Revue des études anciennes*, XV, 1913, Burdeos, página 9, que tuvo sitio la entrevista entre Flaminino y los legados de Antíoco durante la primavera del 195; esto es: poco después de las asunciones de Catón y Flaco. Según la cronología propuesta por Beloch, debió acaecer en octubre del 196, situando el inicio de las operaciones en las semanas previas.

36. Véase el pasaje de Plutarco, *Flaminino*, 12, 9 - 10.

37. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 38.

cito en Grecia y demandaron el retiro de las legiones: tenaces argüían que ya se ocuparían de remediar todo el asunto, ansiosos por darse a la acción. Venturosamente, con pertinencia objetaron aqueos la disruptiva disposición, según confortaban a Flaminino a ondear pendones para la recuperación de Argos, botín en disputa entre Nabis y los etolios. Por ende, se verificó un sufragio para pronunciación de la campaña; obtenido el respaldo necesario, se requirieron tropas auxiliares y se confió a un legado la embarazosa labor de explorar la disposición etolia. Conforme trasladaban los tribunos militares al ejército a Elatea, de improviso, arribó una legación representativa de Antíoco, procurando integrarse a la causa; mas hubo Flaminino de remitirlos a Roma, escudándose en que carecía de la autoridad para concertar la coalición -veraz cosa-, abochornando a los legados, sin reparar en las sutilezas del derecho público romano: pues mal que no dispusiera de plenas facultades para rubricar una coalición perpetua entre Roma y Siria, sí pudo, a lo menos, admitir auxiliares como hizo con Rodas.[38] ¿Se atuvo su negativa, acaso, a las tensas relaciones existentes entre Roma y el soberano tras la disolución de la entrevista en Lisimaquia, además de su nociva amistad con Aníbal, ya a su lado para este punto? Ciertamente que algo de eso hubo, pero tampoco podemos desatender el hecho de que pudo su controvertible arbitraje haber sembrado nuevos conflictos con Siria; y, para ser francos, apetecía Flaminino de conservar la armonía en Asia: pues en caso de desatarse la guerra, bien se podría haber remitido a otro general. ¿Por qué desdeñar, pues, la asistencia seléucida, enturbiando por de más las relaciones con Siria? Estimo, en efecto, que internamente se reputara con las fuerzas y los avales suficientes para hacer frente a una nueva empresa; y, abastecido por su facción -cada vez más numerosa por sus sucesivos éxitos-, y amparado en su prestigio como político, militar y diplomático, conjeturara que habría de circunscribirle el Senado la hipotética conflagración con Siria, cediéndole la oportunidad de proseguir encumbrando su nombradía.

Tensas las relaciones con el seléucida, marchó Flaminino en dirección de Argos. En las inmediaciones de Cleonas se le unió Aristeno con diez mil infantes y mil monturas: pronto se implantó campamento a seis kilómetros

38. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 125.

de la ciudad.[39] En extremo agitados los espíritus, se reforzaron las murallas y se alzaron torres de monitoreo. Concomitantemente, presta intrigó la mocedad argiva para expulsar al regimiento espartano; pero contenidos y pasados por el cuchillo los principales cabecillas, coléricos tras las numerosas ejecuciones, urdían los más intrépidos tumultos y pendencias. Entretenidos los vigías en tales menesteres, en medio de la confusión, se escalaban los muros, descuidados a la sazón. Noticioso sobre los desórdenes y disturbios en la plaza, dispuso Flaminino de un cuerpo expedicionario para sopesar el ánimo enemigo, y se acabó por operar una pequeña escaramuza en las inmediaciones de Cilarabi. Vencedores, desplegaron los soldados sus equipos y emplazaron el campamento a escasos metros de la ciudad. Pero aun cuando presionaran sus consejeros para dar inicio al asedio, hubo Flaminino de desistir. Fue la inopinada resolución la más acertada: precisaba evidenciar Roma que el fundamento de la guerra no era otro que el de combatir la tiranía de Nabis; y, como juzgaba un sinrazón poner en riesgo a la ciudadanía, reculó en su prepotente proceder y se limitó a forrajear en los campos circunvecinos. Segado y acarreado todo el trigo disponible, se procedió con la devastación del territorio para obstar el aprovisionamiento enemigo. Luego se marchó a Carias y se aguardó por las tropas complementarias y el servicio de intendencia. Creció el ejército apreciablemente, alimentado por baterías macedonias y campesinos voluntarios; gracias a las velas aportadas por Lucio, Rodas y Pérgamo, se alcanzaron a contabilizar cien efectivos navales.

Nervioso por la tormenta que se avecinaba en Esparta, conglomeró Nabis sus fuerzas, abasteció a las huestes, fiscalizó las calles, vedó las reuniones vespertinas, se imaginó conspiraciones en todos lados y sentenció a un amplio número sospechado de traición. Dilapidando el tiempo entre improcedentes procesos y ejecuciones, rebasó Flaminino el Eurotas, implicó a una legión el trazado del campamento y prosiguió su marcha. Sin embargo, debió desandar camino, atraído por los ampulosos ademanes de la retaguardia: se la había sorprendido cuando se montaban las tiendas. Se deploró hondamente el procónsul, a la sazón, por los peligros a los que expuso a su ejército, recriminándose por haber emprendido la empresa a la ligera. Re-

39. Livio, XXXIV, 25, 5.

cobrados los hombres del susto, conjeturo, se expidieron durante la velada guías y exploradores a efectos de vedar nuevos sobresaltos: suscribían los informes la pertinencia de practicar el curso del río hacia el sur. Emprendida la marcha, desde la fortificada Esparta, con difidencia supervisaba Nabis el improvisado paseo militar; y, a mi juicio, acorralado por las impresiones, los murmullos y los inicuos dicterios de sus detractores por su meditabunda pasividad, en una determinación harto discutible, reveladas de espaldas las legiones, ensayó una temeraria ofensiva para inane condena de los suyos.

Incentivado por el remate de la contienda, se propuso Flaminino cortar las comunicaciones, los recursos y los suministros del rey, e hizo el vacío en torno a Esparta. Se interceptaban los convoyes, se expropiaban los caseríos, las huertas y las granjas de las campiñas; era el cuadro confortador: había domeñado su hermano a una estimable porción de las poblaciones costeras; y, secundado por las escuadras de Pérgamo y de Rodas, acondicionaba el asalto de Gitión, almacén de una gran cantidad de pertrechos navales y todo tipo de maquinaria bélica: encaminado Flaminino donde su hermano, concretaron en conjunto la faena.

Incomunicado por tierra y vedado por la mar, en declive y rebasado en todos los frentes, imploró Nabis por una audiencia: en aras de salvaguardar a Esparta, centro esencial para la vigilancia de Grecia, concedió Flaminino un armisticio de seis meses, período en el que debería ratificar el Senado la avenencia de paz. Según lo estipulado, se despojaría a Nabis de Argos y Creta, la posibilidad de conformar coaliciones y marchar a la guerra; cedería cinco rehenes, entre los cuales su hijo Ármenes, y pagaría cien talentos de plata al contado y cuatrocientos en el espacio de un octenio. Pero lo que de veras le desagradaba era el tener que resignar los poblados costeros, manantiales de nuevos refuerzos del ejército;[40] de modo que convocó una asamblea de urgencia para exponer las condiciones e inventarse otras, perniciosas y odiosas, procurando encender los espíritus: entusiasta demandó la muchedumbre arremeter; obsesionado con las dulcificantes mieles de la quimera, asió nuevamente Nabis la espada y se abalanzaron las huestes sobre las legiones. Percibió Flaminino, a la sazón, la perentoriedad de amedrentar a los espartanos y envió por las fuerzas de Gitión: en torno a los

40. Thirlwall, *History of Greece*, VIII, Londres, 1844 página 327.

cincuenta mil efectivos, divididos en tres batallones, circuyeron a Esparta e hilvanaron una despiadada matanza. Estremecido por la potencia de los colmillos de Luperca, pegó fuego el rey en los edificios para camuflar su huida, sin lograr consumar desesperado imperativo. Así, capituló al cabo de pocos días, accediendo a las condiciones preexistentes. Por mor de tan esplendente triunfo, fueron Flaminino y el ejército loados durante la celebración de los juegos Nemeos.

Con la victoria, perpetuaba Flaminino su nombre en suelo heleno y podía proseguir Roma acentuando su política en Oriente. En consecuencia, se decretó la libertad de los argivos; se repatrió a la ciudadanía espartana arreada contra su voluntad a la guerra y a centenares de exiliados; y se recobraron los cautivos romanos de la guerra anibálica. Contemplaba el Senado harto ventajosa su situación: para observancia de la Hélade, se negó la restitución de Agesípolis en el solio de Etolia por mor de su repugnancia a la presencia itálica en Grecia y se lo preservó en su posición a Nabis; un fallo necesario, pero desprolijo y perjudicial para reparación del resto de las *póleis*.

Disímil valoración se concebía sobre el proceder del procónsul: admirado por su genio y por su experticia, por su clemencia y por su *pietas*,[41] por su corrección, sus modos y sus formas, en fin, por conducirse entre los griegos como otro de los suyos, coleccionaba solemnísimas muestras de gratitud.[42] En poco más de un trieno había logrado sojuzgar a Filipo y a Nabis; y, arropado de una diestra diplomacia, a su cordura desatendió la intransigencia y la cólera del acalorado cortejo que osaba sus cabezas. Por asistir con mansedumbre a los representantes de una política grecolatina, asimilaba las costumbres, acogía solícito a las legaciones, dirimía los conflictos, intervenía en los desencuentros y resolvía las desavenencias; era tanta la estima que se le afectaba, que fue oportuno a las *póleis* el dar inicio a la acuñación de estáteros con su efigie, análogos a los de Alejandro, des-

41. Plutarco, *Flaminino*, 12, 11 - 12.

42. Friedlaender, *D.S.G.R.*, III, Leipzig, 1920, página 150.

puntando su barba, modelada sutilmente a la helena:[43] de veras había conquistado los corazones de la Hélade,[44] que entusiasta le rendía pleitesía cual semidiós.

Distante de la euforia y jolgorio regente en Grecia, robusteció Catón los cuarteles de invierno de Ampurias, operó investigaciones sobre la logística, la estrategia, la táctica y las bases de los aborígenes, y destinó varias jornadas al adiestramiento de los bisoños.[45] Su agilidad y dinamismo captaron la atención del régulo ilergete Bilistage, que pronto solicitó asistencia, supuesto que eran sus villas sitiadas con asiduidad; se le suscitaba a Catón un delicado dilema: si destinaba una legión para custodia de los dominios del régulo, debilitaría a su ejército, pero si abandonaba a su suerte a los aliados, arriesgaría el apoyo de los municipios incondicionales a Roma. Así pues, posterior a una minuciosa disquisición de los eventuales escenarios, resolvió conservar al ejército en unidad; y, para sosiego de Bilistage, le dio a comunicar sobre la embarcación de un escuadrón circunscripto para su salvaguardia: se propagó la espuria de la inminente afluencia romana entre los aborígenes a la presteza del rayo.

Satisfecho por apaciguar al régulo, y esparcir entre los enemigos el fuerte rumor de su recalada, ejecutó Catón un ingenioso programa para devastar las tierras rayanas a Ampurias en un radio de cinco kilómetros; sirvieron las repetidas incursiones para ejercitar a la soldadesca, capturar un ingente botín y hacer circular el pánico entre las tribus de la región. Abultada la autoestima de las legiones, acabó el cónsul por forjar batallas de sumo relieve; pero de no ser por la suficiencia de los celtíberos hubiera fracasado miserablemente: reforzado a tiempo merced a la prestación mercenaria,[46] acezado por fascinar a toda Roma, progresó con brillantez, perforando las fortalezas, prendiendo a los moradores y racimando los tesoros. Pacificada la provincia, estableció un elevado impuesto sobre las minas de hierro y

43. Holleaux, *Rome and Macedon: the romans against Phillip*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 192 y siguiente; Seltman, *Volume of plates III*, en *C.A.H*, Cambridge, 1930, página 10 (*b*).

44. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 22.

45. Apiano, *Iberia*, 40.

46. Plutarco, *Catón el censor*, 10, 2.

plata,[47] en aras de recaudar gruesas sumas mediante el concurso de sociedades de publicanos y adinerados particulares, y se recreó en la prodigalidad.[48] De forma inesperada, e impropia de un hombre de su talante, se apartaba de asiduos y ecuánimes derroteros; y, obnubilado por su particular rivalidad con Escipión, cedía vergonzosas licencias a un ejército afanado en el tráfico y en la renta de prisioneros para hipoteca de su reputada integridad: homologaba Catón pariguales vicios que reprobaba en Escipión.[49] ¿Había tropezado en la tentación de corromper a la soldadesca para fines políticos, reparando en la conveniencia de dar curso a la conformación de un cuerpo que pudiera serle de sumo interés para el porvenir, y procurara, concretamente, cimentar su propio aparato demagógico? Sea como fuere, dio cuenta una correspondencia de sus éxitos -una llana política de represión y explotación, en puridad-[50] y se celebró en la ciudad un triduo de gracias por las dichosas resoluciones en Hispania y en Oriente; pues por las mismas fechas se tuvo constancia del desenlace de la guerra contra Nabis.

Aunque jovial y victorioso, su estadía fuera de Roma había de costarle considerablemente a Catón. Sus esfuerzos por rivalizar en la esfera militar contra Escipión y Flaminino dejaron preterida a su agrupación, y obtuvieron los Escipiones un triunfo aplastante en los comicios para el consulado del 194 antes de Cristo: fueron electos Escipión y Tiberio Sempronio Longo. Poco hubo de durarle la alegría de vencer el año precedente. Examinando los sucesos, hubiera sido preferible a sus aspiraciones el contentarse con la administración de Italia, ciñéndose a una campaña de menor envergadura; pero velando de una aguda vigilancia sobre los movimientos de Escipión, impaciente por retomar las riendas de la república. Pues, a su sutileza, impulsaron los Escipiones la promulgación de la *Leges porciae de provocatione o de tergo civium* promovida por Publio Porcio Leca,[51] la cual ampliaba la *provocatio ad populum* fuera del *pomerium*, rentabilizando la propia ley de Catón al ceder a los especuladores de las provincias el poder

47. Livio, XXXIV, 21, 7.
48. Plutarco, *Catón el censor*, 10, 4.
49. Napoleón III, *Histoire de Jules César,* I, París, 1865, página 190.
50. Lidell, *A history of Rome,* Londres, 1865, página 352.
51. Rotondi, *Leges publicae populi Romani,* Hildesheim, 1962, página 268.

verificar sus faenas exentos de punición de los gobernadores,[52] concitándose oportunamente su favor.

Incorporados en funciones los cónsules el 3 de agosto del 195 antes de Cristo,[53] subyugada Hispania, osó asignar el Senado a los magistrados la administración de Italia: ¡vivamente se opuso Escipión![54] Empecinado, se empeñó en declarar a Macedonia provincia consular, distinguiendo con sabia prudencia una potencial invasión de Antíoco, campeón designado por Etolia y Aníbal para capitanear un nuevo alzamiento contra la supremacía de Roma: se había convencido Escipión de la provechosa ocasión de usufructuar la nueva posición política y militar, y resuelto secundaría la moción de impulsar nuevos proyectos bélicos, conviniendo en la importancia de la república el cumular riquezas de forma expedita;[55] pero sin homologar un programa de conquistas.[56] Naturalmente, ¿por qué no iba a tratar de explotar Roma la fortuna que se manifestaba tan propicia? Las circunstancias, los

52. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 198.

53. Beloch, *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.*, XV, Leipzig, 1918, página 410.

54. Homo, *Flamininus et la politiqué romaine en Grèce*, en *Revue Historique*, mayo - agosto 1916, página 11.

55. Holleaux, *Rome and Antiochus*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 237.

56. Colijo que se han apresurado muchos académicos en su examen sobre Escipión, y a suma liviandad le han asumido la confección de un escandaloso programa de conquistas, cuando, de hecho, delatan sus acciones todo lo contrario: pues es bastante manifiesto que procuraba desarraigar de las casas grandes las ambiciones de conquista sucesivas a la primera guerra púnica. ¡Ya bastante tenía Roma con la administración de Italia, Cerdeña, Córcega, las Galias e Hispania como para andar involucrándose en la conquista de nuevos territorios, comprometiéndose a la siempre carísima remisión de tropas para su salvaguardia! En consecuencia, a su común prudencia y previsión, estimó ventajoso la recuperación del erario público mediante la venta del *ager publicus* y la particular promoción de guerras breves, venciendo a opulentos pueblos e intimidando a grandes reyes, entusiastas pero vacilantes. No obstante, y presumo que de aquí la confusión de su doctrina, veremos que, en el seno del Senado, no pocos operarían con descaro para saciar sus particulares ambiciones de dominio, poder y gloria, estrechando fuertes lazos con los inversores y financieros de Oriente, abusando en extremo de la autoridad magisterial durante los gobiernos en las provincias, enterrando la inveterada política de la prístina Roma aristocrática y rural en provecho del estamento publicano, apetente de nuevas tierras.

yerros y faltas de los enemigos, el coraje y corazón de los soldados,[57] y el acaso, amistoso aliado en varias ocasiones, conspiraron para hacer de Roma una de las mayores potencias de la cuenca mediterránea, si no la más grande de todas;[58] y, a su sabiduría, convenía Escipión el enhebrar una consistente política de guerras breves y de iterativas intervenciones destinadas a debilitar a potenciales enemigos en su provecho.[59]

57. Cf. en Livio, XLII, 34, el digno retrato sobre la bravura y el pundonor de Espurio Ligustino, soldado raso en la campaña contra Filipo, y promovido a centurión bajo el mando de Catón en Hispania.

58. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 177.

59. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 188; Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 33; Hertzberg, *Die geschichte Griechenlands unter der herrschaft der Romer*, I, Halle, 1866, página 93; Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 187.

XVI

EL TRIUNFO DE FLAMININO

Asumido el consulado, reanudó Escipión su ambiciosa empresa de presidir la clase directora de Roma, y, para su impostergable efectuación, se sustentó en su cámara. Electo censor, Sexto Elio Peto, flamante autor de los *Commentaria tripartita* o *tripertita*,[1] un bellísimo estudio sobre las disposiciones de las XII tablas; y las *ius Aelianum*,[2] obra consagrada enteramente a las acciones legales, convino con su colega, Gayo Cornelio Cetego, designar *princeps senatus* a *el Africano*,[3] y diligentes concretaron sus directrices:[4] bien necesario la repoblación de Italia, y de sumo agradado entre las clases medias, harto favorecidas en la distribución de los campos, se dio prosecución a su política agraria:[5] por mor de la *Lex Baebia de coloniis deducendis*,[6] se enviaron trescientos colonos a Pozzuoli, Literno,[7] Siponto, Tempsa, Piacenza, Crotona y Volturno, este último con un expreso propósito comercial, político y militar, para asegurar el dominio de las principales

1. Sitúa Cocchia, *Il tribunato della plebe e la sua autorità giudizaria*, Nápoles, 1917, página 256, su composición en este año.

2. No deben cogerse sendos estudios como parte de un solo cuerpo, tal como arriesgan algunas fuentes. —Véase Kooiman, *Fragmenta Juris Antiquissimi*, Utrecht, 1893, página 20 y siguientes.

3. Livio, XXXIV, 44, 4.

4. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 203.

5. Ídem, 195.

6. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 270.

7. Sobre su condición de colonia hacia la época, cf. Pais, *Storia della colonizzazione di Roma antica*, I, Roma, 1923, página 234 y siguiente.

rutas y vías de salida de la Campania;[8] y se fundaron ciudades en Salerno y Busento. Se gustaba de recuperar Escipión su influjo sobre el Senado: su espíritu de innovación y su inexhausta inventiva le incitaban a dar amplitud a todo su genio y hacer las cosas en grande.[9] Para verlo plasmado, convendría extender su sana política exenta de anexiones territoriales, pero sin ceder la banda constrictora en Europa y en Oriente. Por tal motivo, durante las sesiones coloreaba de idealismo su cámara esta política: para los más crédulos, no guerreaba Roma para sí misma, sino por la libertad de los pueblos oprimidos:[10] tras bastidores, con lucidez propendía Escipión al perfeccionamiento de una ingeniosa política de intervenciones militares y de intrigas diplomáticas en Oriente para soliviantar a unos otros contra otros, contribuyendo a la restauración económica y financiera de la república; más importante aún: a la consolidación de la presencia militar en el continente para la custodia del Egeo y el Asia menor.[11] Era su propósito potencialmente agible: se hallaban fascinados los pueblos orientales con el poder de Roma, y se gloriaba Esmirna de ser la primera en erigir un templo en honor de la *urbs*;[12] mas su solicitud de enviar un cónsul a Macedonia fue rechazada, correspondiendo Italia a sendos magistrados, y se dictó el retorno de Flaminino y del ejército para su debido licenciamiento. Así, debió persistir en suelo italiano, irritado ante la negativa del Senado. Pues ya había homologado Antíoco sus intenciones de pasar a Europa: aconsejado por Aníbal, cuestión de tiempo sería la confección de una nueva ofensiva. Preveía Escipión la necesidad de anticiparse a toda maniobra militar en Europa; pero no así el Senado, satisfecho y calmo con la resolución de los conflictos contra Filipo y Nabis, y más interesado en el remate de las demandantes grescas en la Cisalpina.

En este embarazoso cuadro, presumo, especuló Escipión con seducir a Flaminino para incorporarlo a su agrupación: bienquisto en Roma por sus

8. Levi, *Una pagina di storia agraria romana*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.*, Florencia, 1922, página 242.

9. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 35.

10. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 324.

11. Brizzi, *I sistemi informativi dei Romani*, Wiesbaden, 1982, página 194

12. Tácito, *Annales*, IV, 56.

dotes como militar y por su conmovedora protección de la cultura helénica, debía hallar la manera de integrarlo a su política, aun cuando fuera el rostro de la sección liberal Fabiana; denegada la administración de Macedonia por la intransigencia de la oposición, tornado Flaminino del frente, era preferible tenerle como un voluntarioso aliado que como un impredecible rival. Así las cosas, conforme aunaba Longo sus esfuerzos y recursos en comprometidas expediciones para destruir la aventurada coalición de ínsubres, boyos y lígures en la provincia,[13] y se regocijaba Catón de su exitosa campaña en Hispania,[14] bregaría por adosar a su grupo con el de Flaminino. Pero existía una inconveniencia: desconfiaba Escipión de que pudieran regularse los asuntos de Oriente de manera consistente con los intereses de Roma sin someter sus territorios política y militarmente: tal era la conjetura de Flaminino.[15] Conceptuaba harto lucrativo Escipión debilitar a potenciales enemigos por medio de la guerra, cobrar substanciosas indemnizaciones y recaudar fondos para la reparación del erario público; pero en modo alguno sería productivo a Roma el involucrarse en la configuración de nuevas provincias tras la división de Hispania, lo cual suponía la remisión y sustento de costosos ejércitos: concordaba la cámara de los Claudios con tan sensata valoración.

Entretanto, reorganizó Flaminino a Tesalia, memoró a los griegos los beneficios adjudicados por su potestad, les encomendó la custodia de las relaciones cultivadas para utilidad de sendos pueblos y, confortado por cómo concluyeron todos sus designios, cargó en las naves un ingente botín y desplegó velas con curso a Bríndisi: le aguardaba ansioso el Senado, impaciente de poder contabilizar los frutos de la guerra y así justificar las extensas campañas en Oriente. Hubo Flaminino de corresponder las elevadas expectativas en la ceremonia triunfal con una lujosa exposición de las numerosas estatuas de los modelos clásicos de sobrada elegancia esculpidos en bronce y en mármol,[16] con decorativas colecciones de vajillas de plata,[17]

13. Orosio, IV, 20, 15.

14. Livio, XXXIV, 46, 2.

15. Giannelli, *Trattato di storia romana: l'Italia antica e la Repubblica Romana*, Bolonia, 1976, página 279.

16. Livio, XXXIV, 52, 4.

con la sublime labor artística del mobiliario, con las coronas donadas por los reyezuelos aliados,[18] con una interminable columna de carros atiborrados de metales y piedras preciosas. Tres días duró la procesión para complacencia de una multitud que se amenizaba con el desfile de prisioneros y rehenes liderado por Demetrio y Ármenes,[19] y con la decorosa marcha de los soldados romanos redimidos de las cadenas; rematado el ampuloso cortejo, se ingresaron en las arcas de la república poco más de 3 700 libras de oro y 3 200 de plata.[20]

Previo a su partida, mal que afanado y concentrado Flaminino en la planificación y ejecución de todos los preliminares, pocos hubieran podido prever que tan novel y tremolante espíritu ensimismado en vencer, al cual, a sumo perjuicio, se le procuraba vedar la posibilidad de elevar su candidatura al consulado, sugestionado por la inquebrantable ilusión de campear en la tierra de los héroes antiguos, tornaría laureado y con las fuerzas necesarias para disputar por la dirección de la república. Mas muchos debieron rendirse ante la abrumadora evidencia: incluso un desorientado Escipión, que, a mi criterio, en esta particular y capital coyuntura para el porvenir de su política, debió de tantear absorberle, explorando con seria escrupulosidad sus opciones. Y estimo, aun, que toda incertidumbre sobre la concreción de tan intrépido plan hubo de inquietarlo: pues inmediatamente a Zama debió lidiar con los Claudios por la conducción senatorial; y aun cuando en las últimas elecciones había tornado a sonreír, aglutinando su cámara las altas magistraturas, retornado Flaminino a Roma, ya no tendría que preocuparse únicamente por la intransigencia de Catón, sino que también por el comportamiento de un perceptivo Flaminino, de atractiva política para los intereses de obscuros hacendados. En efecto, como en sus inicios lo desconocían las personalidades calificadas, y únicamente se abogaba en su favor por entrañable aprecio a su *gens*, se enredó con la filatería de peligrosos politicastros, ganosos por encumbrarse en el escalafón político y militar para prove-

17. Ricci, *Manuale di Storia dell'Arte*, I, Bérgamo, 1927, página 438.

18. Apiano, *Macedonia*, 9, 4.

19. Eutropio, IV, 2, 2; Livio, XXXIV, 52, 9; Orosio, IV, 20, 2 - 3.

20. Livio, XXXIV, 52, 7; Plutarco, *Flaminino*, 14, 2.

cho y beneficio propios, y acostumbró a rodearse de advenedizos:[21] encaramado por sus servicios en la Hélade, con fervor vislumbraba malsano tropel de aduladores y adláteres que pudieran arrojar las sociedades espléndidos réditos, obteniendo a su alcance el acceso a las magistraturas reservadas para hombres esclarecidos y honrados, con la despreciable pretensión de incrementar en el cuerpo electoral la influencia de la baja plebe urbana, encarnando una política demagógica para patrocinio de mozos emprendedores que cumulaban capital mediante las inversiones, las finanzas y la usura en detrimento de las clases medias.

Después de diseccionar el plano político y los vericuetos de las relaciones entre agrupaciones senatoriales, tan asiduos hacia la época, he arribado a la consideración de que, enmarañado por esta camarilla, y promoviendo con suma convicción su tesitura de que podía ejercerse la supervisión de Oriente sin necesidad de los ejércitos, se conservara Flaminino desligado de la política Escipiónica, contentándose en lo sucesivo en rivalizar con *el Africano* estrictamente por el cariño de la ciudadanía,[22] administrando sus energías en la conservación de la privanza de los gobernantes de la Hélade; los cuales, en puridad, lo abominaban en privado por sus protervos proce-

21. Tal sentencia guarda su fundamento en el episodio previo a su elección como cónsul, cuando se fio el Senado en la reputación de su *gens*; y en las categóricas anotaciones de Plutarco, *Flaminino*, 1, 3, donde se nos devela que tendía a incorporar a su cámara a personajes tunos y obscuros por encima de representantes virtuosos por estimarlos rivales para sus proyectos y su nombradía: «*φιλοτιμότατος δὲ καὶ φιλοδοξότατος ὢν ἐβούλετο τῶν ἀρίστων καὶ μεγίστων πράξεων αὐτουργὸς εἶναι, καὶ τοῖς δεομένοις εὖ παθεῖν μᾶλλον ἢ τοῖς εὖ ποιῆσαι δυναμένοις ἔχαιρε, τοὺς μὲν ὕλην τῆς ἀρετῆς, τοὺς δὲ ὥσπερ ἀντιπάλους πρὸς δόξαν ἡγούμενος*».

22. Adviértase que tal premisa no la he hallado en ningún otro estudio, y tal presunción emerge de mi curiosidad por osar trazar un horizonte entre estas figuras y una hipotética asociación: así las cosas, verificado el espectro sociopolítico de la época, y la cordial relación que guardaron durante su vida pública, sin entrar en controversias, viles desacreditaciones o infamias, intuyo que osara integrar Escipión a Flaminio en su cámara para acrecentar su poder en la Curia; pero fortalecido por la opinión pública, y los lazos cultivados en el Senado en los meses precedentes, debió abstenerse Flaminino para concentrarse en su prolífica carrera política. En todo caso, es una simple observación, que en nada varía o afecta a los sucesos postreros y sus inherentes repercusiones.

dimientos contra sus enemigos,[23] por su resentimiento contra los éxitos y hazañas de los campeones patrios,[24] por los infamantes despojos de los santuarios,[25] por facultar el bandidaje de las legiones en reuniones secretas,[26] por sembrar discordia entre cortesanos y consentir el vertimiento de sangre fraterna, en fin, por proclamar públicamente el luminoso engrandecimiento de Grecia y debilitarla clandestina y metódicamente para utilidad de sus empresas personales.[27]

Quedaba fragmentado el cuadro político, a la sazón, en diversas y disímiles agrupaciones de entidad: los Claudios, partidarios de una aristocracia conservadora y tradicionalista, arrodelados en la influencia de una familia históricamente reluctante al bienestar y la prosperidad de la plebe;[28] los Catonianos, reaccionaria a la política de los Escipiones y su blandura contra los pueblos sometidos, integrado por grandes propietarios y esclavistas;[29] los Escipiones, estandartes de las grandes mentes de familias señeras, tales como los Emilios, Livios y Minucios,[30] pronos a conservar a Roma en su circunspecto estado y a promover la fundición entre la cultura itálica y la helena; los Flamininos, nuevo valor de la sección liberal de la cuadrilla Fabiana, secundado por la deslucida parcialidad democrática y un prominente anillo de obscuros hacendados; y, por último, pero no menos importante, una incipiente cuadrilla presidida por Purpurión y Tiberio Claudio

23. Frost, *History of ancient and modern Greece*, Filadelfia, 1861, página 261.

24. Plutarco, *Flaminino*, 13, 2; 17, 2.

25. Cf. Cicerón, *in Verre.*, *acuss.*, III, 58, 129; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 924; Seure, *Les images thraces de Zeus Kéraunos*, en *Revue des études grecques*, XXVI, París, 1913, página 244, n4.

26. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 53 y siguiente.

27. Véase la moderada disquisición de Frost, *History of ancient and modern Greece*, Filadelfia, 1861, página 267, descubro, por temor a mancillar la figura de Flaminino, pero sin poder evitar observar en su habitual comportamiento la perentoriedad de priorizar sus intereses y los de Roma, al grado de reducir a los gobernantes de la Hélade a su mera pompa personal.

28. Livio, II, 56, 7 - 8; Suetonio, *Tiberio*, 2, 4; Tácito, *Annales*, I, 4, 3.

29. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 326 y siguiente.

30. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 39.

Nerón, inclinados a una furiosa corriente de dominación y destrucción de los enemigos.[31]

Sin embargo, era un hecho que no habría de plegarse Flaminino a los designios de Claudios ni Catonianos, sino que fluctuaría entre las agrupaciones según las circunstancias y causalidades. Suponíale sutil arte un alivio a Escipión, el cual terminó su gobierno velando por la prolongación de su política agraria: merced a un pertinente senadoconsulto, según parece, promovido por la oposición,[32] se sancionó la *Lex Aelia de coloniis duabus latinis deducendis* para la fundación de una colonia latina en el Brucio y otra en Turios,[33] concordando Escipión en la importancia de asentar en la Galia a colonos latinos. Tornado de la Galia, presidió los comicios para el 193 antes de Cristo, y con auténtico regocijo ovacionó las elevaciones al consulado de Lucio Cornelio Mérula y Quinto Minucio Termo, viejo tribuno militar suyo este último en el 202, y salvaguardia de sus intereses como tribuno de la plebe cuando la conclusión de la guerra anibálica. Desventuradamente, ninguno preveía verse implicado en otra guerra: fue una sorpresa y una fatalidad para entrambos tener que cohibir los focos hostiles en la Cisalpina y en la Liguria. Tales escenarios se tradujeron en un revés en el consistente dibujo electoral de Escipión: entorpecieron las operaciones sendos representantes de su política de modo insólito. Y tanto que hubo en el Senado quien le señalara por apadrinar a un par de generales poltrones; se agregaba intempestiva reprensión al perceptible desdén del vulgo, resentido porque cooperó para formalizar la oligarquía de la nobleza, que de facto ya existía,[34] situándola sobre la ciudadanía, secundando la resolución de separar a los senadores del populacho durante la celebración de los *ludi Romani*, acentuando la brecha entre categorías: impugnable determinación

31. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 419.

32. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 205.

33. Livio, XXXIV, 53, 1. —A diferencia de otros académicos, a juicio de Willems, *Le sénat de la république romaine*, II, Lovaina, 1883, página 580, no fue absolutamente necesaria la intervención del pueblo para la aprobación del plebiscito.

34. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 199; Wilamowitz - Moellendorff y Niese, *Staat und gesellschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910, página 229 y siguiente.

que pronto desdeñó,[35] espinado por una conciencia acechada por el remordimiento de secundar tan injustificada medida. Y es que no se hallaba en disposición el bajo pueblo de comportar tan deplorable desprecio: se propagaba la usura violenta y bruscamente, hiriendo de muerte a los pequeños emprendedores. Ni siquiera las leyes podían ponerle un tope a los inversores y especuladores: percatados los prestamistas romanos, acudían a testaferros de pueblos aliados, desembarazados de los estatutos de Roma, para cobrar intereses desorbitantes. Presto el Senado a implementar un sistema que regularizara la situación, transcurrida la festividad de *Feralia*, los aliados que facilitaron capitales a ciudadanos romanos debieron declararlo, quedando los derechos del acreedor sujetos a la normativa sobre préstamos adoptada por el deudor: tan fructuosa fue la medida, que, por avance del tribuno de la plebe Marco Sempronio Tuditano, se extendió la normativa a aliados y latinos mediante la *Lex Sempronia de pecunia credita*.[36]

Reconducida la ondulosa realidad financiera, se brindó audiencia a la legación representativa de Antíoco, presidida por Menipo, principal portavoz del rey; Hegesianacte, afamado gramático, historiador y poeta;[37] y un tal Lisias:[38] determinados se predisponían a hurgar en las proyecciones del Senado con el asidero de estrechar una sociedad con Roma, encallando deliberadamente las negociaciones al requerir la nulidad de las imposiciones en Asia. Desconcertado Flaminino ante la inviabilidad de la petición, rebatió, en representación de la legación constituida para tratar los asuntos de Grecia: Iº, que si osaba holgura el rey para operar sobre los distritos de Oriente, persistiera distante de Europa; y 2º, que si alcanzara a rebasar los límites continentales, se hallaría obligada Roma a verificar los tratados establecidos con los pueblos de Asia: desde luego, apetecían los legados del rey de la negativa de la legación romana; y particularmente Hegesianacte, que redobló sus argumentos y ahondó en la iniquidad que suponía despojar al rey de las ciudades de Tracia y el Quersoneso, legadas de generación en generación desde los tiempos de su bisabuelo, y conquistadas legítimamen-

35. Livio, XXXIV, 54, 8.
36. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 271.
37. Ateneo, IX, 393E.
38. Apiano, Siria, 6.

te por dictamen de las armas, como también supo hacerlo a su hombradía Antíoco, y que, a su avenible liberalidad, sufragó la libertad de los cautivos lisimaquenses y desembolsó una estimable cantidad de dinero para impulsar la economía agraria en la región; privarlo, a la sazón, de la válida conservación de sus posesiones, constituiría una sensible afrenta. Redarguyó Flaminino que era más infamante reducir a esclavitud a los departamentos domeñados por su bisabuelo, a los cuales jamás aspiraron sus antecesores a reivindicar como de su propiedad, y como se empeñara en conservarse en tan descaminada tesitura, daría cumplimiento Roma a su palabra, y arrodelaría de su tiranía a todas las *póleis*, *apoikíai* y *klêroukíai*: como en su día con Filipo, ¡se despedazarían las cadenas de la dominación en todos los pueblos de cuño heleno de Asia! Luego ocupó la palabra Galba, y, con inocultable pero justificable indisposición, exhortó a los legados a brindar una respuesta satisfactoria para las partes: se atajaba Menipo bajo el asidero de la inadmisibilidad subyacente de formalizar un convenio lesivo a los intereses de Antíoco, tal y como se les procuraba. Diferido el veredicto para la jornada siguiente, en presencia del Senado, se les anunció que se emprendería la guerra en caso de que prolongara Antíoco su asentamiento en Europa. Satisfecho ante la intransigencia de Roma, y a efectos de velar su auténtico cometido, impetró Menipo a no materializar ninguna decisión precipitada que perturbara el equilibrio en Occidente: desasosegado por el desventurado curso que habían adquirido las relaciones políticas entre sendos pueblos, con tenaz desvelo se encargaría de hacer recapacitar a Antíoco en aras de mediar alguna concesión que sustentara la paz. Se aplazó, a la sazón, toda iniciativa hasta obtener la contestación real, la cual habría de ser notificada a una legación conformada por Publio Sulpicio Galba, Publio Vilio Tápulo y Publio Elio Peto.

Tras la marcha de los legados, se sometió a evaluación la polémica solicitud del triunfo de Mérula. Aun cuando concluyó la campaña con una importante victoria, las correspondencias de Marco Claudio Marcelo -legado durante las expediciones, y, según parece, aliado, a la sazón, con los partidarios de Escipión y Flaminino, estrictamente por motivos personales de ambición insatisfecha-,[39] desbordadas de observaciones y comentarios reve-

39. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 214.

ladores sobre su insuficiencia militar para comandar las batallas, despertaron la inquietud de los senadores, reticentes a concederle la condecoración; tampoco contribuía a su causa la controvertida disposición de dejar al mando del ejército a Marcelo en su retorno a Roma: parecía, premeditado o no, osar apartar de los reflectores al responsable de poner en entredicho sus aptitudes como capitán, y el cual debía certificar las duras sentencias frente al Senado: desestimada su petición, aspirando a deslindar todo tipo de confusión o malentendido, acabó Mérula por concertar con Termo el relevamiento de Marcelo y remitirlo a Roma, confiando en solucionar pronto la indecorosa impugnación.

En este denso clima político y social, consagró Catón una capilla a la Victoria Virgen, en torno al templo de la Victoria, el bieno ulterior a prometerlo con voto en Hispania: cautivaba su sentida piedad a la masa, distante, a la sazón, de Escipión por haber respaldado la peculiar iniciativa de aislar a los senadores de la baja plebe urbana durante los *ludi Romani*, la cual aparentaba virar en dirección de Flaminino, el generalísimo que había apacentado a Filipo y a Nabis; en contraposición, no sólo que no habían alcanzado Mérula y Termo nada meritorio, sino que las pocas adquisiciones en esfera militar se debía a la fortuna y el valor de los soldados en depreciación de sus facultades: próximas las elecciones consulares, era imperativo a Escipión someter a las centurias candidatos dignos de la magistratura. Talmente, se fijó en su primo, Publio Cornelio Escipión Nasica, arribado de la Hispania ulterior poco tiempo atrás, y reputado por su alta estimación entre los miembros el Senado[40] y sus grandes empresas contra turdetanos y lusitanos; también secundó entre los aspirantes plebeyos a su amigo Gayo Lelio,[41] y debió de arropar a Gayo Livio Salinátor y a Manio Acilio Glabrión, consistentes integrantes de su cámara, y otros de los tantos postulados: a su desventura, figuraba en la terna Lucio Quincio Flaminino: ponderado por la gloria cosechada como almirante de la armada, y tonificado por la fulgurante aura de su hermano, se le tenía como opción precipua. Mal que dificultoso de creer, denotaba la ciudadanía cierto tedio hacia la conducción de los

40. Diodoro Sículo, XXXII, Fr., 40; Livio, XXIX, 14, 8; Plinio, *Naturalis historia*, VII, 120; san Agustín, *De civitate dei*, I, 30; Solino, 115.

41. Livio, XXXV, 10, 10.

Escipiones. Ya había transcurrido un decenio de la gloria de su director contra Aníbal, y todo era nuevo y radiante con Flaminino. Por encima, no era Lucio inferior a su hermano: su concurso en la guerra así lo atestiguaba. De aquí que, encandilada la opinión pública por la popularidad de Flaminino,[42] se inclinaran las centurias por Lucio, y en unos comicios presididos por un Cornelio, siendo el desastroso desenlace fundamento de sumo deslustre para su *gens*, para la administración de la república en el 192 antes de Cristo: compartiría consulado con Gneo Domicio Ahenobarbo, presuntamente patrocinado por los Quincios. Fue la decepción de Escipión intensa. ¿Disponía Flaminino, en efecto, de superior influencia que Catonianos y Escipiones? Responder en sentido afirmativo, y tan suelto de pluma, sería imprudente. Mas ¿qué acaeció, a la sazón, para que se desvaneciera tan pronto la propaganda Catoniana y colapsara el predominio Escipiónico en el Senado? Pues pondero que acabaran las victorias de Flaminino por torcer la tendencia de las centurias en pos suyo, abrasadas por su dinamismo, su reciedumbre y su vitalidad. Las hazañas de Escipión yacían, inmerecidamente, detrás de una espesa cortina de polvo, y tampoco arrojó grandes resultados la jefatura de Catón en Hispania hasta la colaboración de las tribus aliadas. En contraste, era Flaminino emblema de la grandeza militar de Roma: sus operaciones en la Hélade deslumbraban al vulgo, excitado con su brío y su fabulosa inventiva. También su sublime política era de admirar: ¿no encaramó, acaso, la nobleza de Roma por toda Grecia, puliendo las sutiles, pero aún perceptibles, divergencias entre la cultura helénica y la cultura itálica? Parto de su genio, su idiosincrasia y su flamígero espíritu vivaz, con ímprobos esfuerzos acabó por conquistar lo que con tanto ímpeto se había propuesto: encuadrar su nombre entre los grandes capitanes de Roma.

Previamente, aún apesadumbrado por ser el rostro de la sumisión de Cartago, removía Aníbal el ardor en el pecho de Antíoco, inflamando belicosa lumbre para la concreción de su enquistada ambición de desintegrar la hegemonía latina sobre Italia: marioneta del Bárcida, prestó oídos el rey a todas las empresas que brotaron de cerriles labios. Tenía Aníbal muy claro -y avanzado- su programa: debía Antíoco invadir Italia, privar a Roma de

42. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 190.

sus recursos y cortar las comunicaciones con sus aliados; era la gesta dificultosísima, pero ya se había ocupado de diagramar el itinerario y de contabilizar las baterías necesarias: peticionaba cien acorazados, diez mil infantes y mil monturas para desembarcar en África, con la convicción de poder inducir a los mandatarios a reemprender la guerra. En caso de naufragar en tan temeraria faena, trajinaría a su pequeño ejército a Italia para soliviantar a los pueblecillos olvidados por Roma, madurando la posibilidad de eslabonar a la causa a las tribus de Hispania,[43] necesitados del liderazgo y el conocimiento de un capitán experimentado.[44] Respecto al rey, lo exhortaba a aprestar al resto de sus fuerzas para cuando iniciaran las hostilidades, con la premisa de aplastar a los regimientos romanos y los de sus aliados en Europa. Según parece, desmoralizó enrevesado programa a Antíoco por valorar un yerro el labrar una expedición en Italia, pronto por revolverse contra Grecia.[45] Mas intimidado por las lauréolas del gran general, terminó por ceder, aun con sus reservas, y sin dilación expidió Aníbal a Cartago a un tal Aristón, un tiro que había conocido en Éfeso y que había constatado su compromiso en diligencias de menor relevancia, para enunciar sus planes a sus partidarios. Sin embargo, no fue Aristón lo suficientemente meticuloso y se permitió ver circulando las calles, montando guardia en los pórticos, interactuando estrechamente con personajes ligados al Bárcida; informada la agrupación de Hannón de su sospechosa actividad, medroso de que tramara Aníbal envolver nuevamente a Cartago en su particular cruzada, cierta

43. Justino, XXXI, 3, 10.

44. Siendo realistas, una expedición en aguas occidentales nunca hubiera podido ser tal que garantizara la superioridad sobre las fuerzas navales romanas. Y respecto al cuerpo de diez mil sirios, únicamente hubiera podido ser fortalecido por un escaso número de cartagineses, los cuales carecían de autoridad y predominio sobre los régulos de Hispania; y tampoco podía contar Aníbal con grandes reclutas de mercenarios debido a las trepidantes turbulencias de África. En conclusión: aun si se consintiera una hipotética ancorada en Italia, habría sido la desopilante excursión desmontada antes de tener siquiera ocasión Aníbal de fogonear sediciones. —Expresa análogo razonamiento De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página, 144.

45. Deduzco que a esto mismo hace alusión Ennio, *Annales*, 371 - 373: «*Hannibal audaci cum pectore de me hortatur ne bellum faciam, quem credidit esse meum cor suarorem súmmum et studiosum robore belli*».

tarde se lo sorprendió y se lo interpeló a confesar: remoto de esclarecer los motivos de sus reiteradas visitas sociales a añejos bienhechores de los Barca, se aferraba a su inocencia: tan sólo se trataba de otro de los muchos comerciantes de Tiro que menudeaban los centros mercantiles.[46] A su sino, no cargaba consigo ningún documento que pudiera incriminarlo, por lo que tuvieron que dejarlo marchar; librado de la áspera y súbita indagatoria, colgó durante el véspero unas tablillas en torno de donde oficiaban los sufetes las sesiones, consignando que no se le habían confiado encomiendas privadas, sino públicas, los cuales competían a todos los funcionarios, y abordó durante el conticinio una nave y huyó.[47] Incordiada por el humillante suceso, estimó apropiado la bandería de Hannón señalar lo acaecido a Roma, y, a su vez, trasladar su inquietud sobre las vitandas excursiones de Masinisa en el hoy golfo de Qabes.

Advertido de las desavenencias entre los sufetes y los enfados subyacentes en el Senado por la fuga de Aníbal, gestionó Masinisa la apropiación del territorio costero, atraído por su cencía[48] y sus riquezas, y de algunas ciudades tributarias de los cartagineses, pese a haber reconocido oficialmente el señorío de Cartago sobre los territorios asignados en el tratado firmado consecutivamente a Zama;[49] manifiesta la violación en la cláusula de avenencia, remitieron los sufetes una legación a Roma para penar los desventurados episodios. Hizo lo propio Masinisa, con el indignante cometido de desfigurar los derechos sobre la región. Oídas las razones de las legaciones, privilegió reservarse el Senado un fallo perjudicial para las partes por carecer de información sobre los hechos, y expidió a una legación constituida por tres miembros y regida por Escipión, autor del tratado entre sendos pueblos y dignidad de suma obediencia por su transparencia en los asuntos de África,[50] para dirimir las divergencias: empero, se sigue, en aras de no

46. Apiano, *Siria*, 8.
47. Livio, XXIX, 61, 14.
48. Polibio, III, 23, 2 - 3.
49. Merighi, *La tripolitania antica*, I, Verbania, 1940, página 71.
50. Bástenos con rememorar su posicionamiento en la confrontación entre los altos mandatarios de Cartago y Aníbal, derivante del bochornoso exilio del gran general.

lesionar los intereses de su antiguo aliado, y supuesto que valoraba que era esto ventajoso para Roma, agenció para conservar el proceso en suspenso.[51]

Aunque velaba Escipión por el bienestar de Roma, y con insistencia prevenía a magistrados de las ocultas intenciones de Antíoco, menguaba su áurea prominencia en la Curia, y, en contraposición, acrecentaba Flaminino su influjo. Ciertamente, aún gozaba Escipión de autoridad en el Senado y concentraba su agrupación gran poder en los circuitos socioeconómicos de la ciudad; mas le había ido tornando la espalda la ciudadanía durante los últimos años, admirado por los lauros de Flaminino. Desgastada la otrora inmaculada percepción de los Escipiones, y periclitados los Catonianos tras la novedosa y auspiciosa preferencia de la ciudadanía por las virtudes y atributos de los Flamininos, apuntalado por su hermano, se propuso Lucio a hacer de su consulado un relumbrante pendón para incrementar su prestigio; y según proyectaba proezas equivalentes a sus intrépidas expectativas, arrobados por la retirada de los ejércitos de Grecia, concertaron los etolios una asamblea en Naupacto para instigar una guerra contra Roma: interesados en sondear la disposición de soberanos con recursos, dinero y entidad, contactaron con Nabis, Filipo y Antíoco.[52] Para inducirlos al conflicto, procuraron revolver sus fibras íntimas, evocando sus múltiples desgracias, simulando una congoja desmedida por el destino de sus pueblos, los cuales ahítos bramaban por romper auríferas ataduras, conforme ufana saqueaba Roma sus tierras y expoliaba sus erarios públicos, con la ocurrente coartada de garantizar la salud de la indefensa y harto maltratada cultura helénica.

Para escozor de los etolios, persistieron los reyezuelos en su pasividad: apenas suscitó Nabis unas pocas revueltas a mediados de la primavera[53] en las poblaciones del litoral y dio muerte a los representantes que enaltecieron la sociedad con Roma. Con agudo sentido de la previsión, había confiado Flaminino a los aqueos la custodia de los lacones de la costa: presurosos expidieron una legación a Nabis para la verificación del tratado y reprimir las pendencias; por si acaso, destinaron refuerzos a Gitión, agredida, a la

51. Apiano, *Púnicas*, 67; Livio, XXXIV, 62, 17 - 18.
52. Livio, XXXV, 12, 6 - 7.
53. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 705.

sazón, por efectivos del rey, y a un pequeño cuerpo de nuncios a Roma para reportar los incidentes.

En medio de la efervescencia universal, hacia el invierno del 193/2, alcanzó Antíoco su cometido de enlazarse a Epífanes a través de la consumación de las esponsales con Cleopatra I, en un arreglo estrictamente político, cuyo resultante derivó en la coalición entre el reino del Alto y Bajo Egipto: a su plugo cedió el rey la baja Siria, Samaria, Fenicia y Judea, próspero mercado de vinos, trigo, pesca, telas y un mobiliario vario,[54] como pago por la dote de su hija,[55] con tal de disponer de los servicios y la colaboración del faraón ante la posibilidad de sobrevenir contratiempos en la confrontación armada. ¿Acaso no codiciaba Roma hacer de Epífanes su pupilo,[56] el cual, tras el nuevo vínculo de parentesco, pudiera interceder en pos suyo si las cosas no evolucionaran según lo planeado? Mas se engañaba a sí mismo: perseguía la corte de Alejandría estrictamente sociedades pacíficas, agenciando la obtención de ventajas del tratado recientemente concluido: ¿pues qué interés podría guardar Epífanes para apoyar a los seléucidas, rivales sempiternos de su imperio, en la confrontación contra Roma, la cual, con sumo celo, cultivaba relaciones de corrección y prestaciones con su casa desde hacía casi un siglo? A su cerrazón, valorándose fortalecido por el connubio, depositó el rey la vigilancia de Siria en su hijo Antíoco, y con sonora negligencia emprendió una ambiciosa incursión contra los písidas.

Ocupado el rey en la agitación de míseras almas, recibieron Peto, Tápulo y Galba instrucciones de conferenciar, en primer término, con Éumenes II Sóter de Pérgamo, para auscultar sus inclinaciones: ambicionaba el sucesor de Átalo la confrontación entre Roma y Antíoco por recelar de los designios de un espíritu inquieto e insaciable; y, lo que era peor: con un arsenal superior al suyo. Como se desencadenara la guerra, participaría Antíoco de la fatalidad de Filipo, y muchas de sus posesiones se incorporarían a sus dominios, menguando la potencia de su contendiente y acrecentando la propia; de modo que, con agobiante perspicacia, se las ingeniaba para pro-

54. Corrado, *Le relazioni politiche di Roma con l'Egitto dalle origini al 50 a. c.*, Roma, 1901, página 41.

55. Josefo, *Antigüedades judías*, XII, 4, 1.

56. Bouché - Leclercq, *Histoire des Lagides*, I, París, 1903, página 378.

vocar la conflagración: debió de quedar aturdido Galba con los reiterados y agotadores coloquios, el cual, como cuando en Semeni, hubo de enfermar, bien por su veteranía, bien por no poder soportar las pesadas cargas de su posición, siéndole forzoso recibir hospedaje en Pérgamo, quedando a merced del penetrante verbo de Éumenes.

Noticiosos sobre la expedición de Antíoco en Pisidia, se encaminaron Peto y Tápulo a Éfeso para proseguir con su agenda y maniobrar una entrevista con Aníbal: frente a frente, apartada toda insinuación de cólera, enemistad o discordia en los espíritus de los circunstantes, con miramiento procuraron los legados hacerle reconsiderar al Bárcida su animosidad para con Roma, producto de un deletéreo fuego interior que habría de consumirlo en caso de persistir en su aviesa hostilidad; y con afectuoso tono le desempolvaban que nadie en Roma reclamó su cabeza, cuando, vencido sobre yermo campo, a su vergüenza, apartó lúgubre mirada de la ensangrentada y rígida hoja de Escipión: ¿por qué hacer de una pública disputa oficial entre pueblos una contienda privada y personal? También hubo espacio para ensalzar sus epopeyas: la maestría táctica y estratégica desplegada en Cannas, ya fueran romanos o púnicos los encargados de supervisar la crónica del acaecimiento, se había de resaltar. Deleitaba pertinente coba a Aníbal, lisonjeado en abundancia por sus vencedores:[57] a su desventura, devino el amistoso intercambio en una pronunciada difidencia de Antíoco, escéptico sobre la mansa predisposición de su aliado para conferenciar distendido con un pueblo harto desafecto de los ejércitos de Baal: ¡mal augurio para los propósitos del seléucida! Sugestiva cosa, tras facilitar Antíoco audiencia a Tápulo y a Peto en Apamea, se interrumpieron las interacciones por la desconsoladora noticia de la defunción de su hijo, Antíoco, mozo enérgico y de envidiable vigor; tras las múltiples especulaciones, pronto circuló el rumor de que había sido envenenado por eunucos: según parece, temeroso de ser desplazado por un príncipe lozano y de grandes cualidades políticas, sumado al hecho de que carecía de una sede equivalente a Lisimaquia para legarle como a Seleuco, planeó Antíoco su asesinato. Cierta o falsa la acusación,

57. Cf. el estudio de Holleaux, *L'entretien de Scipion l'African et d'Annibal*, en *Hermes*, XLVIII, Berlín, 1913, páginas 75 - 98, sobre las problemáticas que se ciernen en torno a la fidelidad de las fuentes que sitúan a Escipión en la entrevista.

se cubrió de luto el palacio real durante varias jornadas, visibilizándose solemnes muestras de dolor ante la luctuosa pérdida; inadecuado a Peto y a Tápulo importunar a un padre en una circunstancia tan aciaga como desventurada, acabaron por retornar a Pérgamo.

Librado del acoso romano, partió Antíoco a Éfeso; sellado el palacio, con hermetismo discutió el trazado de la guerra con un tal Minión, íntimo suyo y destacado diplomático. Intuía Minión agible doblegar a Roma, aun cuando las probabilidades insinuaran lo inverso, y se las ingenió para persuadir al rey de citar de Pérgamo a los legados: a su lata fluidez de palabra, audaz encarnaría su representación.

Arribados Peto, Tápulo y Galba, ya convalecido este último de su dolencia, excusó Minión al rey por su ausencia, y sin preámbulos cuestionó el sistema de imposiciones que montaba Roma en Italia y en Grecia, mientras que, en su impudicia, censuraba el Senado el legítimo gobierno de Antíoco sobre los territorios conquistados. Se administraban las provincias mediante la regencia de pretores procurados con varas y hoces, ¿y se tenía el descaro de someter a discusión el ejercicio del rey en Esmirna, Lámpsaco, Eólida y demás *apoikíai* y *klêroukíai* de la costa centro - occidental de la Anatolia, domeñadas y reducidas a departamentos estipendarios y tributarios por su bisabuelo? Era el cuestionamiento de Minión, en cierto aspecto, válido. Mas como denotaban sus expresiones el fomento de la guerra, no por su contenido substantivo, el cual era racional y coherente, sino por sus formas, groseras y desafiantes, expuso Galba que había obrado con criterio Antíoco al dar sitio a una lengua docta en relaciones políticas, a pesar de que lo expuesto no se acogiera a una verdad absoluta. Pues desde el progresivo vasallaje de Roma, conocieron las provincias a un único benefactor: en contraposición, en varias ocasiones mudaron de señor los municipios enumerados por Minión: replicando parigual discernimiento, ya pudieran los descendientes de Filipo apelar a su soberanía sobre Corinto, Calcis, Demetríade y Tesalia, pasando del *imperium* de Roma, desautorizando la libertad conferida y suscrita en justa proclamación. Desarbolado competentemente el discurso de Minión, se concedió la palabra a las legaciones de las *póleis* involucradas. Acondicionadas por Éumenes, necesitado de un intenso conflicto que mermara el poderío de Antíoco, reivindicaron condiciones lícitas

y otras no tanto,[58] estancando toda tentativa de disolver las desavenencias. Satisfechos por haberse aclarado los pensamientos de Antíoco, partieron Peto, Galba y Tápulo a la ciudad, con la certitud de que eran los incendios más espigados de lo previsto, y endinos amenazaban con destruir el extraordinario aparato interventor que ejercitaba Roma en Europa.

Definido el escenario en Oriente, conforme se congregaba Antíoco con interlocutores partidarios de la guerra, se les asignó a los cónsules por provincia a Italia; se le prorrogó el mando a Termo, conservando el ejército de la Liguria; se enrolaron cuatro mil infantes y ciento cincuenta monturas, y se solicitó a los aliados la aportación de cinco mil doscientos cincuenta efectivos. Como debía sortearse la presidencia de los comicios, correspondería al afortunado la regencia de las Galias: sorteado Lucio, dispondría Ahenobarbo del par de legiones en potestad de Mérula, y, del mismo ejército, quince mil aliados y latinos, junto a quinientas monturas. Procurados los preparativos, tornó a la ciudad la legación remitida a Antíoco: era el balance concluyente: persistiría Antíoco en su particular pulso con Roma; y según reportaban los informantes aqueos el pérfido proceder de Nabis en el litoral, denodado daba inicio a la ocupación de las playas de Laconia, infringiendo los incisos del tratado. Así pues, se determinó expedir a Aulo Atilio Serrano a Grecia, luego de permutar la jefatura de Hispania citerior con Marco Bebio Tánfilo por Macedonia mediante el *Plebiscitum de permutatione provinciarum*, con una estimable flota para asistencia de los aliados.

Indisimulable el tedio del Senado hacia los caprichos y la intransigencia de Antíoco, abordaron los cónsules, entretanto, a boyos y lígures: arrasados los territorios para el quebrantamiento de la moral enemiga, acabaron los soldados, el gobierno y las personalidades señeras por declinar de la corpuda contienda.

Nada reseñable ni digno de loa en la Cisalpina, rogaba Lucio por que ejecutara Antíoco alguna contravención que no pudiera el Senado desestimar: domeñados Filipo y Nabis por el ingenio y el arresto de su hermano, habría de aplastar a Antíoco, a Aníbal y a los refractarios de la política interventora de Roma en los asuntos de Occidente y Oriente, con el preten-

58. Livio, XXXV, 17, 2.

cioso cometido de desplazar a los Escipiones de nostálgicos corazones, aún cautivados por sus viejas prestaciones a la patria. Era Lucio un hombre penetrante y voluntarioso; pero, infelizmente, de hábitos desagradables. Había adquirido en Grecia el malsano y repugnante gusto por los efebos; su afición por tersa y dócil piel se habría acentuado en su retorno a Roma. Electo cónsul, no vaciló en transportar consigo durante las campañas a Filipo,[59] un tendencioso cartaginés y su efebo dilecto: eran las aberraciones común cosa en su tienda.[60] No podía un espíritu retorcido, inescrupuloso y de cuestionables valores morales[61] sino codiciar la explosión de la guerra en pos del beneficio propio. A su desengaño, arribado el rey en el Helesponto, y agazapados los etolios ante la esplendente ocasión de desbancar a Roma, ante la inminencia de la confrontación, se estipuló la verificación de las elecciones para el 191 antes de Cristo, debiendo acudir a la ciudad para oficiar el sufragio; desvanecidas sus esperanzas de acometer la dirección de la guerra, ciertamente detestó que las centurias, ante la perspectiva de un desafío real, fiaran la empresa a la cuadrilla Escipiónica: serían Nasica y Glabrión los responsables de yugular los maliciosos proyectos de la intrépida horda de reyezuelos proveídos de la diestra instrucción de Aníbal: después de todo, ¿no era Escipión el de la idea de tornar a unos contra otros a los soberanos de Oriente para usufructo de Roma? Dispondría, a la sazón, de la estupenda ocasión.

59. Livio, XXXIX, 42, 8; Plutarco, *Catón el censor*, 18, 5.
60. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 772.
61. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 582.

XVII

REPLIEGUE DEL IMPERIO SELÉUCIDA

La inercia que habían adquirido los acontecimientos anticipaba lo inevitable: determinado a convulsionar a Europa, ofrecía Antíoco a Éumenes la restitución de las campiñas arrebatadas y la mano de una de sus hijas para inducirlo a desertar de su coalición con Roma; cedió a Antioquía en nupcias a Ariato IV de Capadocia;[1] se concitó a los gálatas con opulentos presentes;[2] dominó con las armas a muchos pueblecillos atrapados en constantes vórtices de insurrección, y, persuadido del concurso de los etolios,[3] alistó a las huestes. Caíasele la venda a un Flaminino que, a su ingenuidad, se había proyectado innecesaria la dirección de Oriente sin el músculo de los ejércitos: cuánta razón portaba Escipión. Aun cuando con pertinencia juzgara la anexión de Grecia un retroceso para la recuperación financiera de la república por el menoscabo que le suponía al erario público la subvención de fuertes legiones, tampoco era viable el desmantelamiento de los cuarteles, despejándole el camino a los insaciables designios de Antíoco, prevalido de la ingratitud de muchos pueblos griegos hacia su bienhechor,[4] en parte, por el severo y acrimonioso régimen de Flaminino durante el ejercicio de la guerra.[5] Sin embargo, las llamaradas que se extendían por Europa, envidando a pensar en una catástrofe, comenzaron a sofocarse cuando el rey, azotado por una violenta ráfaga de mezquina incertidumbre sobre la lealtad de

1. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 704.
2. Floro, II, 11, 2.
3. Apiano, *Siria*, 12.
4. Napoleón III, *Histoire de Jules César*, I, París, 1865, página 176.
5. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 59 y siguientes.

Aníbal,[6] descartó el itinerario aconsejado y con estrépito se arrojó a la mar con una escuadra de cien naves de guerra, de las cuales únicamente el cuarenta por ciento se hallaban cubiertas en su integridad,[7] y doscientas de transporte, rebosantes de suministros y municiones. Ágil arreó a su causa a los beocios, aún irascibles por el concurso de Flaminino cuando el asesinato de Bráquiles, y a la vindicativa Coronea, fustigada por mismo látigo.[8] Envanecido por disponer de tan ventajosos servicios, se movilizó hacia Cranón: reducida la *pólis*[9] con estremecedora facilidad, espeluznadas se rindieron Cierio y Metrópolis; domeñada la comarca, con excepción de Átrace y Girtón, se propuso el asalto de Larisa con la expectativa de que rectificaran su posición: fornida desfilaba la expedición flanqueada por majestuosas bestias, agarrotando endebles corazones en su prepotente y envarada marcha.

Inquietantes los informes que arribaban a Roma, incorporados en funciones los cónsules, e invocado el arrimo divino ante la inminencia de la guerra,[10] a instancias del sentir de Nasica, aprobaron las centurias la *Lex de bello Antiocho indicendo*;[11] meditaba la cámara Escipiónica las posibilidades de tan provechosa ocasión: desbravado el espíritu redomón de Aníbal por el acuminado intelecto de *el Africano*, emularía su primo portentosa proeza al extinguir belicosas y rollizas flamas enclavadas en perdularias vísceras de Antíoco: era peculiar y fascinante contienda la quimera de los Cornelios. A su impotencia, pareció el tentador cuadro evaporarse al habitual sorteo de las provincias: acudiría Glabrión a Grecia y persistiría Nasica en Italia. Fervoroso prometió Glabrión con voto unos magníficos juegos en

6. Justino, XXXI, 4, 9.

7. Thirlwall, *History of Greece*, VIII, Londres, 1844 página 341.

8. Polibio, XX, Fr., 7, 3.

9. Para su concluyente clasificación como *πόλις*, cf. *Inscriptiones Graecae*, IX, 2, 458.

10. Livio, XXXVI, 1, 2.

11. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 273. — Menester la declaración de guerra en la esfera política, no contravino la oposición, sino que, audaz, administró sus esfuerzos en estrechar la vigilancia del magistrado designado para la dirección de las operaciones. De ahí los nombramientos de Catón y Flaco como legados; véase Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 210.

honor de Júpiter y ofrendas en todos los altares: verificada la rogativa con las instrucciones especificadas por el *pontifex maximus* Publio Licinio Craso, se remitió un cuerpo de comisarios a África para la compra del trigo que debía nutrir a las tropas en la Hélade. Implicada toda Roma en tan espinuda empresa, edicto mediante, vedó Nasica a senadores y magistrados la facultad de apartarse de la ciudad en un trecho en el que pudieran verse comprometidos sus retornos durante la misma jornada: era la guerra contra Antíoco seria cosa; o eso se presumía.

Hecho el rey de las ínsulas y costas de Grecia, árbitro y señor de templadas playas, aun en invierno alzó sus tiendas recamadas de oro y seda bajo el adormecedor balanceo de las aguas, perfumadas con la dulce fragancia de rosas que orlaban sus aposentos.[12] Distendido se paseaba escoltado por un séquito de primorosas doncellas,[13] que, vivaces y alegres, sostenían desbordados cálices en un placentero ambiente de descomedida atonía y relajación; incluso tuvo la ocurrencia de desposar a una moza agraciada y de cautivantes atributos de Calcis, reconocida con el nombre de Eubea,[14] granjeándose con pertinencia la inclinación de la *apoikía*, que entusiasta se brindó como base de operaciones. Entre banquetes y reuniones, fue lapidando su vitalidad, dragada incesantemente por la inclemencia del vino,[15] promoviendo, a su bochorno, la tarda agonía de los ejércitos:[16] quizá la molicie y cobardía de sus usuales adversarios habían emponzoñado su juicio. En efecto, no era, precisamente, Antíoco un capitán talentoso, sino un privilegiado de las circunstancias: fue por mor de la incompetencia y liviandad de Ptolomeo IV Filopátor que pudo, en cierto modo, reconstituir la integridad de la monarquía asiática, aun cuando le propinara el faraón una durísima derrota en Rafia. Desolado tras la aciaga conclusión de la sanguinolenta batalla, se había prometido no reanudar la contienda conforme ocupara un hombre el solio de Alejandría, por más flemático y ablandado que

12. Floro, II, 8, 9.

13. Plutarco, *Filopemén*, 17.

14. Ateneo, X, 439F.

15. Sobre la afección de Antíoco a la bebida, véase Ateneo, IV, 155B; Eliano, *Varia historia*, II, 41; Polibio, XX Fr, 8, 3.

16. Livio, XXXVI, 11, 3.

fuera. Difunto Filopátor, se abalanzó sobre el reino del Alto y Bajo Egipto, desestimando las represalias de Roma, garante de los pueblos lesionados por la voracidad de la política expansionista de Filipo y el rey: excusa perfecta blandida por los Claudios para iniciar las conflagraciones en Oriente. ¿Acaso especulara Antíoco fácil cosa avasallar a la noble estirpe romana? A de su desengaño, con presteza y osadía maniobraron conjuntamente el propretor Tánfilo y Filipo, valioso aliado en la campaña, y se enseñorearon de Malea, Facio, Festo, Cirecias, Ericinio, Gonfos, Eginio, Silana, Trica, Faloria y Melibea.

También Glabrión ya operaba en Grecia: desembarcó el cónsul un par de legiones y quince proboscidios, avanzó contra Limneo y Pelineo, propició la rendición de los atamanes y de Filipo de Megápolis, y circuló hasta Larisa para su custodia y concebir el itinerario a proseguir; recuperadas las tropas de la travesía marítima y de las bruscas marchas, bravías se enseñorearon de Fársalo, Escotusa, Feras y Proerna. Mas una vez adentrada la expedición en el desfiladero de Táumacos, fue sorprendida por un aluvión de proyectiles: se había enhestado la mocedad en armas, enmascarada por frondosos y cetrinos bosques, enfundada en senderos velados y sinuosas elevaciones: gestionó Glabrión una conciliación; pero empecinados los locales en la expulsión del enemigo, acabó por cortar los accesos a la *pólis* y prestamente la doblegó. Ya relumbrando el albor en los llanos, prosiguió hasta el río Esperqueo, montó la ocupación del valle y mandó el saqueo de los campillos de Hípata.

Se localizaba, entretanto, Antíoco en Calcis, acongojado por su indigno proceder, odiándose por desoír las recomendaciones de Aníbal: aún no había podido congregar a un ejército poderoso, recelosos los espíritus de Asia de integrar una causa tan absurda como inverosímil, encandilados sus gobernantes con el brillo de gruesas joyas incrustadas en los ropajes de un reyecillo incapaz de pasar una jornada sobrio. Así pues, falto de las baterías necesarias para chocar hierro, se retiró a las Termópilas; retronando en húmedas y musgosas rocas los desgarradores resuellos de Leónidas y sus trescientos, se atrincheró en el corazón del imponente mausoleo de inmortales héroes espartanos: levantó una doble empalizada, abrió un foso, construyó una muralla con los grandes y pesados pedruscos desparramados por

doquier y confió en una brigada, constituida exclusivamente por cuatro mil etolios, la ocupación de Heraclea de Traquinia. Devastado el territorio hipateo, repitió Glabrión funcional procedimiento en la *apoikía* espartana y desafiante lució su ejército delante del rey. Receloso de que descubriera el cónsul algún pasadizo en las crestas que se alzaban derredor, dispuso Antíoco el retorno de los etolios; a su desventura, tras debatirlo crudamente, únicamente la mitad acudió al llamamiento: partieron, a la sazón, tres escuadrones, integrados en torno a los seiscientos cincuenta hombres, para dominación de las elevaciones. Reparado en el movimiento enemigo, consignó Glabrión a los legados Catón y Lucio Valerio Flaco un par de miles de infantes para espantar a los centinelas, y con denuedo dio vista al desfiladero:[17] no merece siquiera la atención el extenderse en los pormenores del combate: bastará con reseñar las pérdidas del enemigo, oscilantes, entre muertos y capturados, en torno a los nueve mil y diez mil.[18] Despavorido, huyó Antíoco hasta Calcis, arrodelado por quinientos soldados, básicamente lo que quedaba de su malogrado ejército, cediendo a las legiones un campamento riquísimo en armas, recursos, tesoros y obras de arte.

Rozagante avanzaba Glabrión por la Fócide y Beocia, siendo acogido a las puertas de las *póleis* y *apoikíai* por ínclitas personalidades bajo apariencia de sumisos suplicantes,[19] pávidos por que desatara su ira por serles traidores a Roma; mas proseguía su marcha sin causar daño: únicamente una estatua de Antíoco, erigida en el templo de Atenea Itonia, logró hurgar en su cólera e, impetuoso, facultó a la soldadesca a rapiñar en la región: determinación que pronto abominó, siéndole imperioso ordenar el cese de las depredaciones. Próximo a tocar Calcis, se dio el rey a la fuga hacia Éfeso, cediendo la plaza a su merced. Ceñíase Glabrión un espléndido triunfo, prevalido de la poca resistencia y abochornante blandura del adversario.

17. Documenta Plutarco, *Catón el censor*, 13, 1 - 2, que fue la ocupación de las alturas iniciativa de Catón, que, versado en las *Historias* de Heródoto, conocía las rutas andadas por los persas. Sin embargo, pondero su relato una invención para ensalzar su figura. Especialmente si reparamos en las sobradas muestras de cariño y afecto derrochados tras la victoria por parte de Glabrión hacia el némesis de los Escipiones.

18. Apiano, *Siria*, 20.

19. Oost, *Roman policy in Epirus and Acarnania in the age of the Roman conquest of Greece*, Dallas, 1954, página 276.

¿Pero cuánto podían incordiar a su majestad los malos hábitos y costumbres de Antíoco, de común sumido en una vida muelle? Talmente, desmembrado el ejército que debía bregar por la liberación y renacimiento de Grecia -análoga propaganda política asida por Aníbal cuando en Italia-, remitió el cónsul a Catón a la ciudad para anunciar al Senado, mediante una voz calificada, las faenas operadas.

Al par que se desarrollaban los acontecimientos en Grecia, osando coger un lauro que afiligranara su consulado, sometió Nasica a los boyos, confiscó la mitad de su comarca para un ulterior asentamiento de colonos y tornó a Roma con la perspectiva de obtener la conmemoración pública. No obstante, enunció el tribuno de la plebe Publio Sempronio Bleso que debía ser aplazada la condecoración, supuesto que aún se conservaban en su hostilidad los lígures, a los cuales solían suministrar los boyos por su vecindad, y debajo de las cenizas aún ardían los rescoldos. Se había precipitado Nasica al licenciar a su ejército y tornar a la ciudad mirando únicamente por sus intereses, en vez de acometer contra lígures o, cuando menos, exportar algunas tropas a Termo, estancado por tercer año en una guerra incierta, ajando en grado sumo el pundonor de la cámara de los Escipiones; de aquí que, airado por la acusación de Bleso, la cual venía a exponer una gran verdad, se justificara Nasica arguyendo que le cupo en suertes la campaña contra los boyos, asumiendo de que podía fiarse Roma de las aptitudes de Termo para someter a los lígures sin su concurso. En concomitancia, insistía con que había sido el general que debió confrontar a un ejército boyo como ningún otro: ascendía el número a cincuenta mil, inaudita cosa, consiguiendo aniquilar a la mitad en el campo de batalla, y reduciendo a otra estimable cantidad a la esclavitud; únicamente anidaban en los villorrios críos y ancianos: ¿cómo podrían frágiles complexiones, según su sentir, incomodar a los ejércitos en ulteriores contiendas? Por último, apeló a la demagogia, e insinuó que el aplazamiento del triunfo desmoralizaría a los soldados, pronos a los vítores de la ciudadanía, y, en caso de concretarse la vejatoria ofensa, de seguro que desdeñarían tornar a empuñar las armas; comprado el florido y efectista discurso, indujo el Senado a Bleso a retirar su interdicción y presuntuoso penetró Nasica en Roma: prendados desfilaban los hombres, acompañados por una miríada de carros atiborrados de

plata acuñada y sin labrar, colecciones artísticas de vasos de bronce y gargantillas de oro. Extasiada la muchedumbre con la caravana de cautivos de comprobada solar, durante varias jornadas se engrió Nasica en la Curia, consentido por los Escipiones, fatuos ante la distinción pública que encumbraba las virtudes de sus representantes, los cuales daban forma a una impecable gestión: pues tras los títulos de Glabrión y Nasica se propuso Salinátor, en su calidad de comandante de la armada,[20] dar un golpe supremo.

Sereno Antíoco en Éfeso, persuadido de que se limitaría Roma a las operaciones en Europa, orientó su curso Salinátor hacia el Pireo, donde fondeaban los navíos: habiendo ganado en grandor la armada, se desplegaron velas en dirección de Delos. Tras su bragado progreso, el mercenario Polixénidas, almirante supremo de la flota real, convenció a Antíoco de retar a Salinátor antes de que diera acogida a Éumenes y los rodios, incrementando el adversario peligrosamente el potencial naval; destinado un par de días a los preparativos, navegó Polixénidas cien galeras hasta Focea. Prevenido Antíoco de la proximidad de Salinátor, retrocedió hasta Magnesia del Sípilo con intención de acobijar nuevos reclutas:[21] premeditado todo, arreó Polixénidas sus fuerzas a Cisunte en virtud de una eventual ofensiva. Ni bien amainó el aquilón, partió Salinátor hacia Fanas, precisamente al puerto de Quíos, para racimar provisiones, y de allí a Focea, donde se le acopló Éumenes con su flotilla: contabilizaba el convoy ciento cincuenta y cinco embarcaciones de guerra y transporte. Luego se pilotó hacia el puerto Córico, situado al norte de Cisunte; mas como inició el trayecto previo amanecer,[22] sin poder hacer los timoneles una apropiada lectura del estado de los cielos, se toparon las naves con una tormenta, siendo batidas por las pronunciadas olas. Transcurrida la angustia, próximo a Cisunte, cargó Polixénidas contra un par de acorazados cartagineses, remitidos por los sufetes con la sana pretensión de apartarse de los insensatos designios de Aníbal, los cuales adelantaban a la armada. Disponía Polixénidas de doscientos

20. Apiano, *Siria*, 22; Livio, XXXVI, 2, 6.

21. Livio, XXXVI, 43, 9.

22. Corazzini, *Storia della marina militare italiana antica*, Livorno, 1882, página 138 y siguiente.

buques ligeros,[23] suponiéndole una ventaja: carecían los romanos de la precisa experticia en la ingeniería naval, viéndose limitadas las embarcaciones en sus maniobras por mor de su rudimentaria construcción.[24] Presidiendo la ofensiva desde primera línea, osó embestir Salinátor contra los buques que hostigaban la avanzada, trocando en blanco de las maromas y los garfios: absorbiendo la nave los penetrantes impactos, exhortaba a la tripulación a pugnar con valor, inflamando llameante ardentía en rudos pechos. Con alentador éxito se desarticularon los embates; y, revertida la apretada inercia inicial, se precipitó al enemigo a una situación harto comprometida: desorganizado el flanco izquierdo, y resistiendo el derecho a duras penas, dispuesto el zafarrancho de abandono, izó Polixénidas las velas de proa y capitaneó la desbandada vía Éfeso.

Las virtudes de Glabrión, el triunfo de Nasica y el ejercicio de Salinátor, aunque aún no arribaba dichosa noticia a la ciudad,[25] daban alas a los Escipiones, determinados a rematar la guerra, con el agregado de que se placían nuevamente de la inclinación de la ciudadanía, la cual aparentaba dispensar sus yerros y le animaba a castigar la concupiscencia de Antíoco. Así, satisfecho Glabrión por dar sitio los pontífices a su magnífico proyecto de ley para enmendar el desfasaje cronológico suscitado al cruce de Aníbal,[26] no debieron de poder disimular los Escipiones el jolgorio al conquistar las bancas del consulado Lucio y Gayo Lelio, reposando las centurias en la experiencia y cualidades de *el Africano*; se avivaba la llama de Escipión ante la esplendente ocasión de ser el indiscutido protagonista de otra hombrada de la república: se delineaban en su mente las imágenes de Zama, de su gresca con Aníbal, de su marcha triunfal, trayendo la suave brisa en fugaz eco el sonido de centenares de almas aclamando su nombre. Si no consiguieron sus opositores arrebatarle su gloria en sus horas más bajas, cuando desertaban a su agrupación familias de viso y dominaban la dirección de la república los Fabianos, provechosamente amparados en la notoriedad política de Catón, menos podrían, a la sazón, que gozaba de la dirección del

23. Apiano, *Siria*, 22.
24. Livio, XXXVI, 43, 6.
25. Justino, XXXI, 6, 10.
26. Macrobio, *Saturnalia*, I, 13, 21.

consulado, avalado por el Senado y apuntalado por la ciudadanía. Definitivamente, se había convertido en el rector de Roma; y, a vasta ardentía, maduraba proyectos supremos con la pretenciosa tentación de hacer de su patria la primera de todas.

Consumados los actos protocolares, en el instante de designar las provincias, solicitaron sendos cónsules la jefatura de Grecia, rehusándose a afrontar los albures del azar para encomendarse al arbitraje de los senadores: repercutió la inesperada disputa en la conciencia de Escipión; mas fue la sangre más espesa que los lazos de amistad[27] y, tras sosegar a su hermano, deslizó en la Curia que si se inclinaban por Lucio habría de asistirlo en su calidad de lugarteniente: ¿quién mejor para tutelarlo que el azote de Aníbal? Exultante el Senado por disponer de la acción conjunta de los hermanos, rememorando las grandes campañas en Hispania de su padre y su tío, por mayoría se le asignó Grecia a Lucio. Competencia de Lelio la salvaguardia de Italia, fue el turno de los pretores: se ocuparía Lucio Aurunculeyo de la pretura urbana, Gneo Fulvio de la peregrina, Publio Junio Bruto de la Toscana, Gayo Atinio Labeón de Sicilia, Marco Tucio de la Apulia y del Brucio; capitanearía la flota Lucio Emilio Regilo.

Previa partida a Grecia, en aras de ennoblecer a su casa, erigió Escipión, a lo largo de la vía sacra, justo después del foro y antes de iniciar la escalada hacia el templo de Júpiter Óptimo Máximo, un arco adornado con siete estatuas, dos corceles de bronce y dos cuencas de mármol.[28] Deslumbrada

27. Pondero este el motivo precipuo por el cual se decantó por su hermano; mal que también pudieran influir en su determinación las consabidas aptitudes militares de Lelio: soldado valeroso, y de sumo ascendiente sobre sus subordinados, nadie cuestionaría su liderazgo, y menos aún el programa operacional. Es de suponer que habría de asistirlo Escipión en calidad de lugarteniente si debía marchar a Oriente; pero no tendría parigual impacto su presencia entre las legiones como si fuera Lucio el hombre al mando: eran las insuficiencias de Lucio, en consideración a la metodología sobre táctica y estratégica que pudieran desarrollar Lelio o el propio Publio, muy perceptibles. ¿A quién habrían de servir las legiones, entre la comandancia de Lucio y Publio, sino a las directrices de *el Africano*? Así las cosas, sin desmerecer ni cuestionar su mero apoyo a Lucio por los tiernos vínculos de fraternidad, tampoco puedo omitir la posibilidad enunciada, sabiéndose el ego de Publio, por mor de sus proezas en Hispania y en África, la personificación del gran capitán.

28. Jordan, *Topographie der stadt Rom im alterthum*, II, Berlín, 1871, página 49.

la ciudadanía con la magnificencia de la enternecedora estructura, arribó a la ciudad una legación representativa de Epífanes para congratular el repliegue seléucida de la Hélade y para aguijar una intrépida campaña en Asia; según habían averiguado sus informantes, era el pánico en Oriente, y especialmente en Siria, muy vivo: veedora Roma de sus intereses, dispondría sus recursos. Agradeció el Senado la deferencia del faraón y prodigó cuatro mil ases por nuncio. También se trató la condición de los etolios, refiriéndoseles dos opciones: rendirse a discreción y admitir las imposiciones o abonar mil talentos y conciliar en socios como enemigos;[29] desestimada impracticable propuesta, descorazonados reanudaron los legados a su patria, con órdenes de abandonar la ciudad para el véspero. Tras sus partidas, se dio audiencia a una misión macedónica: en gratitud por los servicios durante la campaña, se condonó el resto de la deuda que debía hacerse efectiva como indemnización por los costes de la guerra, y se le confirió la libertad a Demetrio.[30]

Desbrozada Roma de atosigantes legaciones, se encaminó Lucio hasta Anfisa, donde el procónsul Glabrión, para reprimir la gallardía etolia. Desprovistos de máquinas defensivas, carecían los etolios de los medios necesarios para contener las operaciones de sitio, debiendo recurrir a incursiones para interrumpir las obras, ejecutadas con encomiable actividad y audacia. Mas, escaso el número de hombres facultados para recuestar a la intensidad de las legiones, se agotaban por la fatiga, mientras que disponía el procónsul de soldados frescos y dinámicos. De modo que, rebasados, desguarecieron los etolios las murallas y se refugiaron en la ciudadela: sin interés alguno Escipión en alargar los conflictos con Etolia, acezado por medir la nombradía de Antíoco, se valió de la intercesión de los atenienses para orillar las hostilidades y ofrecer una amnistía de seis meses, período que había de aprovechar una nueva legación para disuadir al Senado de rebajar la suma precisada.

Eludida porosa rémora, cedió Glabrión su ejército a Lucio y se progresó hasta Tesalia con la idea de arremeter contra Asia: para la efectuación de la operación, debería trasponerse Macedonia y Tracia: ¿facilitaría Filipo el

29. Livio, XXXVII, 1, 5; Polibio, XXI, Fr, 2, 4.

30. Apiano, *Siria*, 23; Eutropio, IV, 1, 3; Livio, XXXVI, 35, 13.

paso, los suministros y las bestias de carga? Dubitativos los Escipiones sobre su cooperación, confiaron a Tiberio Sempronio Graco, mozo hábil, inteligente y esforzado, la labor de ahondar en la disposición del reyezuelo. Entusiasmado Graco ante la oportunidad de elucidar las virtudes de una naturaleza enérgica y vigorosa, soltó riendas y, hacia la tercera jornada de la impetuosa marcha, ingresó en Pela. A su agasajo, se le envidó a un sofisticado convite celebrado por Filipo, pudiendo placerse de la cálida compañía de los comensales. Develado el propósito de su presencia, se descubrió pluguido Filipo de poder contribuir con la empresa; y, palpando nuevas y absorbentes mercedes,[31] y osando vengarse de un otrora aliado desleal que hubo de desasistirlo,[32] ordenó el racionamiento de pan y cereales. Apartado el pábulo, se le anunciaron a Graco las diligentes reparaciones de puentes y caminos de dificultoso acceso para utilidad de la expedición. Presto a divulgar la espléndida noticia, expedito partió, dando con Lucio en Táumacos: anunciadas del próvido escenario, aceradas circularon las legiones hasta Pela: escoltadas por el propio reyezuelo, por vez primera contemplaba el Helesponto tan intimidante y señorial despliegue.

Había destinado Antíoco la mala estación para la conformación de un nuevo ejército en Frigia: asumiendo que tras las exitosas maniobras navales promovería Roma una nueva conflagración, expidió a Aníbal por naves fenicias y confortó a Polixénidas a redimirse de su derrota. También Seleuco hubo de movilizarse: rábido arremetió contra Pérgamo, prevalido de la ausencia de Éumenes, forzándolo a levar anclas con los primeros vientos en aras de arrodelar sus dominios: merced la intervención de las flotas romanas y rodias, logró repeler la incisiva invasión. Fracaso tras fracaso, ciñéndose sobre su imperio un cárdeno segur que amenazaba con desaparecer su dinastía, gestionó Antíoco concertar la paz: desatendido su ofrecimiento, informado de la presencia de los Escipiones en Macedonia, vertió venenosa corajina con la asolación de los ejidos de Elea y Pérgamo, fio el mando de las operaciones a Seleuco, encaminó a su ejército a Adramiteo y a su salvo

31. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 182.

32. Ihne, *Römische Geschichte,* III, Leipzig, 1872, página 83; Mommsen, *Römische Geschichte,* I, Berlín, 1856, página 731.

arrasó con la fértil y bondadosa llanura de Tebas;[33] arribados Lucio Emilio Regilo y Éumenes para brindar soporte a la región, espantadizo retornó a Sardes.

Tras el retroceso de Antíoco, tornó Éumenes a Elea y se estacionaron romanos y rodios en Samos. A continuación, arrumbó una flota de rodios en dirección de Rodas con diecinueve navíos al mando de Eudamo, una quinquerreme de Cos y otra de Cnido, para hacer oposición a la escuadrilla que, según los inquietantes rumores en Siria, cortaba las aguas con formidable celeridad. Con este propósito también se congregaron trece naves expedidas desde Rodas, capitaneadas por el prefecto Panfílidas, y otras cuatro que custodiaban a Caria. Hizo alto el convoy en la actual Terikova; pero, común flagelo la malaria en la región, adolecidos los remeros, por aprensión a que se agravara la situación, se prosiguió hasta la desembocadura del Euridemonte, revelándose que circulaba el enemigo, en embarcaciones de pésima calidad por los apuros de la empresa, en las inmediaciones de Sida. Divisadas sendas armadas, ya al día siguiente se dispuso la confrontación: tenía la flota real a Aníbal en el cuerno izquierdo, a Apolonio en el derecho y regía un deudo del rey la tripulación del frente. Se aproximaban los rodios, a su vez, en columna: iba Eudamo a la ofensiva, Panfílidas en el centro y cerraba filas Caríclito. Intrépido se adentró Eudamo en alta mar con cinco galeras para cargar contra Aníbal; y aun cuando escaseara su ala izquierda de espacio, merced a su reputada destreza logró remediar tal incordio ensanchándose con la potencia del espolón. Estremecido el enemigo ante su pericia y tenacidad, hundida una heptere real de un solo tirón por una embarcación menor, rompió contacto y se batió en retirada.

Procuraba, entretanto, meter miedo Antíoco en el cuerpo de Prusias, rey de Bitinia, protestando por la expedición de los Escipiones en Asia; según discurría en sus duras misivas, aspiraba Roma a la desintegración de todos los imperios: esclavizados Filipo y Nabis, se codiciaba, a la sazón, su cetro. ¿Cuánto le tomaría a terrífico incendio consumir sus dominios? Cortaban intimidantes letras su aire; no obstante, hubo de aquietarlo una correspondencia de *el Africano*.[34] Sagaz, se afanó Escipión en descubrirle a Prusias

33. Livio, XXXVII, 19, 8; Polibio, XXI, Fr, 10, 13.

34. Livio, XXXVII, 25, 8.

las mercedes prodigadas a los aliados de Hispania y África; en la conservación de las coronas de Nabis y de Filipo, recobrando el último a su hijo y accediendo a algunos municipios fuera de su jurisdicción; en la libertad de Grecia; en las excelsas gratificaciones prodigadas a los vencidos. Incluso Nabis, si no hubiera fenecido por mor de la traicionera asta de Alexámeno, habría accedido a semejantes privilegios. Sosegado Prusias por tan reconfortante testimonio, con tibio pulso acabó por adoptar una posición neutral.[35] Disipada toda esperanza de coaligarse con el bitinio, marchó Antíoco de Sardes a Éfeso para supervisar la flota, convencido de que estribaba la soberanía de Asia en la supremacía de las aguas. Traslucía su temor la nombradía de los Escipiones, invictos en Hispania, en Italia, en África, y haría todo por eludir la confrontación por tierra. Así las cosas, propuso a Polixénidas probar fortuna mediante escaramuzas navales; pero tras un nuevo revés en los alrededores del promontorio de Mioneso, recelando de ser incapaz de proteger sus posesiones distantes, dictó el retiro de la guarnición de Lisimaquia, para preservarla de las llamas de la guerra. Esta precipitada y cuestionable determinación casi que le condenó: pues además del sumo desafío que le representaba a los Escipiones el penetrar en la plaza, se retiró a Sardes para solicitar refuerzos a Ariato y congregar soldados desde todos los sitios, resuelto a librar una batalla decisiva.

Hecho el ejército de Lisimaquia y de los tesoros y suministros del Quersoneso, se cruzó el Helesponto. Espantado ante la colosal hoja que perpendicular se balanceaba sobre sus dominios, desalado expidió Antíoco a un tal Heraclides de Bizancio al campamento enemigo para declarar su rendición: cedería Lámpsaco, Esmirna y Alejandría de Tróade; no se opondría a la ocupación de Mileto, Nocio, Eritrea, Focea y Cime, y abonaría la mitad los gastos ocasionados por la guerra. Sin embargo, importaba a Antíoco comunicarse con *el Africano*, la mente detrás de las operaciones; de ahí que, expuestos los términos delante del consejo, informado de la obligatoriedad de desprenderse el rey a lato deslustre de los territorios del Asia menor, se retirara Heraclides de la sesión para entrevistarse en privado con Escipión. Tras suavizarlo mediante una placentera galantería, le trascendió Heraclides que, como fuera capaz de interceder en aras de los intereses de Antíoco, se

35. Cf. Walbank, *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1967, página 208, n8.

le restituiría la libertad a su hijo menor, Lucio Cornelio Escipión, prisionero de guerra,[36] sin necesidad de costear el rescate; y a sumo plugo se le concedería la cuantía que valorara apropiada. Enervado ante tamaño ultraje a su honradez, manifestó Escipión su yerro en peticionar al ya no disponer de Lisimaquia y del paso hacia el Quersoneso, exhortándolo, por su bienestar, a que se aviniera a lo estipulado por el consejo.[37] Mas como eran las condiciones más gravosas que sucumbir ante la propia lid, informado de que hubo Escipión de enfermar y convalecía en Elea, tuvo el decoro de libertar a su hijo, sazonado con solemnísimos presentes,[38] y concentró sus esfuerzos en la batalla. Admirado ante la munificencia del rey, y reparado de la estimación en que se le guardaba, envió Escipión a su hijo donde el enemigo para persuadirlo de no entablar combate hasta su retorno al campamento.[39]

Conmovido Antíoco ante la hombradía del capitán que con despejo y audacia había subyugado a Aníbal y representaba su única oportunidad para conjurar los avatares de la guerra, se replegó desde la llanura de Tiatira hasta la vecindad de Magnesia; apremiado por el tiempo y el hierro de Lucio, fortificó su cuartel, abrió un pozo de dos metros y medio de hondura por cinco de ancho, lo rodeó con una doble empalizada por el exterior, y alzó por el borde interior un muro con numerosas garitas para contrarrestar las excursiones del enemigo. Ausente Escipión, y poco diestro Lucio en

36. Se ignora con precisión en qué etapa de la campaña fue apresado; véanse los pasajes de Livio, XXXVII, 34, 5 - 7, y Orosio, IV, 20, 22.

37. No existe ningún motivo, en efecto, que demuestre sinceridad en sus palabras: deliberadamente se exigía más de lo que Antíoco podía admitir, poniendo la demanda tan alta que ni siquiera sería plausible encauzar una negociación; y si existía una mínima posibilidad de asumir las condiciones, todo convenio con Escipión debía pasar, en primer término, por su hermano, que no habría de ser tan benigno, para luego poder ser ratificados los términos por el Senado, el cual disponía de la potestad para acentuar las penas: estimo, en definitiva, que la auxiliar -y harto inusual- disposición de Escipión fuera únicamente un ardid, hambriento de una confrontación que le financiara regios laureles.

38. Valerio Máximo, II, 10, 2.

39. Nuevamente, tal disposición me exhorta a colegir que no apetecía Escipión de firmar la paz, y con argucias aconsejaba a Antíoco diferir la confrontación hasta su retorno al cuartel y así poder comandar al ejército. —Ihne, *Römische Geschichte,* III, Leipzig, 1872, página 124.

táctica y estrategia, osó extraer beneficio Ahenobarbo de su situación como lugarteniente en substitución de Escipión,[40] presuntamente habilitado por disposición del mismo.[41] Demasiadas seductoras las mercedes como para derrochar la ocasión, tras unas pocas escaramuzas y agresiones entre los ejércitos, con osadía incitó el acampe a cuatro kilómetros de las huestes reales. Atareadas las legiones en el trazado y fortificación del campamento, procuró un cuerpo de tres mil infantes y jinetes sorprenderlos, pero fue rechazado al instante.[42] Transcurridas cuatro jornadas de tensa calma, se acabó por avanzar hasta el centro de la llanada: aferrado a la recomendación de Escipión, esquivaba el rey el combate.

Fastidiado en este punto Lucio, especialmente porque se le echaba encima el invierno, urgido se reunió con los oficiales;[43] de forma unánime decantó la confrontación: meticuloso, inspeccionó Ahenobarbo los caminos y el terreno para prevenir una celada mientras se avanzara contra la empalizada y, descartados los peligros, se marchó. Conmocionadas las huestes, con amargor vislumbró Antíoco la imposibilidad de prorrogar la confrontación y dictó su formación. Agrupaba el regimiento defensor en torno a los cincuenta mil hombres,[44] constituido por macedonios, gálatas, persas, cretenses, capadocios, sirios, frigios, lidios, panfilios, písidas, licios, tarentinos, y cincuenta y cuatro proboscidios. Presidía Antíoco el ala derecha; la izquierda, su hijo Seleuco y su sobrino Antípatro, y el centro, tres jefes: Minión, Zeuxis y Filipo. Ostentaba el cónsul dos legiones romanas, dos italianas, en torno a los cinco mil auxiliares de Pérgamo y similar cifra

40. Apiano, *Siria*, 30; Drümann, *G. R.*, III, Koenigsberg, 1837, página 13.

41. Plutarco, *Regum et imperatorum apophthegmata*, 197D; Niccolini, *La questione dei processi degli Scipioni*, en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, Octubre 1898, página 73.

42. Livio, XXXVII, 38, 7.

43. Es menester señalar que todos los indicios insinúan que desconocía Lucio la trama argüida por su hermano; y, como veremos más adelante, aunque destilara Escipión un impetuoso afecto por Lucio, guardaba sus fundamentos: de ahí que le ocultara su ardid, muy quizá, para no herir las susceptibilidades de un hermano devoto, pero parco capitán.

44. Véase a Grainger, *The Roman War of Antiochos the Great,* Boston, 2002, página 314.

provista por pueblos aliados; esto es: treinta mil efectivos,[45] convenientemente apuntalados desde retaguardia por dieciséis bestias:[46] acataba el ala derecha a Éumenes, la izquierda a Ahenobarbo y el centro a Lucio.

Impactaban los proboscidios del ejército real, robustos y con torres sobre sus grupas, perfectamente acondicionadas para acobijar al cornaca y hasta cuatro soldados. Tampoco pasaban desapercibidas las cuadrigas armadas con aguzadas hoces; los dromedarios, tripulados por arqueros que empuñaban a su vez longas y delgadas espadas para poder acometer a distancia; las deslumbrantes cotas de malla en los pechos gálatas, los broqueles laborados finamente en plata, las gualdas y lucientes grebas: tanto mineral y piedra preciosa infundían valor en las legiones, cuya ambición por despojar los tesoros dominaba a los espíritus. Encentada la batalla, la bruma matinal y su humedad agravaron los equipamientos, deviniendo en una rémora para la vulgar ejecución de las maniobras. Confundía la escasa visibilidad a las huestes reales y restaba precisión a los arqueros, que aun con prodigiosa fuerza combaban las cuerdas, pero sin lograr encajar los disparos en los petos. Torpe el desplazamiento de las cuadrigas, arremetió Éumenes contra los corceles, desarticulando los desincronizados y poco eficientes embates, purgando a los dromedarios y a la caballería, incapaces de franquear el desconcierto de carros y hoces obstruidos por el peso de brillantes panoplias. Desbocado el adversario, dirigió Éumenes la carga contra la abigarrada masa disforme que desconcertada sostenía las armas: se habían ablandado los arcos, las hondas y las correas de las jabalinas; se desplomaban las bestias, heridas en sus tendones y prominentes vientres, despeñando abruptamente a los tripulantes; se había ganado el flanco izquierdo y el centro. Mas se conservaba el flanco derecho firme, procurando Antíoco una súbita ofensiva que nivelara la contienda. A su bienhechora ventura, su pertinaz constancia y laudable brío acabaron por propiciar la fuga de la caballería y la infantería, que patética y pusilánime dio vista al campamento. Conforme perseguía el rey la oprobiosa retirada, osó su confrontación el tribuno militar Marco Emilio Lépido, para forzar a los desertores a tornar al combate: aprisa tornó grupas Antíoco, especulando con haber dañado la moral roma-

45. Apiano, *Siria*, 31.
46. Livio, XXXVII, 39, 13.

na. En su retroceso, se topó con Átalo II Filadelfo,[47] hermano menor de Éumenes, que bravío y fogoso fue a por su cabeza; y a pesar de que alcanzó a escabullirse del ferino hostigamiento, ya dilucidados los cadáveres desparramados sobre la planicie, ocultos bajo la densa bruma, y prevenido del asalto de su campamento, fijó riendas a Sardes, resignando su quimera. Ascendieron las bajas del enemigo a diez mil,[48] y promediaron las romanas, italianas y auxiliares en torno a las cinco mil. Para desdoro de la grandeza de Roma, poca participación tuvieron en los peregrinos acontecimientos los Escipiones y Ahenobarbo: pues se debía la meritísima victoria, estrictamente, al espléndido concurso de Éumenes.

Ya asilado Antíoco con su mujer y su hija en Apamea, abatidas capitularon las plazas de Trales, Magnesia y Éfeso. Satisfecho con el devenir de la campaña, dichoso acogió Lucio en Sardes a su hermano, presuntamente aliviado de su dolencia: yacía Escipión acidulado por no haber intervenido en la batalla, escamoteándole la fortuna una nueva gloria. Tampoco Lucio había sido decisivo, mermando peligrosamente el prestigio de su cámara. Era imprescindible a Escipión hallar el modo de revertir el sentimiento general, el cual posaba la corona en Éumenes y en su cuerpo auxiliar: en consecuencia, acabó por concertar con Antíoco a través de un legado, facilitando a sus representantes una audiencia con su hermano. Implorada indefectiblemente la paz, ratificó el propio Escipión los términos expuestos previamente: debería renunciar el seléucida a Europa, desalojar los distritos de Asia menor y abonar quince mil talentos eubeos en compensación por los gastos de la guerra; y, con pertinencia, se añadió en el tratado una cláusula referente a las entregas de Aníbal, del etolio Toante, de Mnasíloco de Acarcania y de Filón y Eubúlidas de Calcis,[49] según parece, siempre y cuando estuviera en su poder hacerlo, cediéndole tempestivamente la ocasión de librarse de la punición a su sempiterno adversario,[50] por sus ímprobas labores en campaña, englobada en el marco de las obligaciones requeridas a un enemigo vencido, pero sin que se pueda desentrañar de la misma

47. Luciano, *Longevos*, 12.
48. Grainger, *The Roman War of Antiochos the Great*, Boston, 2002, página 328.
49. Livio, XXXVII, 45, 17; Polibio, XXI, Fr, 17, 7.
50.Cf. Ihne, *Römische Geschichte*, III, Leipzig, 1872, página 132.

un expreso objetivo político a mediano y largo plazo:[51] consentidas las condiciones, partieron las legaciones representativas del rey y de los pueblos asiáticos a Roma, sabiéndose, a su injuria, disminuidas a simple eslabón de la sólida y holgada cadena que implacable paralizaba la autonomía de Oriente.

51. Payen, *D'ans l'ombre des empires*. *Les suites géopolitiques du traité d'Apamée en Anatolie*, Quebec, 2020, página 95.

XVIII

LA CAÍDA DE ESCIPIÓN

Entretanto proseguían su curso las sucesivas legaciones que habían de brindar testimonio sobre la sublimidad de la nobleza y el coraje de la estirpe romana para agasajo de un Senado indiferente y distante del concepto del libre albedrío en otros pueblos, como se suponía que debía serlo, tornaron Quinto Minucio Termo y Manio Acilio Glabrión a la ciudad, con la perspectiva de celebrar el triunfo por sus operaciones contra los lígures y en Oriente respectivamente: expuestas las solicitudes, se le concedió la condecoración a Glabrión; pero no así a Termo, hostigado rudamente por Catón,[1] y el cual debió rabiar cuando apreció a la ciudadanía rendir pleitesía a su colega en un soberbio cortejo. Desfilaban las carretas con tesoros de todo género: tetradracmas áticos y cistóforos; artísticas colecciones de cálices, la porcelana y cristalería real; un extenso y refinado menaje y un lujoso ropaje vario; cuarenta y cinco coronas doradas y una miríada de trofeos.[2] Grosera ostentación de opulencia deslumbró al vulgo, que comenzaba a excitarse con las ganancias de las empresas: retornaban los hombres de las campañas de Oriente con mayores ansias y necesidades, sintiendo disgusto por las duras labores, tan caras a sus padres;[3] así pues, osaron los soldados, los grandes contratistas y los adinerados arrendatarios de las tierras públicas enterrar la modosa y frugal vida de sus ancestros: se adquirían esclavos a por montones para tener menos cuidados;[4] se invertía un dineral en ampulo-

1. Aulo Gelio, X, 3, 17; Plauto, *Truculentus,* 482.
2. Livio, XXXVII, 46, 3 - 4.
3. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 40.
4. Plauto, *Poenulus*, 842 - 845.

sos banquetes y francachelas;[5] se ponían en venta los campos para sufragar el financiamiento de una pequeña embarcación, abriéndose el comercio entre Roma y Delos, fomentado por la reanudación de relaciones comerciales entre los pueblos,[6] harto redituables para cráneos despiertos y emprendedores: intrépida cargaba la tripulación sus naves con múltiples artículos asiáticos y atracaba en Italia para vender las novedades a costes desorbitantes.

Comenzaba la vieja Roma agrícola a desfallecer. Después de todo: ¿el anhelo de Escipión de ver florecer a una nueva Roma, instruida con la suprema dirección de ínclitas mentes griegas, pero pudibunda y competente, en aras de preservar la inestimable esencia del sustrato itálico, fue tan sólo una cegadora quimera?, ¿había acertado Catón con sus previsiones? Decaían la vigilancia de las virtudes, los sanos hábitos y la ruda austeridad de antaño a instancias de una generación indolente, hedionda y estúpida, pronta por rebuscarse una vida desinhibida y desprolija. También la aristocracia cedía ante la podredumbre;[7] mas sería un acto de suma vileza imputarle los males de la época a Escipión, como a su impudicia procuraban los Catonianos, según avivaba su director vergonzosas maquinaciones, semejantes a las de Fabio, obcecado por celos a su viejo rival,[8] superior en fortuna e intelecto,[9] trocando en un ruin y mezquino politicastro, susceptible a hacer una guerra de intrigas, calumnias y dudosos procesos con el desdeñable cometido de rematar la febril empresa que había iniciado Fabio: el descrédito y ruina de *el Africano*.[10]

5. Livio, XXXIX, 6, 8.

6. Homolle, *Les Romains a Delos*, en *B.C.H.*, VIII, París, 1884, página 88 y siguiente.

7. Funck - Brentano, *Grandeur et décadence des aristocraties*, París, 1907, página 12.

8. Haller, *Fabius und Cato: ein stück der römischen geschichte*, Karlsruhe, 1779, página 105.

9. Kurth, *Caton l'ancien*, Lieja, 1872, página 21 y siguiente.

10. Alude Cicerón, *De re publica*, I, 1, que se sumió Catón en la política hasta una edad avanzada, quizá remitiéndose a su censura del 184 antes de Cristo. Sin embargo, colijo que fue en este activo pasaje de su vida cuando se abalanzó sin pruritos contra los Escipiones.

¿Pero cómo acabar con la maquinaria política y propagandística de una agrupación poderosísima, la cual presumía en sus filas del vencedor de Zama y de su no menos preponderante hermano, que, pese a su escasa experticia durante la guerra contra Antíoco, se regodeaba con el apelativo -excesivo título para su idoneidad, si se me permite la apreciación- de *el Asiágeno*?[11] Era un desatino atentar contra la hegemonía de los Escipiones, directores de la nueva Roma que importaba las virtudes de la cultura helénica. Hasta Flaminino acreditaba la figura de Escipión: elevado a la censura en sociedad con Marco Claudio Marcelo en el 189 antes de Cristo,[12] no vaciló en designarlo *princeps senatus*.[13] Continuaban sucediéndose en el consulado representantes de su cámara, alternando las magistraturas con una intransigente oposición.[14] A su plugo accedió la ciudadanía al tratado de Apamea en aras del menoscabo del imperio seléucida, ratificándose el abono de los quince mil talentos eubeos: quinientos de modo inmediato, dos mil quinientos cuando se rectificara el tratado y mil anuales durante el transcurso de un docenio; la reducción de la flota a doce acorazados;[15] la cesión a Rodas del territorio de Licia y parte de Caria, el Quersoneso, Lisimaquia y los territorios rayanos a Pérgamo, y otros tantos a Macedonia. Se impuso a Etolia la plena obediencia al gobierno romano y la verificación de una multa de mil talentos de oro. Se recuperaba el erario público por mor de los gruesos impuestos recaudados mediante las sociedades de publicanos y particulares que explotaban las minas de plata en Hispania, las enormes indemnizaciones de Cartago, de Macedonia, de Siria, los despojos de la Cisalpina y de Hispania. Se multiplicaban los robustos esclavos, extraordinario efecto de las guerras sostenidas en la llanura del Po y en la Liguria. Se prodigaba la ciudad en el comercio marítimo en detrimento de potencias como Cartago o Pérgamo. Se proseguía con la política agraria en beneficio de las clases medias, fundándose la colonia de Bolonia, pero con la escan-

11. Eutropio, IV, 4, 3; Livio, XXXVII, 58, 6.

12. Sobre la conciliación de Marcelo con la política de los Escipiones y los Flamininos, véase Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 216.

13. Livio, XXXVIII, 28, 2; Plutarco, *Catón el Censor*, 18, 3.

14. Càssola, *I gruppi politici romani nel III secolo A.C.*, Trieste, 1962, página 419; Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 419.

15. Apiano, *Siria*, 39.

dalosa nota de un descomedido aumento en el cupo de colonos tradicional operado por los Catonianos.[16] Entre el 189 y 187, se dio marcha a la oportunísima construcción de la vía Emilia, la cual prolongaba la vía Flaminia a través de los territorios de la Cispadana para comunicar a Rímini y Piacenza.[17] Desterraron Flaminino y Marcelo en torno a los doce mil latinos por haberse apropiado ilegalmente de la ciudadanía por mor de la indulgencia de censores precedentes,[18] contribuidos en su determinación por los Catonianos, preocupados estos por el desmedido incremento de la plebe.[19] Con sumo encarnizamiento se proscribieron, en el 186, los desórdenes de los Bacanales,[20] promovidos por mujeres ligeras de caderas y hombres afeminados y disolutos, artífices de infundir desde el comercio de la carne y vulgares placeres prohibidos[21] hasta la falsificación de testamentos y recurrentes atentados con tósigos como el arsénico, el acólito y el beleño.[22] Invertían las casas grandes en una sana instrucción griega, ilustrándose con las máximas de los pensadores clásicos y disfrutando de la deliciosa prosa de los Heródoto,[23] los Hesíodo,[24] los Tucídides,[25] los Jenofonte.[26] Angustio-

16. Bloch, *La république romaine: les conflits politique et sociaux*, París, 1913, página 200.

17. Livio, XXXIX, 2, 11.

18. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 204.

19. Ídem, 1879, 227.

20. Livio, XXXIX, 18, 8; Plauto, *Casina*, 980; Valerio Máximo, VI, 3, 7. —Aun cuando muchos académicos objeten con rigor los desórdenes morales referidos en la narración de Livio, aduciendo en su disquisición una premeditada desmesura por mor de contribuir a la propaganda política imperante de la época en aras de proscribir y hostigar a los cultos peregrinos, atestigua Cicerón, *De legibus*, II, 15, 37, la magnitud de los acontecimientos, el cual, muy verosímilmente, debió servirse de los escritos de Catón y el senadoconsulto, de cuya naturaleza ha perdurado una réplica en una tabla de bronce; cf. Ernout, *Recueil de textes latins archaïques*, París, 1916, página 58 y siguientes.

21. Dupouy, *La prostitution dans l'antiquité*, París, 1887, página 120.

22. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 845.

23. Obsérvese el pasaje de Plutarco, *Catón el censor*, 13, 1 - 2.

24. Skutsch, *Studia Enniana*, Londres, 1968, página 8.

25. Plutarco, *Catón el censor*, 2, 5.

26. Abschnitt, *Die literatur der republik und des Augusteichen principats,* en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, I, Berlín, 1912, página 322.

samente, se había desvanecido en Grecia la claridad de su época esplendorosa, suavizándose las costumbres y envagueciéndose la vida intelectual; el espíritu de la imitación y la especulación se había apoderado de los valores y dotes de la inteligencia: ya no brotaba la inspiración por dulce savia de las Musas, sino que era cuasi forzada por terca voluntad de inexpresivos y desapasionados poetastros. Carecía la literatura de la genuina tea patria y del culto religioso, evanesciéndose el grato frescor en su lenguaje, enmudecido ante la infiltración de nuevos elementos.[27] En contraposición, se habían tornado universales los saberes, las ciencias, las letras y las artes, progresando en Roma con laudable intensidad.

Era un propósito básico y elemental de los Escipiones el aliento de la filosofía y de las bellas letras:[28] tanto así que Quinto Ennio, el poeta poliglota[29] natural de Rudiae,[30] acompañó a Marco Fulvio Nobílior en la expedición contra Ambracia para rendir tributo a sus gestas.[31] Sírvanos el episodio, que enfático censuró Catón,[32] y derivó en el distanciamiento de Nobílior de la política catoniana,[33] para ilustrar la influencia de la próspera corriente de vates entre la nobleza, aun cuando no pertenecieran al grupo de los Escipiones.[34] Mas había de impugnar Catón las producciones de ascendente heleno;[35] sobre todo las que osaban suplir las bondades literarias del latín por un estilo griego torpe y prosaico.[36] Y mientras sermoneaba a los senadores sobre el pudrimiento de la nueva generación, se olvidaba de su

27. Bragagnolo, *Storia romana dalla fondazione di Roma alla caduta dell'impero romano d'occidente (754 ac-475 dc)*, Turín, 1896, página 196.

28. Claudiano, *De consulatu Stilichonis*, III, *pref.*, 1 - 10; Besançon, *Les adversaires de L'Hellénisme à Rome pendant la période républicaine*, París, 1910, página 102.

29. Aulo Gelio, XVII, 17, 1.

30. Cicerón, *De oratore*, III, 42, 168; *pro Archia poeta*, 22; Silo Itálico, *Punica*, XII, 397.

31. Símaco, *Epistolae*, I, 20, 2.

32. Cicerón, *Tusculanae disputationes*, I, 3.

33. Martina, *Ennio poeta cliens*, en *Quaderni di Filologia classica*, II, Roma, 1979, página 21 y siguientes.

34. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 605.

35. Zoeller, *Grundriss der geschichte der römischen litteratur*, Breslavia, 1891, página 29.

36. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 920.

tenaz persecución contra los usurarios para estrechar lazos con los mercaderes armadores, traficar con las tierras y comercializar con esclavos: insólitamente, se convertía en aquello que tanto desdeñaba.

No obstante el cálido esfuerzo de los Escipiones por irrigar las simientes del virtuosismo en una sociedad poco fértil, agilitaron la bonanza y el mercantilismo la degradación de las clases medias. Aun cuando la antigua y recta educación patria de la nobleza, robustecida pertinentemente con las doradísimas doctrinas helenas, se conservara intacta en las casas grandes, impulsaba la profusión de la riqueza entre los plebeyos a una juventud de dirigentes mediocres, ambiciosos, desaprensivos y venales, que menospreciaban las leyes e incurrían en una desvergonzada y audaz corrupción electoral; no sólo se apropiaban los generales inicuamente de los botines de guerra, sino que también prodigaban honores y tesoros a las legiones en abundancia, depredando a las ciudades vencidas,[37] sin siquiera guardar el decoro de respetar la sacralidad de los templos y los sepulcros.[38] Se había inficionado la antigua y pundonorosa disciplina de los soldados con la codicia y voracidad de las columnas itálicas, asentidas por la ferviente avidez de conquista de una aristocracia demasiado estrecha,[39] la cual precisaba, a la sazón, de su potencia: fácil cosa fue para la soldadesca captarse las atenciones de sus superiores, extorsionados por un manojo de ineptos que prometía represalias en los comicios. Surgieron en consecuencia capitanes pusilánimes, pero del agrado de las legiones.[40] Naturalmente, carecía Escipión de omnipresencia y omnisciencia para poder abarcarlo todo; y mientras se ocupaba de la dirección del Senado en aras de la reorganización del erario público, la repoblación de Italia y la disminución de los peligros y amenazas exteriores, tornando a los potenciales enemigos a unos contra otros, procurando el debilitamiento de Oriente por medio de aventuradas intrigas políticas para cimentar las bases de una serenísima república,[41] sigilosa y furtivamente, se movía Catón para apresurar su caída.

37. Livio, XXXIX, 5, 14 - 16.
38. Barzoni, *I Romani nella Grecia*, Londres, 1797, página 50.
39. Grazioli, *I grandi condotieri romani*, Roma, 1939, página 28.
40. Livio, XXXIX, 7, 3.
41. Schvarcz, *Die Römische massenherrschaft*, Leipzig, 1901, página 262.

Era consciente Catón de que arremeter abiertamente contra Escipión podría traducirse en la supresión de su bandería; demasiado inteligente como para permitirse tropezar, pero determinado a despojarlo de áureos lauros, trasladó su contienda al barro jurídico y con infamia urdió un bochornoso proceso legal, manifestándose los temores dormidos en las conciencias reveladas durante el decenio precedente; sublevados por Catón y su facción,[42] citaron los tribunos de la plebe a juicio a Lucio Escipión, situándolo en el epicentro de la tempestad, prevalidos de que carecía de categoría política y militar, y, por tal motivo, podía propalarse el tendencioso rumor de que había retornado de Asia abultados los bolsillos:[43] se le acusó, por lo tanto, de no rendir cuenta de las sumas percibidas de Antíoco. Residía el dilema, a la sazón, si debían incluirse dentro del botín los quinientos talentos que había de verificar el rey a la brevedad, en cuyo caso no había por qué declararlo, o dentro de la indemnización de guerra, siendo necesario exponer la apropiada contabilidad: sostenían los fiscales la segunda premisa. Mirado y prolijo, puso Lucio en orden sus cuentas. Mas, cuando se proponía a orillar todo indicio o asomo de sospecha, colérico por el escarnio público al cual era sometido a suma ignominia su hermano, despedazó Publio, ante un Senado perplejo, los libros de contabilidad, demandando un respeto para su familia.

Desdeñable cosa no conciliar con la precipitada, y probablemente equívoca, actitud adoptada por el vencedor de Zama: pues ¿cómo podría consentir tan denigrante manoseo a su hermano, que desvaído menudeaba el foro, atormentado por los denuestos y entuertos de una turba de necios que libaban de los espurios de los Catonianos? No eran los Escipiones, precisamente, la representación de la pureza y la probidad: los obscuros y controvertibles procederes durante la guerra anibálica y siríaca refieren mucho para un intelecto despierto. Mas una acusación de tamaña índole rayaba la incongruencia. Todos los generales hacían uso de los botines para cumplir con las legiones, corromper a reyezuelos, sufragar los secretos de los delatores.[44] ¿Por qué habían de obrar Publio y Lucio, de forma diferente?: ¿no

42. Plutarco, *Catón el Censor*, 15, 2.

43. Mommsen, *Römische Forschungen.*, II, Berlín, 1879, página 459.

44. Kovaliov, *История Рима*, San Petersburgo, 2002, página 325.

apartó Publio, acaso, una estimable cantidad de capital en Cartago Nova para financiar la empresa?, ¿no recibió dinero de Indíbil y Mandonio para aplacar las turbulencias de los cuarteles?, ¿no proporcionó numerosas recreaciones en Sicilia para solacear a los hombres? Eran tales modalidades comunes a todos los ejércitos y a todos los comandantes: ¿no fue, de hecho, una costumbre de Catón en Hispania para agradar a las legiones? ¿De qué podía culpabilizarse a Lucio, a la sazón, si usufructuó el dinero en aras de vencer? Se lo examine por donde se lo examine, era la persecución una muestra de la aberrante hostilidad y aversión de Catón hacia los Escipiones; y, muy verosímilmente, secundada por los celos oligárquicos de distinguidos senadores,[45] ahítos del impugnable comportamiento de varios de sus miembros, que, resguardados en la nombradía de *el Africano*,[46] tendían a adquirir un poder y una autoridad desmesurados en la Curia, procurándose para sí la dirección del gobierno.[47] No obstante, intercesión del tribuno Tiberio Sempronio Graco mediante,[48] acabó Lucio por evadirse de la degradante investigación basada en infundadas hipótesis;[49] aunque en modo alguno fuera suficiente para despejar la animosidad de sus perseguidores.

Envalentonado por aporrear la dignidad de una poderosísima familia y vislumbrando a Publio debilitado, suscitó Catón, hacia finales del 185, otra descarada incriminación, en un proceso harto obscuro. Citado Publio a comparecer ante los comicios tributos, se retrotrajeron los magistrados a los escandalosos sucesos de Locros con el objeto de profanar la figura del virtuoso capitán, y sin tapujos se lo imputó por corrupción y traición a la patria; es decir: un delito de *perduellio*.[50] ¡Fue la repugnancia de Publio viva![51] Se le atribuía, sin evidencias, y acodados los tribunos en meras sospechas partidas de la liberación de su hijo sin el debido pago de rescate, que

45. Visconti, *I. A. R. P. A. E.*, I, París, 1817, página 44.

46. Tenney, *Rome*, en *C.A.H.*, VIII, Cambridge, 1930, página 365.

47. Corrado - Ferrero, *Storia Antica*, I, Florencia, 1921, página 200.

48. Aulo Gelio, VI, 19, 7; Pascal, *Fatti e leggende di Roma antica*, Florencia, 1903, página 91.

49. Niccolini, *La questione dei processi degli Scipioni*, en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, Octubre 1898, página 58.

50. Pascal, *Fatti e leggende di Roma antica*, Florencia, 1903, página 78.

51 Apiano, *Siria*, 41.

había aceptado dinero del rey para lenificar las condiciones de paz por mor de significarle a África, a Hispania, a Grecia, a Asia y al vasto y ancho orbe que era el príncipe de Roma,[52] y que producía su palabra parigual efecto que un decreto senatorial. ¡No tenía burdo dislate asidero! De modo que pudo eludir la pena capital, pero a un coste elevadísimo: pues apeló a la demagogia, rememorando en la tribuna Rostral su hazaña contra Aníbal,[53] para interrumpir súbitamente su ardoroso discurso y encaminarse hacia el Capitolio, perpetuando su opado trayecto por todos los templos del foro, amparado y cortejado por una ruidosa multitud,[54] encomendando su inocencia al soberano juicio de los dioses. Irresuelta la votación en los comicios centuriados, y, a la sazón, alcanzada la absolución,[55] ávidos formularon sus perseguidores a los comicios tributos un proceso de multa mediante la *rogatio Petilia*: ordenadas sus cuentas ante el Senado durante la primera sesión, hastiado y apesadumbrado tras tanto hostigamiento, partió Publio de Roma para sumo contentamiento de los Catonianos por la aciaga reclusión del otrora prohombre en su villa de Literno, debiendo de alborozarse en sus reuniones privadas los amantes de la mordaz y sutil prosa reproduciendo las punzantes escenas de Plauto en su *Bacchides*, brindada en el teatro hacia el 187,[56] y la cual espiraba un abrasivo aliento antiescipiónico.[57]

Había consumado Catón su cometido: fuera Roma del alcance de Escipión, se erigía como el nuevo rector del Senado. Menguados los Escipiones, era necesario abatir el portentoso roble de los Flamininos: arrodelado Tito por mor de su nombradía, con sapiencia acometió contra su hermano. Electo censor en el 184 junto a Valerio Flaco, hecha la revisión de las personalidades ilustres, expulsó a Lucio. ¿Era intransigente arbitraje un inconfundible recado a Tito por su proximidad a Escipión? En todo caso, motivos holgaban; habituado Lucio a los desenfrenos y el libertinaje, quedaron al descubierto, a la sazón, sus descomedimientos e incorrecciones: con autori-

52. Livio, XXXVIII, 51, 4.
53. Aulo Gelio, IV, 18, 3.
54. Apiano, *Siria*, 40.
55. Pascal, *Fatti e leggende di Roma antica*, Florencia, 1903, página 88.
56. Michaut, *Histoire de la comédie romaine*, II, 1, París, 1920, página 87.
57. De Lorenzi, *Cronologia ed evoluzione plautina*, Nápoles, 1952, página 186.

dad le reprochó Catón su infamante partida a la Galia, cuando cónsul, transportando en su litera a su efebo Filipo, con la promesa de adornarlo con gruesas perlas, atildarlo de seda y ceñir a descarnados dedos con brillantes anillos engastados de piedras preciosas. Según parece, en uno de sus tantos escarceos, abotargado por el vino, accedió Lucio a dar muerte a un noble boyo, cuando acudía a su tienda para peticionar garantías, estrictamente para vana complacencia de su huésped:[58] nada pudo hacer Tito para obstar el impiadoso desdoro. Luego se ensañó contra *el Asiágeno*, privándolo de su corcel, y contra las mujeres, aún acibarado por mor de la derogación de la ley Oppia: se les confirió a los tasadores la expresa instrucción de registrar el valor, multiplicado por diez, de ornamentos y ropajes femíneos y carruajes. Pero no todas las acciones estuvieron orientadas a sanar antiguas heridas; satisfecha la ciudadanía con la abolición de la pena de muerte en el ejército,[59] se suprimieron las conducciones de agua pública a edificios o villas privados, y se demolieron los inmuebles en posesión de los particulares en terrenos públicos: prestamente se dio ensanche al empedrado de calzadas en la ciudad y arrabales, se limpió el alcantarillado, se construyó un dique en las aguas de Neptuno, se levantó la basílica Porcia y se dotaron a las colonias de Pésaro, Módena y Potencia,[60] fundadas previa censura de Catón por la agrupación Escipiónica,[61] con las instituciones del completo derecho de ciudad,[62] interesado especialmente Catón en brindar una oportunidad de provisión a ciudadanos egenos.[63] ¿Encarnaba Catón la política de Gayo Flaminio Nepote o consumaba, estrictamente, una política oportunista y demagógica?[64] Sea como fuere, agradable su gestión entre las clases medias, comenzaron a descuidar a los Escipiones para alinearse detrás de su nuevo bienhechor; mas eran los tiempos diferentes a cuando la penetrante visión de reformas del indiscutible representante de la cámara democrática. Conforme se consagraba Publio en roturar la tierra con sus propias yemas

58. Livio, XXXIX, 42, 12.
59. Rotondi, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, 1962, página 269.
60. Veleyo, I, 15, 2.
61. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 233.
62. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 777.
63. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 238 y siguiente.
64. Véase Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 191.

para ahogar penas por el afrentoso trato padecido,[65] y enternecido contemplaba los retratos de su padre y su abuelo para memorar pundonoroso su noble casta,[66] soportando con edificante hidalguía la esquiva fortuna, principiaba Roma en los desórdenes morales: trasladaban los generales a la ciudad a polivalentes artistas griegos y a una escalofriante diversidad de fieras para lucir en sus pomposas conmemoraciones;[67] y retornaban los soldados de las campañas de Asia con variopintas colecciones de lechos de bronce, colchas, tapices y bártulos laborados finamente en plata.[68] Propició la codicia del lujo y el boato la especialización de la orfebrería, disparándose el comercio aurífero.[69] Engrandecidos, trocaron los orfebres en banqueros,[70] y estacionaron sucursales administradas por sus esclavos y emancipados en los puntos más apartados adonde se extendían sus negocios,[71] incrementándose los préstamos en beneficio de usurarios congénitos.[72] Se reproducían los carniceros,[73] cocineros,[74] herreros,[75] y se instalaban en la ciudad italianos y peregrinos con sus pequeños emprendimientos: tenerías, sastrerías, zapaterías, puestos de fragancias importadas,[76] tabernas, posadas,[77] mancebías,[78] mercados de esclavos. Se multiplicaban los juegos de gladiadores con motivo de los funerales,[79] sedienta la plebe de violencia y sangre. Aumentaba la demanda de esclavos orientales por su conocimiento sobre

65. Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 86, 5.

66. Salustio, *Bellum lugurthinum*, 3, 5.

67. Livio, XXXIX, 22, 2; Friedlaender, *D.S.G.R.*, II, Leipzig, 1920, página 141.

68. Livio, XXXIX, 6, 7.

69. Gummerus, *Die römische Industrie*, en *K.B.G.*, XIV, Leipzig, 1915, página 132.

70. Polibio, XXXI, Fr., 27, 6; Carnazza, *Il diritto commerciale dei romani*, Catania, 1891, página 72

71. Plauto, *Epidicus*, 199; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 822.

72. Plauto, *Curculio*, 480 - 483.

73. Plauto, *Epidicus*, 199; Terencio, *Eunuchus*, 258.

74. Livio, XXXIX, 6, 9.

75. Plauto, *Rudens*, 531.

76. Ídem, *Aulularia*, 505 - 520.

77. Marquardt, *Römische Privataltherthümer*, II, Leipzig, 1867, página 79.

78. Plauto, *Poenulus*, 275 - 270; Polibio, XXXI, Fr., 25, 4.

79. Livio, XXXIX, 46, 2.

tejidos, tintes, perfumes o ungüentos, gozosas las mujeres de poder afinar su repertorio de seducción con burdos trucos de tocador.[80] Enmagrecía el acatamiento a las autoridades formativas,[81] dispensando las faltas los padres a mozos altaneros y pendencieros. Y, repugnante cosa: ¡se ejercía la pederastia![82] Redrojos del espíritu mercantil y de una creciente nobleza advenediza: con impetuosa celeridad se disolvía la antigua nobleza aristocrática - plebeya, cediendo sitio la prosperidad financiera a una nueva nobleza conformada por *equĭtis* que rendía culto al dinero.[83] Hacíase carne el lujo, la glotonería y la embriaguez en perdularios espíritus, intensificándose la descomposición de las tradiciones y las costumbres; desbordada por las atracciones irracionales, y peligrosamente receptiva a las futilidades femeniles, ¿qué más podía ser Roma sino esclava de sus propias pasiones?

Inmersa la ciudad en un pernicioso teatro de lenta agonía, abrazaba Plauto la expiración de su tránsito terrenal, penetrando apaciblemente las puertas del sueño eterno; tenía 69 ó 70 años, y ya había completado con excelsitud los empíreos designios de Talía. Resuelto a ser digno de portar el cetro de admirable rama de frondoso laurel,[84] reservados por las Musas para las conciencias favorecidas por su próvida intercesión, rejuveneció Plauto la esencia y naturaleza del pueblo romano, al través del deleite que le producían sus obras: un poco de comedia sobria y otro tanto de prostitución escénica.[85] Con soberbio arte apeló a las vicisitudes que padecían los pubescentes enamorados, tímidos e indecisos, sin los recursos para redimir a su amada; a los esclavos, cuyas virtudes socorrían a sus amos ante los apuros; a las

80. Ciccotti, *Donne e política negli ultimi anni della Repubblica Romana*, Milán, 1895, página 13.

81. Plauto, *Bacchides*, 440 - 449.

82. Plauto, *Curculio*, 482; Polibio, XXXI, Fr., 25, 4; Dufour, *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde depuis l'antiquité la plus reculée jusqu'a nos jours*, I, Bruselas, 1851, capítulo 333 y siguiente; Dupouy, *La prostitution dans l'antiquité*, París, 1887, página 158 y siguiente; Rein, *Das criminalrecht der Römer von Romulus bis auf Justinianus*, Leipzig, 1844, página 863 y siguientes.

83. Funck - Brentano, *Grandeur et décadence des aristocraties*, París, 1907, página 12.

84. Hesíodo, *Teogonía*, 32.

85. Barbieri, *Plauto ed il suo teatro*, Milán, 1873, página 68.

cortesanas, descaradas, manipuladoras, frías y egoístas; y a los alcahuetes, soldados petulantes, comerciantes y traficantes, procurando así recrear escenarios cotidianos de la ecúmene romana y de las ciudades frecuentadas durante su truncada aventura como mercader. Retrata, por ejemplo: la habitual incertidumbre entre contraer matrimonio por interés o por sincero amor;[86] las apasionadas serenatas de estómagos impulsivos;[87] la prodigalidad de mozos disolutos y odiosos;[88] los adulterios,[89] así como la integridad y continencia de consortes devotas a sus casados.[90] Nada se le escapaba a este cautivante genio, que depuraba las comedias griegas con su estilo característico y las aderezaba con personajes originarios del campo y la ciudad. Inspirado por etéreo, misterioso y armonioso canto, fue Plauto una suave brisa vernal durante la guerra de Aníbal: contrariada la población por mor de las tempestades que azotaban la barca de la república, esforzado procuró arrancar de pálidas caras una sonrisa. No se puede, no obstante, desconocer el reprensible hecho de que contribuyó al acoso contra los Escipiones.[91] También Nevio apuntó contra *el Africano* en alguna que otra ocasión, revelándonos la activa participación de prestigiosos poetas en los trasfondos políticos. Era la influencia de Plauto, sobre el vulgo, estimable: sobre todo si consideramos que se constituía el grueso de su audiencia de hombres privados de una educación ilustrada, fáciles de manipular y de hacer redireccionar su tendencia o desdén hacia los campeones populares. No era viable, a la sazón, acondicionar una escena compleja o de dificultosa aprehensión; de modo que recurría a las bromas sencillas, ya fueran elogiables o criticables, para alcanzar su cometido:

Atque ego quoque etiam qui Jovis sum fílius,

86. Plauto, *Aulularia*, 120 - 175.

87. Ídem, *Curculio,* 145. Sobre la asiduidad de las empalagosas serenatas en las moradas de las doncellas, véase Fabbri, *Le serenate presso i Romani*, en *Atene e Roma*. *B. S. I.,* Florencia, 1911, página 92.

88. Plauto, *Mostellaria*, 1 - 50.

89. Ídem, *Asinaria*, 235 - 250; *Miles gloriosus*, 120 - 155.

90. Ídem, *Stichus*, 1 - 50.

91. San Agustín, *De civitate dei,* II, 12; Michaut, *Histoire de la comédie romaine,* II, 1, París, 1920, página 73 y siguiente.

Contagione mei patris, metuo malum.[92]

Lograban las situaciones ordinarias y ridículas vincular a su público, gracias, en gran medida, a sus personajes grotescos y soeces:

Veterem atque antiquom quaestum maiorum meum
Seruo atque obtineo et magma cum cura colo.
Nam numquam quisquam meorum maiorum fuit,
Quin parasitando panerint unetris suos.
Pater, avos, proavos, abavos, atavos, tritavos
Quasi mures semper edere alienun cibum:
Neque edacitate eos quisquam poterat vincere:
Neque eis cognomentum erat duris capitonubis.[93]

Captaban sutiles matices el interés de la muchedumbre, necesitada de breves prólogos para introducirse en la temática y descubrir a los protagonistas:

Nunc, huc qua causa veni argumentum eloquar.
Primumdum huic esse nomen urbi Diphilus Cyrenas voluit.
Illic habitat Daemones
In agro atque villa proxima propter mare,
Senex qui huc Athenis exul venit, hau malus.
Neque is adeo propter malitiam patria caret,
Sed dum alios servat, se impediuit imterim:
Rem bene paratam comitate perdidit.[94]

Fue Plauto un apasionado de la comedia, un intelectual con singulares y extraordinarios rasgos de espontaneidad y viva imaginación, un faro en la borrosa y densa bruma de una Roma inculta y principiante en las representaciones teatrales, logrando asentar mediante su grácil sutileza, elegancia y prodigiosa ductilidad los pilares de la comedia latina: cincelado su nombre sobre imperecedera piedra, se durmió en los brazos de la diosa silenciosa; a

92. Plauto, *Amphitruo*, 30.
93. Ídem, *Persa*, 53 - 55.
94. Ídem, *Rudens*, 32 - 37.

su dicha -si se me concede hacer uso de tan indiscreta enunciación-, marchó antes de continuar presenciando la degradación ética y moral de las nuevas generaciones, ávidas de medrar y amasar riquezas.

Desgarrada Roma en sus entrañas por la introducción del lujo y un progresivo espíritu mercantil, se procuró, en las elecciones para la administración del 183 antes de Cristo, reconducir el macilento cuadro, atendiendo, en primer término, la política exterior; elevados al consulado Marcelo y Quinto Fabio Labeón, acudieron a la ciudad legaciones representativas de los pueblos colindantes a Macedonia para enunciarse contra los desafueros operados por Filipo. También se apersonó Ateneo, hermano de Éumenes y el menor de los cuatro hijos del fenecido Átalo I Sóter y su consorte Apolonia de Cícico,[95] notablemente enervado, supuesto que persistían las guarniciones del reyezuelo en Tracia y se expedían huestes a Bitinia para engrosamiento del ejército de Prusias, que agreste acometía contra sus dominios.[96] Se hallaba el Senado desbordado: malsufridos reclamaban los tesalios, los atamanes, los perrebios, los epirotas y los ilirios la restitución de los territorios, los esclavos, los rebaños, las deudas pendientes. Había expedido Filipo a Demetrio para conferenciar, con una libreta donde guardaba anotado, de modo sucinto, cómo proceder en cada asunto según la legación. Encariñados los senadores con Demetrio por su sincero afecto a Roma, se conmovieron ante su mocedad y su inexperiencia en tales compromisos, y dictaron anunciar a los legados de los pueblecillos que respaldaban las réplicas de Demetrio. No obstante, por mor del riesgo que suponían los ejércitos de Tracia, se le recuestó a Filipo el desmantelamiento de los cuarteles: agudizó firme declaración las fricciones entre el reyezuelo y Roma, especialmente cuando se difundió por toda Macedonia que había preconizado el Senado a Demetrio, considerándolo Filipo y Perseo como un ultraje. Por añadidura, se habían entablado conversaciones secretas entre Demetrio y Flaminino; así pues, cuando en cierta ocasión se le escribió a Filipo para que remitiera a su hijo nuevamente a Roma, pero escoltado, a la sazón, por un dilatado cortejo de amistades y servidores para su regocijo, recelando de que se lo estuviera preparando el solio, advirtió Perseo a su padre sobre la

95. Estrabón, XIII, 4, 2.
96. Polibio, XXIII, Fr., 1, 4.

necesidad de darle muerte: delgadas las paredes del palacio, recelándose que trocara Demetrio en un informante senatorial, inadmisible para Filipo el inmolar a su legítimo heredero, se lo fue apartando del círculo de la corona.

Entretanto, partió una legación presidida por Flaminino, principal garante de los asuntos diplomáticos en Oriente,[97] a Bitinia, para que diera explicaciones Prusias sobre las maliciosas agresiones contra Pérgamo; en su estancia, avistó Flaminino patrullando los pasillos a Aníbal. Tras la batalla de Magnesia, y la cláusula en el tratado que reclamaba su inmediata cesión, anduvo errabundo por los escondites de Oriente,[98] desazonado y apesadumbrado, hasta ser integrado en la corte real; guardaba conocimiento el Senado de tal situación, mas se hacía el desentendido por mor de su vejez y debilidad.[99] Según parece, precavido del largo brazo del gran imperio naciente, y de la indisimulable blandura de su circunstancial protector,[100] provisto de una modesta morada para su intimidad y sus quehaceres, acondicionó Aníbal la recámara hasta con siete galerías subterráneas en caso de súbita necesidad; ya conminado Prusias por Flaminino para su inmediata extradición, ya brindada voluntariamente por el propio anfitrión,[101] se dispuso a huir:[102] frustrada la intentona por el cuerpo de centinelas, terminó por recurrir a la fría y cáustica caricia del veneno. Cesaba así la intensa llama que promovió los peores incendios en Italia. La perdición de Flaminio, Graco y Marcelo. La mente detrás de Cannas. La humanidad detrás de la quimera.

97. Véase Polibio, XXIII, Fr., 5, 1.

98. Mommsen, *Römische Geschichte,* I, Berlín, 1856, página 727.

99. Plutarco, *Flaminino*, 20, 4.

100. Livio, XXXIX, 51, 4; Plutarco, *Flaminino,* 20, 7.

101. Krug, *Die senatsboten der römischen republik*, Breslavia, 1916, página 45 y siguiente.

102. Aun cuando la documentación preservada expone a Tito como el encargado de solicitar la extradición, insto al lector a confrontar la verosímil hipótesis de Visconti, *I. A. R. P. A. E.*, I, París, 1817, página 60, n1, el cual observa en su hermano Lucio al hostigador, que, mancillada su reputación por Catón, procuró concitarse el indulto del pueblo mediante una acción tanto precipitada cuanto irresponsable.

Fue su muerte motivo de estupor en el Senado:[103] se reprobaba a Flaminino por su negligencia e insensibilidad en un asunto político tan delicado, encaramándose en contraste el señorío de Escipión; vencedor en Zama, descartó la posibilidad de recuestar la cesión de Aníbal, y aun le exculpó de las falsedades que ágil desparramaba la plutocracia cartaginesa, derivante de un infamante exilio, y se desentendió de su paradero posterior al tratado de Apamea. Era Escipión dechado de la integridad romana, y pronto se comenzó a deplorar su voluntario y lacerante destierro a Literno: vegetaba Escipión en el ostracismo, sumido en la lectura y en sus propios versos,[104] consumiendo su tiempo en compañía de su hermosa esposa, Emilia Tercia, y de su pequeño retoño, Cornelia la menor; consumaba las fatigas del campesino,[105] perpetuando las rudas jornadas laborales, a las cuales dóciles se sometían los primeros padres; acogía a los importunos, aun cuando recelara de sus intenciones,[106] y congojado penaba la aciaga muerte de su hermano,[107] extenuada y abatida frágil naturaleza por mor de la malquerencia de Catón. Recluido entre íngrimos y húmedos muros de piedra labrada, refrescaba esporádicamente su desbarbado[108] rostro merced a los dorados haces que revelaban el encanto y la beldad de los ornados jardines,[109] custodiados, a su sosiego, por petrosas torres, y saciaba sus silentes labios con el frescor y sedosidad de las abundantes aguas almacenadas en la holgada cisterna. Deteriorada otrora conciencia minerva por las crueles circunstancias, fue la llama de Publio extinguiéndose, despojado en suma infamia de su amada patria, clamando contra los insensatos y desagradecidos que es-

103. Documenta Plutarco, *Flaminino*, 21, 14, que, aún en su tiempo, se susurraba en los escondrijos de la Curia que el objeto de la legación no era otro que darle muerte a Aníbal; pero son sólo eso: susurros. —Obsérvese, por verbigracia, el relato de Nepote, *Aníbal*, 12, 1 - 2, el cual refleja la antedicha disquisición.

104. Pierron, *Histoire de la littérature romaine*, París, 1869, página 50.

105. Plinio, *Naturalis historia*, XIV, 49.

106. Valerio Máximo, II, 10, 2.

107. Séneca, *Consolatio ad Polybium*, 14, 4.

108. Aulo Gelio, III, 3, 15.

109. Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium*, 86, 4.

quivaron la hoja de Aníbal merced a su providencial estro castrense.[110] Ingresó purgante ánima en los fértiles y cálidos valles Elíseos plagado de honores:[111] toda Roma evocaba sus gestas: en Hispania, en Italia, en África;

110. Aunque hubiera preferido verter más líneas sobre su actividad durante el destierro, he debido limitarme a la información y aportes suministrados por las fuentes antiguas, debiéndome ser necesario discriminar entre los sucesos más próximos a la ficción y la especulación moderada de historiadores entusiastas, engendradas a partir de sucesos veraces o, cuando menos, plausibles, de los acontecimientos verídicos que guardan correspondencia con los actores examinados y la época. Ruego dispensa al lector por ser incapaz de poder ahondar en tan obscuro pasaje de la vida del gran héroe: nada puede serme tan ingrato como faltar a sus expectativas; pero más ingrato seríame faltar a la verdad, bien supremo que guía y ordena nuestro estudio. Queden mis motivos al descubierto: puedo ser yo capaz de cometer yerros, inherentes a mi naturaleza y mi condición, incluso cuando en mi ambicioso afán procure enmendar las imprecisiones de reputados académicos, incurriendo, a mi vergüenza, en otras nuevas por carecer de un intelecto sutil y revelado; mas jamás habré de deformar episodios intencionadamente ni sembrar escenarios ficticios por mor del vano y mezquino horizonte de exaltar, mediante falacias y embustes, la exposición, la cual, a suma dificultad, procura disimilar mis defectos como historiador y escritor, desviándome perniciosamente de mi preocupación inicial: contribuir, desde una perspectiva objetiva, superadora y novísima, en el tempestuoso y siempre revuelto piélago de la historiografía romana.

111. Suplico comprensión y discreción del lector en la descripción de un retrato figurativo, por respeto a tan proverbial aureola; aunque ya nos ilustra, y con suma claridad, Enodio, *Opuscula*, II, 131: «(…) *criminosis junctus est aequi observantissimus, quia Christum ignoravit, Scipio*». Mas, ininteligible la insondable Misericordia divina a nuestro finito y limitado raciocinio, tampoco hemos de desestimar la redención de su alma una vez descendido nuestro Señor Jesucristo en los infiernos, en aras de fijar las ataduras del Maligno, previo triunfo sobre la muerte mediante su Gloriosa Resurrección, como se nos ha revelado. Ya yaciera Escipión en el infierno de los réprobos, donde únicamente descendió nuestro Señor Jesucristo para impugnar la incredulidad y la malicia de los condenados, ya yaciera en el purgatorio para expurgación de las imperfecciones, donde hubo de infundir esperanzas nuestro Señor Jesucristo a penitentes almas de alcanzar la patria celestial, no corresponde a mi insignificante existencia el decretar su condena o salvación en los perfectísimos misterios del inabarcable Designio Divino. — Sobre el descenso de nuestro Señor Jesucristo a los infiernos, materia largamente abordada por los Doctores de la Iglesia, estribo mi fragmentaria descripción en los precisos y deslindados comentarios de santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 52, a. 2, ra.

su laborosa actividad para fundar una clase directora de una nueva Roma receptiva a la cultura helénica; su decencia, su recato, su piedad,[112] su decoro,[113] su circunspección.[114] Aficionado a las bellas artes, de intelecto sutil y de sublime flexibilidad de espíritu, vigiló todos sus proyectos con equilibrada armonía y belleza, fomentando, con infatigable actividad, la instauración de una clase directora plenificada intelectualmente. Ocupará al lector valorar sus injuriosos devaneos;[115] su permisividad y largueza con las legiones;[116] su severidad con los farsantes, insidiosos y traicioneros;[117] su deleznable proceder contra los civiles de Qart Hadasht; su visceral y extremada tendencia a la gloria; su pertinacia por entrampar a la masa usufructuando la versión que refería a sus orígenes divinos;[118] su frágil moderación con sus detractores;[119] su descomedido sentido del orgullo;[120] su vanidad;[121] su pecaminosa necesidad de encantar a los hombres.[122] No siempre obró como le impelía la nobleza que moraba en su alma, pero fue esa nobleza la que lo inspiró a concretar proezas dignas de rivalizar con las de Alejandro, y aventajándolo en significativos matices; pues según avasallaba *Magno* a pueblos privados de una apropiada organización militar,[123] haciendo un excelente uso del adiestrado ejército heredado,[124] era su carne corrompida por una insaciable necesidad de conquistas[125] y despotismo.[126] En contrapo-

112. Livio, XXVI, 19, 5.

113. Plinio, *Naturalis historia*, XVI, 14.

114. Plutarco, *De fortuna*, 97C; Livio, XXXVIII, 56, 12.

115. Aulo Gelio, VII, 8, 5; Valerio Máximo, IV, 7, 1.

116. Livio, XXIX, 19, 12.

117. Valerio Máximo, II, 7, 12.

118. Polibio, X, Fr., 2, 12.

119. Plutarco, *Catón el Censor,* 3, 6.

120. Frontino, I, 12, 1.

121. Polibio, XXXIII, Fr., 14, 3.

122. Ídem, X, Fr., 40, 1 - 6.

123. Livio, IX, 19, 11; Díaz Carmona, *Compendio de historia universal*, Granada, 1905, página 153 y siguiente.

124. Arriano, *Anábasis*, IV, 8, 5.

125. Véase la pertinente leva de sus «*Epígono*s», bajo el expreso imperativo de incrementar sus filas para oponer ulteriores contiendas. —Arriano, *Anábasis*, VII, 6; Curcio, VIII, 5; Plutarco, *Alejandro*, 47, 6;

sición, sometido el temible Aníbal, procuró Escipión suprimir de Roma las ambiciones de conquistas y desmesuradas anexiones territoriales engendradas sucesivamente tras la culminación de la primera guerra púnica;[127] impulsó la restauración del erario público; fomentó una precisa política agraria para verdor de Italia; y con excepcional talento sublevó a Macedonia contra Siria, a Siria contra Egipto, a Pérgamo contra Macedonia. Si era Roma la indisputable potencia de Occidente y asediaba a los imperios de Oriente, mucho, si no todo, atañía a su preclaro genio.[128] Fue, en efecto, un adelantado a su época,[129] un brillante dirigente, tanto por su ingenio militar,[130] invicto en combate, cuanto por su esclarecida visión política. Y, sin embargo, murió albergando un intenso odio contra una patria indiferente ante su malaventuranza,[131] reposando a perpetuidad sus restos en su villa de Literno,[132] y su inmarcesible reminiscencia en la memoria de su pueblo. Dominada Roma por la purgante congoja, y hostigados sus calumniadores en la vastedad de sus lóbregos pensamientos por la destemplanza del verdugo tormento, no hubo casa grande que no deplorara la irreparable pérdida, sumidas las almas en un abstruso dolor, abrasados los corazones por la grandeza de espíritu de Publio Cornelio Escipión: *imperator*, *el Africano,* tronador *rayo de guerra*:[133] el invicto *Scipiadas*.[134]

---

126. Cf., por caso, el sórdido proceso contra Calístenes. —Curcio, VIII, 5, 13 - VIII, 8, 21.

127. Véase el apéndice crítico.

128. Anthologia latina, *Appendix,* 945, 6.

129. Gerlach, *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele,* Basilea, 1868, página 152.

130. Frölich, *Die bedeuteung des zweiten punischen krieges für die entwicklung des Römischen heerwesens*, Leipzig, 1884, página 33.

131. Livio, XXXVIII, 53, 8.

132. Séneca, *Epistulae morales ad Lucilium,* 86, 1.

133. Virgilio, *Aeneis,* VI, 842 - 843.

134. Lucrecio, *De rerum natura,* III, 1034; Silo Itálico, *Punica,* VII, 106.

XIX

ROMA: SEÑORA DE OCCIDENTE

Se disponía así un nuevo escenario en la configuración de Roma: evanecidas las fulgentes auras de Escipión y su hermano, todo denotaba que contenderían Catonianos, Flamininos, Claudios y Fulvios[1] por las riendas de la república; la expectación por dar ensanche a los designios particulares y egoístas que abarcaran la incorporación de abundantes territorios y la amalgama de nuevas culturas se cernía sobre la Curia: ¿quién habría de interponerse, a la sazón, contra los programas codiciosos, letificados sus ideólogos por la nombradía de Roma? La altiva Cartago, a pesar de los descomunales sacrificios y del talento de sus vástagos, cedió ante el poderío y tesón de las legiones. Y la relumbrante Grecia, tan culta, tan opulenta, se ofreció fácil presa por sus divergencias intestinas y su miopía política.[2] La sumisión de Cartago, la dominación de Grecia y las fortuitas expediciones en Asia menor acabarían por avivar nuevos proyectos bélicos: había de batir Roma sus alas y dar vista a territorios jamás antes conquistados: ¿síndrome de Alejandro? Pues tras las calamidades de la guerra anibálica prosiguieron una serie de magníficas conquistas que trajo en tren botín y ganancias a todas las clases, amordazando el ansia de reformas iniciado por Flaminio que especulaba Catón con revitalizar. Peregrinaba Roma por un estrecho sendero de recta piedad y devoción a las divinidades latinas y sincretismo litúrgico; desafiaba a la vieja conciencia latina mediante la irrupción de una novísima cultura cosmopolita; esculpía su grandeza a fuerza de institución y abría el campo al estudio de las ciencias y las artes; y, en fin, se impregnaba

1. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 177 y siguientes; Willems, *Le sénat de la république romaine*, II, Lovaina, 1883, página 94.

2 . Rosenberg, *Geschichte der römischen Republik*, Leipzig, 1921, página 37.

del inconfundible espíritu de innovación juvenil, que, desdichadamente, permea en toda época el depravamiento del orden moral y corresponde a los pocos genios clarividentes su rectificación. Aun apremiada por los terremotos internos y la intransigencia y tenacidad de los enemigos, hizo Roma de Italia la primera entre naciones; con el poder mundial en el horizonte, ciegos valles y frondosos bosques se alzaban tras las montañas, e indeclinables amenazaban numerosas hordas con perturbar el remanso y la prosperidad: ¿la inalienable constitución viril de la aristocracia y el pujante carácter patrio, bastarían para absorber tan violento impacto? Tronaba ensordecedora inquietud en las tribunas del Senado.

Aunque disponibles experimentados y flexibles soldados para adaptarse con pragmatismo a las vicisitudes y contingencias meditadas con sutil paciencia en los pensamientos de capitanes de petrificante nombradía,[3] antes de madurar campañas militares de envergadura, debía atender el Senado, en primer término, los desórdenes en Roma, en el Lacio, en la Campania, el Brucio, la Apulia, la Basilicata. Aun cuando procuró Escipión durante su censura el repoblamiento de los amplios y fértiles campos de la Italia meridional, arruinados y empobrecidos por mor de la guerra anibálica,[4] tras un bienio de su muerte, para cuando tras tanto derroche de esfuerzos y energías no recompensaba la tierra las duras fatigas a causa de una prolongada sequía,[5] era irremediablemente desasistida, prevaleciendo en los grandes señores, de ordinario asentados en la ciudad,[6] el afianzar sus inversiones en los circuitos comerciales, para en lo sucesivo adquirir los cereales y granos de las fecundas bodegas de Sicilia.[7] Fomentaba común práctica la proliferación de una mocedad floja, afanosa por asir las armas para expoliar a pueblos opulentos en recursos y capital, cediendo los inmensos baldíos a cuadrillas de esclavos y salteadores como punto de concentración dilecto para la perpetración de violentas depredaciones en las pequeñas granjas vecinas;

3. Véase la pertinente disquisición de Dodge, *Hannibal: a history of the art of war among the carthaginians and romans down to the battle of Pydna, 168 B. C., with a detailed account of the second punic war*, II, Boston, 1891, página 636.

4. Micali, *L'Italia avanti il dominio dei romani*, II, Turín, 1852, página 296.

5. Livio, XL, 29, 2.

6. Corrado, *Una misura eccezionale dei Romani*, Roma, 1900, página 14.

7. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 640.

con pertinacia perpetuaban las mujeres su singular campaña para aforrar frívolas existencias con refinados atuendos y disimular la miasma mediante las fragancias importadas de Oriente. Retribución de los dioses a una generación ávida del boato, la necedad y, a su pródiga impudicia, propensa a profesar una vergonzosa servidumbre a ídolos de barro, se esparció una mortífera peste por las campiñas, los suburbios y las principales arterias de Roma:[8] diariamente se podía apreciar una dilatada colección de lechos fúnebres,[9] desbordadas las estrechas callejuelas por la interminable procesión de silentes mortajas, posadas con elegancia sobre tapices de púrpura o delicados bordados de oro; la parentela, vistiendo de obscuro y exentos de ornatos, brindaban sus respetos a la memoria de patricios de reputada distinción, guardando su distancia el bajo pueblo de tan conmovedor cuadro, indiferente ante la desgracia de los hijos, la esposa, las amistades, los clientes, los emancipados.[10] ¿Y por qué habría de enlutarse? Carecían sus difuntos del relumbrante desfile de carros con mímicos o histriones ataviados con el ropaje correspondiente a las funciones que habían desempeñado durante su ejercicio público, el cual venía casi que a enrostrar la imperecedera dignidad de preclara *gens*. ¡Hasta los manes habían de emerger en la *rostra* durante la *laudatio funebris* para ennoblecer su casa! Luego, durante los subsiguientes días, obligatoriamente se oficiaban espectáculos de gladiadores para el esparcimiento del vulgo.[11]

Sinuosas las aguas de la república, y agitada la barquilla del Senado, se procuró restablecer la estabilidad en una sociedad apaleada largo tiempo por razón de las insalvables desavenencias surgidas de las inacabables disputas entre agrupaciones; perecidos los Escipiones, especulaba Catón con la posibilidad de acrecentar su influencia en la Curia y disponer de la inclinación de la ciudadanía. Sin embargo, aún debía vigilar las intrusiones de un intrépido Flaminino, pronto por captarse la voluntad de preponderantes magistrados, degradados en sus funciones tras la defunción de *el Afri-*

8. Livio, XL, 19, 3.

9. Obsecuente, 6.

10. Terencio, *Andria*, 115 - 125.

11. Piganiol, *Recherches sur les jeux romaines*, París, 1923, página 135; Sayous, *Etudes sur la Religion Romaine et le Moyen Age Oriental*, París, 1889, página 15.

cano, recelosos de las cautivantes andróminas que propalaba la bandería Catoniana para hacerlos virar en su dirección: espíritu visionario y de fuerte carácter, se reputaba Flaminino idóneo para consolidar su ascendiente mediante la integración de las fuerzas del anillo de los Escipiones en su agrupación,[12] al par que cultivaba relaciones de clientelismo con una importante red de advenedizos: meros latinos arribados a Roma para ejercer el pequeño comercio y los oficios humildes. Inscriptos en la lista de ciudadanos durante su censura en conjunto con Marco Claudio Marcelo, apuntalaba a su cámara con *equĭtis* de dudosa procedencia, magistrados deshonestos y un tropel de horros y peregrinos.[13] ¡Cuán distorsionado fue el curso de acción implementado durante su gestión en contraposición a los designios perseguidos por Escipión, consciente de la necesidad de fomentar una política agraria y hacer de los campos la sementera de robustos corazones de un pueblo sumamente piadoso y viril!

Desdeñados los aperos por una generación perezosa para las labores forzosas, y dispensada implícitamente por el representante de un grupo con preeminencia en las tribunas, lentamente se daba inicio a la descomposición de la aristocracia romana, campesina y guerrera, promovida por un hatajo de desmañados, hambrientos de los más groseros vicios y diversiones: no sin razón fue necesario sancionar, hacia el 181 antes de Cristo, la *Lex Orchia de coenis*[14] para regular el número de huéspedes en las hospederías y la *Lex Cornelia Baebia de ambitu* para sofrenar el fraude electoral.[15] Cedía la antigua probidad en las casas de acaudalados noveles, que, diligentes, acobijaban a los enemigos del orden y la moral; no obstante la repugnancia de la población sinceramente romana, la cual aún velaba por las costumbres y la política de sus padres. Diezmada ante la progresiva sucesión de senadores disolutos en las altas magistraturas, de ordinario instruidos en la crápula y el agiotaje, se esforzaba esta por conservar vivos los principios y la idiosincrasia del genuino romano, así sólo fuera dentro del seno familiar, cimiento y fundamento de toda cultura.

12. Plutarco, *Flaminino*, 19, 6.
13. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 52.
14. Macrobio, *Saturnalia*, III, 17, 2.
15. Livio, XL, 19, 11.

Procuró un estrecho sector del Senado, aún exento de sórdida avidez de conquista, enderezar las desviaciones y perturbaciones en los campos y en la ciudad, en la medida en que le era hacedero, conforme se sucedían entrevistas con los soberanos de Pérgamo, de Capadocia y del Ponto para dirimir sus conflictos y desavenencias; con legados espartanos y aqueos para dar forma a su ansiada repatriación; con Filocles y Apeles, portavoces de Filipo para indagar sobre el contenido de las conversaciones entre Flaminino y Demetrio, las cuales causaban preocupación a Perseo, hasta el grado de inducirlo a corromper a los más próximos confidentes y afectos de su hermano.[16] Eran las habitaciones del palacio real, círculos privados de intrigas y traiciones, donde las principales cabezas bogaban únicamente por sus propios intereses, aupadas por una camarilla tendenciosa y cínica, con el mezquino cometido de cumular poder personal; hostil hacia el dominio foráneo la inveterada casta de aguerridas tribus de Hispania, se inquietaba el Senado con un hipotético conflicto en la línea sucesoria en el solio de Macedonia. Tampoco ignoraba la situación Demetrio, debiendo suspender el habitual intercambio de correspondencias con los senadores para no intensificar la falsía y desaires de su padre, prono a las argucias de Perseo.

Interrumpidas las comunicaciones con Demetrio, mientras diagramaba Filipo un ambicioso itinerario para desafiar a Roma y marchaba con su ejército por las hoscas tierras de Tracia para ascender la agria cumbre del Hemo, penetró Lucio Emilio Paulo en la Liguria y desarmó en torno a los dieciocho mil enemigos;[17] sujeto, a la sazón, el arresto de los lígures ingaunos, se fundó la colonia de Gravisca, situada en la vía Aurelia al suroeste de Cosa, por sus condiciones naturales para destinarla como base naval, y con sumo discernimiento aspiró el pretor urbano Quinto Petilio la salvaguardia del prístino hálito de la religión ancestral, fastidiado ante el avance de las doctrinas griegas y orientales, repudiando unos supuestos rollos antiguos sobre derecho pontificio, desenterrados en un falseado sepulcro de Numa Pompilio,[18] por su pernicioso contenido, los cuales se hallaban viciados por

16. Polibio, XXIII, Fr., 7, 7.
17. Livio, XL, 28, 6.
18. Zeller, *Vorträge und abhandlungen*, II, Leipzig, 1877, página 108.

las ideas y las prácticas de las escuelas filosóficas de la época.[19] Custodiados con laudable entereza los vestigios de primigenios ritos y las tradicionales usanzas, aún intactos ante las distorsiones y extravíos suscitados por los asiduos intercambios culturales merced a la celosa tutela de vigorosas humanidades pías, había de examinar el Senado la disciplina de las legiones, escéptico del mérito de soldados acostumbrados a servirse de las prestaciones de las columnas itálicas y de la disponibilidad de los aliados eventuales: ¿qué se hubiera obtenido de Grecia y de Asia menor sin el soporte y contención de valerosas lanzas? Por ende, desatados numerosos focos bélicos en la Hispania citerior, se aguardó por los reportes del pretor Quinto Fulvio Flaco, responsable de desbaratar la temeraria iniciativa de treinta y cinco mil celtíberos: fácil cosa fue pegar fuego en un campamento descuidado por el fragor de la batalla; y más fácil aún poner en fuga a un enemigo sorprendido desde retaguardia: de ahí la alífera capitulación de Contrebia, desalentado el gobierno por la tarda reacción de los celtíberos para brindar apoyo; también en la Ulterior se libraron combates, superándose prestamente la cuestionable jerarquía militar de los lusitanos, harto golpeados por la inercia de una ofensiva cruel y violenta.[20]

Exitosas las operaciones en Hispania, pregonando el Senado que la disciplina y el pundonor de los soldados habrían de bastar para avasallar a los pueblos susceptibles a la maquinaría política y militar de la incuestionable potencia de Occidente, la cual no hacía otra cosa que incrementar, rebosante erigió el duúnviro Manio Acilio Glabrión, dentro del templo de la Piedad, una estatua ecuestre dorada en reminiscencia de su progenitor, evocando su actuación contra Antíoco en las Termópilas: era esta vez primera que se equiparaba a un mortal con una deidad. ¿Vanidad común entre los integrantes de la cámara Escipiónica o únicamente una desatinada pero evitable imprudencia, sin insolencia ni ignominia alguna, por mor del tierno cariño y devoción latiente por un padre en el cálido pecho de un hijo? Sea de ello lo que se quiera, se apresuraron, en su calidad de triúnviros, Publio Cornelio

19. Lactancio, *Divinae institutiones*, I, 22, 5 - 7; Livio, XL, 29, 7 - 8; Valerio Máximo, I, 1, 12; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 844; Pais, *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*, I, 1, Roma, 1913, página 83.

20. Orosio, IV, 32.

Escipión Nasica, Gayo Flaminio y Lucio Manlio Acidino a constituir la colonia latina de Aquilea,[21] retomando la política agraria de Escipión,[22] y usufrutuaba Flaminino la volubilidad de funcionarios ambiciosos y oportunistas, apetentes de incursionar en el comercio marítimo y en la producción esclavista,[23] las cuales arrojaban considerables ganancias, según se deleitaba con las mercedes recogidas en Grecia, con sus flamantes vínculos diplomáticos en Oriente y con su holgado alcance entre una nueva clase conformada por advenedizos; a su miseria, pronto se develó, ante un Senado absorto, la ejecución de Demetrio, enredado Filipo en la vil trama entretejida por su primogénito.

El fuerte y ceñido lazo entre deudos no siempre se cimenta sobre rectos y equilibrados vínculos de fraternidad; dificultosa cosa resulta, pues, guardar comprensión de tan luctuosa verdad a los que sustentan todo propósito y actividad humana a un abnegado ligamen que los enaltece, y, a su gozo, los hace partícipes de la vida divina mediante la gracia. La bienhechora recuesta de desbordar de incondicional amor y caridad a sus hermanos, ya en carne, ya en el Hijo, y la luminosa espiración de bondad y dulzor, que como lenguas de fuego brota en corazones mansos y serviles que, con suma devoción, guardan los mandamientos y preceptos del Altísimo, deviene en cenizas en malsanos espíritus abrasados por el furor y la discordia. Tal era el caso de Perseo, que, reconcomido por el espanto que le provocaba ser privado del cetro por disposición de Flaminino y otros miembros del Senado,[24] vertió su podredumbre en Filocles y Apeles: obsesionado con la vanagloria y su aciaga diadema, se aseguró el príncipe de corromper a los nuncios previa partida a Roma, trocando en obscurecidas marionetas. Se valía Perseo de la confianza y sumo afecto de su padre; en varias ocasiones le había homologado Filipo su devoción al deplorar las admoniciones que le envidaban a reconsiderar su derecho al solio por ser el fruto de un idilio con una

21. Livio, XL, 34, 3; Veleyo, I, 15, 3.

22. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 242.

23. Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Turín, 1899, página 160 y siguiente; Wallon, *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, II, París, 1879, página 32 y siguiente.

24. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 732.

manceba,[25] debiendo de serle imperativo dictar el silenciamiento de las inquinadas difamaciones de las amistades de Demetrio, que, mendaces, propalaban una revesada historieta sobre una encubierta bastardía paterna.[26] Obcecado Filipo por su gran afecto, una vez confiada por Filocles y Apeles una correspondencia apócrifa, manipulado rahezmente el sello de Flaminino por un escriba real,[27] donde con verosímil concurso se envidaba a Demetrio a dar muerte a su hermano,[28] ordenó cerrar cándida vista a perpetuidad.

Sumió el desventurado suceso la carrera política de Flaminino: malmirado en la Curia por mor de su conflicto personal con Catón, y desprestigiado entre las centurias por su insensible actuación contra un septuagenario Aníbal, audaz gestionó prender a la cámara de los Escipiones tras la defunción de *el Africano*; pero se trataba de una epopeya: sus reprensibles actividades políticas y comerciales únicamente podían apartarlo de la presencia de naturalezas granadas, ecuánimes, dechadas; desarmado ante la infausta conclusión del mozo príncipe, se apresuraron malintencionados funcionarios en imputarle la decepción política de Demetrio. Precipitado a una moderada y discreta vida privada, ocupaban sus pensamientos los magníficos laureles cosechados en la Hélade, los vítores de sus soldados, la privanza de los gobernantes, las conmovedoras distinciones otorgadas,[29] los deleitantes coloquios con idiosincrasias templadas, la perfección en la ejecución técnica en las esculturas y pinturas plásticas reveladas en rudimentarios templos:

25. Livio, XXXIX, 53, 3; XL, 9, 2.

26. Eliano, *Varia historia*, XII, 43.

27. Livio, XL, 55.

28. Consabido el habitual intercambio de correspondencias entre Flaminino y Demetrio, donde, evidentemente, se discutiera las propensiones dinásticas del mozo, carecemos, no obstante, de una sólida documentación que abogue por una activa cooperación de Flaminino para remover a Perseo de la línea sucesoria. Mas participado Filipo de que proyectaba asilarse Demetrio en Roma tras la oficialización de las imputaciones de su hermano, que, con sonora prontitud, lo acusaba de haber atentado contra su vida en una fiesta ebria, sería un acto de suma hostilidad repulsar las extremadas presunciones del confuso soberano, escéptico ante los sugestivos indicios de una hipotética sociedad entre Demetrio y Roma en aras de proporcionarle el trono. —Véase en Livio, XL, 9 - 11, el significativo discurso de Perseo.

29. Plutarco, *Flaminino*, 16, 5 - 6.

imposible arrebatarle sus palmas, tan meritorias y tan propias, agradado su ánimo por ponderarse como el redentor de Grecia, aun cuando, a su vanidad, se descubriera descortés con los encomios de prestigiosos poetas, resentido por la inmerecida valoración de su capacidad política y estro castrense, e inusualmente indiferente ante los padecimientos de desgraciadas *póleis*, expuestas a la sevicia y voracidad de las legiones. Mas era Flaminino un espíritu inquieto, activo, beneficiario de una voluntad exuberante, casi obsesiva, capaz de consumar grandiosas empresas y proyectar otras nuevas, aún más profusas y superiores; innato para la comandancia, adornó a sus subordinados con palabras agradables, mansa la mirada y dócil el semblante, promoviendo un ceñido lazo con bríos bravos y belicosos: diestro en manuales de ciencia militar, sin vacilar confrontó con Filipo por la libertad de Grecia; y, a su mesura, lo conservó con vida, distinguiendo en las capacidades de su adversario a un indirecto y poderoso aliado para Roma en sus iterativas y personales campañas contra los bárbaros del norte. Tímidos destellos en cristalinas pupilas el afectuoso cariño recibido por una cultura a la cual afectaba tanta admiración, conciliaba el sueño entre reminiscencias de pleitesías y adulaciones; el más grandioso botín que la Hélade le hubo de brindar:

Ἤγαγε καὶ Ξέρξης Πέρσαν στρατὸν Ἑλλάδος ἐς γῆν,
καὶ Τίτος εὐρείας ἄγαγ᾽ ἀπ᾽ Ἰταλίας·
ἀλλ᾽ ὁ μὲν Εὐρώπᾳ δοῦλον ζυγὸν αὐχένι θήσων
ἦλθεν, ὁ δ᾽ ἀμπαύσων Ἑλλάδα δουλοσύνης.[30]

Evanecidos los Escipiones y apartado Flaminino de la Curia, rematadas las labores de saneamiento en Roma, lentamente se distanciaba Catón de la vida pública, prestando su opinión a cuestiones ligadas a la moral, costumbres y tradiciones, reprendiendo los impulsos inmoderados de una nobleza tendente a un régimen oligárquico;[31] ¿había visto consumadas sus empresas y únicamente se restringía a contender contra los propulsores de la cultura

30. Dübner, *Epigrammatum Anthologia Palatina*, II, París, 1880, página 527 y siguiente.

31. Homo, *Les institutions politiques romaines: de la cité à l'ètat*, París, 1927, página 135.

helena, herederos de la esplendente visión de Escipión? Estimo, en efecto, que la muerte de su más acérrimo rival, y, por extensión, la desaparición del peligro de prosperar en Roma una dictadura perpetua, y la novedad de la dispersión de Flaminino de la Curia, hubo de hacerlo reconsiderar su intensa actividad; sobre todo en lo referente a la política y las disputas aparejadas por la dirección del Senado, precipuamente si ponderamos que no disfrutaba su agrupación de la mayoría senatorial,[32] y acabó por buscar el sosiego que brindan la calidez del hogar y las amistades: apenas se inmiscuía en los asuntos de la república para enunciar su sentir sobre controversias relativas a la jurisprudencia, consagrado entre sus pares por su lato conocimiento,[33] y la moral.[34] Optó, por ende, por ocuparse de la formación de su hijo, Marco Porcio Catón Liciniano, que, a sus doce años, aún se develaba renuente a las labores arduas y duras, acusando malestar por las labores manuales,[35] y al cual le costaba particularmente la lectura; en aras de subsanar tales insuficiencias, y resuelto a inculcarle las virtudes de la granada estirpe forjada en el corazón de la incandescente lumbre de Vesta, de propia mano escribió Catón las gestas que debía conocer todo mandatario romano, y en letras grandes para que le fuera agible nutrirse de todo el conocimiento aun fuera de su morada: así pues, fue instruido Liciniano, en su debido tiempo, en la templanza, la sensatez y la prudencia del gobernante; en la austeridad, la sobriedad y la simplicidad de la vida campestre; en leyes, retórica y economía agraria; a montar y a batallar con armamento pesado; a soportar las pesadas cargas del labriego, a sobrellevar el frío y el calor extremo.

Donado al adiestramiento de Liciniano, velaba Catón la angustia que le provocaba el deceso de su viejo amigo y confidente Lucio Valerio Flaco,[36] el cual hubo de patrocinarlo y arroparlo desde mozo por su lealtad, su vitalidad, su empeño, su oratoria, su entusiasmo, su simpatía, su carisma y sus

32. Lange, *Römische Altherthümer*, II, Berlín, 1879, 241; Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 183 y siguiente.

33. Nepote, *Catón*, 3, 1.

34. Westermann, *Geschichte der beredtsamkeit in Griechland und Rom*, II, Leipzig, 1835, página 43.

35. Plutarco, *Catón el censor*, 20, 9.

36. Livio, XL, 42, 6.

otras muchas cualidades; y para el cual podía guardar únicamente palabras de gratitud por su inestimable aprecio. Desembarazados los magistrados de su severa observancia, devinieron los comicios en colegios viciados de nepotismo, y hasta se abrió espacio para que dos personalidades enemistadas por casi un decenio, Marco Emilio Lépido y Marco Fulvio Nobílior, se avinieran durante la censura del 179 antes de Cristo, en aras de arremeter contra la facción catoniana, y, a su vez, con la mezquina empresa de participar en los estupendos negocios públicos; además de concretar las construcciones del primer teatro en el campo de Marte, un embarcadero, la basílica Emilia en el foro y un proscenio lindante al santuario de Apolo, dictó Lépido la concreción de un canal en torno a Terracina, el cual había de fluir provechosamente dentro de sus dominios, financiada en su integridad con el dinero de la república. Y, en conjunto, se prevalieron de fondos públicos para la instauración de un acueducto y sus arcadas, proyecto que reprobó categóricamente Marco Licinio Craso, quedando inacabada la estructura tras rehusarse a ceder una *villa* de su propiedad durante el proceso de diseño y posterior edificación. Implementados nuevos y altos impuestos de aduana, manipularon el sistema electivo a su antojo para reordenar las tribus por distritos a tenor de su clase y su renta, con intención de disminuir la preponderancia de los electores campesinos en todas las circunscripciones,[37] constituyendo un cuerpo electoral heterogéneo de amplia acogida, coaccionado en el porvenir por una política demagógica.[38] Evidente la desintegración de la antigua nobleza patricia - plebeya, la virulenta epidemia que traía desconcertado a los sacerdotes se propagó por toda Italia; afectó la sequía a la cosecha, sobreviniendo una acentuada escasez en los productos de campo; infatigable el brío de los oprimidos, se dilataban las descarnadas batallas en Córcega, Cerdeña y Celtiberia; se verificaron, tanto en Roma cuanto en los centros de mercado y reunión, minuciosos procesos por los iterativos casos de envenenamiento, entre los cuales resonaba el del cónsul Gayo Calpurnio Pisón, fraguado, aparentemente, por su consorte.

La concatenación de peligros, escándalos y dificultades hostigaban a una sociedad prona al espíritu de clientela y de casta, a la ambición perso-

37. Scullard, *Roman Politics, 220 - 150 B.C.*, Oxford, 1951, página 183.

38. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 53.

nal, al impetuoso afán de medro. Mas, a pesar de los compromisos militares, los fracasos diplomáticos y los convulsiones políticas, adquiría gran intensidad, entre ávidos funcionarios públicos,[39] un mancomunado esfuerzo para precipitar en la antigua sociedad rural una caótica revolución mercantil.[40]

Si durante los siglos precedentes se gestaron en la azada hombres esforzados y soldados corajosos, contribuyeron en igual medida la enormidad de los costes de la cultura manual, la imperfección de los métodos y herramientas, el desconocimiento de las leyes de alternancia en la vegetación y el excesivo consumo de granos de los agricultores para su nutrición, dispendio sujeto a la ignorancia de procesos ventajosos de molienda y planificación, al empobrecimiento y endeudamiento del campesinado.[41] Los incendios de la guerra anibálica; las destrucciones de las pequeñas propiedades; la substitución de pastos por labranza, consecuencia necesaria de la concentración y propagación de propiedades; el abandono de las precauciones sanitarias; la importación de esclavos hacinados en ergástulas estrechas, exentas de los cuidados necesarios para su conservación; y la creación de embalses de agua dulce o salada por mor de la ferina progresión del lujo, la avaricia y la gula, se convirtieron, bajo un clima cálido y un suelo desprovisto de drenaje, en nuevos focos de infección. No es de extrañar, a la sazón, que se procurara un estimable número de patricios y potentados plebeyos sus bienes mediante el comercio.[42] En contraposición, los medianos propietarios, expuestos a las enfermedades, los efectos letales de la competencia foránea, las vicisitudes de la agricultura, del nuevo y más alto nivel de vida, desistían de laborar su pequeña heredad y la ofrecían, y a muy bajo coste, a la especuladora oligarquía,[43] que, vertiginosa, desarrollaba la gran propiedad acompañada de una inmensa fortuna mobiliaria,[44] debiendo san-

39. Véase Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 774.
40. Ídem, página 825.
41. Dureau de la Malle, *Économie politiqué des romains*, II, París, 1840, página 67
42. Catón, *De re rustica*, *pref*.
43. Apiano, *B. C.*, I, 7; Duruy, *Histoire Romaine*, I, París, 1893, página 192.
44. Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Turín, 1899, página 185.

cionarse una ley agraria para reprimir los abusos:[45] menoscabada la principal fuente de ingresos de pundonorosas familias, donde, a su loa, aún convivían en gran número y se sustentaban con lo que proporcionaba un solo dominio,[46] declinaba la formación de los valores en desahuciados hogares.

Se observaba la meticulosa constitución física e intelectual del noble romano en la armonía de la morada paterna; proporcionado y educado por la madre o mujeres libres pertenecientes a la familia,[47] prosperaba bajo la supervisión de los padres y se involucraba en las ocupaciones y conversaciones domésticas: privado de las nocivas influencias externas, crecía inmerso en la robusta eficiencia de las antiguas costumbres y tradiciones. La salud y la resistencia vital,[48] el temor a los dioses, el respeto por las leyes, la obediencia estricta[49] y la templanza eran los valores inculcados desde temprana edad. Regularmente se los hacía partícipes de las discusiones sobre política, agradados los oídos de atender las hazañas de los héroes de antaño; denodados entonaban viriles estrofas en populosas mesas,[50] de ordinario más festivas que las recitadas en agrestes cuarteles;[51] y se los instruía en los méritos de reputados patricios. Brindadas las mujeres al bordado, el tejido y el hilado,[52] se consagraba el venidero *paterfamilias* en el arado, la siembra y la cosecha. Luego, tras la irrupción de las novedades de Oriente, sobre todo transcurrida la segunda guerra púnica, se añadieron a los elementos de enseñanza filósofos, pintores, escultores, domadores de corceles, maestros de caza[53] y, prioritariamente, *grammaticus* o *litteratus*;[54] mas fue reducida la sublimidad de la filosofía griega a la precaria instrucción de poesía didáctica y dramática, y se estudiaron exclusivamente los poemas épicos de Ho-

45. Niese, *Das sogennante Linicisch-Sextische ackergesetz,* en *Hermes,* XXIII, Berlín, 1888, página 421 y siguiente.

46. Plutarco, *Paulo Emilio,* 5, 7.

47. Marquardt, *Römische Privataltherthümer,* I, Leipzig, 1864, página 56.

48. Aulo Gelio, IV, 19.

49. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 26, 3.

50. Valerio Máximo, II, 1, 10.

51. Brenet, *La musique militaire*, París, 1917, página 13.

52. Livio, I, 57, 9.

53. Plutarco, *Paulo Emilio*, 6, 9.

54. Marquardt, *Römische Privataltherthümer*, I, Leipzig, 1864, página 111.

mero,[55] los trágicos[56] y un puñado de obras de contados autores para ampliación de los conocimientos básicos en historiografía, mitografía[57] y geografía,[58] demeritándose en bacantes reuniones de la aristocracia la sabiduría y el rigor científico de tan aventajada cultura, incluso en sienes elevadas, tal como era el caso de Ennio:[59]

Philosophari sibi ait necesse esse, sed pancis;
Nam omnino haud placere.[60]

Dichosamente, los hubo los que pudieron percibir la elegancia, sutileza y armonía operadas en refinadas gnosis de sonados pensadores de la antigüedad,[61] y admirados contemplaban la doctrina filosófica de Sócrates[62] y Pitágoras,[63] y las novedosas y preponderantes corrientes de pensamiento de la Hélade;[64] perfeccionaban la retórica con la pulida lisura técnica de Tucídides y los discursos de Demóstenes;[65] y se capacitaban en artes y disciplinas varias, tales como música,[66] poesía,[67] agrimensura,[68] historiografía,[69]

55. Duckett, *Studies in Ennius*, Pensilvania, 1915, página 77.
56. Skutsch, *Studia Enniana*, Londres, 1968, página 8.
57. Polibio, XXXIV, Fr., 4, 1 - 2.
58. Estrabón, I, 2.
59. Apuleyo, *Apologia*, 13, 1; Aulo Gelio, V, 15, 9; Cicerón, *De oratore*, II, 37, 156.
60. Cicerón, *Tusculanae disputationes*, II, 1, 1.
61. Polibio, XXXIX, Fr., 1, 3 - 4; Varrón, *De re rustica*, I, 2, 1.
62. Plutarco, *Catón el censor*, 23.
63. Horacio, Epistula, II, 1, *Ad Augustum*, 52; Lucrecio, *De rerum natura*, I, 120 - 126; Levi, *Storia della filososfia romana*, Florencia, 1949, página 30.
64. Aulo Gelio, VI, 14, 8 - 10; Ennio, *Annales*, 2; Polibio, XXXIII, Fr., 2.
65. Plutarco, *Catón el censor*, 2, 5.
66. Polibio, XXXI, Fr., 25, 4; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 865, n1.
67. Polibio, XXXIX, Fr., 1, 4.
68. Columela, *De re rustica*, V, 1, 4; Ciccolini, *Degli agrimensori presso i romani antichi*, Roma, 1854, página 21.
69. Aulo Gelio, I, 13, 10; XI, 8, 1 - 3; Cicerón, *Brutus*, 21, 81; Macrobio, *Saturnalia*, *pref.*, 13; Nepote, *Catón*, 3, 3; Plutarco, *Catón el censor*, 8, 14; 12, 6.

jurisprudencia,[70] terapéutica,[71] cinegética,[72] cartografía,[73] astronomía,[74] pintura,[75] arquitectura,[76] ingeniería,[77] táctica y estrategia.[78]

Estrecha la formación superior de dirigentes virtuosos, probos y doctos, tutores del modelo de gobierno aristocrático con un innegociable espíritu democrático, la familia, institución primigenia e insubstituible para la conformación de la república, fundamento constituyente para el ordenamiento religioso, jurídico y civil, cedía en fuerzas al desvanecerse su indisolubilidad. El divorcio, ley antigua, pero rechazada durante siglos, fue una constante en la nueva Roma promiscua y degenerada: culpable o inocente la esposa de traicionar la fe conyugal,[79] se la condenaba en el tribunal doméstico y se la resarcía mediante el abono del régimen dotal, artificio instaurado para incentivar las nupcias en una sociedad corrupta y libertina,[80] desamparados los hijos ante la tan temible fórmula pronunciada por el juez supremo del hogar:

Collige tua.[81]

70. Nepote, *Catón*, 3, 1; Polibio, XXXI, Fr., 24, 5 - 7; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 913.

71. Catón, *De re rustica*, 156 - 157; Livio, XLII, 40, 3; Plauto, *Amphitruo*, 1013; *Aulularia*, 448; *Menaechmi*, 875 - 895; Varrón, *De re rustica*, I, 4, 4 - 5.

72. Polibio, XXXI, Fr., 29, 6 - 9.

73. Véanse los pasajes de Livio, XLI, 28, 10: «*Sardiniae insulae forma erat, atque in ea simulacra pugnarum picta*», y Varrón, *De re rustica*, I, 2, 1: «(…) *Offendi ibi C. Fundanium, socerum meum, et C. Agrium equitem R. Socraticum et P. Agrasum publicanum spectantes in pariete pictam Italiam*».

74. Plinio, *Naturalis historia*, II, 53; Cicerón, *De senectute*, XIV, 49.

75. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 923.

76. Benoit, *L'Architecture antiquité*, I, París, 1911, página 444; Marquardt, *Römische Privatalterthümer*, II, Leipzig, 1867, página 213 y siguiente.

77. Plutarco, *Marcelo*, 17, 2; Merckel, *Die ingenieurtechnik im alterthum*, Berlín, 1899, página 227 y siguiente.

78. Salustio, *Bellum Iugurthinum*, 85, 12.

79. Plauto, *Amphitruo*, 892.

80. Gide, *Ètude sur la condition privée de la femme*, París, 1885, página 142.

81. Cicerón, *Phillipicae*, II, 28, 69.

Repudiada la mujer, retornaba las llaves de su otrora morada, y desolada debía oír el infamante discurso que disolvía el matrimonio:

I foras, mulier.[82]

Singular arbitraje fue desdeñado desde antiguo,[83] prescindiendo las casas ilustres de una práctica inicua[84] y contra natura;[85] fragmentada la sagrada unión entre hombre y mujer, tambaleaban las instituciones de la primitiva república, receptáculo de diáfanos preceptos divinos: desordenada la organización del hogar, enmagrecían en consagrados leños las brillantes y ambarinas llamas de Vesta, fuego abrasante y puro que ardía en humildes altares, custodio de la morada,[86] proveedor de salud y riqueza, dispersor de consuelo y felicidad. Inficionado el fresco aroma del olíbano y acidulada la dulce vid,[87] modesta pero sincera y piadosa ofrenda a la venerable diosa, agonizaba profanada prosapia; endurecidos los corazones en toscos genios, se concertaban nuevos esponsales por conveniencia.[88] Corrompida la sacralidad del matrimonio, vagaba Roma a la deriva.

Disuelto santificados lazos, y convenidas nuevas uniones por sus ventajosas relaciones políticas y comerciales, elaboraba Ennio un tratado sobre la sublime cocina para satisfacer los glotones refinamientos de la emergente sociedad sibarita:

Omnibus ut Clupea praestat mustela marina,
Mures sunt Aeni, aspra ostrea plurima Abydi.

82. Plauto, *Casina*, 210 - 211.

83. Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, II, 25, 7; Livio, IX, 43, 25; Valerio Máximo, II, 9, 2.

84. Valerio Máximo, II, 1, 3; Bader, *La femme romaine*, París, 1877, página 133.

85. Hense, *C. Musonii Rufi reliquiae*, Leipzig, 1905, página 71 y siguientes. — Sobre la profanación de los sacros lazos conyugales, véase el inmensurable juicio de Lactancio, *Divinae institutiones*, III, 21 - 22.

86. Fustel de Coulanges, *La cité antique*, París, 1905, página 22.

87. Ovidio, *Ars amatoria*, I, 637.

88. Schvarcz, *Die Römische massenherrschaft*, Leipzig, 1901, página 259.

Mytilenae est pecten Charadrumque apud Ambraciae finis.
Brundisii sargus bonus est; hunc, magnus si erit, sume.
Apriculum piscem scito primum esse Tarenti,
Surrenti tu elopem fac emas, glaucumque apud Cumas.
Quid scarum praeterii cerebrum Iovis paene supremi
(Nestoris ad patriam hic capitur magnusque bonusque)
melanurum, turdum, merulamque umbramque marinam?
Polypus Corcyrae, caluaria pinguia, acharnae,
Purpura, muriculi, mures, dulces quoque echini.[89]

Durante el decenio ulterior a la desaparición de Escipión, y con él fecundos ideales, consiguió la prosperidad financiera desarmar la antigua disciplina. El desenfreno de los goces mundanos se manifestó abruptamente; y los apetitos primordiales, cuasi instintivos, emergieron con los placeres de la época, entregados los sentidos a la frenética búsqueda de oportunidades de esparcimiento y diversión, descubriendo la mocedad una especial preferencia por las representaciones públicas[90] y las novedosas instalaciones de baños:[91] se sentían atraídos los hombres por el espectáculo de tantas primicias seductoras, el ejemplo contagioso de las costumbres disolutas y fáciles,[92] las modas y pulcritudes foráneas;[93] y amenizaban las mujeres con las excesivas pomposidades, los ostentosos ropajes, los nuevos peinados y adornos estudiados,[94] cediendo la simplicidad y morigeración ante la abrumante luminosidad de las inmoderaciones. Desesperante el cuadro, despertaban entre la multitud las licencias de las comedias de Plauto y Ennio una descomedida fascinación por deidades perversas y obscenas, desinteresadas de la ventura del género humano:[95]

Ego deum genus esse semper dixi et dicam celitum,

89. Apuleyo, *Apologia*, 39, 3.
90. Livio, XLI, 28, 11.
91. Schiller - Voigt, *Die römischen Privataltertümer und Kulturgeschichte,* IV, 1, Múnich, 1893, página 399.
92. Polibio, XXXI, Fr., 25, 4.
93. Aulo Gelio, VI, 12, 4 - 5.
94. Micali, *L'Italia avanti il dominio dei romani*, II, Turín, 1852, página 312.
95. Cicerón, *De divinatione*, I, 58, 132; II, 50, 104; *De natura deorum*, III, 32, 79.

Sed eos non curare opinor, quid agat humanum genus.[96]

Promovía tan desatinada apreciación de la divinidad representaciones ordinarias y desbordadas de incontinencia en los escenarios, deslumbrado el auditorio con la truculencia y grosería de pravas presencias celestes, imbuidas vulgarmente en circunstancias tórridas o despiadadas.

Pervertidos los espíritus, y ponderando el público la procacidad de antropomorfas deidades prodigadas a una pasmosa necesidad de avaricia y concupiscencia,[97] valoró el Senado que era legítima toda clase de perfidia contra los bárbaros y desplegó campañas de exterminio sin previa provocación ni declaración de guerra,[98] degenerando la lid en una burda empresa de botín;[99] inadmisible comportamiento concordaba con la infiltración de inteligencias viciadas en las magistraturas prestas a corromper a los electores, favorecer a sus amistades en la distribución de las tierras públicas,[100] despojar a poblados súbditos y aliados,[101] y recurrir a las bajezas y argucias contra los enemigos.[102] Rehuidas la sensatez y cordura en la Curia, a su bochorno, participó Roma del gran comercio de esclavos. Se subastaban los prisioneros de guerra en los campamentos a vilísimo coste, entusiasmados los oficiales, soldados, mercaderes y cantineros que surtían a los ejércitos ante la esplendente oportunidad de transportarlos a Italia, iniciar a los mancebos en los oficios y traficarlos a altísimo coste.[103] También en las fronteras del profuso imperio se dio amplitud al comercio de los hombres; y los reyezuelos, jefes bárbaros y negreros de África, viscerales refractarios de la dignidad humana, una vez desprovistos de mercancía e insatisfechos, alcanzaron a ofrecer en ocasiones a sus propios vasallos.[104] Se había devorado el espíritu mercantil a la antigua sociedad aristocrática, campesina y guerrera.

96. Ennio, *Ex Telamone*, Fr., 270 - 271.
97. Terencio, *Eunuchus*, 585 - 590.
98. Livio, XLII, 7, 8 - 9.
99. Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 790.
100. Plutarco, *Tiberio y Gayo Graco*, 8, 4; Livio, XLII, I, 6; 19, 1.
101. Livio, XLIII, 2, 2 - 4.
102. Véase Livio, XLII, 47, 1 - 8.
103. Plutarco, *Catón el censor*, 21.
104. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 44.

Tanto en la aristocracia cuanto en el bajo pueblo se acentuaron los prejuicios y las repugnancias de la era agrícola, endilgándose las duras fatigas a misérrimos esclavos;[105] y con pavoroso desdén se renunciaba a la llaneza y austeridad de la vida rústica, proliferando en la ciudad la renta de cuartos, y a costes desorbitados,[106] por espíritus voluntariosos encomendados a los oficios, el comercio,[107] el tráfico, la navegación.[108] Pues, ante a difusión de la esclavitud, la circulación del dinero de las provincias y la ampliación del mercado, mudaron los talleres artesanales en fábricas que contrataban personal cualificado;[109] se duplicaron y triplicaron en toda Italia los colegios para la debida formación de herreros, carpinteros, arquitectos, carniceros, cocineros, anticuarios, cesteros, rederos, cinceladores, obreros del cobre y la púrpura, laboradores de pieles de cabra y cobre, fabricantes de carros. Desolador coronamiento del vaho de la inercia mercantil, se contaminaron míseras existencias con todos los vicios de la plebe asentada en las ciudades opulentas; se profesaba la prostitución en tabernas, tahonas, plazas públicas, cruces de caminos, bosques circundantes, túmulos,[110] campamentos militares,[111] y se arrebataba la mocedad con el erotismo y sensualidad de libidinosas representaciones teatrales.[112]

Inevitable el contacto de las familias esclarecidas, distintivas valedoras de la religión, las leyes y las tradiciones, con una mocedad disoluta y precoz y una ingente masa de inmigrantes arribada a la metrópoli para desarro-

105. Plauto, *Captivi*, 165 - 175.

106. Pöhlmann, *Die übervölkerung der antiken grosstädte im Zusammenhange mit der gersammtentwicklung städtischer civilisation*, Leipzig, 1884, página 74.

107. Wilamowitz - Moellendorff y Niese, *Staat und gesellschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910, página 231.

108. Incluso Catón, valorado por muchos como el prototipo de romano ideal, impoluto, pulcro, de costumbres sencillas y temperadas, abdicaba de sus improfanables principios para incursionar en los negocios, y con estremecedora destreza practicaba la usura. —Plutarco, *Catón el censor*, 21, 6.

109. De Martino, *Storia economica di Roma antica*, I, Florencia, 1979, página 167.

110. Dupouy, *La prostitution dans l'antiquité*, París, 1887, página 126.

111. Apiano, *Iberia*, 85; Polieno, VIII, 16, 2; Valerio Máximo, II, 7, 1.

112. Ovidio, *Fastos*, V, 329; Polibio, XXXI, Fr., 25, 4; Preller, *Römische mythologie*, Berlín, 1865, página 23.

llar su capital,[113] intensificado el drástico intercambio cultural y una deplorable disolución de la liturgia y los sacerdocios,[114] comenzó a operar en Roma el cambio decisivo del que había de surgir la postrera política imperial:[115] un cruento imperialismo. En efecto, subyugado Perseo ya concluida la tercera guerra contra Macedonia, y engrandecidas todas las clases a consecuencia de las inmensas sumas ingresadas en las arcas del erario público, indiscutiblemente señora Roma de Occidente,[116] procuró la cámara de los Escipiones retrogradar y restituir a Roma a su antiguo y circunspecto estado durante el reposado período del 168 - 154,[117] culminando la quimera de instaurar entre la nobleza a una clase directora instruida con la *paideia* griega contemplada con sumo afecto por Escipión.[118] A su desasosiego, hecha Roma del poder universal,[119] privado el Senado de sobrios representantes para una salutífera conducción y viciado por una tropa de *equĭtis* codiciosos y venales,[120] avivada la abrasiva flama de la lujuria y la putrefacción por una envarada oligarquía mercantil de horros, artesanos, contratistas y armadores, se olvidaron las desgracias y pesares de la guerra según proliferaban las ganancias y el boato, siendo la corrupción simple rutina en las oficinas de la república,[121] y tornando la diplomacia más gravosa y hostil.[122] Regidos los espíritus por un descomedido afán de lucro y dominio, se renunció a la política de intervenciones militares y de intrigas diplomáticas perfeccio-

113. Livio, XLI, 8, 6 - 12.

114. Colin, *L'hellènisme en Occident et les Romains: la culture latine en face de la culture hellènique*, en *L'hellénisation du monde Antique*, París, 1914, página 371.

115. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 53.

116. Polibio, I, 1, 5; Zósimo, I, 1.

117. Aulo Gelio, II, 24, 2 - 3; Orosio, IV, 21, 4; Tertuliano, *Pro Christianis*, 6, 2; Valerio Máximo, II, 4, 2; Veleyo, I, 15, 3.

118. Abschnitt, *Die literatur der republik und des Augusteichen principats,* en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, I, Berlín, 1912, página 323.

119. Polibio, I, 1, 5.

120. Livio, XXXVIII, 28, 2; XLV, 15.

121. Bonfante, *Diritto Romano*, Florencia, 1900, página 60; Mommsen, *Römische Geschichte*, I, Berlín, 1856, página 743.

122. De Sanctis, *Storia dei Romani*, IV, 1, Turín, 1923, página 610; Reinach, *Mithridate Eupator Roi de Pont*, París, 1890, página 41.

nada por *el Africano* tiempo ha,[123] y se propendió a un espíritu de destrucción y conquista[124] y a una ambiciosa política expansionista, acabando Publio Cornelio Escipión Emiliano por inaugurar en el curso de la historia de Roma un incisivo programa de imperialismo.[125] Deslucida diadema de la deformación y distorsión de las proclamas del espíritu democrático[126] y de la densidad de las tinieblas morales entre distinguidos miembros de la nobleza.[127]

Prodigada Roma a una vacua y estéril dominación del globo,[128] alanceada fatalmente por mor de las feroces guerras sociales, la lesiva administración de distantes y dilatadas provincias, la incontinencia y perversión de los cónsules, la salacidad de una aristocracia formada en los goces de la carne y el febril descontento social, afrentada en vastedad la inveterada nombradía de la república por culpa de odiosas empresas personales en la calamitosa búsqueda de trascendencia y gloria, asistido por la Providencia,[129] contuvo el desangramiento Augusto, suprimiendo el mezquino espíritu de conquista regente y la política expansionista[130] desarrollada en los extremos de Europa, África y Oriente por hábiles capitanes tendentes a la coba del populacho pero insuficientes en materia de gobernabilidad y administración, para recobrar durante su principado, diáfano gobierno portador de lumbre infinita, la pureza y esencia servil de la castiza Roma, preparándola en su porvenir para su postrero y auténtico propósito: ser instrumento en la evangelización de la religión verdadera y celosa sierva de Nuestro Señor Jesucristo:

123. Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, I, Milán, Treves, 1907, página 67; Hertzberg, *Die geschichte Griechenlands unter der herrschaft der Romer*, I, Halle, 1866, página 220.

124. Amiano, XVII, 11, 3; Apiano, *Púnicas*, 98; Eutropio, IV, 12 y siguientes; Floro, II, 16, 5 - 6; Orosio, IV, 23, 5 - 6; Polibio, XXXXIX, Fr., 2; Veleyo, II, 4, 2 - 3.

125. Meyer, *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen*, Halle, 1894, página 22.

126. Apiano, *Púnicas*, 112.

127. Apiano, *Púnicas*, 135; Floro, II, 15, 4 - 5; Polibio, XXXVI, Fr., 2, 1; Plutarco, *Catón el censor*, 27, 2; Veleyo, I, 13, 1.

128. Eutropio, VII, 8; Floro, II, 17, 5.

129. Orosio, VI, 22, 5 - 6.

130. Dión, LIV, 9; 1 - 2; Nicolás de Damasco, *Vida de Augusto*, I, 1; Ferrero, *Grandezza e decadenza di Roma*, IV, Milán, Treves, 1907, página 250.

Sed video, quae te moveant exempla vetustae
Virtutis: dicis domitum terraque marique
Orbem, res lateas et prospera quaeque retexis,
Mille triumphorum memoras ex ordine pompas,
Ductaque per mediam spoliorum fercula Romam.
Vis dicam quae causa tuos, Romane, labores
In tantum extulerit, quis gloria fotibus aucta
Sin cluat, impositis ut mundum frenet habenis?
Discordes linguis populos et dissona cultu
Regna volens sociare Deus, subiungier uni
Imperio quidquid tractabile moribus esset,
Concordique iugo retinacula mollia ferre
Constituit, quo corda hominum coniunecta teneret
Religionis amor; nec enim fit copula Christo
Digna, nisi implicitas societ mens unica gentes.
Sola Deum novit concordia, sola benignum
Rite colit tranquila Patrem: placidissimus illum
Foederis humani consensus prosperat orbi,
Seditione fugat, saevis exasperat armis,
Munere pacis alit, retinet pietate quieta.
Omnibus in terris, quas continet occidualis
Oceanus reoseoque Aurora inluminat ortu,
Miscebat Bellona furens mortalia cuncta,
Armabatque feras in vulnera mutua dextras.
Hanc frenaturus rabiem Deus undique gentes,
Inclinare caput docuit sub legibus hisdem,
Romanosque omnes fieri, quos Rhenus et Hister,
Quos Tagus aurifluus, quos magnus inundat Hiberus,
Corniger Hesperidum quos interlabitur, et quos
Ganges alit, tepidique lavant septem ostia Nili.
Ius fecit commune pares, et nomine eodem
Nexuit, et domitos fraterna in vincla redegit
Vivitur omnigenis in partibus haud secus ac si
Cives congenitos concludat moenibus unis
Urbs patria, atque omnes lare conciliemur avito.
Distantes regione plagae divisaque ponto
Litora conveniunt, nunc per vadimonia ad unum

Et commune forum, nunc per commercia et artes
Ad coetum celebrem, nunc per genialia fulcra
Externi ad ius conubii; nam sanguine mixto
Texitur alternis ex gentibus una propago.
Hoc actum est tantis successibus atque triumphis
Romani imperii: Christo iam tunc venienti,
Crede, parata via est quad dudum publica nostrae
Pacis amitia struxit moderamine Romae.[131]

131. Prudencio, *Contra Symacchum*, II, 578 - 623.

APÉNDICE CRÍTICO

LA FIGURA DE ESCIPIÓN EN LA CRÍTICA HISTORIOGRÁFICA

Con miramiento y juicio lúcido, he optado, durante el cuerpo del estudio, procurar no interrumpir el flujo de la narrativa con argumentaciones demasiado teóricas o digresiones apologéticas, salvo en ciertas circunstancias por valorarlo oportuno.

La historia, cuando se narra de forma sobria, orgánica e integral, se basta así misma para conducir la exposición y alumbrar lo que se procura revelar. Mas algunas observaciones finales serán de sumo interés para el lector interesado en comprender la simiente de la tesis articulada, así como su distancia respecto de ciertas interpretaciones historiográficas ampliamente difundidas. Pues bien: durante mi arduo y remirado estudio de las fuentes primarias, no he observado en Publio Cornelio Escipión ni las motivaciones ni el proceder de un protoemperador encubierto, como le plugo interpretar a la historiografía moderna.[1] En efecto, ninguna fuente contemporánea a los acontecimientos y los actores desentraña tal retrato:

> ἐκεῖνος γὰρ, ὅτι μὲν ἦν εὐεργετικὸς καὶ μεγαλοψυχος, ὁμολογεῖται· διότι δ᾽ ἀγχίνοος καὶ νήπιος καὶ τῇ διανοίᾳ περὶ τὸ προτεθὲν ἐντεταμένος, οὐθεὶς ἂν συγχωρήσειεν, πλὴν τῶν συμβεβιωκότων καὶ τεθεαμένων ὑπ᾽ αὐγῆς αὐτοῦ τὴν φύσιν.

1. No obstante, exhorto al lector a observar el deslindado análisis de Prince, *The presentation of Scipio Africanus: hellenization and Roman elite display in the 3rd and 2nd centuries BC*, Universidad de Queensland, 2021, página 118 y siguiente, el cual se ciñe a nuestra tesis.

> ὧν εἷς ἦν Ἴαιος Λαίλιος, ἀπὸ νέου μετεσχηκὼς αὐτῷ παντὸς ἔργου καὶ λόγου μέχρι τελευτῆς, ὁ ταύτην περὶ αὐτοῦ τὴν δόξαν ἡμῖν ἐνεργασάμενος, διὰ τὸ δοκεῖν εἰκότα λέγειν καὶ σύμφωνα τοῖς ὑπ’ ἡμῶν λεγομένοις.[2]

Así, inequívocamente se nos devela la figura de un patricio sobrio y templado, un capitán sagaz y contenido, salvo en circunstancias excepcionales; un pundonoroso ciudadano que, habiéndosele servido la ocasión de erigirse en árbitro de Roma, rehusó a tan desafiante compromiso con una altura y una dignidad imposible de improvisar:

> Castigatum enim quodam ab eo populum ait, quod eum perpetum consulem et dictatorem vellet facere; prohibuisse statuas sibi in comitio, in rostris, in curia, in Capitolio, in cella Iovis poni; prohibuisse, ne decerneretur ut imago sua triumphali ornatu e templo Iovis Optimi Maximi exiret.[3]

Ciertamente, es lícito recelar de las virtudes cuando se exhiben con exceso de modestia y luz. Pero en la sensata, prudente y reflexiva conciencia minerva de Escipión no parecieron retoñar los inconfundibles síntomas de la estéril ambición supina, sino una sana y madura moderación ante los laureles de la victoria; con cordura no suscitó la ruptura o descomposición institucional, sino que conservó la confianza en el sistema republicano, aun cuando el mismo comenzaba a resquebrajarse a causa de las sórdidas pugnas entre las agrupaciones senatoriales; no se emponzoñó con la hedionda miasma emanada de lúgubres ciénagas de rencor y venganza, sino que a su recato y decencia optó por un bochornoso retiro voluntario tras las obstinadas e ignominiosas persecuciones padecidas por sus opositores políticos. Si algo se le debe imputar a este prohombre, no es haber especulado con la conformación de un Senado afín a sus intereses personales con el inconfundible y abrasante aliento dinástico, sino el haber depositado una desmedida confianza en una Roma renuente a las ascéticas instrucciones filosóficas, a la virtud aristocrática y a la templanza helenizante.

Empero, la historiografía moderna, y en particular en copiosas líneas vertidas por grandes académicos del siglo XIX, ha tendido a observar en

2. Polibio, X, 2 - 3.
3. Livio, XXXVIII, 56, 12 - 13.

sus determinaciones las indisimulables motivaciones y aspiraciones de un distante Gayo Julio César. Tal juicio -conjeturo, trazado más por los temores políticos contemporáneos al entusiasta historiador que del esclarecedor testimonio de la documentación brindada por sonados escritores de la antigüedad- incurre en un anacronismo que obscurece más de lo que revela. Pues el incuestionable hecho de que Escipión haya gozado de entre la ciudadanía, el Senado y los pueblos conquistados de una desmesurada gravedad, ascendiente, imperio y popularidad, no lo convierte inmediatamente en refractario a la constitución jurídica de la república.

Como se ha expuesto durante el estudio, dista la disquisición de proyectar una especie de hagiografía, sino más bien de procurar, con sus virtudes y defectos, restaurar una mirada reflexiva de los acontecimientos y los hombres durante un período vital de la *libera res publica*. Y en ese sumo desafío a mi intelecto, el análisis y tratamiento de la figura de Escipión corresponde, a mi sentir, a lo que verazmente fue: no la vil hoja de la insaciable conquista en la expansión romana, sino el broquel de las salutíferas instituciones, costumbres y tradiciones patrias, tonificada con las doradísimas expresiones, nociones y concepciones helénicas, previo inexorable desmoronamiento de la rectora moral en malmandados espíritus:

> At multi i a sunt imbecilli senes, ut nullum offici aut omnino vitae munus exsequi possint. At id quidem non proprium senectutis vitium est,
> sed commune valetudinis: quam fuit imbecillus Publius Africani filius, is qui te adoptavit, quam tenui aut nulla potius valetudine!
> Quod ni ita fuisset, alterum illud exstitisset lumen civitatis; ad paternam enim magnitudinem animi doctrina uberior accesserat.
> Quid mirum igitur in senibus, si infirmi sint aliquando, cum id ne adulescentes quidem effugere possint? Resistendum, Laeli et Scipio, senectuti est, eiusque vitia diligentia compensanda sunt; pugnandum, tamquam contra morbum sic contra senectutem.[4]

Así pues, si la disquisición se aparta del juicio prevaleciente en ciertas escuelas modernas, procura hacerlo con el debido respeto, pero con la firme convicción de que la fidelidad a las fuentes y a los hechos debe prevalecer

4. Cicerón, *De senectute*, 35.

sobre toda comodidad doctrinal**.** Y, en mi análisis, discurro disponer de los elementos suficientes para sustentar mi tesis. Pues si había de velarse en las acciones de Escipión la efigie de un protomonarca embriagado por el poder y el influjo cosechado por la docilidad de medrosos gobernantes durante las célebres campañas en Hispania, África y Oriente, como se ha procurado establecer a suma iniquidad, ¿por qué motivo no intrigó para hacerse del consulado vitalicio y la dictadura tras el decoroso y luciente cortejo triunfal, como imploraba la ciudadanía?, ¿por qué se esforzó por sofrenar entre sus pares el impulsivo deseo de conquista y destrucción de potenciales enemigos en la vasta ecúmene arbitrada por las directrices de la Curia?, ¿por qué, a su lúcida sapiencia, donó su actividad para conservar a Roma al entero servicio y recta administración de Italia, cuando se imponían en las ambiciones de buena parte de las agrupaciones senatoriales las anexiones territoriales, afanosas por montar un prominente aparato político y comercial en Oriente? Si concentraba el dominio del Senado mediante su agrupación y su prominente aparato de clientela, y en su constitución jurídica y política se ocultaban las análogas y mezquinas ambiciones dinásticas evidenciadas por un ya veterano y preponderante César, como se atreve a concluir la historiografía moderna, ¿por qué razón someterse a un proceso tan obscuro como denigrante, urdido por Catón en su febril empresa por desacreditarlo y arruinarlo, para luego acabar, para su sosiego cívico y espiritual, por recluirse en su villa de Literno, sin emprender una pertinaz contienda contra sus instigadores como justificada reacción? Paréceme que un capitán de su reputada nombradía, con gran ascendiente sobre la Curia, con la indiscutida fidelidad del ejército **-**bástenos con enfatizar en su inmediata afiliación a la regencia de Flaminino, por disposición de *el Africano*, para embarcarse sin miramientos vía Grecia**-** y con la provechosa privanza de montaraces reyezuelos hispanos, africanos y de la Hélade, hubiera privilegiado el blandir otrora espesa y aguzada hoja contra sus propios detractores antes que doblegarse a lato infortunio ante el despotismo procesal. ¿Acaso no obraron impulsivamente Publio Cornelio Escipión Nasica Serapión y Lucio Opimio contra los malogrados Graco? ¿No acometieron sanguinolentas guerras civiles Gayo Mario y Lucio Cornelio Sila, Cneo Pompeyo y César, Marco Antonio y Augusto? Si tales sucesos, sombríos, desdichados, y en extremo

impetuosos, insensatos y contrarios a la fortuna de la serenísima república, se libraron por las profusas tensiones senatoriales y las descomedidas ambiciones personales arraigadas en conciencias ayunas de obcecados líderes y efusivos adalides, pronos en su frágil constitución moral y ética a la belicosidad y una abrumadora cerril intransigencia, ¿por qué Escipión no exteriorizó ni un atisbo de tan indigno e infamante proceder?

> Hic speciosus ultimus diez P. Scipioni illuxit. Post quem cum invidiam et certamina cum tribunis prosciperet, die longiore prodicat in Liternum concessit certo consilio, ne ad causam dicendam adesset. Maior animus et natura erat ac maiori fortunae adsuetus, quam ut reus esse sciret et summittere se in humilitatemc causam dicentium.[5]

Paréceme, en efecto, guardar sólidos argumentos para percibir en el sumiso y decoroso comportamiento de Escipión los lúcidos hábitos de un eminente y ecuánime patricio, subordinado a suma entereza a los preceptos celestes en una Roma erosionada en vastedad por los embates de rudos cultos foráneos. Sin embargo, como se ha expresado en el cuerpo del estudio durante la emisión de juicios controvertidos o elaboración de conjeturas basadas en la interpretación de los actores y los acontecimientos que se apartan considerablemente de la crítica de la historiografía moderna, exhorto al lector a contrastar la información y los juicios proferidos con una segunda opinión: pues sólo en la sincera búsqueda de la verdad se nos osa revelar esta luminosa y manifiesta.

5. Livio, XXXVIII, 52, 1 - 2.

ÍNDICE DE AUTORES CITADOS

ABBOTT.- *History of Hannibal, the carthaginian*. Nueva York, 1859.
ABSCHNITT.- *Die literatur der republik und des Augusteichen principats,* en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*. (segunda edición), Vol I, Berlín, 1912.
ACIMOVIC.- *Scipio Africanus*. Nueva York, 2007.
AFRICA.- *The immense majesty: a history of Rome and the Roman Empire*. Nueva York, 1974.
ÅKE.- *Beiträge zur geschichte sardiniens und corsicas im ersten punischen kriege*. Upsala, 1906
AMÉDÉE.- *H.G.*: *Histoire des Gaulois, depuis les temps les plus reculés jusqu'a l'entière soumission de la Gaule a la dominations romaine.* Vol. I, París, 1835.
ALFÖLDY.- *Römische Sozialgeschichte*. Wiesbaden, 1979.
ARENDT.- *Syrakus im zweiten punischen kriege*. Vol. II, Könitz, 1905.
ARNOLD - POCOCKE.- *The history of the Roman republic, from the earliest records till time of Sylla*. (segunda edición), Londres, 1852.
ATENE E ROMA.B.S.I.: Atene e Roma. Bulletino della società, Italiana per la diffusione e l'incoraggiamento degli Studi classici. Florencia.
AUSONIA. R.S.I.A.S.A.: *AUSONIA: Rivista della Società, Italiana di Archeologia e Storia dell'Arte*. Roma.

BABELON.- *Le Rhin dans l'histoire*. Vol. I, París, 1916.
BADER.- *La femme romaine*. París, 1877.
BANDEL.- *Die römischen diktaturen*. Breslavia, 1910.
BARBIERI.- *Plauto ed il suo teatro*. Milán, 1873.
BARZONI.- *I Romani nella Grecia*. (décima edición), Londres, 1797.
BAUMEISTER.- *Denkmäler des klassichen Altertums, zur Erläuterung des Lebens der Griechen und Römer in Religion, Kunst und Sitte*. Vol. III, Múnich, 1889.
BAVIERA.- *Il diritto internazionale dei romani*. Módena, 1898.

BELGRANO.- *Manuale di storia delle colonie*. (segunda edición), Florencia, 1889.

BELOCH.- *Der Italische Bund unter Roms Hegemonie*. Leipzig, Von B. G. Teubner, 1880.

BELOCH.- *Der römische Kalender von 218 - 168*, en *K.B.G.* véase *K.B.G.*

BELOCH.- *Die bevölkerung der griechisch-römischen welt*. Leipzig, 1886.

BELOCH.- *Römische Geschichte bis zum ende der republik*, en *Einleitung in die Altertumswissenschaft*. (segunda edición), Vol. III, Berlín, 1914.

BELOCH.- *Die Bevölkerung Italiens im Altertum*, en *K.B.G.* véase *K.B.G.*

BELOCH.- *Historische Beiträge zur Bevölkerungslehre*. Leipzig, 1886.

BELOT.- *Histoire des chevaliers romains.* Vol. I, París, 1866; *ídem*, Vol. II, París, 1873.

BELLONI.- *La moneta romana: società, política, cultura*. Roma, 2002.

BELOTTI.- *Dei vitumuli ricercatori d'oro*, en *R.S.A.* véase *R.S.A.*

BENGSTON.- *Griechische Geschichte: von dem Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*. Múnich, 1979.

BENOIT.- *L'Architecture antiquité*. Vol. I, París, 1911.

BERNSTEIN.- *Ludi Publici: Untersuchungen zur Entstehung und Entwicklung der Öffenlichten Spiele im Republikanischen Rom*. Stuttgart, 1998.

B.H.C.: Bulletin de Correspondence Hellénique. París.

BERWICK.- *Memoirs of the life of the elder Scipio Africanus*, Londres.

BESANÇON.- *Les adversaires de L'Hellénisme à Rome pendant la période républicaine*. París, 1910.

BLOCH.- *La république romaine: les conflits politique et sociaux*. París, 1913.

BLÜMNER.- *G.T.A.: Die Gewerbliche Thätigkeit der Völker des klassischen Altherthums*. Leipzig, 1869.

BOBBA.- *Saggio sulla filosofia greco - romana*. Turín, 1882.

BONANNI.- *Delle antiche Siracuse*. Vol. I, Palermo, 1717.

BONFANTE.- *Diritto Romano*. Florencia, 1900.

BONFANTE.- *Scritti giuridici varii*. Vol. III, Turín, 1926.

BOSWORTH.- *Rome and Carthage*: *the Punic wars*. Nueva York, 1905.

BOUCHÉ – LECLERCQ.- *Histoire des Lagides*. Vol. I, París, 1903.

BOUCHÉ – LECLERCQ.- *Manuel des institutions romaines*. París, 1886.

BRAGAGNOLO.- *Storia romana dalla fondazione di Roma alla caduta dell'impero romano d'occidente (754 ac-475 dc)*. (segunda edición), Turín, 1896.

BRENET.- *La musique militaire*. París, 1917.

BRIAU.- *Du Service de Santé Militaire chez les Romains*. París, 1866.
BRIZZI.- *I sistemi informativi dei Romani*. Wiesbaden, 1982.
BRIZZI.- *Scipione e Annibale: la guerra per salvare Roma*. Bari, 2007.
BRODERO.- *Il destino di Roma nell'opera di Livio*. Roma, 1943.
BRUNS.- *Fontis juris romani antiqui*. (sexta edición), Siebek, 1863.
BRUNT.- *Italian manpower 225 B.C – A.D. 14.* Oxford, 1971.
BUCHHOLZ.- *Quintus fontibus Plutarchus in Vitis Fabii Maximi et Marcelli usus sit*. Gryphiswaldaie, 1865.
BÜCHSENCHSCHÜTZ.- *Bemerkungen über die römische Volkswirtschaft der Königszeit*. Berlín, 1886.
BUGNER.- *Sechzig Jahre aus der älteren geschichte Roms. 418 - 358: historich-kritische Forschugen*. Ámsterdam, 1891.

CAGNAT.- *Lexique des antiquités romaines*. París, 1894.
CAGNAT.- *L'armée romaine d'Afrique et l'occupation militaire de l'Afrique sous les empereurs*. Vol. I, París, 1892.
C.A.H.: The Cambridge Ancient History. Cambridge.
CALLEGARI.- *L. S. C.*: *La legislazione sociale di Caio Gracco*. Padua, 1896.
CANTALUPI.- *Le legioni romane nella guerra d'Annibale*, en *S.S.A.* véase *S.S.A.*
CARNAZZA.- *Il diritto commerciale dei romani*. Catania, 1891.
CÀSSOLA.- *I gruppi politici romani nel III secolo A.C*. Trieste, 1962.
CAVAIGNAC.- *Histoire de l'antiquité*. Vol. III, París, 1914.
CIBRARIO.- *Della schiavitù e del servaggio e specialmente dei servi agricoltori.* Vol. I, Milán, 1868; *ídem*, Vol. II, Milán, 1868.
CICCOLINI.- *Degli agrimensori presso i romani antichi*. Roma, 1854.
CICCOTTI.- *Donne e política negli ultimi anni della Repubblica Romana*. Milán, 1895.
CICCOTTI.- *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*. Turín, 1899.
CLEMENTI.- *La guerra Annibalica in Oriente*, en *S.S.A.* véase *S.S.A.*
COCCHIA.- *Del passagio di Annibale per le Alpi*, en *Atti della Reale Accademia di Archeologia, lettere e Belle Arti*, XIX, 1, 1898, Nápoles.
COCCHIA.- *Il tribunato della plebe e la sua autorità giudizaria*. Nápoles, 1917.
COCCHIA.- *Tito Livio e Polibio innanzi a la critica storica*. Turín, 1892.
COLIN.- *L'hellènisme en Occident et les Romains: la culture latine en face de la culture hellènique*, en *L'hellénisation du monde Antique*. París, 1914.
COLLIGNON.- *Histoire de la Sculpture Grecque.* Vol. II, París, 1897.

CORAZZINI.- *Storia della marina militare italiana antica*. Livorno, 1882.
CORRADI.- *Sulla data della nascita di Filippo V, en Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica*. Vol. XXXVII, Turín, 1909.
CORRADO.- *Le relazioni politiche di Roma con l'Egitto dalle origini al 50 a. c*. Roma, 1901.
CORRADO.- *Una misura eccezionale dei Romani*. Roma, 1900.
CORRADO - FERRERO.- *Storia Antica*. Vol. I, Florencia, 1921.
CORSETTI.- *Sul prezzo dei grani nell'antichità classica*, en *S.S.A.* véase *S.S.A.*
COSTANZI.- *La relazioni degli etoli coi romani dopo la pace di Fenice*, en *Studi Storici per l'Antichità Classica*. Vol. I, Pisa, 1908.
COURBAUD.- *Le bas-relief romain à représentations historiques*. París, 1899.

DANIELE.- *Ragionamento intorno ad un' antica statua di Annibale cartaginese*. Nápoles, 1781.
DAREMBERG, SAGLIO y POTTIER.- *Dictionaire des antiquités grecques*. Vol. I, (C), París, 1887; *ídem*, Vol. II, (F - G), París, 1896; *ídem*, Vol. III, (H, I, J, K), París, 1900.
DELLA SETTA.- *Italia Antica*. Bérgamo, 1922.
DELLA MONACA.- *Memoria historica dell'antichissima, e fedeliss, cittá di Brindisi*. Lecce, 1674.
DELBRÜCK.- *Die Manipularlegion und die Schlacht bei Cannae*, en *Hermes*. véase *Hermes*.
DELOCHE.- *Le port des anneaux dans l'antiquité romaine et dans les premiers siècles du moyen âge*. París, 1896.
DEVOTO.- *Storia della lingua di Roma*. Bolonia, 1940.
DE LA ESCOSURA.- *Compendio de la historia de Roma*. Madrid, 1830.
DE LORENZI.- *Cronologia ed evoluzione plautina*. Nápoles, 1952.
DE MARCHI.- *Il culto privato di Roma antica*. Vol. I, Milán, 1896.
DE MARTINO.- *Storia economica di Roma antica*. Vol. I, Florencia, 1979.
DE RUGGIERO.- *Come si svolgela la vita nel Foro Romano*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*
DE RUGGIERO.- *Il consolato e i poteri pubblici in Roma*. Roma, 1900.
DE RUGGIERO.- *Le colonie dei romani*. Espoleto, 1896.
DE SANCTIS.- *Storia dei Romani*. Vol. III, 1, Turín, 1916; *ídem*, Vol. III, 2, Turín, 1917; *ídem*, Vol. IV, 1, Turín, 1923.

DE SÉGUR.- *Abrégé de l'histoire universelle, ancienne et moderne*. Vol. IX, París, 1823; *ídem*, Vol. X, París, 1825.
DE VIGUERIE.- *Les deux patries*. (segunda edición), Bouère, 2003.
DÍAZ CARMONA.- *Compendio de historia universal*. (cuarta edición), Granada, 1905.
DISANDRO.- *Humanismo: fuentes y desarrollo histórico*. La Plata, Fundación Decus, 2004.
DODGE.- *Hannibal: a history of the art of war among the carthaginians and romans down to the battle of Pydna, 168 B. C., with a detailed account of the second punic war*. Vol. I, Boston, 1891; *ídem*, Vol. II, Boston, 1891.
DRÜMANN.- *G. R.: Geschichte Roms in seinem Uebergange von der republikanischen zur monarchischen Verfassung*. Vol. I, Koenigsberg, 1834; *ídem*, Vol. II, Koenigsberg, 1835; *ídem*, Vol. III, Koenigsberg, 1837; *ídem*, Vol. IV, Koenigsberg, 1838; *ídem*, Vol. V, Koenigsberg, 1841.
DÜBNER.- *Epigrammatum Anthologia Palatina*. Vol. I, París, 1864; *ídem*, Vol. II, París, 1880.
DUCKETT.- *Studies in Ennius*. Pensilvania, 1915.
DUFOUR.- *Histoire de la prostitution chez tous les peuples du monde depuis l'antiquité la plus reculée jusqu'a nos jours*. Vol I, Bruselas, 1851.
DUMÉRIL.- *L'enseignement des institutions romaines dans les facultés des lettres*. Toulouse, 1885.
DUMONT.- *Histoire romaine*. Vol. I, París, 1843.
DUPOUY.- *La prostitution dans l'antiquité*. París, 1887.
DUREAU DE LA MALLE.- *Économie politiqué des romains*. Vol. II, París, 1840.
DURUY.- *Histoire Romaine*. (decimoctava edición), Vol. I, París, 1893.
DU RIEU.- *Disputatio de gente Fabia*. Leiden, 1856.

ECKSTEIN.- *Mediterranean anarchy, interstate war, and the rise of Rome*. 2006.
ERNOUT.- *Recueil de textes latins archaïques*. París, 1916.

FABBRI.- *Le serenate presso i Romani*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*
FALTIN.- *Der-Einbruch Hannibals in Etrurien*, en *Hermes.* véase *Hermes.*
FALTIN.- *Über den Uprung des Zweiten punischen Krieges: ein Beitrag zur Kritik des Polybios*. Nueruppin, 1887.

FERRENBACH.- *Die Amici populi Romani republikanischer Zeit*. Estrasburgo, 1895.
FERRERO.- *Dei libertini*, Turín, 1877.
FERRERO.- *Grandeur et décadence de Rome*. Vol. I, París, 1904.
FERRERO.- *Grandezza e decadenza di Roma*. Vol. I, Milán, 1907; *ídem*, Vol. IV, Milán, 1907.
FERRERO.- *Roma nella cultura moderna*. Milán, Treves, 1910.
FERRERO - FERRERO.- *La palingenesi di Roma*. Milán, 1924.
FORDE.- *Cato the censor*. Boston, 1975.
FRIEDLAENDER.- *D.S.G.R.*: *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms in der Zeit von August bis zum Ausgang der Antonine*. Vol. I, Leipzig, 1919; *ídem*, Vol. II, Leipzig, 1920; *ídem*, Vol. III, Leipzig, 1920.
FRÖLICH.- *Die bedeuteung des zweiten punischen krieges für die entwicklung des Römischen heerwesens*. Leipzig, 1884.
FROST.- *History of ancient and modern Greece*. Filadelfia, 1861.
FUCHS.- *Hannibals Alpenübergang*. Viena, 1897.
FUCHS.- *Hannibal in mittelitalien*, en *W.S. véase W.S.*
FUNCK - BENTRANO.- *Grandeur et décadence des aristocraties*. (cuarta edición), París, 1907.
FUSTEL DE COULANGES.- *La cité antique*. (decimonona edición), París, 1905.
FUSTEL DE COULANGES.- *Questions historiques*. París, 1883.

GABBA.- *Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica*, en *Les origines de la République Romaine*. Vol. XIII, Génova, Einer Gjerstad, 1967.
GABRIEL.- *Hannibal: the military biography of Rome's greatest enemy*. Washington, 2011.
GERLACH.- *P. Cornelius Scipio Africanus der aeltere und seine zeite: anhang, Rom und Capua, historiche parallele*. Basilea, 1868.
GIACHI.- *L'ammore nelle commedie di Plauto*, en la *Nuova Antologia*. I°. Agosto 1882.
GIDE.- *Ètude sur la condition privée de la femme*. (segunda edición), París, 1885.
GIANNELLI.- *Origine e sviluppi sull'ordinamento centuriato*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*

GIANNELLI.- *Trattato di storia romana: l'Italia antica e la Repubblica Romana*. (quinta edición), Bolonia, 1976.

GIBBON.- *History of decline and fall of the Roman empire*. Vol. I, Londres, 1776; *ídem*, Vol. II, Londres, 1776.

GOIDANICH.- *Studi di latino arcaico*, en *S.I.F.C.* véase *S.I.F.C.*

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ.- *Ilorci (Plinio N. H. 3, 9)*, en HABIS. Vol. VII, Sevilla, 1976.

GRAINGER.- *The Roman War of Antiochos the Great.* Boston, 2002.

GRAZIOLI.- *I grandi condotieri romani*. Roma, 1939.

GUMMERUS.- *Die römische Industrie*, en *K.B.G.* véase *K.B.G.*

HALKIN.- *Les esclaves publics chez les romains*. Bruselas, 1897.

HALLER (von).- *Fabius und Cato: ein stück der römischen Geschichte*. Karlsruhe, 1779.

HALLWARD.- *Scipio and victory*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*

HAVELL.- *Republican Rome*. Londres, Oracle, 1996.

HAYWOOD.- *Studies on Scipio Africanus.* Baltimore, 1933.

HEFFTER.- *De Godsdienstleer der Grieken en Romeinen, een historische* schets, Ámsterdam, 1853.

HEITLAND.- *The roman Republic*. Vol. I, Cambridge, 1909.

HELBIG.- *Contribution a l'histoire de l'Equitatus Romain*. París, 1904.

HENSE.- *C. Musonii Rufi reliquiae*. Leipzig, 1905.

Hermes: *Hermes: Eitschrift für classische Philologie*. Berlín.

HERMANN.- *Culturgeschichte der Griechen und Römer*. Gotinga, 1857.

HERTZBERG.- *Die geschichte Griechenlands unter der herrschaft der Romer*. Vol. I, Halle, 1866.

HESSELBART.- *De pugna cannensi*. Gotinga, 1874.

HOLLEAUX.- *L'entretien de Scipion l'African et d'Annibal*, en *Hermes*. véase *Hermes*.

HOLLEAUX.- *Recherches sur l'histoire des négociations d'antiochos III avec les romains*, en *Revue des études anciennes*. Vol. XV, 1913, Burdeos.

HOLLEAUX.- *Rome and Antiochus*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*

HOLLEAUX.- *Rome and Macedon: the Romans against Philip*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*

HOLZAPFEL.- *Römische chronologie*. Leipzig, 1885.

HOMO.- *Flamininus et la politiqué romaine en Grèce*, en *Revue Historique*. Mayo - agosto 1916.
HOMO.- *La Rome Antique: histoire-guide des monuments de Rome*. París, Hachette, 1921.
HOMO.- *Les institutions politiques romaines: de la cité à l'ètat*. París, 1927.
HOMOLLE.- *Les Romains a Delos*, en *B.C.H.* véase *B.C.H.*
HOW - LEIGH.- *A history of Rome to the death of Caesar.* Londres, 1901.
HUS.- *Greek and Roman religión*. Nueva York, 1962.

IHERING (von).- *Geist des römischen rechts auf den verschiedenen stufen seiner entwicklung*. Vol. I, Leipzig, 1866.
IHNE.- *Römische Geschichte.* Vol. I, Leipzig, 1868; *ídem*, Vol. II, Leipzig, 1870; *ídem*, Vol. III, Leipzig, 1872.

JORDAN.- *Topographie der stadt Rom im alterthum*. Vol. II, Berlín, 1871.
JULLIAN.- *Histoire de la gaule*. Vol. I, París, 1908.

KAHRSTEDT.- *Geschichte der Karthager*. (tercera edición), Vol. III, Berlín, 1913.
K. B. G.: Klio: Beiträge zur alten Geschichte. Leipzig.
KOEHN.- *Krieg, diplomatie, ideologie: zur aussenpolitik hellenisticher mittelstaaten*. Stuttgart, 2007.
KOOIMAN.- *Fragmenta Juris Antiquissimi*. Utrecht, 1893.
KOVALIOV.- *История Рима*. San Petersburgo, 2002..
KROMAYER.- *Antike Schlachtfelder*. Vol. II, Berlín, 1907; *ídem*, Vol. III, 1, Berlín, 1912; *ídem*, Vol. III, 2, Berlín, 1912.
KROMAYER.- *Roms Kampf um die Weltherrschaft*. Leipzig, 1912.
KROMAYER.- *Vergleichende Studien zur Geschichte des griechischen und römischen heerwesen*, en *Hermes.* véase *Hermes*.
KRUG.- *Die senatsboten der römischen republik*. Breslavia, 1916.
KURTH.- *Caton l'ancien*. Lieja, 1872.

LABOULBÈNE.- *Celse et la medicine à Rome*. (sin lugar de publicación), 1884.
LANGE.- *Ludovici Langii commentationis de legibus Porciis libertatis civium vindicibus particula prior*. Giessen, 1862.

LANGE.- *Römische Altherthümer*. (tercera edición), Vol. II, Berlín, 1879; *ídem*. (segunda edición), Vol. III, 1876.
LAQUEUR.- *Über das Wesen des römischen Triumphs*, en *Hermes.* véase *Hermes.*
LAQUEUR.- *Scipio Africanus*, en *Hermes.* véase *Hermes*.
LARICE.- *Storia del commercio*. (tercera edición), Milán, 1920.
LECOMNTE.- *Studes d'histoire militaire: antiquité et moyen - âge*. París, 1869.
LEFFINGWELL.- *Social and private life at Rome in the times of Plautus and Terence*, en *S. H .E. P. L.* véase *S. H .E. P. L.*
LEHMANN.- *Das Schlachfteld von Cannä*, en *K.B.G.* véase *K.B.G.*
LEIST.- *Zur Geschichte der Römischen Societas*. Jena, 1881.
LEO.- *Geschichte der römischen literatur*. Vol., I, Berlín, 1913.
LEO.- *Von den punischen Kriegen bis zur Revolutionszeit*, en *Die Grechische und Lateinische literatur und sprache*. (segunda edición), Berlín y Leipzig, 1907.
LETTA.- *La tradizione storigrafia sull etá regia: origine e valore*, en *Alle origini di Roma: atti del coloquio tenuto a Pisa il 18 e 19 settembre 1987*. Pisa, 1988.
LEVI.- *La política imperiale di Roma*. (segunda edición), Turín, 1936.
LEVI.- *Storia della filososfia romana*. Florencia, 1949.
LEVI.- *Una pagina di storia agraria romana*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*
LIDELL.- *A history of Rome*. Londres, 1865.
LIDELL HART.- *A greater than Napoleon: Scipio Africanu*s. (cuarta edición), Edimburgo y Londres, W. Blackwood & sons ltd, 1930.

MAINDRON.- *Les armes*. París, 1890.
MARQUADT.- *Römische Privataltherthümer*. Vol. I, Leipzig, 1864; *ídem*, Vol. II, Leipzig, 1867.
MARQUARDT.- *Römische Staatsverwaltung*. Vol. I, Leipzig, 1873; *ídem*, Vol. II, Leipzig, 1876.
MARTHA.- *La délicatesse dans l'art*. París, 1884.
MARTHA.- *Études morales sur l'antiquité*. (segunda edición), París, 1889.
MARTINA.- *Ennio poeta cliens*, en *Quaderni di Filologia classica*, II, Roma, 1979.

MATTHIAS.- *Nochmals Ovidius gedichte aus der verbannung und die varusschlacht*, en *N.J.P.P.* véase *N.J.P.P.*

MAYNZ.- *Esquisse historique du droit criminel de l'ancienne Rome*. París, 1882.

MAZZARINO.- *Il pensiero storico classico.* (cuarta edición), Vol. II, 1, 1973.

MAZZATTO.- *Interregnum e dittatura comitiorum habendorum causa: il caso di Q. Fabio Massimo nel 217 A.C.*, en *AEVUM*. Vol. XC, 1, Milán, 2016.

MELANI.- *Pittura italiana*. Vol. I, Milán, 1885.

MÉNARD.- *Histoire des beaux - arts*. (tercera edición), Vol. I, París, (sin fecha).

MERCKEL.- *Die ingenieurtechnik im alterthum*. Berlín, 1899.

MERIGHI.- *La tripolitania antica*. Vol. I, Verbania, 1940.

MEYER.- *Kleine schriften*. Vol. II, Halle, 1924.

MEYER.- *Untersuchungen zur Geschichte der Gracchen*. Halle, 1894.

MICALI.- *L'Italia avanti il dominio dei romani*. Vol. I, Turín, 1852; *ídem*, Vol. II, Turín, 1852.

MICALI.- *Storia degli antichi popoli italiani*. (segunda edición), Vol. I, Milán, 1836; *ídem*, (segunda edición), Vol. II, Milán, 1836.

MICHAUT.- *Histoire de la comédie romaine*. Vol. II, 1, París, 1920.

MIGLIORATO.- *Storia critico-biografica dei letteraci greci, latini, ed italiani*. Nápoles, 1837.

MILAMOWITZ - MOELLENDORF (von).- *Die Makedonischen Königreiche*, en *Staadt und Gesselschaft der Griechen und Römer*, Leipzig, 1910.

MISPOULET.- *Études d'institutions romaines*. París, 1887.

MOMMSEN.- *Der römische oder Italische fuss*, en *Hermes*. véase *Hermes.*

MOMMSEN.- *Die geschichte der todesstrafe im römischen staat*, en *Cosmopolis*, I, Londres, 1896.

MOMMSEN.- *Römische Forschungen*. Vol. I, Berlín, 1864; *ídem*, Vol. II, Berlín, 1879.

MOMMSEN.- *Römische Geschichte*. (segunda edición), Vol. I., Berlín, 1856.

MOMMSEN.- *Römisches Staatsrecht*. (segunda edición), Vol. I, Leipzig, Von S. Hirzel, 1876; *ídem*, (segunda edición), Vol. II, 1, Leipzig, Von S. Hirzel, 1877; *ídem*, Vol. III, 1, Leipzig, Von S. Hirzel, 1887; *ídem*, Vol. III, 2, Leipzig, Von S. Hirzel, 1888.

MOMMSEN.- *Über das Römische Münzwesen*. Leipzig, 1850.

MONTESQUIEU.- *Considérations sur les causes de la grandeur des romains, et de leur décadence*. Ámsterdam, 1734.

MOSCATELLI.- *Gli scrittori romani di instituzione giuridiche*. Reggio Emilia, 1889.
MOSCATELLI.- *La condizione della donna nelle società, primitive e nell 'antico diritto romano*. Bolonia, 1886.

NAPOLEÓN III.- *Histoire de Jules César.* Vol. I, París, 1865.
NAVARRO.- *El impacto del helenismo en la aristocracia romana: cinco ejemplos para una época (196 - 146 a C),* en *Memoria y Civilización*. Vol. V, 2002.
NEUMANN.- *Das zeitalter der punischen kriege*. Breslavia, 1883.
NICOLET.- *Rome et la conquête du monde méditerranéen: 264 – 27 avant J.-C.* (segunda edición), Vol. I, París, 1979.
NICCOLINI.- *La questione dei processi degli Scipioni,* en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, Octubre 1898.
NIEBUHR.- *Römische Geschichte*. Vol. IV, Jena, 1844.
NIESE.- *Grundriss der Römischen Geschichte*. Múnich, 1923.
NIESE.- *Das sogenannte Linicisch-Sextische ackergesetz*, *Hermes.* véase *Hermes.*
N. J. P.P.: *Neue Jahrbücher für Philologie und Paedagogik*. Leipzig, Teubner, 1884.
NISSEN.- *Beiträge zum römischen Staatsrecht*. Estrasburgo, 1885.

OCCIONI.- *Storia della letteratura latina*. (decimoquinta edición), Turín, 1911.
ODOMEO.- *Religione e civiltà*. Bari, 1948.
OLIVIERI.- *Annali di Roma dalla sua fondazione sino a' di' nostri*. Vol. III, Roma, 1838.
OOST.- *Roman policy in Epirus and Acarnania in the age of the Roman conquest of Greece*. Dallas, 1954.
OPPOLZER (von).- *Die sonnenfinsterniss des J.202 v. Chr.*, en *Hermes.* véase *Hermes.*

PAIS.- *L'Orazione di Catone a favore della lex* Oppia, en *Atti della Reale Accademia di Archeologia, lettere e Belle Arti*, I, 1, Nápoles, 1910.
PAIS.- *Storia critica di Roma durante i primi cinque secoli*. Vol. I, 1, Roma, 1913; *ídem,* Vol. I, 2, Roma, 1913; *ídem,* Vol. II, Roma, 1915; *ídem,* Vol. IV, Roma, 1920.
PAIS.- *Storia della colonizzazione di Roma antica*. Vol. I, Roma, 1923.

PAIS.- *Storia d' Italia*. Vol. I, 2, Turín, 1899.

PAIS.- *Ricerche sulla storia e sul Diritto pubblico di Roma*. Vol. I, Roma, 1915; *ídem*, Vol. II, Roma, 1916; *ídem*, Vol. III, Roma, 1918.

PARETI.- *Zama*, en *Atti delle Reale Acaddemia delle Scienze*. Vol. XLVI, Torino, 1910/1911.

PARIBENI.- *Statuine in bronzo di guerrieri galli*, en *AUSONIA. R.S.I.A.S.A*. véase *AUSONIA. R.S.I.A.S.A.*

PARISOTI.- *Evoluzione del tipo di Roma nelle rappresentanze figurate dell'antichità classica*, en *Archivio della R. Società Romana di Storia Patria*. Vol. XI, Roma, 1888.

PASCAL.- *La battaglia di Zama* en *Rivista di Storia Antica e scienze affini*, 15. marzo 1896.

PASCAL.- *Fatti e leggende di Roma antica*. Florencia, 1903.

PAYEN.- *D'ans l'ombre des empires*. *Les suites géopolitiques du traité d'Apamée en Anatolie*. Quebec, 2020.

PETER.- *Historicum Romanorum Reliquiae*. Vol. I, Stuttgart, 1967.

PFEILSCHIFTER.- *Titus Quinctius Flamininus: untersuchungen zur römischen griechenlandpolitik*. Gotinga, 2005.

PIERRON.- *Histoire de la littérature romaine*. París, 1869.

PIGANIOL.- *Recherches sur les jeux romaines*. París, 1923.

PINA POLO.- *Die freunde des Scipio Aemilianus im numanistinischen krieg über die sogennante cohors amicorum*, en *Aspects of friendship in the graeco-roman world*, Portsmourth, 2001.

PINTO.- *Storia della medicina en Roma al tempo dei re e della repubblica: investigazioni e studi*. Roma, 1879.

PITACCO.- *Educazione femminile in Roma*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*

PIZZAMIGLIO.- *Storia della moneta romana dall'a fondazione di Roma alla caduta dell' impero d' occidente*. Roma, 1867.

PLESSIS.- *La poésie latine*. París, 1909.

PÖHLMANN.- *Die übervölkerung der antiken grosstädte im Zusammenhange mit der gersammtentwicklung städtischer civilisation*. Leipzig, 1884.

PONCELIN DE LA ROCHE-TILHAC - PICART.- *Chef d'ouvres de l'antiquité sur les beux arts*. Vol. II, París, 1784.

PRELLER.- *Römische mythologie*. Berlín, 1865.

PRINCE.- *The presentation of Scipio Africanus: hellenization and Roman elite display in the 3rd and 2nd centuries BC*. Universidad de Queensland, 2021.
PUCCINOTTI.- *Storia della medicina*. Vol. I, Livorno, 1850.

QUARTANA.- *L'ideale muliebre latino prima dell'impero*, en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*

RAMORINO.- *Il nazionalismo negli studi dell'antichità romana,* en *ATENE E ROMA.B.S.I.* véase *ATENE E ROMA.B.S.I.*
REIN.- *Das criminalrecht der Römer von Romulus bis auf Justinianus*. Leipzig, 1844.
REINACH.- *Mithridate Eupator Roi de Pont*. París, 1890.
REUSS.- *Die schlacht am Trasimenersee, en K.B.G.* véase *K.B.G.*
REQUENO.- *Saggi sul ristabilimento dell'antica arte de' greci e de' romani pittori*. Venecia, 1784.
RICCI.- *Manuale di Storia dell'Arte*. Vol. I. Bérgamo, 1927.
ROBERTS.- *Hannibal's road: the second punic war in Italy 213-203*. Barnsley, 2017.
ROSENBERG.- *Geschichte der römischen Republik*. Leipzig, 1921.
ROSSI.- *De Catone graecarum litteratum oppugnatore, latinitatis acerrimo defensore*, en *Athenaeum: Studii Periodici di Letteratura e Storia*, X, 4, 1922, Pavía.
ROTONDI.- *Leges publicae populi Romani*. Hildesheim, 1962.
R.S.A: Rivista di Storia Antica. Padua.
RUBINO.- *Untersuchungen über Römische verfassung und Geschichte*. Vol. I, Kassel, 1839.
RÜSTOW.- *Heerwesen und kriegführung C. Julius Cäsars*. Nordhausen, 1862.

SALVETTI.- *Ricerche storiche intorno alla lega etolica*, en *S.S.A*. véase *S.S.A.*
SALVIOLI.- *Sulla distribuzione della propietà fondaria in Italia al tempo dell' Impero Romano*. Módena, 1899.
SANTANA.- *Así se gobernó Roma*. Madrid, 2017.
SAYOUS.- *Etudes sur la Religion Romaine et le Moyen Age Oriental*. París, 1889.
SCALIGERO.- *La razza di Roma*. Mantero Editore, 1939.

SCHIAPARELLI.- *Tre letture sul grado di credibilitá della storia di Roma nei primi secoli della città*. Turín, 1881.
SCULLARD.- *Roman Politics*, 220 - 150 B.C. Oxford, 1951.
SCULLARD.- *Scipio Africanus: soldier and politician*. Ithaca, 1970.
SCULLARD.- *The site of the Batlle of Zama*, en *Polis and Imperium*. Toronto, 1974.
SCHAEFER.- *Abriss der Quellenkunde der Griechischen und Römischen Geschichte*. Leipzig, 1881.
SCHANZ.- *Geschichte der römischen Litteratur*. Vol. I, 1, Múnich, 1907.
SCHILLER - VOIGT.- *Die römischen Privataltertümer und Kulturgeschichte*. (segunda edición), Vol. IV, 1, Múnich, 1893; *ídem*, 2, Nördlingen, 1887.
SCHÜTTE.- *De Cnaeo Naevio poeta*. Wurzburgo, 1841.
SCHVARCZ.- *Die Römische massenherrschaft*. (segunda edición), Leipzig, 1901.
SCHWEGLER.- *Römische Geschichte*. Vol. I, Tubinga, 1853.
SELTMAN.- *Volume of plates III*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*
SEURE.- *Les images thraces de Zeus Kéraunos*, en *Revue des études grecques*, XXVI, París, 1913.
S. H .E. P. L.: Studies in history economics and public law. Nueva York.
SKUTSCH.- *Studia Enniana*. Londres, 1968.
SPEYER.- *Die Hilfe und Epiphanie einer Gottheit, eines Heroen und eines Heiligen in der schalacht*, en *Pietas*. Münster, 1980.
SOKOLOFF.- *Zur Geschichte des dritten vorchristlichen Jahrhunderts*, en *K.B.G.* véase *K.B.G.*
SOLTAU.- *Die gultigkeit der plebiscite*. Berlín, 1884.
S.S.A.: Studi di storia antica. Roma.
S.I.F.C.: Studi italiani di filologia classica. Florencia.
STAMPINI.- *Roma eterna e il suo Natale gli antichi Romani*. Turín, 1924.
STAMPINI.- *Nel mondo latino*. (segunda edición), Turín, 1921.
STAMPINI.- *Studi di letteratura e filologia latina*. Turín, 1917.
STEFANONI.- *Storia d'Italia*. Vol. I, Florencia, 1909.
STRAFFORELLO.- *Geografia dell' Italia*. Vol. IV, 2, Turín, 1890.
SUMNER.- *The orators in Cicero's Brutus: prosography and chronology*. Toronto, 1973.

TARN.- *The fleets of the first punic war*, en *The journal of hellenic studies*, XXVII, Londres, 1907.

TENNEY.- *Rome*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*
TENNEY.- *Rome after the conquest of Sicily*, en *C.A.H.* véase *C.A.H.*
TEUFFEL.- *Geschichte der römischen literatur*. Leipzig, 1875.
THIRLWALL.- *History of Greece*. Vol. VIII, Londres, 1844.
TOMMASI - CRUDELI.- *Il clima di Roma*. Roma, 1886.
TORREGARAY.- *La influencia del modelo de Alejandro Magno en la tradición escipiónica*, en Gerión, Vol. 21, num. 1, 2003.
TUZI.- *Ricerche cronologiche sulla seconda guerra punica*, en *S.S.A.* véase *S.S.A.*

UNGER.- *Der römische kalender 218 - 215 und 63 - 45 vor Ch*, en *N.J.P.P.* véase *N.J.P.P.*
UNGER – STERNBERG (von).- The *end of the conflict of the Orders*, en *Social struggles in Archaic Rome*. Universidad de California, 1986.
URIEL.- *La conquista de la península ibérica por Roma*, en *El ejército romano en Hispania. Guía arqueológica*. León, 2006.

VANNUCCI.- *Storia dell'Italia antica*. (tercera edición), Vol. II, Milán, 1874.
VERRUSIO.- *Livio Andronico e la sua traduzione dell'Odissea Omerica*. Roma, 1977.
VIRGILIO.- *Storia del commercio*. Turín, 1904.
VISCONTI.- *I. A. R. P. A. E.*: *Iconograhie ancienne ou recueil des portraits autentiques des empereurs, rois et hommes illustres de l'antiquité. Iconographie romaine*. Vol., I, París, 1817.
VOIGT.- *Das jus naturale, aequum et bonum und jus gentium der Romer*. Vol. II, 1858, Leipzig.
VOIGT.- *Die XII tafeln. Geschichte und System des civil- und criminal - rechtes, wie -Processes der XII tafeln, nebst deren Fragmenten*. Leipzig, 1883.

WALBANK.- *A historical commentary on Polybius*. Vol. I, Oxford, 1957; *ídem*, Vol. II, Oxford, 1967.
WALBANK.- *Philip V of Macedon*. (segunda edición), Cambridge, 1967.
WALLON.- *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*. (segunda edición), Vol. II, París, 1879.
WALTZING.- *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les romains*. VOL. I, Lovaina, 1895.

WARMINGTON.- *Carthage*. Nueva York, 1960.
WEBER.- *Die Römische Agrargeschichte in ihrer Bedeutung für das Staats- und Privatrecht.* Stuttgart, 1891.
WESTERMANN.- *Geschichte der beredtsamkeit in Griechland und Rom*. Vol. II, Leipzig, 1835.
WILAMOWITZ - MOELLENDORFF y NIESE.- *Staat und gesellschaft der Griechen und Römer*. Leipzig, 1910.
WILLEMS.- *Le sénat de la république romaine*. Vol. II, Lovaina, 1883.
WILMS.- *Die schlat bei Cannae*. Hamburgo, 1895.
W.N.: *Wiener Studien*. Viena.

ZELLER.- *Vorträge und abhandlungen*. Vol. II, Leipzig, 1877.
ZIELIŃSKI.- *Die letzen jahre des zweiten punischen krieges*. Leipzig, 1880.
ZOELLER.- *Grundriss der geschichte der römischen litteratur*. Breslavia, 1891.

TABLA DE MATERIAS

por una flota cartaginesa.- Viaje a Delfos para consultar al oráculo: Roma cae en sacrificios bárbaros.- Italia duda de la capacidad militar de Roma y pierden fuerza los lazos políticos.- Marco Junio Pera es nombrado dictador: reclutas de menores, esclavos y criminales.- Aníbal pone precio a los prisioneros romanos; rechazo de la oferta y sus consecuencias.- La quimera cartaginesa cobra aire: sublevación de Tarento, Argiripa y Capua; envíos de recursos, armamento y dinero; levantamiento de la mocedad en España; toma de Acerra, Casilino, Petelia, Cosenza y Crotona.- Crisis económica en Roma: venta de la manomuerta y de los bienes de los templos; los particulares reintegran sus riquezas a Hacienda.- Regreso de Varrón.- Dictadura de Marco Fabio Buteón; cobertura de las vacantes con ciento setenta y siete funcionarios.- Elecciones consulares: Lucio Postumio Albino y Tiberio Sempronio Graco.- Tito Maccio Plauto: su vida en Roma y sus inicios literarios.- Muerte de Lucio Postumio Albino en Módena.- Perturbación en la ciudad.- Tiberio Sempronio Graco convoca al Senado para interiorizarse sobre las fuerzas de la república.- Distribución de provincias y ejércitos.- Trastornos políticos: Marcelo es electo cónsul en reemplazo de Albino; el Senado alega una irregularidad en su nombramiento; Fabio ocupa el cargo.- Magón es enviado a España.- Cerdeña se subleva y Cartago desvía a Asdrúbal junto a su voluminoso ejército de Italia para la recuperación de la isla.- Filipo y su coalición con Aníbal.- Campaña fugaz de Graco en Hamas; Aníbal marcha contra el cónsul; Graco prevalece y el cartaginés vuelve sobre sus pasos.- Excelentes resultados de las operaciones: recuperación de Vercelio, Vescelio y Sicilino; Roma recobra su color y su ánimo.- Averiguaciones sobre la alianza entre Macedonia y Cartago.- Disposición del dinero y los recursos para hacer frente a la guerra.- La *Lex oppia*.- Nueva política audaz del partido republicano: control total de Cerdeña; devastación de los campos de África; hostigamiento del Samnio.- Virtudes y cualidades de Marco Claudio Marcelo.- Primeros reveses de Aníbal ante un general romano; decadencia del ejército enemigo.- Crisis suprema en España: falta de dinero, armamento, alimento y soldados.- El Senado recibe capital de tres sociedades para mantener la fuerte posición.- Logran los Escipiones continuar con su actividad y someter a la provincia.- Muerte de Hierón.- Los vicios y malos hábitos de su nieto.- La rivalidad de Adranodoro y Trasón.- Jerónimo se una a la causa cartaginesa.- Elecciones consulares: Fabio y Marcelo son electos: disposición de las legiones.- Falta de material humano para completar las tripulaciones; financiamiento de particulares.- Brillantes perspectivas de la empresa: conquista de Compulteria, Telesia, Compsa, Fugífulas, Orbitanio, Blanda y Ecas; importantes pérdidas de Aníbal en Nola y Casilino; excelso desempeño de las legiones de esclavos.- Hibernación de Aníbal a la espera de los movimientos de Filipo.- Caos en Siracusa por el asesinato de Jerónimo.- Marcelo es conducido a Leontinos por medio de un ardid del tiranicida Hipócrates.- Ofensiva terrestre y marítima del cónsul en Siracusa; tenaz resistencia de los sitiados amparados en las máquinas de Arquímedes.- Toma de Heloro, Herbeso y Mégara.- Levantamiento de las ciudadelas.- Continuación del sitio de

PÁGINA

XIX